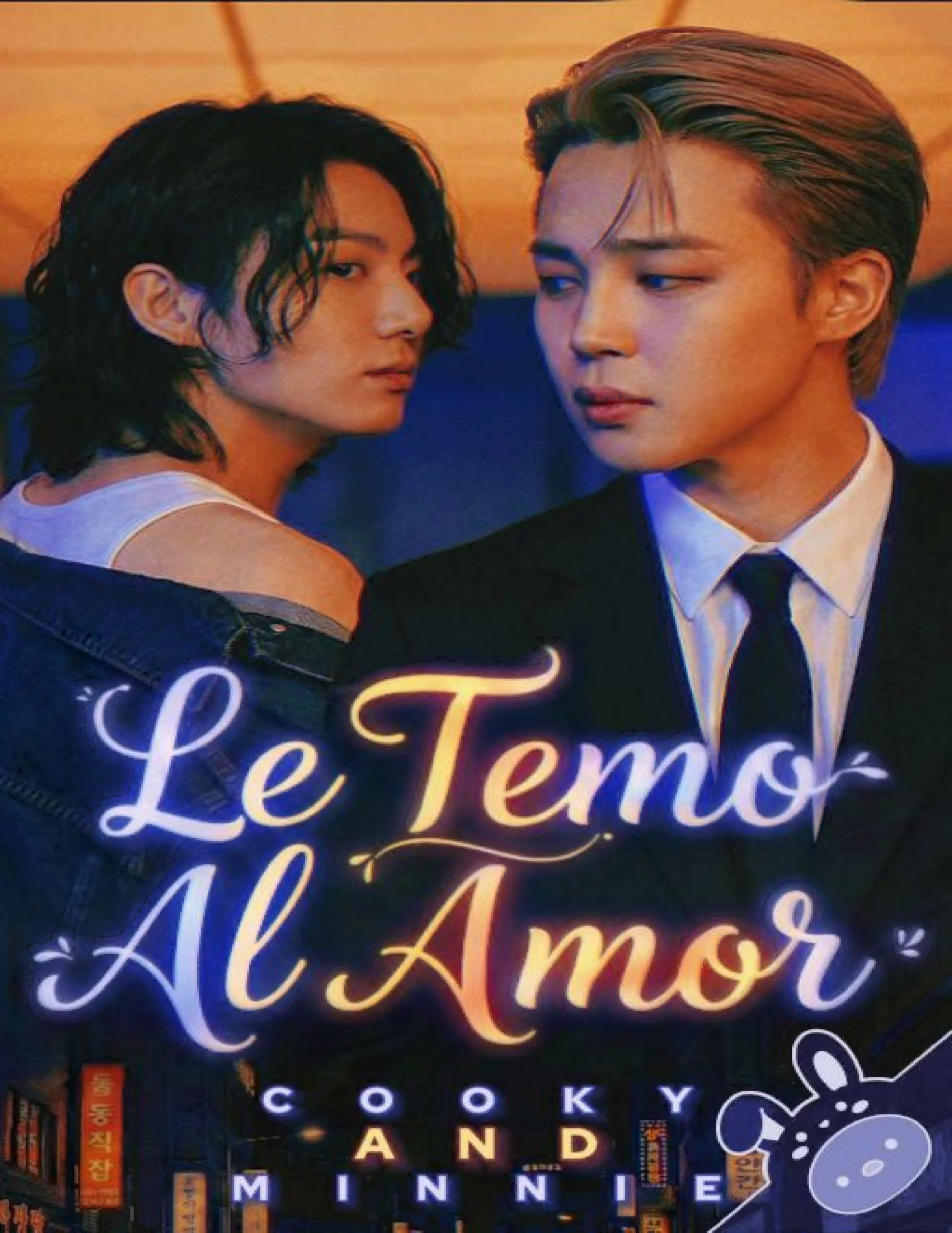




Le Temo Al Amor

COOKY
MINNIE



1.
2. 0 1
3. 0 2
4. 0 3
5. 0 4
6. 0 5
7. 0 6
8. 0 7
9. 0 8
10. 0 9
11. 1 0
12. 1 1
13. 1 2
14. 1 3
15. 1 4
16. 1 5
17. 1 6
18. 1 7
19. 1 8
20. 1 9
21. 2 0
22. 2 1
23. 2 2
24. 2 3
25. 2 4
26. 2 5

27. 26

28. 27

29. epílogo

30. extra1/?

31. extra2/?

32. "peleas"

***Bienvenido/a a ésta nueva historia.
De amor sobre las barreras de la sociedad.***

○

El viaje, nunca será fácil.

Siempre habrán momentos que duelen.

Pero también habrá momentos que sanan.

Pero hay mucho dolor.

Gracias al dolor, podemos celebrar una digna sanación.

Siempre busco, y no lo encuentro.

Allí, como una flor, nace la esperanza.

Las flores se marchitan.

Todo tiene un ciclo. Debajo de ella, nacerá otra esperanza.

¿Y será mejor?

La más hermosa de todas.

***Porque eso es lo que todos necesitamos, la creencia de que, sin importar dónde
empecemos, podemos llegar a algún lugar mejor.***

Y si vuelves a tropezar.

Sepas que aún estás aprendiendo.

○

*Ésta historia se me ocurrió en un viaje. Cuando ví una escena que no pude olvidar, y que
mi mente no pudo evitar crearle un telón de amor (¡Like ever!).*

○

△ A D V I E R T O △

Historia (+ 1 8)

Contiene **versatilidad** (si el dato es de interés: mayormente JK top), **Vmin**, temas y
escenas crudas, explícitas (no sólo sexuales).

"Código" de capítulo según
su protagonista:

Jimin



Jungkook (Ilan)

Nada de lo que ocurre aquí tiene que ver con los nombres de idols mencionados en la historia. **Todo es ficción.** No se trata de ensuciar la imagen de ninguno de ellos ni que ésto se relacione con la realidad.

Escribo fanfics por amor al ship y poder plasmar a gusto lo que se me viene a la mente, por lo que; si encuentras alguna falla, alguna falta de algún sinónimo en lugar de repeticiones, me faltó alguna tilde, o incluso se me escapó un detalle. Pese a que trato de releer las veces posibles para evitarlo, siempre algo puede que se me escape, me disculpo de antemano por ello. Siempre estoy aceptando consejos, mejoras y correcciones.

Eliminaré comentarios innecesarios, como insultos (fuertes y realmente innecesarios), sugerencias o cambios en la historia que no van al caso, comparaciones de ésta con otras, ninguna historia es mejor o peor, ni sus personajes, proceso y final, cada una tiene su esencia y se debe respetar. Mantengan ese respeto a ésta y todas las historias en ésta plataforma como a sus autoras/es.



Personajes principales:



Park Jimin

Edad: 28 años.
Cargo: CEO. En empresa
de tecnología financiera.



(Ian) Jeon Jungkook

Edad: 25 años.
Cargo: Trabajos casuales,
prostitución.

○

Los demás personajes (importantes) se irán mostrando en fichas al final de los capítulos en los que aparezcan. Nuestro Kookmin siempre va primero porque, ¡Por ellos estás aquí! Jajajaja.

En fin.

Dicho y hecho todo esto...

🚧 Corrigiendo capítulos 🚧

Actualización:

Comencé un:

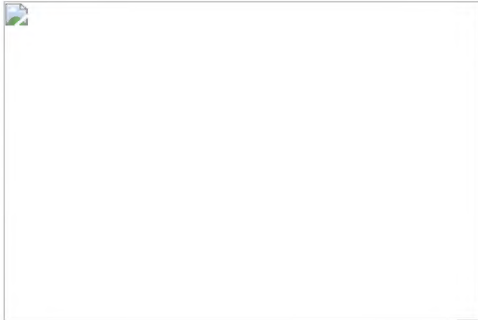
09 de Noviembre.

Terminé un:

~~20 de Noviembre.~~

Oficialmente terminado:

07 de Diciembre.



Que disfrutes de la lectura ♥



QUODVIS EXEMPLAR NON AUCTORIZATUM HUIUS LIBRI FORTUNAM POSSIDENTIS EXHAURIT
CLQRPNTZDSB



El sol de la tarde atravesaba los ventanales del piso veintisiete en ángulos perfectos, bañando la oficina en tonos ámbar que convertían el acero y el vidrio en algo casi cálido.

Y sólo casi.

La esquina entera del edificio le pertenecía a Park Jimin, cuatro paredes de cristal que enmarcaban Seúl, muebles cuyo acabado gritaba caro de solo ver, y esa mesa oscura que pesaba tanto como las decisiones que se tomaban sobre ella.

Los informes descansaban alineados sobre la superficie pulida. La Macbook permanecía abierta en la hoja de cálculo final, números verdes indicando victoria. El teléfono vibraba una y otra vez contra la madera, insistente.

Jimin suspiró, tomó la pluma azul marino ridículamente cara, y firmó el contrato. El trazo fue rápido, casi brusco. La tinta negra dejó una línea perfecta en el papel, como siempre lo hacía.

Levantó la vista.

Los tres ejecutivos sentados frente a él lo observaban con esa expresión que conocía demasiado bien. Era admiración teñida de envidia, respeto cortando el resentimiento. El más veterano, un hombre de cincuenta y tantos años con entradas pronunciadas y corbata azul, se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Con esto cerramos la serie C en tiempo récord, señor Park —dijo, intentando controlar el temblor de emoción que se filtraba en sus palabras—. Es un logro extraordinario.

Jimin dejó la pluma sobre el contrato y sonrió apenas. Esa sonrisa que había perfeccionado durante años, la que nunca sentía de verdad, pero que todos interpretaban como confianza absoluta, control total.

—Excelente trabajo —respondió, poniéndose de pie con la misma seguridad que su voz—. Los espero en la cena de celebración la semana que viene. Mi asistente les enviará los detalles.

Se inclinó sobre la mesa y estrechó manos.

Tres apretones firmes.

Tres sonrisas profesionales que no significaban nada.

Tres hombres que esa noche llegarían a sus casas y contarían a sus esposas, con orgullo mal disimulado, que habían cerrado un trato con Park Jimin en persona.

Se quedó de pie junto a la ventana hasta que el ascensor privado se los tragó.

El indicador digital marcó el descenso.

“27... 26... 25...”

Solo entonces permitió que sus hombros cayeran.

Tres meses atrás, en el mismo despacho de abogados del distrito de Gangnam donde se habían casado cinco años antes, Soomin había firmado los papeles del divorcio.

Recordaba cada maldito detalle.

El despacho con olor a papel y café caro. Las paredes de un beige que pretendía ser reconfortante pero solo conseguía ser insípido. Soomin llegó puntual, ella siempre era puntual, vestida con aquel traje gris perla que le quedaba tan bien que dolía mirarla. El cabello recogido en un moño bajo impecable, sin un solo mechón fuera de lugar.

Pero fueron sus ojos los que lo destrozaron.

Hinchados, enrojecidos, secos. Sin una sola lágrima, como si ya hubiera llorado todo lo que tenía para llorar.

Se sentaron uno frente al otro. El abogado, un hombre de mediana edad con gafas rectangulares, colocó los documentos entre ellos y comenzó a explicar términos legales que Jimin no escuchaba. Su corazón latía demasiado fuerte, demasiado rápido. Extendió la mano por encima de la mesa, buscando la de ella como un náufrago busca algo, cualquier maldita cosa a qué aferrarse.

Soomin retiró la mano tan rápido que el anillo de platino que aún llevaba puesto golpeó la madera con un sonido seco, definitivo.

—No me toques —su voz era tan baja que apenas se oyó por encima del del aire acondicionado.

—Soomin...

—No es por otra persona, ¿verdad? —lo interrumpió, mirándolo por primera vez desde que había entrado en la sala—. Dime que no es por otra persona.

Jimin sintió cómo se le cerraba la garganta.

—No lo es.

Ella lo estudió durante un largo momento. Luego soltó una risa breve, amarga, tan llena de dolor que él sintió cómo algo se rompía dentro de su pecho.

—Entonces es peor —susurró—. Porque significa que me mentiste cinco años. Que te mentiste cinco años a ti mismo. —Su voz se quebró ligeramente—. Que cada vez que me besabas, cada vez que me tocabas, cada vez que me hacías el amor... estabas fingiendo.

Las palabras cayeron entre ellos como cristales rotos.

—Yo nunca quise...

—¿Qué? ¿Hacerme daño? —Soomin dejó escapar un suspiro tembloroso—. Pues lo hiciste, Jimin. Me hiciste creer que era suficiente. Que yo era suficiente. Y nunca lo fui.

—Sí lo eras. Eres...

—No —lo cortó ella, y esta vez su voz sonó más firme—. No lo era. Y está bien, no es tu culpa. Pero tampoco es la mía. Y no puedo... —Se detuvo, respiró hondo—. No puedo seguir siendo la esposa de un hombre que nunca me va a amar de la forma en que merezco ser amada.

Jimin intentó hablar. Abrió la boca. No salió nada.

Soomin firmó los papeles con mano temblorosa pero determinada.

Tomó su bolso Gucci, el que él le había regalado en su tercer aniversario, cuando todavía creía que podía hacerla feliz con cosas materiales, y caminó hacia la puerta.

En el umbral se detuvo. Pero no se volteó.

—Espero que algún día encuentres lo que estás buscando, Jimin —dijo en voz baja—. Espero que valga la pena todo esto.

Luego, casi en un susurro.

—Adiós.

La puerta se cerró con un clic suave.

Jimin se quedó allí, inmóvil, mirando la firma de ella en el documento. Finalizando legalmente lo que había terminado emocionalmente meses atrás.

El abogado carraspeó.

Luego otra vez.

Y otra.

Jimin firmó en la tercera.

Ahora vivía solo en el apartamento dúplex de Gangnam que habían elegido juntos después de la luna de miel en las Maldivas. Trescientos ochenta metros cuadrados de silencio costoso. El diseñador de interiores había insistido en una paleta de grises, beiges y blancos neutros.

"*Sofisticado pero acogedor*", había dicho con entusiasmo profesional.

No era acogedor.

Arte contemporáneo coreano colgaba de las paredes, un Lee Ufan original, dos Kim Tschangyeuls, una pieza de Suh Doho que Soomin había adorado. Luces automáticas que se encendían al detectar movimiento, como si la casa misma tuviera miedo de la oscuridad.

Por las noches, cuando el portero de uniforme impecable ya no lo saludaba y los ascensores funcionaban en modo silencioso, Jimin entraba al apartamento vacío. Se quitaba la chaqueta de traje y la dejaba sobre el respaldo de una silla. Aflojaba la corbata. Se servía dos dedos de whisky escocés en un vaso de cristal tallado.

Nunca lo terminaba.

Esa noche no fue diferente.

Se sentó en el sofá de cuero italiano color carbón, dejó el vaso intacto sobre la mesa de centro y abrió su portátil.

La pantalla se iluminó en la penumbra.

Conectó los auriculares inalámbricos, abrió una ventana de incógnito como si alguien fuera a revisar su historial, y buscó el vídeo.

Ya estaba en favoritos.

Lo había visto tantas veces que conocía cada respiración, cada pausa, cada gemido. Sabía exactamente en qué minuto el de cabello oscuro empujaba al otro contra la pared. Sabía cuándo llegaría el primer beso, hambriento y desesperado.

Dió play.

Dos hombres en una habitación de hotel barata. Paredes color crema, una cama con edredón genérico, luz tenue de lámpara de mesita. Uno presionaba al otro contra la pared con una urgencia que parecía haber sido contenida durante demasiado tiempo. Sus manos se hundían en el cabello ajeno, tiraban de él. Sus bocas se encontraban con ferocidad.

Jimin respiró hondo.

Se desabrochó el cinturón con dedos que apenas temblaban. Bajó el cierre del pantalón, y se acomodó contra los cojines del sofá.

Su mano se deslizó dentro del bóxer negro Calvin Klein, encontró su erección ya medio dura, palpitante.

Acarició por encima, suspiró ante el tacto.

Bajó la tela, liberándose por completo, y se envolvió con firmeza. Comenzó a bombear despacio, con movimientos largos de base a punta que le arrancaban más suspiros que no dejaba escapar.

En la pantalla, el hombre más alto empujaba al otro sobre la cama.

Jimin cerró los ojos.

Se imaginó a sí mismo ahí. Imaginó el peso de otro cuerpo masculino sobre el suyo. Manos grandes, mucho más grandes que las suyas agarrándole las caderas con fuerza suficiente para dejar marcas. Una boca caliente bajando por su cuello, mordiendo, un cuerpo duro, angular, y diferente, temblando contra el suyo.

Su mano aceleró el ritmo.

Los recuerdos llegaron sin permiso, como siempre lo hacían.

Los vestidores de la preparatoria después del entrenamiento de natación. El vapor del agua caliente flotando en el espacio, azulejos blancos y olor penetrante a cloro que ahora, años después, todavía le revolvía el estómago.

Su compañero de equipo. Minho, capitán, sonrisa fácil, cuerpo atlético, quedándose a ducharse al mismo tiempo que él.

Las miradas que duraban un segundo más de lo normal. El roce accidental de hombros que no fue accidental. La forma en que Minho lo miró cuando estuvieron solos, el agua corriendo por su espalda musculosa, gotas deslizándose por su pecho.

—Jimin —había dicho.

Solo su nombre.

Pero la forma en que lo dijo...

Jimin había dado dos pasos.

Minho no retrocedió.

El primer beso fue torpe, dientes chocando, manos inseguras sin saber dónde posarse. Pero el segundo... el segundo fue perfecto. Lenguas encontrándose, cuerpos presionándose bajo el agua tibia.

La mano de Minho bajando, envolviendo su miembro con firmeza.

La suya haciendo lo mismo.

Terminaron en el banco de madera del vestidor, Jimin contra los casilleros, de espaldas contra él, ambos jadeando, tocándose con inexperiencia y desesperación adolescente.

Luego, Minho lo inclinó hacia adelante.

—¿Estás seguro? —había susurrado contra su nuca.

Jimin solo asintió.

Entró despacio, sin suficiente preparación, sin lubricante adecuado. Dolió, ardió muchísimo. Pero también se sintió tan terriblemente correcto que Jimin supo que esto era lo que había estado buscando sin saberlo.

Jadeó de dolor y placer.

Minho dió tres estocadas torpes.

Y entonces la puerta se abrió de golpe.

Jimin y Minho se separaron como si les hubieran prendido fuego. Se vistieron en silencio ensordecedor mientras el entrenador los observaba, inmóvil en el umbral.

—En mi oficina. Ahora —fue todo lo que dijo.

Nunca volvieron a hablarse.

Minho se cambió de escuela dos semanas después.

Jimin terminó la preparatoria manteniendo la cabeza baja, las notas altas, la reputación intacta.

Y enterró esa parte de sí mismo tan profundo que casi llegó a creer que nunca había existido.

Casi.

Jimin abrió los ojos. En la pantalla del portátil, el clímax llegaba con gemidos guturales que le atravesaron el pecho como electricidad. Su propia mano se movía rápido ahora, apretada, casi con rabia. El placer se acumulaba en la base de su columna, caliente, urgente, inminente, imposible de detener.

Se mordió el labio inferior hasta sentir dolor.

Acabó con un jadeo ahogado que se quedó atrapado en su garganta. Su cuerpo se arqueó violentamente contra el sofá, músculos de las piernas temblando, dedos de los pies enroscándose dentro de los calcetines de vestir. El orgasmo lo atravesó completo, intenso, casi doloroso en su perfección, arrancándole todo el aire de los pulmones.

Por un segundo, solo un segundo, todo desapareció.

La oficina con vistas panorámicas, el apartamento vacío que costaba más de lo que la mayoría ganaba en un año, el divorcio, papeles firmados, la máscara perfectamente construida que llevaba puesta desde los diecisiete años, reuniones, sonrisas calculadas, la vida entera construida sobre la mentira más fundamental.

Por un segundo fue solo él. Solo Jimin, respirando agitado, derramándose en su mano.

Después llegó el vacío.

El verdadero vacío.

El que ningún orgasmo podía llenar.

El que ninguna cantidad de dinero podía comprar su ausencia.

Se quedó allí, inmóvil, aún respirando agitado. Su mano aún envolvía su miembro que se ablandaba lentamente. El semen caliente se enfriaba sobre su abdomen, y en la pantalla, el vídeo continuaba reproduciéndose.

Pero Jimin ya no lo veía.

Cerró el portátil de golpe. El sonido resonó en el espacio silencioso.

Se levantó con piernas que todavía temblaban ligeramente. Caminó al baño principal, de mármol italiano y grifería dorada que Soomin había elegido personalmente. Encendió la luz, el resplandor blanco era demasiado brillante, demasiado clínico.

Tomó papel higiénico y se limpió rápidamente, de forma mecánica. Abrió el grifo del lavabo, el agua fría le golpeó las manos primero, luego se mojó la cara.

Una vez, dos veces, y tres.

No sirvió de nada.

Se obligó a levantar la mirada hacia el espejo.

El reflejo le devolvió a un hombre de veintiocho años. Cabello castaño perfectamente cortado por el mejor estilista de Gangnam, ciento cincuenta mil wones por corte, camisa

blanca de Tom Ford arrugada, botones superiores abiertos, ojos enrojecidos, vidriosos, mejillas sonrojadas por el esfuerzo físico, labio inferior ligeramente hinchado donde se lo había mordido.

Un hombre que tenía todo lo que el dinero podía comprar.

Y nada, absolutamente nada de lo que realmente necesitaba.

La primera lágrima lo tomó por sorpresa. Rodó por su mejilla, caliente contra su piel fría.

Luego otra, y como burla, otra más.

Siguieron silenciosas, traicioneras.

No hizo ruido. Ni siquiera cuando las lágrimas comenzaron a caer más rápido, desdibujando su reflejo en el espejo empañado. Solo se quedó allí, manos aferradas al borde del lavabo con nudillos blancos, sintiendo cómo ese vacío lo tragaba un poco más.

Cada vez más hondo.

Cada vez más oscuro.

Mirando fijamente al extraño que lloraba en silencio del otro lado del cristal.

No reconocía al hombre frente a él.

Pero era él mismo.

Park Jimin, CEO exitoso, ex esposo, mentiroso.

Solo.

Tan terriblemente solo.

Y no lo soportaba.



Bienvenida o bienvenido. Aquí comienzo con ésta historia en lo que acaba SATM

Ésto es sólo un capítulo introductorio.

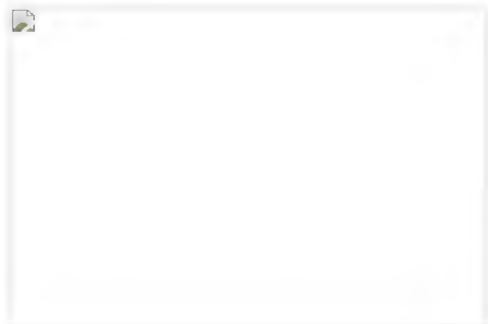
Tengo pensado publicar la historia completa de una vez, sólo debo corregir algunas cosas.

¿Por qué lo publico antes?

Me obsesione y llevo noches sin dormir por escribir ésta. No me dejará en paz hasta verla completa.

Nos leemos pronto 

Atte: Sere ✨



Jimin llegó a la oficina a las 7:52 de la mañana. El Porsche 911 negro se deslizó hasta su espacio reservado en el estacionamiento subterráneo con apenas un susurro del motor. Apagó el contacto y se quedó allí un momento, manos todavía en el volante, mirando el hormigón gris de la pared frente a él.

Tres horas y cuarenta minutos de sueño. Eso era todo lo que había conseguido.

Bajó del auto. Traje negro hecho a medida, camisa blanca con los dos botones superiores desabrochados, el Rolex dorado brillando bajo las luces del estacionamiento.

Se ajustó los puños de la camisa. Se pasó una mano por el cabello.

Nadie notaría las ojeras que el corrector apenas disimulaba, nadie sabría que llevaba tres noches durmiendo en fragmentos de menos de cuatro horas, despertándose con el corazón acelerado y las sábanas empapadas en sudor.

Nadie preguntaría.

El ascensor lo llevó al piso veintisiete en silencio.

Las puertas se abrieron con un suave *ding*.

Soojin, su asistente, ya lo esperaba junto a la puerta de su despacho. Traje sastre gris, cabello recogido, tacones bajos que no hacían ruido al caminar, en una mano sostenía el café negro sin azúcar en un vaso térmico de la cafetería cara como le gustaba, en la otra, su tablet.

—Buenos días, señor Park —con eficiencia profesional—. Finanzas a las nueve, videoconferencia con Singapur a las once, almuerzo con los inversores japoneses a la una en el Jungsik. El auto estará listo a las doce cuarenta y cinco.

Jimin entró a su oficina, se quitó el saco y lo colgó en el perchero de pie junto a la puerta.

—Cancela el almuerzo —dijo, aflojándose ligeramente la corbata—. Dile al señor Tanaka que surgió algo personal inesperado. Ofrécele la cena del próximo martes como compensación, en el mismo lugar a mi cuenta.

Soojin asintió una sola vez. Sus dedos ya se movían sobre la pantalla de la tablet.

—Entendido. ¿Algo más?

—No. Gracias.

Ella desapareció por el pasillo sin hacer más preguntas. Nunca preguntaba, era una de las razones por las que Jimin le pagaba casi el doble del salario estándar para su posición.

Se sentó detrás de su escritorio y encendió la computadora, la pantalla se iluminó mostrando veinte correos nuevos, los ignoró y miró por la ventana. Seúl se extendía ante él como una maqueta perfecta de edificios reflejando el cielo matutino, tráfico moviéndose como hormigas organizadas, vidas enteras desarrollándose en cada ventana iluminada.

¿Cuántas de esas personas también estaban fingiendo?

A las nueve en punto, la puerta se abrió sin que nadie tocara.

Kim Seunwoo entró primero, como siempre. Traje azul marino, corbata aflojada, ese aire de confianza excesiva que venía de crecer con dinero familiar. Se dejó caer en el sofá de cuero negro junto al ventanal con un suspiro exagerado.

—Mierda, Jimin. Pareces un puto zombie —dijo, estirando los brazos sobre el respaldo—. ¿Otra noche llorando por la ex?

Lee Hyunjin entró detrás de él con paso más medido. Traje gris, gafas de marco delgado, expresión perpetuamente cautelosa. Se quedó de pie junto al ventanal, mirando hacia la ciudad como si necesitara evitar el contacto visual.

—No le hagas caso a este idiota —dijo, aunque su tono no tenía verdadera reprimenda—. Pero en serio, Jimin... tres meses sin follar es antinatural para cualquier hombre. No es sano.

Jimin forzó la sonrisa que había perfeccionado para las reuniones con inversores. Esa que decía *"todo bajo control, ningún problema aquí"*.

—Estoy bien.

—No estás bien —replicó Seunwoo, sacando su teléfono del bolsillo y comenzando a deslizar el dedo por la pantalla—. Te ves como mierda. Y antes de que digas que no, Minji preguntó por ti ayer, otra vez. Dice que si no la invitas a salir pronto, va a pensar que te volviste gay o algo así.

Los tres soltaron una carcajada. Breve, automática, masculina.

Jimin sintió que el estómago se le contraía violentamente, como si alguien le hubiera dado un puñetazo desde adentro. La risa se le quedó atascada en la garganta, falsa, áspera.

—Quizás la invite este viernes —mintió. Sus dedos se movieron sobre el teclado sin escribir nada real.

—¡Ese es mi Park Jimin! —Seunwoo se levantó de un salto y le dio una palmada fuerte en el hombro que resonó en la oficina silenciosa—. Hoy hay afterwork en el Octagon. Minji va a estar, llévatela al baño del fondo, el que tiene cerradura, y listo. Te lo digo yo, esa mujer te va a dejar seco, una noche con ella y se te olvida todo. Te va a arreglar la vida, hermano.

Hyunjin asintió con seriedad, como si estuvieran discutiendo estrategia empresarial.

—Sería bueno para ti —agregó, ajustándose las gafas—. Seguir adelante. Soomin ya lo está haciendo, la vi el sábado pasado en Gangnam con un tipo. Parecían... no sé, felices. La abrazaba por la cintura y ella se reía. Ya sabes, de esa forma.

Jimin lo sabía.

Había visto las historias de Instagram a las tres de la mañana, cuando no podía dormir y la habitación se sentía demasiado grande y demasiado vacía. El tipo alto, mandíbula cuadrada, sonrisa fácil la abrazaba por detrás en un café con vista al río Han. Soomin reía con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, completamente relajada.

De esa forma que antes solo reía con él.

Cuando todavía creía que él la amaba como ella necesitaba ser amada.

—Sí, lo vi —dijo Jimin simplemente—. Me alegro por ella.

Mentira número doscientos algo de la semana.

Le había dolido verla feliz, no porque la quisiera de vuelta, sabía que nunca podría darle lo que ese otro hombre sí podía, sino porque confirmaba lo fácil que era para ella conseguir lo que merece. Envidiaba feamente. Y él, no conseguiría una relación estable tan rápido. Quizás nunca.

—Entonces ya está —concluyó Seunwoo, volviendo a dejarse caer en el sofá—. Viernes, tú y Minji. Un buen polvo y te olvidas de toda esta mierda del divorcio, simple.

Si fuera tan simple.

La reunión de finanzas se alargó dos horas y media. Proyecciones trimestrales, análisis de riesgo, gráficos que mostraban crecimiento sostenido. Jimin habló lo justo, firmó donde tocaba, asintió cuando era necesario, su cerebro operaba en piloto automático, procesando información sin realmente absorberla.

En su cabeza solo resonaba una frase. Una que Taemin, su amigo desde la universidad, gerente de operaciones en el piso cuarenta, le había soltado meses atrás. Estaban borrachos en una cena de empresa, sake y soju mezclándose peligrosamente, las lenguas más sueltas de lo habitual.

"Si alguna vez quieres probar algo diferente, hay un lugar. Nadie pregunta nombres. Nadie juzga. Solo vas, pagas, te vas. Simple."

Jimin había reído entonces, había cambiado de tema, había fingido que no se le había grabado cada palabra en el cerebro.

A la hora del almuerzo bajó a la cafetería interna del edificio.

Error garrafal.

Minji estaba allí.

Sentada en una mesa junto a la ventana, sola, con una ensalada César que se ve apenas había tocado. Falda lápiz negra tan ceñida que se le marcaba cada curva de las caderas y los muslos, blusa blanca de seda con dos botones desabrochados, tacones negros que alargaban sus piernas hasta proporciones imposibles, cabello castaño oscuro cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros.

Lo vio antes de que él pudiera escapar.

Sus ojos se iluminaron. Sonrió, con esa sonrisa calculada de mujer que sabe exactamente el efecto que causa, y se levantó. Caminó hacia él con pasos medidos, caderas moviéndose con deliberación estudiada.

—Jimin —dijo cuando llegó frente a él. Su perfume, algo floral y caro lo envolvió—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

No era una sorpresa. Ella sabía su horario, todos en la empresa lo sabían.

—Minji —respondió con una sonrisa educada—. ¿Cómo estás?

—Mejor ahora —dijo ella, y sin pedir permiso, tomó su brazo y lo guió hacia su mesa—. Acompáñame. Odio comer sola.

Se sentó. Ella tomó la silla frente a él y cruzó las piernas despacio, muy despacio, dejando que la falda subiera unos centímetros revelando más piel. Se inclinó hacia adelante apoyando los codos en la mesa, el escote de la blusa se abrió, mostrando el encaje negro del sujetador y la curva generosa de sus pechos.

—Te extrañé —dijo con voz suave, casi en un susurro íntimo—. No te he visto desde la semana pasada. Pensé que me estabas evitando.

Jimin miró. Sus pechos eran perfectos, redondos, firmes, del tamaño justo. Cualquier hombre heterosexual sentiría la sangre bajar directamente a su entrepierna al ver ese escote, esa piel cremosa, esa invitación tan obvia.

Jimin sintió desagrado.

Su estómago se revolvió con violencia. Tuvo que tragar saliva dos veces para controlar el impulso de levantarse y salir corriendo.

—He estado ocupado —dijo, forzando naturalidad en su tono—. Ya sabes cómo es esto. Reuniones, proyectos...

—Siempre tan trabajador —ronroneó ella, extendiendo su mano sobre la mesa y posándola sobre la de él. Sus uñas largas, pintadas de rojo intenso arañaron ligeramente su piel—. Pero no puedes trabajar todo el tiempo, Jimin. Necesitas... distraerte, relajarte.

Sus dedos se deslizaron sobre los suyos con movimientos circulares sugestivos.

—¿Qué te parece una cena este viernes? —preguntó, inclinándose aún más hacia adelante. Sus labios rojos, brillantes se curvaron en una sonrisa que prometía cosas—. Solo tú y yo, un lugar tranquilo. Prometo no portarme mal. —Hizo una pausa—. Bueno, quizás un poquito mal.

Jimin sonrió con los labios apretados.

—Suenas perfecto.

Los ojos de Minji se iluminaron de verdad esta vez.

—¿En serio? —se mordió el labio inferior—. Genial, te mando los detalles por mensaje. —Se levantó lentamente, recogiendo su bolso Louis Vuitton de la silla—. Tengo que volver. Reunión en diez minutos.

Al pasar junto a él, se inclinó. Sus pechos rozaron su hombro "accidentalmente", por supuesto, y su boca se acercó peligrosamente a su oído.

—Ya quiero que sea viernes —susurró, su aliento cálido contra su piel.

Luego se alejó contoneando las caderas con exageración, sabiendo perfectamente que él la estaría mirando.

Desde el otro lado de la cafetería, Seunwoo y Hyunjin, sentados juntos en una mesa cerca de la barra, se levantaron los pulgares con sonrisas de idiotas orgullosos.

Jimin se levantó sin terminar su café.

Fue directo al baño de ejecutivos del piso veintisiete. De mármol negro, espejos enormes, cabinas amplias con puertas de madera que llegaban del suelo al techo. Estaba vacío,

entró a la cabina del fondo, pasó el pestillo, se apoyó contra la puerta, desabrochando el cinturón, bajando la bragueta, liberando su miembro.

Trató de calmar su agitación, cerró los ojos con fuerza.

E imaginó una mano grande y áspera rodeándolo, dedos callosos apretando con firmeza. Una boca masculina tragándose entero, lengua caliente deslizándose por toda su longitud, un cuerpo duro, musculoso, angular, pesado, empujándolo contra la pared fría de una habitación oscura. Manos fuertes agarrándole las caderas, una erección gruesa presionando contra su entrada.

"¿Quieres esto? ¿Quieres que te folle?"

"Sí. Sí, por favor..."

Abrió sus ojos de pronto, exhalando temblorosamente. Un suspiro culminando su ataque de pánico y ensoñación sobre su maldita frustración sexual.

Simplemente se dispuso a poner su mente en blanco, e hizo sus necesidades en automático. Se subió el cierre con dedos torpes, se lavó las manos en el lavabo, agua fría golpeando su piel.

Se miró al espejo.

El mismo hombre de siempre. Corbata derecha, cabello en su lugar, expresión impasible.

Salió del baño con la cara completamente neutra.

El resto de la tarde fue una niebla gris. Reuniones, llamadas, correos electrónicos, todo se fundía en un solo borrón de palabras sin sentido.

A las 4:37 PM, su teléfono vibró con un mensaje nuevo.

Número desconocido.

Abrió el mensaje sin pensar.

No. Minji. Había conseguido su número personal de alguna forma.

Una foto.

Ella en el baño de mujeres, de pie en un cubículo. Falda subida hasta la cintura, tanga negra de encaje corrida hacia un lado. Dos dedos abriéndose a sí misma, labios hinchados y brillantes de excitación. La otra mano sostenía el teléfono capturando el ángulo perfecto.

Debajo del mensaje:

"Pensando en cómo me vas a follar el viernes. No puedo esperar, quiero sentirte dentro de mí."

Jimin sintió que el estómago se le revolvía con violencia.

Náuseas reales esta vez. Tuvo que respirar profundo tres veces para no vomitar.

Borró la foto con dedos temblorosos. Bloqueó el número durante exactamente tres segundos. Lo desbloqueó, y no respondió.

Dejó el teléfono boca abajo sobre el escritorio y se cubrió la cara con las manos.

No podía hacer esto.

No podía seguir haciendo esto.

Salió de la oficina sin rumbo definido. Sus pies lo llevaron al ascensor, luego al piso cuarenta. A la sala de descanso que casi nadie usaba porque la máquina de café era antigua y el resultado sabía a agua sucia con color marrón.

Lee Taemin estaba allí.

Solo, sentado en una de las mesas pequeñas, removiendo un vaso de plástico con cara de absoluto hastío. Cuando vio a Jimin entrar, levantó la vista, sus ojos se entrecerraron ligeramente, leyéndolo con esa capacidad inquietante que tenía para ver a través de las máscaras.

—Jimin —dijo simplemente.

—¿Puedo pasar?

Taemin se levantó sin decir nada, caminó hasta la puerta y la cerró. Pasó el seguro con un clic definitivo. Volvió a sentarse y señaló la silla frente a él.

—Siéntate. Habla.

Jimin se sentó, le temblaban las manos. Se las miró como si pertenecieran a otra persona, y las puso sobre la mesa para intentar controlar el temblor.

—No sé cómo decir esto sin sonar completamente patético —dijo con voz ronca.

—Prueba igual. Llevo diez años conociéndote, no me vas a sorprender.

Jimin respiró hondo. El aire le raspó la garganta.

—Soy gay.

Silencio.

El aire acondicionado zumbaba suavemente. En algún lugar del edificio, un teléfono sonaba.

Taemin no parpadeó. Solo tomó un sorbo del café asqueroso, hizo una mueca de disgusto, y asintió una vez.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde siempre —respondió Jimin, y sintió que algo se rompía dentro de su pecho al decirlo en voz alta—. Desde la preparatoria, y desde antes, tal vez. Pero lo acepté ahora. Por eso pedí el divorcio, no podía seguir mintiéndole a Soomin, y no podía seguir mintiéndome a mí mismo.

Taemin dejó el vaso sobre la mesa con cuidado.

—¿Y ahora qué? ¿Qué estás haciendo?

Jimin soltó una risa sin humor. Amarga, desesperada.

—Me estoy volviendo loco, Tae. Me despierto todas las noches con el corazón acelerado, sudando, duro como una roca pensando en hombres, me masturbo en los baños de la oficina imaginando que alguien me folla contra la pared. Me da pánico que alguien se entere, mi padre me deshereda si se entera, mi madre se muere. Literalmente se muere. Seunwoo y Hyunjin no paran de empujarme a follarme a Minji como si eso fuera a solucionar todo, como si yo estuviera pasando un mal rato por el divorcio, y no, no quiero una mujer.

Taemin soltó una carcajada breve, sin humor real.

—Seunwoo y Hyunjin son dos imbéciles con la sensibilidad emocional de un ladrillo. Ignóralos. —Hizo una pausa—. Escucha. Esta empresa tiene políticas de inclusión desde hace dos años. Hay siete personas abiertamente LGBT trabajando aquí, el director de marketing del piso treinta y cinco está con un hombre desde hace cinco años. Nadie le ha dicho nada, nadie lo ha despedido.

Jimin sintió que el aire le volvía a los pulmones por primera vez en horas.

—Pero yo tengo un puesto visible. Inversores conservadores, clientes que...

—Que van a seguir trabajando contigo porque eres bueno en lo que haces y porque les haces ganar dinero —lo interrumpió Taemin con firmeza—. A nadie le importa con quién te acuestas mientras sigas cerrando tratos y manteniendo los números en verde.

Jimin se cubrió la cara con las manos. Le ardían los ojos.

—Mierda, Tae...

—Pero entiendo que todavía no estés listo para salir del clóset públicamente —continuó Taemin, bajando la voz—. Necesitas tiempo, necesitas procesar, necesitas... experimentar. ¿Verdad?

Jimin asintió sin descubrir su rostro.

—Nunca he estado con un hombre de verdad. No desde aquella vez en la preparatoria. Y fue... rápido, torpe, nos descubrieron antes de que... Ni siquiera sé lo que estoy haciendo, no sé qué se siente realmente. Y me estoy volviendo loco necesitándolo.

Taemin tamborileó los dedos sobre la mesa, pensativo.

—Bien. Escucha. Si lo que necesitas es explorar sin que nadie se entere todavía, sin compromisos, sin nombres, sin riesgo... hay un lugar.

Jimin levantó la cabeza lentamente. A ésto quería llegar.

—¿Qué tipo de lugar?

—Creo que te lo he comentado... es un lugar donde consigues compañía. Hombres y mujeres, trabajadores sexuales. En Mapo, cerca de la salida 3 del metro Hongik University, los viernes y sábados, e incluso en domingo por la noche, entre las diez y las dos de la madrugada, hay varios chicos trabajando. Distintos tipos, distintas edades, distintos... servicios, discreción absoluta. Nadie pregunta nombres, nadie graba, nadie habla después. Pagas, haces lo que acordaste, te vas, simple.

El corazón de Jimin comenzó a latir más rápido. Sentía el pulso retumbando en sus sienes, en su cuello, en sus muñecas.

—¿Tú has ido?

Taemin lo miró directamente a los ojos.

—Sí. Tres veces, dos con chicos, una con una chica, soy bisexual, por si no lo habías notado. —Sonrió sin humor—. Es seguro si usas cabeza, condón siempre, sin excepciones, no des tu nombre real, no llesves tu billetera con identificación, lleva efectivo. No bebas nada que no hayas visto preparar.

Jimin tragó saliva. La garganta le raspaba como si hubiera tragado vidrio.

—¿Cómo... cómo funciona exactamente?

Taemin sacó su teléfono, abrió las notas, y comenzó a escribir.

—Entras a la calle específica y están todos allí, te darás cuenta. Si te interesa alguien, lo miras, se acerca, negocian precio dependiendo de qué quieras y cuánto tiempo. Todo en efectivo, luego salen juntos a un motel. Una hora, dos horas, lo que hayas acordado, y después, cada quien por su lado.

Jimin sentía que su miembro se le ponía duro solo de imaginarlo. Un hombre desconocido, una habitación de hotel, manos experimentadas, una boca caliente, un cuerpo masculino sobre el suyo, dentro del suyo...

—¿Es... seguro? ¿Legal?

—Es una zona gris —admitió Taemin—. Técnicamente no es legal, pero la policía no molesta porque es discreto y no causa problemas. Los dueños de los bares tienen... acuerdos. Mientras no haya escándalo, todo fluye, he ido tres veces en dos años y nunca tuve un problema.

—¿Qué tipo de... qué tipo de chicos?

—De todo. Diferentes edades, diferentes cuerpos, diferentes personalidades.

Jimin cerró los ojos. Podía imaginar un hombre perfecto a su gusto, con tanta claridad que dolía.

—Mierda —susurró.

—No estás roto, Jimin —dijo Taemin con firmeza, poniéndole una mano en el hombro—. Solo estabas dormido, fingiendo ser alguien que no eres. Y ahora puedes despertar, puedes vivir de verdad, nunca es tarde.

Pero Jimin sentía que veintiocho años eran demasiados. Veintiocho años mintiendo, fingiendo, reprimiéndose, años negando la parte más fundamental de sí mismo. Y ahora todo ese tiempo perdido le venía a cobrar la factura con intereses.

—El viernes tengo que salir con Minji —dijo con voz hueca—. Seunwoo y Hyunjin están esperando que me la folle.

—Cancela.

—No puedo. Se van a dar cuenta, van a empezar a preguntar.

—Entonces ve el sábado —sugirió Taemin—. O después de la cena con Minji. Invéntale una excusa, sal temprano, y vete para Mapo.

Jimin asintió lentamente. Su cerebro ya estaba calculando alguna excusa de reunión temprano el domingo, estar en Mapo a las once...

—¿De verdad crees que debería hacer esto?

Taemin apretó su hombro.

—Creo que necesitas descubrir quién eres de verdad, y a veces eso requiere salir de tu zona de confort. Arriesgarse, a ser honesto contigo mismo aunque sea en una habitación de hotel con un extraño.

Jimin abrió los ojos. Miró a su amigo, el único que sabía la verdad completa, y asintió.

—Muy bien.

Salió de la sala de descanso con las piernas flojas, el corazón latiendo tan fuerte que creía que se le iba a salir del pecho. Volvió a su oficina, recogió sus cosas con movimientos mecánicos. Saco, llaves, teléfono, billetera.

A las 8:17 PM apagó el ordenador, cerró la oficina con llave, y bajó en el ascensor privado.

Solo.

Las paredes de acero pulido reflejaban su imagen multiplicada al infinito, un hombre de traje oscuro, corbata perfecta, expresión neutra.

Se miró en el reflejo metálico mientras el ascensor descendía. Suspiró hacía si mismo, casi en desaprobación.

Las puertas se abrieron en el estacionamiento subterráneo. Jimin salió, caminó hasta su Porsche, abrió la puerta y se sentó detrás del volante.

No arrancó inmediatamente.

Se quedó allí, en el silencio, sintiendo cómo su vida entera estaba en un punto entre ceder, o mantener el show de tantos años.





Lee Taemin

Edad: 30 años.

Cargo: Trabajo en finanzas.

Jimin llegó el lunes a las 7:50 de la mañana, puntual como siempre. El Porsche se deslizó hasta su lugar en el estacionamiento subterráneo sin esfuerzo. Apagó el motor y se quedó sentado un momento más, mirando el volante entre sus manos.

Traje gris oscuro a medida, camisa blanca, con los dos botones superiores desabrochados, ya no tenía energía para fingir perfección absoluta, café negro de Starbucks en el portavasos que había dejado enfriar a medias. Sus manos temblaban apenas al tomar el vaso... pero temblaban.

Subió en el ascensor privado sin saludar al personal de seguridad que lo miraba pasar.

Soojin ya lo esperaba junto a la puerta de su despacho. Traje sastre negro hoy, peinado impecable, tablet en mano, esa sonrisa que él ya no sabía si era genuina o solo otra máscara corporativa más.

—Buenos días, señor Park —dijo con eficiencia—. Reunión con el consejo directivo a las nueve, videoconferencia con los inversores de Dubái a las once y media, almuerzo de negocios con los ejecutivos de Samsung a las dos en el Bicena.

Jimin ni siquiera se detuvo al pasar junto a ella.

—Cancela el almuerzo —dijo, entrando a su oficina—. Diles que me surgió algo urgente. Ofréceles la semana que viene, mismo lugar, a mi cuenta.

Soojin asintió una vez. Sus dedos ya se movían sobre la pantalla.

—Entendido. ¿Algo más?

—No.

Ella desapareció sin hacer más preguntas.

Nunca preguntaba. Por eso le pagaba tanto.

Jimin dejó el café sobre el escritorio, se quitó el saco y lo colgó en el perchero. Se sentó en su silla de cuero, encendió la computadora y miró la pantalla sin ver realmente nada.

Durante toda esa semana intentó convencerse de que podía seguir viviendo así. A medias, funcional, claro, pero vacío.

El lunes llegó al apartamento a las nueve y cuarto de la noche. Un silencio absoluto lo recibió, como siempre. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá, cinturón, zapatos junto a la puerta, calcetines, y el pantalón.

Se quedó en bóxers negros CK y camiseta blanca.

Se metió en la cama con el portátil todavía encendido.

Abrió el navegador de incógnito y fue al sitio de siempre, guardado en favoritos privados. Eligió un video largo esta vez, de los que duraban casi cuarenta minutos. De dos hombres en una habitación de hotel, besos lentos al principio, manos que recorrían cuerpos sin prisa, descubriendo cada músculo, cada reacción. Uno se arrodillaba frente al otro, lo

tomaba en su boca con paciencia, lo tragaba entero hasta que las lágrimas se le acumulaban en los ojos, y lo miraba desde abajo mientras lo hacía.

Jimin se tocó por encima del bóxer. Ya estaba duro.

Se lo bajó hasta los muslos. Envolvió su erección con la mano derecha y comenzó a moverse despacio, lento y vago, sincronizando sus movimientos con los de la pantalla. Cerró los ojos e imaginó que era él el que estaba debajo, el que abría las piernas, el que recibía, pero también el que daba. Intercambiándose, tomando turnos, placer mutuo, necesidad compartida.

Se corrió en su propia mano con un jadeo corto que se quedó atrapado en su garganta. Se derramó caliente entre sus dedos, tomó un kleenex de la caja en la mesita de noche, se limpió rápidamente, cerró el portátil y apagó la luz.

Se quedó ahí, en la oscuridad completa, mirando el techo que no podía ver.

Su miembro todavía palpitaba, medio duro. Sentía su pecho pesada y doloroso, como si alguien le hubiera puesto una piedra entre sus pulmones.

El vacío seguía ahí, más grande que antes, más profundo.

"Carajo..."

No fue suficiente.

El martes, Soomin lo llamó a las siete de la noche. Jimin acababa de salir de la oficina, estaba esperando el ascensor cuando el teléfono vibró en su bolsillo, miró la pantalla. La foto de ella resplandeciente, pero sin dudas, antes de que todo acabara.

Deslizó su dedo sobre el ícono verde, y llevó el aparato a su oreja.

—¿Sí?

—¿Ya firmaste los papeles de la casa de Jeju? —Soomin sonaba cansada, profesional, distante—. Mi abogado dice que todavía no han llegado.

—Los firmo mañana. Se los mando el jueves.

—Bien...Y el departamento de Gangnam sigue siendo tuyo, ¿verdad? Porque mis abogados dicen que según la ley..

—Es mío, Soomin —la interrumpió con firmeza—. Lo compré dos años antes de casarnos, con mi dinero. Está todo documentado.

Silencio al otro lado de la línea. Solo el sonido de su respiración.

—Bien —dijo finalmente—. Solo quería confirmar, no quiero más sorpresas, Jimin. Ya tuve suficientes.

Él sintió que algo se le retorció en el estómago.

—No habrá más sorpresas entre lo nuestro. He sido completamente sincero en todo lo demás del proceso.

—Los abogados también dicen que el yate tiene que dividirse, Jimin —continuó ella, ignorando su comentario—. Fue compra ganancial.

—El yate es mío, Soomin —replicó Jimin, entrando al ascensor—. Lo compré con el bono del dos mil veintitrés. Antes de casarnos.

—Todo lo que compraste durante el matrimonio es ganancial, Jimin. Así funciona la ley en Corea, y lo sabes.

—Entonces habla con mis abogados. Ellos tienen toda la documentación.

Ella soltó una risa seca, sin humor.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? Que ni siquiera peleas. Es como si ya te hubieras desconectado por completo, como si nunca te hubiera importado nada. —Su voz se quebró ligeramente—. Cinco años, Jimin. Cinco años de mi vida.

Él no dijo nada. No había nada que decir que no empeorara las cosas.

—Adiós.

La línea se cortó.

Jimin se quedó con el teléfono en la mano, mirando la pantalla que se oscurecía lentamente. El ascensor descendía.

"25... 24... 23..."

Recordó la última vez que habían intentado tener relaciones.

Dos meses antes de que él pidiera el divorcio. Una noche de sábado, habían cenado en casa, pasta con vino blanco, conversación forzada sobre el trabajo de ella, los proyectos de él. Se habían ido a la cama temprano. Ella había iniciado, besándolo despacio, quitándole la camiseta, tocándolo con esas manos que conocía cada centímetro de su cuerpo.

Se habían desnudado. Ella se había puesto encima, moviéndose despacio, buscando ese ritmo que antes funcionaba, le había pedido que la mirara a los ojos.

Él los había cerrado.

Había pensado en cualquier cosa menos en ella. En las reuniones del lunes, en los números trimestrales, en el vacío del techo, en absolutamente nada.

Él no acabó, y ella tampoco.

Después de diez minutos, Soomin se había quedado quieta encima de él. Su peso cálido, familiar, ahora extraño.

—Ya no me deseas, ¿verdad? —había dicho en voz baja.

Él no había contestado. Porque la respuesta era 'no', y decirlo en voz alta habría sido demasiado cruel.

Ella se había bajado despacio, se había puesto la bata de seda que colgaba en el baño, y se había ido al sofá del salón.

Esa noche durmieron separados por primera vez en cinco años.

Dos semanas después, él pidió el divorcio.

El miércoles por la noche, Jimin hizo algo que llevaba semanas considerando.

Abrió su laptop. Navegó en modo incógnito, encontró una tienda online que vendía juguetes sexuales con envío discreto.

Navegó por las categorías con el corazón acelerado. Se detuvo en la sección de hombres, leyó descripciones, miró fotos, sintió que la cara le ardía de vergüenza y excitación mezcladas.

Eligió con cuidado.

Un dildo realista de dieciocho centímetros. Silicona de grado médico, color piel, ventosa en la base. "*Para principiantes y usuarios intermedios*", decía la descripción.

Un plug anal mediano, silicona negra, forma ergonómica. "*Ideal para uso prolongado*."

Lubricante a base de agua, el más caro de la lista. "*Máxima suavidad. Hipoalergénico*."

Agregó todo al carrito rápidamente antes de arrepentirse. El total salió en setecientos mil wones. Pagó con su tarjeta personal, esa que usaba solo para cosas que no quería que aparecieran en las cuentas compartidas.

Entrega, el viernes por la mañana.

Destinatario: *J. Park*. Sin más detalles.

Cerró la laptop. Se quedó sentado en el sofá, respirando agitado, sintiendo su miembro presionar contra el pantalón del pijama.

Había cruzado una línea invisible.

Y no sentía culpa.

Solo anticipación.

El viernes por la mañana, a las 9:15 AM, el intercomunicador del apartamento sonó. Jimin acababa de salir de la ducha, todavía con el cabello mojado goteando sobre los hombros.

Se puso una bata y contestó.

—¿Señor Park? —La voz del portero—. Tiene un paquete. ¿Se lo subo?

El corazón le dio un salto.

—Sí. Gracias.

Tres minutos después, tocaron a la puerta. El portero le entregó una caja negra, tamaño mediano, sin ninguna marca excepto su nombre en una etiqueta blanca.

—Que tenga buen día, señor.

—Gracias, igualmente.

Cerró la puerta, llevó la caja a la habitación y la dejó sobre la cama, observándola durante un largo momento.

Sintió que la cara le ardía, vergüenza y ganas de probar. No se entendía a sí mismo ni un poco.

Esa misma mañana, al mediodía, en la cafetería corporativa del edificio, Minji se sentó frente a él sin pedir permiso.

Jimin estaba comiendo solo cuando ella apareció con su bandeja. Falda negra tan ajustada que se le marcaba todo, blusa blanca casi transparente que dejaba ver el sujetador negro debajo, tacones rojos que hacían *clac clac* contra el piso.

—Entonces... ¿esta noche? —preguntó con esa sonrisa que ella creía irresistible. Se inclinó hacia adelante, dejando que el escote se abriera—. ¿Recuerdas? Me dijiste que sí.

Jimin había olvidado por completo que había aceptado salir con ella.

La miró, realmente la miró. Cabello oscuro cayendo en ondas perfectas, maquillaje impecable, labios rojos, brillantes, pechos redondos presionando contra la tela delgada, piernas largas cruzadas, mostrando muslo.

Objetivamente hermosa.

Y no sentía nada.

—Tengo una cena de última hora con inversores de Singapur —mintió, mirándola directamente a los ojos—. No voy a poder. Lo siento, Minji...

La sonrisa de Minji se congeló. Por un segundo, solo un segundo, vio algo parecido a la humillación cruzar por su rostro.

—¿En serio? —Su tono se enfrió varios grados—. Me dijiste que sí hace una semana, Jimin. Pude haber hecho otros planes. Qué poco caballero, hubieras avisado antes.

—Surgió esta mañana, de verdad lo siento. Te aviso cuando tenga otra fecha libre.

Ella apretó los labios. Se levantó despacio, deliberadamente, tomó su bandeja y se fue sin decir nada más, sus tacones golpeaban el piso con furia contenida.

Desde otra mesa al otro lado de la cafetería, Seunwoo y Hyunjin lo miraban con expresiones de completa incredulidad. "*¿Qué mierda haces, idiota?*" articuló Seunwoo sin sonido.

Jimin sintió alivio y culpa al mismo tiempo.

Pero más alivio que culpa.

Mucho más.

Y ya no pudo más con su contención.

Esa misma noche, solo en su apartamento, decidió probar sus nuevos juguetes.

Eran las once de la noche, las luces de Seúl brillaban a través de los ventanales del dormitorio. Jimin cerró las cortinas automáticas con el control remoto, oscuridad completa.

Encendió solo la luz del baño.

Se desnudó completamente. Dejó la ropa doblada sobre la cama, entró al baño principal de mármol italiano, ducha de lluvia, y cerró la puerta aunque estaba completamente solo.

Abrió el paquete negro con manos temblorosas.

Sacó el dildo primero.

Lo sostuvo, sintiendo el peso, la textura suave de la silicona, por un momento se le revolvió el estómago, pero no podía negar lo mucho que necesitaba llenar el necesitado vacío. Lo lavó con jabón antibacterial, lo secó con una toalla limpia.

Tomó el lubricante. Bombeó una cantidad generosa en sus dedos.

Se apoyó con una mano contra la pared de azulejos blancos. Abrió las piernas, llevó la mano hacia atrás y encontró su entrada, presionó un dedo. El músculo se tensó automáticamente, respiró hondo, se relajó concentrándose, y presionó de nuevo.

El dedo entró hasta la primer falange.

Ardió, un poco, extraño pero no desagradable.

Un segundo dedo, entró más fácil esta vez. Comenzó a moverse, entrando y saliendo, preparándose.

Su miembro colgaba entre sus piernas, ya medio duro.

Cuando sintió que estaba listo, presionó el dildo contra la pared de azulejos. La ventosa se adhirió firmemente.

Quedó ahí, apuntando hacia afuera, a la altura perfecta.

Jimin se posicionó, se agachó lentamente, guiando la punta hacia su entrada. La silicona fría tocó su piel.

Respiró hondo.

Empujó hacia atrás.

La cabeza presionó contra él. El músculo se resistió, se tensó.

—Relájate —se dijo a sí mismo en voz alta—. Relájate, mierda.

Respiró hondo tres veces. Empujó de nuevo.

La cabeza entró.

Jadeó ahogado, cerrando fuertemente sus ojos.

El dolor fue intenso, ardiente, como si lo estuvieran partiendo en dos.

Se quedó completamente quieto, jadeando, sintiendo cómo su cuerpo se resistía y cedía al mismo tiempo, músculos palpitando alrededor de la intrusión.

Esperó diez segundos, veinte, treinta.

El ardor disminuyó lentamente, transformándose en una presión intensa pero manejable.

Empujó más.

Cinco centímetros, diez, quince.

Entró todo.

—Mierda —jadeó, apoyando ambas manos contra la pared—. Mierda, mierda...

Se quedó ahí, completamente empalado, sintiendo cada centímetro dentro de él. Su cuerpo palpitaba alrededor de la silicona, su miembro estaba completamente duro ahora, goteando.

Comenzó a moverse despacio al principio. Hacia adelante, hacia atrás, entrando y saliendo, sintiendo cada detalle, cada centímetro de longitud.

Con la mano derecha se agarró su propia erección y comenzó a bombear al mismo ritmo. Adelante, atrás, dentro, fuera.

El placer llegó en ondas. Diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Más profundo, más intenso, más completo.

Aceleró el ritmo. Sus piernas comenzaron a temblar, los jadeos se convirtieron en gemidos que no podía controlar.

—Sí... ah... sí...

El orgasmo llegó como un tren de carga. Lento pero brutal, inevitable.

Sus piernas fallaron. Dejó salir un grito ahogado que resonó contra los azulejos. Se derramó en chorros largos, espesos, salpicando el mármol del piso y deslizándose hacia el desagüe de la ducha.

Se quedó ahí, temblando violentamente, con el dildo todavía dentro, sintiendo cómo su cuerpo palpitaba alrededor de él con contracciones involuntarias.

No se movió durante un minuto completo.

Cuando finalmente tuvo fuerzas, se impulsó hacia adelante lentamente. El dildo salió con un sonido obsceno, su entrada quedó abierta, sensible, palpitando, vacía.

Tan terriblemente vacía.

Se dejó caer contra la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el piso. El agua fría de la ducha todavía no estaba abierta pero el sudor le corría por la espalda, por el pecho, por la frente.

Cerró los ojos.

Recordó los diecisiete años.

Vestidores después de la práctica de natación. Ese calor en su interior, pero uno real aquella vez. Una erección real palpitando dentro de él, manos reales agarrándole las caderas, la respiración real de Minho contra su nuca.

Hasta que entró el entrenador.

Y todo se detuvo.

Después de eso, nunca volvió a mirar a un hombre a los ojos durante años. Enterró esa parte de sí mismo tan profundo que casi dejó de existir.

Hasta ahora.

Se levantó con piernas temblorosas, y abrió la ducha. El agua caliente lo golpeó, lavando el sudor, el semen, la evidencia.

Lavó el dildo cuidadosamente y lo guardó en su caja.

Se secó con una toalla, se puso bóxers limpios, y se acostó desnudo en la cama, sobre las sábanas frías.

Miró el techo en la oscuridad.

Los videos no bastaban.

Los juguetes no bastaban.

Los dedos no bastaban.

Necesitaba un hombre de verdad. Carne caliente y viva, peso encima de él, manos grandes agarrándole las caderas con fuerza suficiente para dejar marcas. Una erección real entrando y saliendo de él, semen caliente dentro, llenándolo, palpitando dentro.

Necesitaba que alguien lo mirara a los ojos mientras lo penetraba.

Necesitaba ir a esa calle en Mapo que Taemin le había mencionado.

Y lo haría.

Esa misma noche.

Ahora.

Ya.

Se levantó de la cama.

Se vistió con ropa casual, jeans oscuros, camisa negra, zapatillas. Nada que lo identificara como CEO de una empresa multimillonaria. Nada que llamara la atención.

Tomó efectivo de su caja fuerte. Quinientos mil wones en billetes de cincuenta mil. Los metió en el bolsillo delantero de los jeans.

No llevó su billetera. No llevó identificación. Solo el teléfono y las llaves.

Salió del apartamento a las 11:47 PM.

Estaba a punto de cruzar un punto de no retorno.

Y ya no le importaba.



Jimin bajó al garaje privado del edificio a las 12:12 de la noche. Las luces blancas se encendieron automáticamente al detectar movimiento, iluminando el Porsche 911 negro recién lavado. El auto brillaba como si acabara de salir del concesionario, cada curva reflejando la luz blanca y fría.

Se detuvo frente a la puerta del conductor. Puso la mano sobre la manija cromada y se quedó completamente quieto.

Pensó en dejarlo ahí.

Pero abrió la puerta de todas formas.

Se sentó. El cuero frío del asiento le caló a través de la ropa sencilla que había elegido.

Cerró la puerta. El sonido resonó en el garaje vacío.

Encendió el motor. El sonido grave del motor llenó el espacio.

Sacó su teléfono y tecleó la dirección que Taemin le había indicado en el GPS. Cuarenta y siete minutos de viaje, decía la pantalla.

Respiró hondo tres veces.

Arrancó.

Las primeras calles eran familiares. Gangnam de noche, luces de edificios corporativos, restaurantes de alta cocina con ventanales enormes, clubes nocturnos con filas de gente esperando afuera. Parejas jóvenes saliendo con copas en la mano, riendo demasiado fuerte. BMWs y Mercedes estacionados en doble fila, normalidad, su mundo.

Pero el GPS rápidamente lo sacó de las avenidas principales.

Las calles se hicieron más estrechas. Los edificios más bajos, más viejos, con fachadas de cemento descolorido y grietas en las paredes. Letreros de neón que parpadeaban en rojo y rosa, algunos con letras fundidas, casas de dos o tres pisos con ropa colgada en balcones oxidados, tiendas cerradas con rejas metálicas grafitadas. Un perro callejero cruzó la calle sin prisa, mirándolo con indiferencia.

El Porsche parecía obscenamente fuera de lugar, demasiado grande, demasiado brillante, demasiado caro.

Algunas personas en las aceras se giraban al verlo pasar. Un grupo de chicos fumando en una esquina lo señaló y rió, una mujer mayor cargando bolsas de tela lo miró con desaprobación.

Jimin mantenía la vista al frente. Manos a las diez y diez en el volante, nudillos blancos de la presión, mandíbula tensa.

Veinte minutos después, llegó a la zona.

La calle era un tramo recto de unos cuatrocientos metros. Mal iluminada por farolas amarillentas que zumbaban con electricidad vieja, luces de neón que seguían fallando cada

pocos segundos, parpadeando irregulares.

Moteles baratos se alineaban uno tras otro a ambos lados, "*Motel el Secreto*" con letras rosas. "*Paraíso 24 Horas*" en azul eléctrico. "*Descanso Rosado*" con un corazón parpadeante, números de habitación pintados a mano, precios discretos en carteles pequeños, ~~W~~30,000 por tres horas.

Y había gente.

Muchas personas.

Mujeres con faldas cortas de cuero sintético y tops que dejaban el estómago descubierto, apoyadas contra las paredes, fumando o mirando sus teléfonos con expresiones aburridas, algunas conversaban entre ellas, otras simplemente esperaban.

Hombres también, y jóvenes en su mayoría. Camisetas ajustadas que marcaban músculos, algunos sin camisa directamente, mostrando abdominales definidos y tatuajes que cubrían brazos enteros, jeans rotos en las rodillas, cadenas plateadas al cuello. Algunos sentados en bancos de cemento agrietado, otros caminando despacio de un lado a otro, como depredadores pacientes.

Todos esperando.

En cuanto el Porsche entró a la calle, las cabezas se volvieron.

Una mujer de pelo rosa chicle se separó de la pared y caminó hacia el auto con pasos exagerados, caderas moviéndose en amplios arcos.

—¡Oye, jefe! —gritó, golpeando la ventana del copiloto con los nudillos—. ¡Ven aquí que te doy un paseo que no vas a olvidar!

Un hombre con el torso desnudo y pantalones de cuero se acercó por el otro lado.

—¡Papi, con ese coche puedes pagarme toda la semana! ¡Te hago todo lo que quieras!

Una mujer de vestido rojo demasiado corto se inclinó cerca, agarrando sus pechos con descaro, como si fuera la mejor ofrenda.

—¡Yo te hago feliz toda la noche, mi amor!

Un chico joven con camisa blanca abierta hasta el ombligo se plantó directamente frente al auto con las manos levantadas, obligándolo a frenar.

—¡Para, para! ¡Yo tengo lo que buscas! —gritó, haciendo un gesto obsceno con su boca y su mano, fingiendo una felación.

Jimin bajó la velocidad pero no se detuvo. El chico se apartó riendo y le lanzó un beso volado, exagerado.

Su corazón latía tan fuerte que lo sentía en las sienes, en la garganta, en las yemas de los dedos aferrados al volante.

Quería dar media vuelta, pisar el acelerador, volver al apartamento vacío y seguro. Masturbarse con un video, usar sus juguetes y fingir que era suficiente.

Pero sus manos no giraron el volante.

El auto siguió avanzando, despacio, cinco kilómetros por hora. Como si tuviera voluntad propia, como si supiera mejor que él hacia dónde tenía que ir.

Pasó frente a más moteles, más trabajadores, más gritos, más propuestas.

Y entonces llegó a la curva de la esquina.

Y lo vio.

Apoyado contra un poste metálico de señalización, fumando un cigarrillo liado a mano. Alto, delgado pero con hombros anchos que llenaban bien la chaqueta de jean negro que llevaba abierta. Debajo, una camiseta blanca crop que terminaba justo encima de su cintura, revelando un tramo de abdomen plano, definido.

Cuando levantó el brazo para llevarse el cigarrillo a la boca, la tela se levantó más. Jimin vio la línea dura de sus abdominales, piel lisa, color crema, un ombligo pequeño. La V de sus caderas desapareciendo bajo la cintura de los jeans negros, rotos en ambas rodillas.

Zapatillas negras Converse gastadas pero limpias, sin calcetines, tobillos desnudos.

Llevaba una gorra negra calada hasta las cejas. La luz de la farola le pegaba de lado, dejando sus ojos completamente ocultos en sombra pero iluminando perfectamente la mitad inferior de su rostro, pómulos altos, mandíbula definida pero no excesivamente cuadrada, labios ligeramente húmedos. Cabello negro ondulado que llegaba hasta la mitad del cuello. Y todo en él mezclaba delicadeza no forzada, junto a una masculinidad que era perfecta... un balance perfecto.

No estaba gritando propuestas como los demás, no se movía, solo fumaba, tranquilo, observando la calle con esa postura relajada de alguien que ha hecho esto mil veces.

Jimin sintió que se le secaba completamente la boca.

El Porsche siguió avanzando por inercia. Casi se detuvo solo frente a él.

Sus dedos encontraron el botón del vidrio eléctrico del lado del copiloto. Lo presionó, el cristal bajó con un suave zumbido mecánico.

El chico soltó el humo del cigarrillo despacio, dejando que se dispersara en el aire nocturno. Miró el auto durante un segundo, evaluándolo, calculando, luego aplastó el cigarrillo contra el poste metálico con dos golpes secos y lo tiró al suelo, lo pisó con la suela de su zapatilla.

Se acercó caminando sin prisa, en tres pasos medidos. Se inclinó hacia la ventanilla abierta, apoyando el antebrazo en el marco de la puerta. La gorra seguía ocultando sus ojos, pero la luz de neón rosa del motel cercano le iluminó el rostro de frente ahora, piel suave, casi sin imperfecciones, labios rosados naturalmente, expresión completamente neutral.

—¿Buscas compañía? —preguntó. Su tono era bajo, profesional, sin prisa ni emoción, como quien pregunta la hora.

Jimin abrió la boca.

No salió nada.

Su garganta estaba completamente cerrada, tragó saliva con dificultad, e intentó de nuevo.

—¿Es... esto es discreto? —logró decir, su voz sonando ronca, insegura.

El chico dejó escapar una risa corta, no burlona, casi comprensiva.

—Así que eres uno de esos, ¿eh? —dijo, inclinando la cabeza ligeramente.

Jimin sintió que la cara le ardía, la vergüenza le subió por el cuello como agua hirviendo, tiñéndole las orejas de rojo. Apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Quiso decir algo, cualquier cosa, pero no encontró palabras.

El chico lo notó. Su expresión cambió sutilmente, se enderezó un momento, miró hacia ambos lados de la calle, y volvió a inclinarse hacia la ventana. Esta vez más cerca.

—Tranquilo —dijo, su tono más suave ahora, casi amable—. Mi nombre es Ian. Nadie sabe tu nombre, yo no pregunto, tú no preguntas, todo lo que pase queda aquí, cien por ciento anónimo. Nadie graba nada, nadie habla después, nadie te va a chantajear. Es negocio limpio.

Jimin lo miró fijamente. Todavía no podía verle los ojos bajo la sombra de la gorra, pero la boca ya no sonreía con sarcasmo, había algo serio, y real en su forma de hablar. Algo calmado, como si entendiera perfectamente por qué estaba aquí.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Jimin, forzando las palabras a salir.

Ian se enderezó ligeramente, cruzando los brazos sobre el marco de la ventana.

—Depende de lo que quieras —respondió con pragmatismo—. Básico, solo oral, sin penetración, cien mil wones la hora. Completo, con penetración, tú arriba o yo arriba, doscientos mil wones una hora y media. Si quieres toda la noche, se negocia aparte. Uso condón siempre, no negociable. Si quieres algo especial, me lo dices antes y vemos.

Jimin asintió sin pensar realmente en lo que estaba haciendo.

—Completo —dijo, su voz apenas audible por encima del motor del auto.

Ian lo estudió un momento más. Luego asintió una vez.

—Muy bien. Completo entonces.

Rodeó la parte delantera del auto sin prisa. Abrió la puerta del copiloto y se sentó, el interior del Porsche se llenó inmediatamente con su presencia, la tela ligeramente áspera de su chaqueta de jean, el tabaco reciente. Cerró la puerta con un golpe suave.

Se acomodó en el asiento de cuero, se quitó la gorra y la dejó sobre sus rodillas.

Jimin lo vio por primera vez sin sombras.

Ese cabello negro, ligeramente despeinado. Ojos redondos, profundos, oscuros, con pestañas largas. Guapo de una forma casi desconcertante, logrando que el corazón de Jimin latiera más fuerte bajo su pecho.

Ian lo miró directamente. Sin sonreír, sin juzgar.

—Arranca —dijo simplemente—. Tú eliges.

Jimin pestañeó saliendo de su trance, y asintió. Puso el auto en marcha.

Sus manos temblaban sobre el volante mientras conducía lentamente por la calle.

No sabía qué esperaba que pasara después.

No había pensado más allá de este momento.

Pero ya no había vuelta atrás.





El Porsche avanzaba en silencio por Mapo, deslizándose entre los últimos locales de noraebang y los puestos que empezaban a cerrar, las luces de neón se reflejaban en el capó negro como un río de colores. Jimin tenía las manos a las diez y diez en el volante, los hombros tan rígidos que podía sentir cada músculo de su espalda tensarse contra el respaldo de cuero. El olor impecable del interior se mezclaba con su propio perfume, algo caro y discreto, junto con el leve aroma a tabaco y calle que traía Ian desde el asiento del copiloto.

El muchacho iba hundido en su asiento, manos quietas sobre la gorra en los muslos mientras miraba la ciudad pasar con una calma casi insolente. De vez en cuando la luz de un farol le cruzaba el rostro y Jimin alcanzaba a ver la línea de su nariz, la curva de los labios, el lunar apenas visible bajo su labio inferior, todo en ese rostro que parecía tallado con indiferencia pero que guardaba algo más.

El silencio dentro del auto era tan denso que Jimin lo sentía en la piel. Cada segundo sin hablar le apretaba más el pecho, el pulso le latía en las sienes, en la garganta, en las yemas de los dedos que apretaban el volante.

—¿Siempre eliges tan lejos? —la voz de Ian llegó baja, sin girar la cabeza, como quien comenta el clima sin esperar realmente una respuesta.

Jimin tragó saliva y le raspó la garganta, seca como papel de lija.

—Es sólo por privacidad —las palabras salieron más roncadas de lo que esperaba.

Ian giró apenas el rostro y la luz de un semáforo lejano le cruzó los ojos un instante antes de que asintiera una sola vez y volviera a mirar hacia afuera, satisfecho con la respuesta o quizás simplemente acostumbrado a este tipo de clientes que pagaban por discreción tanto como por sexo.

No había pensado llevarlos a un motel barato de la zona porque el riesgo era demasiado grande, así que había programado el GPS hacia las afueras, hacia uno de esos lugares que solo la gente con cierto nivel económico conocía y podía costear.

Dieciocho minutos después, la ciudad quedó atrás y la carretera se estrechó entre pinos altos que bloqueaban la luna, solo el aroma frío de resina en el aire y el leve temblor del motor cuando Jimin bajaba una marcha para tomar una curva cerrada, concentrándose en no pensar demasiado en lo que estaba a punto de hacer.

Llegaron a un complejo, y una puerta de acero se abrió sin ruido al momento que Jimin pagó con dedos torpes, y el camino interno se extendía perfecto frente a ellos, luces empotradas en el suelo formando una pasarela, árboles podados, silencio absoluto que prometía exactamente lo que Jimin necesitaba, que nadie viera, que nadie supiera, que nadie hablara. Nada de letreros llamativos, nada de movimiento, solo arquitectura baja y minimalista, cada suite separada de la otra por unos metros, privados, que garantizaban el aislamiento total.

El Porsche avanzó despacio hasta detenerse frente a la suite veintitrés.

Jimin apagó el motor y el silencio que cayó entonces fue tan pesado que superaba a los anteriores.

Bajaron al mismo tiempo y la grava crujió bajo las suelas mientras Ian alzaba la vista hacia la fachada, estudiando las líneas rectas, los ventanales opacos con cortinas cerradas, la ausencia total de cámaras o cualquier rastro de vigilancia. Solo el leve resplandor ámbar desde dentro y el aroma sutil a pino y tierra húmeda que flotaba en el aire nocturno.

—Primera vez que vengo a un sitio así —su tono era neutro, un poco curioso, mientras se metía las manos en los bolsillos delanteros de los jeans como si esto fuera una visita casual a un hotel cualquiera.

Jimin respiró hondo y el aire frío le quemó los pulmones de una forma que casi agradeció porque lo distrajo del pánico que comenzaba a trepar por su garganta.

—Es un resort boutique. Nadie pregunta nombres, nadie guarda registros... nadie habla.

Ian asintió despacio, pareciendo satisfecho con la explicación, como si eso confirmara que había elegido bien al subir a ese auto con ese desconocido.

Jimin pasó la tarjeta por el sensor y la puerta se abrió con un chasquido suave que resonó demasiado fuerte en sus oídos. Empujó y entraron a un espacio con olor a limpio, caro e impersonal, el aire acondicionado recibéndolos con un susurro fresco mientras la chimenea eléctrica proyectaba llamas falsas sobre la pared en un baile hipnótico que no emitía calor real. La cama king dominaba el centro con sábanas blancas perfectas, almohadas apiladas contra el cabecero de madera oscura en un orden que parecía demasiado deliberado, y un sofá de cuero gris oscuro estaba colocado frente a la chimenea esperando ser usado, frente tenía una mesa ratona a disposición. A través de una puerta entreabierta se veía el baño con su ducha de lluvia y jacuzzi pequeño, azulejos de mármol blanco que brillaban bajo la luz tenue como si nadie los hubiera pisado jamás.

Todo era gris, beige y blanco, sin cuadros, sin flores, ni nada que pudiera identificar a quien ocupara ese espacio, solo funcionalidad elegante y cara que gritaba exactamente lo que era, un lugar para hacer cosas que no querías que nadie supiera.

Jimin cerró la puerta detrás de ellos y pasó el pestillo, el clic encajando con un sonido demasiado fuerte, demasiado definitivo, como si acabara de sellar algo irreversible que ya no podría deshacer aunque quisiera.

Dejó la llave de su auto sobre la mesa de noche, y se quedó de pie allí, parado en medio de la habitación con las manos en los bolsillos de sus jeans, respirando como si acabara de subir diez pisos de escaleras sin parar, el corazón golpeando contra las costillas con tanta fuerza que pensó que Ian podría escucharlo desde donde estaba.

Ian dejó caer su gorra en la mesa ratona frente al sofá y se quitó la chaqueta con un suspiro tranquilo, colgándola del respaldo de una silla con cuidado y alisando las arrugas con los dedos antes de soltarla, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se quedó en camiseta crop blanca que dejaba al descubierto la línea de su cintura y los jeans rotos que colgaban bajos en sus caderas huesudas, exponiendo una franja de piel que Jimin no sabía si debía mirar o no.

Se quedaron mirándose por primera vez sin luces de neón distorsionando los colores, sin sombras que ocultaran las expresiones, sin la gorra que cubría la mitad de su rostro, y Jimin sintió que le faltaba el aire como si alguien le hubiera golpeado el pecho con fuerza. Ian era más guapo de lo que había parecido en la calle, mucho más, con esos ojos más oscuros y profundos, las pestañas proyectando sombras delicadas sobre los pómulos altos, la boca más suave de lo que recordaba.

—¿Estás bien? —la pregunta salió en voz baja, sin burla, solo curiosidad real.

Jimin soltó una risa nerviosa que sonó rota en el silencio de la habitación.

—Parezco que voy a desmayarme en cualquier momento, ¿verdad?

Ian se encogió de hombros y la comisura de su boca se curvó apenas, dibujando una media sonrisa que no llegó a ser total pero que igualmente le iluminó el rostro de una forma que hizo que algo se retorciera en el estómago de Jimin.

—Respiras como si acabaras de correr una maratón.

Jimin tragó con dificultad, sintiendo la garganta cerrada.

—¿Gustas champán? —intentaba controlar los nervios que le hacían temblar las manos, buscando algo, cualquier cosa que hacer para no quedarse ahí parado sintiendo el peso de la mirada de Ian sobre él.

Ian asintió con simpleza.

—Tú pagas, así que... a tu gusto.

Jimin soltó el aire que ni sabía que estaba conteniendo y sintió los pulmones arder con la liberación, como si hubiera estado aguantando la respiración durante horas sin darse cuenta.

Fue al teléfono de la habitación, un aparato negro y minimalista sobre la mesita de noche, marcó el servicio interno con dedos que temblaban apenas perceptible pero imposible de controlar completamente. Contestaron al primer tono, una voz femenina profesional y distante que no mostraba ninguna curiosidad sobre quién llamaba o qué hacía ahí.

—Suite veintitrés. Dom Pérignon Vintage, dos copas, y... algo más, un aperitivo o lo que tengan. Gracias —colgó antes de que pudieran responder, pasándose una mano por el cabello y sintiendo el sudor acumulado en la raíz.

Dos minutos después tocaron discretamente a la puerta, tres golpes suaves y medidos que parecían diseñados para no alarmar. Jimin abrió apenas una rendija, lo suficiente para ver, y un carrito plateado esperaba en el pasillo sin nadie a la vista, como si hubiera aparecido por arte de magia o como si quien lo trajera hubiera desaparecido deliberadamente antes de que pudieran verlo. Tomó la cubeta helada que empañaba al contacto, la botella de champán, las dos copas altas de cristal tallado, el plato de fresas cortadas en mitades perfectas, y un pequeño bol de almendras tostadas que desprendían aroma cálido y salado. Cerró de nuevo y el pestillo chasqueó otra vez con ese sonido que le aceleraba el pulso y le recordaba que ya no había vuelta atrás.

Sirvió con manos que ya no sabían si temblaban de nervios o qué rayos, una sensación que ya lo hacía sentir mareado. Se bebió media copa de un trago largo, el champán quemándole la garganta y bajando hasta el estómago como fuego que finalmente aflojó algo dentro de su pecho, una tensión que había estado cargando sin saberlo.

Ian tomó la suya sin prisa, dio un sorbo pequeño y delicado, saboreándolo como quien tiene todo el tiempo del mundo y no siente la necesidad de apresurarse por nada. Dejó la copa en la mesa ratona con cuidado y se sentó en el sofá de cuero gris oscuro, cruzando una pierna sobre la otra y recostándose contra el respaldo como si estuviera en su propia sala de estar, completamente dueño del espacio, de la situación, y de la noche entera.

—¿Siempre eres así de nervioso en las primeras veces? —lo miraba con esos ojos que ahora Jimin sabía que no olvidaría jamás, había algo hipnótico en esa mirada, algo que hacía querer confesar cosas guardabas en lo más profundo.

Jimin se sentó en el otro extremo del sofá, dejando casi un metro de vacío entre ellos como si esa distancia pudiera protegerlo de lo que sentía.

—En realidad... ésta es mi primera vez —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, una confesión que no había planeado hacer pero que se escapó de todas formas.

Ian pestañeó dos veces, procesando la información.

—¿Primera vez pagando o primera vez con un hombre?

Jimin desvió un momento la mirada porque la intensidad de los ojos de Ian era demasiado, porque sentía que si seguía mirándolo así terminaría diciéndole cosas muy personales. Luego regresó a verlo, obligándose a sostener esa mirada que parecía ver a través de todas sus defensas.

—Primera vez pagando —le salió bajo, casi un susurro que apenas se escuchó por encima del aire acondicionado—. Y hace once años que no estoy sexualmente con un hombre. Tenía diecisiete años, fue en el vestidor de la escuela, rápido, torpe... nos atraparon antes de terminar.

"*Mierda... ya lo hice*", se maldijo mentalmente a sí mismo. Ian, el primero en saber sobre ese dato después de tantos años, un desconocido, pero que sabía que el secreto allí moriría.

Ian asintió sin pedir detalles, sin hacer más preguntas invasivas, sin ofrecer palabras vacías de consuelo que ambos sabrían que eran mentira. Solo asintió despacio, como quien entiende con toda sencillez, quien ha escuchado historias similares demasiadas veces como para sorprenderse.

Tomó una fresa del plato y la mordió con cuidado, el jugo rojo manchándole apenas el labio inferior, brillante y tentador bajo la luz tenue de una forma que hizo que Jimin tuviera que apartar la mirada para no quedarse viendo fijamente.

—No quiero que sea rápido —las palabras salieron de Jimin como un torrente contenido durante demasiado tiempo—. No quiero que sea... mecánico, no quiero sentir que solo soy un cliente más en tu lista de esta noche aunque sé que lo seré. Pero, ¿Entiendes? Quiero sentirlo todo, quiero que dure.

Ian lo observó un segundo largo, dos, tres, y más, el silencio estirándose entre ellos como una cuerda tensa a punto de romperse. Luego sonrió, casi tierno, que transformó completamente su expresión. Los ojos se le arrugaron apenas en las esquinas, formando pequeñas líneas que le daban un aire más suave.

—Sin prisa, entonces —segundo después, se movió despacio, como quien se acerca a un animal asustado que podría huir en cualquier momento si hacía un movimiento demasiado brusco. El sofá crujió apenas bajo su peso mientras se deslizaba más cerca, sus rodillas rozándose en un contacto de tela contra tela que envió una descarga eléctrica por todo el cuerpo de Jimin.

El calor del cuerpo de Ian atravesó los jeans como un aviso de lo que había ido a buscar y finalmente había encontrado en él. Estaban tan cerca que podía olerlo, colonia genérica

por su dejo etílico, con una pizca de tabaco, junto un rastro mentolado que era agradable, y había algo más cálido, más íntimo, que le hacía apretar los dientes y cerrar los puños para no lanzarse sobre él como un desesperado sin control.

El corazón de Jimin se aceleró hasta que pensó que podría escucharse en toda la habitación, oía su propio pulso golpeando en sus oídos como tambores anunciando una batalla que estaba a punto de comenzar.

Primero solo se miraron, estudiándose mutuamente como si intentaran memorizar cada detalle. Ian tenía los ojos casi vulnerables ahora, había algo casi tierno en su expresión. Levantó la mano despacio, tan despacio que Jimin pudo haberla detenido en cualquier momento si quisiera, y la llevó hacia su rostro, rozando la mejilla con las yemas de los dedos en un contacto tan suave que envió un escalofrío por toda la columna del castaño, desde la nuca hasta la base de la espalda.

—¿Puedo besarte? —la pregunta salió en casi un susurro, pidiendo permiso en lugar de simplemente tomar lo que técnicamente ya era su trabajo.

Jimin asintió porque la garganta se le había cerrado por completo, no confiaba en su propia voz en ese momento, temía que saliera quebrada, o demasiado desesperada o que simplemente no saliera nada en absoluto.

Ian se acercó cerrando sus ojos.

Y el primer beso fue apenas una caricia tierna, suave, solo labios contra labios, cálidos y expectantes. Ian no presionó, no empujó, no invadió el espacio de Jimin con desesperación. Solo esperó con paciencia infinita, dándole la oportunidad de retirarse si quería, de cambiar de opinión, de huir antes de que fuera demasiado tarde.

Pero Jimin no huyó, cerró los ojos y respondió, presionando de vuelta contra los labios del pelinegro, un poco más fuerte, un poco más seguro de lo que quería. Abrió la boca apenas, una invitación tímida que no sabía si sería aceptada.

Y a su suerte; Ian entró despacio, explorando con cuidado reverente, su lengua tocando la de Jimin con delicadeza, probando, explorando, mapeando cada textura y cada sabor como si quisiera conocerlo completamente. El champán sabía distinto en la boca del otro, dulce, vivo, más embriagador que cuando lo bebía solo, y había un leve sabor a fresa también, dulce y fresco mezclado con todo lo demás.

Se besaron durante minutos enteros sin prisa, sin desesperación, sin urgencia que arruinara el momento. Solo labios moviéndose lentos, lenguas entrelazándose en una danza que parecía coreografiada pero que era completamente espontánea, sonidos húmedos llenando el silencio, respiraciones que se mezclaban y se hacían una sola. Jimin sentía cómo el mundo se reducía a ese punto de contacto, a esa boca cálida contra la suya, los suspiros, los chasquidos, a ese sabor que lo estaba volviendo loco lentamente de forma inexorable.

Los besos se profundizaban gradualmente, como una marea subiendo centímetro a centímetro sin dar a cuenta hasta que el agua cubrió todo por completo. Se volvían más seguros, más necesitados, más hambrientos con cada segundo que pasaba.

Jimin le rodeó la cintura con las manos, sintiendo la piel caliente bajo la tela delgada de la camiseta, músculos delgados pero firmes moviéndose bajo sus palmas, calor que se filtraba a través del algodón. Lo atrajo más cerca hasta que no quedó ni un centímetro de espacio entre sus cuerpos, y podía sentir cada respiración de Ian contra su propio pecho. El

muchacho se movió sin resistencia, sin dudar ni un segundo, presionando su torso contra el de Jimin hasta que los latidos de ambos corazones se sincronizaron en un ritmo caótico e irregular que ninguno de los dos podía controlar.

Ian comenzó a desabotonarle la camiseta lentamente, botón por botón, sin dejar de besarlo ni un segundo, los dedos habilidosos mientras su boca seguía ocupada robándole el aliento. Cuando la prenda estuvo completamente abierta, se la quitó por los hombros con movimientos lentos y deliberados, acariciando su piel a la vez que dejaba la tela caer hasta que se deslizó al suelo sin que ninguno de los dos mirara, olvidada como si nunca hubiera existido.

Pasó las manos por el pecho desnudo de Jimin con lentitud, dedos explorando cada contorno, cada músculo definido por años de gimnasio y dietas estrictas, cada centímetro de piel que temblaba bajo su toque como si nunca antes la hubieran acariciado así. Rozó un pezón con las yemas de los dedos en un movimiento tan suave que casi dolía por lo poco que era.

Jimin gimió dentro del beso, el sonido bajo e involuntario, sorprendido por la intensidad de su propia reacción. Otro escapó de su garganta antes de que pudiera controlarlo, vibrando entre sus bocas unidas en una confesión de lo que ese simple toque le provocaba.

Ian repitió el movimiento, más firme esta vez, con sus pulgares mientras pellizcaba apenas el pezón endurecido entre el índice, ejerciendo una presión perfecta entre el placer y el dolor que hacía que Jimin no supiera si quería que parara o que continuara para siempre. Se arqueó sin querer, sin pensarlo, buscando inconscientemente más de ese contacto que le estaba quemando desde dentro, su cuerpo actuando por instinto puro.

Se separaron solo un segundo para respirar, buscando oxígeno desesperadamente. Jadeaban ambos, los labios hinchados y húmedos, brillando como si acabaran de salir del agua. Los ojos oscurecidos por el deseo, las pupilas tan dilatadas que apenas se veía el color de los iris.

Jimin agarró el borde de la camiseta crop de Ian con manos temblorosas y tiró hacia arriba con más fuerza de la necesaria. Él levantó los brazos obedientemente, sin resistirse, dejándose desnudar con sumisión. La tela blanca pasó por encima de su cabeza revolviendo el cabello ondulado y desapareció junto a la camiseta negra en el suelo, formando un pequeño montículo de ropa olvidada que seguiría creciendo.

Su torso quedó completamente desnudo, piel suave y casi del mismo tono que Jimin, solo un poco más bronceada por el sol. Abdominales marcados pero no excesivos, naturales, músculos delgados que se contraían con cada respiración como olas bajo la piel. Un lunar justo encima del ombligo, pequeño y perfecto como una marca de nacimiento puesta ahí intencionalmente para que Jimin tuviera algo que besar después. La línea del ombligo desaparecía bajo la cintura de sus jeans como una flecha que señalaba promesas que el mayor estaba ansioso por descubrir.

Jimin lo tocó con ambas manos extendidas, como si necesitara confirmar que era real, que ese cuerpo existía de verdad bajo sus dedos y no era una alucinación producto de su desesperación. Que estaba sucediendo de verdad y no era una fantasía más de las miles que había tenido y frenado, eliminado en negación autoimpuesta. Los dedos temblaban ligeramente mientras trazaban líneas invisibles sobre los músculos del abdomen, subiendo por las costillas que se marcaban apenas bajo la piel, bajando por los costados hasta las caderas huesudas que sobresalían tentadoramente.

Ian le desabrochó el cinturón hábilmente y experimentado. El cuero resbaló por la tela con un sonido que pareció obsceno en el silencio de la habitación. El botón del jean cedió con facilidad bajo sus dedos y la cremallera bajó lentamente, diente por diente, el sonido amplificado hasta que fue lo único que Jimin podía escuchar además de su propia respiración errática. Le bajó los pantalones junto con los bóxers con la ayuda del dueño de las prendas en un solo movimiento rápido y practicado, tirando ambas a la vez hasta que pasaron por las caderas, por los muslos, por las rodillas, dejándolo expuesto.

El miembro de Jimin salió libre al fin de su prisión incómoda, donde había estado presionando dolorosamente contra la tela. Estaba completamente erecto, más duro de lo que había estado en años, vibrando casi con su propio pulso independiente, la punta ya húmeda, un brillante que goteaba lentamente formando un pequeño hilo transparente.

Ian lo tomó con la mano sin dudar, sin pedir permiso porque ya no hacía falta, los dedos cerrándose alrededor con firmeza perfecta. Lo acarició despacio, muy despacio, de la base hasta la cabeza sensible. El pulgar frotó la hendidura en la punta, esparciendo la humedad en círculos lentos y deliberados que arrancaron un gemido quebrado de la garganta del castaño, un sonido que no reconoció como propio.

Tembló entero, cada músculo de su cuerpo contrayéndose a la vez en una reacción que no podía controlar. Un escalofrío intenso le recorrió toda la columna desde la nuca hasta el pecho, erizándole cada vello del cuerpo hasta que su piel parecía electricidad pura.

Se levantaron del sofá sin decir nada, sin necesidad de palabras que arruinaran el momento con explicaciones innecesarias. Ian se quitó los jeans y los bóxers negros con movimientos rápidos, sin el teatro lento de antes porque ambos sabían que ya no hacía falta jugar. Quedó completamente desnudo frente a su cliente bajo la luz dorada de la chimenea, expuesto sin vergüenza ni timidez.

Su miembro estaba erecto también, impresionante en tamaño y grosor de una forma que hizo que Jimin tragara saliva con dificultad. Grande, venas, curvándose ligeramente hacia arriba en un ángulo que prometía cosas que el mayor ni siquiera podía imaginar completamente pero que su cuerpo ya anticipaba con una mezcla de miedo y deseo. La punta brillaba con humedad propia, hinchada, lista.

Jimin no pudo apartar la vista ni un segundo, pues estaba encantado de encontrar algo tan real, vivo y deseable entre las piernas del joven. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios entreabiertos, un deseo tan intenso que casi lo agobia.

Caminaron hacia la cama como sonámbulos atraídos por el mismo sueño inevitable. Jimin se tendió boca arriba sobre las sábanas blancas que estaban frescas contra su espalda ardiente, un contraste delicioso que le arrancó un suspiro de alivio. Ian se colocó encima sin apoyar todo su peso, cuidadoso de no aplastarlo, rodillas a ambos lados de sus caderas, manos apoyadas en el colchón a cada lado de su cabeza formando una jaula de carne y calor que encerraba en el mejor de los sentidos posibles.

Volvieron a besarse, más hambrientos ahora, más desesperados, sin la lentitud meticulosa del inicio. Manos tocando, explorando con urgencia que no podía ser contenida, bocas devorándose mutuamente como si se quisieran fusionar, respiraciones entrecortadas que se mezclaban en jadeos húmedos. Lenguas batallando por dominio en un duelo sin ganador ni perdedor donde ambos recibían y perdían exactamente lo mismo.

Ian bajó por el cuello dejando un rastro húmedo y brillante con su lengua sobre la piel sensible que se erizaba a su paso. Mordió suavemente donde el cuello se une con el hombro, y siguió por la clavícula, lamiendo el hueso que sobresalía bajo la piel. Bajó al

pecho, dientes rozando apenas, llegó a los pezones y los lamió, los mordió con más fuerza que antes, succionó hasta que Jimin arqueó la espalda completamente del colchón.

—lan... —gimió su nombre sin darse cuenta de lo que decía, sin importarle que eso rompiera la ilusión de seriedad que había estado manteniendo—. Dios... lan.

Siguió bajando, marcando un camino húmedo y ardiente que Jimin podía sentir enfriarse contra su piel con cada respiración. Se detuvo en el ombligo, donde metió la lengua brevemente, arrancando una risa nerviosa que murió en su garganta cuando continuó. La línea del pubis, siguiéndola con besos que se volvían más lentos, más deliberados. Hasta llegar finalmente a su entrepierna palpitante y necesitada donde el miembro del ejecutivo esperaba atención desesperadamente.

Tomó el miembro en su boca sin advertencia, sin preparación que pudiera suavizar el impacto de esa sensación. Calor líquido envolviéndolo completamente, humedad perfecta que no era demasiado ni poco, succión que literalmente robaba el aire de los pulmones de Jimin.

Dejó escapar un gemido fuerte que resonó en las paredes y probablemente se escuchó en las suites vecinas, un sonido primitivo y animal que no pudo contener ni aunque su vida dependiera de ello. Agarró las sábanas, fuerte con ambas manos, la cabeza se le fue hacia atrás, golpeando contra las almohadas sin cuidado, cuello expuesto y vulnerable, venas marcadas bajo la piel, boca abierta en un grito silencioso que no tenía voz suficiente para salir.

lan trabajó con lentitud tortuosa, sin prisa, sin pausa, jugando con su lengua como si conociera exactamente qué hacer, dónde presionar, cuándo succionar para maximizar cada sensación. Subiendo y bajando con ritmo que parecía diseñado específicamente para volverlo loco, para romper cada defensa que había construido durante años. Tragándolo entero, centímetro a centímetro, hasta que su nariz tocó el pubis y la garganta se cerró alrededor de la punta sensible en un apretón perfecto que hizo que Jimin viera estrellas. Luego subía de nuevo despacio, lento, dejando que solo la cabeza permaneciera dentro de su boca mientras la lengua hacía movimientos circulares precisos allí, lamiendo la hendidura, saboreando el líquido que goteaba constantemente, antes de bajar otra vez completamente en un movimiento fluido que parecía no tener fin, que se repetía una y otra vez.

Jimin sentía que se iba a correr demasiado pronto, vergonzosamente rápido y precoz, como un adolescente en su primera vez. El placer era demasiado intenso, acumulándose demasiado rápido en la base de su columna a punto de estallar, subiendo como lava por su interior hasta que no pudo soportarlo más. Cada succión lo acercaba más al borde de un precipicio que no quería alcanzar todavía porque quería que esto durara para siempre.

—¡Espera...! —la voz le salió rota, apenas reconocible como suya, desesperada y suplicante—. Para... me voy a...

lan se detuvo inmediatamente, obediente a la petición. Levantó la cabeza despacio, dejando que el miembro saliera de su boca con un sonido obsceno que resonó en el silencio. Lo miró con preocupación genuina.

—¿Quieres que pare?

—No —jadeó, tratando de recuperar el aliento que había perdido en algún momento sin darse cuenta, el pecho subiendo y bajando en inhalaciones irregulares—. No pares nunca. Pero... quiero que me folles, por favor. Necesito sentirte dentro. —Las palabras salieron

más desesperadas de lo que pretendía, más honestas de lo que debería permitirse con alguien que había pagado para esto.

Ian asintió sin decir nada más, comprendiendo perfectamente lo que Jimin necesitaba, sin necesidad de más explicaciones que arruinaran el momento. Se levantó de la cama con movimientos rápidos y seguros, fue hacia donde había dejado sus jeans tirados junto al sofá. Sacó del bolsillo trasero un condón plateado y un pequeño bote de lubricante transparente que reflejaba la luz. Volvió a la cama con ambas cosas en la mano, el colchón hundiéndose bajo su peso cuando se arrodilló entre las piernas de Jimin que ya estaban abiertas sin que se lo pidiera, sin vergüenza, sin dudas, rodillas dobladas y pies apoyados en el colchón, exponiendo todo de la manera más vulnerable posible.

—Relájate —le dijo, suave como terciopelo, calmado—. Respira hondo. Si no te sientes bien en cualquier momento, si duele, si necesitas que pare, lo que sea... me lo dices y paro inmediatamente. ¿Entendido?

Jimin asintió con la cabeza, incapaz de articular palabras porque la garganta se le había cerrado de emoción por lo que se avecinaba.

Ian abrió el bote de lubricante con un clic. Se untó una cantidad generosa en los dedos hasta que brillaron bajo la luz, el líquido transparente resbalando entre los dedos. Llevó la mano hacia la entrada de Jimin con cuidado reverente, este se abrió más, dándole toda la libertad.

Presionó un dedo contra el anillo rosado y apretado, aún un poco flojo por el juego de Jimin a solas.

Primero solo la punta, probando, tanteando la resistencia. Jimin se tensó automáticamente, todos los músculos contrayéndose por instinto de protección. El cuerpo rechazándolo, cerrándose involuntariamente.

—Respira —Ián con paciencia infinita, la otra mano acariciando el muslo interno en círculos calmantes—. Trata de hacerlo. Deja que entre, no te haré daño.

Jimin asintió, concentrándose en su respiración como si fuera lo único que existiera en el mundo. Inspiró profundo, llenando sus pulmones hasta que dolieron por el esfuerzo. Exhaló lento, dejando que el aire escapara mientras visualizaba su cuerpo relajándose, abriéndose, aceptando lo que venía.

El dedo entró hasta la primera falange, deslizándose despacio. No era como cuando lo hizo con su propia mano, ahora se sentía extraño e invasivo, pero que al mismo tiempo despertaba sensaciones que no sabía que su cuerpo podía experimentar.

Ian movió el dedo despacio dentro de él, explorando con cuidado, buscando algo específico con movimientos circulares precisos que demostraban experiencia.

Encontró la próstata y el mundo de Jimin explotó en sensaciones.

Éste dió un respingo involuntario, todo el cuerpo saltando sobre el colchón como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Un gemido agudo escapó de su garganta sin permiso, sin control, sonido que nunca había hecho antes y que no sabía que podía hacer, que no sabía que existía dentro de él.

—Ahí —Ián habló en voz baja, casi susurrando, satisfecho consigo mismo por haberlo encontrado tan rápido—. ¿Se siente bien?

Jimin asintió rápidamente, respirando casi agitado, desesperado.

Ian añadió un segundo dedo con cuidado, estirando lentamente. Moviéndolos en círculos suaves, en tijeras que abrían gradualmente, preparando el camino.

Jimin jadeó aún más, necesitaba más profundidad, más y más.

Tercer dedo y el estiramiento fue más intenso, una sensación tan dulce y única que hacía que Jimin tuviera que morderse el labio para no quejarse o gritar. Empujó hacia abajo sin darse cuenta, buscando inconscientemente más profundidad, más de esa sensación.

Ian lo preparó durante varios minutos, sin apresurarse, sin tomar atajos que pudieran lastimarlo. Moviendo los dedos constantemente en patrones que Jimin no podía predecir, estirando, asegurándose de que estuviera completamente listo y relajado antes de continuar.

Cuando finalmente sacó los dedos, Jimin sintió el vacío inmediatamente como un golpe físico. Su entrada palpitaba, ya más abierto y sensible de lo que estaba al salir de casa, contrayéndose en espasmos involuntarios, necesitando desesperadamente ser llenado de nuevo con algo más grande, algo que satisficiera esa necesidad que crecía dentro de él.

Ian se puso el condón con movimientos rápidos y eficientes que demostraban práctica. Se untó más lubricante en su miembro hasta que brilló, el líquido resbalando por la longitud en gotas gruesas.

Se posicionó entre las piernas de Jimin, alineándose con cuidado. Apoyó la punta de su miembro contra la entrada preparada pero aún increíblemente apretada.

Presionó despacio y la cabeza empujó. Se resistió un momento, el cuerpo rechazando instintivamente la invasión, luego cedió gradualmente hasta que entró la cabeza completa con un sonido casi audible.

Jimin apretó los dientes, respiró hondo por la nariz, tratando de controlar la tensión que amenazaba con hacerlo cerrarse completamente. Dolía más que los dedos, más que el dildo, mucho más.

Ian se quedó completamente quieto, sin moverse ni un milímetro, dándole tiempo para ajustarse.

—Deja de apretar... —su voz salió calmada y paciente, sin frustración ni impaciencia—. Me estás apretando demasiado.

Y lo hizo, cerró sus ojos y exhaló temblorisamente, calmando esa ansiedad involuntaria que lo llevaba a tensar cada centímetro de su ser. Ian aprovechó el momento y empujó más, entrando la mitad de su longitud en un movimiento constante.

Jimin gimió y no era un gemido de placer entero todavía, era dolor, pero dolor con algo más profundo, con la excitación de finalmente tener un maldito hombre poseyendo su cuerpo entero.

Ian esperó de nuevo, inmóvil como una estatua de mármol. Treinta segundos que se sintieron eternos, cada uno marcado por los latidos desbocados del corazón de Jimin que resonaban en sus oídos. Un minuto completo donde el tiempo parecía haberse detenido por completo y solo existía ese punto de conexión entre ellos.

—¿Puedo seguir? —la pregunta salió suave, considerada, dándole control sobre la situación cuando técnicamente ya no lo tenía.

—Sí... —jadeó, voz quebrada y desesperada que apenas sonó como la suya—. Sí, por favor. Todo, lo quiero entero.

Ian empujó el resto entonces, despacio pero sin detenerse esta vez, un empuje constante y firme que no cedió hasta el final, hasta que no quedó ni un centímetro fuera. Sus caderas presionaron contra el trasero de Jimin, piel contra piel, calor contra calor, completamente unidos de la forma más íntima posible.

Jimin contuvo la respiración, sintió la plenitud absoluta, completa, abrumadora que casi lo hace llorar. El dolor intenso expandiéndose por todo su interior como fuego que quemaba cada nervio. Y debajo de todo eso, enterrado bajo las capas de ardor y estiramiento, algo que lo llenaba de una forma que casi lo hacía llorar de algo más complejo, más emocional.

Ian se quedó quieto, completamente inmóvil excepto por el temblor leve de sus brazos que lo sostenían. Dándole todo el tiempo que necesitara para ajustarse a la invasión, para acostumbrarse a tenerlo dentro, para que el dolor se transformara en otra cosa.

—¿Estás bien? —lo miraba directamente a los ojos con intensidad que cortaba el aliento y que parecía ver a través de todas las máscaras que Jimin había construido.

Él asintió, incapaz de hablar, las palabras se le habían atascado en algún lugar entre el pecho y la garganta. Lágrimas se acumulaban en las comisuras de sus ojos, brillantes y pesadas, resbalando lentas por las sienes hasta perderse en el cabello revuelto.

Se aclaró de garganta, asintiendo nuevamente.

—Muévete —finalmente logró susurrar con voz quebrada que sonó como súplica—. Por favor, Ian. Te necesito. Muévete.

Ian si más, empezó a moverse, obedeciendo la súplica desesperada. Lento al principio, cuidadoso, atento a cada reacción en el rostro de su cliente. Salía casi completamente, dejando solo la punta dentro en un vacío momentáneo que hacía que Jimin quisiera rogar para que volviera, luego volvía a entrar hasta el fondo con un empuje profundo y controlado que llenaba cada espacio vacío dentro de él.

Jimin gemía con cada entrada, con cada empuje que lo llenaba y lo vaciaba en un ciclo interminable que lo estaba volviendo adicto. El dolor se transformaba gradualmente, mutando en algo diferente que su cerebro no sabía cómo procesar. Volviéndose tolerable primero, luego soportable, después casi agradable. Hasta que finalmente cruzó esa línea invisible y se convirtió en placer puro y brillante que lo recorría desde la entrada hasta la punta de los dedos de los pies, electricidad pura corriendo por sus venas.

Abrió más sus piernas, levantándolas, entregado totalmente al cuerpo que lo embestía y hacia gemir de total placer, como un maldito actor porno que no actuaba en absoluto.

Ian cambió el ángulo ligeramente, ajustando la posición de las caderas de Jimin con manos expertas. Levantándolas apenas unos centímetros, colocando una almohada debajo para mantenerlas elevadas en el ángulo perfecto. Buscó con movimientos experimentales, ajustando hasta encontrar lo que buscaba.

Encontró la próstata de nuevo, ese punto mágico escondido dentro que transformó todo.

Jimin vio estrellas detrás de sus párpados cerrados, explosiones de luz blanca y dorada que parecían reales. El placer explotó a través de su cuerpo como espasmo de alto voltaje, como un rayo que lo atravesaba de pies a cabeza sin dejarle espacio para respirar.

—¡Ah! Por Dios sí... sí... ahí qué bien... —las palabras salían entrecortadas, sin filtro entre su cerebro y su boca—. No pares, Ian... por favor no pares nunca... más fuerte... más...

Ian aceleró el ritmo gradualmente, escuchando las súplicas rotas como si fueran instrucciones. No demasiado rápido para abrumar, solo lo suficiente para llevar a Jimin más cerca del borde del precipicio. Entraba y salía con empujes profundos y precisos como un mecanismo perfectamente calibrado, golpeando ese punto exacto sin fallar ni una sola vez, como si tuviera un mapa interno del cuerpo que poseía.

El colchón comenzó a crujir debajo de sus cuerpos al ritmo constante de los movimientos, los muelles protestando por el uso. La cabecera de la cama golpeaba la pared con un ritmo hipnótico que llenaba la habitación junto con los gemidos y jadeos que ninguno de los dos intentaba ocultar.

Jimin sentía que se deshacía bajo él, que se desintegraba en pedazos que Ian volvía a juntar con cada embestida solo para romperlos de nuevo. Las piernas le temblaban violentamente, completamente fuera de su control, músculos contrayéndose y relajándose en espasmos involuntarios que no podía detener. Los dedos de sus pies suspendidos en el aire se enroscaban hasta que dolían, clavándose en las sábanas como si quisiera arrancarlas. El placer subía desde su interior cada vez más intenso, cada vez más incontrolable, acumulándose en la base de su columna como presión a punto de explotar y destruirlo completamente.

No tocó su propio miembro ni una sola vez durante todo el proceso, no necesitaba hacerlo. El placer que venía desde dentro era suficiente, más que suficiente, más intenso de lo que cualquier estimulación externa podría darle jamás.

El orgasmo llegó de repente, sin advertencia previa, sin tiempo para prepararse o contenerlo o siquiera entender qué estaba pasando.

Se derramó con un grito ahogado que se quedó atrapado en su garganta, sin aire suficiente para salir completo. Salió en chorros fuertes y largos que parecían no tener fin, cayendo sobre su propio abdomen y pecho en hilos blancos que brillaban bajo la luz como perlas líquidas. Los espasmos duraron una eternidad, su cuerpo convulsionando debajo de Ian, sus ojos se volvieron blancos, y su cabeza viró hacia atrás, totalmente fuera de sí, entregado al éxtasis. Los músculos internos contrayéndose alrededor del miembro que seguía moviéndose dentro de él sin parar, apretando con una fuerza que era casi dolorosa para ambos pero que ninguno quería que terminara.

Ian siguió golpeando sin piedad, sin darle tregua ni un segundo de descanso. Entrando y saliendo a través de todo el orgasmo, alargando cada segundo de placer hasta que Jimin pensó que realmente se volvería loco, hasta que no pudo soportarlo más y su cuerpo quedó completamente flácido sobre las sábanas empapadas de sudor y semen, sin fuerza para nada más, gimiendo aún por tanta sensibilidad.

Entonces Ian se tensó, cada músculo de su cuerpo marcándose bajo la piel brillante de sudor. Empujó profundo una última vez, hundiéndose hasta el fondo, y se quedó ahí quieto, temblando como una hoja al viento, dejando escapar un gemido grave que salió desde lo profundo de su pecho, vibrando en el aire entre ellos mientras se corría dentro del condón, caderas pegadas a las de Jimin, cuerpos unidos en el punto más íntimo posible.

Se quedaron así un momento largo, en aquella posición final. Ojos cerrados, bocas entreabiertas, jadeando como animales salvajes después de una cacería, sudando tanto que sus pieles resbalaban una contra la otra, conectados de la forma más primitiva y perfecta que dos personas pueden estar.

Ian exhaló un suspiro tembloroso, y salió despacio, con tanto cuidado como cuando había entrado, milímetro a milímetro, atento a cualquier señal de incomodidad. Jimin sintió el vacío inmediatamente como un golpe físico en el estómago, la ausencia tan potente como la presencia había sido momentos antes. Su entrada sensible y abierta, contrayéndose en el aire frío en espasmos involuntarios que le arrancaban pequeños gemidos durante sus respiraciones, un acto que no podía contener.

Ian se quitó el condón con cuidado, lo anudó y lo tiró en el basurero junto a la cama. El sonido del látex contra el plástico resonó demasiado fuerte en el silencio posterior al sexo, un recordatorio de lo que acababa de pasar.

Jimin seguía temblando sobre las sábanas húmedas de sudor y semen, el cuerpo completamente flojo, sin fuerza en ningún músculo, incapaz de moverse aunque quisiera. Cada extremidad pesaba como plomo, la mente en un blanco perfecto, sin un solo pensamiento coherente, solo la sensación de estar completamente satisfecho y destruido al mismo tiempo.

Ian se levantó de la cama con calma, lento, con las piernas aún temblorosas por el esfuerzo. Fue al baño y el sonido llegó desde allí, el grifo abriéndose, golpeando la porcelana en un ritmo constante. Volvió momentos después con una toalla húmeda y tibia que goteaba ligeramente, dejando un rastro de agua en el suelo. Se arrodilló junto a Jimin en el borde de la cama y comenzó a limpiarlo con cuidado, movimientos suaves en contraste a la intensidad de lo que acababa de pasar.

Abdomen primero, limpiando el semen que se había enfriado en la piel. Pecho, pasando la tela húmeda entre las clavículas, entre las piernas, donde tocó con especial delicadeza, la entrada aún sensible hacía que Jimin contuviera la respiración para no jadear cada vez que la tela la rozaba. Los muslos internos manchados de lubricante que brillaba. Tratándolo con una ternura inesperada, como si realmente le importara el bienestar de Jimin más allá de la transacción comercial que ambos sabían que esto era.

Luego dejó la toalla en el lavabo del baño, el sonido del agua volvió brevemente cuando la enjuagó bajo el grifo.

Regresó a la habitación y comenzó a vestirse en silencio.

Jimin observaba deshecho en la cama, sintiéndose aún más vulnerable.

Ian no perdió tiempo, cada prenda volviendo a su lugar como si pudiera borrar lo que había pasado. Bóxers negros primero, elástico chasqueando contra la piel húmeda, jeans rotos subiendo por las piernas, camiseta crop blanca que dejó su abdomen expuesto una vez más, tentador e inalcanzable. Chaqueta de jean deslizándose por los brazos, gorra negra cubriéndole el cabello desordenado y húmedo de sudor, ocultando de nuevo esos ojos que Jimin había llegado a conocer tan íntimamente.

Cada prenda creaba más distancia entre ellos, más separación, devolviendo a Ian a esa figura misteriosa que había sido en la calle y transformando a Jimin de nuevo en solo un cliente más.

Ian se acercó una última vez, rompiendo esa distancia momentáneamente. Se sentó al borde de la cama, cerca de donde Jimin yacía como un náufrago en la playa después de una tormenta que casi lo mata.

—¿Estás bien? —preguntó en genuina preocupación.

Jimin asintió débilmente, todavía respirando con dificultad, como si aún el peso de lo que sucedió fuera realmente uno grande, mucho más pesado lo que pudiera aguantar.

—Nunca... —su voz se quebró en la primera palabra, carrasposa y usada por todos los gemidos—. Nunca había sido así. Nunca me había sentido tan... Tan increíble.

Ian sonrió entonces y no era la sonrisa mecánica del trabajador cumpliendo un servicio. Esta era leve pero completamente real, genuina, casi tierna, sus ojos que se arrugaron en las esquinas formando pequeñas líneas que Jimin quería memorizar, que quería guardar para siempre en algún lugar de su memoria donde nada pudiera borrarlas.

—Me alegro de haber sido yo entonces —las palabras quedaron en el aire entre ellos.

Jimin suspiró desviando la mirada, y se incorporó con esfuerzo, como un hombre de ochenta años con artritis severa, cada músculo de su cuerpo protestando con dolor sordo. Cada movimiento enviaba pequeñas punzadas desde su entrada, que le recordaba exactamente lo que había hecho, lo que había permitido que le hicieran. Con manos que aún temblaban ligeramente, contó doce billetes de cincuenta mil wones con cuidado, asegurándose de dar un monto generoso. Seiscientos mil en total, el triple de lo que habían acordado en la calle bajo las luces de neón.

Se los extendió hacia Ian sin decir nada, sin explicar por qué tanto, sin justificar la cantidad excesiva.

Ian los tomó sin contarlos. Los guardó en el bolsillo trasero de sus jeans.

—Gracias. La salida es la misma, ¿Verdad?

Jimin asintió suavemente.

—Junto a la entrada de autos... sólo abre hacia afuera.

Ian asintió simplemente y se levantó del borde de la cama con movimientos seguros, caminó hacia la puerta con pasos iguales que resonaban en el silencio, cada uno alejándolo más de lo que habían compartido.

Jimin lo miró alejarse, sintiéndose aún más extrañamente vulnerable ahora que todo había terminado, como si Ian se llevara algo consigo al salir, algo que no sabía que había entregado hasta que ya era demasiado tarde para recuperarlo.

—¿Estarás ahí el próximo sábado? —las palabras salieron antes de que pudiera detenerse, desesperadas y necesitadas, antes de que su cerebro pudiera pensarlas o su orgullo detenerlas.

Ian se detuvo con la mano ya cerrada alrededor del picaporte metálico. Se giró apenas, lo suficiente para mirarlo por encima del hombro, la gorra ocultando la mitad de su rostro de nuevo y devolviéndolo a esa figura misteriosa que había sido en la calle. Pero Jimin alcanzó a ver la sonrisa ladeada que se dibujaba bajo la sombra, pequeña pero inequívoca.

Los ojos brillaban con algo que podría ser diversión o promesa o ambas cosas entrelazadas de forma imposible de separar.

—Estaré. Mismo sitio. Misma hora.

Abrió la puerta dejando entrar una ráfaga de aire frío del exterior que cortó el calor acumulado en la habitación. Salió al pasillo iluminado sin mirar atrás una última vez, sin despedidas adicionales que pudieran complicar las cosas. Cerró detrás de él sin hacer ruido y el clic suave de la cerradura resonó en el silencio de la habitación como un punto final a un capítulo que Jimin sabía que querría releer una y otra vez.

Se quedó solo entre sábanas que todavía olían a sexo intenso, a champán derramado en algún momento, a sudor mezclado, a lan, un aroma complejo e íntimo que lo envolvía como un recordatorio tangible de lo que acababa de pasar y que no quería que se desvaneciera.

Su propio cuerpo le pesaba como si hubiera corrido un maratón completo sin parar, los músculos doloridos en formas que no sabía que podían doler. La entrada sensible, palpitando todavía con cada pequeño movimiento, cada cambio de posición, recordándole constantemente lo que había hecho, lo que finalmente se había dado permiso de querer.

Pero sonrió mirando el techo donde las sombras de la chimenea proyectaban formas danzantes que se movían hipnóticamente.

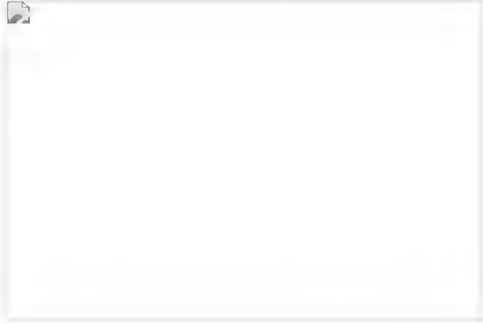
Había sido el mejor sexo de su vida sin comparación posible, sin competencia, todo lo demás palidecía al lado de esto. Y quería más, mucho más, todas las noches que pudiera pagar.

Cerró los ojos mientras su respiración finalmente se normalizaba, mientras el pulso dejaba de latir tan fuerte en sus oídos que lo ensordecía.

Por primera vez en meses, tal vez años, se durmió profundamente sin que el sueño se le escapara entre los dedos como arena. Sin pesadillas interrumpiendo su descanso con imágenes de cosas que prefería olvidar, sin despertar a las tres de la madrugada con el pecho apretado por la ansiedad que lo acompañaba desde la adolescencia como una sombra constante que nunca podía sacudirse.

Solo sueño profundo y reparador, sin medicamentos, sin alcohol en exceso, sin tener que agotarse hasta el punto de colapso para poder dormir.





Jimin abrió los ojos y el mundo le llegó de golpe, abrupto y desorientador, como si alguien lo hubiera sacudido por los hombros, arrancándolo de un sueño que todavía podía sentir en la piel. Por un momento no supo dónde estaba, el techo era diferente, más alto, con molduras que no reconocía. La luz del mediodía entraba a través de las cortinas entreabiertas, bañando todo en dorados que lastimaban sus ojos recién abiertos.

Parpadeó varias veces tratando de enfocar la vista mientras giraba la cabeza lentamente hacia un lado, y entonces: la cama king size, las sábanas blancas arrugadas y revueltas enrolladas alrededor de sus piernas desnudas, una copa de champán volcada en la mesita de noche con el líquido ya seco dejando una mancha circular en la madera oscura, el plato de fresas a medio comer con algunas mordidas y otras intactas marchitándose, la chaqueta de jean que ya no estaba colgada en ningún lado.

La suite del resort, y todo volvió a él como una ola rompiéndole encima.

El cuerpo le pesaba de una forma completamente nueva, deliciosa y desconocida al mismo tiempo, con un dolor sordo y profundo pulsando justo ahí, en la parte más íntima de su cuerpo. Cada pequeño movimiento, cada respiración profunda, cada cambio de posición hacía que los músculos internos se contrajeran y le recordaran, centímetro a centímetro, exactamente lo que había pasado la noche anterior.

Sonrió sin poder evitarlo, extendiéndose por su rostro antes de que pudiera controlarla, amplia y tonta y completamente fuera de lugar. Se mordió el labio inferior, todavía hinchado y sensible de tantos besos, intentando reprimir la risa que amenazaba con salir de su garganta mientras los recuerdos llegaban en flashes desordenados, desde la boca en su cuello dejando marcas húmedas que ardían, los dedos abriéndolo despacio con paciencia, la presión lenta y constante cuando entró, estirándolo hasta que creyó que no cabía nada más, el ritmo perfecto después golpeando ese punto exacto una y otra y otra vez hasta que su cuerpo dejó de pertenecerle, el orgasmo que le había arrancado un grito sin que se tocara ni una sola vez.

Se tapó la cara con ambas manos y susurró contra sus propias palmas con voz ronca y rasposa.

—Dios mío... qué hice. —Pero no había arrepentimiento en su tono, solo asombro e incredulidad.

Dejó caer las manos y volvió a mirar el techo sintiendo la certeza absoluta de que no se arrepentía, ni un poco.

Giró la cabeza hacia la mesita de noche donde el reloj digital marcaba 11:31 AM en números rojos brillantes, y el check out era a las doce.

—Mierda.

Se incorporó bruscamente en la cama y fue un error grave porque el dolor le atravesó la espalda baja como un latigazo concentrándose exactamente donde lan había estado dentro de él, una sensación que era dolor agudo y placer residual que le hizo jadear mientras se agarraba al borde de la cama cerrando los ojos hasta que pasara lo peor.

Las piernas le temblaron cuando intentó ponerse de pie y tuvo que sostenerse del cabecero un momento largo, respirando profundo, esperando que el mareo pasara y que sus piernas decidieran sostenerlo. Cuando finalmente logró caminar, cada paso le recordaba lo que había sucedido, sus músculos internos todavía protestando, todavía ajustándose a la experiencia, rechazando y extrañando la invasión al mismo tiempo.

Llegó al baño caminando despacio, casi de puntillas, como si estuviera aprendiendo a usar sus piernas de nuevo. Encendió la ducha y el agua salió fría primero, luego templada, finalmente caliente mientras entraba bajo el chorro dejando que cayera directamente sobre sus hombros tensos, y su espalda dolorida. El vapor comenzó a llenar el espacio nublando los espejos.

Se lavó el cabello con movimientos automáticos, sin pensar, jabón por el cuerpo frotando la piel que olía diferente ahora, pero cuando llegó a limpiarse entre las piernas se detuvo porque no pudo resistirse. Llevó la mano hacia atrás con el corazón acelerándose y tocó su entrada con dedos temblorosos, casi con miedo.

Estaba ligeramente irritado por la fricción de la noche anterior, y cuando presionó apenas un dedo, solo la punta, solo para comprobar, entró con demasiada facilidad.

Tocarse ahí le arrancó un suspiro profundo que resonó contra los azulejos mojados en un sonido que no era del todo placentero porque dolía, pero ese dolor tenía algo increíblemente satisfactorio, algo que le confirmaba que nada había sido producto de su imaginación.

Sacó el dedo rápidamente con el corazón latiendo fuerte y terminó de lavarse con movimientos apresurados antes de secarse con una toalla blanca. Se vistió con la misma ropa de la noche anterior porque no había traído nada más, no había planeado quedarse a dormir, no había considerado que esto fuera más allá de unas pocas horas.

Se miró en el espejo de cuerpo completo del baño y ahí estaban los labios rojos e hinchados, una marca morada oscura justo debajo de la clavícula izquierda, un chupetón que Ian había dejado sin pedir permiso, otra más pequeña en el lado bajo y derecho del cuello.

Intentó subirse el cuello de la camiseta estirando la tela pero no funcionó, así que suspiró mirando su reflejo sabiendo que tendría que lidiar con eso después e inventar alguna excusa si alguien preguntaba. Pero volvió a sonreír al espejo, esa sonrisa tonta que no podía quitarse de la cara por más que lo intentara.

Salió de la suite a las 11:54, seis minutos antes del check out, y el pasillo estaba vacío, silencioso, sin ningún empleado a la vista ni ninguna otra puerta abriéndose, solo la elegancia tranquila del lugar y el sonido de sus propios pasos sobre la grava.

Subió al Porsche donde el asiento de cuero lo recibió frío mientras se acomodaba con cuidado, todavía sensible, y arrancó el motor.

Condujo de vuelta a Gangnam casi en piloto automático dejando que el GPS lo guiara por las calles del domingo al mediodía que estaban tranquilas y diferentes a la noche, con familias paseando con niños pequeños y parejas comiendo en terrazas de restaurantes, vida normal desarrollándose a su alrededor, completamente ajena a lo que él había vivido apenas horas antes.

Llegó a su apartamento a las 12:49 PM y cerró la puerta detrás de él con el codo antes de dejar caer las llaves en el mueble de la entrada, el sonido del metal contra madera

resonando. Caminó directo al salón y se dejó caer boca abajo en el sofá de cuero gris sin siquiera quitarse las zapatillas.

El dolor todavía estaba ahí, constante, delicioso, y le gustaba más de lo que debería.

Se quedó así largo rato con la cara hundida en el cojín, respirando contra la tela suave, sintiendo cómo su cuerpo aún jodidamente procesaba lo que había pasado. Se sentía satisfecho, sucio en el buen sentido, en el de haber hecho algo prohibido y haberlo disfrutado completamente sin reservas, se sentía vivo, más vivo de lo que se había sentido en veintiocho años, y eso lo asustaba tanto como lo excitaba porque no sabía qué hacer con esa información.

"Estoy loco...", pensó, admitiéndolo como si fuera una verdad absoluta, tal vez quitarse culpa. Pero qué real era, o había sido su necesidad de follar con un hombre.

00

Ese domingo lo pasó completamente encerrado en su apartamento, pidiendo comida japonesa por delivery, la cuál comió directamente de los contenedores de plástico sentado en el suelo del salón, viendo la ciudad a través de los ventanales mientras el sol se movía lentamente por el cielo.

Intentó ver una serie en Netflix pero dos episodios pasaron frente a sus ojos sin que procesara ni una sola escena, los diálogos entrando por un oído y saliendo por el otro mientras su mente seguía regresando inevitablemente a la noche anterior, cada detalle, cada embestida, detallando en su memoria cómo se sentía aquél miembro en su interior, deslizándose de forma deliciosa y tan real.

Se masturbó dos veces ese día porque no pudo resistirse, la primera en la ducha de pie bajo el agua caliente recordando la boca alrededor de su miembro, el calor húmedo, la presión perfecta, corriéndose rápido mientras jadeaba contra los azulejos fríos, con las piernas temblando.

La segunda en la cama ya entrada la noche con la ciudad brillando afuera, acostado boca abajo con una almohada bajo sus caderas, metiéndose el dildo por detrás con dedos torpes, mientras imaginaba que Ian estaba ahí de nuevo, entrando despacio, llenándolo completamente como solo él lo había hecho.

Se durmió a las nueve de la noche, exhausto como un adolescente después de su primera vez.

00

El lunes llegó demasiado pronto, invadiendo su burbuja cuando la alarma sonó a las 6:00 AM con ese tono molesto que odiaba. Jimin la apagó de un manotazo violento y se quedó mirando el techo durante quince minutos completos antes de obligarse a levantarse, el cuerpo pesado y la mente todavía nublada.

Ducha rápida donde se tocó de nuevo bajo el agua solo para comprobar, sintiendo que la hinchazón había bajado considerablemente y que el dolor ahora era apenas un recuerdo, casi imperceptible, y parte de él se sintió genuinamente decepcionado por eso.

Traje gris oscuro Armani sacado del armario, camisa blanca impecable con los dos botones superiores bien abrochados, porque las marcas del cuello todavía eran visibles y al menos

así parecía una elección de estilo intencional. Corbata guardada en el bolsillo del saco por si la necesitaba después. Café negro en vaso térmico.

Llegó a la oficina a las 7:52 AM exactas, como siempre, como todos los días de su vida adulta, y Soojin lo esperaba junto a la puerta de su despacho con la tablet en mano y esa eficiencia profesional e inquebrantable que la caracterizaba.

—Buenos días, señor Park. Reunión con el departamento de riesgos a las nueve, videoconferencia con Singapur a las once, almuerzo con el equipo de marketing a la una en el Mingles.

Jimin asintió mientras tomaba las llaves de su oficina de su mano.

—Gracias, Soojin.

Entró a su despacho, cerró la puerta y se quedó de pie un momento largo mirando la ciudad que se extendía ante él desde el piso veintisiete, sabiendo que todo parecía normal pero que nada lo era realmente, que nada volvería a serlo.

La reunión de las nueve fue en la sala de juntas del piso veintiocho con doce personas alrededor de una mesa larga de madera oscura y pulida mientras el proyector mostraba gráficos de provisiones, índices de mora, proyecciones de riesgo crediticio en colores rojos y verdes.

Jimin se sentó con mucho cuidado controlando cada movimiento porque el dolor había disminuido significativamente, pero todavía estaba ahí como una presencia fantasma que se activaba cada vez que se movía en la silla de cuero, cada pequeño ajuste de posición recordándole exactamente la decisión de su yo en el fin de semana.

Sonreía sin querer mientras el CFO hablaba sobre ratios de capitalización y requisitos regulatorios hasta que la voz del director de riesgos lo sacó abruptamente de sus pensamientos.

—¿Señor Park? ¿Aprueba las nuevas provisiones para el próximo trimestre?

Jimin parpadeó enfocándose en la presentación frente a él.

—Sí. Aprobadas. Continúen con el siguiente punto.

Nadie notó nada extraño, o si lo notaron fueron lo suficientemente profesionales para no decir nada.

A las 10:30 necesitaba otro café desesperadamente y bajó al piso 28 donde estaba la mejor máquina de café del edificio, una italiana que hacía espresso decente, no como la basura del piso 27.

Y ahí estaba Taemin peleándose con la máquina expendedora de snacks, golpeando el cristal con la palma abierta porque su barrita de granola se había quedado atascada en el resorte metálico mientras murmuraba maldita porquería entre dientes.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Jimin se acercó a la máquina de café.

Taemin se giró inmediatamente con los ojos iluminándose.

—¡Ey! Desaparecido. No te he visto desde el viernes en la noche. ¿Qué tal? ¿Fuiste a Mapo?

Jimin sintió que la cara le ardía instantáneamente, el calor subiendo por su cuello mientras presionaba el botón del espresso doble sin mirarlo a los ojos, concentrándose intensamente en la máquina.

—Sí, fui.

Taemin rió ligero.

—¿Y cómo estuvo? —la curiosidad fue inevitable.

Jimin presionó sus labios en una sonrisa contenida y avergonzada.

—Estuvo bien.

El pelinegro soltó una carcajada baja que resonó en el espacio vacío.

—¿Bien? Vamos, Jimin. Soy tu amigo, dame algo más que eso. ¿Con quién te tocó? ¿Fue el tipo rubio con tatuajes en los brazos?

Jimin negó con la cabeza todavía sin mirarlo, observando el café caer lentamente en el vaso de papel.

—No te voy a dar detalles, Tae.

—¿Por qué no? Somos adultos.

Taemin se apoyó contra la máquina expendedora cruzándose de brazos y estudiándolo con curiosidad.

—Solo quiero saber si fue bueno o no. Si te trató mal, voy a ir personalmente a partirle la cara, te lo juro.

Jimin tomó el vaso caliente entre sus manos sintiendo el calor contra sus palmas, comprando tiempo para pensar qué decir.

—No fue malo. Fue... mucho mejor de lo que esperaba.

Las cejas de Taemin se alzaron hasta casi desaparecer bajo su flequillo oscuro.

—¿Mejor? Já. Increíble. Entonces vas a repetir, supongo.

Jimin no respondió inmediatamente, solo miró el vaso de papel entre sus manos estudiando el logo de la cafetería impreso en el cartón como si fuera lo más fascinante que hubiera visto en su vida.

Taemin lo observó durante un largo momento antes de que su expresión cambiara y se suavizara considerablemente mientras bajaba el tono de voz hasta casi un susurro.

—Oye, sabes que aquí nadie te va a tocar un pelo por esto. Por ser gay, o por estar con hombres. La empresa tiene políticas claras desde hace años. Hay gente abiertamente LGBT en casi todos los departamentos, nadie va a despedirte por eso.

Jimin apretó el vaso hasta que el cartón crujió ligeramente entre sus dedos.

—No es tan fácil, Tae.

—¿Por qué no?

—Porque si se enteran mis padres... o los inversores viejos, o los clientes conservadores, o los medios, o...

—O nadie.

Taemin lo interrumpió con firmeza.

—Nadie te va a despedir por follar con tipos, Jimin. Te lo digo yo, que llevo ocho años aquí y he follado tanto con hombres y mujeres, y sigo siendo gerente de operaciones sin que nadie me haya dicho nada.

Jimin soltó una risa nerviosa a pesar de sí mismo.

—No todos tenemos tu cara dura.

Taemin le dio un golpecito amistoso en el hombro.

—Solo te digo que no estás tan expuesto como crees, que no tienes que vivir con tanto miedo todo el tiempo.

Hizo una pausa mirándolo seriamente.

—Escucha, mi gerente. Si necesitas hablar, de lo que sea, ya sabes dónde encontrarme, ¿eh? Sin juicios, sin sermones. Solo entre amigos.

Se miraron durante un segundo largo y Jimin asintió lentamente sintiendo algo similar a la gratitud.

—Gracias.

Se dieron un medio abrazo rápido con palmadas en la espalda, separándose inmediatamente, sin querer demostrar demasiada cercanía, y cada uno tomó su ascensor de regreso a sus respectivos pisos.

El resto del día transcurrió sin más incidentes con la videoconferencia con Singapur saliendo perfecta, aprobando la nueva ronda de inversión sin objeciones, números verdes en todas las proyecciones. El almuerzo con marketing fue largo pero productivo con la nueva campaña publicitaria aprobada con pocos cambios y el presupuesto ajustado.

Correos interminables, llamadas que se extendían más de lo necesario, firmas digitales en documentos que apenas leía, reuniones cortas de seguimiento que podrían haber sido correos, pero en cada silla en la que se sentaba durante el día Jimin sentía ese dolorcito dulce y fantasma cada vez que se acomodaba o cambiaba de posición, y sonreía para dentro donde nadie podía verlo.

A las cinco de la tarde, finalmente solo en su oficina con la puerta cerrada y sin más reuniones programadas, se permitió relajarse completamente mientras se quedaba de pie frente al ventanal. Observó Seúl extenderse ante él como una maqueta infinita de edificios y luces, el sol comenzando a descender lentamente tiñendo los edificios de cristal en naranjas y rosados.

Se giró después de varios minutos y caminó hasta su sillón de cuero negro detrás del escritorio, sentándose despacio, muy despacio.

Cerró los ojos un segundo largo recordando todo de nuevo: la sensación, el ritmo perfecto, la forma en que fue observado mientras era penetrado sin juicio y sin burla, solo

concentración, el orgasmo que le había arrancado el alma.

Abrió los ojos y sonrió solo en la oficina vacía, rodeado de paredes de cristal y vista panorámica de la ciudad que comenzaba a encender sus luces nocturnas.

Se recostó en el sillón de cuero y miró el techo blanco con las luces fluorescentes apagadas, dejando solo la luz natural que entraba, pensando en el próximo sábado.

Solo tenía que esperar cinco días más, cinco días que se sentían como una eternidad, pero podía esperar porque había esperado veintiocho años para sentirse así y cinco días más no eran nada.

Sonrió de nuevo, más amplio esta vez, sabiendo que lo único que necesitaba era paciencia hasta que pudiera volver a tenerlo, hasta que pudiera volver a sentirse completo de esa forma. Mientras tanto, durante la semana, seguir siendo el ejecutivo impecable que era.



La semana se arrastró como si alguien hubiera puesto la vida en cámara lenta, cada día se sentía interminable, cada hora estirada hasta el hartazgo, cada minuto tardando una eternidad en pasar mientras Jimin intentaba mantener la compostura en medio de su vida perfectamente ordenada que ahora se sentía como una prisión.

El martes llegó con una junta directiva a las ocho en punto de la mañana en la sala de conferencias del piso treinta. Jimin llegó cinco minutos antes, como siempre, vestido con traje azul marino, camisa blanca y corbata gris oscura perfectamente anudada.

Presentó las proyecciones del trimestre con la misma seguridad de siempre, voz firme navegando entre datos precisos y gráficos que mostraban crecimiento sostenido en todos los indicadores clave. Los números cerraban perfectamente y el presupuesto adicional para la expansión en el sureste asiático se aprobó sin una sola objeción, todo funcionando como una máquina bien preparada que él operaba sin pensar.

Seunwoo y Hyunjin estaban sentados a su izquierda, como cada mes, tomando notas en sus tablets mientras Jimin hablaba sobre proyecciones de crecimiento que le importaban cada vez menos.

Cuando terminó la reunión después de una hora y cuarenta minutos exactos, todos se quedaron de pie tomando café del servicio de catering mientras sostenían conversaciones bajas sobre golf, sobre el mercado inmobiliario, sobre

rumores de fusiones empresariales que a Jimin le sonaban como ruido blanco distante.

Seunwoo se acercó a él con esa sonrisa amplia y blanca que parecía sacada de un comercial de dentífrico mientras le daba una palmada en el hombro.

—Oye, Jimin, este viernes salimos con Minji y unas amigas de ella del departamento de contabilidad. Copas en el Octagon, música, bailar un rato, lo de siempre. Te vendría bien desconectar, hombre. Desde lo del divorcio estás como un fantasma. No hablas con nadie, no sales, no haces nada.

Jimin removió su café sin mirarlo, concentrándose en el movimiento circular del líquido oscuro como si fuera lo más fascinante del mundo.

—Tengo planes este viernes.

Hyunjin se unió a la conversación ajustándose las gafas con el dedo índice.

—Vamos, una noche no mata a nadie. Trabajas demasiado. Necesitas distraerte.

Bajó un poco la voz como si fuera a compartir un secreto.

—Minji preguntó por ti directamente. Dice que te extraña, que quiere verte.

Jimin negó con la cabeza firmemente, la respuesta saliendo automática como un reflejo bien practicado.

—Es una cena de trabajo con inversores potenciales de Hong Kong. No puedo cancelar. Ya está agendada desde hace dos semanas.

La mentira salió limpia, directa y convincente, tan pulida que hasta él mismo casi la creyó.

Funcionó porque Seunwoo resopló con decepción pero no insistió.

—Bueno, la próxima entonces. No puedes esconderte para siempre, hermano.

Jimin sonrió sin ganas y asintió vagamente antes de escapar hacia su oficina, dejando atrás el café a medio tomar y las conversaciones que no le interesaban.



El miércoles, Minji apareció en su despacho a media mañana sin cita previa, tocando dos veces antes de abrir en una formalidad pura porque no esperó respuesta y entró con una carpeta beige bajo el brazo.

Vestía un vestido negro ceñido que se le ajustaba a cada curva como una segunda piel, tacones que reconoció como los mismos de la última vez, labios pintados de un rojo intenso que combinaba perfectamente y cabello suelto cayendo en ondas sobre sus hombros como si acabara de salir de una sesión de fotos.

—Señor Park, solo necesito su visto bueno en estas tres páginas. Presupuesto ajustado para la campaña del cuarto trimestre.

Se inclinó sobre el escritorio más de lo estrictamente necesario, dejando que el escote del vestido se abriera directamente en su línea de visión en una invitación que no podría haber sido más obvia si lo hubiera anunciado con un megáfono.

Jimin firmó las tres páginas sin levantar la vista del papel, garabatos rápidos, uno tras otro mientras mantenía los ojos fijos en la tinta.

—La próxima vez déjaselos a Soojin. Ella puede procesarlos y enviártelos de vuelta digitalmente.

Cerró la carpeta y se la extendió sin hacer contacto visual, manteniendo la distancia profesional como un escudo entre ellos.

Minji tomó la carpeta pero no se movió, quedándose ahí con las manos apoyadas en el borde de la mesa, inclinada hacia adelante en una postura que gritaba disponibilidad.

—¿Seguro que no quieres tomar algo después del trabajo? Solo un trago, una copa de vino. Sin compromiso, sin presión.

La voz le salió más íntima, más suave, diseñada para derretir resistencias.

Jimin finalmente levantó la mirada y la vio directamente a los ojos con una expresión que no dejaba lugar a interpretaciones.

—Esta semana estoy hasta arriba de trabajo, Minji. Lo siento.

Ella se enderezó lentamente y su expresión no cambió pero algo se enfrió en sus ojos, una chispa muriendo mientras procesaba el rechazo. Salió del despacho con la mandíbula visiblemente apretada, tacones golpeando el piso con más fuerza de lo necesario en un ritmo que sonaba parecido a frustración.

El jueves fue esencialmente más de lo mismo, con mensajes constantes de Seunwoo en el grupo de chat que compartían los tres, fotos de cocteles caros, memes sobre salir de fiesta, videos de chicas bailando en clubes nocturnos que Jimin borraba sin siquiera ver completamente.

Minji publicó tres historias consecutivas en Instagram, todas claramente dirigidas a él como flechas apuntando a un blanco específico. Una en el gimnasio usando ropa deportiva ajustada que dejaba poco a la imaginación, otra en un restaurante italiano con copa de vino tinto y un texto que decía "*Cenando sola otra vez*", la tercera era un selfie en su departamento acostada en la cama con una camiseta grande y el cabello mojado, sin maquillaje pero igualmente hermosa, con el texto "*¿Alguien despierto?*".

Jimin las vio todas y las eliminó de su mente con la misma eficiencia con la que las borraba de su teléfono.

Siguió trabajando como autómata: reuniones, correos, llamadas internacionales, reportes financieros, proyecciones, análisis de riesgo, todo fluyendo a través de él sin tocarlo realmente.

Cada noche llegaba al apartamento vacío pasadas las nueve, se duchaba con agua demasiado caliente que le enrojecía la piel, se ponía bóxers limpios y se metía en la cama sin siquiera abrir el portátil. No necesitaba videos, no necesitaba tocarse como antes porque se sentía bien y dormía bien, pero su nueva motivación era tener sexo nuevamente, necesitaba sentirse lleno en el aspecto más íntimo otra vez, necesitaba recrear esa sensación de completitud que solo había experimentado una vez en toda su vida.

El viernes fue eterno, las horas negándose a pasar mientras el reloj en su computadora parecía avanzar a medias. Cada reunión se extendía el doble de lo necesario y cada correo electrónico requería tres borradores porque su cerebro no podía concentrarse en nada que no fuera el sábado que se acercaba con una lentitud tortuosa.

Salió de la oficina a las siete y media, condujo a casa en piloto automático y cenó algo rápido que pidió por delivery, fideos con carne que apenas tocó porque el estómago se le había cerrado con la anticipación. Se acostó temprano después de tomar una píldora para dormir, rogando que todo pasara rápido hasta el día siguiente.



El sábado finalmente llegó trayendo consigo una ansiedad que Jimin sintió desde el momento en que abrió los ojos. Se levantó a las siete e hizo pesas en el gimnasio del edificio durante una hora, press de banca, sentadillas, peso muerto, todo con más intensidad de lo habitual intentando quemar la ansiedad que lo carcomía desde dentro. Subió empapado en sudor, se duchó bajo agua helada que no logró calmar el fuego bajo su piel y desayunó sin hambre, tostadas con aguacate que masticó mecánicamente, café negro que le quemó la lengua, jugo de naranja natural que no le supo a nada.

Limpió el apartamento aunque la señora de la limpieza había ido el jueves, pasando la aspiradora por toda la sala con movimientos obsesivos, ordenando los cojines del sofá en formaciones perfectas, limpiando las ventanas con un paño de microfibra hasta que no quedó ni una mancha y su reflejo le devolvía la mirada desde el cristal impecable.

Intentó ver una película en Netflix, algo de acción con explosiones que normalmente le gustaba, y no procesó ni una sola escena porque su mente estaba en otro lugar, en una calle mal iluminada de Mapo donde alguien lo esperaba o al menos eso necesitaba creer.

A las nueve de la noche ya no pudo ignorar el llamado que había estado sonando en su cabeza durante toda la semana como una campana constante que no dejaba de repicar.

Se vistió, eligiendo cada prenda como si fuera una armadura: jeans negros ajustados, camisa negra abotonada hasta arriba, zapatos negros de cuero, sin joyería, sin relojes caros, sin nada que lo identificara como Park Jimin, vicepresidente ejecutivo de una de las instituciones financieras más grandes del país.

Tomó las llaves del Porsche y salió del apartamento sin pensarlo dos veces, condujo el mismo camino de la semana pasada por las autopistas iluminadas que luego se convertían en calles más estrechas con edificios más bajos y luces más tenues. Las mismas calles humildes, los mismos moteles con luces de neón, los mismos trabajadores en las esquinas ofreciendo lo que Jimin ahora sabía que necesitaba desesperadamente.

Llegó a la zona a las 10:17 PM según el reloj del tablero y recorrió la calle despacio, a menos de veinte kilómetros por hora, mirando cada esquina, cada poste, cada puerta de motel mientras buscaba la gorra negra, la chaqueta, la camiseta crop mostrando abdominales definidos, buscando a Ian porque ya sabía que lo haría bien, porque ya lo conocía, porque necesitaba que volviera a arremeter contra lo más profundo de su ser.

Nada en la primera vuelta, ninguna señal de esa figura que había ocupado cada uno de sus pensamientos durante toda la semana.

Segunda vuelta por la misma calle, más despacio esta vez, cinco kilómetros por hora, revisando cada centímetro mientras el corazón comenzaba a latir más rápido y un nudo se formaba en su estómago con cada segundo que pasaba sin encontrarlo.

Nada todavía, solo extraños que no eran quien necesitaba.

Aparcó al final de la calle frente a un pequeño mercado cerrado, apagó el motor y respiró hondo tres veces, inhalando por la nariz y exhalando por la boca mientras intentaba calmar el pánico que comenzaba a trepar por su garganta.

—No es por él. Solo quiero lo mismo, el mismo servicio, es solo eso. Se sentirá igual, Jimin.

Suspiró derrotado y arrancó de nuevo para la tercera vuelta, y entonces lo vio.

No era Ian pero se parecía lo suficiente como para que el corazón de Jimin diera un salto esperanzado antes de estrellarse contra la realidad.

Estaba apoyado contra una pared de cemento fumando un cigarrillo con cabello negro corto peinado hacia atrás, ojos grandes y oscuros, piel de tono cálido intermedio. Un poco más bajo que Ian, tal vez la misma y exacta altura que él mismo, menos definido muscularmente pero con una estructura similar que hizo que Jimin se aferrara a esa semejanza como un náufrago a un trozo de madera flotante. Jeans negros ajustados, camiseta blanca simple sin diseños, chaqueta oscura de tela abierta sobre los hombros.

Jimin bajó la ventanilla del copiloto lentamente y el chico notó el Porsche inmediatamente, tirando el cigarrillo al suelo y pisándolo antes de acercarse sin prisa.

—¿Buscas compañía? —la voz era diferente, más aguda, sin esa textura rasposa que hacía que las palabras de Ian se sintieran como caricias.

Jimin asintió porque su garganta se había cerrado de repente.

—Sube.

El chico rodeó el auto con pasos tranquilos, abrió la puerta del copiloto y se sentó en el asiento de cuero donde Ian se había sentado la semana anterior, donde todo había comenzado.

—Me llamo Minho. Bonito coche.

El nombre cayó entre ellos como una piedra en agua quieta y Jimin pestañeó sin responder, arrancando hacia la dirección que ya conocía de memoria, el camino grabado en sus músculos como un ritual que necesitaba completar.

Cuarenta minutos después estaban frente a la suite veintitrés del resort en las colinas donde Jimin reservó con la misma tarjeta negra, solo pasaba la tarjeta y recibía la llave magnética en un intercambio silencioso que confirmaba que aquí las preguntas no existían.

Entraron a la suite en silencio y Minho miró alrededor con expresión impresionada ante la cama king size, el sofá de cuero, los ventanales enormes que mostraban la oscuridad de las colinas.

—Este lugar es increíble. Definitivamente no es un motel de cincuenta mil wones.

Se quitó la chaqueta dejándola sobre el respaldo de una silla, quedándose en camiseta blanca y jeans negros mientras esperaba las siguientes instrucciones.

Jimin fue directamente al teléfono de servicio con manos que temblaban ligeramente.

—¿Quieres champán o algo más fuerte?

Minho se encogió de hombros con indiferencia profesional.

—Como tú quieras.

Jimin llamó pidiendo Dom Pérignon, la misma marca de la última vez como si eso pudiera recrear la magia que había experimentado, como si los mismos elementos pudieran producir los mismos resultados. Llegó en cinco minutos y sirvió dos copas en las copas altas de cristal antes de que se sentaran en el sofá, uno en cada extremo, dejando espacio entre ellos que se sentía como un abismo.

Bebieron sin hablar durante varios minutos mientras el silencio se volvía cada vez más incómodo y pesado, cargado con expectativas que Jimin no sabía si podría cumplir.

Minho terminó su copa primero dejándola en la mesa de centro con un clic suave antes de moverse por el sofá acortando la distancia, acercándose a Jimin y besándolo.

Él respondió por inercia, casi por obligación, por la necesidad desesperada de que esto funcionara porque no podía aceptar la alternativa.

Los labios de Minho eran diferentes, más delgados y más secos, moviéndose con prisa y con técnica pero sin paciencia. La lengua entraba rápidamente, explorando sin delicadeza, sin tomarse el tiempo para conocerlo realmente.

Minho le desabotonó la camisa negra con movimientos rápidos y eficientes, besándole el pecho y bajando por su abdomen antes de desabrocharle el cinturón, el botón del jean, la cremallera, bajando los pantalones junto con los bóxers de un solo tirón sin ceremonias.

Sacó el miembro de Jimin que estaba medio duro, no completamente, y se lo metió a la boca sin preámbulo ni preparación.

Era bueno, técnicamente competente y profesional, la boca caliente envolviéndolo completamente mientras la lengua hacía círculos perfectos alrededor de la cabeza y la mano derecha acompañaba el ritmo subiendo y bajando en sincronía.

Jimin se recostó contra el respaldo del sofá cerrando los ojos e intentando perderse en la sensación, pero no podía concentrarse porque su mente se negaba a quedarse en el momento presente. Pensó en los papeles a firmar de su divorcio que seguían esperándolo, en las reuniones del lunes que tendría que soportar con cara de que todo estaba bien, en las cenas que venía postergando con sus amigos de la compañía porque no sabía cómo fingir normalidad cuando todo había cambiado.

Su erección empezó a ablandarse dentro de la boca de Minho como una vela derritiéndose, el interés de su cuerpo muriendo a pesar de todos sus esfuerzos mentales por mantenerlo vivo.

Minho lo notó inmediatamente y aumentó el ritmo, succionó más fuerte, apretó más con la mano y usó la otra para masajear en un despliegue de técnicas que habría funcionado con cualquier otro cliente en cualquier otra circunstancia.

Jimin intentó concentrarse desesperadamente, forzándose a pensar en la boca caliente alrededor de su miembro, en la lengua hábil, en las manos expertas, en cualquier cosa que pudiera hacer que su cuerpo respondiera de la forma que se suponía que debía hacerlo.

Volvió a endurecerse un poco, tal vez al setenta por ciento, suficiente para que Minho tomara eso como una señal de continuar.

Minho se separó y se quitó la camiseta blanca por encima de la cabeza antes de bajarse los jeans y los bóxers en un solo movimiento, quedando completamente desnudo. Su cuerpo era atractivo, delgado pero tonificado con piel suave, objetivamente hermoso de la forma en que los cuerpos jóvenes y bien cuidados suelen serlo.

Tomó un condón de su chaqueta, preparado como buen profesional, y se lo puso con movimientos practicados antes de tomar el lubricante del bolsillo trasero de sus jeans.

Se colocó entre las piernas abiertas de Jimin sobre el sofá con cuidado y eficiencia.

—Te voy a preparar bien. Relájate.

Vertió lubricante en sus dedos y llevó la mano hacia abajo, encontrando la entrada de Jimin.

Un dedo entró fácil, demasiado fácil. El dedo se movió en círculos estirando con movimientos que eran correctos pero

que no despertaban nada más que una sensación física vacía.

Dos dedos entraron juntos curvándose para buscar la próstata con la precisión de alguien que había hecho esto cientos de veces, que conocía la anatomía masculina como un mapa memorizado.

Tres dedos completaron el estiramiento, los movimientos técnicamente perfectos, los dedos curvándose exactamente en el ángulo correcto para estimular todos los puntos que se suponía debían estimularse.

Jimin suspiró de placer durante pocos segundos cerrando los ojos y sintiendo esa sensación gratificante que le recordaba lo que su cuerpo podía experimentar, pero entonces la sensación se desvaneció tan rápido como había llegado y volvió a descender a nada, solo el vacío de estar ahí físicamente presente mientras su mente vagaba en otro lugar completamente diferente. Se estaba forzando y lo sabía, intentando que su cuerpo respondiera a algo que había rechazado desde el momento en que Minho había subido al auto.

La mente estaba en otro lugar, nublada.

Su erección desapareció completamente, se fue del todo hasta que no quedó nada más que carne blanda colgando entre sus piernas en una confesión física de lo que se negaba a admitir.

Minho seguía moviendo los dedos dentro de él preparándolo meticulosamente como si el problema fuera simplemente que necesitaba más tiempo, más preparación, más técnica, pero el miembro de Jimin permanecía flácido e indiferente a todos los esfuerzos.

Jimin abrió los ojos y miró hacia abajo viendo la evidencia innegable de su fracaso.

—Espera —la voz le salió rota como cristal rompiéndose—. Para, Minho.

Apartó la mano de Minho con suavidad, pero con firmeza, necesitando que esto terminara antes de que la humillación se volviera insoportable.

Minho se detuvo inmediatamente sacando sus dedos despacio con cuidado de no lastimarlo.

—¿Qué pasa? ¿Hice algo mal? ¿Fui demasiado rápido?

La pregunta salió genuinamente confundida pero sin enfado, solo preocupación profesional de alguien que desea hacer bien su trabajo.

Jimin se sentó cubriéndose con ambas manos mientras la vergüenza le quemaba la cara como ácido.

—No puedo. Lo siento. No puedo hacer esto.

Las palabras apenas salieron como un susurro ahogado en la garganta que se le había cerrado completamente.

Minho se sentó a su lado en el sofá ya no tocándolo, respetando el espacio que Jimin necesitaba desesperadamente.

—¿Hice algo que no te gustó?

—No, Minho. Eres bueno, muy bueno. Eres... —Jimin se pasó las manos por el cabello con frustración sintiendo que se arrancaba mechones con la fuerza del agarre—. El problema soy yo, no tú. Definitivamente no eres tú.

Se levantó del sofá con piernas temblorosas que apenas lo sostenían, caminó desnudo, se colocó sus boxers en un movimiento rápido, y luego hasta donde había dejado sus jeans, sacó el dinero del bolsillo trasero con dedos torpes que no querían cooperar. Contó billetes con las manos temblando visiblemente, quince billetes de cincuenta mil wones que sumaban setecientos cincuenta mil.

Se los extendió a Minho con un gesto que era mitad disculpa y mitad súplica de que esto terminara rápido.

—Toma. Por las molestias, por tu tiempo, por... todo.

Minho dudó un segundo mirando el dinero y luego a Jimin con una expresión que era difícil de descifrar.

—Es demasiado. Solo estuvimos aquí media hora y ni siquiera...

—Tómalo —Jimin insistió con una desesperación que rayaba en lo patético—. Por favor.

Minho tomó los billetes sin más argumentos, los dobló y los guardó en el bolsillo de sus jeans antes de vestirse rápidamente. Bóxers, jeans, camiseta, chaqueta, todo en menos de dos minutos con los movimientos eficientes de alguien acostumbrado a salidas rápidas.

Caminó hacia la puerta y con la mano ya cerrada alrededor del picaporte se giró una última vez.

—Sábados y domingos estoy en la misma esquina, por si cambias de idea. O si solo necesitas hablar.

La oferta salió sin malicia, solo información práctica que entendía que a veces los clientes necesitaban más de una oportunidad.

Salió y la puerta se cerró con un clic suave que resonó en el silencio como un disparo.

Jimin se quedó completamente solo de pie en medio de la suite, sintiéndose más vacío que nunca, como si alguien le hubiera arrancado algo vital de dentro y lo hubiera dejado sangrando internamente.

Suspiró y se movió hacia el balcón, abriendo la puerta corrediza de vidrio, dejando que el aire frío de la noche lo golpeará como una bofetada que casi agradecía porque al menos era algo que sentir.

Sacó el paquete de cigarrillos que había comprado esa misma semana, la primera vez en diez años que compraba tabaco porque algo en él había cambiado fundamentalmente y ya no le importaban las reglas que se había impuesto a sí mismo. Sacó uno con dedos temblorosos y lo encendió con el encendedor del hotel que estaba en la mesita del balcón.

Se quedó ahí de pie en bóxers negros fumando mientras miraba la carretera oscura serpenteando entre los pinos, la punta del cigarrillo brillando en la oscuridad como una luciérnaga solitaria.

Las lágrimas llegaron sin advertencia, primero una, caliente bajando por su mejilla derecha quemando el rastro que dejaba, luego otra por la izquierda, luego no pararon más, cayendo en silencio sin sollozos ni sonidos, solo lágrimas constantes empañándole la visión hasta que la carretera se convirtió en una mancha borrosa de luces lejanas.

Siguió fumando mientras el humo salía lentamente por su nariz dispersándose en el aire nocturno como sus esperanzas de que esto pudiera funcionar con cualquier otra persona.

No entendía, y esa falta de comprensión lo estaba destrozando desde dentro. Había pagado bien, había conseguido a alguien dispuesto y profesionalmente competente y objetivamente atractivo, y no había funcionado porque su cuerpo simplemente no había respondido.

¿Por qué? La pregunta rebotaba en su cabeza sin encontrar respuesta.

Apagó el cigarrillo a medias en el cenicero de vidrio del balcón dejando que las cenizas se dispersaran con la brisa mientras entraba de nuevo a la suite cerrando la puerta corredera detrás de él.

Se acostó en la cama, las sábanas frías e inmaculadas recibéndolo como testigos mudos de su fracaso. Miró el techo en la oscuridad casi completa, solo iluminado por la luz tenue que entraba desde el balcón creando sombras que bailaban como fantasmas en el techo blanco.

—¿Qué mierda me pasa? —las palabras salieron en voz baja, preguntándole al vacío que no tenía respuestas que darle.

El vacío permaneció en silencio, tan vacío como él se sentía por dentro.

Se quedó ahí acostado sintiendo las lágrimas secarse en su rostro y dejando rastros salados en su piel, pero que no se molestó en limpiar porque parecía apropiado llevar las marcas físicas de su derrota.

Cerró los ojos y suspiró resignado, sabiendo que tendría que regresar a su apartamento y tomar una píldora para dormir y esperar nuevamente a que la noche pasara, a que el domingo pasara, a que la semana se deslizara aburrida y

vacía hasta quién sabe cuándo podría volver a sentirse tan bien como el fin de semana pasado.

Se levantó de la cama finalmente, recogió su ropa del suelo y se vistió con movimientos mecánicos, cada prenda sintiéndose más pesada de lo que debería. Salió de la suite dejando atrás el champán sin terminar y las sábanas perfectas que nadie había usado, condujo de regreso a su apartamento mientras las luces de la carretera se fundían en una línea continua que hipnotizaba y adormecía.

Llegó pasada la medianoche, subió al apartamento vacío que lo recibió con su silencio habitual y fue directo al baño donde abrió el botiquín con manos que ya no temblaban porque la resignación había reemplazado a la ansiedad. Tomó una píldora para dormir tragándola en seco sin agua porque no tenía energía ni para eso, y se metió en la cama vestido todavía con la ropa que olía a fracaso y a humo de cigarrillo.

Cerró los ojos esperando que el medicamento hiciera efecto pronto, esperando que la inconsciencia lo rescatara de sus propios pensamientos, esperando que cuando despertara el domingo ya estuviera terminando y pudiera empezar a contar los días hasta el próximo sábado cuando tendría otra oportunidad de encontrar lo que ahora sabía con certeza demoledora que solo una persona podía darle.

El sueño llegó lento y pesado arrastrándolo hacia abajo como piedras atadas a sus tobillos, y lo último que pensó antes de que la oscuridad lo tragara completamente fue que cinco días más no eran nada comparado con vivir el resto de su vida sin volver a sentir lo que tan le había hecho sentir esa noche que ahora parecía haber ocurrido en otra vida completamente diferente.



Jimin llegó a la oficina el lunes a las siete y media de la mañana, pero su mente nunca salió de la suite, seguía ahí de pie en el balcón frío, vestido solo con bóxers mientras la ventana dejaba entrar el viento nocturno que le congelaba la piel, el cigarrillo a medio fumar aplastado en el cenicero de vidrio como evidencia de su desesperación, las lágrimas secándose en su rostro mientras miraba la oscuridad sin ver realmente nada.

Seguía atrapado en la certeza incómoda y aterradora que le había golpeado como un puñetazo en el estómago. Había llorado porque echaba de menos a una persona, a alguien que solo conocía por un nombre que probablemente era falso, alguien que le había cobrado por sexo, alguien que probablemente ni siquiera recordaba su cara. Tal vez solo echaba de menos lo bien que lo había follado, duro y encantador por iguales partes, sexy y tierno en una combinación que no sabía que era posible. Pero a fin de cuentas lo echaba de menos y eso era patético, peligroso, y debía quitarse esa idea lo antes posible antes de que lo consumiera completamente.

Suspiró sentándose detrás de su escritorio mientras encendía la computadora y la pantalla se iluminaba mostrando cincuenta y tres correos nuevos que revisó sin leer realmente ninguno. Sus ojos pasaban sobre las palabras, proyección trimestral, ajuste presupuestario y reunión con stakeholders sonando a ruido blanco sin significado.

Firmó documentos. Su firma, esa línea fluida que había perfeccionado durante años, en página tras página mientras leía confirmando automáticamente como el respirar.

Asistió a dos reuniones, la primera a las nueve sobre estrategia de mercado y la segunda a las once sobre reestructuración del departamento de recursos humanos, sentándose en ambas como un fantasma que ocupaba espacio sin participar tanto como antes.

En la segunda reunión el director de marketing le preguntó directamente su opinión sobre la nueva campaña de expansión regional que acababan de presentar.

Jimin parpadeó mientras todos lo miraban esperando su respuesta, volviendo a retomar en su mente toda la charla y tratando de pensar en lo importante.

—Adelante. Proceden con la propuesta —habló firme y no sin admisión a discusión, proyectando un liderazgo que no sentía en su pecho.

El director de marketing sonrió ampliamente, claramente satisfecho con la aprobación, y los demás asintieron continuando con otros puntos de la agenda.

El día se arrastró con agonizante lentitud, cada hora pareciendo durar tres, cada minuto estirándose eternamente hasta que pensó que se volvería loco si el reloj no avanzaba más rápido.

A las once de la noche finalmente estaba en casa quitándose los zapatos en la entrada junto con los calcetines, caminando descalzo por el apartamento vacío mientras sentía el frío bajo sus pies, repetitivo y cansado.

Se sirvió dos dedos de whisky en un vaso de cristal antes de sentarse en el sofá y encender la televisión en un canal de noticias que hablaba sobre economía global, índices bursátiles, proyecciones de crecimiento, pero no vio nada, solo la pantalla brillante proyectando luz azulada en la oscuridad del salón.

Tomó un sorbo del whisky sintiendo el líquido quemarle la garganta, luego otro, y después el vaso se quedó ahí en su mano sin volver a sus labios, olvidado como todo lo demás.

Encendió su celular y la pantalla se iluminó con la hora marcando las 23:17, y antes de que el sentido común pudiera detenerlo abrió la App Store escribiendo en el buscador "*App de citas gay*" con dedos que temblaban ligeramente.

Apareció una llamada Blued con su logo azul y blanco, la descripción diciendo "*Red social para la comunidad LGBT+*" con 4.2 estrellas y millones de descargas que demostraban que no estaba solo en esto aunque se sintiera completamente aislado.

Su dedo se quedó suspendido sobre el botón de descarga.

"¿De verdad voy a hacer esto...?"

Presionó.

La aplicación se descargó en treinta segundos. Se instaló automáticamente. El ícono apareció en su pantalla principal.

Lo abrió antes de poder arrepentirse.

"Crear perfil nuevo".

Rellenó los campos básicamente, con información mínima pero veraz:

Usuario: JM_28

Edad: 28

Altura: 174 cm

Peso: 65 kg

Rol: Versátil.

Buscando: Chat, citas, lo que surja

Descripción: Disponible. Nuevo en esto. Prefiero hablar antes de conocernos.

Foto de perfil.

No podía usar su cara, era absolutamente imposible, demasiado reconocible, demasiado arriesgado con su posición y su familia y todo lo que tenía que perder.

Fue al baño quitándose la camisa mientras configuraba el temporizador de la cámara de su teléfono antes de apoyarlo contra el espejo. Se posicionó dejando que la luz tenue del baño creara sombras en su torso, desde la clavícula hasta justo debajo del ombligo, sin rostro ni tatuajes identificables ni marcas de nacimiento visibles.

Tomó la foto y la revisó viéndose tonificado pero no excesivamente musculoso, anónimo pero atractivo, suficiente para atraer atención sin revelar quién era realmente. La subió y presionó completar perfil, su cuenta activándose instantáneamente.

En menos de tres minutos las notificaciones comenzaron a llegar en una avalancha constante e implacable de "*ding, ding, ding*", una tras otra sin parar hasta que tuvo que silenciar el teléfono.

Abrió la bandeja de mensajes y se encontró con un desfile de horrores.

Hyun_92: *"Hola papi"*

Minso_o: *"Fotos de cara?"*

Dominante_Seul: *"Top o bottom? Disponible ahora"*

Anónimo_69: *"Envía culo"*

Bottom4U: *"Ahora en Gangnam? Hotel?"*

Y las dick pics. Tantas dick pics.

Penes de todos los tamaños y ángulos y estados de erección llegaban sin contexto ni presentación, solo imágenes directas de genitales enviadas como si fueran saludos normales, como si eso fuera una forma aceptable de comenzar una conversación.

Jimin sintió que algo se le revolvía en el estómago.

"De verdad... actúan como malditos animales", pensó Jimin.

Ignoró casi todos los mensajes.

Solo respondió a los que escribían oraciones completas. A los que parecían tener al menos dos neuronas funcionando, a los que no comenzaban la conversación con una fotografía de su pene como si eso fuera suficiente presentación.

JiniuBoy_25: *"Ey, ¿ves anime?"*

JM_28: *"No mucho. Algunas cosas de Studio Ghibli."*

JiniuBoy_25: *"Ah ok. Bueno suerte entonces."*

Fin de conversación.

25CM_Oppa: *"Motel en Itaewon. Ahora. Pasivo?"*

Jimin contrajo el rostro ante el nombre de usuario. Y respondió:

JM_28: *"No, gracias."*

25CM_Oppa: *"Tu te lo pierdes."*

"Siguiente...", se dijo a sí mismo, suspirando.

Han_99: *Envío una foto de un golden retriever adorable acostado en una cama.*

Han_99: *"Mira qué lindo es"*

JM_28: *"Muy lindo."*

Han_99: *"Necesito 50,000 won para su comida. ¿Me ayudas?"*

Jimin casi tiró el teléfono de pura indignación.

Bloqueó la cuenta inmediatamente.

Estaba a punto de borrar la aplicación completa.

"Esto es un error, todo es un maldito error", cuando apareció un mensaje diferente que lo hizo detenerse.

Taeh_yung29: *"Sin foto de cara y ya tienes 92 visitas en doce minutos. O eres muy guapo o la gente está muy desesperada, o las dos cosas."*

Jimin se detuvo. Releyó el mensaje.

Por primera vez en todo el día, soltó una risa. Corta, sorprendida, pero genuina.

Escribió de vuelta.

JM_28: *"Me inclino por lo segundo."*

La respuesta llegó casi inmediatamente:

Taeh_yung29: *"Yo apuesto por lo primero. Dime, ¿qué estás leyendo ahora mismo? Y si dices que nada, por lo menos mienteme y dime que lees para impresionar."*

Jimin sonrió más ampliamente mirando la mesita de café donde descansaba su libro actual, uno que había estado releyendo por tercera vez porque siempre encontraba algo nuevo en cada lectura.

JM_28: *"Releyendo 'El extranjero' de Camus. Siempre me deja pensando durante días después."*

Taeh_yung29: *"Camus. Muy buen gusto. El absurdo de la existencia y todo eso. Y yo voy por la tercera lectura de 'La insostenible levedad del ser' de Kundera. Me destroza emocionalmente cada vez, pero no puedo parar."*

Jimin se sentó completamente derecho en el sofá con el whisky olvidado en la mesa y la televisión convertida en ruido de fondo irrelevante mientras durante la siguiente hora y media hablaban exclusivamente de libros.

De Camus pasaron a Sartre y de Sartre a Murakami y de Murakami a Han Kang, Tae confesando que había llorado con La vegetariana mientras Jimin admitía que había tenido que dejarlo tres veces porque le afectaba demasiado. Discutieron sobre Borges y sus laberintos imposibles, sobre Kafka y la alienación moderna que parecía cada vez más relevante en el mundo contemporáneo.

Taeh_yung29: *"Okay, siguiente tema importante. Música. Por favor dime que no eres de los que solo escuchan K-pop comercial."*

JM_28: *"Tengo una playlist secreta llena de cosas que me da vergüenza admitir en público, pero normalmente oscilo entre Radiohead y Cigarettes After Sex, con paradas obligatorias en Ryuichi Sakamoto."*

Taeh_yung29: *"Te perdono completamente la playlist secreta. Yo estoy obsesionado con Sufjan Stevens últimamente. 'Fourth of July' me tiene literal y emocionalmente en el suelo."*

JM_28: *"Esa canción es devastadora. 'We're all gonna die' repetido hasta que duele."*

Taeh_yung29: *"EXACTO. Al fin alguien que lo entiende."*

Por primera vez en mucho tiempo, tal vez años, Jimin sentía que alguien lo entendía realmente, que no tenía que explicar cada referencia o simplificar sus pensamientos para hacerse entender.

A las dos y cuarto de la madrugada Jimin seguía despierto acostado en el sofá con el teléfono iluminando su rostro en la oscuridad, riéndose solo con cada mensaje nuevo que

llegaba, el whisky todavía intacto en la mesa, ahora tibio y olvidado como todo lo que no fuera esa conversación.

Los días siguientes se convirtieron en un torbellino constante de notificaciones que Jimin revisaba entre reuniones, durante el almuerzo, en el ascensor, en el baño, cada momento libre dedicado a esa pantalla brillante que lo conectaba con alguien que empezaba a importarle más de lo que debería en tan poco tiempo.

Taehyung, quien ya había compartido su número personal con él en un gesto de confianza que Jimin apreciaba profundamente, le enviaba memes sobre arte contemporáneo que solo cuatro personas en todo Seúl probablemente entenderían, instalaciones absurdas y performances incomprensibles y esculturas que costaban millones pero parecían basura recogida de la calle.

Jimin le enviaba fotos de su colección de vinilos mostrando a Thom Yorke y The National y ediciones japonesas raras de álbumes descatalogados, y Tae reconocía cada uno al instante comentando sobre versiones alternativas y grabaciones en vivo y colaboraciones oscuras que solo los verdaderos fanáticos conocían.

Descubrieron que ambos habían visitado la última exposición en el Leeum Museum, Jimin un martes por la tarde y Taehyung un sábado por la mañana, y habían tenido reacciones casi idénticas a la misma pieza, de una instalación de luz que te hacía sentir simultáneamente infinito e insignificante, como si el universo entero cupiera en una habitación pero tú fueras apenas una mota de polvo flotando en él.

Hablaron de política sin pelearse, algo que Jimin consideraba casi milagroso, de lo absurdamente caro que se había vuelto el soju de calidad, de si mudarse a Jeju era una opción real o solo una fantasía de ricos que romantizaban la vida rural sin entender realmente lo que implicaba. Coincidieron en que ambos odiaban el típico matrimonio perfecto con hijos que la sociedad esperaba de ellos, y Jimin se vio con la confianza suficiente para admitir que no le gustaría tener hijos ni aunque encontrara a alguien fijo porque simplemente no era algo que deseara en su vida. Taehyung estuvo de su parte inmediatamente, pensando en cómo tanta responsabilidad y tantos niños mal educados le habían quitado el gusto, gusto que para empezar tal vez nunca tuvo y que la sociedad intentaba imponerle como si fuera obligatorio para ser un humano completo.

Tae era diseñador gráfico freelance de veintiocho años, abiertamente gay desde los diecinueve cuando había reunido el coraje para decírselo a su familia durante una cena que había terminado en silencio incómodo y lágrimas.

Su familia había tardado un año completo en procesarlo, su padre no hablándole durante meses que se sintieron como una eternidad, su madre llorando durante semanas como si alguien hubiera muerto, pero eventualmente lo aceptaron. Ahora su madre le preguntaba si tenía novio cada domingo durante la llamada familiar semanal en un giro irónico que todavía lo hacía reír.

"Mi madre literalmente me manda perfiles de hijos de sus amigas," escribió Tae. *"Hijos, no hijas. Progreso, supongo."*

Jimin le contó sobre su divorcio con una honestidad que no había compartido con nadie más, cinco años de matrimonio construido como una mentira sobre otra mentira, una mujer buena que merecía algo real y él siendo incapaz de dárselo porque no podía darle lo que no tenía para ofrecer.

"Debió ser duro," escribió Tae sin juicio en las palabras. *"Para los dos."*

"Lo fue," respondió Jimin sintiendo el peso de esa verdad. *"Lo sigue siendo."*

El miércoles por la noche después de una cena de trabajo en el Mingles que Jimin apenas recordaba, carne wagyu que no saboreó y vino tinto que no disfrutó y conversaciones de negocios que respondió en automático como un robot programado, llegó a casa a las once con el cuerpo pesado de cansancio.

Su teléfono vibró mientras se quitaba los zapatos en la entrada y el mensaje apareció en la pantalla como una luz en la oscuridad.

Taehyung: *"Oye, me caes muy bien. Mucho, como genuinamente creo que podríamos ser buenos amigos. O más, si surge. Pero sin presión. ¿Te animas a un café o una cena esta semana? Cara a cara, humanos reales en el mismo espacio físico."*

Jimin se quedó completamente inmóvil en el recibidor con un zapato todavía en la mano, mirando el mensaje durante quince minutos completos mientras lo releía siete veces analizando cada palabra y cada coma, buscando significados ocultos o señales de alarma que no encontró.

Su corazón latía fuerte y rápido como aquella primera noche en la calle de Mapo cuando vio a Ian por primera vez apoyado contra el poste, pero diferente también, menos desesperado y más esperanzado, como si esto pudiera ser el comienzo de algo real en lugar de solo otra transacción vacía.

Sus dedos se movieron sobre el teclado escribiendo y borrando y escribiendo de nuevo hasta que finalmente encontró las palabras correctas.

Jimin: *"Cena. Algo tranquilo, y discreto."*

La respuesta llegó en segundos como si Taehyung hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

Taehyung: *"Conozco un italiano perfecto en Hannamdong. Mesas bien separadas, luz baja, música suave, nadie molesta a nadie. El dueño es amigo mío y muy discreto. ¿Jueves 8 PM?"*

Jimin respiró hondo una vez, dos veces, tres, llenando sus pulmones con aire que parecía insuficiente para calmar los nervios que le recorrían todo el cuerpo.

Escribió: *"Excelente. Ahí estaré."*

Taehyung: *"Genial. Me voy a poner camisa decente para la ocasión."*

Jimin: *"Aprecio mucho tu detalle."*

Taehyung: *"Nos vemos mañana entonces. Intenta dormir, señor J. Sé que probablemente no lo harás, pero inténtalo."*

Jimin apagó el teléfono lentamente quedándose ahí de pie en su recibidor con los zapatos en mano, mirando la pantalla oscura que reflejaba vagamente su rostro.

Y entonces sonrió, una sonrisa grande y tonta de esas que duelen en las mejillas, de las que no había tenido desde antes del divorcio, desde antes de admitir la verdad, desde antes de que todo se derrumbara a su alrededor.

Se dejó caer en el sofá sin poder borrar la sonrisa que se sentía extraña después de tanto tiempo de no usarla genuinamente.

Por primera vez en semanas el sábado no era lo único que esperaba con ansiedad desesperada, ahora tenía un jueves, tenía una cena, tenía a Taehyung, alguien que entendía sus referencias literarias y compartía su gusto musical y lo hacía reír con memes absurdos a las dos de la madrugada.

Alguien real con nombre real y vida real, no un trabajador sexual en una esquina oscura, no un hombre que cobraba por hora, sino alguien que quería conocerlo porque le caía bien, porque disfrutaba hablar con él, porque tal vez, solo tal vez, podría haber algo más.

Jimin se acostó en su cama esa noche con el teléfono en la mesita de noche mirando el techo donde las sombras danzaban con las luces de la ciudad que entraban por la ventana.

La sonrisa todavía estaba ahí pegada a su rostro como si se hubiera tatuado permanentemente, y por primera vez en meses se durmió sin llorar, sin sentir ese vacío consumiendo todo desde dentro, solo esperanza, pequeña y frágil pero definitivamente ahí, creciendo en su pecho como algo vivo que se negaba a morir.



Jimin llegó al restaurante a las 19:55, como dictaba su naturaleza meticulosa que no podía romper ni aunque quisiera. Aparcó el Porsche dos calles más allá en una zona de carga con iluminación deficiente donde nadie se fijaría en las placas del vehículo, caminando el resto del trayecto con las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras el corazón le latía más rápido de lo normal.

L'Artigiano estaba escondido en una calle lateral de Hannamdong como un secreto bien guardado: ladrillo visto sin pintar, puerta de madera pesada, ventanas con cortinas de encaje blanco que impedían ver claramente el interior desde fuera. No había letrero luminoso gritando su presencia, solo una pequeña placa de bronce junto a la puerta con el nombre grabado en letras cursivas que había que buscar para encontrar.

Jimin empujó la puerta y una campanilla suave anunció su entrada mientras el interior se revelaba ante él con luz cálida y baja, solo velas en las mesas y apliques antiguos en las paredes de ladrillo. Fotografías en blanco y negro de Sicilia cubrían cada espacio disponible, pueblos costeros y mercados de pescado y ancianos jugando a cartas, mientras Paolo Conte sonaba bajito desde altavoces ocultos, llenando los espacios entre las conversaciones murmuradas.

Había quince mesas como mucho, la mitad ocupadas, una pareja de un hombre y mujer mayores compartiendo una botella de vino tinto, dos mesas con hombres sentados juntos conversando con naturalidad que no tenían que esconder, una mujer sola en una esquina leyendo un libro grueso con cubierta oscura. Nadie miraba a nadie, todos existiendo en sus propias burbujas privadas en un santuario de discreción que era exactamente lo que Jimin necesitaba.

"*Es perfecto...*", pensó sintiendo algo aflojarse en su pecho.

El maître, un hombre de unos cincuenta años con bigote fino y chaleco negro, se acercó con una sonrisa.

—¿Reserva?

—Kim —respondió Jimin, usando el apellido que Taehyung le había dicho que usaría—. Mesa para dos.

El maître revisó su lista asintiendo una vez antes de guiarlo hacia el fondo del restaurante, y ahí estaba Taehyung.

Sentado en la mesa más apartada, casi escondida detrás de una columna de ladrillo con la espalda hacia la entrada. Botella de agua ya abierta sobre la mesa, camisa color vino con las mangas enrolladas hasta los codos revelando antebrazos definidos, gafas de montura negra que le daban un aire intelectual de estudiante eterno que resultaba increíblemente atractivo.

Cuando vio a Jimin acercarse se levantó inmediatamente sonriendo de verdad, con todos los dientes, y esa sonrisa iluminó completamente su rostro de una forma que hizo que algo cálido floreciera en el pecho de Jimin.

—Al fin —dijo con genuina alegría, extendiendo la mano—. Kim Taehyung. Encantado de finalmente ponerte cara, J.

Extendió la mano y Jimin la tomó sintiendo que el apretón era firme y cálido, la piel de Taehyung suave bajo sus dedos. El contacto duró un segundo más de lo estrictamente necesario para un saludo formal y ninguno de los dos se apresuró a romperlo.

Jimin observó realmente a Taehyung por primera vez notando que era incluso más guapo en persona que en su foto de perfil que había sido solo de torso también, igual que la suya. Cabello castaño oscuro ondulado cayendo ligeramente sobre su frente, ojos grandes y expresivos detrás de las gafas, labios perfectos.

—Jimin —soltó finalmente, encontrando su voz—. Park Jimin.

Se sentaron simultáneamente mientras Taehyung servía agua mineral en ambos vasos con movimientos relajados y naturales.

—Ya pedí agua porque llevo aquí desde las siete y media como un ansioso —admitió con una risa autoconsciente—. Pero si quieres vino desde ya...

—Vino, por favor —interrumpió Jimin, tal vez demasiado rápido, revelando los propios nervios que había estado intentando ocultar—. Definitivamente vino.

Taehyung levantó la mano discretamente. Un camarero joven apareció instantáneamente.

—Un Chianti Classico Riserva 2018 —pidió sin mirar el menú—. El que tiene Don Pietro guardado en el fondo. Dile que es para mí.

Todo dicho con la familiaridad de alguien que conocía este lugar íntimamente.

El camarero asintió con complicidad y desapareció.

—¿Vienes mucho? —preguntó Jimin.

—Demasiado, probablemente —admitió Taehyung con una sonrisa torcida—. Pietro, el dueño, ya conoce mis gustos mejor que yo mismo.

La sonrisa que acompañó esas palabras hizo que Jimin quisiera conocer todas las historias detrás de esas visitas frecuentes.

El vino llegó en menos de cinco minutos. Taehyung mismo sirvió ambas copas con cuidado, llenándolas solo hasta la mitad.

Levantó su copa.

—Por los torsos anónimos sin cara que terminan teniendo nombres reales —brindó con tono juguetón.

Jimin soltó una risa corta y real que no había esperado, chocando sus copas en un sonido de cristal que resonó sutilmente antes de beber. El vino era excelente, suave y con cuerpo, con notas de cereza y especias que se deslizaban por su garganta como terciopelo líquido.

Empezaron hablando del restaurante y Taehyung contó cómo lo había descubierto hace tres años con un ex novio que trabajaba en diseño de interiores, explicando que la pasta era hecha a mano cada mañana y que Pietro era de Nápoles y gritaba en dialecto napolitano a los cocineros si la salsa no tenía exactamente la consistencia correcta.

—¿Y tú cómo lo encontraste? —preguntó Taehyung, inclinándose ligeramente sobre la mesa.

—Confíe en tu criterio ciegamente —respondió Jimin con honestidad—. Dijiste que era perfecto y te creí.

La honestidad en esas palabras pareció sorprender gratamente a Taehyung, quien sonrió más ampliamente.

—Buena decisión. No te arrepentirás. La comida aquí es religiosa.

Pidieron después de revisar el menú brevemente: tagliatelle al ragú para Jimin, risotto de setas porcini y trufa negra para Taehyung.

El vino bajó rápido. Las palabras también.

Hablaron de cine, específicamente de la última película de Hong Sangsoo que ambos habían visto y que los había dejado pensando durante días sobre el absurdo de las relaciones humanas. Discutieron sobre si el soju sabía mejor frío o a temperatura ambiente, Taehyung insistiendo apasionadamente en que temperatura ambiente mientras Jimin defendía el frío con argumentos sobre la suavidad del sabor. Comentaron lo imposible que estaba encontrar un apartamento decente en Seúl sin vender literalmente un riñón en el mercado negro, compartiendo historias de búsquedas infructuosas y precios absurdos.

La comida llegó con ambos platos viéndose y oliendo increíbles, y comieron en silencio cómodo durante unos minutos saboreando cada bocado.

—Dios —gimió Taehyung después del primer bocado de risotto—. Pietro se superó hoy.

En algún momento entre el segundo y el tercer vaso de vino, Taehyung fue directo con una pregunta que había estado flotando entre ellos como humo.

—¿A qué te dedicas exactamente? —limpiando su boca con la servilleta—. Sé que dijiste algo vago sobre negocios, pero puedes ser más específico si quieres. O no. Sin presión.

Esperó la respuesta con curiosidad genuina pero sin esa avidez invasiva que Jimin había aprendido a reconocer y odiar.

Jimin dudó medio segundo considerando cuánto revelar.

—Finanzas corporativas —respondió finalmente—. Inversiones, fusiones y adquisiciones. Tengo un puesto alto en una firma bastante grande.

Taehyung asintió sin presionar por más detalles, sin preguntar nombres de empresas o cifras.

—Suena intenso. Estresante.

—Lo es —admitió Jimin—. Muy estresante, horas largas, mucha presión. Mucha responsabilidad.

Las palabras salieron más cansadas de lo que pretendía, revelando el peso que cargaba diariamente.

—Yo dejé una agencia grande de publicidad hace cuatro años —compartió Taehyung, sirviéndose más vino—. Salario excelente, prestigio, todo lo que se supone que debes querer, pero llegaba a casa a las once de la noche y solo quería dormir o morir. A veces ambas cosas. Ahora trabajo freelance en diseño gráfico y, aunque a veces literalmente

como ramen instantáneo tres días seguidos cuando los proyectos escasean, duermo ocho horas y no quiero lanzarme por una ventana.

—¿No te da miedo la inestabilidad financiera? —preguntó Jimin, genuinamente curioso.

Taehyung consideró la pregunta seriamente.

—Al principio me aterraba. Pasé los primeros seis meses después de renunciar con ataques de pánico cada vez que revisaba mi cuenta bancaria. Pero eventualmente me di cuenta de que prefiero poder respirar a tener una nómina fija y predecible que me está matando lentamente por dentro.

Jimin tomó un trago largo de vino sintiendo el alcohol calentando su estómago y aflojando su lengua hasta que las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Mi ex esposa quería la vida perfecta —soltó de repente—. Boda de cuento de hadas, casa en los suburbios, dos o tres hijos, un perro golden retriever llamado algo ridículo como Buddy. Yo podía darle la boda y la casa, pero no lo demás. Nunca lo demás.

Taehyung lo miró fijo sin juicio, solo atención completa enfocada en él como si nada más en el restaurante existiera en ese momento.

—¿Fue por esto? —preguntó suavemente, señalando con la barbilla el espacio entre ellos dos, implicando lo que significaba; ser gay, estar con hombres—. ¿Por eso se divorciaron?

Jimin asintió sintiendo el peso familiar en su pecho que nunca parecía aligerarse completamente. Era real, vivir una verdad que la sociedad prefería mantener oculta.

—Entre otras cosas. Mentí durante mucho tiempo, cinco años de matrimonio. Años antes de eso saliendo. Me mentí a mí mismo pensando que podría funcionar, y le mentí a ella cada día, sobre quién era, sobre qué necesitaba, sobre todo lo importante.

Taehyung no juzgó ni ofreció platitudes vacías sobre que todo pasa por algo o que era parte del crecimiento personal, solo asintió con comprensión que venía de un lugar de experiencia compartida.

—Muchos lo hacemos —dijo con suavidad—. El armario hace daño a todos. A los que están dentro viviendo la mentira, y a los que están fuera sin entender por qué los están lastimando.

Jimin sintió que algo pesado y opresivo se le soltaba ligeramente del pecho, como si alguien hubiera aflojado un torniquete que llevaba años apretándose hasta cortar la circulación.

Taehyung siguió contando su propia historia de cómo salió del clóset. Su padre no hablándole un año entero, literalmente levantándose y saliendo de la habitación cuando Taehyung entraba, su madre llorando cada domingo después de la iglesia convencida de que había fracasado como madre y condenado a su hijo a una vida de sufrimiento.

Pero con el tiempo, lentamente, volvieron poco a poco, su padre empezando con preguntas sobre el trabajo en temas neutrales, su madre dejando de llorar gradualmente. Ahora su padre le preguntaba sobre proyectos de diseño con interés genuino y su madre constantemente preguntaba si ese chico tan guapo del café seguía soltero en un giro irónico que todavía lo hacía reír.

—No es perfecto —dijo Taehyung, encogiéndose de hombros—. Todavía hay incomodidad a veces. Mi abuela todavía no lo sabe porque tiene ochenta y siete años y mi madre piensa que literalmente la mataría. Pero existe una relación, es real, y eso ya es más de lo que muchos tienen.

—¿Y relaciones románticas? —preguntó Jimin, tal vez con demasiado interés, inclinándose ligeramente hacia adelante sin darse cuenta.

—Un novio serio durante dos años —contó—. Yoongi. Diseñador de interiores, nos amábamos genuinamente pero queríamos cosas diferentes. Él quería mudarse a Busan y abrir un estudio allá, yo quería quedarme en Seúl. Terminamos amistosamente, todavía somos amigos, me envió flores cuando conseguí mi contrato más grande el año pasado.

—Eso es... inusualmente maduro.

—No todos los finales tienen que ser explosiones nucleares —sonrió Taehyung—. Después de él, varios rollos de una noche, algunas citas que no fueron a ningún lado. Ahora estoy disfrutando mi espacio y mi soledad. Salgo cuando quiero, me acuesto cuando quiero, como cereal directo de la caja a las tres de la madrugada si me da la gana. Es libertad.

La naturalidad absoluta con la que Taehyung hablaba de todo, su sexualidad y sus relaciones y sus fracasos y éxitos, dejó a Jimin fascinado porque nunca había conocido a alguien tan completamente en paz consigo mismo, tan cómodo en su propia piel.

Durante toda la cena sus manos se rozaron accidentalmente varias veces al alcanzar la botella de vino o el pan en la canasta o la sal, y ninguno retiró su mano rápidamente cuando sucedía. Los roces se quedaban alargándose un segundo más de lo necesario, cada contacto enviando pequeñas descargas eléctricas por el brazo de Jimin.

Pidieron tiramisú para compartir y llegó en un plato grande con dos cucharitas, comiendo del mismo plato y turnándose, a veces sus cucharas chocando en el medio provocando risas que se sentían más íntimas de lo que deberían.

Cuando terminaron el camarero trajo la cuenta en una pequeña bandeja de cuero y Jimin intentó tomarla pero Taehyung fue más rápido con reflejos sorprendentemente ágiles.

—Yo invité —dijo firmemente—. Yo pago.

—Pero...

—Tú pagas la próxima —interrumpió Taehyung con una sonrisa—. ¿Trato?

La palabra "próxima" hizo que algo cálido floreciera en el pecho de Jimin.

—Trato.

Salieron del restaurante a las 23:15 con el aire nocturno fresco pero no frío, agradable contra su piel caliente por el vino. Se quedaron de pie en la acera un momento con ninguno queriendo que terminara todavía, el silencio entre ellos cómodo pero cargado de posibilidades.

Taehyung se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones mirando a Jimin con expresión ligeramente nerviosa por primera vez en toda la noche.

—Mi apartamento está a dos cuadras de aquí —dijo, su tono casual pero con intención clara—. ¿Te apetece una copa más? Whisky japonés bastante bueno. Sin presión, solo si

quieres. Puedes decir que no.

Jimin sintió el vino todavía caliente en su sangre y sintió el deseo, real y físico, apretando bajo en su estómago de una forma que no había sentido con Minho, de una forma que le decía que su cuerpo sí estaba dispuesto a responder esta vez.

—Me apetece —respondió sin dudar.

Caminaron lado a lado por las calles tranquilas de Hannamdong con sus brazos rozándose ocasionalmente. En una esquina cuando giraron los hombros se tocaron y ninguno se apartó, dejando que el contacto continuara natural y cálido.

El edificio de Taehyung era antiguo pero claramente renovado con ladrillo original restaurado, ventanas grandes y nuevas, entrada moderna con teclado digital de seguridad que hablaba de gentrificación y precios en aumento.

Subieron al segundo piso por escaleras estrechas y Taehyung abrió la puerta de su apartamento revelando un loft que era exactamente como Jimin se lo había imaginado: abierto sin paredes divisorias excepto alrededor del baño, estación de trabajo contra una pared con dos monitores enormes y tablet digital para diseño y bocetos clavados en un tablero de corcho. Estanterías repletas de libros desde el suelo hasta el techo cubriendo literatura y diseño y arte y filosofía, sofá gris enorme y mullido que se veía increíblemente cómodo, plantas por todas partes en las ventanas y colgando del techo y en macetas grandes en el suelo.

Era cálido y vivido y real, un espacio que reflejaba perfectamente a la persona que lo habitaba.

Taehyung puso música bajita, jazz moderno con contrabajo profundo y piano melódico que llenaba el espacio sin dominarlo, antes de sacar una botella de Hibiki Harmony y dos vasos bajos de cristal.

Se sentaron en el sofá cerca, sus muslos casi tocándose en una proximidad que ya no podía ser accidental, y Taehyung sirvió dos dedos generosos en cada vaso.

—¿Has estado con muchos hombres desde que empezaste a aceptar esto? —preguntó directamente, mirando a Jimin por encima del borde de su vaso sin rodeos ni evasivas.

Jimin tomó un trago del whisky antes de responder, sintiendo el líquido suave, ahumado y excelente deslizarse por su garganta.

—Pocos —admitió—. Uno fue pagado, un trabajador sexual. Los demás... no llegaron a nada, intenté con otro después pero no funcionó. Mi cuerpo literalmente no respondió.

La admisión le costó más de lo que esperaba, revelando una vulnerabilidad que rara vez mostraba.

Taehyung asintió sin sorpresa ni juicio.

—Muchos empezamos así. Con trabajadores sexuales o aplicaciones anónimas. Es más fácil cuando no hay sentimientos complicados de por medio, cuando es solo transacción o cuerpos. Sin nombres reales, sin futuro, solo presente.

Dejó su vaso en la mesita de café y se giró completamente hacia Jimin antes de poner su mano encima de la suya, el contacto cálido, firme y lleno de intención.

—¿Puedo besarte? —preguntó con voz baja.

El corazón de Jimin dio un salto.

—Sí.

Taehyung se acercó sin dudarlo, y Jimin respondió de inmediato.

El primer beso fue suave y exploratorio, tímido a pesar de toda la confianza que habían construido durante la noche. Los labios de Taehyung sabían a vino tinto y a menta, cálidos y suaves contra los suyos de una forma que hizo que Jimin quisiera más inmediatamente.

Abrió la boca ligeramente y la lengua de Taehyung entró despacio sin prisa, acariciando la suya con delicadeza que contrastaba con la urgencia que Jimin estaba empezando a sentir crecer dentro de él.

Se besaron durante minutos que se sintieron eternos, profundizando gradualmente mientras las manos comenzaban a explorar, Taehyung acariciando el cuello de Jimin con dedos que trazaban líneas de fuego sobre su piel, Jimin agarrando la camisa de Taehyung como si fuera lo único que lo mantenía anclado a la realidad.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad y Taehyung le pasó la mano por el cabello de atrás de la cabeza de Jimin enredando los dedos antes de jalar suavemente, arrancándole un gemido que se escapó dentro del siguiente beso.

—¿Quieres ir a la habitación? —preguntó Taehyung contra sus labios.

—Sí —respondió Jimin sin dudar—. Dios, sí.

Se levantaron del sofá sin separarse completamente y en el pasillo corto hacia el dormitorio se quitaron las camisas dejándolas caer al suelo sin importarles dónde aterrizaban, demasiado ocupados explorando la piel recién expuesta con manos ávidas.

El dormitorio era simple con cama grande y sábanas blancas limpias, mesitas de noche a cada lado, lámpara tenue creando luz dorada y suave que hacía que todo se sintiera como un sueño.

Se desvistieron completamente sin prisa pero sin vacilación, cada prenda cayendo hasta que no quedó nada entre ellos excepto aire lleno de anticipación.

El cuerpo de Taehyung era delgado pero definido con piel suave y casi sin vello corporal, hombros anchos estrechándose hasta una cintura que Jimin quería rodear con sus manos, piernas largas que parecían diseñadas para enredarse con las suyas.

Lo tocó con manos ávidas como si necesitara memorizar cada línea, cada ángulo y cada textura antes de que este momento pudiera desaparecer.

Se tumbaron en la cama y el colchón se hundió bajo su peso combinado, las sábanas ya calientes y ligeramente húmedas por el calor previo de sus cuerpos. Taehyung se colocó encima de Jimin con una lentitud casi tortuosa, sus rodillas abriendo espacio entre las piernas del otro, y empezó a explorar su piel como quien recorre un mapa que quiere aprenderse de memoria con la boca.

Taehyung atacó el pecho, arrastró los labios abiertos desde la clavícula hasta la mandíbula, dejando un rastro brillante y caliente. Encontró ese punto exacto debajo del hueso donde el pulso de Jimin latía frenético, visible bajo la piel fina. Lo lamió una, dos veces, sintió cómo

Jimin tragaba saliva con dificultad, y entonces cerró los dientes con precisión, mordiendo suave pero firme, succionando después hasta que la marca floreció roja y palpitante. Jimin soltó un gemido bajo y tembloroso; podía sentir el aliento ardiente de Taehyung contra su oreja, el roce húmedo de su lengua, el leve cosquilleo de sus pestañas cerradas.

Bajó más. Cada beso era una quemadura lenta. Llegó al pecho y se detuvo en el primer pezón como si fuera una ofrenda, lo rodeó con la lengua plana en círculos cada vez más pequeños, humedeciéndolo hasta que brilló, luego lo atrapó entre los labios y succionó con fuerza, tirando hacia atrás antes de soltarlo con un chasquido húmedo. Jimin jadeó, la espalda arqueándose sola, los dedos clavándose en los hombros de Taehyung. El segundo pezón recibió el mismo trato, pero esta vez Taehyung añadió dientes, una presión creciente, casi dolorosa, que hizo que Jimin soltara un grito ahogado y que su miembro se tensara contra el estómago de Taehyung.

El camino hacia abajo fue una tortura deliciosa. Taehyung lamió la línea central del abdomen, hundió la lengua en el ombligo, saboreando la piel de Jimin ya perlada y tensa. Cada músculo bajo su boca se contraía al contacto. Cuando llegó al pubis, inhaló profundo, llenándose los pulmones con el olor intenso y almizclado de Jimin, y entonces, sin previo aviso, tomó su miembro completamente en la boca hasta la raíz.

El calor fue cegador. Jimin sintió la lengua de Taehyung acomodarse debajo, presionando fuerte contra la vena hinchada, mientras los labios se cerraban en un anillo perfecto y caliente. Taehyung descendió despacio, centímetro a centímetro, hasta que la punta rozó el fondo de su garganta y Jimin sintió que se ahogaba en placer puro. Las mejillas de Taehyung se hundían al subir, creando una succión tan intensa que las piernas de Jimin temblaron violentamente, los talones clavándose en el colchón, los dedos de los pies curvándose.

El ritmo era cruel, bajando lento, casi reverente, saboreando cada centímetro como si quisiera grabarlo en la lengua, luego subía rápido y con fuerza, la garganta contrayéndose alrededor de la cabeza en cada ascenso. En la cima giraba la lengua alrededor del glande, lamiendo la hendidura donde el líquido preseminal brotaba sin parar, caliente. Las manos de Taehyung no descansaban, una masajeaba con caricias suaves y luego apretaba justo lo suficiente para que Jimin viera estrellas, la otra rodeaba la base, acompasando el movimiento de la boca. Los sonidos eran obscenos y perfectos, el chasquido húmedo y constante, los gemidos vibrantes de Taehyung alrededor de su erección haciéndolo vibrar más, los jadeos entrecortados y desesperados de Jimin que ya no podía controlar.

El placer se acumulaba como una tormenta en la base de su columna, los músculos internos contrayéndose, y justo cuando el orgasmo estaba ahí, a punto de estallar, Taehyung se retiró de golpe.

El aire frío golpeó la piel mojada y Jimin gimió alto, vacío y desesperado, el miembro latiendo dolorosamente en el aire, brillando con saliva y preseminal.

—Oh... por favor —jadeó Jimin, viendo a Taehyung levantándose de la cama.

Lo miró con los labios rojos e hinchados, la barbilla brillante, la voz ronca y temblorosa:

—Tu turno si quieres. Sin presión. Solo si te apetece.

Jimin asintió.

—Sí, sí quiero —afirmó levantándose, mientras Taehyung se sentaba en el borde de la cama, sosteniendo su propio miembro en alto, listo para ser atendido.

Se arrodilló entre sus piernas abiertas, el corazón golpeándole las costillas como un tambor. El miembro de Taehyung estaba rojo oscuro, marcado por sus venas, goteando abundantemente. Se inclinó y lamió desde la base hasta la punta en una sola pasada larga, lenta y firme, sintiendo cada vena pulsar bajo su lengua, el sabor llenándole la boca y la nariz. Cuando lo tomó dentro, el peso caliente sobre su lengua fue abrumador, los muslos de Taehyung se tensaron a ambos lados de su cabeza, temblando visiblemente.

Fue torpe al principio, inseguro de la presión, pero Taehyung enredó los dedos en su cabello sin empujar nunca, solo guiando con suavidad.

—Más despacio... sí, justo así... la lengua debajo de la cabeza, ahí... sí, mierda. Ahí donde más me mata...

Jimin obedeció, concentrándose en ese punto sensible, succionando con fuerza mientras su mano rodeaba la base gruesa. Experimentó sin pudor, succiones más fuertes que hacían que Taehyung se arqueara, lengua jugando en la hendidura hasta saborear cada gota nueva, intentando tomar más profundo hasta que sintió la garganta cerrarse y aun así empujó un poco más, tragando alrededor de él porque quería escuchar esos gemidos rotos y guturales que Taehyung soltaba cuando lo conseguía.

—Oh, mierda, Jimin... así, qué bien la chupas, así... qué rayos... eres jodidamente perfecto...

Las palabras lo encendieron como gasolina. Encontró un ritmo fluido y rápido, boca y mano al unísono, mejillas hundidas, saliva resbalando por la barbilla y goteando sobre las sábanas. Taehyung empezó a mover las caderas en pequeños círculos desesperados, incapaz de contenerse, y Jimin lo tomó más hondo, tragando alrededor de él hasta que sintió las primeras contracciones de su orgasmo acercarse.

Taehyung tiró de su cabello con urgencia y lo apartó justo a tiempo con un sonido obsceno y húmedo.

—Ven aquí, por favor déjame follarte —pidió.

Jimin jadeó ante la promesa, dejándose llevar.

En un segundo estaba boca arriba otra vez sobre la cama. Taehyung le acomodó las piernas levantadas y dobladas contra su pecho, dejándolo completamente expuesto y temblando. El sonido del lubricante abriéndose resonó en la habitación, y luego sintió los dedos fríos y resbaladizos presionando contra su entrada. El primer dedo entró, girando despacio, abriendo con paciencia. Bombeaba los dedos lentamente, entrando y saliendo, cada vez un poco más profundo, un poco más rápido. Podía sentir cómo buscaba ese punto específico, cambiando ángulos sutilmente, y entonces lo encontró. Los dedos presionaron torcidos contra su punto más dulce, y fue como si hubieran encendido un interruptor eléctrico en el cuerpo de Jimin. Su espalda se arqueó violentamente de las sábanas, los dedos de los pies curvándose con fuerza, un grito escapando de su garganta mientras oleadas de placer puro irradiaban desde ese punto hacia cada terminación nerviosa de su cuerpo.

—¡Mierda!

—¿Estás bien? —preguntó Taehyung, deteniéndose en seco, la voz tensa por la preocupación.

—¡Sí, maldita sea! —la gloria en su voz sin ningún pudor—. Dios... más que bien. No pares, no pares.

Taehyung sonrió y agregó un tercer dedo, estirándolo más, y esta vez cuando encontró la próstata no fue gentil. Presionó firmemente, masajeando ese bulto interno mientras bombeaba los dedos.

—¡Ah! Sí —Jimin se retorció contra las sábanas, aferrándose al edredón blanco con fuerza suficiente como para que sus nudillos se pusieran blancos—. Tae...

—¿Vamos bien? —murmuró, grave. Y sólo recibió un gemido desesperado y agudo por parte de Jimin—. Me encanta cómo suena.

Masajeó la próstata con firmeza deliberada, bombeando rápido y profundo, curvando los dedos cada vez que salía para rozar de nuevo ese punto. Jimin se deshizo por completo, más gemidos altos y rotos, caderas moviéndose solas buscando más, miembro goteando sin tocarlo, lágrimas de puro placer resbalando por las sienes hasta perderse en su cabello.

Cuando los dedos salieron, Jimin gimió por el vacío insoportable, sintiéndose abierto, preparado y desesperadamente necesitado. Escuchó el sonido del condón rasgándose, el chasquido del lubricante otra vez, y luego la presión gruesa, caliente y palpitante del miembro contra su entrada.

"Aquí voy", susurró, casi un suspiro que podía no haberse oído, pero que Jimin igualmente captó.

Entró despacio, centímetro a centímetro, los ojos fijos en los de Jimin, leyendo cada jadeo, cada temblor, cada contracción. Le apretó los brazos, con fuerza, siseando más por placer que dolor, aunque la quemadura fue intensa, casi insoportable al principio, pero Jimin empujó hacia él, respirando profundo y entrecortado, abriéndose conscientemente hasta que Taehyung estuvo completamente dentro y ambos se quedaron quietos, temblando, sudorosos, unidos hasta lo imposible.

—Dios, Jimin. Tan jodidamente apretado... me estás matando —susurró Taehyung, voz rota, la frente apoyada en la otra—. Me encanta.

—A mí también... —exhaló, con voz casi irreconocible y temblorosa—. También me encanta.

Podía sentir cada pulgada de él, el peso y el calor llenándolo completamente, estirándolo de maneras que lo hacían sentir vulnerable y poderoso al mismo tiempo. Podía sentir el pulso dentro de él, el latido sincronizándose con el suyo propio.

—¿Así está bien? —preguntó Taehyung, su voz tensa por el esfuerzo de mantenerse quieto—. ¿Te sientes bien?

Jimin asintió, bajando su mano hacía su entrada, sintiendo la anchura llenándolo, la humedad y dureza del hombre que tenía en su interior, así también, cómo aún faltaba al menos unos centímetros más adentro.

—Más profundo —pidió con temblor, retirando su mano—. Puedes ir más profundo.

Taehyung empujó sus caderas hasta el fondo en una sola embestida fluida que los hizo gemir a ambos. Y manteniendo cuidado, se estuvo quieto.

—Muévete —pidió Jimin, nuevamente, en un gemido—. Por favor, muévete ya.

Taehyung suspiró, y la tensión, quietud de su cuerpo quedó atrás, relajándose totalmente. Se retiró casi del todo y volvió a entrar de una sola embestida profunda y brutal que los

hizo gemir al unísono, el sonido crudo y animal. Empezó lento para torturar, pero pronto el ritmo se volvió salvaje, embestidas duras, rápidas.

Taehyung cambiaba ángulos constantemente, experimentando hasta que encontró el exacto que hacía que Jimin gritara, y entonces se enfocaba ahí, golpeando esa próstata una y otra vez sin piedad.

El sonido llenaba la habitación, de piel contra piel era ensordecedor, húmedo y constante, el sudor hacía que sus cuerpos resbalasen y chocaran con más fuerza, gemidos entrecortados, la cama crujiendo bajo el ritmo implacable, los jadeos sincronizados cada vez que Taehyung se enterraba hasta el fondo.

Se inclinó para besar a Jimin con violencia desesperada, tragándose cada grito mientras sus lenguas se enredaban con la misma urgencia desesperada que sus caderas.

Jimin llevó sus manos a la nuca ajena, enredando sus dedos entre los cabellos, subiendo un trazo a través del cuero cabelludo, finalmente tirando de las hebras. Necesitaba anclarse a algo mientras el placer lo destrozaba desde dentro.

Podía sentir cada músculo de su cuerpo tensándose, preparándose, y cuando Taehyung cambió el ángulo una vez más y envolvió una mano alrededor del miembro olvidado de Jimin, bombeando en sincronía perfecta con sus embestidas, fue demasiado.

El orgasmo lo atravesó como un rayo, partiendo su cuerpo por la mitad. Su visión se volvió blanca, su cabeza hundiéndose hacia atrás, todos sus músculos se contrajeron simultáneamente, y un grito ahogado se atoró en su garganta mientras se corría entre sus cuerpos, manchando ambos abdomen con líneas blancas.

Las contracciones internas apretaron a Taehyung tan fuerte que este perdió el control, tres embestidas erráticas más, profundas y salvajes, y se hundió hasta el fondo con un gemido gutural, temblando entero, gimiendo contra el cuello de Jimin mientras se vaciaba dentro del condón en pulsos largos y calientes.

Se enterró profundamente una última vez y se quedó quieto, temblando, jadeando contra el cuello.

Quedaron así durante largos minutos, pegados, jadeando, el corazón de uno golpeando contra el del otro como si quisieran fusionarse, sus respiraciones gradualmente volviendo a la normalidad mientras el sudor se enfriaba sobre sus pieles.

Taehyung finalmente se retiró con cuidado, ambos haciendo una mueca ante la sensación, y se quitó el condón antes de tumbarse al lado de Jimin.

—Esto estuvo muy bien —murmuró al fin, voz ronca y satisfecha, besándole la frente, las sienes, la comisura de los labios.

—Tú también —respondió Jimin, su voz apenas un susurro—. Fuiste... increíble.

Se quedaron en silencio cómodo durante varios minutos solo recuperando el aliento hasta que Taehyung finalmente se giró de lado para mirarlo con expresión seria.

—Mira, Jimin, me caes increíble. De verdad... eres inteligente, divertido, interesante, y el sexo fue excelente, sin duda. Pero necesito ser honesto ahora, lamento si es demasiado tarde. Pero no estoy buscando una pareja o una relación seria ahora mismo. ¿Tú sí?

Jimin negó con la cabeza sintiendo solo alivio porque eso era exactamente lo que necesitaba escuchar.

—No. Definitivamente no. Todavía estoy procesando demasiadas cosas, el divorcio, mi sexualidad, todo. No estoy listo para nada serio.

—Perfecto, entonces podemos ser amigos. Buenos amigos que a veces se acuestan cuando ambos quieren. Sin promesas de futuro, sin drama innecesario, sin expectativas complicadas. ¿Te parece bien ese arreglo?

Jimin sonrió genuinamente porque ese arreglo le parecía absoluto.

—Me parece perfecto.

Taehyung rio antes de inclinarse y darle un beso rápido en la frente en un gesto que era afectuoso sin ser romántico.

—Genial. Quédate a dormir, ya es tarde y probablemente tomaste demasiado vino para conducir con seguridad.

Jimin asintió y se quedó durmiendo en la misma cama sin abrazarse ni cercanía mimosa o romántica, pero cómodos, cada uno en su lado con sábanas compartidas y respiraciones sincronizándose gradualmente hasta que el sueño los reclamó a ambos.

oo

A la mañana siguiente Jimin despertó con luz natural entrando por las cortinas blancas translúcidas, Taehyung ya levantado, haciendo ruidos en la cocina que sonaban domésticos y acogedores.

Se levantó poniéndose los bóxers antes de salir al área principal donde encontró a Taehyung en la pequeña cocina abierta usando solo bóxers negros mientras preparaba café en una cafetera francesa.

—Buenos días, dormilón. ¿Café solo o con leche?

—Solo, gracias. Sin azúcar.

—Hombre de gustos simples. Me gusta.

Desayunaron tostadas con mermelada de fresa y café recién hecho en la mesa pequeña junto a la ventana hablando de cosas intrascendentes: el clima perfecto de esa mañana, una exposición nueva en el MMCA que acababa de abrir, si el nuevo álbum de algún artista indie coreano valía realmente la pena o era puro hype.

A las diez de la mañana Jimin se vistió completamente con camisa arrugada y pantalones del día anterior, cada prenda llevando las marcas de la noche anterior.

—Te escribo —las palabras salieron en la puerta con una mano en el picaporte.

—Y yo te contesto. Gracias por anoche. De verdad —Taehyung respondió con esa sonrisa grande y fácil que hacía que todo pareciera simple.

Se dieron un abrazo rápido, amistoso y cálido, y Jimin bajó las escaleras con pasos que se sentían más ligeros que cuando las había subido.

En el Porsche con el motor ya encendido se quedó sentado un minuto completo sin moverse, procesando todo lo que había pasado.

El sexo había sido bueno, muy bueno, Taehyung siendo increíble en todos los sentidos, divertido e inteligente y seguro de sí mismo y hábil en la cama y emocionalmente maduro de formas que Jimin apenas estaba comenzando a entender.

Entonces, ¿por qué mientras conducía de vuelta a Gangnam por las calles matutinas de Seúl, se sentía nuevamente vacío?

Jimin apretó el volante con fuerza sintiendo el cuero crujir bajo sus dedos mientras intentaba entender qué demonios le pasaba.

No tenía sentido, nada de esto tenía maldito sentido.

Taehyung era objetivamente mejor opción en todos los aspectos posibles.

Pero su mente seguía regresando a esa calle oscura como si algo ahí lo jalara con una fuerza que no podía resistir, a ese hombre, a esa noche que lo había cambiado todo de formas que apenas estaba comenzando a comprender.

Pero que él necesitaba que se lo follara al menos uno, dos, o tres fines de semana más, solo él, solo Ian, porque algo en la forma en que lo había tocado aquella noche había despertado algo dentro de Jimin que no podía saciar.

El Porsche avanzaba por las calles cada vez más familiares acercándose a Gangnam mientras el sol de la mañana se elevaba más alto en el cielo, prometiendo un día hermoso que Jimin probablemente pasaría encerrado en su apartamento intentando no pensar en lo que realmente quería.





Kim Taehyung

Edad: 28 años.

Cargo: *Diseñador gráfico.*
Freelance.

Las semanas siguientes trajeron consigo una ligereza extraña que chocaba con el vacío que lo inundaba cuando se quedaba demasiado solo. Era como si alguien hubiera abierto una ventana en una habitación cerrada durante años, permitiéndole entrar cuando se sentía abrumado por el peso de su realidad cotidiana. Allí podía respirar sin que el aire se sintiera tan denso, distraerse de las expectativas que lo aplastaban en la oficina y de los restos del matrimonio que seguían persiguiéndolo como fantasmas tercos.

Gracias a su nueva amistad con Taehyung, genuina y sin filtros.

Se escribían todos los días, múltiples veces al día de hecho, en una conversación continúa con la facilidad de algo que llevaba años construyéndose en lugar de semanas. A veces era una foto de un line art ridículo que Taehyung había encontrado en un café pretencioso de Hongdae, un intento fallido de dibujar un gato que parecía más bien una criatura abstracta salida de una pesadilla.

Taehyung: *"Me cobraron 7,000 wones por esto. Es un crimen, me decapitaron."*

El mensaje acompañado de tres emojis de caras horrorizadas.

Jimin: *"¿Y para qué rayos lo compras?"*

La respuesta de Jimin era muy sensata.

Taehyung: *"Cállate."*

Otras veces Jimin mandaba una captura de pantalla de un párrafo de Murakami que había subrayado entre reuniones, esas líneas sobre la soledad que se sentían como puñaladas precisas al estómago, con un simple mensaje de *"Soy esto"*.

Y Taehyung respondía con stickers de gatitos llorando dramáticamente y un *"No compitas con mi desgracia, por favor"*.

Hablaban de todo y de nada con la misma intensidad, de si la nueva temporada de Stranger Things valía realmente la pena o era puro relleno diseñado para estirar una franquicia ya agotada, aunque Taehyung habló tan bien de ella que Jimin prometió verla. También discutían sobre si el último álbum de un grupo emergente era genuinamente bueno o sobrevalorado por el hype artificial de las redes sociales, sobre si el precio del alquiler en Seúl había cruzado oficialmente la línea de *"caro"* a *"broma de mal gusto que nadie encuentra graciosa"*.

Un jueves por la noche, después de un día que había comenzado a las seis de la mañana con una videoconferencia con inversores de Londres y terminado con una cena de negocios en el Jungsik que le había dejado un dolor de cabeza pulsante detrás de los ojos, Jimin se encontró escribiendo sin pensar demasiado mientras estaba sentado en el asiento de su Porsche antes de arrancar.

Jimin: *"¿Estás ocupado?"*

La respuesta llegó en menos de un minuto, como si Taehyung hubiera estado esperando una excusa para procrastinar.

Taehyung: *"Solo peleándome con un logo corporativo que aparentemente odia existir y quiere hacerme sufrir personalmente. El cliente lo ha rechazado cuatro veces ya. Es insoportable, necesita que su mujer le coma el pene correctamente para relajarse. Já. ¿Por qué preguntas?"*

Jimin se mordió el labio inferior mientras sonreía a la pantalla iluminada, sintiendo cómo algo en su pecho se aflojaba ante la familiaridad de ese tono desenfadado. Sus dedos se movieron sobre el teclado casi por voluntad propia.

Jimin: *"¿Puedo pasar por tu casa?"*

Taehyung: *"Puerta abierta para ti siempre, mientras no me hagas salir de la cueva. Trae algo para tomar si quieres y tienes energía para detenerte. Tengo hambre de algo que no sea ramen instantáneo por quinta noche consecutiva."*

Jimin sonrió nuevamente, sintiendo cómo la anticipación comenzaba a reemplazar el cansancio.

Encendió el motor y condujo, parando en una vinoteca de camino, una pequeña y exclusiva escondida en una calle lateral que conocía bien por sus días de intentar impresionar a clientes con gustos refinados. Caminó entre las estanterías de madera oscura mientras sus dedos recorrían las botellas hasta encontrar un rosé de reserva que no era barato pero tampoco ostentoso. Pagó en efectivo, rechazando la bolsa de regalo elegante, y continuó hacia Hannam con la botella en el asiento de copiloto.

Llegó al edificio de Tae a las 22:17, su reflejo en las puertas de vidrio del vestíbulo mostrando a un hombre que todavía llevaba traje de trabajo pero con la corbata aflojada y los primeros botones de la camisa desabrochados.

Subió las escaleras de dos en dos, sintiendo cómo su pulso se aceleraba con cada peldaño, y cuando tocó la puerta, Taehyung abrió casi inmediatamente como si hubiera estado esperando justo detrás. Llevaba una camiseta gris, pantalones de chándal negros que colgaban bajos en sus caderas, gafas puestas, cabello algo revuelto como si acabara de despertar de una siesta, o como si se lo hubiera estado jalando de frustración con el dichoso logo corporativo.

—Vaya, cuánto me alegra ver tu hermoso rostro, Park —dijo con esa sonrisa característica que ocupaba toda su cara, mientras le quitaba la botella de las manos sin ceremonias—. Ideal. Pasa, quítate esos zapatos corporativos ridículamente caros que probablemente cuestan más que mi alquiler.

Jimin entró, sintiéndose instantáneamente más ligero al cruzar el umbral, y se quitó los Oxford de cuero que efectivamente habían costado más que el alquiler mensual de muchas personas. Dejó que sus pies descalzos se hundieran en la alfombra suave del loft, sintiendo cómo la textura cálida contrastaba con el frío mármol de su propio apartamento.

Se sentaron en el sofá grande, ese gris mullido que prácticamente te tragaba cuando te dejabas caer en él. Taehyung sirvió el rosé en dos copas, y abrió una bolsa grande de papas fritas con sabor a barbacoa que dejó entre ellos como ofrenda.

Hablaron de tonterías durante la primera copa mientras el vino bajaba suave y fresco por sus gargantas: del cliente que le había pedido a Taehyung cambiar el logo *"porque personalmente no me gusta el azul, ¿puedes hacerlo verde?"*, sin entender que todo el concepto visual estaba construido alrededor de la psicología del color azul y cómo afectaba la percepción de confianza corporativa. Del jefe del departamento financiero de Jimin que

seguía creyendo religiosamente que "*trabajar hasta las diez de la noche*" era una medalla de honor digna de respeto y no un síntoma evidente de mala gestión del tiempo y fronteras personales inexistentes.

—Literalmente me envió un email a las once y media de la noche del domingo pasado — contó Jimin mientras tomaba un puñado de papas, sintiendo la sal en su lengua—. Diciendo que necesitaba los reportes revisados para el lunes a primera hora.

—¿Y qué hiciste?

—Los hice el lunes a las siete de la mañana y se los envié a las nueve. Técnicamente primera hora.

Taehyung rio fuerte, casi escupiendo su vino, y tuvo que cubrirse la boca con la mano.

—Eres malvado. Me gusta eso de ti.

En algún momento entre la segunda copa y la tercera, cuando el vino había aflojado músculos y bajado las defensas que ambos mantenían en el mundo exterior, Taehyung dejó su copa en la mesa de centro con un clic suave que resonó en el silencio cómodo que se había instalado entre ellos.

Se acercó sin decir nada, sin pedir permiso, y lo besó de una manera que se sentía como una continuación natural de la conversación en lugar de una interrupción.

Se besaron lento, sus lenguas enredándose con una familiaridad que no había estado ahí la primera vez. Pero pronto se transformó en algo más hambriento, más urgente, como si ambos hubieran estado esperando este momento desde que Jimin había enviado ese mensaje horas antes. Esta vez no había nervios de primera cita temblando bajo la superficie, no había incertidumbre sobre límites o preferencias. Ya sabían dónde tocar para arrancar suspiros entrecortados, cuánta presión aplicar con los dientes para provocar gemidos involuntarios.

Taehyung empujó suavemente a Jimin contra los cojines del sofá, su peso hundiéndolos más profundo en la tela suave, y comenzó a desabrochar su camisa blanca con una calma que era casi tortuosa. Botón por botón, revelando centímetro a centímetro de piel que raramente veía la luz del sol, y con cada nuevo espacio de piel expuesta, Taehyung dejaba un beso húmedo que hacía que la respiración de Jimin se entrecortara.

Le besó el cuello con atención dedicada, encontrando ese punto justo debajo de la mandíbula donde el pulso latía visible y acelerado, y succionó lo suficientemente fuerte como para dejar una marca que Jimin tendría que cubrir con el cuello de su camisa durante días. Bajó por su pecho con la boca abierta, lamiendo, mordisqueando los pezones hasta que se endurecieron bajo su lengua, y siguió descendiendo por el abdomen trazando la línea donde los músculos se definían, dejando un rastro de saliva.

Jimin se dejó hacer, disfrutando la seguridad tranquila con la que Taehyung tomaba el control sin ser dominante o agresivo, solo seguro y presente de una manera que hacía que se sintiera cuidado en lugar de usado. Cuando Taehyung llegó al cinturón de cuero, lo desabrochó con dedos hábiles, le bajó la cremallera de los pantalones con una lentitud que era pura tortura, y liberó su miembro que ya estaba medio duro y palpitante de anticipación.

Lo tomó en su boca sin ceremonias ni preliminares, y el calor húmedo que lo envolvió hizo que Jimin jadeara fuerte y sus caderas se elevaran involuntariamente del sofá. Taehyung comenzó con movimientos largos y lentos que sabía que lo volvían loco, subiendo desde la

base hasta la punta con una presión perfecta, usando la lengua para trazar cada vena palpitante, y luego descendiendo nuevamente mientras una de sus manos se posicionaba en la entrada para estimular esa zona sensible que hacía que todo el cuerpo de Jimin se tensara.

El receptor de tal felación se agarró al respaldo del sofá con ambas manos, clavando los dedos en la tela como si necesitara algo sólido que lo mantuviera anclado a la realidad. Dejó caer la cabeza hacia atrás hasta que descansó contra el cojín, cerró los ojos, y se permitió simplemente sentir sin pensar en nada más, ni en el trabajo, ni en Soomin, ni en las expectativas que lo perseguían constantemente.

Solo esto, solo el placer que se construía lento y constante.

Después de varios minutos que dejaron a Jimin temblando al borde del orgasmo, con las piernas tensas y el estómago contraído, Taehyung se separó con un sonido humedo que llenó el silencio del apartamento. Se limpiaron brevemente, recuperando el aliento mientras se miraban con una complicidad que se sentía más íntima que el acto, y entonces cambiaron posiciones sin necesidad de palabras.

Jimin se arrodilló entre las piernas abiertas de Taehyung, sintiendo cómo sus rodillas se hundían en la alfombra suave, y le bajó los pantalones de chándal junto con los bóxers de un solo tirón, dejándolos enredados en sus tobillos. Esta vez fue más seguro que la última, sus movimientos menos torpes, más experimentados.

Tomó el miembro de su amigo en su boca y lo llevó profundo, tan profundo como pudo sin provocarse arcadas, sintiendo cómo la punta rozaba la parte posterior de su garganta. Tragó alrededor de él, creando una presión que arrancó un gemido grave, y usó la lengua justo debajo de la cabeza en ese punto que había aprendido que lo volvía loco.

—Ah... Jimin, mierda... qué hacías casado con una mujer... —jadeó con su voz grave.

Jimin abrió los ojos, observándolo desde abajo. No sabía si era halago o qué. Pero Taehyung sin dudas hablaba perdido en la sensación, con párpados cerrados, boca semi abierta, y cabeza echada hacia atrás.

Experimentó con diferentes técnicas, alternando entre succionar fuerte cuando subía y relajar la presión cuando descendía, dejando que su lengua explorara cada textura y cada reacción que provocaba.

Taehyung lo guiaba con una mano enredada en su cabello, sin empujar, solo marcando el ritmo con presión suave intensificada cuando Jimin hacía algo particularmente placentero. Sus dedos se enredaban entre mechones castaños, jalando ligeramente cuando el placer se volvía demasiado intenso, y Jimin descubrió que le gustaba esa sensación de ser dirigido sin ser controlado.

—Mierda, Jimin... perfecto... justo así... no pares...

Las palabras salían entrecortadas, apenas coherentes, y cada gemido que arrancaba de Taehyung hacía que algo cálido se expandiera en el pecho de Jimin. Satisfacción primitiva al saber que estaba siendo la causa de ese placer descontrolado.

Cuando ambos estaban al límite, respirando pesado con la piel brillando de sudor bajo la luz tenue del apartamento, Taehyung habló con voz ronca que vibraba con necesidad apenas contenida:

—¿Quieres follarme?

No fue una pregunta coqueta ni juguetona. Fue directa y práctica, sin rodeos innecesarios.

Jimin pestañeó un momento, y sólo asintió, incapaz de formar palabras coherentes, sintiendo cómo su garganta se había cerrado de anticipación.

Taehyung se levantó del sofá con piernas ligeramente temblorosas que amenazaban con no sostenerlo. Fue al dormitorio caminando rápido y volvió treinta segundos después con lubricante y una tira de condones que dejó caer sobre la mesa de centro junto a la botella de vino medio vacía. Se posicionó de rodillas sobre el sofá, apoyándose contra el respaldo con los antebrazos, trasero levantado en una invitación clara, piernas abiertas revelando todo sin vergüenza ni vacilación.

Jimin se puso de pie detrás de él, sintiendo cómo sus propias piernas temblaban ligeramente. Sacó un condón del paquete con dedos torpes de anticipación, rompiéndolo casi en el proceso, y se lo colocó rápidamente mientras intentaba controlar la respiración acelerada. Vertió lubricante generosamente en su mano, más de lo probablemente necesario, pero prefería exceso que causar dolor innecesario. Se untó a sí mismo con movimientos rápidos, sintiendo el líquido frío contra su piel acalorada, y luego untó la entrada de Taehyung, deslizando dos dedos primero para asegurarse de que estuviera listo, estirándolo con cuidado.

Taehyung empujó hacia atrás contra sus dedos con impaciencia evidente.

—Ya estoy listo. Entra de una vez.

Jimin se posicionó, alineando la punta de su miembro contra la entrada, y presionó lentamente. Entró centímetro a centímetro, sintiendo el calor apretado envolviéndolo de una manera que era completamente diferente a estar del otro lado, y un gemido inmenso salió de su garganta mientras su cabeza caía hacia atrás con los ojos cerrados de puro placer abrumador.

Follar a un hombre era tan glorioso como ser follado por uno, descubrió en ese momento.

Taehyung respiró hondo y profundo, ajustándose a la intrusión, y empujó sus caderas hacia atrás para ayudar, para tomar más, para sentirlo completamente. Cuando Jimin estuvo enterrado hasta el fondo, se quedaron quietos un momento que se estiró como una eternidad, ajustándose, respirando, sintiendo cómo sus cuerpos aprendían a moverse como uno.

—Muévete —ordenó Taehyung con voz baja y tensa de necesidad contenida—. Hazlo, Jimin. Fóllame.

Jimin exhaló y comenzó un ritmo constante, encontrando un patrón que parecía funcionar para ambos. Sus manos se aferraron a las caderas de Taehyung con fuerza suficiente para probablemente dejar marcas, agarrándolo como si necesitara ese ancla para no perderse completamente en la sensación. Entraba y salía con movimientos profundos y constantes, sintiendo cómo el cuerpo de Taehyung lo apretaba con cada embestida, creando una fricción que hacía que viera puntos blancos detrás de los párpados cerrados.

Los gemidos de Taehyung eran bajos y graves, completamente reales y sin exageración teatral, solo placer genuino expresándose sin filtro ni vergüenza. Cada sonido que salía de su garganta era como gasolina al fuego que ardía en el estómago de Jimin, alimentando su necesidad de ir más rápido, más profundo, más duro.

Cambiaron de posición dos veces durante la siguiente media hora: Taehyung encima primero, sentándose en el regazo de Jimin y cabalgando con movimientos lentos y

profundos que le daban control total sobre el ángulo y la velocidad. Su cabeza cayó hacia atrás en placer mientras se movía, subiendo hasta que casi lo dejaba salir completamente antes de descender nuevamente y tragarlo entero. Jimin observaba fascinado, cómo el placer transformaba su rostro en algo casi artístico.

Después cambiaron nuevamente, Jimin detrás otra vez pero esta vez con Taehyung tumbado boca abajo sobre los cojines del sofá, y el ritmo se volvió más rápido, más duro, más desesperado. Jimin perseguía el orgasmo que se acumulaba como una tormenta a punto de arrasarlo con todo a su paso, cada embestida acercándolo más al precipicio mientras los gemidos de Taehyung se volvían más agudos, más urgentes.

Se corrieron casi simultáneamente, en una sincronía accidental que se sintió perfecta.

Taehyung primero, sin tocarse, el orgasmo arrancado solo por la presión constante e implacable contra su próstata, su cuerpo tensándose completamente antes de estremecerse mientras salpicaba los cojines del sofá. Jimin segundos después, empujando profundo una última vez antes de quedarse completamente inmóvil, temblando violentamente, vaciándose dentro del condón mientras oleadas de placer recorrían todo su cuerpo, dejándolo exhausto y satisfecho.

Se quedaron tirados en el sofá después, desnudos y sudorosos, enredados en cojines desplazados que habían caído al suelo durante el proceso. La botella de rosé todavía estaba a medio terminar en la mesa de centro, condensación formándose en el vidrio. Las papas olvidadas, ya tirada en el suelo junto a la ropa dispersa.

—Esto se nos da demasiado bien —dijo Taehyung, riendo entre jadeos, la cabeza apoyada contra el hombro desnudo de Jimin.

—Demasiado bien —concordó Jimin, su propia respiración todavía irregular mientras sentía cómo el sudor se enfriaba sobre su piel.

Taehyung giró la cabeza y le dio un beso rápido y afectuoso en el hombro.

—Oye —dijo después de un momento de silencio cómodo—. Algún día tienes que venir conmigo a un bar en Jongno. Nada loco ni abrumador, lo prometo. Solo tomar algo tranquilo, ver gente, bailar un rato si te da el impulso. Sin presión, pero creo que te haría bien salir de tu burbuja de vez en cuando.

Jimin se tensó ligeramente, sintiendo cómo los músculos de sus hombros se ponían rígidos ante la sola idea.

—No sé si estoy listo para eso todavía.

Taehyung se encogió de hombros sin juzgar, sin presionar como otros habrían hecho.

—No hay prisa, Jimin. Cero prisa. Solo digo que cuando quieras dar ese paso, yo estaré ahí contigo. No tienes que hacerlo solo, nunca tienes que hacer nada de esto solo.

Jimin asintió lentamente, procesando las palabras. No dijo que sí porque sería mentira, pero tampoco dijo que no porque la posibilidad estaba ahí, flotando en algún lugar futuro que aún no podía visualizar claramente.

oo

En la oficina, las cosas eran considerablemente más complicadas, como si el universo hubiera decidido que no podía tener paz en todos los aspectos de su vida

simultáneamente.

Y Soomin, llamó tres veces en una semana. La primera fue para discutir los detalles finales de la venta de un apartamento que habían comprado juntos, cuando todavía creían ingenuamente que su matrimonio duraría décadas y que envejecerían juntos mirando el mar desde esa terraza. La segunda llamada fue porque Jimin había cerrado una cuenta bancaria conjunta sin avisarle previamente, un movimiento necesario pero mal ejecutado que la había dejado temporalmente sin acceso a fondos que técnicamente todavía eran mitad suyos según los papeles del divorcio que aún no se finalizaban.

La tercera llamada llegó un martes a las tres de la tarde mientras Jimin estaba en medio de revisar proyecciones financieras para el próximo trimestre, números que bailaban frente a sus ojos sin hacer ningún sentido coherente. Su teléfono vibró en el escritorio con el nombre de ella iluminando la pantalla, y contestó con una aprehensión que ya se había vuelto familiar cada vez que veía su nombre.

—¿Soomin?

—No entiendo por qué tienes que complicar absolutamente todo —dijo ella sin saludos preliminares ni cortesía básica, su tono tenso y cortante como un cuchillo—. Los abogados dicen que cambiaste las fechas de las reuniones. Sin consultarme, que moviste activos sin notificación apropiada. ¿Qué estás haciendo, Jimin? ¿Estás intentando joderme a propósito?

—No estoy complicando nada —respondió con cuidado, forzando su tono a permanecer neutral y profesional a pesar de la frustración que burbujeaba bajo la superficie—. Solo quiero cerrar capítulos y seguir adelante. Terminar esto de forma limpia para ambos.

—Claro. Por supuesto —su risa fue amarga y áspera—. No pretendas que sea limpio cuando ya decidiste comenzar sucio.

Jimin no respondió porque no había nada que decir que no empeorara las cosas, ninguna palabra que pudiera suavizar la verdad dura de que él había mentido durante años y ella había sido la víctima colateral de esa mentira.

Acordaron la próxima reunión con los abogados, establecieron algunos puntos prácticos sobre la división de activos que todavía quedaban pendientes, y colgaron con una frialdad que contrastaba dolorosamente con las conversaciones cálidas que solían tener cuando todo estaba bien.

Jimin se quedó sentado en su silla de oficina varios minutos después de que la llamada terminara, sintiendo el peso familiar de la culpa presionando su pecho como una losa de concreto.

Seunwoo y Hyunjin tampoco lo dejaban en paz, sus intentos de arrastrarlo de vuelta a la vida social volviéndose más insistentes con cada día que pasaba.

El almuerzo del martes, los tres sentados en la cafetería corporativa del piso quince rodeados del ruido de conversaciones superpuestas y el tintineo de cubiertos contra platos.

—Minji está organizando una cena este viernes —anunció Seunwoo con la boca medio llena de bibimbap, masticando ruidosamente—. En ese restaurante japonés nuevo de Gangnam, el caro con el chef que entrenó en Tokio durante diez años. Vas a tener que ir, ya la rechazaste cuatro veces seguidas.

—No puedo —respondió Jimin automáticamente mientras removía su ensalada sin apetito real, las hojas verdes pareciendo repentinamente poco apetecibles—. Tengo planes.

Hyunjin lo miró por encima de sus gafas de montura gruesa, ajustándolas con el dedo índice en ese gesto característico que hacía cuando estaba a punto de decir algo que Jimin no quería escuchar.

—Siempre tienes planes últimamente. Desde lo del divorcio estás completamente desaparecido, hermano. Ni siquiera vienes a las copas después del trabajo ya. ¿Qué te pasa? ¿Estás saliendo con alguien?

—No estoy desaparecido. Solo ocupado con mucho trabajo y arreglando todo el papeleo del divorcio.

Seunwoo sonrió de lado con esa expresión de sabelotodo irritante que siempre usaba cuando creía tener razón sobre algo.

—Ocupado, claro que sí. O evitando a cierta persona en particular que trabaja en contabilidad y parece modelo de revista.

Jimin no contestó, eligiendo el silencio como su defensa. Tomó un sorbo largo de su agua mineral, sintiendo el líquido frío bajar por su garganta, e intentó cambiar de tema hacia los números del último trimestre que habían sido decepcionantes pero no catastróficos.

El jueves por la tarde, Minji apareció en su oficina sin cita previa ni advertencia, materializándose como un fantasma que Jimin había estado tratando de evitar. Tocó dos veces en la puerta de vidrio con esos nudillos delicados y entró antes de que él pudiera responder o inventar una excusa para rechazarla.

Traía un café en la mano, un vaso grande de Starbucks con su nombre garabateado incorrectamente en el lateral en marcador negro.

—Te traje uno —dijo con una sonrisa amable que hacía que Jimin se sintiera aún peor por lo que inevitablemente tendría que hacer—. Americano solo, sin azúcar. Como te gusta y como siempre lo tomas en las reuniones.

—Gracias —respondió Jimin mientras aceptaba el vaso con una incomodidad palpable que probablemente era obvia para cualquiera que estuviera prestando atención.

Ella se sentó en la silla sin esperar invitación, frente a su escritorio minimalista, cruzando las piernas. Su falda negra y ajustada subió varios centímetros revelando más muslo del que probablemente era apropiado para un ambiente de oficina, y Jimin forzó su mirada a permanecer en su rostro.

—Los chicos me dicen que siempre estás ocupado últimamente —comenzó con un tono casual que no engañaba a nadie que supiera leer entre líneas—. Pero un café rápido no mata a nadie, ¿verdad? Solo treinta minutos. Mañana después del trabajo, sin presión.

Jimin suspiró internamente, sintiendo la trampa cerrarse a su alrededor. Sabía que seguir evitándola solo iba a empeorar las cosas, crear más drama innecesario, alimentar más rumores en una oficina que ya prosperaba con el chisme como combustible principal.

—Está bien —cedió finalmente, resignándose a lo inevitable—. Café. Mañana después del trabajo. Treinta minutos y nada más.

La sonrisa de Minji se expandió genuinamente, iluminando todo su rostro de una manera que hizo que la culpa de Jimin se intensificara.

—Perfecto. A las seis en punto en la recepción.

El viernes a las seis en punto, como prometido y como temido, Minji estaba esperando en la recepción de su piso luciendo impresionante de una manera objetiva que Jimin podía reconocer intelectualmente sin sentir nada.

Vestido negro ajustado que se le ceñía a cada curva como una segunda piel, tacones rojos que agregaban diez centímetros a su altura, cabello suelto cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros desnudos que brillaban ligeramente bajo la luz fluorescente.

Se veía objetivamente impresionante, el tipo de mujer que hacía que los hombres en el vestíbulo giraran sus cabezas para mirarla dos veces.

Jimin no sintió absolutamente nada más allá de un reconocimiento distante y desapegado de que era atractiva.

Fueron caminando a una cafetería nueva que había abierto cerca de la oficina, una de esas con estética minimalista escandinava que parecían estar brotando en cada esquina de Seúl últimamente. Pidieron dos americanos en la barra atendida por un barista con tatuajes en los antebrazos y expresión de aburrimiento.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana que daba a la calle, observando a la gente pasar con prisa característica de un viernes por la tarde cuando todos querían escapar de sus trabajos lo más rápido posible.

Minji fue directa desde el primer sorbo de su café, sin rodeos ni preliminares que solo prolongarían lo inevitable.

—No entiendo por qué me evitas tanto, Jimin —dijo mientras lo miraba fijamente con esos ojos que probablemente habían practicado esa expresión vulnerable frente al espejo—. Sé que estás divorciado. Sé que es reciente y probablemente todavía duele como el infierno. Pero me gustas, y mucho. Desde hace meses, desde antes de que tu matrimonio se desmoronara. Y creo que tú también sientes algo cuando me miras, lo veo en tu cara a veces, en cómo me observas cuando crees que no me doy cuenta.

Jimin suspiró.

"Nada más alejado de la realidad", pensó.

Tomó un sorbo largo de su café, dejando que el líquido amargo y caliente le diera tiempo para formular una respuesta que no fuera completamente hiriente pero que tampoco le diera falsas esperanzas.

—No es eso, Minji. No es lo que piensas.

—¿Entonces qué es? —presionó ella mientras se inclinaba hacia adelante sobre la mesa, sus dedos rozando peligrosamente cerca de los suyos—. ¿Qué te detiene exactamente? Porque desde donde yo estoy sentada, somos dos adultos solteros que claramente tienen la libertad de estar juntos.

—No estoy listo para una relación, con nadie. El divorcio me dejó... —Buscó las palabras correctas, las que serían verdad técnicamente sin revelar la verdad completa que la destruiría—. Hecho mierda emocionalmente, completamente roto. No sería justo para ti meterme en algo cuando todavía estoy tratando de recoger los pedazos de lo que solía ser mi vida.

Ella lo estudió con ojos entrecerrados, como si pudiera leer algo oculto detrás de sus palabras cuidadosamente elegidas, como si su intuición femenina le estuviera diciendo que había algo más que él no estaba diciendo.

—¿Todavía estás enamorado de Soomin? ¿Es eso lo que te detiene?

—No —respondió con una honestidad absoluta que probablemente era la única verdad completa que le había dicho en toda la conversación—. No estoy enamorado de ella. Esto es sobre mí, sobre cosas que necesito resolver completamente solo antes de poder siquiera pensar en estar con alguien más.

Minji bajó la mirada hacia su taza, sus dedos jugueteando con la servilleta de papel hasta que comenzó a deshacerse en pedazos pequeños que quedaron dispersos sobre la mesa.

—Claro. Lo entiendo perfectamente. Procesamiento personal. Tiempo para sanar todas esas heridas. —Su tono era de decepción mal disimulada que hacía que cada palabra sonara como un reproche silencioso—. Pero si alguna vez cambias de idea, si alguna vez sientes que estás listo para intentarlo...

—No voy a cambiar de idea —la interrumpió Jimin con una suavidad que no eliminaba la firmeza absoluta de sus palabras—. Lo siento, Minji. Eres increíble de verdad, eres inteligente, hermosa, divertida. Cualquier hombre tendría suerte de estar contigo y de construir algo real. Pero ese hombre no soy yo, no puedo serlo.

Ella asintió lentamente mientras parpadeaba varias veces, conteniendo lágrimas que brillaban en las comisuras de sus ojos pero que se negaban a caer porque estaban en público y ella tenía orgullo.

Terminaron sus cafés en un silencio incómodo que se extendió como una mancha de aceite, cada segundo sintiéndose más pesado que el anterior. Ella pagó el suyo, rechazando su oferta de pagar ambos con un movimiento brusco de su mano, y se fue con un simple *"nos vemos en la oficina el lunes"* sin contacto visual ni despedida apropiada.

Jimin se quedó sentado en la mesa vacía varios minutos más después de que ella desapareció por la puerta, removiendo el poso frío de su americano con la pequeña cuchara de madera que el barista había dejado, sintiendo una culpa que racionalmente sabía que no tenía razón legítima de sentir pero que persistía de todas formas.

No le debía nada a Minji. No le había prometido nada explícitamente, nhabía coqueteado intencionalmente ni dado falsas esperanzas más allá de ser cortés en las interacciones laborales.

Pero aun así, la culpa persistía como un peso en su estómago que el café solo había empeorado.

oo

Esa noche, acostado en su cama a las once mientras miraba el techo blanco de su dormitorio que no tenía nada interesante que ofrecer, escribió a Taehyung con los pulgares moviéndose rápido sobre la pantalla iluminada.

Jimin: *"Tomé café con la chica del trabajo hoy."*

Taehyung: *"¿Y? ¿Cómo fue el desastre?"*

Jimin: *"Le dije que no estoy listo para una relación. Que necesito tiempo para mí."*

Taehyung: *"Bien hecho. Honestidad directa siempre es mejor que mentiras piadosas. ¿Cómo te sentiste después?"*

Jimin: *"Culpable. Como mierda completa. Por mentirle sin mentirle técnicamente."*

Taehyung: *"Mentir por omisión es parte del juego hasta que decidas dejar de jugar completamente. No te castigues por protegerte cuando nadie más lo va a hacer. Salir del clóset es tu decisión y tu tiempo, nadie más tiene derecho a apurarte o juzgarte por el proceso."*

Jimin: *"Gracias. Necesitaba escuchar exactamente eso."*

Taehyung: *"De nada. Es la verdad que nadie te va a decir porque todos esperan que seas valiente inmediatamente. Oye, ¿vienes mañana? Conseguí una botella nueva de whisky japonés realmente bueno que me costó demasiado dinero y tengo ganas de que me folles contra la encimera de la cocina. Llevaba días pensando en eso."*

Jimin sonrió a la pantalla iluminada de su teléfono en la oscuridad de su habitación, sintiendo cómo algo cálido se expandía en su pecho ante la facilidad con la que Taehyung podía mezclar apoyo emocional con deseo físico sin que ninguno de los dos disminuyera al otro.

Jimin: *"Llego a las nueve. Solo si me devuelves el favor en la cama o en el sofá después."*

Taehyung: *"Trato hecho. Trae condones porque se me acabaron después de nuestra última sesión maratónica."*

Se quedó mirando el teléfono varios minutos más después de bloquear la pantalla, dejando que la luz se desvaneciera hasta que quedó en completa oscuridad.

Y entonces, inevitablemente, pensó en Ian otra vez.

Sucedía cada vez que bajaba la guardia lo suficiente, cada vez que su mente no estaba ocupada con trabajo, con Taehyung o con los restos de su matrimonio muerto. Aparecía en sus pensamientos como un fantasma persistente que se negaba a desvanecerse sin importar cuánto tiempo pasara.

Pensó que quizás el próximo fin de semana, tal vez el sábado si no tenía demasiado trabajo acumulado, volvería a esa calle en Mapo donde todo había comenzado.

Solo para ver si Ian seguía trabajando ahí bajo esa misma farola.

Solo para comprobar.

Sin expectativas reales de que nada cambiara.

Pero por ahora tenía a Taehyung.

Eso era suficiente por ahora.

Tenía que ser suficiente.

Cerró los ojos, dejando que el cansancio finalmente lo alcanzara después de un día que había durado demasiado.





El sábado llegó después de una semana en la que Jimin había intentado convencerse de que no necesitaba volver. Había follado con Taehyung dos veces más entre mensajes constantes y risas compartidas sobre cosas estúpidas. Se había enterrado en proyecciones financieras hasta que los números bailaban frente a sus ojos sin hacer sentido. Había corrido en la caminadora de su edificio hasta que sus piernas temblaron y sus pulmones ardieron. Había hecho todo lo posible por distraerse, por llenar el vacío con cualquier cosa que no fuera la verdad que latía insistente bajo su piel.

Pero nada funcionaba.

Porque cada noche, cuando el apartamento quedaba en silencio y Seúl brillaba indiferente al otro lado de su ventana, ese trabajador sexual regresaba con una claridad que lo frustraba. Había algo en él que Jimin no podía nombrar, algo que lo jalaba con una fuerza que lo hacía sentirse patético y desesperado.

El jueves por la noche, mientras revisaba correos que podían esperar hasta el lunes, se descubrió buscando en Google Maps la ubicación exacta de esa calle en Mapo. Memorizando las intersecciones cercanas. Calculando el tiempo de viaje desde su oficina. Planeando algo que sabía que debería avergonzarlo pero que ya había aceptado que iba a hacer de todas formas.

El viernes, Taehyung le había enviado un mensaje preguntando si quería venir ese fin de semana, que había conseguido una nueva botella de sake premium y tenía ganas de probarlo mientras veían alguna película mala. Jimin había inventado una excusa sobre trabajo acumulado y una presentación importante el lunes. Taehyung respondió con un emoji de gatito triste pero comprensivo, sin presionar, y eso solo había hecho que Jimin se sintiera peor por mentirle a alguien que no lo merecía.

Así que cuando el sábado llegó finalmente, Jimin ya había tomado la decisión días antes. Solo había estado esperando que el calendario avanzara lo suficientemente lento como para torturarlo.

Salió de la oficina pasada las siete de la tarde después de fingir trabajar durante dos horas en las que no había procesado absolutamente nada. Tomó su maletín por pura costumbre, apagó su computadora, y caminó hacia el ascensor sin despedirse de nadie, porque el piso ya estaba prácticamente vacío. En el estacionamiento subterráneo, el Porsche lo esperaba reluciente bajo las luces fluorescentes, y cuando se sentó al volante sintió cómo sus manos temblaban ligeramente mientras introducía la llave.

Condujo hacia las afueras de la ciudad mientras el cielo se oscurecía gradualmente, las luces de Seúl comenzando a parpadear como estrellas terrestres. Las calles estaban más vacías de lo habitual para un sábado por la noche. Jimin encendió la radio para llenar el silencio pero la apagó casi inmediatamente porque cada canción se sentía demasiado ruidosa, demasiado intrusiva en el espacio donde su mente estaba corriendo en círculos.

"¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué no puedo simplemente dejarlo ir?"

Las preguntas aparecían y desaparecían sin respuestas satisfactorias mientras conducía en piloto automático por calles que ya conocía de memoria a pesar de haberlas recorrido solo un par de veces.

Llegó a las 21:32, estacionando el Porsche media cuadra antes de la intersección donde sabía que Ian solía trabajar. Su corazón latía tan fuerte que podía sentir el pulso en su garganta, en sus muñecas, en las sienes. Bajó la ventanilla del copiloto dejando que el aire fresco de la noche entrara al auto, llevándose parte del calor que se había acumulado bajo su piel.

Condujo lentamente por el tramo, con los ojos escaneando cada esquina, cada figura bajo cada farola. Las luces de neón de los moteles baratos se reflejaban en el asfalto húmedo de la tarde lluviosa anterior, creando charcos de color rosa y azul eléctrico. Había otras figuras trabajando en diferentes esquinas, algunos miraban el auto con interés antes de descartarlo cuando no se detenía.

Y entonces, cuando Jimin ya comenzaba a sentir cómo la decepción se instalaba pesada en su estómago, lo vio.

Sus ojos se abrieron mas, su respiración salió temblorosa.

"*Allí estás...*", pensó, encantado.

Ian.

Apoyado contra el mismo poste metálico que la primera vez, fumando un cigarro armado bajo la luz amarillenta de la farola. La gorra negra calada hasta las cejas, ocultaba la mitad superior de su rostro en sombras. Llevaba una chaqueta más abrigada que la última vez pero estaba abierta, revelando esa maldita camiseta crop blanca que se le pegaba ligeramente al cuerpo por la humedad del ambiente, exponiendo esa franja de abdomen definido que Jimin había memorizado sin proponérselo.

El alivio que recorrió el cuerpo de Jimin fue tan intenso que casi lo hace sollozar. Su pie se levantó del acelerador dejando que el auto desacelerara naturalmente mientras se acercaba, y cuando Ian levantó la vista al reconocer el Porsche específico, algo en su expresión neutral cambió sutilmente. Tal vez una pequeña sonrisa asomando en la comisura de sus labios, tan mínima que Jimin pudo haberla imaginado.

Ian apagó el cigarrillo con la suela de su zapatilla, empujándolo hacia un charco cercano donde se extinguió con un siseo suave. Se acercó al auto sin prisa, metiéndose las manos en los bolsillos de sus jeans ajustados, y cuando se inclinó hacia la ventanilla abierta, Jimin pudo ver sus ojos completamente por primera vez en semanas.

—Volviste —dijo Ian simplemente, y no era una pregunta sino una observación que llevaba algo parecido a satisfacción o tal vez sorpresa, Jimin no estaba seguro de cuál.

La voz de Ian lo atravesó como siempre lo hacía, esa tonalidad específica que había estado reproduciendo en su memoria constantemente pero que nunca sonaba igual en sus recuerdos que en la realidad. Dejó escapar otro suspiro que no sabía que había estado conteniendo, ante la confirmación de que esto era real, que Ian estaba allí.

—Así es —respondió mientras intentaba que su voz sonara casual y probablemente fallando miserablemente—. Sube, por favor. Mismo servicio de antes.

Su propia voz salió más ronca de lo que esperaba, áspera de anticipación y de algo más profundo que no quería examinar demasiado de cerca.

Ian rodeó el auto con sus movimientos seguros, que hacían que cada paso pareciera coreografiado. Abrió la puerta del copiloto y se deslizó en el asiento de cuero con una familiaridad que hizo que esto se sintiera menos como una transacción y más como algo

que habían hecho cientos de veces antes. Cerró la puerta y el interior del vehículo se llenó inmediatamente con su presencia, con ese algo indefinible que hacía que el espacio se sintiera más pequeño y más grande al mismo tiempo.

Jimin arrancó sin decir nada más, no confiaba en que su voz no revelara demasiado.

El trayecto al resort fue corto, apenas veinte minutos navegando por calles cada vez más oscuras y vacías, pero cada segundo se estiró como una eternidad elástica. Iban casi en silencio, solo el sonido del motor suave del Porsche y ocasionalmente el roce de la ropa de Ian contra el cuero cuando se movía. Él miraba por la ventanilla, observando cómo la ciudad se transformaba gradualmente en algo más industrial, más crudo, y Jimin lo miraba de reojo cada vez que se detenía en un semáforo, memorizando el perfil de su rostro bajo las luces cambiantes de la calle.

No existía la tensión incómoda de la primera vez, ese nerviosismo que había hecho que cada minuto se sintiera como una tortura. Había algo diferente entre ellos, en el espacio cerrado, una especie de reconocimiento tácito de que ambos sabían para qué estaban ahí y que ninguno necesitaba fingir que era otra cosa.

En la recepción del resort, Jimin pidió la suite veintitrés con la misma naturalidad con la que ordenaría café, pasó su tarjeta negra sin mirar el precio, y recibió la llave magnética de manos del empleado que no hizo contacto visual porque probablemente había visto esta escena mil veces antes con mil clientes diferentes.

Caminaron hacia la habitación manteniendo medio metro de distancia entre ellos, sin tocarse, sin hablar, pero Jimin podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Ian. Podía escuchar su respiración tranquila y controlada contra la suya, que se aceleraba con cada paso.

Cuando llegaron a la puerta de la suite, Jimin tuvo que intentar dos veces antes de que sus manos cooperaran lo suficiente como para deslizar la llave magnética correctamente. La luz verde parpadeó, el pestillo se abrió con un clic suave, y empujó la puerta revelando el interior familiar que ya conocía de sus visitas anteriores.

Entraron y la puerta se cerró detrás de ellos en una sentencia final.

Ian se quitó la gorra primero, dejándola en la silla junto a la puerta. Luego la chaqueta, colgándola cuidadosamente del respaldo. Movimientos que ya eran rutina.

Jimin cerró la puerta con llave, empujando el pestillo hasta escuchar el clic definitivo.

Se quedó de pie un segundo con la mano todavía en el pestillo, simplemente mirando a Ian que ahora estaba de pie en el centro de la habitación sin la gorra que lo había estado ocultando. Su cabello ésta vez estaba ligeramente más largo de lo que Jimin había anticipado, cayendo sobre su frente de manera que lo hacía verse más joven.

Ian se giró hacia él lentamente y sus ojos se encontraron a través del espacio que los separaba.

Esta vez no hubo conversación preliminar sobre límites o preferencias. No hubo champán en cubetas de hielo ni rodeos corteses fingiendo que esto era algo más elegante de lo que realmente era.

Jimin cruzó el espacio entre ellos en tres pasos largos que comieron la distancia como si fuera nada. Tomó a Ian por la cintura con ambas manos, sintiendo el calor de su piel a

través de la tela, y lo besó mientras lo empujaba hacia atrás hasta que su espalda golpeó la pared más cercana con un sonido sordo.

Ian respondió inmediatamente sin vacilación. Abrió la boca aceptando la lengua de Jimin que entraba con urgencia y algo parecido a desesperación. Sus manos volaron hacia la nuca de Jimin, dedos enredándose en su cabello perfectamente peinado y jalando ligeramente de una manera que arrancó un gemido involuntario de la garganta de Jimin.

Se besaron con una urgencia que bordeaba lo salvaje, lenguas luchando por dominación mientras sus cuerpos se presionaban uno contra el otro buscando fricción y contacto. Ian se adaptaba perfectamente al deseo de su cliente como probablemente había aprendido a hacer, pero había algo en la forma en que sus dedos se clavaban en el cuero cabelludo de Jimin que se sentía real en lugar de actuado.

Comenzaron a quitarse la ropa sin separar sus bocas más de lo absolutamente necesario, manos torpes por la prisa y el deseo acumulado durante semanas. La camiseta crop de Ian subió y voló hacia algún lugar que ninguno de los dos se molestó en identificar. La camisa de Jimin perdió botones en el proceso, uno tras otro saltando y rodando por el piso de madera hasta que simplemente la arrancó por encima de su cabeza porque era más rápido que terminar de desabrocharla. Cinturones desabrochándose con manos frenéticas. Jeans cayendo al suelo formando charcos de mezclilla oscura. Bóxers siguiéndolos inmediatamente después hasta que ambos estaban completamente desnudos.

En menos de un minuto pasaron de estar vestidos a tener piel caliente presionada contra piel caliente, erecciones duras atrapadas entre sus cuerpos y creando una fricción deliciosa que hacía que Jimin viera puntos blancos detrás de sus párpados cerrados.

Se separó apenas lo suficiente como para hablar, sus labios todavía rozando los de Ian con cada palabra:

—Esta vez quiero follarte yo.

No era exactamente una pregunta pero tampoco una orden, algo intermedio que dejaba espacio para que Ian dijera que no si así lo quería.

El pelinegro se apartó apenas unos centímetros para poder mirarlo directamente a los ojos, y había curiosidad en su expresión.

—Sí —respondió finalmente con firmeza—. Me parece bien.

Se movieron hacia la cama tropezando ligeramente porque ninguno quería soltar al otro el tiempo suficiente como para caminar apropiadamente. Cayeron sobre las sábanas blancas enredados el uno con el otro, extremidades entrelazadas de una manera que hacía difícil distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Jimin besó el cuello de Ian con la boca abierta, succionando y mordiendo. Dejó un rastro húmedo de saliva mientras bajaba por su pecho, lamiendo cada músculo definido, mordisqueando los pezones hasta que se endurecieron bajo su lengua. Siguió descendiendo por el abdomen que había estado obsesionado con tocar, trazando cada línea donde los músculos se definían con la punta de su lengua.

Cuando llegó al miembro completamente erecto, duro por la excitación, no dudó. Lo tomó en su boca completamente, tragándolo hasta que la punta tocó la parte posterior de su garganta y tuvo que luchar contra el reflejo de náusea que le hizo llorar los ojos.

Ian gimió de una manera que sonó sacada de lo más profundo de su pecho, un sonido bajo y gutural que vibró en el aire entre ellos. Sus dedos se enredaron en el cabello de Jimin, agarrando con fuerza suficiente como para ser casi doloroso pero sin empujar ni forzar, solo sosteniendo como si necesitara algo sólido que lo anclara a la realidad.

Jimin lo hizo lento, queriendo saborear cada segundo. Subía y bajaba con un ritmo constante y deliberado, usando la lengua en los lugares que ya había aprendido que provocaban las reacciones más intensas, justo debajo de la cabeza, a lo largo de la vena que palpitaba visible en la parte inferior, alrededor de la punta donde el líquido preseminal ya goteaba en su lengua.

Después de varios minutos que dejaron a Ian temblando y jadeando sin control, él intentó moverse para cambiar posiciones, intentó bajar para devolver el favor como probablemente hacía con todos sus clientes, pero Jimin lo detuvo con una mano firme en su hombro empujándolo de vuelta contra las sábanas.

—No —dijo con determinación—. Hoy no tienes que hacer eso. Hoy quiero esto exactamente como lo planeé.

Se posicionó de rodillas entre las piernas de Ian, observando cómo su pecho subía y bajaba acelerado mientras intentaba recuperar el aliento. Ian lo miró por un momento que se estiró como si estuviera evaluando algo, y entonces levantó sus rodillas sin ninguna vergüenza aparente, abriendo las piernas en una invitación clara que hizo que la boca de Jimin se secara instantáneamente, pues estaba viendo hasta lo más íntimo de aquél hombre, lo más vulnerable.

Era rendición completa, entrega total. Un "*a tu merced, tú mandas*" silencioso que resonó más fuerte que cualquier palabra.

Jimin sacó el lubricante y los condones que había estado guardando en la bolsa de su chaqueta después de sus encuentros con Taehyung, suministros que había comprado pensando en alguien más pero que ahora usaría con la persona que realmente ocupaba cada rincón de sus pensamientos obsesivos.

Vertió lubricante generoso en sus dedos hasta que goteaba entre sus nudillos, y lo calentó un momento frotando las manos mientras observaba cómo Ian lo miraba con una intensidad que hacía que se sintiera expuesto de una manera que no tenía nada que ver con estar desnudo.

Comenzó a prepararlo despacio, presionando un dedo contra la entrada apretada hasta que cedió y lo dejó entrar. Ian respiró hondo y profundo, cerrando los ojos mientras su expresión se relajaba gradualmente aceptando la intrusión. Jimin movió el dedo en círculos amplios, estirando con paciencia infinita porque quería que esto fuera perfecto, porque necesitaba que Ian sintiera placer en lugar de solo tolerancia por ser su trabajado.

Añadió un segundo dedo cuando sintió que el primero entraba y salía con facilidad, y los movió juntos buscando ese punto específico que sabía que estaba ahí en algún lugar. Cuando sus dedos rozaron la próstata de Ian, la reacción fue inmediata y dramática de una manera que hizo que algo triunfal floreciera en el pecho de Jimin.

Ian soltó un gemido largo que sonaba casi musical, su espalda arqueándose involuntariamente de las sábanas como si un cable invisible lo jalara hacia arriba. Sus manos agarraron las sábanas con fuerza, arrugando la tela immaculada en puños apretados.

—Muy bien... sí... —susurró Ian como si estuviera tratando de calmarse después de esa reacción visceral, ronco y quebrado de placer, uno que no sonaba ensayado ni profesional. Empujó sus caderas hacia abajo buscando más presión, más profundidad, más de lo que sea que Jimin estaba haciendo que lo hacía sentir así.

Jimin sonrió con satisfacción primitiva ante la confirmación de que estaba haciendo esto bien, de que podía provocar este tipo de reacciones en alguien que probablemente había fingido placer miles de veces con miles de clientes. Presionó de nuevo contra ese punto interno con intención deliberada, observando fascinado cómo el cuerpo de Ian respondía como un instrumento perfectamente afinado.

Añadió un tercer dedo estirando más, abriendo con paciencia meticulosa que contrastaba con la urgencia que sentía creciendo en su propia entrepierna ignorada. No tenía prisa a pesar de que su miembro palpitaba dolorosamente. Quería que esto durara, quería memorizar cada expresión que cruzaba el rostro de el muchacho tan único que gemía debajo suyo.

Este respiraba fuerte ahora, la boca entreabierta dejando escapar jadeos entrecortados, los abdominales contrayéndose visiblemente con cada movimiento de dedos. Pequeñas gotas de sudor comenzaban a formarse en su frente y en el hueco de su garganta, bajando lentamente por su pecho en líneas brillantes.

Cuando tres dedos entraban y salían con facilidad, cuando Ian temblaba constantemente y pequeños gemidos escapaban de sus labios con cada respiración, Jimin decidió que era suficiente.

Se puso el condón con manos que temblaban ligeramente de emoción acumulada durante semanas, casi rasgando el paquete en su prisa. Se untó más lubricante hasta que brillaba en la luz tenue de la habitación, y se colocó entre las piernas abiertas de Ian posicionando la punta de su miembro contra la entrada preparada.

Empujó despacio, muy despacio, sintiendo cómo la cabeza vencía la resistencia inicial y entraba en ese calor imposible que lo envolvía mejor que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Ian apretó los dientes por un segundo, los músculos de su cuello tensándose visiblemente mientras procesaba la intrusión que era más grande que tres dedos. Luego respiró profundo conscientemente, relajando su cuerpo.

—Sigue —dijo suavemente, y su voz sonaba diferente ahora, más vulnerable.

Jimin continuó presionando hacia adelante centímetro a centímetro, sintiendo el calor imposible envolviéndolo gradualmente. La presión era perfecta, ajustada de una manera que hacía que cada milímetro fuera una tortura deliciosa. Podía sentir cómo el cuerpo de Ian lo recibía, cómo se abría para acomodarlo a pesar de la obvia incomodidad inicial.

Cuando estuvo completamente dentro, enterrado hasta que sus caderas estuvieron presionadas contra los glúteos de Ian. Se quedó completamente inmóvil dándole tiempo para ajustarse. Su propia respiración salía entrecortada mientras luchaba contra el impulso primitivo de simplemente moverse, de perseguir su propio placer sin consideración.

Ian abrió los ojos lentamente y lo miró directamente a través del espacio mínimo que los separaba, y no había máscaras profesionales en esa mirada ni actuación calculada. Solo algo crudo y real que hizo que el corazón de Jimin diera un vuelco doloroso.

—Puedes moverte —dijo Ian—. Estoy bien.

Jimin comenzó un ritmo lento al principio, retirándose casi completamente hasta que solo la punta permanecía dentro antes de empujar de vuelta hasta el fondo en un movimiento fluido. Profundo y deliberado, sintiendo cada centímetro del camino de entrada y salida. Ian gemía con cada embestida, sonidos graves que salían de lo más profundo de su pecho, gemidos que sonaban reales.

Jimin aumentó gradualmente la velocidad respondiendo a las reacciones involuntarias del cuerpo del muchacho, a la forma en que sus caderas comenzaban a moverse al encuentro buscando más. Sus manos agarraron las caderas con fuerza, y así empujaba más fuerte ahora, más rápido, persiguiendo algo que no podía nombrar pero que necesitaba desesperadamente encontrar.

Ian llevó una mano a su propio miembro que había estado ignorado entre sus cuerpos, comenzando a tocarse al mismo ritmo de las embestidas de Jimin. Sus ojos permanecían fijos en Jimin, observando, conectando de una manera que se sentía demasiado íntima para lo que se suponía que era esto.

—Más fuerte... —jadeó Ian entre gemidos entrecortados—. Sí... exactamente así... no pares...

Jimin obedeció porque no podría haber parado aunque quisiera, su cuerpo estaba moviéndose por puro instinto ahora. El sonido de piel húmeda contra piel húmeda llenaba la habitación creando esa música única que sólo avivaba, exitaba más, mezclándose con sus propios gemidos y los de Ian, hasta que era imposible distinguir quién hacía qué sonido. Sudor goteaba por su espalda, por su frente, haciendo que todo fuera resbaladizo y caliente.

Cambió el ángulo ligeramente en su siguiente embestida, buscando, experimentando, y cuando Ian arqueó la espalda violentamente con un grito ahogado, supo que había encontrado exactamente lo que estaba buscando.

—¡Ah! ¡Maldición!

Jimin mantuvo ese ángulo exacto como si su vida dependiera de ello, empujando una y otra y otra vez contra la próstata de Ian con una precisión que rayaba en lo obsesivo. Quería arrancar más de esos gritos, más de esas reacciones que probaban que Ian estaba sintiendo tanto como él.

Ian acabó primero sin ninguna advertencia previa, su cuerpo entero tensándose como una cuerda de violín estirada hasta el punto de quiebre. Su mano se movió frenéticamente sobre su miembro mientras semen blanco y caliente salpicaba su propio estómago y pecho en chorros largos que manchaban su piel brillante de sudor. Un grito ahogado y casi agudo salía de su garganta mientras su expresión sólo gritaba intensidad y placer.

El apretón súbito e intenso de los músculos internos de alrededor del miembro de Jimin fueron demasiado, presión abrumadora que eliminó cualquier posibilidad de contención. Jimin acabó dentro del condón con un gruñido largo y gutural que no reconoció como propio, empujando hasta el fondo una última vez y quedándose completamente inmóvil mientras se vaciaba en oleadas que parecían no terminar nunca.

Por un momento largo ninguno se movió, solo existían en ese espacio compartido respirando pesadamente, sudorosos, exhaustos, satisfechos.

Jimin finalmente salió despacio con cuidado de no lastimar, sintiendo el frío inmediato cuando dejó de estar conectado a Ian de esa manera tan íntima.

Se quitó el condón con dedos torpes, lo anudó, y lo tiró al basurero junto a la cama antes de dejarse caer al lado de Ian sobre las sábanas arrugadas.

Se quedaron así mirando el techo en silencio, con sus brazos casi tocándose pero no completamente, como si ambos necesitaran ese mínimo espacio para procesar lo que acababa de pasar.

Después de varios minutos donde el único sonido era sus respiraciones graduándose lentamente hacia algo normal, Jimin extendió la mano hacia la mesita de noche y sacó la caja de cigarrillos y el encendedor que había dejado ahí, anticipando exactamente este momento.

—¿Fumas? —preguntó mientras le ofrecía uno, su voz saliendo más ronca de lo normal.

Ian giró la cabeza sobre la almohada para mirarlo, y había algo diferente en su expresión ahora, algo suavizado que no había estado ahí antes.

Asintió sin decir nada.

Tomó el cigarrillo ofrecido con dedos que todavía temblaban ligeramente.

Jimin le dio fuego primero, acercando la llama naranja al extremo hasta que prendió y el tabaco comenzó a arder con su brillo característico. Luego encendió el suyo, inhalando profundo y dejando que el humo acre llenara sus pulmones antes de expulsarlo lentamente hacia el techo blanco.

Se quedaron así durante largo rato sin sentir ninguna necesidad de llenar el silencio con palabras innecesarias. Desnudos, sudorosos, fumando, mirando el techo en una comodidad compartida que no debería existir entre un cliente y un trabajador sexual, pero que de alguna manera había brotado de todas formas.

Jimin dio una calada larga sintiendo cómo la nicotina calmaba sus nervios todavía alterados, y entonces habló sin realmente planear hacerlo:

—La semana pasada pasé por Mapo. Un sábado como hoy. Recorrí toda la calle dos veces buscándote. No estabas en tu esquina habitual.

Lo dijo con una casualidad fingida que probablemente no engañaba a nadie, ciertamente no a Ian que lo miró de reojo mientras dejaba salir el humo lentamente por la nariz.

—Tuve complicaciones —explicó después de una pausa—. Trato de estar cada viernes y sábado por la noche, pero a veces la vida se interpone.

Jimin giró la cabeza sobre la almohada para mirarlo directamente, estudiando su perfil iluminado por la luz que entraba desde la calle.

—¿Qué tipo de complicaciones? —preguntó sabiendo que probablemente estaba cruzando una línea invisible pero incapaz de detenerse.

Ian sonrió levemente sin enseñar dientes, una sonrisa pequeña y privada que no alcanzó sus ojos.

—Nada que te interese, cliente —respondió, y no sonaba rudo sino simplemente firme, estableciendo límites claros que Jimin reconoció haber intentado cruzar.

Pero esta vez algo en Jimin se negó a aceptar la barrera tan fácilmente como debería. Tal vez era el sexo que todavía palpitaba cálido en su cuerpo o tal vez era la forma en que Ian había gemido sin que se lo pidiera, pero necesitaba saber aunque fuera un fragmento de la persona detrás de la transacción.

—Pero... ¿todo en orden? —insistió con cuidado—. ¿Tú estás bien?

Ian lo miró de reojo durante un momento que se estiró incómodo, evaluando cuánto revelar. Finalmente sacudió las cenizas de su cigarrillo en el cenicero de vidrio sobre la mesita de noche con más fuerza de la necesaria, y las cenizas grises se dispersaron en patrones caóticos.

—No es de tu incumbencia —dijo con una firmeza renovada pero sin enojo real—. Solo responsabilidades que no tienen que ver con tus intereses como cliente.

—¿Familia? —preguntó Jimin antes de poder detenerse, sabiendo que estaba empujando demasiado pero incapaz de contenerse.

Ian echó más cenizas de su cigarrillo al cenicero, esta vez con un golpe definitivo que hizo que el vidrio tintineara contra la madera de la mesita.

—No preguntes cosas que no voy a contestar —dijo mirándolo directamente ahora, y había una advertencia clara en su tono aunque su expresión permanecía neutral—. Este no es ese tipo de arreglo. Nunca lo será.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en agua quieta, creando ondas que Jimin sintió expandirse en su pecho como algo frío y definitivo.

Asintió lentamente mientras apartaba la mirada de vuelta al techo, sintiendo cómo la vergüenza comenzaba a trepar por su garganta. Por supuesto que no era ese tipo de arreglo. ¿Qué había estado pensando? Ian no era su amigo ni su amante ni nada más que un trabajador sexual haciendo su trabajo. El hecho de que el sexo hubiera sido increíble, de que los gemidos hubieran sonado reales, de que la conexión hubiera parecido genuina, no cambiaba la naturaleza fundamental de lo que esto era.

No insistió más porque entendía el mensaje con claridad brutal.

Terminaron sus cigarrillos en un silencio que ahora se sentía pesado en lugar de cómodo, cada uno perdido en pensamientos que no compartirían. Cuando Ian apagó la colilla de su cigarrillo con un último golpe contra el cenicero, se levantó de la cama sin decir nada. Caminó desnudo hacia el baño con esa falta de vergüenza que venía de años de exponer su cuerpo a extraños, y Jimin escuchó la ducha abrirse, el sonido del agua golpeando azulejos llenando el silencio que había dejado atrás.

Se quedó acostado mirando el techo, trazando las grietas invisibles en la pintura blanca mientras se sentía como el idiota más grande del mundo.

"¿Qué rayos hice?", se regañó, "¿Creíste que Ian hablaría sobre su vida personal?, ¿Que sería un confidente? Él no es Taehyung" La realidad de su estupidez lo golpeó con una fuerza que casi lo hizo reír de lo patético que era.

Cinco minutos después, Ian salió del baño envuelto en una de las toallas blancas del resort. Gotas de agua todavía caían de su cabello mojado, bajando por su cuello y desapareciendo en la toalla.

Jimin ya había preparado el dinero mientras Ian se duchaba, dejándolo en un sobre blanco sobre la mesita de noche, porque de alguna manera darle los billetes directamente en su mano se sentía demasiado crudo después de lo que habían compartido. Esta vez había contado el doble de lo acordado, billetes nuevos y crujientes ordenados perfectamente porque si no podía tener más de Ian, al menos podía asegurarse de que esta noche valiera económicamente su tiempo.

Ian se vistió sin prisa aparente, cada prenda regresando a su lugar con movimientos eficientes. Bóxers negros primero, luego los jeans ajustados que se pegaban a sus piernas todavía ligeramente húmedas. La camiseta crop blanca que Jimin quería arrancar nuevamente apenas la vio puesta. La chaqueta que ocultaba lo que la camiseta revelaba. Finalmente la gorra negra, calada hasta las cejas y devolviéndole esa apariencia de anonimato que llevaba como protección.

Tomó el sobre de la mesita de noche y esta vez lo abrió, contando los billetes rápidamente. Sus cejas se alzaron ligeramente al confirmar la cantidad extra, y cuando miró a Jimin había algo en su expresión que podría haber sido sorpresa o tal vez apreciación.

—Gracias —dijo, y sonó genuinamente sincero en lugar de la cortesía profesional automatizada—. Se aprecia de verdad.

Guardó el dinero en el bolsillo interior de su chaqueta con cuidado, asegurándose de que estuviera bien escondido, y entonces se volteó a la cama donde Jimin todavía estaba acostado apoyado contra el cabecero acolchado.

—Nos vemos —dijo simplemente.

—Suerte —despidió Jimin.

No era una promesa sino solo un reconocimiento de que probablemente esto volvería a suceder porque ambos sabían que Jimin volvería.

Si había segunda, había tercera.

Caminó hacia la puerta con esos pasos seguros que hacían que cada movimiento pareciera tener propósito. La abrió dejando que el aire frío entrara brevemente a la habitación climatizada, y salió sin mirar atrás. La puerta se cerró suavemente detrás de él con un clic definitivo que resonó en el silencio como el fin de algo.

Jimin se quedó completamente solo en la habitación que de repente se sentía demasiado grande y demasiado vacía.

El olor a sexo y cigarrillos todavía flotaba pesado en el aire, recordándole cada detalle de lo que acababan de hacer. Las sábanas arrugadas bajo su cuerpo todavía conservaban el calor de ambos. El cenicero en la mesita de noche contenía las colillas de sus cigarrillos compartidos como evidencia de esos minutos de falsa intimidad.

Esta vez no se quedó a dormir en la suite aunque había pagado por toda la noche y técnicamente podría haberlo hecho. Algo en quedarse solo en esa cama donde Ian ya no estaba se sentía demasiado patético.

Se levantó con piernas que todavía temblaban ligeramente y caminó al baño donde se duchó rápidamente, lavándose el sudor, el sexo y el olor de Ian que se aferraba a su piel como un fantasma persistente. El agua caliente golpeaba su espalda mientras intentaba no pensar en cómo había arruinado el momento perfecto al hacer preguntas indebidas.

Se vistió con la misma ropa arrugada que había dejado tirada en el suelo, sintiendo cómo la tela se pegaba incómoda a su piel todavía húmeda porque no se había secado apropiadamente. Salió a la recepción donde devolvió la llave al mismo empleado nocturno que la había entregado, sin hacer contacto visual porque no quería ver el juicio, la indiferencia o lo que sea que hubiera en esos ojos que habían presenciado esta escena demasiadas veces.

Condujo de vuelta a Gangnam bajo una lluvia que había comenzado a caer con más fuerza, golpeando el parabrisas ferozmente, renovada y haciendo que los limpiaparabrisas trabajaran tiempo extra. Las calles estaban prácticamente vacías a tal hora, solo algunos taxis nocturnos y trabajadores del turno de madrugada compartiendo el asfalto mojado con él.

Llegó a su apartamento en Gangnam pasadas las dos de la madrugada, las calles de su vecindario elegante completamente desiertas porque la gente respetable estaba durmiendo en sus camas respetables después de haber hecho cosas respetables.

Se quitó los zapatos en la entrada, dejándolos tirados descuidadamente en lugar de alinearlos en el zapatero como normalmente hacía, y caminó directamente al bar donde se sirvió un whisky doble sin hielo en uno de sus vasos de cristal caros que había comprado porque se suponía que era lo que la gente exitosa hacía.

Se sentó en el sofá de cuero en completa oscuridad, rechazando encender ninguna luz porque la oscuridad se sentía más apropiada para su estado mental. Solo la iluminación de la ciudad entraba por el ventanal enorme, creando sombras largas y deformadas en el piso de mármol que se extendían hacia él como dedos acusadores.

Estaba físicamente satisfecho, definitivamente. Su cuerpo se sentía relajado de una manera que solo venía después del buen sexo, músculos todavía palpitando agradablemente con el recuerdo del esfuerzo. La sensación de estar dentro de Ian permanecía grabada en su memoria muscular como algo que podría reproducir perfectamente si cerraba los ojos. Había sido exactamente lo que había estado fantaseando durante semanas.

Pero en el pecho tenía un nudo que no solo no se deshacía sino que se apretaba más con cada minuto que pasaba en este apartamento vacío. Era como si algo hubiera quedado inconcluso, como si hubiera estado buscando algo específico en ese encuentro y no lo hubiera encontrado a pesar de que técnicamente todo había sido perfecto.

"Todavía necesito más. ¿Por qué no es suficiente para mí?"

La pregunta apareció sin invitación y se instaló permanentemente en su mente, dando vueltas sin respuesta satisfactoria.

"¿Por qué intenté algo más? ¿Por qué no pude simplemente tomar lo que pagué y dejarlo ahí?"

Se sintió increíblemente estúpido, sentado solo en su sofá caro en su apartamento caro después de pagar por sexo caro y todavía sentirse vacío. Estúpido por pensar que hacer preguntas personales podría transformar mágicamente una transacción en algo más significativo. Estúpido por creer aunque fuera por un segundo que los gemidos genuinos y la conexión aparente significaban que Ian vería esto como más que trabajo.

Estúpido, cobarde, y patético.

Se terminó el whisky de un solo trago largo que quemó su garganta de una manera que casi fue bienvenida porque al menos era algo que sentir además de esta vergüenza que lo consumía.

Dejó el vaso en la mesa ratona con más fuerza de la necesaria, disfrutando del sonido fuerte del cristal golpeando madera.

Se metió en la cama en ropa interior. Las sábanas estaban frías y perfectamente estiradas porque su servicio de limpieza las había cambiado esa mañana, tan diferentes a las sábanas arrugadas y calientes de la suite del resort que todavía conservaban el olor de ambos.

Se durmió cuando el cielo comenzaba a aclararse con los primeros indicios del amanecer, exhausto más emocionalmente que físicamente.



❖ 1 2 ❖

Las tres semanas siguientes se convirtieron en un patrón que Jimin reconocía como insostenible pero del que no podía o no quería escapar.

Los viernes por la noche comenzó a inventar excusas con una facilidad que lo habría asustado si se hubiera detenido a pensarlo demasiado. Trabajo acumulado, presentaciones importantes, reuniones de última hora con inversores internacionales en zonas horarias imposibles. Cada mentira salía más suave que la anterior, pulida por la repetición hasta que casi se sentían como verdades.

Taehyung nunca presionaba cuando Jimin declinaba sus invitaciones para el fin de semana. Respondía con emojis comprensivos y algún comentario sobre lo despiadado que era el mundo corporativo.

Seguían hablando durante la semana, eso no había cambiado. Mensajes sobre películas malas que Taehyung había visto y que insistía en que Jimin también sufriera, capturas de pantalla de tweets absurdos, quejas sobre clientes imposibles y jefes incompetentes. La conversación fluía con la misma facilidad de siempre cuando era solo texto en una pantalla.

Se reunieron dos veces durante esas tres semanas, encuentros que se sintieron reconfortantemente normales en medio del caos que Jimin estaba cultivando secretamente. Un martes vieron una película de terror en el apartamento de Taehyung, compartiendo palomitas y comentarios sarcásticos sobre lo predecibles que eran los sustos. Un jueves cenaron comida tailandesa que pidieron a

domicilio mientras discutían si la nueva temporada de ese drama que ambos seguían estaba traicionando a los personajes o simplemente explorando su complejidad.

No hubo sexo en ninguno de esos encuentros.

Taehyung no lo insinuó ni lo sugirió, y Jimin se sintió aliviado y vagamente culpable al mismo tiempo. Aliviado porque no estaba seguro de poder fingir el mismo entusiasmo cuando su cabeza estaba llena de otra persona. Culpable porque podía ver las preguntas no formuladas flotando detrás de los ojos de Taehyung cada vez que se despedían, la forma en que su abrazo duraba un segundo más como si estuviera tratando de sostener algo que sentía deslizarse entre sus dedos.

En la última de esas tres semanas, Jimin casi desapareció por completo de su radar social. Respondía los mensajes de Taehyung con retrasos cada vez más largos, horas convirtiéndose en medio día, hasta que Taehyung simplemente dejó de enviar cosas que requerían respuestas inmediatas y se limitó a compartir contenido que Jimin podía consumir a su propio ritmo.

"Cuando estés menos enterrado en trabajo, cenamos bien. Te debo esa botella de sake que nunca abrimos", había escrito Taehyung un miércoles por la noche, y Jimin había respondido con un simple *"Me parece perfecto"* que ambos probablemente sabían que no se concretaría pronto.

El trabajo en la oficina continuaba con una normalidad violenta entre el caos interno de Jimin. Las reuniones sucedían en sus horarios programados, los reportes se entregaban a tiempo, las presentaciones a inversores eran impecables como siempre. Seunwoo y Hyunjin habían dejado de invitarlo a copas después del trabajo, aceptando

finalmente que algo en Jimin había cambiado fundamentalmente y que presionar solo crearía incomodidad.

Minji lo evitaba activamente ahora, tomando rutas alternas cuando lo veía en los pasillos, y Jimin se sentía aliviado de no tener que navegar esa situación incómoda además de todo lo demás.

Su ex esposa, Soomin, lo contactaba cada vez menos. Una llamada breve a principios de la segunda semana sobre documentos del divorcio que necesitaban firmas adicionales, su tono completamente profesional como si estuvieran cerrando un trato de negocios en lugar de desmantelando un matrimonio. Un mensaje de texto al final de la tercera semana confirmando que la venta del apartamento de Busan había sido finalizada y que su parte del dinero estaría en su cuenta en tres días hábiles.

Jimin respondió con la misma frialdad profesional, agradeciendo la información y confirmando recepción de documentos.

Pero en medio de toda esta normalidad superficial, los fines de semana se habían convertido en algo completamente diferente.

Cada viernes por la noche, Jimin salía de la oficina a las siete en punto. Conducía el Porsche hacia Mapo con el corazón acelerándose más con cada kilómetro.

Y cada viernes, Ian estaba ahí bajo esa farola amarillenta, fumando con la gorra calada hasta las cejas, esperando sin realmente esperar.

El primer viernes después de su encuentro inicial donde Jimin había arruinado todo con preguntas inapropiadas,

había llegado sin saber si Ian aceptaría volver a subir al auto. Pero cuando se detuvo y bajó la ventanilla, Ian simplemente había apagado su cigarrillo y había rodeado el vehículo sin decir nada, deslizándose en el asiento del copiloto como si la semana anterior nunca hubiera existido.

No hablaron durante el trayecto. No necesitaban hacerlo.

En la suite veintitrés, habían establecido rápidamente una dinámica diferente a la del primer encuentro.

Esta vez, cuando comenzaron a quitarse la ropa con esa urgencia que ya se estaba volviendo familiar, Ian había tomado el control de una manera que hizo que algo en el estómago de Jimin se apretara de anticipación.

—¿Puedo follarte? —preguntó mientras lo empujaba suavemente hacia la cama, y no era realmente una pregunta sino una verificación de límites.

—Sí —había respondido Jimin sin dudar, descubriendo en ese momento que quería exactamente eso.

Ian lo había preparado con esa eficiencia experimentada, sus dedos moviéndose con precisión mientras encontraba cada punto que hacía que el castaño jadeara sin control. Cuando finalmente entró, Jimin había descubierto que el tamaño de Ian era perfecto de una manera que lo hacía sentirse completamente lleno sin ser doloroso, estirándolo justo en el límite entre placer e incomodidad que hacía que cada terminación nerviosa de su cuerpo cantara.

Lo había follado contra el colchón con movimientos controlados y profundos, encontrando ese ángulo que hacía que Jimin viera estrellas con cada embestida. Las sensaciones eran tan intensas que Jimin sentía como si estuviera perdiendo el control de su propio cuerpo, como si

cada golpe lo estuviera desarmando pieza por pieza hasta que solo quedara placer puro.

En la noche del sábado, otra vez siendo embestido, pero en cuatro, gimoteando y lloriqueando de placer mientras su pecho caía pegado sobre el colchón, y su mejilla se deslizaba contra la almohada, Jimin sintió la necesidad de algo más que solo contacto físico. Necesitaba algo que hiciera esto sentirse aunque fuera un poco más real, aunque fuera solo una ilusión que pudiera sostener durante estas horas compradas.

—Jimin —jadeó agudo y casi sin aire entre embestidas—. Mi nombre es Jimin... llámame Jimin...

Era casi una súplica, vulnerable de una manera que no había sido con nadie más. Necesitaba escuchar su nombre real en lugar de ser solo otro cliente anónimo, necesitaba que Ian lo viera aunque fuera por un momento.

Ian no se detuvo en sus movimientos, pero algo en su expresión cambió sutilmente, una comprensión silenciosa de lo que Jimin estaba pidiendo realmente.

—Jimin... —repitió, probando el nombre en su lengua mientras embestía profundamente—. Así... mi Jimin... ¿te gusta así?

El sonido de su nombre en la boca de Ian, dicho con esa grave natural, la reclamación como "suyo", hizo que algo en su pecho se apretara dolorosamente mientras su cuerpo se arqueaba buscando más contacto.

—Sí... sí... Ian... así...

El muchacho continuó usando su nombre durante el resto del encuentro, incorporándolo naturalmente entre las

palabras de aliento y las instrucciones suaves. Cada vez que lo decía, Jimin sentía como si una parte de la pared entre ellos se disolviera ligeramente, como si esto fuera algo más cercano a lo que realmente quería.

El orgasmo que lo había atravesado había sido tan intenso que ambos habían gritado sus nombres, el suyo y el de Ian, enredados entre gemidos que probablemente se escuchó en las suites vecinas.

Después, mientras yacían recuperando el aliento, Jimin había preguntado con una casualidad fingida que no engañaba a ninguno de los dos.

—¿Puedo llamarte de otra forma además de Ian? ¿Tienes alguna preferencia?

El pelinegro había considerado la pregunta durante un momento largo, su expresión inescrutable en la penumbra de la habitación.

—De cualquier forma —respondió finalmente, con un tono que sonaba cuidadosamente neutral—. Menos "papi" u "oppa". Cualquier otra cosa está bien.

La especificidad de esa negativa había hecho que Jimin sintiera curiosidad, pero había aprendido su lección sobre hacer preguntas personales. Así que simplemente había asentido.

—Ian me parece bien —aceptando los límites que el joven establecía sin presionar por explicaciones que probablemente no recibiría de todas formas.

El segundo viernes, Jimin había llegado con una necesidad que rayaba en desesperación después de una semana entera reproduciendo cada segundo de su encuentro

anterior. Esta vez habían terminado en la ducha después de besarse frenéticamente apenas cruzar la puerta de la suite.

El agua caliente golpeaba sus cuerpos mientras Ian lo empujaba contra los azulejos fríos, entrando en él con una rudeza que no sabía que necesitaba hasta que la tuvo. Las manos se aferraban a sus caderas con fuerza suficiente para dejar moretones que durarían días.

—Oh, Jimin. Qué delicioso eres... —jadeó contra su oído mientras embestía sin piedad, el agua caliente cayendo sobre ambos—. Respira para mí... Dios, así... perfecto...

El agua caliente, los azulejos fríos, la forma en que lo embestía mientras repetía su nombre como un mantra, había hecho que se corriera tan fuerte que sus piernas habían cedido, y solo las manos de Ian sosteniéndolo lo habían mantenido de pie.

Después, cuando ambos estaban limpios y exhaustos, habían follado nuevamente en la cama porque Jimin todavía no tenía suficiente.

Esta vez había cabalgado a Ian, controlando el ritmo y el ángulo, bajando lentamente sobre ese miembro que ahora conocía de memoria, hasta estar completamente sentado. Se había movido en círculos primero, saboreando la sensación de estar tan completamente lleno, antes de comenzar a subir y bajar con una urgencia renovada.

Ian lo observaba desde abajo, con esos ojos intensos, sus manos en las caderas, guiándolo pero dejándolo tomar lo que necesitaba.

—Más rápido, Jimin —dijo con esa autoridad tranquila—. Muéstrame que puedes manejarlo.

Jimin gimió dulce y agudo. Extasiado.

Cuando se había corrido esa segunda vez, había sido con la cabeza echada hacia atrás, el nombre de Ian en sus labios nuevamente, y había sentido cómo el contrario se tensaba debajo de él alcanzando su propio clímax mientras gruñía su nombre con una intensidad que sonaba casi real.

El tercer viernes, habían follado en el sofá de la suite. Jimin boca abajo sobre los cojines mientras lo tomaba desde atrás. Luego lo habían hecho sobre el borde de la cama, con Jimin de espaldas sobre el colchón y las piernas elevadas sobre los hombros de Ian mientras este lo embestía.

—Despacio... —había pedido esa vez, necesitando sentir cada centímetro del recorrido en lugar de la urgencia frenética de encuentros anteriores—. Quiero sentirte completamente.

Ian obedeció, estableciendo un ritmo lento y deliberado, un ritmo pornográfico y delicado por su perfección. Cada embestida era profunda y medida, retirándose casi completamente antes de volver a entrar en un movimiento fluido que hacía que Jimin sintiera cada vena, cada pulgada de ese miembro que lo llenaba tan perfectamente.

—¿Así te gusta? —había preguntado Ian mientras mantenía ese ritmo tortuoso—. ¿Puedes sentirme?

—Sí... Dios, sí... no pares...

Había durado una eternidad deliciosa, ambos sudando y temblando con el esfuerzo de mantener ese control, hasta que finalmente ninguno pudo contenerse más, y se habían corrido casi simultáneamente con los nombres del otro en sus labios.

En algún punto durante esas tres semanas, Jimin había dejado de alternar entre ser activo y pasivo. Había descubierto que lo que realmente quería, lo que necesitaba de una manera que no podía explicar racionalmente, era entregarse completamente. Ser tomado, ser follado hasta que no pudiera pensar en nada más que en la sensación de ese hombre con su perfecto miembro dentro de él.

El tamaño perfecto, y la forma en que lo follaba, esa combinación de control, fuerza, y algo que a veces parecía peligrosamente cercano a la pasión real, era exactamente lo que Jimin había estado buscando sin saberlo.

El cuarto viernes, casi al final de la tercera semana, habían follado contra la pared de la suite de una manera que dejó a Jimin temblando durante horas después.

Le había pedido cosas que nunca había pensado antes, descubriendo partes de sí mismo que no sabía que existían, necesitando empujar los límites de lo que podía sentir y soportar.

—Dame duro, trátame mal, Ian —rogó mientras lo presionaba contra la pared fría, su pecho y mejilla aplastados contra la superficie lisa—. Úsame, dame nalgadas, fuertes... jala mi cabello... no me dejes moverme... por favor.

Ian lo tomó de ambas muñecas y las había cruzado detrás de su espalda baja, sosteniéndolas ahí con una mano mientras la otra preparaba su entrada con dedos eficientes que no perdían tiempo. Jimin no podía sostener su peso contra la pared, no podía usar sus brazos para estabilizarse, solo podía presionar su pecho y su mejilla contra la superficie fría mientras Ian lo abría y lo estiraba hasta que estuvo listo.

Cuando finalmente entró, fue con una embestida profunda que arrancó un grito de la garganta de Jimin. La posición no le permitía escapar o ajustar el ángulo, solo podía recibir exactamente lo que ese hombre le daba mientras sus manos permanecían inmovilizadas.

—¿Cómo dijiste? —había preguntado Ian mientras establecía un ritmo brutal—. Jimin... dime cómo te gusta.

—Sí... mierda... trátame mal, dame fuerte... rudo, por favor...

La mano derecha de Ian se soltó del agarre de muñecas, y con fuerza, su palma cayó de lleno en una nalgada que resonó en la habitación y dejó una marca ardiente. Luego apretaba, amasaba la carne redonda de Jimin, para luego golpear otra, y otra vez. El dolor se mezclaba con el placer de cada embestida profunda hasta que el castaño no podía distinguir entre ambas sensaciones, solo sabía que quería más.

Entonces la mano apretó intensamente aquél perfecto glúteo maltratado, como una cruel despedida, para subir y enredar sus dedos en el cabello perfecto de Jimin, jalando con fuerza suficiente para que su cabeza se echara hacia atrás y su espalda se arqueara en un ángulo imposible. La nueva posición permitió que Ian entrara aún más profundo, golpeando su próstata con cada embestida brutal mientras seguía tirando de su cabello, mordiendo el espacio entre el cuello y hombro, golpeando su cadera contra la piel ya roja e irritada, ardiendo de placer.

—Jimin... mierda... me tomas tan bien...

El mayor estaba completamente a su merced, solo podía recibir el ritmo implacable que Ian marcaba. Los gemidos que salían de su garganta eran casi gritos entrecortados y

desesperados ahora, sin filtro ni vergüenza porque todo era demasiado intenso para preocuparse por el volumen.

—lan... oh, lan... no puedo... eres un animal... no pares...

lan no paró. Continuó con ese ritmo brutal y agresivo que hacían que Jimin viera estrellas. El orgasmo lo atravesó sin advertencia previa, tan intenso que por un momento pensó que se desmayaría. Se corrió sin tocarse, solo por la estimulación constante e implacable de su próstata, manchando la pared mientras gritaba el nombre del pelinegro hasta que su garganta quedó rasposa.

Él siguió moviéndose a través del orgasmo de Jimin, persiguiendo el suyo propio con embestidas cada vez más erráticas hasta que finalmente se enterró profundamente una última vez y se quedó inmóvil, temblando, gruñendo el nombre de su cliente contra su nuca mientras se vaciaba.

Se quedaron así durante largos segundos, ambos jadeando, con Jimin todavía presionado contra la pared, lan presionado contra su espalda. Cuando finalmente se retiró y soltó su agarre, Jimin casi se deslizó al suelo porque sus piernas no querían sostenerlo, y solo las manos de lan atrapándolo lo mantuvieron de pie.

Después, como siempre, fumaban en la cama en silencio mientras sus cuerpos se recuperaban gradualmente.

lan nunca se quedaba más de lo necesario. Se duchaba, se vestía, tomaba su pago que siempre era un poco más de lo acordado, y se iba con un simple "nos vemos, Jimin".

Jimin nunca volvió a hacer preguntas personales después de ese primer error. Había aprendido su lección, esto era lo que era, una transacción donde él pagaba por el mejor sexo de su vida con alguien que sabía exactamente cómo tocar su

cuerpo y que ahora conocía su nombre pero que nunca le daría acceso a nada más profundo que eso.

Y debería haber sido suficiente.

El sexo era increíble. Ian era profesional, talentoso y aparentemente dispuesto a cumplir cada fantasía que Jimin pudiera articular. Usaba su nombre de una manera que hacía que todo se sintiera aunque fuera un poco más personal, aunque ambos supieran que era solo parte del servicio. No había drama ni complicaciones emocionales. Solo encuentros físicos intensos que dejaban a Jimin satisfecho y exhausto.

Pero cada domingo por la noche, cuando regresaba a su apartamento vacío, Jimin se sentaba en su sofá de cuero caro y sentía ese nudo en el pecho apretarse más.

Porque por más increíble que fuera el sexo, por más que su cuerpo estuviera satisfecho de maneras que nunca había experimentado antes, había algo que seguía faltando.

Pero... tal vez le daba mucho temor como para asumirlo.

Sabía que estaba desarrollando algo peligrosamente cercano a una obsesión. Lo sabía cada vez que rechazaba invitaciones de Taehyung para poder estar disponible los viernes. Lo sabía cada vez que se descubría contando los días hasta el fin de semana como si nada más importara. Lo sabía cada vez que revisaba compulsivamente el clima los jueves para asegurarse de que no hubiera nada que pudiera mantener a Ian fuera de su esquina.

Estaba en caída libre hacia algo que no entendía completamente, y la parte más aterradora era que no estaba seguro de querer detenerse. Sí... qué temor daba, pero lo necesitaba.

El último domingo de esas tres semanas, Jimin llegó a su apartamento pasadas las dos de la madrugada como se había vuelto costumbre. Se duchó lavándose el olor de Ian de su piel, se sirvió su whisky ritual que ya casi no sentía bajar por su garganta de tantas veces que había repetido.

Se sentó en su sofá mirando las luces de Seúl brillar indiferentes al otro lado de su ventana, y pensó en cómo su vida se había dividido tan claramente en dos versiones de sí mismo.

Estaba el Jimin diurno, un ejecutivo exitoso, profesional impecable, amigo distante pero presente, ex esposo civilizado procesando un divorcio con la mínima cantidad de drama. Ese tipo funcionaba perfectamente en el mundo que había construido, cumpliendo cada expectativa con la precisión de una máquina bien calibrada.

Y luego estaba el Jimin nocturno, el que conducía a Mapo cada viernes con el corazón acelerándose de anticipación, el que pagaba por sexo con un trabajador sexual cuyo nombre real probablemente no era Ian pero que al menos conocía el suyo, el que había descubierto que le encantaba ser follado contra paredes mientras le jalaban el cabello y le daban nalgadas hasta que gritaba, el que escuchaba su propio nombre en la boca de Ian y pretendía que significaba algo más que profesionalismo.

Esos dos Jimins existían en universos paralelos que nunca se tocaban excepto en momentos como este, tarde en la noche en su apartamento vacío, cuando tenía que reconciliar quién era con quién pretendía ser.

Se terminó el whisky y fue a la cama, metiéndose bajo las sábanas frías que el servicio de limpieza había cambiado

esa mañana y que nunca se sentían tan bien como las sábanas arrugadas de la suite veintitrés.

Cerró los ojos deseando que el lunes llegara pronto. Reuniones a las nueve, presentación a las once, almuerzo con inversores a la una, revisión de portafolio a las tres, llamada con la oficina de Tokio a las cinco.

La semana comenzaría de nuevo, en prontitud.

Y él estaría listo para fingir que todo estaba perfectamente bien.



Jimin abrió los ojos a las 5:17 de la madrugada y supo instantáneamente que no volvería a dormirse.

No fue el despertar gradual y nebuloso de la mayoría de las mañanas. Más bien fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cabeza, encendiendo cada neurona de golpe hasta que estuvo completamente alerta.

La habitación estaba sumida en una oscuridad que se sentía demasiado densa. Solo la luz azul fría del despertador digital proyectaba números que parpadeaban con precisión mecánica: 05:17. Afuera, Seúl todavía dormía bajo un cielo que apenas comenzaba a pensar en aclararse. Ni siquiera el tráfico matutino había comenzado su sinfonía diaria de bocinas y motores.

Se quedó mirando el techo por un minuto completo que se estiró como una hora, respirando lenta y profundamente mientras intentaba obligar a su cuerpo a relajarse, a hundirse de vuelta en las sábanas y encontrar aunque fueran dos horas más de sueño antes de que la alarma sonara a las siete.

Fue completamente inútil.

Su mente ya estaba funcionando a toda velocidad, procesando, analizando y dando vueltas a pensamientos que no lo llevaban a ningún lugar productivo.

Decidió que seguir en la cama era solo prolongar la frustración innecesariamente. Se levantó, sintiendo cómo el aire frío de la habitación le erizaba la piel desnuda mientras apartaba las sábanas y ponía los pies en el suelo de mármol que siempre estaba helado sin importar la temperatura del apartamento.

Fue directamente al baño, encendiendo las luces que lo cegaron momentáneamente con su brillo. Se metió bajo la ducha sin esperar a que el agua se calentara, abriendo el grifo casi completamente hacia el lado frío. El impacto lo hizo jadear cuando golpeó su piel, robándole el aliento de los pulmones, pero finalmente terminó de despertarlo completamente, borrando cualquier rastro de somnolencia que pudiera haber quedado.

Se vistió con cuidado deliberado. Traje gris oscuro recién regresado de la tintorería con las líneas perfectamente planchadas, camisa blanca impecable que todavía tenía el plástico protector, la corbata azul marino de seda italiana que Soomin siempre decía que le quedaba perfecta, que hacía que sus ojos se vieran más oscuros y más intensos y más confiables.

Qué broma resultaba ahora.

Se miró en el espejo de cuerpo completo de su dormitorio cuando terminó.

Park Jimin, CEO de una firma de inversiones que manejaba miles de millones. Exitoso según cualquier métrica que la sociedad pudiera aplicar, controlado en cada movimiento y cada expresión, e impecable hasta el último detalle visible.

Nadie vería las grietas que se expandían debajo de esa superficie pulida como telarañas en vidrio a punto de romperse.

A las 5:52 ya estaba en el ascensor privado de su edificio, bajando los treinta y dos pisos hacia el garaje subterráneo mientras música clásica instrumental sonaba suavemente desde los altavoces ocultos.

Llegó a la oficina a las 6:27 de la mañana, conduciendo el Porsche por calles que todavía estaban prácticamente vacías, excepto por los camiones de reparto y algunos taxis nocturnos regresando de sus últimos viajes.

El edificio corporativo estaba en ese estado extraño entre la noche y el día, con solo el personal de limpieza pasando aspiradoras industriales por los pasillos del vestíbulo principal. El sonido sordo del motor resonaba en el espacio vacío de una manera que normalmente habría sido molesta pero que ahora Jimin apenas registraba. Subió al ascensor ejecutivo que solo paraba en ciertos pisos, marcando el código de seis dígitos que cambiaba cada semana, y cuando llegó al piso cuarenta y tres, vio que había dos analistas junior en sus cubículos del área abierta.

Probablemente llevaban ahí toda la noche, intentando impresionar a algún superior con su dedicación absurda, que Jimin sabía que era más producto de mala gestión del tiempo que de verdadero compromiso. Uno de ellos levantó la vista cuando Jimin pasó, sorprendido de ver al CEO a esa hora, y murmuró un saludo nervioso que Jimin devolvió con un asentimiento mínimo sin detenerse.

Entró a su oficina, encendió las luces que revelaron el espacio minimalista que había diseñado intencionalmente para no distraerlo, y encendió su computadora. Se sentó detrás del escritorio que había costado más que el salario anual de la mayoría de sus empleados, y simplemente trabajó.

Se enterró en números, proyecciones y análisis de mercado con una intensidad que bordeaba lo maniático. Respondió correos que habían llegado durante la noche desde oficinas en diferentes zonas horarias, revisó documentos que requerían su firma, preparó presentaciones para reuniones de la próxima semana. Cualquier cosa que lo mantuviera ocupado, cualquier cosa que llenara su cabeza con información que no fueran recuerdos de su realidad al llegar el fin de semana.

Soojin llegó a las ocho en punto exactamente como todos los días, puntual con una precisión que Jimin apreciaba porque significaba una variable menos que controlar. Se detuvo en el umbral de la puerta abierta con una taza de café humeante en una mano y su tablet en la otra, mirándolo con una expresión que mezclaba sorpresa y preocupación cuidadosamente contenida.

—¿Todo bien, señor Park? —preguntó mientras entraba y dejaba la taza de café sobre el posavasos de cristal en la esquina de su escritorio—. Llega temprano hoy. Muy temprano.

Jimin ni siquiera levantó la vista de la pantalla donde columnas de números bailaban frente a sus ojos que ya ardían ligeramente de mirar la luz azul sin descanso.

—Todo perfecto —respondió con un tono que no invitaba a más preguntas—. Hoy quiero cerrar definitivamente el acuerdo con los inversores de Singapur y finalizar todos los números del trimestre antes del fin de semana. Sin excepciones ni retrasos.

Soojin asintió una vez, eficiente y sin comentarios adicionales. Había aprendido hacía mucho tiempo cuándo su jefe necesitaba conversación y cuándo solo necesitaba que ejecutara órdenes sin cuestionarlas.

Jimin trabajó sin parar durante horas que se fundieron unas con otras hasta que el tiempo dejó de tener significado más allá de los plazos que necesitaba cumplir. Canceló dos reuniones que consideró no urgentes después de revisar las agendas, una con el departamento de marketing sobre la campaña publicitaria del siguiente trimestre que podía esperar una semana más, y otra con recursos humanos sobre evaluaciones anuales de desempeño que francamente le importaban muy poco en este momento.

Respondió ciento doce correos electrónicos antes de las diez de la mañana, escribiendo respuestas breves y directas que iban al punto sin las florituras diplomáticas que normalmente incluiría. Hizo una serie de llamadas telefónicas cortas y eficientes, tres con inversores en Hong Kong que querían actualizaciones sobre el mercado inmobiliario, dos con el equipo legal en Singapur sobre cláusulas específicas del contrato, y una videoconferencia de exactamente diecinueve minutos con los abogados corporativos sobre la estructura fiscal de una adquisición pendiente.

A las 12:17 PM, Jimin cerró su laptop con un clic definitivo que resonó en la oficina silenciosa. Tenía absolutamente todo preparado y organizado no solo para el resto de la semana sino para la siguiente también. Cada documento que requería su firma había sido firmado y escaneado, cada email en su bandeja de entrada había sido respondido o delegado apropiadamente, cada decisión que esperaba su aprobación había sido tomada y comunicada.

Se quitó la corbata azul marino que de repente se sentía como una soga alrededor de su cuello, la dobló con el cuidado automático que venía de años de hábito arraigado, y la guardó en el cajón superior derecho de su escritorio junto a otras tres corbatas de respuesto que mantenía ahí para emergencias.

Se levantó sintiendo cómo sus músculos protestaban después de horas de estar sentado en la misma posición. Estiró el cuello hacia ambos lados escuchando las vértebras crujir con pequeños chasquidos que le dieron un alivio momentáneo de la tensión acumulada.

—Soojin —llamó mientras se asomaba por la puerta de su oficina hacia el escritorio de su asistente—. Salgo a comer. Si alguien pregunta por mí, diles que vuelvo a las dos.

—Por supuesto, señor Park —respondió ella sin levantar la vista de su propia pantalla—. Que disfrute su almuerzo.

Jimin tomó el Porsche del garaje subterráneo, conduciendo por la rampa en espiral que lo llevó de vuelta a la superficie donde la luz del mediodía lo cegó momentáneamente. Pero cuando llegó al nivel de la calle y tuvo que decidir hacia dónde dirigirse, descubrió que no tenía hambre de los restaurantes habituales donde almorzaba con otros ejecutivos, esos lugares caros y pretenciosos de Gangnam donde las conversaciones siempre giraban alrededor de mercados y fusiones y quién había cerrado qué trato.

En cambio, condujo sin un rumbo definido, dejando que el auto lo llevara por calles secundarias que normalmente evitaba porque eran menos eficientes para llegar a cualquier destino específico. Pasó por vecindarios residenciales donde la gente colgaba ropa en balcones y los niños jugaban en pequeños parques, y atravesó áreas

comerciales con tiendas pequeñas que vendían de todo, desde ferretería hasta ropa vintage.

Diez minutos después de salir de su oficina, vio un café resto pequeño en una esquina que nunca había notado a pesar de que probablemente había pasado cerca miles de veces. La fachada era modesta, solo ladrillos pintados de blanco con un letrero simple de madera que decía "Café Sora" en letras talladas a mano, las ventanas grandes, cuadradas y limpias como mejor podría ser.

Algo en ese lugar lo atrajo de una manera que no pudo explicar racionalmente. Aparcó el Porsche en doble fila porque no había otros espacios disponibles en esa calle estrecha, apagó el motor, y entró.

El local era genuinamente acogedor de una manera que los cafés de diseño en Gangnam intentaban replicar pero nunca lograban porque estaban tratando demasiado. Había mesas de madera oscura que mostraban las marcas del uso constante, paredes llenas de fotografías antiguas en blanco y negro de Seúl en los años sesenta y setenta cuando la ciudad todavía estaba reconstruyéndose, y una barra larga con taburetes altos tapizados en cuero que se veía cómodo en lugar de elegante.

Solo había cuatro clientes en todo el espacio, una pareja mayor compartiendo silenciosamente un almuerzo de sopa y arroz, un hombre solo leyendo el periódico impreso como si los smartphones nunca hubieran sido inventados, y una mujer joven escribiendo furiosamente en su laptop con audífonos puestos.

Una barista que aparentaba unos treinta y cinco años con un delantal verde oscuro y cabello recogido en una coleta práctica lo saludó con una sonrisa genuina.

—Bienvenido. ¿Prefiere mesa o barra?

—Mesa, por favor —respondió Jimin mientras escaneaba rápidamente el espacio—. Junto a la ventana si está disponible.

—Por supuesto. Siéntese donde guste.

Jimin eligió una mesa pequeña para dos junto al ventanal que daba a la calle, con una vista perfecta de la acera y el tráfico ocasional que pasaba. Cuando la barista se acercó con un menú laminado que había visto definitivamente mejores días, pidió un bibimbap tradicional porque parecía lo más seguro y un café americano solo porque era lo que siempre pedía.

Mientras esperaba que su comida llegara, sacó su teléfono del bolsillo interior de su chaqueta más por hábito que por necesidad real. Abrió el chat con Taehyung sintiendo una punzada de culpa al ver los últimos mensajes que había dejado sin responder durante días.

Era hora de dejar de ser un amigo de mierda.

Escribió sin permitirse pensarlo demasiado porque si lo hacía, encontraría una excusa para posponerlo.

Jimin: "*¿Qué día te viene bien para ir a ese bar de Jongno que mencionaste hace semanas?*"

La respuesta llegó casi inmediatamente, tan rápido que Jimin supo que Taehyung había estado con el teléfono en la mano.

Taehyung: "*¿¿AL FIN TE ANIMAS?? Honestamente pensé que nunca ibas a dar ese paso y que solo estabas siendo educado cuando dijiste que tal vez. El sábado que viene hay una fiesta decente, entrada gratis antes de las once, música buena que no es lo genérico de mierda de todos lados, gente normal que no va a juzgarte. Nada intimidante lo prometo, te va a gustar.*"

Jimin: "Okay. Sábado entonces. Lo confirmo oficialmente."

Taehyung: "*PERFECTO. Te paso la dirección exacta después del trabajo con todos los detalles. Y trae ganas de mover el culo porque yo no voy a dejarte esconderte en una esquina oscura toda la noche como un adolescente tímido en su primer baile escolar.*"

Jimin sonrió genuinamente a la pantalla por primera vez en días mientras comenzaba a escribir una respuesta apropiadamente sarcástica.

En ese preciso momento, la campanilla sobre la puerta de entrada sonó con un tintineo alegre que cortó a través del murmullo bajo de conversaciones.

Jimin levantó la vista automáticamente hacia el sonido, una reacción instintiva que todos los humanos comparten.

Un niño entró al café.

De unos siete u ocho años como mucho, pequeño para su edad, probablemente según los estándares de crecimiento que Jimin recordaba vagamente de conversaciones con Soomin sobre hijos que nunca tuvieron. Tenía ojos intensos que eran increíblemente expresivos, del tipo que parecían absorber absolutamente todo a su alrededor con una curiosidad sin filtros. Su cabello negro estaba ligeramente despeinado, como si se hubiera vestido con prisa esa mañana o como si simplemente no le importara mucho. Llevaba una camiseta azul celeste que estaba limpia pero vieja, el cuello estirado y deformado de tanto uso y tantos lavados.

Sus pantalones grises escolares tenían parches cuidadosamente cosidos en ambas rodillas, el tipo de reparación que alguien había hecho a mano con paciencia en lugar de simplemente comprar pantalones nuevos.

Pero fueron las zapatillas las que realmente capturaron la atención de Jimin de una manera que hizo que algo en su pecho se apretara incómodamente.

Estaban completamente destrozadas de una manera que iba más allá del desgaste normal. Los bordes de la tela rasgados exponiendo el material acolchado del interior, los cordones estaban deshilachados hasta el punto de que algunos estaban completamente rotos y habían sido anudados torpemente para mantener suficiente longitud como para atarlos, la suela de goma estaba casi completamente separada de la parte superior en varios lugares, manteniéndose unida con lo que parecía ser cinta adhesiva gris que ya estaba despegándose y acumulando suciedad.

Ningún niño debería estar usando zapatos en ese estado.

La barista sonrió ampliamente cuando lo vio, su expresión iluminándose con un afecto genuino que no podía ser fingido.

—¡Jun-ah! —exclamó con la familiaridad cariñosa de alguien que conocía bien al niño—. ¿Cómo estás hoy, pequeño? ¿Todo bien en la escuela?

El niño se detuvo y se inclinó en una reverencia perfectamente ejecutada.

—Buenos días, noona —respondió con una claridad y respeto que eran impresionantes para su edad—. Estoy bien, muchas gracias por preguntar. ¿Y usted cómo está hoy?

—Muy bien, cariño. Gracias por preguntar.

El niño caminó directamente hacia la barra, pasando junto a la mesa de Jimin en el proceso. Mientras pasaba, giró la cabeza y miró a Jimin directamente a los ojos sin un ápice de la timidez que la mayoría de los niños muestran con extraños.

—Buenos días, señor —dijo con la misma cortesía formal que había usado con la barista, haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

Jimin se quedó ligeramente descolocado por un segundo, su mensaje a Taehyung quedando abandonado a medio escribir y completamente olvidado.

—Buenos días —logró responder automáticamente, sintiendo cómo una sonrisa pequeña aparecía en su rostro sin que pudiera evitarla. Había algo encantador en la formalidad seria de ese pequeño.

El niño continuó hasta la barra donde la barista ya tenía preparadas dos bandejas de plástico transparente cuidadosamente envueltas en papel film. La condensación visible en el interior del plástico indicaba que la comida todavía estaba caliente, probablemente recién preparada minutos antes de que el niño llegara.

—Aquí tienes, Jun-ah —dijo la mujer con una ternura casi maternal mientras empujaba las bandejas a través del mostrador—. Pollo teriyaki con arroz integral para tu papá, como siempre le gusta. Y kimchi jjigae con extra de tofu para ti porque sé que es tu favorito. Ten mucho cuidado porque el jjigae todavía está caliente.

—Muchísimas gracias, noona —respondió el niño con una seriedad que parecía desproporcionada para su edad—. Que tenga una muy buena jornada.

Tomó ambas bandejas con sus dos manos pequeñas, balanceándolas con el cuidado y la habilidad de alguien que claramente hacía esto con frecuencia. Hizo otra reverencia perfecta que habría impresionado incluso a los maestros de etiqueta más estrictos, y se giró para dirigirse hacia la puerta.

Al pasar nuevamente junto a la mesa de Jimin, el niño se detuvo brevemente.

—Buen provecho, señor —dijo con total naturalidad y una sinceridad que era imposible de falsificar.

Jimin bajó el tenedor que acababa de levantar de la mesa pero que todavía no había usado porque su comida había llegado justo cuando el niño entraba.

—Gracias —respondió, sintiendo algo extraño y cálido expandirse en su pecho—. A ti también. Que disfrutes tu comida.

—Muchas gracias, señor.

El niño ya había dado dos pasos hacia la puerta, casi alcanzando la salida, cuando Jimin habló sin realmente planear hacerlo, las palabras saliendo antes de que su cerebro procesara completamente la decisión que estaba tomando.

—Espera un segundo, por favor.

El pequeño se detuvo inmediatamente con una obediencia que sugería que estaba acostumbrado a seguir instrucciones de adultos. Se giró para mirar a Jimin con esos ojos grandes y curiosos, las bandejas todavía balanceadas cuidadosamente en sus manos.

Jimin sacó su billetera de cuero del bolsillo interior de su chaqueta. La abrió y extrajo cinco billetes de cincuenta mil wones sin realmente contarlos porque sabía exactamente cuánto dinero llevaba siempre. Doscientos cincuenta mil wones en total. Los dobló por la mitad con movimientos precisos y se los extendió a través de la mesa.

—Toma esto —dijo mientras observaba la expresión del niño cambiar a una de shock absoluto—. Para unas zapatillas nuevas. Las que tienes puestas se ven muy gastadas y deberías tener algo mejor para la escuela.

Los ojos del niño se abrieron tan enormemente que Jimin pudo ver su propio reflejo en ellos, dos versiones diminutas de sí mismo mirándolo de vuelta desde esas pupilas dilatadas de sorpresa.

El niño rápidamente acomodó ambas bandejas de comida en el hueco de un brazo, presionándolas contra su pecho pequeño con la habilidad innata. Con la mano libre tomó el dinero con dedos que temblaban ligeramente.

Y entonces se inclinó, profundamente. Una reverencia de casi noventa grados completos que hizo que Jimin temiera por un segundo que fuera a dejar caer las bandejas de comida.

—¡Muchísimas gracias, señor! —exclamó, y su pequeña voz estaba temblando con una emoción que era completamente genuina y sin filtros—. ¡De verdad, de verdad, de todo corazón, muchísimas gracias! ¡Esto es demasiado generoso!

Jimin sintió algo cálido y suave expandirse en su pecho, llenando espacios que no sabía que estaban vacíos. Era una sensación que no había experimentado en mucho tiempo, tal vez años. Algo parecido a satisfacción genuina que no venía de cerrar un trato o de ganar dinero sino de hacer algo bueno sin esperar nada a cambio.

—No hay de qué en absoluto —respondió con una suavidad que sorprendió incluso a él mismo al tratarse de un niño—. Cuídate mucho, ¿sí? Y ten cuidado al cruzar las calles. Siempre mira a ambos lados dos veces.

El niño sonrió entonces, y fue como si alguien hubiera encendido una luz en la habitación. Una sonrisa enorme y brillante que ocupaba toda su cara, mostrando todos sus dientes donde algunos faltaban y otros estaban creciendo todavía en diferentes etapas. Una sonrisa de pura felicidad infantil sin complicaciones ni segundas intenciones.

Guardó el dinero cuidadosamente en el bolsillo delantero de sus pantalones grises, asegurándose de que estuviera bien dentro y no pudiera caerse, presionando con la

palma de su mano para confirmarlo.

—¡Que tenga un muy, muy buen día, señor! ¡Que le vaya excelente en todo!

Y salió corriendo hacia la puerta con esa energía ilimitada que solo los niños parecen poseer, sujetando las bandejas contra su pecho pequeño con ambos brazos.

Jimin lo observó, todavía sonriendo de una manera que hacía que los músculos de su cara se sintieran extraños porque había estado tanto tiempo sin usar esa expresión genuinamente. Algo en su interior se había ablandado de una forma que no sabía que era posible.

El niño llegó a la puerta de vidrio, la empujó con su hombro porque sus manos estaban completamente ocupadas sosteniendo las bandejas, y salió a la acera donde el sol del mediodía brillaba con fuerza.

Jimin lo siguió con la mirada a través del ventanal casi sin pensar, solo disfrutando el efecto residual de haber hecho algo bueno. Tomó su tenedor nuevamente, finalmente listo para comer su bibimbap que estaba perfectamente preparado con todos los vegetales dispuestos en un patrón colorido alrededor del huevo.

Desde dentro, no pudo evitar seguir con la mirada al pequeño. Vió cómo se acercaba a un hombre que estaba apoyado contra un poste de señalización de tráfico en la acera opuesta, casi directamente frente al café.

El hombre llevaba una chaqueta azul marino que estaba claramente desgastada por el uso constante, el tejido gastado en los puños donde se frotaba contra las muñecas, el color desvanecido por incontables lavadas hasta convertirse en un azul apagado que alguna vez había sido vibrante. Un bucket hat de color negro cubría su cabeza, ladeado de tal forma que su cabello negro ligeramente ondulado caía parcialmente sobre su rostro.

El niño extendió una de las bandejas hacia él con ambas manos pequeñas, ofreciéndola como si fuera un tesoro. Y entonces también le extendió el fajo de billetes que Jimin acababa de darle, sosteniéndolo con cuidado.

El hombre se agachó para tomar ambas cosas, sus rodillas doblándose mientras descendía a la altura del niño. Se movió ligeramente, inclinándose hacia un lado.

Y Jimin vio su perfil completamente.

Ese ángulo de mandíbula, ese perfil, esos pómulos altos, esos labios.

El tenedor cayó de sus dedos entumecidos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. El metal chocó contra el plato de cerámica con un ruido seco que resonó en el café silencioso como un disparo, haciendo que la pareja mayor levantara la vista brevemente antes de volver a su comida.

Era Ian.

No alguien que se parecía a Ian. No su imaginación jugándole trucos después de noches sin dormir apropiadamente.

Era Ian.

"No puede ser", pensó Jimin mientras su cerebro intentaba procesar información que se negaba a tener sentido. *"No puede ser. Es imposible. No puede ser él."*

Pero era.

Cada línea de su rostro estaba grabada en la memoria de Jimin con una precisión fotográfica que venía de haberlo observado obsesivamente durante semanas. La forma exacta de su nariz, la curva de su labio inferior, la manera en que su cabello caía sobre su frente.

Ian contó los billetes rápidamente con dedos experimentados que conocían el tacto del dinero mejor que la mayoría, sus ojos moviéndose sobre cada billete mientras los separaba. Su ceño se frunció cuando procesó la cantidad total, demasiado dinero para ser una propina casual de un extraño a un niño. Demasiado específico, y demasiado generoso para no significar algo.

Levantó la cabeza lentamente, como si algo en su instinto le dijera que había alguien observando.

Sus ojos grandes y oscuros, esos mismos ojos que Jimin había memorizado sin darse cuenta durante todos sus encuentros, se encontraron directamente con los suyos a través del cristal del ventanal.

Por un segundo completo que se estiró como una eternidad congelada, ninguno de los dos se movió.

El mundo entero pareció detenerse. El sonido del café desapareció, las otras personas dejaron de existir.

Solo existían esos dos pares de ojos conectados a través del vidrio.

Entonces la expresión de Ian cambió tan completamente y tan instantáneamente que fue como ver a una persona diferente materializarse en el mismo cuerpo.

Pánico absoluto y sin disfrazar. Sus ojos se abrieron de par en par hasta que el blanco era visible todo alrededor del iris oscuro, su boca se entreabrió ligeramente en shock, el aire escapando en lo que probablemente fue una exhalación ahogada. Luego, genuina vergüenza.

Ian guardó los billetes en el bolsillo de su chaqueta con movimientos bruscos y casi frenéticos, empujándolos profundamente sin doblarlos apropiadamente. Tomó la mano del pequeño y comenzó a caminar.

Rápido.

Casi corriendo pero no completamente para no llamar la atención.

Alejándose por la calle lateral en dirección opuesta al café, girando en la primera esquina disponible, desapareciendo entre los peatones de mediodía y los coches estacionados que bloqueaban la vista.

Desapareciendo como si nunca hubiera estado ahí.

Jimin se quedó completamente congelado en su asiento, incapaz de procesar lo que acababa de ver.

Su boca estaba ligeramente abierta, su mandíbula aflojada de shock. Sus ojos permanecían fijos en el lugar vacío en la acera donde Ian había estado parado segundos antes, como si mirarlo con suficiente intensidad pudiera hacer que reapareciera mágicamente. Su corazón latía tan fuerte y tan violentamente en su pecho que le dolía físicamente, cada latido como un golpe de martillo contra sus costillas que le robaba el aire de los pulmones, un zumbido extrañamente ensordecedor en sus oídos.

El bibimbap se quedó intacto frente a él, el huevo todavía sin mezclar con el arroz y los vegetales, enfriándose lentamente mientras perdía su textura perfecta.

El café americano perdió gradualmente su calor, volviéndose tibio.

Y Jimin solo podía pensar en una cosa.

Una sola cosa que repetía una y otra vez en su cabeza como un disco rayado atascado en el mismo surco.

El niño... Ian y... "papá".

No había sido un error de audición. No había sido su imaginación inventando cosas. La barista había dicho claramente "*para tu papá*" al entregar la comida.

"Papá..."

Ian tenía un hijo.

Ian era padre.



Comienza la segunda etapa de ésta historia 💙

Muchísimas gracias por leer 🧑🌟



Se quedó sentado en esa mesa junto a la ventana después de que el bibimbap se enfriara por completo. La barista pasó dos veces junto a él con expresión preocupada pero sin atreverse a interrumpir lo que fuera que estuviera procesando ese hombre de traje caro que parecía haberse congelado en su asiento.

"Ilan, ilan, ilan."

Y ese pequeño llamado Jun.

Todo este tiempo, cada encuentro bajo la farola amarillenta, cada noche en la suite veintitrés, cada conversación entre cigarrillos y sábanas revueltas, ilan había sido padre de un niño pequeño con zapatillas destrozadas que se sostenían juntas con cinta adhesiva y modales perfectos que hablaban de una crianza cuidadosa a pesar de la pobreza evidente.

"¿Por qué no lo había mencionado nunca?"

La pregunta apareció en su mente con una ingenuidad que inmediatamente reconoció como absurda. Por supuesto que no lo había mencionado. ¿Por qué lo haría? No era ese tipo de arreglo. ilan lo había dejado claro desde el principio cuando Jimin había intentado hacer preguntas personales.

Pero aun así, algo en el pecho de Jimin se retorció incómodo con el conocimiento que ahora poseía. Todo el dinero que había estado pagando por sexo, cada billete extra que había añadido a los sobres blancos, había estado yendo directamente a mantener a ese niño que acababa de conocer sin saber quién era realmente.

Sacudió la cabeza intentando despejar los pensamientos que se acumulaban como una tormenta, y finalmente se obligó a moverse porque quedarse sentado más tiempo solo atraería más atención no deseada. Levantó la mano para llamar a la barista, pagó dejando una propina generosa sin siquiera mirar el monto total porque los números no importaban cuando su cerebro estaba ocupado reproduciendo una y otra vez el momento en que los ojos de ilan se habían encontrado con los suyos a través del vidrio, y salió a la calle donde el mundo seguía moviéndose indiferente a su crisis personal.

La gente pasaba apurada en ambas direcciones, solo moviéndose con propósitos que Jimin no podía comprender en este momento. Miró a ambos lados de la calle con una urgencia, girando completamente sobre sus talones para revisar detrás de él como si ilan y Jun pudieran haberse materializado mágicamente en los minutos que había tardado en salir del café.

No había ni rastro del niño, ni rastro del hombre que era su padre y que también era ilan, el trabajador sexual que Jimin había estado pagando durante semanas. Desaparecidos como si nunca hubieran estado ahí, como fantasmas que solo existían cuando Jimin no estaba prestando suficiente atención.

El resto del lunes fue un desastre absoluto que Jimin navegó como un sonámbulo.

Llegó a la oficina visiblemente desaliñado, con el cabello todavía desordenado de haberse pasado las manos por él obsesivamente durante el trayecto de vuelta, la corbata ligeramente torcida, los ojos con esa mirada distante que delataba que su mente estaba en cualquier lugar menos en el presente.

Soojin estaba en su escritorio cuando pasó frente a ella sin el saludo habitual. Levantó la vista de su computadora y sus ojos se agrandaron mientras sus cejas se alzaron en una expresión que mezclaba interés con preocupación real. El impecable Park Jimin, el CEO que nunca mostraba una arruga fuera de lugar, ¿llegando así en hora pico de la tarde?

—¿Señor Park? ¿Está todo bien? ¿Necesita que cancele algo de su agenda?

—Estoy bien —cortó sin detenerse ni hacer contacto visual, caminando directo hacia su oficina privada con pasos que eran más rápidos de lo habitual.

Entró, cerró la puerta detrás de él con más fuerza de la necesaria, y se quedó de pie en medio de la habitación respirando como si acabara de correr un maratón. Como si le faltara el aire. Como si las paredes de vidrio y concreto se estuvieran cerrando lentamente a su alrededor, comprimiéndolo hasta que no quedara espacio para respirar apropiadamente.

A las tres de la tarde tenía reunión programada con el equipo financiero sobre las proyecciones finales del acuerdo de Singapur, números que había revisado y memorizado durante semanas. Pero cuando llegó el momento de presentar las cifras críticas, confundió dos cantidades fundamentales del informe, intercambiando millones por miles y creando una discrepancia de proyección de casi tres por ciento que habría costado a la firma una cantidad obscena de dinero si alguien no lo hubiera notado inmediatamente.

Tuvo que disculparse frente a doce personas que lo miraban con expresiones que oscilaban entre preocupación genuina y confusión absoluta, porque Park Jimin no cometía errores de ese calibre, Jimin de apellido Park era precisión y control personificados.

Seunwoo, sentado a su derecha en la mesa larga de conferencias, se inclinó ligeramente hacia él mientras los demás discutían los números corregidos en tonos preocupados.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó en un susurro bajo que solo Jimin podía escuchar—. No te ves bien. Parece que viste un fantasma o algo así. ¿Necesitas que terminemos esto temprano?

Jimin no contestó con palabras, solo asintió mecánicamente mientras mantenía la mirada fija en los documentos frente a él que podrían haber estado en mandarín antiguo por todo el sentido que hacían para su cerebro sobrecargado. Pidió que continuaran con el siguiente punto de la agenda con una autoridad fingida que se sentía hueca incluso para él.

El martes por la mañana, Jimin llegó a su oficina temprano pero no para trabajar.

A las 12:37 en punto, salió sin explicaciones a Soojin y condujo directamente al café donde había visto a Ian y Jun apenas veinticuatro horas antes.

Pidió un café americano solo sin azúcar, sin nada más que suavizara el amargor que de todas formas no iba a saborear. Se sentó exactamente en la misma mesa junto a la ventana donde había estado, en la misma silla, mirando por el mismo vidrio como si eso pudiera invocar una repetición de los eventos.

Y esperó.

Dos horas completas transcurrieron mientras observaba cada persona que entraba al café con una intensidad que probablemente rayaba en lo inquietante.

Ni Ian con su gorra negra y su postura casual, ni su pequeña versión tan educada. Ni nadie remotamente parecido a ninguno de los dos cruzó esa puerta o pasó por esa ventana.

El miércoles, la situación empeoró, cruzando la línea de la preocupación hacia algo que se parecía peligrosamente a obsesión.

Volvió tres veces al mismo café, cada visita más desesperada que la anterior.

A las once de la mañana, justo cuando abrían las puertas, pidió té verde que dejó enfriarse sin tocarlo mientras esperaba hasta la una de la tarde, a las tres de la tarde regresó, pidió un sándwich que nunca desenvolvió y que quedó intacto en su plato mientras esperaba hasta las cinco, a las seis, justo antes de que cerraran, llegó una vez más y pidió otro café que la barista le sirvió con una expresión que había pasado de la preocupación maternal a algo parecido a sospecha.

Nada.

Nadie.

Solo el paso interminable de extraños que no eran las personas que necesitaba ver.

El jueves, cuando llegó al café con la misma determinación que había desarrollado, encontró un letrero en la puerta que decía simplemente "CERRADO", sin más explicación.

"*Qué extraño*", pensó mientras escrutaba el letrero como si las letras pudieran reorganizarse y revelar información adicional si las miraba con suficiente intensidad. El café nunca cerraba los jueves según el horario que había memorizado de la pequeña placa junto a la puerta.

Jimin se quedó parado frente a la puerta metálica bajada durante casi treinta minutos bajo la lluvia ligera que había comenzado a caer, empapando lentamente su traje caro mientras sus manos permanecían hundidas en los bolsillos. Aun mirando fijamente el letrero, como si la concentración pura pudiera cambiar la realidad, como si desear lo suficientemente fuerte pudiera hacer que las luces se encendieran y la puerta se abriera.

Hasta que un vecino mayor salió al balcón del segundo piso, un hombre de unos sesenta años con camiseta sin mangas que revelaba brazos tatuados y pantuflas de felpa incongruentes con su expresión amenazante.

—¡Ey! ¡Tú, el de ahí abajo! —gritó con un tono que no admitía argumentos, haciéndolo girar rápidamente en su dirección con expresión curiosa y casi asustada—. ¡Lárgate de una vez! ¡Llevas ahí parado media hora y estás asustando a la gente del edificio! ¡Te estamos vigilando!

Jimin se aclaró de garganta y se fue, finalmente, porque quedarse más tiempo solo empeoraría una situación que ya había cruzado varios límites de lo apropiado.

El viernes regresó a las 12:14 de la tarde, y esta vez el café estaba abierto nuevamente sin ninguna explicación sobre el cierre del día anterior. La barista lo reconoció instantáneamente en el momento en que cruzó la puerta, y algo en su expresión se endureció de una manera que no había estado ahí en sus visitas anteriores. Era la mirada de alguien que había identificado un problema potencial y estaba decidiendo cómo manejarlo.

Jimin pidió un café solo con la misma cortesía automática que siempre usaba, y esperó pacientemente junto a la barra hasta que no hubiera otros clientes esperando sus órdenes. Entonces se acercó más, con el vaso caliente entre sus manos, usando el calor como ancla a la realidad.

—Disculpe... —comenzó, eligiendo cada palabra con un cuidado deliberado—. El niño que viene a veces a recoger comida. Jun, creo que se llama. ¿Viene todos los días a esta misma hora?

La mujer limpiaba metódicamente una taza de cerámica con un trapo blanco, frotando en círculos que parecían más una forma de ganar tiempo que una necesidad real de limpieza. No levantó la vista inmediatamente, manteniéndose enfocada en su tarea con una intensidad que claramente era intencional.

—Es un buen niño —dijo finalmente después de un silencio que se estiró incómodo, su tono cuidadosamente neutral pero con algo protector vibrando debajo—. Muy educado, respetuoso. Su padre es un hombre excelente, y Jun es un niño feliz, sano.

El corazón de Jimin se aceleró al escuchar la confirmación de que estaban hablando de la misma persona, de que Jun era real, hijo de Ian, y no una alucinación producida por su crisis mental.

—El lunes pasado le di dinero —explicó rápidamente, las palabras saliendo atropelladas en su urgencia—. Para unas zapatillas nuevas porque las que tenía estaban destruidas. Solo quiero saber si está bien, si necesita más ayuda con otras cosas. Puedo ayudar más si hace falta, con lo que necesite.

La barista finalmente dejó la taza sobre el mostrador con un golpe definitivo que resonó en el espacio silencioso del café, como un juez martillado un caso. Lo miró directamente por primera vez en toda la conversación, y había un cansancio profundo en sus ojos que hablaba de haber visto demasiadas situaciones complicadas. Y desconfianza bien ganada a través de experiencias que probablemente no eran agradables.

—Mucha gente dice exactamente eso —respondió con un tono plano que eliminaba cualquier emoción—. Que quieren ayudar, que se preocupan por el niño... Y entonces empiezan a preguntar demasiadas cosas que no les corresponden. Empiezan a aparecer demasiado seguido, empiezan a causar problemas que esa familia no necesita. Por favor deja a ese niño tranquilo.

Jimin abrió la boca para protestar, para explicar que él era diferente, que realmente quería ayudar sin segundas intenciones, que solo necesitaba saber que estaban bien después de haber visto el pánico en los ojos de Ian.

Pero ella ya se había volteando para atender al siguiente cliente que acababa de entrar, un hombre de negocios que pedía un café con leche para llevar. La conversación había terminado de una manera que no dejaba espacio para más preguntas sin convertirse en acoso evidente.

Jimin se fue del café dejando el vaso del suyo intacto en una mesa vacía junto a la puerta, el líquido oscuro todavía humeando ligeramente en el aire frío.

Durante toda esa semana en la oficina, Jimin se había convertido en la sombra de sí mismo que funcionaba en piloto automático. A pesar de que el lunes había dejado todo perfectamente organizado y bajo control para al menos dos semanas completas, todavía había reuniones necesarias que requerían su presencia física y su participación activa. Y cada una de esas reuniones revelaba lo mucho que estaba distraído, perdido en una nube mental que no podía disipar sin importar cuánto lo intentara.

Soojin comenzó a aparecer en su oficina con café que él no había pedido, dejándolo en su escritorio con comentarios sutiles sobre lo importante que era mantenerse hidratado y

alerta. Ella sabía que algo estaba terriblemente mal con su jefe normalmente impecable, pero había aprendido hacía mucho tiempo que presionar por detalles solo haría que Jimin se cerrara más.

Taehyung le envió un mensaje el viernes por la tarde, su tono en el texto oscilando entre casual y genuinamente preocupado.

Taehyung: *"Oyeee, solo para recordarte que mañana es el sábado que confirmamos para ir al bar en Jongno. ¿Sigues disponible o necesitas cancelar otra vez?"*

Jimin: *"Claro que voy. No lo olvido."*

Taehyung: *"Oye, Jimin. Ahora que de milagro respondes, ¿qué carajos anda pasando contigo últimamente? Y no quiero que me inventes alguna excusa corporativa. ¿Es el trabajo? ¿Soomin te está jodiendo otra vez con el divorcio? ¿Minji no te deja en paz?"*

Jimin miró la pregunta en su pantalla durante casi cinco minutos completos antes de responder, sus dedos suspendidos sobre el teclado mientras intentaba decidir cuánta verdad podía revelar sin revelar todo.

Jimin: *"Me enteré de algo el lunes. Algo que creo que no debía saber. Me tiene bajo un estrés que no puedo aún entender."*

Taehyung: *"¿Algo o alguien específicamente?"*

Jimin: *"Tae, te cuento mañana cuando nos veamos. Prefiero que hablemos de esto cara a cara en lugar de por mensajes, me estresa más."*

Taehyung: *"Está bien, respeto eso. Y gracias por confiar en mí, Jimin. Sea lo que sea, sabes que no te voy a juzgar por nada."*

Jimin dejó de contestar después de eso, dejando el teléfono boca abajo sobre su escritorio y no lo revisó durante el resto del día laboral porque cada notificación se sentía como una demanda de atención que no tenía la energía de satisfacer.

Ese viernes por la tarde se desató una lluvia torrencial desde las cinco, transformando las calles de Seúl en ríos temporales. El cielo se había oscurecido prematuramente bajo nubes negras que bloqueaban completamente cualquier rastro del sol, creando una penumbra que hacía que pareciera mucho más tarde de lo que realmente era.

Jimin salió de la oficina exactamente a las siete de la noche, ni un minuto antes ni después, había estado mirando el reloj obsesivamente durante las últimas dos horas. Condujo directo hacia las afueras de la ciudad en dirección a Mapo, hacia esa calle que ya conocía de memoria después de semanas de visitas nocturnas, con el corazón latiéndole cada vez más fuerte con cada kilómetro que se acercaba.

Llegó a las 7:43 de la noche según el reloj digital del tablero de su Porsche.

Ian no estaba en su esquina habitual.

El poste metálico estaba vacío, la luz parpadeando débilmente en la oscuridad creada por la tormenta pero sin nadie apoyado contra él. Nadie fumando, nadie esperando a clientes potenciales. Solo un espacio vacío que se burlaba de las expectativas de Jimin.

Dio dos vueltas lentas con el Porsche, conduciendo lento mientras ignoraba los bocinazos irritados de otros conductores que querían pasar. Revisó cada centímetro de esa calle, cada

esquina, cada entrada de motel, cada figura que pudiera ser Ian.

Pero sólo respondía la lluvia golpeando contra el parabrisas, haciendo que todo se viera borroso y distorsionado.

Finalmente aparcó en el mismo lugar de siempre, apagó el motor, y bajó del auto sin siquiera preocuparse por el traje caro que se arruinaría. La llovizna comenzó a humedecerlo inmediatamente, pesado, hasta que su ropa se adhirió a su piel como una segunda capa incómoda.

Había cuatro o cinco personas refugiándose bajo los toldos de los moteles baratos, protegiéndose de la tormenta con expresiones de resignación de quienes sabían que esta noche no habría mucho trabajo.

Jimin se acercó al primero que vio, un chico joven que no aparentaba más de veinte años, con capucha gris oscura cubriéndole la cabeza y jeans negros ajustados que se le pegaban a las piernas por la humedad. Estaba fumando un cigarrillo mientras la otra sostenía su teléfono.

—Buenas noches. Disculpa la molestia —comenzó Jimin, intentando sonar casual a pesar de su aspecto—. ¿Conoces a alguien que trabaja aquí llamado Ian? ¿Lo has visto esta noche?

El chico lo miró de arriba abajo con una expresión evaluadora que claramente estaba catalogando cada detalle de su vestimenta, desde el traje que probablemente costaba más que el alquiler mensual de la mayoría de la gente, hasta los zapatos Oxford de cuero que se estaban arruinando con el agua, y el reloj Rolex que brillaba incluso bajo la luz tenue.

—¿Quién? —respondió con desinterés fingido mientras volvía su atención a la pantalla de su teléfono—. No conozco a nadie con ese nombre.

—Alto, complexión delgada pero atlética. Cabello negro ondulado, un poco largo, y normalmente usa una gorra negra —Jimin vaciló apenas un segundo antes de agregar el detalle que sabía que era arriesgado—. Tiene un hijo pequeño.

El chico se encogió de hombros sin levantar la vista de su pantalla, claramente terminando la conversación unilateralmente.

—No sé de quién hablas, hermano. Aquí viene y va mucha gente, no me voy aprendiendo todos los nombres ni las historias de vida de nadie.

Jimin se movió al siguiente refugio improvisado, donde una mujer de unos veinticinco años temblaba visiblemente de frío a pesar del vestido rojo brillante que había elegido para atraer clientes. Estaba frotándose los brazos desnudos en un intento inútil de generar calor.

—Señorita, buenas noches... ¿Conoce a Ian? ¿Un hombre que trabaja por esta zona los fines de semana?

Ella negó con la cabeza sin hacer contacto visual, claramente más preocupada por el frío que por ayudar a un extraño con preguntas extrañas.

Preguntó a otra persona, a otra más. Y a otra después de esa, moviéndose sistemáticamente a través de cada figura que veía bajo los toldos, a cada trabajador sexual que estaba perdiendo dinero por culpa de la tormenta.

Nada productivo salió de ninguna de esas conversaciones. Nadie conocía ese nombre, o al menos nadie estaba dispuesto a admitir que lo conocían frente a un extraño adinerado que aparecía haciendo preguntas bajo la lluvia como si estuviera loco.

Una chica con un paraguas rojo brillante y botas altas de cuero negro finalmente lo miró con algo más que indiferencia, su expresión cruzando hacia el fastidio evidente.

—¿Para qué lo buscas exactamente? —preguntó con un tono que dejaba claro que sospechaba de sus motivaciones—. Porque vienes aquí empapado como idiota, preguntando por alguien específico, y eso normalmente significa problemas.

—Solo quiero hablar con él sobre algo importante —respondió Jimin, consciente de lo poco convincente que sonaba incluso para sus propios oídos—. No es nada malo. Solo necesito encontrarlo.

Ella soltó una risa corta que no contenía humor alguno, solo cinismo ganado a través de experiencias amargas.

—Sí, claro que sí. Solo quieres hablar —hizo comillas exageradas en el aire con los dedos que sostenían el paraguas—. Hasta que de repente quieren algo completamente diferente y entonces la persona termina en problemas que no necesitaba. Vete con tu organización incompetente.

Jimin suspiró sintiendo cómo la frustración se acumulaba en su garganta como algo físico, y siguió caminando bajo la llovizna húmeda, agobiante. Su cabello estaba completamente pegado a su frente, la camisa adherida a su piel hasta el punto de ser casi transparente.

Al final de la calle, casi en la esquina donde terminaba la zona iluminada por las farolas y comenzaba la oscuridad completa, había una mujer mayor sentada en un taburete de plástico rojo bajo un toldo particularmente deteriorado que goteaba en varios lugares.

Aparentaba unos sesenta años, con arrugas profundas alrededor de sus ojos y boca que hablaban de una vida difícil, y tenía un cigarrillo sin encender entre los labios.

Jimin se acercó con los últimos restos de esperanza que le quedaban después de tantos rechazos.

—Disculpe, buenas noches —dijo con toda la cortesía que pudo reunir a pesar de estar temblando de frío—. Estoy buscando a alguien que trabaja aquí, se hace llamar Ian. Conozco a su hijo, un niño pequeño llamado Jun. Son idénticos.

La mujer lo miró durante un momento largo y evaluativo, tomándose su tiempo para catalogar cada detalle desde los zapatos empapados hasta el cabello que goteaba húmedo. Sus ojos entrecerrados estudiaban a Jimin con una intensidad que sugería que estaba leyendo mucho más de lo que las palabras revelaban.

—¿Tienes fuego? —preguntó ella, observándolo aún con ojos entrecerrados.

Jimin asintió rápidamente, sacando un cipo cromado del interior de su chaqueta, uno que apenas había adquirido tras sus sesiones de post sexo y cigarrillos.

La mujer destapó con un clic metálico y encendió su cigarrillo rápidamente, una calada satisfactoria. Ella empujó con su dedo pulgar decorado con garra roja, otro clic resonó apagando la llama. Y se lo extendió a Jimin.

—Quédatelo... es tuyo, realmente no lo uso —murmuró Jimin, tragando saliva, esperando no haber vuelto a meter la pata.

Ella asintió, guardándolo dentro de su brasier sin más.

—Jeon no viene cuando el clima está así —dijo finalmente, con un tono neutral que había sido pulido por años de no revelar demasiado—. El niño se enferma fácil. Tiene pulmones débiles desde que nació, problemas respiratorios.

Algo se aflojó en el pecho de Jimin al escuchar esas palabras, no exactamente alivio sino información real, nueva después de días de vacío absoluto.

—¿Jeon? —repitió Jimin, grabando el nombre en su memoria con la misma intensidad con la que había memorizado cada detalle de su cuerpo.

La mujer asintió mientras calaba del cigarrillo y echaba rápidamente el humo por boca y nariz.

—Pero todos por aquí lo llamamos Ian. Así funciona.

Jimin dio un paso más cerca del toldo.

—¿Dónde puedo encontrarlo cuando no está trabajando aquí? ¿Tiene algún otro lugar donde suele estar? Necesito hablar con él sobre algo importante.

La mujer lo miró fijamente durante pocos segundos que se sintieron como una eternidad. Luego soltó una carcajada con restos de humo que era seca y áspera, terminando en una tos profunda que sacudió todo su cuerpo delgado bajo la ropa gastada que llevaba.

—Claro que no te voy a decir eso, ricachón —respondió cuando finalmente recuperó el aliento suficiente para hablar—. ¿Por quién me tomas? No soy estúpida. Vete a tu casa de lujo antes de que te enfermes también y tu dinero no sirva para nada. Aquí no hay nada para ti, esta noche ni ninguna otra noche si él no quiere que lo encuentres.

Jimin quiso insistir con una desesperación que podría hacerlo quedar más patético, sacar su billetera y ofrecer dinero, cantidades obscenas si era necesario, y literalmente suplicar de rodillas si eso hacía alguna diferencia.

Pero la expresión en el rostro de la mujer era final y absoluta, el tipo de firmeza que venía de años de proteger a las pocas personas en este mundo que consideraba dignas de protección.

Sólo suspiró y un "*Gracias*", apenas audible salió de sus labios, antes de retirarse.

Volvió al Porsche sudando frío, sintiendo cómo sus músculos temblaban incontrolablemente del frío que se había instalado en lo más profundo de su cuerpo. Abrió la puerta con dedos que apenas cooperaban, se dejó caer en el asiento de cuero, y encendió el motor con movimientos automáticos.

Puso la calefacción al máximo y el aire caliente comenzó a soplar desde las rejillas, pero no hacía nada para calentar el frío que sentía instalado en su ser.

Se quedó sentado ahí durante varios minutos, mirando cómo el parabrisas se empañaba gradualmente por la diferencia de temperatura entre el interior caliente y el exterior frío, creando patrones abstractos en el vidrio que se parecían peligrosamente a fantasmas.

Con un último suspiro resignado que salió tembloroso de su garganta apretada, puso el auto en marcha y condujo de vuelta a Gangnam con la ropa adherida incómodamente a su cuerpo. Sus manos temblaban sobre el volante, y no podía determinar con certeza si era del frío que había calado hasta sus huesos o de algo completamente diferente que no quería nombrar.

El apellido se repetía una y otra vez en su cabeza como un latido constante que marcaba cada segundo.

"Jeon. Ian es Jeon. Padre de Jun. El pequeño también es Jun Jeon."

Llegó finalmente a su apartamento después de un trayecto que se sintió simultáneamente demasiado corto y interminable. Se quitó la ropa en la misma entrada, dejando un rastro de prendas empapadas desde la puerta hasta el baño como migajas en un cuento de hadas oscuro.

Se metió directamente en la ducha sin siquiera esperar a que el agua se calentara, abriendo el grifo al máximo y dejando que el chorro abrasador golpeará su piel. Se quedó ahí de pie bajo el agua que caía sin misericordia, con los ojos cerrados con fuerza, y las manos apoyadas contra los azulejos blancos que siempre estaban fríos sin importar cuánto tiempo corriera el agua caliente.

Intentando procesar todo lo que había descubierto en los últimos días, tratando de entender qué significaba realmente, decidir qué debería hacer ahora que sabía.

Y fallaba miserablemente en cada detalle.

Por primera vez desde que todo esto había comenzado, desde aquella primera noche conduciendo por esa calle buscando algo sólo físico y efímero, desde su primer encuentro en la suite veintitrés, desde el primer beso que sabía a desesperación y mentiras necesarias, desde el primer momento en que había escuchado el nombre Ian, sintió con absoluta certeza que había cruzado una línea invisible pero definitiva.



Comenzamos con ésto ♥

El sábado llegó y Jimin abrió los ojos a las 7:04 de la mañana sin necesidad de alarma. La habitación todavía sumida en esa luz azul grisácea del amanecer que apenas comenzaba a filtrarse por las cortinas, el sol todavía temiendo mostrarse completamente.

Se quedó tumbado boca arriba durante un minuto completo, mirando el techo blanco. Era consciente de que intentar volver a dormirse sería completamente inútil, como cada vez que lo había intentado durante las últimas semanas cuando su mente se negaba a apagarse sin importar cuánto lo necesitara su cuerpo exhausto.

Su mente ya estaba completamente despierta, procesando información, planeando el día que tenía por delante con una claridad que chocaba violento con la confusión emocional que llevaba días arrastrando.

Se levantó con movimientos mecánicos, se duchó rápido bajo agua caliente que no logró penetrar el frío que sentía instalado en algún lugar más profundo que su piel, con movimientos automáticos que no requerían pensamiento consciente.

Al salir y terminar de secarse, se vistió con algo completamente diferente a su uniforme habitual de trajes perfectamente cortados.

Jeans oscuros que raramente usaba porque no tenía ocasión para ropa tan casual, un suéter beige de cachemira que había permanecido con las etiquetas puestas en su armario, y zapatillas blancas de cuero que solo había usado tres veces en total.

Se miró en el espejo de cuerpo completo de su dormitorio cuando terminó, y la persona que le devolvió la mirada no parecía el CEO de una empresa multimillonaria. Parecía una persona sencilla, alguien que podría pasar desapercibido en la calle sin que la gente girara la cabeza para evaluar su ropa cara o su reloj que costaba lo mismo que un auto nuevo.

"*Muy bien*". Eso era exactamente lo que necesitaba hoy.

Tomó las llaves del Porsche del mueble junto a la puerta, y salió del apartamento sin desayunar.

Su primera parada fue el café inicial, ese lugar pequeño y acogedor que ahora ocupaba demasiado espacio en sus pensamientos.

Llegó a las 8:37 de la mañana cuando el sol finalmente había decidido aparecer apropiadamente, bañando las calles en luz dorada que hacía que todo se viera más limpio de lo que realmente era.

La misma barista estaba detrás del mostrador preparando la máquina de espresso para el día, llenando los contenedores con granos recién molidos que perfumaban todo el espacio. Cuando lo vio entrar, sus hombros se tensaron visiblemente de una manera que no pudo ocultar, incluso mientras mantenía su expresión profesional y neutral. Suspiró con un cansancio evidente que hablaba de haber tenido esta conversación demasiadas veces.

—¿Otra vez usted? —preguntó, y no era realmente una pregunta sino una constatación resignada—. ¿Qué va a ordenar hoy? Por favor que sea solo café y no más preguntas sobre el pequeño Jun.

Jimin se acercó a la barra con pasos medidos, sintiendo cómo cada centímetro de distancia que cruzaba aumentaba la tensión. Apoyó ambas manos sobre la superficie de madera pulida.

—Solo le pido amablemente que me ayude si realmente el niño y su padre le importan —dijo con toda la calma que pudo reunir, eligiendo cada palabra cuidadosamente—. Quiero ayudarlos, a Jun y a su papá. Solo asegurarme de que tengan lo que necesitan, que estén bien. No tiene que decirme dónde viven ni nada invasivo, solo si hay alguna forma en que pueda ayudar.

Ella negó con la cabeza lentamente sin dejar de limpiar la máquina con un trapo húmedo, frotando las mismas superficies que probablemente ya estaban impecables.

—Ya se lo dije antes, señor, y no voy a cambiar de opinión sin importar cuántas veces aparezca aquí —respondió con firmeza—. No depende de mí dar esa información aunque la tuviera. Y aunque así fuera, tampoco se lo diría. Ese niño y su padre merecen privacidad y paz. Especialmente de hombres con dinero que aparecen de repente haciendo preguntas insistentes sobre un niño específico. Si realmente quiere ayudar a niños necesitados, ¿por qué no dona a alguna organización benéfica legítima en lugar de enfocarse obsesivamente en uno solo?

La pregunta vagó entre ellos, y Jimin no tenía una respuesta que pudiera verbalizar sin revelar demasiado sobre su relación con el padre de Jun. No podía decirle que había estado pagando por sexo con ese padre durante semanas, que había visto el pánico en los ojos de Ian cuando sus mundos colisionaron accidentalmente, ni que sentía una responsabilidad que no podía explicar racionalmente.

—Gracias de todas formas por su tiempo —dijo finalmente, aceptando la derrota en esta batalla particular.

Salió del café sin ordenar nada, sintiendo cómo la frustración se acumulaba en su pecho como algo pesado y sofocante.

"Solo quiero ayudar", se repitió mentalmente como un mantra, como si al pensarlo suficientes veces pudiera de alguna manera transmitir su honestidad al universo y hacer que las cosas se alinearan mágicamente.

Caminó tres cuadras hacia el este hasta encontrar otro café más pequeño, uno con mesas de plástico blanco en la acera, sombrillas rojas que habían visto mejores días, y un menú escrito a mano en una pizarra.

—Disculpe —se dirigió a la cajera, una mujer joven de unos veinte años—. ¿Ha visto por aquí a un niño pequeño? Tiene unos siete u ocho años, siempre muy educado. Normalmente anda con su padre, se parecen mucho físicamente.

La cajera lo miró con expresión aburrida mientras masticaba chicle audiblemente, haciendo estallar pequeñas burbujas rosa.

—Aquí viene mucha gente con hijos todos los días, señor —respondió con un tono que dejaba claro que consideraba esta conversación una pérdida de tiempo—. No puedo acordarme de todos los niños que pasan por aquí. ¿Va a ordenar algo o solo vino a hacer preguntas raras?

Jimin continuó así, moviéndose sistemáticamente por el vecindario como si estuviera ejecutando una investigación corporativa en lugar de buscando desesperadamente a un niño y su padre.

Otro café donde el barista negó con la cabeza sin siquiera dejar de preparar bebidas, una tienda de conveniencia donde el empleado lo miró con sospecha creciente antes de decir que nunca había visto a nadie con esa descripción, una panadería pequeña con el aire perfumado de pan recién horneado donde la dueña lo escuchó pacientemente antes de sugerirle que tal vez debería dejar de buscar tan intensamente porque estaba empezando a parecer inquietante.

En cada lugar describía al niño y al padre con los mismos detalles exactos que había memorizado.

Algunos decían que no con indiferencia cruda, otros lo miraban con una sospecha que iba aumentando con cada pregunta, este hombre haciendo preguntas insistentes sobre un niño específico comenzaba a cruzar líneas que hacían que la gente se sintiera incómoda y con razón.

Estaba a punto de rendirse cuando una señora mayor en una frutería lo miró con reconocimiento súbito. Era una mujer de unos sesenta años con un delantal floreado manchado de tierra y jugo de frutas, manos ásperas, curtidas por años de trabajo manual. Se enderezó desde donde estaba acomodando manzanas en cajas de madera, organizándolas por tamaño y color.

—Usted —dijo lentamente mientras entrecerraba los ojos para verlo mejor, y Jimin prestó atención de inmediato—. Usted es el hombre del traje caro que le dio dinero al pequeño Jeon aquella vez en el café de Sora, ¿verdad? Escuché sobre eso. Las noticias viajan rápido en este vecindario.

El corazón de Jimin dio un salto tan violento que por un momento pensó que se le saldría del pecho.

—Sí, señora. Soy yo —admitió rápidamente, tal vez demasiado rápido, su desesperación probablemente obvia—. ¿Los conoce? ¿Sabe dónde puedo encontrarlos?

La mujer asintió mientras volvía a su trabajo organizando fruta, moviendo las piezas magulladas hacia atrás y las perfectas hacia adelante.

—Ese niño es Jun, buen chico —dijo con un afecto genuino que calentó su tono—. Viene los martes por la tarde con su papá a comprar manzanas. Siempre las más baratas, las que están un poco golpeadas y que nadie más quiere, nunca se quejan del precio ni piden descuentos aunque claramente no tienen mucho dinero. Son educados y agradecidos cada vez. —Hizo una pausa para limpiar sus manos en el delantal antes de continuar—. Pero hoy no es martes, es sábado. No los verá aquí hasta el martes que viene si es que vienen, a veces se saltan semanas cuando el dinero está muy apretado.

Jimin absorbió cada palabra como si fueran coordenadas en un mapa del tesoro, memorizándolas con la misma intensidad con la que memorizaba proyecciones financieras críticas en el trabajo.

—¿Martes por la tarde? ¿A qué hora específicamente si puede decirme?

La mujer lo miró con una expresión que estaba evaluando sus intenciones.

—Entre tres y cuatro de la tarde usualmente —respondió, y entonces su tono se endureció ligeramente con una advertencia clara—. Pero si está pensando en acosarlos o causarles problemas de algún tipo, le sugiero seriamente que no lo haga. Jeon es un buen padre que trabaja más duro que tú o la mayoría para mantener a ese niño. No necesita problemas adicionales de hombres ricos con demasiado tiempo libre.

—No quiero causarles ningún problema —aseguró Jimin con toda la sinceridad que pudo proyectar—. Lo prometo... gracias por su tiempo.

La mujer no respondió con palabras, solo volvió su atención completamente a sus manzanas de una manera que dejaba claro que la conversación había terminado.

Jimin anotó mentalmente. *"Martes, entre 3 y 4 PM. Frutería"*

Después de eso siguió caminando sin rumbo particular, más para mantenerse en movimiento que con alguna esperanza real de encontrar algo útil. Era mejor que quedarse encerrado en su apartamento tan solitario donde las paredes parecían cerrarse sobre él y los pensamientos se volvían demasiado ruidosos. Paró nuevamente en la cafetería inicial, y sin volver a mencionar a Jun o hacer preguntas incómodas, pidió un café para llevar, y salió a seguir deambulando con una calma aparente que no sentía en absoluto.

"Solo quiero que ese pequeño tenga ropa nueva", se prometió a sí mismo como si establecer objetivos concretos pudiera darle algún sentido de control sobre una situación que claramente se le estaba escapando de las manos. "Zapatos apropiados, comida nutritiva, útiles escolares... cosas que todo niño merece sin tener que preocuparse."

Ya estaba cansado de una manera que iba más allá de lo físico. Las pocas horas que lograba dormir estaban plagadas de sueños inquietos.

No entendía completamente por qué le dolía tanto el pecho cada vez que pensaba en Jun, ese niño con zapatillas rotas, con modales perfectos que hablaban de una crianza cuidadosa a pesar de circunstancias obvias de pobreza. No entendía por qué pensar en lan vendiendo su cuerpo en calles oscuras para poder comprar manzanas golpeadas y comida para llevar en contenedores de plástico hacía que algo en su interior se retorciera dolorosamente.

Pero no quería parar de buscar. No podía, aunque racionalmente sabía que estaba cruzando líneas que no debería cruzar.

Caminó sin rumbo durante casi dos horas, revisando calles que nunca había explorado en sus años viviendo en Seúl. Conocía ahora estos suburbios mejor que algunos vecindarios donde había vivido durante años.

A las 11:30 de la mañana, después de haber agotado todas las tiendas en un radio de varias cuadras, llegó a un parque pequeño que había visto de lejos en sus recorridos anteriores, pero que nunca había entrado porque parecía abandonado y descuidado de una manera que lo hacía parecer más un terreno baldío que un espacio recreativo.

La entrada era un arco de metal oxidado, con el nombre del parque apenas legible bajo capas de óxido y grafiti desteñido. El césped que alguna vez había existido ahora era mayormente tierra compactada con parches de maleza. Columpios colgaban de cadenas oxidadas que chirriaban con cada movimiento del viento, un tobogán de metal, un arenero que estaba lleno de colillas de cigarrillos y envolturas.

Era deprimente, el tipo de lugar que los planificadores urbanos habían olvidado que existía y que los residentes locales probablemente evitaban cuando tenían opciones mejores.

Jimin solo suspiró mientras tiraba el vaso descartable de café ya vacío en el contenedor metálico viejo que estaba junto a la entrada, el plástico haciendo un sonido hueco al caer. Se giró para marcharse porque claramente no había nada útil aquí.

Y entonces vio un niño solitario sentado cerca de la caja del arenero.

Su corazón se detuvo completamente.

Literalmente dejó de latir por un segundo completo antes de arrancar nuevamente con una fuerza que lo dejó sin aliento.

Era Jun.

"*Maldita sea*", pensó con una mezcla de incredulidad y algo que se parecía peligrosamente al destino burlándose de él. "*Del lugar menos pensado donde podría estar, precisamente aquí está.*"

El niño estaba sentado solo en el suelo de tierra, completamente absorto en lo que estaba haciendo. Tenía un palo delgado en su mano derecha que usaba para dibujar formas elaboradas en la tierra suelta. Llevaba una camiseta roja y blanca a rayas que era obviamente demasiado grande para él, probablemente heredada de algún niño mayor o comprada de segunda mano, pantalón de jean con parches cosidos a mano en ambas rodillas con hilo que no coincidía perfectamente con el color de la mezclilla, evidencia de reparaciones caseras cuidadosas.

Y las zapatillas nuevas que Jimin había pagado sin saberlo, brillando incongruentes contra el resto de su atuendo desgastado.

El corazón de Jimin latía ahora tan fuerte que podía escucharlo palpar en sus oídos, sintiendo cómo algo cálido y suave se expandía en su pecho. Era un sentimiento que no había experimentado en años, tal vez nunca con esta intensidad particular. Amor, cuidado, protección, todo mezclándose en algo que no podía nombrar pero que reconocía como peligrosamente real.

Se quedó parado en la entrada del parque durante varios segundos, inmóvil junto al contenedor de basura oxidado, apenas respirando mientras procesaba la improbabilidad estadística de este encuentro accidental. De todos los lugares de los suburbios de Seúl, de todas las horas del día, de todas las posibles coincidencias, Jun estaba aquí y ahora.

Respiró hondo tres veces, profundo, llenando sus pulmones hasta que dolieron ligeramente, intentando calmar su pulso acelerado antes de hacer algo estúpido que asustara al niño.

Caminó despacio hacia él, muy despacio, midiendo cada paso con cuidado como si se acercara a un ser delicado y frágil que podría asustarse y huir en cualquier momento si hacía un movimiento demasiado brusco.

Jun levantó la vista cuando escuchó los pasos aproximándose sobre la tierra seca que crujía bajo los zapatos de Jimin. Sus ojos, esos que eran tan parecidos a los de Ian que dolía mirarlos directamente, redondos, casi negros y expresivos de una manera que los adultos perdían en algún punto del camino, se abrieron aún más con reconocimiento instantáneo.

—¡Oh! —exclamó con una sorpresa que era completamente genuina y alegre, sin un ápice de la desconfianza que la mayoría de los niños mostraban con extraños—. ¡Usted es el señor amable del café!

Una sonrisa enorme iluminó completamente su rostro pequeño, transformando sus rasgos en pura felicidad infantil sin complicaciones. Dejó caer el palo inmediatamente, olvidando sus dibujos en la tierra, y se puso de pie con la energía súbita que solo los niños parecían poseer.

Jimin se agachó para estar a su altura, doblando las rodillas hasta que quedaron al mismo nivel, sus jeans tocando la tierra sucia sin que le importara en absoluto. Ojos al mismo nivel para no intimidarlo con su altura de adulto.

—Sí, soy yo —respondió con toda la suavidad que pudo proyectar, sintiendo cómo su garganta se apretaba ligeramente—. Hola, ¿Cómo estás hoy?

—¡Muy bien! —respondió el niño con entusiasmo desbordante, limpiándose las manos polvorientas en su pantalón en un gesto inconsciente—. Estoy jugando. Estaba dibujando mi casa perfecta con mi familia.

Jimin miró los dibujos en la tierra que Jun había estado creando con tanto cuidado. Líneas torcidas que intentaban ser paredes rectas, círculos irregulares.

—Es muy bonita tu casa —comentó Jimin con sinceridad genuina, porque para Jun claramente era perfecta sin importar cómo se viera objetivamente—. Me gusta especialmente ese sol con tantos rayos.

—¡Gracias! —dijo Jun con un orgullo que hacía que su pecho pequeño se inflara—. ¡Oh, oh, mire! —interrumpió su propio pensamiento mientras apuntaba con ambas manos hacia sus pies, saltando ligeramente—. ¡Mire mis zapatillas nuevas! ¡Mi papá me dejó elegir el color y todo! ¡Elegí estas porque tienen luces que se prenden cuando camino fuerte!

Demostró saltando varias veces, y efectivamente, pequeñas luces parpadeaban en los costados de las zapatillas con cada impacto, creando destellos de colores que claramente lo llenaban de una alegría desproporcionada para algo tan simple.

Jimin sintió una ola de ternura tan intensa que casi lo hizo sollozar ahí mismo frente al niño, observando esas zapatillas que probablemente habían costado una fracción de lo que él gastaba en café cada semana, pero que para Jun eran claramente el tesoro más preciado del mundo. Y un extraño dejo de dolor lo atravesó al pensar en cómo algo tan básico como zapatos apropiados podía ser motivo de tanta celebración.

—Son increíbles —logró decir mientras su garganta se apretaba dolorosamente—. Las mejores zapatillas que he visto. Las mereces completamente.

—¡Gracias! —Jun prácticamente brillaba de felicidad antes de volver a sentarse en la tierra para mostrarle sus dibujos con más detalle—. Mire, este de aquí soy yo y este grande es mi papá. Estamos en nuestra casa nueva que tiene dos habitaciones... oh, y mira, una cocina grande donde papá puede cocinar sin que el vecino se enoje porque usamos la estufa demasiado tiempo.

Jimin miró el dibujo simple de dos figuras hechas de palitos, una grande y una pequeña, tomadas de la mano frente a un rectángulo que representaba una casa. Había algo profundamente conmovedor en la simplicidad de ese deseo, en cómo un niño de ocho años soñaba no con mansiones o lujos sino simplemente con una cocina donde su padre pudiera cocinar sin problemas.

Miró discretamente alrededor del parque mientras Jun seguía explicando cada detalle de su dibujo. No había absolutamente nadie más visible en todo el espacio abandonado, ningún adulto supervisando desde un banco, ningún otro niño jugando. Solo Jun completamente solo en un parque que claramente no era el más seguro del vecindario.

—Jun —dijo con cuidado, intentando que no sonara acusatorio o alarmante—. ¿Vienes solo al parque seguido? ¿Tu papá sabe que estás aquí?

Jun negó con la cabeza enfáticamente, su cabello moviéndose con el gesto.

—No, no, nunca vengo solo —explicó con esa seriedad que a veces aparecía cuando hablaba, haciéndolo sonar mayor de lo que era—. Mi papá siempre me acompaña a todos lados porque dice que el mundo puede ser peligroso. Pero hoy me porté muy, muy bien en la escuela toda la semana. Saqué diez en mi examen de matemáticas y la maestra me puso una estrella dorada. Entonces papá me dejó jugar aquí un ratito mientras va rápido al mercado a comprar verduras. Es aquí cerca. —Señaló vagamente hacia algún lugar más allá de los límites del parque, en una dirección que Jimin asumió era donde estaba el mercado local—. Dijo que vuelve en quince minutos y que no me mueva de aquí ni hable con extraños. Ya casi debe ser hora de que regrese porque ya pasaron muchos minutos.

Jimin asintió lentamente mientras procesaba cada palabra energética del pequeño, sintiendo cómo se formaba una imagen más completa de la vida de Ian y Jun. Un padre que claramente era protector y cuidadoso pero que a veces tenía que tomar decisiones difíciles entre la seguridad absoluta y la necesidad práctica de hacer mandados rápidos. Un niño que era lo suficientemente obediente como para quedarse donde le decían pero lo suficientemente confiado como para hablar con alguien que justamente era un extraño pese a que eso le habían pedido.

Quería preguntar tantas cosas, demasiadas preguntas se acumulaban en su lengua como algo que necesitaba ser liberado. Pero sabía que debía ser extremadamente cuidadoso porque este era un niño pequeño, vulnerable y confiado, y Jimin no tenía ningún derecho real de estar haciendo estas preguntas.

—Oye, Jun —comenzó con toda la suavidad que pudo proyectar, eligiendo las palabras con un cuidado meticuloso—. ¿Está tu mamá?

La pregunta salió antes de que pudiera completamente detenerla, impulsada por una necesidad de entender que era más fuerte que su sentido común.

El rostro de Jun cambió instantáneamente, la sonrisa brillante desapareciendo como si alguien hubiera apagado una luz. Se puso serio de una manera que ningún niño de ocho años debería poder hacer, una madurez prematura que hablaba de conversaciones difíciles que había tenido que procesar demasiado joven.

Negó con la cabeza lentamente, sus ojos grandes perdiendo algo de su brillo característico.

—No —respondió con un tono más bajo, más contenido—. Mi mamá está en el cielo. Papá me dice que me cuida desde ahí. Que me manda angelitos para protegerme cuando él está trabajando.

Jimin sintió que todo el aire abandonaba sus pulmones de golpe, como si alguien le hubiera dado un puñetazo directo en el plexo solar con toda su fuerza. Sus ojos picaron sin que pudiera evitarlo, lágrimas amenazando con formarse ante la manera tan simple y devastadora en que Jun había descrito una pérdida que probablemente ni siquiera comprendía completamente.

Solo exhaló tembloroso, intentando mantener el control de sus emociones porque lo último que este niño necesitaba era ver a un adulto extraño llorando frente a él sin explicación aparente.

—Lo siento muchísimo, Jun —logró decir con una sinceridad que dolía—. Eso debe ser muy difícil para ti y tu papá.

Jun se encogió de hombros con esa aceptación pragmática que solo los niños que han vivido pérdida desde muy temprano pueden desarrollar, procesando tragedias con una resiliencia que los adultos raramente poseen.

—Está bien, no pasa nada —respondió con una voz que intentaba sonar fuerte—. No la recuerdo mucho porque ella se fue al cielo cuando yo llegué al mundo. Me muestra fotos a veces, ella era muy bonita.

Jimin tuvo que morderse el interior de su mejilla para no dejar escapar un sonido que revelaría lo mucho que esto lo estaba afectando.

Tragó con dificultad el nudo que se había formado en su garganta, sintiendo cómo se expandía hasta que respirar apropiadamente se volvió un desafío consciente.

—¿Y tu papá es el hombre que estaba afuera del café el otro día?

Jun asintió con un entusiasmo renovado, la tristeza momentánea desapareciendo tan rápido como había llegado con esa capacidad infantil de cambiar emociones sin el equipaje pesado que los adultos cargan.

—¡Sí! ¡Ese es mi papá! ¡Es el mejor papá del universo entero y de todas las galaxias! —declaró con una convicción absoluta que no admitía debate—. Papi trabaja mucho para que yo pueda tener comida y ropa, y poder ir a la escuela. A veces trabaja de noche también cuando yo estoy durmiendo, él es como un súper héroe, es guardia de seguridad pero nunca lo acompaño porque es peligroso. Y cuando está en casa me ayuda con toda mi tarea aunque esté muy cansado. Y me lee cuentos antes de dormir todas las noches sin falta, ¡Y cocina muy rico!

El niño comenzó a contar usando cada dedo de su mano pequeña como si fuera un gesto adulto que había visto hacer a otros, enumerando meticulosamente cada razón por la que su padre era maravilloso.

Y cada palabra era como un clavo hundiéndose más profundo en el pecho de Jimin, perforando defensas que ni siquiera sabía que tenía. Le daba escalofríos escuchar la adoración pura en la voz de Jun, la forma en que claramente Ian era su mundo entero a pesar de o tal vez debido a las circunstancias difíciles.

Abrió la boca para responder, para decir algo apropiado, para preguntar algo más que le ayudara a entender mejor esta situación imposible.

Pero en ese momento se escuchó un grito desde la entrada del parque que cortó el aire como un cuchillo.

—¡JUN!

Ian apareció corriendo, la chaqueta azul ondeaba detrás de él con el movimiento, el cabello negro se revolvía al viento, revelando su rostro entero. Dos bolsas de plástico transparentes llenas de verduras golpeaban contra sus piernas con cada paso acelerado.

Su rostro estaba tenso con líneas de preocupación profundamente marcadas, los ojos muy abiertos.

Pánico.

Llegó hasta donde estaban en cuestión de segundos que se sintieron simultáneamente demasiado rápidos. Se interpuso inmediatamente entre Jimin y Jun. Agarró al niño del

brazo, no con rudeza que lastimara pero con una firmeza que no admitía resistencia, y lo movió para ponerlo detrás de su cuerpo como escudo protector contra cualquier amenaza percibida.

—¿Qué te dije sobre hablar con extraños, Jun? —le dijo al pequeño sin apartar la vista de Jimin ni un solo segundo, sus ojos oscuros fijos con una intensidad que era casi física—. ¿Qué te dije exactamente antes de dejarte aquí? Repíteme las reglas.

Su tono estaba lleno de reprimenda pero también de un miedo apenas contenido que hacía que las palabras salieran más ásperas de lo probablemente pretendido.

—Perdón, papá —respondió Jun con voz pequeña que se quebraba ligeramente, claramente asustado por la reacción de su padre más que por la situación misma—. Lo siento mucho. Pero él no es un extraño. ¡Es el señor del café! El que me dio el dinero para las zapatillas. Tú me dijiste que si lo veía otra vez le diera las gracias.

Ian no se ablandó ni un milímetro ante la explicación. Su mandíbula estaba tan apretada que los músculos se marcaban visiblemente a ambos lados de su cara, creando líneas duras que transformaban sus rasgos en algo casi irreconocible comparado con el Ian que Jimin había conocido en la suite veintitrés.

Miró a Jimin con ojos que cortaban como vidrio roto, afilados y peligrosos.

—¿Qué mierda quieres exactamente? —preguntó, y no había curiosidad en la pregunta, sino hostilidad apenas controlada vibrando en cada sílaba—. ¿Por qué estás aquí en este parque específico? ¿Por qué estás hablando con mi hijo cuando claramente te dije que te mantuvieras alejado de mi vida personal?

Jimin se levantó lentamente, muy lentamente, con movimientos deliberados y no amenazantes. Mantuvo las manos visibles a ambos lados de su cuerpo, abiertas con las palmas hacia adelante, mostrando que no representaba ninguna amenaza física.

—No sabía que estarías aquí —dijo con honestidad absoluta—. No sabía que tenías un hijo.

—Tampoco es asunto tuyo —replicó Ian con un tono bajo que era infinitamente más peligroso que si hubiera gritado—. Mi vida privada no entra en el precio que pagaste, lo que pasa cuando no estoy trabajando no te concierne en absoluto. No pagaste por mi vida.

Jimin dio un pequeño paso hacia adelante, solo uno, probando los límites de lo que Ian toleraría antes de que la situación escalara a algo peor.

—No quiero molestarlos ni causarles problemas —dijo con toda la sinceridad que pudo proyectar—. De verdad que no. Solo quería saber si estaban bien, ambos. Si necesitaban algo más además de los zapatos, cualquier cosa que pueda ayudar.

Ian soltó una risa que era amarga y áspera, completamente desprovista de cualquier humor real, el sonido raspando contra el aire como papel de lija.

—Estamos perfectamente bien —dijo con una dureza que era claramente defensiva—. No necesitamos tu lástima ni tu caridad de rico con culpa que probablemente ni siquiera entiende por qué se siente mal. Gracias por las zapatillas nuevas que le compraste a mi hijo, ¿está bien? Pero no necesitamos nada más de ti. Ya pagaste generosamente por lo que querías de mí, ya te desquitaste cada won. Estamos completamente en paz. No me debes absolutamente nada, yo no te debo nada a ti.

—Jeon —comenzó Jimin, usando el apellido que había descubierto.

—¡No me llames así! —lo interrumpió Ian bruscamente, dando un paso amenazante hacia adelante que hizo que las bolsas de verduras cayeran al suelo olvidadas, zanahorias rodando por la tierra—. ¡Para ti soy Ian y nada más! ¡O mejor aún, no soy nada para ti! ¿Es que no entiendes el concepto más básico de privacidad y límites? ¿Qué parte de "mantente alejado" no comprendes?

Jimin dio otro paso también sin pensarlo realmente, operando en puro instinto y desesperación.

—Solo quiero ayudar de verdad —insistió, sabiendo que sonaba patético pero incapaz de detenerse—. Déjame ayudarlos. Con lo que necesiten, sin condiciones ni expectativas.

Ian lo miró con algo que se parecía peligrosamente al desprecio absoluto, como si Jimin fuera la cosa más repugnante que hubiera visto.

—No necesito la ayuda de alguien como tú —escupió las palabras como si fueran veneno que necesitaba expulsar—. Ya he lidiado con gente exactamente como tú antes. Hombres ricos que creen que pueden comprar lo que quieran, que un poco de dinero les da derecho a entrometerse en vidas que no comprenden. Piensan que unos billetes hacen que la gente se doblegue ante ellos y les deba algo más allá de lo acordado.

Se agachó para recoger las bolsas del suelo con movimientos bruscos, metiendo las verduras que se habían caído de vuelta sin cuidado. Tomó la mano de Jun con su mano libre con firmeza protectora.

—Vámonos ahora mismo, Jun.

Un "*No vuelvas a asustarme así.*" Se oyó bajito cuando Ian se agachó hacia su pequeño.

Jun asintió a su padre, mirándolo con preocupación. Y luego miró hacia atrás por encima de su hombro pequeño mientras su padre lo jalaba hacia la salida del parque. Levantó su manita libre en un adiós tímido que parecía casi disculparse por la reacción de su progenitor.

Girando en la esquina del parque. Perdiéndose entre los edificios grises del vecindario.

Y desaparecieron.

Jimin se quedó completamente solo en el parque abandonado.

El silencio era absoluto. Solo el sonido del viento moviendo las cadenas oxidadas de los columpios, chirriando y crujiendo.

Miró hacia abajo.

El palo que Jun había estado usando todavía estaba en la tierra. Los dibujos permanecían a medio terminar, el sol torcido con rayos desparejos, la casa rectangular con círculos alrededor, las dos figuras hechas de palitos, una grande y una pequeña tomadas de la mano, sonriendo juntas.

Se quedó mirando ese dibujo simple durante largo rato.

Sus piernas finalmente cedieron. Se dejó caer sobre un banco de madera roto cerca de la caja de arena, las tablas crujieron bajo su peso pero aguantaron.

Los codos sobre las rodillas. Cara entre las manos, dedos hundiéndose en su propio cabello mientras frotaba con estrés ya brotando a algo físico.

Respiraba.

Intentaba procesar.

Fallando miserablemente.

Se quedó ahí mientras el sol se movía lentamente a través del cielo, mientras las sombras se alargaban, y mientras la temperatura bajaba gradualmente.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, y seguro en toda su vida, Jimin sintió con claridad devastadora que había perdido algo.

Algo que ni siquiera sabía que había querido tener.

Que tal vez para empezar nunca había sido suyo.

Pero que ahora, en su ausencia, dejaba un vacío que no sabía cómo llenar.

Se levantó finalmente cuando el frío se volvió insoportable.

Caminó de vuelta al Porsche estacionado tres calles más allá.

Condujo a casa en piloto automático.

Y se preparó mentalmente para su reunión con Taehyung.

Aun pensando en esos ojos tan llamativos.

En dibujos en la tierra.

En un padre que haría cualquier cosa por su hijo.

Y en el hecho de que Jimin no tenía absolutamente ningún derecho de estar involucrado en ninguna parte de esa historia.

Pero lo deseaba de todas formas.

Dios, cómo lo deseaba.



Jimin había pasado casi una hora decidiendo qué ponerse, parándose frente a su armario lleno de trajes caros que de repente parecían completamente inapropiados. Finalmente había elegido unos jeans negros ajustados, marcando sus muslos y trasero de una manera que lo hacía sentirse expuesto, una camiseta crema simple de algodón que se pegaba a su torso en los lugares correctos sin ser obscena, una chaqueta de cuero negra que raramente usaba porque parecía demasiado rebelde para su imagen corporativa, y botines Chelsea negros que eran lo suficientemente elegantes como para no desentonar pero casuales como para no parecer que venía directo de la oficina.

Se había mirado en el espejo antes de salir y la persona que le devolvió la mirada no parecía el CEO Park Jimin que todos conocían. Parecía alguien más joven, más accesible, alguien que podría encajar en un bar sin que todos asumieran inmediatamente que era rico, exitoso y completamente inalcanzable.

Llegó al bar a las 22:34, catorce minutos antes de lo acordado con Taehyung, en un taxi que avanzó por calles que se volvían progresivamente más oscuras y menos familiares mientras se adentraba en Itaewon. El local estaba escondido en una calle lateral que solo conocían quienes buscaban específicamente este tipo de lugares.

El edificio era de dos plantas con una fachada tan discreta que habría pasado de largo si no hubiera estado buscándolo específicamente. No había letreros llamativos ni indicaciones obvias de qué tipo de establecimiento era, solo una puerta negra de metal con un pequeño arcoíris pintado en la esquina superior derecha, tan sutil que tenías que saber qué buscar para notarlo.

Respiró hondo tres veces antes de empujar la puerta, llenando sus pulmones con el aire fresco de la noche como si fuera la última vez que lo respiraría.

Cuando entró, todo lo golpeó a la vez con una fuerza que lo dejó momentáneamente desorientado. Luces LED en tonos morados y azules se deslizaban lentas por las paredes y el techo, creando patrones hipnóticos que cambiaban constantemente. La música electrónica tenía bajos tan profundos que se metían directamente en el pecho, haciendo vibrar hasta que su propio corazón parecía sincronizarse con el beat.

Y los hombres estaban en todas partes.

Por supuesto que sabía que esto era un bar gay, que eso era precisamente el punto de venir aquí, pero saber algo y experimentarlo directamente eran dos cosas completamente diferentes. Hombres bailando pegados en la pista central ocupaban la mayor parte del espacio, sus cuerpos presionados entre ellos, moviéndose al ritmo de la música. Algunos se besaban abiertamente sin ningún tipo de disimulo, lenguas visibles explorándose mutuamente, manos enredadas en cabellos ajenos jalando con una urgencia que hablaba de deseo puro y sin filtros.

Otros estaban en las esquinas más oscuras donde las luces no alcanzaban completamente, con las manos literalmente debajo de la ropa del otro, sin importarles en absoluto quién pudiera verlos o juzgarlos.

Tiempo atrás, esta escena lo habría paralizado completamente con pánico que habría hecho que su cerebro se apagara y sus piernas se negaran a funcionar. Habría huido

inmediatamente, encontrando cualquier excusa para salir huyendo de ahí antes de que alguien lo viera y sacara conclusiones sobre quién era realmente.

Ahora solo sentía cómo su estómago se apretaba ligeramente con una incomodidad que era manejable, casi familiar después de semanas de procesar su propia sexualidad. Pero también había algo más presente ahora, algo parecido a un alivio profundo que se expandía en su pecho. Validación de que no era el único hombre en el mundo que sentía estas cosas. Pertenencia a un grupo que había pasado toda su vida negando que existiera.

Aquí no era raro ni anormal, era completamente real y aceptado. Podía simplemente existir sin explicaciones.

—¡Al fin llegas, señor CEO! —La voz familiar de Taehyung cortó a través de sus pensamientos introspectivos como un cuchillo.

Estaba esperando justo dentro de la entrada, apoyado contra la pared de ladrillo, llevaba una camisa negra ajustada que marcaba cada línea del torso atlético que Jimin conocía íntimamente, las gafas de montura delgada que solo usaba ocasionalmente, una sonrisa enorme iluminaba completamente su rostro, transformando sus rasgos en pura alegría al ver a su amigo.

Se acercó con pasos seguros y le dio un abrazo rápido pero fuerte que comunicaba semanas de ausencia y preocupación contenida.

—Pensé seriamente que me ibas a plantar otra vez como has hecho las últimas veces que intentamos vernos —dijo contra su oído para que pudiera escucharlo por encima del volumen de la música—. Estaba a punto de ir personalmente a tu apartamento a sacarte a rastras. Cómo te extrañé, amigo.

Jimin rio genuinamente mientras le devolvía el abrazo, disfrutando la calidez de poder hacerlo tan libremente en un lugar público sin preocuparse por quién pudiera verlos y qué conclusiones podrían sacar. El contacto se sentía seguro de una manera que raramente experimentaba fuera de espacios completamente privados.

—Hoy no te iba a fallar —respondió Jimin, sintiendo cómo realmente le había hecho falta esta cercanía física con alguien que lo conocía sin juzgarlo. Suspiró brevemente antes de separarse, permitiendo que algo de la tensión que había estado cargando durante días se liberara—. También te echaba mucho de menos, sinceramente. Más de lo que probablemente debería admitir.

—Gracias a Dios que al menos piensas eso —sonrió mientras lo miraba de arriba abajo, evaluando su atuendo con aprobación evidente—. Te ves bien, por cierto. Me gusta.

—Gracias. No estaba seguro si era apropiado.

—Es perfecto. Ahora vamos, Park. La primera copa corre completamente por mi cuenta y no acepto protestas.

Taehyung lo tomó del brazo con familiaridad y se abrieron paso a través de la multitud hacia la barra larga que ocupaba toda la pared del fondo del establecimiento. Era imposible moverse sin que sus cuerpos rozaran inevitablemente a otros en el espacio limitado, calor de piel ajena presionándose contra la suya, risas estallando cerca de su oído, conversaciones gritadas en múltiples idiomas para poder ser escuchadas por encima del volumen ensordecedor.

Taehyung se inclinó sobre la barra y le gritó su orden al bartender, un hombre extremadamente musculoso con una camiseta sin mangas que dejaba sus bíceps completamente expuestos y tatuajes cubriendo ambos brazos.

—¡Dos vodkas con lima! ¡Dobles! ¡Y no escatimes en el alcohol!

El bartender asintió con una sonrisa y comenzó a preparar las bebidas con movimientos practicados.

Las copas llegaron en menos de dos minutos, vasos altos llenos del líquido transparente con rodajas de lima flotando en la superficie.

Jimin tomó el suyo con dedos que temblaban ligeramente. Se lo bebió hasta la mitad de un trago largo que quemó su garganta en ardor que dio la bienvenida porque significaba entumecimiento químico, una forma de apagar su cerebro que no había dejado de dar vueltas obsesivamente durante días.

Taehyung lo observó con una expresión que oscilaba entre divertida y realmente preocupada por la rapidez con la que Jimin estaba consumiendo alcohol.

—¿Todo bien contigo? —preguntó mientras alzaba la voz para ser escuchado por encima del volumen de la música.

—No —respondió Jimin con una honestidad que lo sorprendió incluso a él mismo.

—Perfecto —dijo Taehyung con una sonrisa torcida que no traía burla—. Entonces estamos exactamente en el lugar correcto para eso. Aquí es precisamente donde vienes cuando nada en tu vida está funcionando como debería.

Se movieron hacia una mesa alta al fondo del primer piso, lejos de la pista de baile principal pero todavía con vista completa del espacio para poder observar a la gente. Jimin se sentó en uno de los taburetes altos, sintiendo cómo sus jeans ajustados se estiraban incómodos contra sus muslos y glúteos. Giró para observar el lugar con más detalle ahora que sus ojos se habían ajustado a la iluminación.

Dos hombres jóvenes que no aparentaban más de veintipocos años, ambos en medio de la pista besándose con un hambre obvia que era casi pornográfica. Lenguas explorándose mutuamente sin vergüenza, manos agarrando traseros con una posesividad que no dejaba dudas, caderas moviéndose juntas al ritmo hipnótico de la música, creando una fricción que probablemente los llevaría a irse juntos dentro de poco.

En una esquina menos iluminada, donde las sombras proporcionaban algo de privacidad ilusoria, otra pareja estaba riendo mientras uno de ellos, de cabello teñido de rubio platino, metía descaradamente la mano por debajo de la camiseta del otro, un hombre con piercings visibles en ambas orejas que brillaban cada vez que giraba la cabeza, acariciando piel expuesta sin ningún disimulo.

Jimin terminó su vodka de tres tragos más, sintiendo cómo el alcohol comenzaba a calentar su estómago y a aflojar la tensión que había estado cargando.

—¿Otra? —preguntó Taehyung mientras señalaba el vaso vacío con una ceja levantada.

—Otra —confirmó Jimin sin dudar ni un segundo, sin importarle que probablemente debería ir más despacio si quería mantener algo de control.

Volvieron a la barra abriéndose paso nuevamente entre los cuerpos sudorosos. Esta vez Jimin pidió directamente sin esperar a que Taehyung lo hiciera por él, un whisky doble sin hielo, el mejor que tuvieran disponible porque si iba a emborracharse al menos sería con alcohol de calidad.

El bartender le sirvió un Hibiki de veintiún años que probablemente costaba más que lo que de forma sensata alguien gastaría en alcohol. Caro, suave, perfecto para lo que necesitaba esa noche.

De vuelta en la mesa alta, Taehyung lo miraba fijamente, con esos ojos que parecían ver demasiado, evaluándolo.

—Oye, suéltalo ya —ordenó finalmente después de varios minutos de silencio tenso—. Lo que sea que te está comiendo vivo desde hace semanas y que te tiene luciendo como si no hubieras dormido como un humano en un mes. Suéltalo ahora o vas a explotar eventualmente. Y probablemente yo explote contigo porque esto no es para nada normal.

Jimin tomó un trago largo del whisky, dejando que el líquido suave pero potente calentara su estómago y le diera el valor líquido que necesitaba para verbalizar todo lo que había estado guardando. Respiró hondo llenando sus pulmones hasta que dolieron ligeramente.

Y empezó a hablar.

Le contó absolutamente todo sin omitir ningún detalle importante, las palabras saliendo atropelladas ahora que finalmente había abierto esa compuerta. Cómo había conocido a Ian en la calle de Mapo después de que su amigo Taemin se lo recomendara como alguien que podría ayudarlo a explorar esta parte de sí mismo que había estado reprimiendo. Le describió aquella primera noche con una claridad que sorprendió incluso a él mismo: la gorra negra calada hasta las cejas, la camiseta crop blanca revelando abdominales perfectos, los ojos y la belleza que se habían grabado en su memoria de una manera que no podía explicar racionalmente.

Le explicó cómo no sabía qué tipo de hombres le atraían antes de Ian porque nunca había tenido la oportunidad de explorar esa parte de su sexualidad, cómo no conocía sus gustos ni preferencias debido a su falta de experiencia, pero que Ian se había convertido exactamente en todo lo que más le atraía de una manera que iba más allá de lo simplemente sexual.

Le contó sobre todas las noches en el resort, cada encuentro con detalles que habrían sido inapropiados en cualquier otro contexto pero que aquí parecían necesarios para que Taehyung comprendiera la magnitud de lo que estaba sintiendo. La primera vez cuando Ian lo había follado con una paciencia increíble, preparándolo meticulosamente, enseñándole cómo relajarse y abrirse, haciéndolo correrse sin siquiera tocar su miembro solo con la estimulación de su próstata. La segunda vez cuando él había sido quien penetraba, sintiendo el cuerpo de Ian recibéndolo, escuchando gemidos que sonaban dulces y genuinos en lugar de actuación.

Le habló del café donde había visto al niño por primera vez, ese momento que había cambiado todo. Jun con sus zapatillas completamente destrozadas sostenidas juntas con cinta adhesiva, con modales demasiado perfectos y formales para un niño de su edad. El momento devastador cuando había entendido, cuando todas las piezas habían encajado de una manera horrible y clara, que ese niño era hijo de Ian.

Le describió el parque abandonado donde los había encontrado días después, la conversación breve que había tenido con Jun antes de que Ian apareciera corriendo con

pánico en los ojos. La ira justificada cuando lo había confrontado. El rechazo violento cuando le había dejado claro que Jimin no tenía ningún derecho de estar involucrado en sus vidas.

Le contó que el verdadero apellido de Ian era Jeon aunque no sabía su nombre completo porque Ian se había negado rotundamente a revelarlo. Que era padre soltero criando a un niño solo, que la madre del niño había muerto durante el parto o poco después, dejándolo sólo con un bebé, que trabajaba vendiendo su cuerpo en calles peligrosas los fines de semana para poder comprar manzanas golpeadas en el mercado y probablemente pagar el alquiler de un apartamento compartido. Que lo había echado del parque como si fuera un perro callejero molesto, como si fuera alguien que no tenía ningún derecho de estar ahí haciendo preguntas inapropiadas.

Cuando terminó su relato, su vaso estaba vacío otra vez sin que recordara exactamente cuándo había bebido el resto. Su garganta estaba áspera de tanto hablar por encima de la música. Sus manos temblaban ligeramente sobre la mesa, revelando la tensión emocional que había estado conteniendo durante toda la narración.

Taehyung se quedó callado durante un rato largo que se sintió como una eternidad, girando su propio vaso entre los dedos mientras procesaba cada palabra que acababa de escuchar, su expresión pasando por múltiples emociones en rápida sucesión.

—Mierda, Jimin —dijo finalmente, su tono completamente serio ahora, sin ningún rastro de la ligereza habitual—. Ese hombre realmente te llegó, de una manera que no he visto que nadie te afecte jamás. Y entiendo que te hayas obsesionado pero también entiendo que no debiste insistir y buscarlo así después de que te dejó claro que quería privacidad. Eso fue cruzar límites importantes.

—No es para tanto, sólo quise ayudar y saber de él de la mejor manera —dijo Jimin automáticamente, la negación surgiendo por puro instinto defensivo incluso cuando sabía que Taehyung podía ver a través de ella—. No me llegó tanto como para decir que estoy obsesionado.

Taehyung soltó una risa corta que no contenía humor alguno, solo incredulidad ante lo que acababa de escuchar.

—Ajá, claro que no —negó con la cabeza lentamente—. Te conozco hace apenas unas semanas y puedo decir con absoluta certeza que nunca te había visto así por nadie en todo el tiempo que llevamos conociéndonos. Ni por tu ex esposa con quien estuviste casado cinco años completos, ni por nadie más que hayas mencionado. Esta mierda es real, Jimin, más real que cualquier cosa que hayas sentido antes. Admítelo al menos a ti mismo si no puedes admitirlo en voz alta, que sea un trabajador sexual no impide que tú hayas llegado a sentir cosas genuinas y profundas por él. ¿Acaso no te oyes cuando hablas de él?

—Pero...

—¡Espera, espera déjame terminar! —interrumpió Taehyung levantando una mano—. A ti ni siquiera te gustan los niños, nunca quisiste tener un hijo con Soomin a pesar de que ella lo pedía constantemente. Y de pronto estás aquí velando obsesivamente por un niño que no es tuyo, que técnicamente ni siquiera conoces más allá de dos conversaciones breves. Hasta yo estoy genuinamente sorprendido con ese cambio tan drástico en ti.

Jimin miró fijamente su vaso vacío, observando cómo el cristal reflejaba las luces moradas y azules del bar en patrones que se distorsionaban constantemente.

Suspiró.

—No sé qué hacer ahora —admitió con voz casi inaudible por encima de la música—. No tengo la menor idea de qué mierda hacer con toda esta situación. Me da temor pensar en lo que pueda pasar, en lo mucho que esto pueda complicarse. Dios, ni siquiera sé por qué me importa tanto.

Taehyung se inclinó sobre la mesa, acercándose lo suficiente para que Jimin pudiera escucharlo claramente sin que tuviera que gritar.

—Si realmente te importa ese hombre y ese niño de esa manera, entonces demuéstreselo con acciones —dijo con intensidad para que cada palabra golpeará—. No con dinero tirando billetes a sus problemas, el dinero es literalmente lo más fácil que tienes, Jimin. Lo tienes de sobra, más de lo que podrías gastar. Puedes tirar billetes y resolver problemas superficiales como zapatos rotos o comida cara, pero lo que no tiene precio, lo que realmente cuenta al final del día, es quién eres como persona, no cuánto tienes en tu cuenta bancaria. Estar presente de manera consistente, sin asfixiar con tu presencia constante, demostrar que no vas a desaparecer cuando se ponga difícil o incómodo o cuando te canses del proyecto.

Hizo una pausa deliberada, asegurándose de que Jimin estuviera realmente escuchando y procesando en lugar de solo esperando su turno para hablar.

—Eso es lo que asusta a la gente como él —continuó con seriedad—. Gente que ha tenido que sobrevivir completamente sola durante tanto tiempo que literalmente no sabe cómo confiar en nadie más. Que el mismo mundo en el que viven les ha hecho tanto daño que han aprendido a no esperar nada bueno de nadie, que ha aprendido a través de experiencias amargas que todos eventualmente se van cuando consiguen lo que quieren o cuando la situación se vuelve demasiado complicada. Estás acostumbrado a conseguir absolutamente todo lo que quieres con negocios y transacciones, perseguir objetivos corporativos con estrategias bien planeadas, cerrar tratos beneficiosos para ambas partes. Pero esto no es un negocio que puedas manejar con tu mentalidad corporativa y la estás cagando monumentalmente tratándolo como si fuera una adquisición empresarial. No debiste interceptar a su hijo en ese parque, Jimin. Eso fue cruzar una línea seria, fue un comportamiento de acosador sin importar cuán buenas fueran tus intenciones.

Cada palabra golpeaba a Jimin como un martillazo directo a su orgullo y su autoconcepto de ser alguien que siempre hacía lo correcto.

—¿Y si ya es demasiado tarde para arreglarlo? —preguntó con una vulnerabilidad que raramente mostraba—. ¿Y si realmente me odia ahora de una manera que no se puede reparar? ¿Y si lo arruiné permanentemente...? Mierda.

Taehyung se encogió de hombros con una honestidad que Jimin necesitaba escuchar aunque doliera.

—Entonces te odia y tendrás que vivir con eso el resto de tu vida —respondió sin suavizar el golpe—. Y tendrás que aceptar que tus acciones tuvieron consecuencias que no puedes controlar. Pero al menos habrás intentado hacerlo de verdad y de forma correcta eventualmente, porque no puedes controlar sus sentimientos o sus reacciones hacia ti sin importar lo mucho que lo desees. Solo puedes controlar tus propias acciones de aquí en adelante, y hasta ahora, con toda la honestidad que puedo darte como amigo, tus acciones han sido exactamente las de un acosador rico con un complejo de salvador que cree que el dinero soluciona todo.

Eso dolió profundamente, hundiéndose en su pecho como un cuchillo bien afilado. Pero Jimin sabía que era completamente verdad y que necesitaba escucharlo de alguien que se preocupara lo suficiente como para ser brutalmente honesto.

Taehyung levantó la mano alta, llamando al mesero que pasaba cerca de su mesa. Pidió dos rondas más de sus respectivas bebidas sin siquiera preguntar qué quería Jimin.

La conversación se movió gradualmente a temas más ligeros durante los siguientes treinta minutos mientras el alcohol seguía fluyendo. Trabajo y las estupideces que sus respectivos jefes o clientes habían hecho recientemente, política y cómo el país parecía estar yendo en direcciones cada vez más preocupantes, la última película de acción que Tae había visto y que había sido tan mala que era casi buena, el proyecto de diseño particularmente complicado en el que estaba trabajando para un cliente que cambiaba de opinión cada dos días sobre lo que quería.

Pero Jimin apenas procesaba las palabras realmente, solo asentía en los momentos apropiados y hacía los sonidos correctos. Su mente seguía dando vueltas obsesivamente alrededor de todo lo que habían discutido, reproduciendo cada error que había cometido con Ian y Jun.

En algún momento, ya pasada la medianoche, después de que Jimin hubiera perdido la cuenta de cuántas copas llevaba, un hombre se acercó a su mesa con confianza de alguien que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

Era objetivamente muy atractivo según cualquier estándar que Jimin pudiera aplicar. Alto, probablemente un metro ochenta y tanto, camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho revelando piel bronceada perfectamente y músculos pectorales bien definidos, cabello negro algo despeinado pero perfecto, con sonrisa confiada que mostraba dientes perfectamente blancos.

—Buenas noches. ¿Bailas? —preguntó directamente a Jimin sin ningún tipo de rodeo ni preliminares.

Jimin levantó la vista de su copa y negó con la cabeza de una manera que era educada pero definitiva.

—Buenas noches, pero no, gracias por preguntar. No estoy sólo.

El hombre evaluó a Taehyung brevemente, probablemente calculando si eran pareja o solo amigos, y luego volvió toda su atención a Jimin con una intensidad renovada.

—¿Estás completamente seguro? —insistió mientras se inclinaba ligeramente más cerca, invadiendo el espacio personal de Jimin de una manera que técnicamente no era ofensiva pero que definitivamente estaba probando límites—. Tienes exactamente el tipo de cuerpo hecho para moverse. Para bailar...

—Completamente seguro —confirmó Jimin con una firmeza tranquila pero inequívoca—. Gracias nuevamente, de todas formas por el interés.

El hombre se encogió de hombros con una gracia que sugería que esto no era la primera vez que lo rechazaban y que probablemente no sería la última, sin mostrar ofensa visible en su expresión.

—Muy bien —dijo con una sonrisa que no había perdido su confianza—. Suerte.

Se alejó hacia la pista de baile donde inmediatamente encontró a otra persona que claramente estaba mucho más interesada en sus avances.

Taehyung levantó ambas cejas, su expresión mostrando un asombro genuino.

—Acabas de rechazar a alguien que fácilmente es un nueve y medio en cualquier escala objetiva —comentó con incredulidad—. Posiblemente un diez sólido dependiendo de qué tan borracho estés y qué tan desesperado. ¿Te diste cuenta de eso?

—No estoy interesado en él ni en nadie más aquí —respondió Jimin con una simplicidad que no dejaba lugar para debate—. Vine porque te lo prometí, vine contigo. No porque estuviera buscando algo.

—Lo sé perfectamente —Taehyung sonrió con algo que se parecía peligrosamente al orgullo paternal—. Y nunca pensé que diría esto considerando cómo empezamos nuestra amistad con beneficios, pero me alegro genuinamente de que lo rechazaras. Significa que esto que sientes es completamente real, que no estás solo buscando cualquier distracción temporal o validación de tu atractivo, o simplemente sexo casual para explorar tu sexualidad. Estás enganchado específicamente con ese hombre en particular y con nadie más.

Jimin se quedó callado mientras procesaba esas palabras, sintiendo cómo algo en su pecho se apretaba incómodamente. Seguía aterrorizándolo admitir en voz alta lo que ya sabía internamente. Su preferencia sexual había sido durante mucho tiempo solo eso para él, algo puramente físico y sexual que podía controlar y mantener separado del resto de su vida. Pero sentir algo genuino y profundo hacia un hombre específico, tan pronto después de salir del armario, tan intensamente que consumía cada pensamiento, era como experimentar el primer amor de la adolescencia cuando no tienes las herramientas emocionales para manejarlo apropiadamente.

Taehyung continuó después de tomar otro trago largo de su propia bebida.

—Y si todavía te preocupa tu trabajo, tu carrera corporativa, tu reputación profesional cuidadosamente construida durante años, déjame decirte algo importante basado en experiencia real —dijo mientras se inclinaba más cerca—. Conozco personalmente al menos cinco personas de alto nivel que trabajan en empresas exactamente como la tuya que son abiertamente bi o gay, todos ellos ejecutivos bien pagados y respetados. No te van a despedir por ser gay, Jimin. No en una corporación internacional moderna que se preocupa por su imagen pública y las demandas por discriminación. Los tiempos han cambiado más de lo que crees.

—No es solo el trabajo lo que me preocupa —admitió Jimin con voz que salió más tensa de lo que pretendía—. Es absolutamente todo, Tae. Toda la mierda que me metieron en la cabeza desde que era un niño pequeño. Mi padre diciendo constantemente que los hombres de verdad no lloran, que los hombres de verdad se casan con mujeres apropiadas y tienen hijos biológicos que continúan el apellido familiar con orgullo. Mi madre hablando obsesivamente sobre nietos desde el día que cumplí veinte años como si ese fuera mi único propósito en la vida. Los compañeros de universidad burlándose cruelmente de cualquiera que pareciera remotamente diferente o afeminado. Cinco años completos casado con Soomin, fingiendo todos los días que era feliz, que esto era lo que quería, que ella era suficiente.

Su se quebró ligeramente antes de continuar.

—Me aterra hacerlo completamente público en todos los aspectos de mi vida —confesó con una vulnerabilidad cruda—. Decirles directamente a mis padres que su hijo perfecto es gay, a mis amigos de la universidad que probablemente harán exactamente las mismas bromas crueles que solían hacer sobre otros. A todo mi mundo anterior que se construyó sobre la mentira de quién se suponía que debía ser. Me aterra perder absolutamente todo lo que construí con tanto esfuerzo durante décadas para mi futuro.

Taehyung extendió su mano a través de la mesa y la puso sobre la de Jimin en un gesto simple de apoyo que no necesitaba palabras para comunicar comprensión.

—Todo eso que sientes es completamente válido y real, amigo —dijo con una suavidad genuina—. Esos miedos son totalmente comprensibles y nadie que haya pasado por esto te va a juzgar por tenerlos. Nadie con empatía está diciendo que tienes que salir del armario mañana mismo de forma dramática y pública, que tienes que publicar algo en todas tus redes sociales o hacer un anuncio formal en la oficina. Esto es tu proceso personal, tu tiempo específico, tu decisión y de nadie más.

Hizo una pausa deliberada para que sus palabras se asentaran.

—Pero también es innegable que estás aquí esta noche —continuó señalando el espacio que los rodeaba—. Sentado en un bar gay abiertamente, hablando sin filtros sobre un hombre te importa de verdad, de una manera que va más allá de lo físico. Hace solo cinco meses ni siquiera habrías imaginado hacer esto en tus sueños más locos y atrevidos. Y sin embargo mírate ahora, aquí estás existiendo en este espacio.

Jimin asintió lentamente mientras sentía cómo los ojos le picaban ligeramente, lágrimas amenazando con formarse, pero se obligó a no llorar en medio de un bar lleno de extraños. No iba a permitirse ese tipo de vulnerabilidad pública.

—Es demasiado todo junto —susurró apenas audible—. Procesar mi sexualidad, lidiar con el divorcio, sentir algo real por alguien que me rechaza, preocuparme por un niño que no es mío. Es abrumador.

—Es muchísimo —acordó Taehyung con honestidad—. Nadie va a negar que estás lidiando con una cantidad insana de cambios simultáneos. Pero lo estás haciendo de todas formas, Jimin. Estás aquí, intentándolo, avanzando paso a paso incluso cuando es aterrador. Y eso es suficiente por ahora, no tienes que tener todo resuelto inmediatamente.

Jimin asintió presionando sus labios en una fina línea, de acuerdo con su amigo.

A las 2:17 de la madrugada, cuando el bar comenzaba a vaciarse ligeramente y la música había bajado algunos decibeles de volumen, salieron finalmente a la calle.

El aire fresco de la madrugada golpeó a Jimin como una bofetada física después de horas respirando el aire denso y caliente del interior. El contraste de temperatura hizo que se mareara brevemente, el mundo inclinándose ligeramente hacia un lado antes de estabilizarse, y tuvo que apoyarse contra la pared del edificio por un momento.

Taehyung lo sostuvo del brazo con firmeza mientras sacaba su teléfono y llamaba a un taxi a través de su aplicación con dedos que se movían sorprendentemente coordinados considerando cuánto había bebido.

El taxi llegó en menos de cinco minutos, un sedán negro con un conductor de mediana edad que claramente había visto demasiadas noches como esta para sorprenderse por dos hombres ebrios saliendo de un bar gay. Se subieron ambos al asiento trasero, y Taehyung

le dio la dirección del edificio de Jimin al conductor antes de que Jimin pudiera protestar que Taehyung vivía en dirección completamente opuesta.

Durante el trayecto de vuelta a Gangnam, Jimin apoyó la cabeza contra la ventana fría que se sentía increíble contra su piel sobrecalentada. Miraba las luces de la ciudad pasar borrosas a través del vidrio, transformadas en líneas de color por su visión afectada por el alcohol y el cansancio acumulado.

—Gracias —dijo en voz baja después de varios minutos de silencio cómodo—. Por absolutamente todo. Por escucharme sin juzgar cuando probablemente merezco ser juzgado, por no abandonarme cuando yo básicamente te abandoné durante semanas. Por estar aquí cuando realmente lo necesitaba... por ser un amigo de verdad más allá de lo que tuvimos.

—No hay absolutamente nada que agradecer —respondió Taehyung con una suavidad que contrastaba con su tono habitual más juguetón—. Para eso están los amigos de verdad. Amigos que ocasionalmente follaban cuando ambos lo necesitaban físicamente, sí, pero principalmente amigos. Ya sé que lo que realmente necesitas ahora es amor, Jimin, amor real y recíproco.

Jimin se quedó completamente callado mientras esa última palabra resonaba en su cabeza con un peso que no había anticipado.

"Amor...", se repitió mentalmente la palabra como si fuera en un idioma extranjero que estaba tratando de aprender. Durante todo este tiempo, durante todas estas semanas de obsesión y búsqueda desesperada, tal vez no había estado buscando solo algo físico y pasajero como había intentado convencerse. Tal vez lo que realmente buscaba era algo mucho más fundamental y aterrador.

—Que te follen con amor también, no solo con técnica —interrumpió Taehyung sus pensamientos, trayéndolo bruscamente de vuelta a la realidad—. Porque el sexo técnicamente perfecto sin emoción real se vuelve vacío eventualmente. Lo sé por experiencia.

Jimin soltó una risa corta que era diversión y algo más complicado. La primera risa genuina que había tenido en días que no estaba teñida completamente por amargura o desesperación.

El taxi los dejó frente al edificio de apartamentos de Jimin, deteniéndose en la entrada principal donde el portero nocturno los observaba con una expresión cuidadosamente neutral. Taehyung pagó la tarifa completa antes de que Jimin pudiera siquiera alcanzar su billetera, rechazando el dinero con un gesto de mano cuando Jimin intentó reembolsarle.

Lo acompañó hasta el lobby elegante con sus pisos de mármol que reflejaban las luces como espejos, y luego hasta el ascensor privado que requería un código que solo los residentes conocían.

Ahí finalmente se dieron un abrazo que fue largo y fuerte, sin nada sexual o ambiguo en el contacto. Solo dos amigos sosteniéndose mutuamente en un momento donde ambos lo necesitaban aunque por razones completamente diferentes.

—Llámame cuando necesites hablar sobre cualquier cosa —dijo Taehyung contra su hombro, su aliento cálido contra la chaqueta de cuero de Jimin—. Cuando necesites desahogarte sin filtros, o cuando pase algo significativo con él que necesites procesar. Lo

que sea y a la hora que sea. Quiero saber absolutamente todo porque me importas. ¿Está bien? Deja de huir, de esconderte, de fingir que estás solo cuando claramente no lo estás.

—Sí, está completamente bien —prometió Jimin mientras asentía contra el hombro de Taehyung, sintiendo cómo algo en su garganta se apretaba con emoción—. Tú igual cuenta conmigo para lo que necesites, por favor, Tae. No quiero que esto sea sólo por mí.

—Lo prometo, tonto —aseguró con tono dulce.

Se separaron finalmente, y Jimin entró al ascensor solo mientras las puertas de acero pulido se cerraban lentamente. Subió en un silencio que era casi meditativo, observando los números iluminarse uno tras otro hasta llegar a su piso.

Cuando llegó a su apartamento, se quitó los zapatos en la entrada dejándolos caer descuidadamente en lugar de alinearlos perfectamente como normalmente hacía. Se dejó caer en el sofá de cuero sin siquiera molestarse en encender las luces porque la oscuridad se sentía apropiada para su estado. Solo la iluminación de la ciudad entraba por los ventanales enormes, creando patrones de luz y sombra que se movían ligeramente cuando los autos pasaban por la calle abajo.

Miró el techo durante un rato largo que podría haber sido minutos u horas, su cerebro procesando todo lo que había discutido con Taehyung mientras el alcohol seguía corriendo por sus venas.

Por primera vez en semanas, tal vez meses si era completamente honesto consigo mismo, no pensó obsesivamente en salir a buscar a Ian esa misma noche a pesar de lo tarde que era. No consideró conducir borracho a Mapo para ver si por algún milagro estaba en su esquina, no planeó pasar por el café mañana temprano esperando interceptar a Jun en su camino a la escuela.

En lugar de eso, pensó cuidadosamente en cómo podría eventualmente volver a sus vidas de una manera que no los asustara ni los hiciera sentir acosados, cómo podría demostrar que sus intenciones eran genuinas sin ser asfixiante o invasivo, probar que no era solo otro cliente rico buscando redención temporal para su culpa o tratando de comprar su camino hacia algo que no se podía comprar.

Mostrar con acciones consistentes a lo largo del tiempo que esto era real para él. Que sus sentimientos, aunque confusos y torpes y probablemente inapropiados, eran genuinos y no iban a desaparecer solo porque se volviera difícil o incómodo.

Que él era capaz de ser una presencia positiva en sus vidas si le daban la oportunidad de demostrarlo apropiadamente.

No sabía exactamente cómo hacerlo todavía, el camino no estaba claro y probablemente cometería más errores en el proceso. Pero por primera vez sentía que tal vez, solo tal vez, había una forma de hacer las cosas correctamente si era lo suficientemente paciente y cuidadoso.

Y por primera vez en muchísimo tiempo, se quedó dormido sin dar vueltas durante horas en la cama, sin levantarse cada treinta minutos para revisar su teléfono o mirar por la ventana, ni pesadillas donde Ian lo miraba con odio o donde Jun desaparecía entre la multitud sin que pudiera alcanzarlo.

Solo un sueño profundo y reparador que su cuerpo había estado necesitando desesperadamente durante semanas.

Con algo pequeño pero persistente creciendo en su pecho que se parecía peligrosamente a la esperanza de que tal vez, eventualmente, podría encontrar una manera de arreglar el desastre que había creado.



El lunes se arrastró como si alguien hubiera decidido que cada hora necesitaba durar el triple de lo normal, el tiempo estirándose hasta volverse pesado como una mochila en la espalda.

Las reuniones se alargaban sin sentido real porque nadie quería tomar decisiones definitivas, todos pasándose la responsabilidad unos a otros como si fuera veneno en lugar de trabajo. Los correos electrónicos se acumulaban en su bandeja de entrada reproduciéndose como conejos, ciento cuarenta y siete sin leer cuando finalmente revisó a las cuatro de la tarde con los ojos ardiendo de mirar la pantalla demasiado tiempo. Soojin entraba cada pocos minutos con más carpetas para firmar, más documentos que requerían su atención inmediata, más crisis menores que aparentemente solo él podía resolver aunque todos en esa oficina ganaban salarios de seis cifras específicamente para manejar estas cosas.

Cuando finalmente salió de la oficina el reloj digital en la recepción marcaba las 21:37, casi diez de la noche y el edificio prácticamente vacío excepto por el personal de limpieza nocturno y dos analistas junior que claramente intentaban impresionar a alguien quedándose hasta tarde.

No tenía hambre a pesar de no haber comido nada desde el desayuno, su estómago tenía un nudo apretado que rechazaba la idea de alimento. No tenía ganas de volver al apartamento vacío donde todo seguiría exactamente igual, el mismo silencio, las mismas paredes, la misma soledad y pensamientos abrumadores esperándolo noche tras noche como un perro fiel que no sabía hacer otra cosa.

Bajó al garaje subiendo al Porsche y encendió el motor antes de simplemente... conducir.

Sin rumbo definido, sin plan, sin destino, solo sus manos en el volante y la carretera extendiéndose frente a él bajo las luces de los semáforos que cambiaban de color en secuencias predecibles.

Tomó la avenida principal saliendo de Gangnam con el tráfico moderado a esa hora después de que la hora pico había pasado. Tomó una salida secundaria cuando apareció sin razón particular, después otra y otra más sin pensar conscientemente en hacia dónde iba, solo siguiendo las luces y cambiando de carril sin motivo real.

Treinta minutos después, tal vez más porque había perdido la noción del tiempo por completo, se dio cuenta de que estaba en una zona que no conocía bien, ni Gangnam ni los suburbios profundos sino algo intermedio y liminal que existía en los espacios entre edificios de cinco o seis pisos con fachadas desgastadas por años de lluvia ácida y contaminación, letreros comerciales apagados, restaurantes de cadena ya cerrados con las sillas apiladas sobre las mesas visibles a través de las ventanas, supermercados con luces fluorescentes que parpadeaban.

Dobló por una calle estrecha sin señalización clara, luego por otra más estrecha todavía, terminando en un callejón detrás de lo que parecía ser un gran mercado mayorista de frutas y verduras ya cerrado con puertas metálicas y candados enormes asegurando cada entrada.

El callejón estaba iluminado con apenas una farola funcionando a medias al final, lleno de contenedores industriales de basura y bolsas negras de residuos apiladas contra las

paredes, cajas de cartón vacías desarmadas y tiradas sin orden.

Jimin iba a dar vuelta porque este claramente no era lugar para estar a esta hora.

Cuando vio movimiento, una figura agachada junto a uno de los contenedores abiertos.

Frenó instintivamente con el corazón comenzando a latir más rápido sin saber por qué.

La figura se movía con propósito, sacando algo del interior del contenedor, una caja de cartón que sostenía con cuidado. Se enderezó ligeramente y una linterna pequeña y barata estaba sostenida entre sus dientes, iluminando el contenido de la caja con luz tenue que apenas penetraba la oscuridad.

Y Jimin lo reconoció instantáneamente, el mundo deteniéndose por completo.

Ian vestía la misma chaqueta azul que había visto antes con la capucha subida cubriendo su cabeza, jeans oscuros, zapatillas viejas con lona desgastada.

Estaba revisando el contenido de la caja con cuidado meticuloso, verduras descartadas por el mercado, lechugas con hojas de bordes marchitos pero todavía comestibles, zanahorias blandas en algunos extremos, tomates con golpes y magulladuras oscureciendo la piel roja, un par de cebollas aplastadas, papas con brotes comenzando a crecer que todavía podían cortarse y cocinarse. Estaban allí tiradas sólo por su apariencia, pero para Ian, servían completamente.

Él examinaba cada pieza individualmente con la concentración de alguien realizando cirugía, separando las que todavía podían salvarse en una bolsa de tote de tela, tirando las completamente podridas de vuelta al contenedor donde aterrizaban con sonidos diferentes.

Jimin sintió que algo se le rompía en el pecho, algo fundamental quebrándose como cristal bajo presión, hasta que no quedó nada excepto bordes afilados que cortaban desde dentro.

Apagó el motor sin pensarlo, bajó del auto sin considerar las consecuencias, sin pensar en los consejos de su amigo y lo que realmente le convenía en ese momento, sus pasos resonando en el pavimento húmedo del callejón demasiado fuerte en el silencio nocturno.

Ian levantó la cabeza bruscamente como un animal sorprendido, la linterna cayendo de su boca y rebotando contra el suelo con un sonido metálico que reverberó entre las paredes cercanas.

Por un segundo completo sus ojos se encontraron y Jimin vio pasar tres emociones distintas por el rostro de Ian en rápida sucesión que apenas tuvo tiempo de procesar.

Primero sorpresa absoluta con los ojos abriéndose enormes, luego vergüenza pura y visceral, con las mejillas enrojeciendo incluso en la poca luz, y finalmente rabia, ira ardiente y protectora que transformó completamente su expresión.

—¿Ahora me estás siguiendo? —escupió las palabras levantándose rápidamente, la caja aún entre sus manos—. ¿Qué mierda quieres de mí? ¿Acosarme hasta que me vuelva loco?

Se quitó la capucha con un movimiento brusco revelando cabello peinado con un pequeño moño, dejando un fleco ondulado a cada lado y algunos mechones alrededor de su cuello.

Jimin se detuvo a unos tres metros de distancia levantando ambas manos en gesto universal de paz aunque sus manos temblaban visiblemente.

—No... yo solo... pasaba por aquí. Te lo juro, Ian, yo no sabía que estarías aquí, no te estaba buscando —las palabras se atascaron en su garganta saliendo entrecortadas y desesperadas.

El joven soltó una risa seca y áspera, completamente desprovista de humor real.

—Claro, por supuesto. Pasabas casualmente por aquí en tu auto que probablemente cuesta lo que yo gano en cinco años, por este callejón de mierda detrás de un mercado cerrado a las diez de la noche. Totalmente creíble.

Se agachó para recoger la caja de cartón agarrándola contra su pecho como si fuera un escudo que pudiera protegerlo de la humillación de ser visto así.

Jimin dio un paso vacilante hacia adelante con el corazón latiendo tan fuerte que pensó que Ian podría escucharlo.

—Déjame ayudarte. Por favor, por favor, déjame... no sé, comprar comida, no hace falta dinero si no comprar...

—No —interrumpió con una voz tan baja y peligrosa que hizo que Jimin se detuviera en seco—. No necesito tu puta pena. Maldita sea, ¿Está claro? Esto es temporal, solo hasta que mejore la situación, yo ya encontraré la manera de salir de esta mierda. No necesito que vengas a jugar al héroe salvador como si fuera algún proyecto de caridad.

Apretó la caja más fuerte contra su pecho hasta que sus nudillos se pusieron blancos por la fuerza del agarre.

Jimin miró la caja y las verduras maltratadas y la linterna barata tirada en el suelo con la luz parpadeando débilmente, y antes de que pudiera detenerse, antes de que su cerebro procesara lo terrible de las palabras, lo dijo.

—Jun no debería verte haciendo esto.

El silencio que siguió fue tan absoluto que Jimin pudo escuchar su propio pulso golpeando en sus oídos.

Luego, Ian dio un paso directo hacia él con los ojos encendidos con una furia que Jimin no había visto antes, que lo hizo retroceder instintivamente.

—¿Mi hijo? —repitió cada palabra articulada con precisión cortante como cuchillos lanzados con intención de herir—. ¿Te crees con algún derecho de hablar sobre mi hijo? ¿De decirme cómo criarlo? ¿De juzgar cómo lo mantengo vivo?

Dejó caer la caja al suelo sin cuidado, verduras rodando y aplastándose contra el pavimento húmedo.

—Mi hijo come todos los días. Todos los putos días, tiene un techo sobre su cabeza, ropa limpia, va a la escuela, hace sus tareas, está sano, seguro. Y más amado de lo que probablemente tú fuiste jamás con todos tus privilegios. ¿Puedes decir lo mismo de tu conciencia cuando te miras al espejo todas las mañanas, príncipe?

Cada palabra era un golpe directo que aterrizaba con precisión devastadora.

Jimin sintió como si le hubieran pateado el estómago, todo el aire abandonando sus pulmones de golpe.

—No quise decir eso. No era mi intención...

—Claro que era tu intención —lo cortó sin piedad—. Exactamente esa era tu intención. Tú vienes aquí en tu auto caro, pagas por follar como quien compra café, te sientes generoso, el maldito rey dando propinas exageradas que probablemente ni siquiera notas que faltan en tu cuenta. Crees que estás haciendo caridad, te vas sintiéndote mejor contigo mismo a tu casita de lujo con vista panorámica y cama de sábanas egipcias... y yo me quedo aquí, sigo aquí. —Respiró profundo temblando de rabia contenida que parecía a punto de explotar—. Esa es la diferencia entre tú y yo. Tú juegas a ser buena persona pagando por ello, y yo sobrevivo siendo una.

Jimin sintió lágrimas amenazando con formarse y las parpadeó violentamente intentando mantener algo de dignidad aunque ya sabía que era demasiado tarde para eso.

—Al menos... al menos dame tu número de teléfono. Para poder llamarte, para coordinar, para...

—No tengo teléfono, ¡Qué casualidad!—lo interrumpió nuevamente con risa amarga que sonó como cristales rompiéndose—. ¿Sorpresa? No puedo costearme uno. Bienvenido a la realidad, Jimin.

El castaño abrió la boca pero no salió absolutamente nada, su cerebro fue incapaz de formular una sola respuesta adecuada a esto.

Ian se agachó recogiendo la bolsa con las verduras salvables mientras ignoraba completamente la caja caída y las verduras que ya no servían.

—No me busques más, no vuelvas a esa calle, no aparezcas en el café, y no merodees por parques. No quiero tu dinero, no quiero tu ayuda, ni quiero tu lástima. No quiero nada tuyo. Fuiste un cliente, nada más. ¿Te gustó? ¿Lo disfrutaste? Me alegro, ¡No te debo nada ni tú a mí! Deja esta obsesión enfermiza antes de que llame a la policía por acoso.

Se dio media vuelta comenzando a caminar rápidamente hacia el fondo del callejón donde había una salida a otra calle lateral, la bolsa balanceándose en su mano, la capucha subida de nuevo, ocultándolo.

—Ian... por favor... —intentó con voz quebrándose pero Ian ya había doblado la esquina desapareciendo en la oscuridad como si nunca hubiera estado ahí.

El callejón quedó en silencio sepulcral con solo el sonido distante de tráfico en la avenida principal, el zumbido eléctrico de la farola defectuosa y el viento moviendo las bolsas de basura en susurros que sonaban como acusaciones.

Jimin miró el contenedor de basura abierto con las verduras podridas todavía dentro, las bolsas rotas apiladas contra las paredes húmedas, la caja de cartón vacía tirada en el suelo como evidencia de algo que nunca debería haber presenciado pero que ahora no podría olvidar jamás.

Sus piernas lo llevaron hacia la pared más cercana, ladrillo sucio y manchado con graffiti descolorido. Se apoyó contra ella sintiendo la superficie áspera contra su espalda, su propia respiración fallando, ahogándolo, antes de deslizarse hacia abajo hasta quedar sentado en el pavimento frío y húmedo con las rodillas contra el pecho y la frente presionada contra sus propios brazos.

Y las lágrimas llegaron sin advertencia, sin permiso ni posibilidad de detenerlas.

Primero una caliente bajando por su mejilla, luego otra y otra hasta que no pudo parar, llorando con la cara hundida contra sus brazos mientras los hombros se sacudían violentamente. El traje de miles de dólares se manchaba contra el ladrillo sucio del callejón, la corbata de seda colgando torcida, los zapatos de cuero caros ahora pisando basura y agua sucia que se filtraba a través del cuero italiano.

Lloró por Ian buscando comida en contenedores de basura como si fuera lo más normal del mundo porque probablemente para él lo era, lloró por Jun comiendo verduras rescatadas del descarte sin saber nunca que su padre tenía que humillarse así para conseguirlas, lloró por todo lo que nunca había visto de verdad hasta ese momento preciso porque había estado demasiado cómodo en su burbuja de privilegio para mirar más allá.

Lloró por lo ciego que había sido durante veintiocho años de vida, por lo ignorante y lo completamente desconectado de cómo vivía la mayoría de la gente en este país donde la desigualdad se ensanchaba cada año.

Lloró porque se sentía completamente inútil con millones de wones en cuentas bancarias que crecían incluso mientras dormía y sin poder hacer absolutamente nada que realmente importara o ayudara, porque Ian había dejado muy claro que su ayuda no era bienvenida, ni necesitada ni querida.

Lloró porque cada palabra que le había dicho era verdad absoluta y punzante que cortaba más profundo que cualquier cuchillo real, porque no había defensa posible contra la verdad cuando te golpeaba así de directamente.

Y lloró porque no tenía idea de cómo arreglar nada de esto, cómo tender un puente sobre el abismo que separaba sus dos mundos, cuando ese abismo parecía crecer más ancho con cada segundo que pasaba.

Cuando las lágrimas finalmente se agotaron porque físicamente no quedó nada más que saliera, se quedó ahí sentado vacío y exhausto y roto de formas que nunca había experimentado antes.

Solo el silencio del callejón rodeándolo, la caja vacía en el suelo a metros de distancia como un testigo mudo, observó la linterna barata todavía parpadeando débilmente hasta que finalmente se apagó por completo, dejándolo en oscuridad casi total.

Respiró profundo y tembloroso intentando recuperar algo de compostura aunque ya sabía que esa fachada estaba destruida más allá de cualquier reparación.

Se limpió la cara con las mangas de su camisa blanca ahora antes de levantarse con piernas que apenas lo sostenían, cada músculo protestando como si hubiera corrido un maratón.

Suspiró temblorosamente, agarró la linterna de Ian con intención de mantener consigo algo de buena fé, planeando devolverla a través de la barista del café. Y caminó de vuelta al Porsche con cada paso requiriendo esfuerzo consciente, subió cerrando la puerta, sonido que resonó en el interior del vehículo como un disparo, dejó la linterna sobre el asiento de cuero beige de copiloto sin importarle cuánto manchara. Encendió el motor con mano temblorosa que tardó tres intentos en girar la llave correctamente.

Salió del callejón lentamente sin mirar atrás, porque no podía soportar ver ese lugar otra vez, conduciendo de vuelta a Gangnam en piloto automático completo sin procesar calles ni semáforos ni otros autos, solo movimiento mecánico que lo llevaba de vuelta a su privilegiada vida.

Llegó a su apartamento aparcando en su lugar asignado antes de subir en el ascensor que se deslizaba silenciosamente hacia el piso veintidós, entrando a su hogar vacío que nunca se había sentido tan pero tan frío y estéril como en ese momento.

Se quitó el traje sucio dejándolo tirado en el piso del dormitorio, se metió en la ducha con agua caliente que quemaba su piel pero no suficiente para lavar lo que acababa de presenciar, quedándose bajo el chorro indefinidamente.

Salió secándose automáticamente antes de ponerse bóxers limpios y meterse en la cama mirando el techo en la oscuridad.

Y se preguntó cómo alguien podía tener tanto y aun así no tener nada de lo que realmente importaba, cómo podía dormir en sábanas que costaban más que el salario mensual de la mayoría de la gente mientras Ian rebuscaba en basura para alimentar a su hijo.

No encontró respuesta, solo más preguntas multiplicándose en el silencio hasta que se durmió finalmente cerca de las cuatro de la madrugada.

Con el rostro de Ian lleno de rabia, vergüenza y dolor grabado detrás de sus párpados cada vez que cerraba los ojos, con sus palabras resonando en loop infinito que no podía apagar.

"Esa es la diferencia entre tú y yo. Tú juegas a ser buena persona. Yo sobrevivo siendo una."



El viernes por la mañana, Jimin llegó a la oficina cuando Seúl apenas comenzaba a despertar.

Las calles todavía respiraban con el silencio particular que solo existe entre la noche y el día, momento en que la ciudad parece contenerse antes de lanzarse al caos cotidiano. El edificio se alzaba frente a él como siempre, imponente y frío, pero a las 6:47 AM parecía un montón de lujo hueco, los guardias de seguridad charlaban en la entrada con esa parsimonia de quien tiene toda la madrugada por delante, intercambiando turnos mientras el más joven bostezaba sin disimulo, personal de limpieza arrastraba sus carritos metálicos por los pasillos desiertos.

Subió en el ascensor privado sintiendo cómo el estómago se le contraía con cada piso que ascendía. No era el movimiento del ascensor. Era algo que llevaba días roéndolo por dentro y que esta mañana había decidido materializar en acciones concretas.

Entró a su oficina y cerró la puerta detrás de él. El pestillo se deslizó con un clic suave que nunca antes había usado durante horas laborales, porque nunca había necesitado ese tipo de privacidad.

Hasta ahora.

Se sentó detrás del escritorio y encendió el portátil con manos que apenas temblaban, aunque por dentro sentía que algo se estaba quebrando. La pantalla se iluminó con luz azulada que le pareció demasiado brillante, abrió el navegador en modo incógnito y se quedó mirando el cursor en la barra de búsqueda durante casi un minuto completo antes de escribir: « *investigador privado Seúl máxima discreción* »

Los resultados aparecieron en cascada. Docenas de agencias con sitios web que prometían profesionalismo absoluto, freelancers con perfiles contruidos meticulosamente, testimonios anónimos que juraban eficiencia y silencio. Jimin los leyó todos con cuidado, evaluando cada palabra, cada promesa, buscando algo que no sabía exactamente qué era. Era confianza, quizás, o simplemente la certeza de que lo que estaba a punto de hacer no era una traición sino algo necesario.

Marcó el número del tercero en la lista: *Investigaciones Kang & Asociados*. Veintitrés años de experiencia, según la web. El teléfono apenas sonó dos veces.

—*Oficina Kang, buenos días. ¿En qué podemos ayudarlo?*

La voz era femenina, eficiente, con ese tono profesional que no invitaba a la familiaridad. Jimin respiró hondo antes de hablar.

—Necesito localizar a alguien. Obtener información completa sobre su situación actual, requiero máxima discreción, estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario.

Hubo una pausa al otro lado. El sonido de teclas siendo presionadas.

—*¿Puede venir a la oficina para una consulta inicial? Tenemos disponibilidad hoy a las dos de la tarde.*

—Preferiría un lugar neutral —respondió Jimin, y su voz sonó más firme de lo que sentía—. No su oficina, ni la mía, más bien como un café público. ¿Podrá?

Más teclas. La mujer no parecía sorprendida.

—Entendido. *¿Le parece bien la cafetería Anthracite en Apgujeong? Piso superior, tres y media de la tarde. Es tranquilo a esa hora.*

—Perfecto.

—Pregunte por el investigador Kang. Llegará con carpeta negra.

La línea se cortó sin más ceremonias, y Jimin se quedó mirando el teléfono en su mano como si fuera un objeto extraño, algo que lo había traicionado al permitirle dar ese paso.

El resto del día transcurrió en una bruma. Asistió a reuniones sin procesar realmente lo que se decía, tomó decisiones que su cerebro ejecutaba en piloto automático mientras su mente estaba en otra parte completamente diferente. Soojin lo cubría con ese profesionalismo que solo dan años de trabajar junto a alguien, disimulando sus distracciones, reorientando conversaciones cuando él se perdía a mitad de una frase.

A las 3:15 PM salió de la oficina con la excusa de una cita médica que nadie cuestionó.

La cafetería Anthracite era exactamente el tipo de lugar que Jimin habría elegido para este tipo de encuentro: lo suficientemente concurrida para no llamar la atención, pero con rincones apartados que garantizaban privacidad. Subió al segundo piso y lo vio de inmediato, el investigador Kang estaba sentado en la mesa más alejada, junto a una ventana que daba a un callejón trasero en lugar de la calle principal. Era un hombre de unos cincuenta años, con el cabello gris cortado de forma práctica y un traje del mismo color que parecía diseñado para no ser recordado. La carpeta negra descansaba sobre la mesa junto a una taza de café americano que todavía humeaba.

Levantó la vista cuando Jimin se acercó.

—¿Señor Park?

—Sí.

—Siéntese, por favor.

No hubo saludos preliminares ni cortesías innecesarias. El investigador sacó una libreta pequeña y un bolígrafo, y fue directo al punto.

—Nombre completo o apodo del sujeto.

—Ian —respondió Jimin, y se dio cuenta de que era la primera vez que pronunciaba ese nombre tan seguro—. Es su nombre de trabajo, probablemente, su apellido real es Jeon. No sé su nombre de pila completo.

El investigador anotó sin levantar la vista, sin reaccionar.

—Descripción física.

Jimin cerró los ojos un momento, y la imagen apareció con una claridad que dolía.

—Alto... de aproximadamente un metro setenta y tantos. Delgado pero tonificado, cabello negro, ondulado, le llega hasta los hombros, ojos grandes, muy expresivos. Veinti... algo

años, se ve joven.

—Ocupación conocida.

Hubo un segundo de vacilación, pero Jimin se obligó a decirlo sin ambages.

—Trabajador sexual, en zona de Mapo. Trabaja principalmente viernes y sábados por la noche.

El investigador no parpadeó siquiera, solo siguió escribiendo con esa caligrafía pequeña y apretada.

—¿Algo más?

—Tiene un hijo. Un niño de unos siete u ocho años, se llama Jun. A veces van juntos a cafés locales, por comida para llevar.

—Zona aproximada de residencia o trabajo.

Jimin le dio todos los detalles que recordaba, desde la calle principal de Mapo, el poste específico donde Ian se posicionaba cada viernes, el mercado mayorista cercano, el café donde había visto a Jun aquella tarde. Cada detalle se sentía como una pequeña traición, pero continuó hasta que no quedó nada por decir.

—Plazo de entrega esperado.

—Una semana, máximo diez días. Necesito saber todo, nombre completo, historia personal si es posible. Todo.

El investigador asintió una vez, con la economía de movimientos de quien ha hecho esto cientos de veces.

—Coste inicial, son cincuenta millones de wones, mitad ahora como anticipo, mitad al entregar el informe completo. Nada de contacto directo con el sujeto durante la investigación a menos que usted específicamente lo ordene, y confidencialidad absoluta garantizada. ¿Aceptable?

Jimin sacó su chequera del bolsillo interior de su chaqueta. La abrió sobre la mesa y escribió la cantidad con mano firme: ₩25,000,000.

Firmó con un trazo que se veía mucho más seguro de lo que pretendía. Arrancó el cheque y lo deslizó por la mesa.

El investigador lo recogió, lo examinó brevemente con ojo profesional, y lo guardó en su carpeta.

—Recibirá el informe completo en su domicilio dentro de siete a diez días. Sobre manila sin remitente, si necesita contactarme antes, tiene mi número.

Se levantó, tomó su carpeta, y se fue sin ceremonias.

Jimin se quedó sentado en esa mesa durante veinte minutos más, mirando el café que ni siquiera había ordenado, preguntándose si acababa de cometer el error más grande de su vida o si, por primera vez en mucho tiempo, estaba haciendo algo que realmente importaba.

Los días que siguieron fueron una tortura de espera. Cada noche al llegar a casa revisaba el suelo junto a la puerta con una ansiedad que le revolvía el estómago.

Nada, nada y nada.

Hasta que exactamente una semana después, el jueves por la noche, llegó a su apartamento a las 10:43 PM y ahí estaba.

Un sobre manila grande, deslizado por debajo de la puerta. Sin remitente, sin sellos postales, solo su nombre escrito con rotulador negro en el centro: *PARK JIMIN*.

El corazón le dio un vuelco tan violento que tuvo que apoyarse contra la pared un momento. Lo recogió con manos que ahora sí temblaban sin control, sintiendo el peso del sobre entre sus dedos. Estaba lleno, y pesaba.

Caminó hasta la cocina sin siquiera quitarse el abrigo, dejó las llaves sobre la encimera con un clic metálico que resonó en el silencio del apartamento. Abrió el sobre con un cuidado excesivo, como si el simple acto de romper el papel pudiera desatar algo irreversible.

Veintisiete páginas grapadas en la esquina superior izquierda.

La primera hoja tenía una fotografía en la parte superior, borrosa, claramente tomada a distancia con zoom, pero absolutamente inconfundible.

Era él.

Era Ian.

Excepto que debajo de la foto decía:

JEON JUNGKOOK.

Jimin tuvo que leerlo tres veces antes de que el nombre se registrara realmente en su cerebro.

"Jungkook...", suspiró en su mente. "*Su nombre real es Jungkook*".

Edad: 25 años

Altura: 1.78 m

Peso: 68 kg

Jimin presionó sus labios.

"*Bajo peso para su altura...*"

Fecha de nacimiento: 1 de septiembre, 1999

Siguió leyendo con un nudo creciente en la garganta:

Estado civil: Soltero

Hijo: Jeon Jun, 8 años

Dirección actual: Habitación 203, Goshiwon Hanbit, Calle Heukseok-ro 17-84, Barrio Dongjak-gu, Seúl

El resto era una letanía de trabajos precarios y cifras que apenas alcanzaban para sobrevivir. Jornalero eventual, construcción, mudanzas, limpieza, trabajo sexual los fines de semana. Ingresos mensuales entre un millón ochocientos mil y dos millones trescientos mil wones, sin deudas activas, sin antecedentes penales.

Todo limpio, todo legal, todo desesperadamente insuficiente.

Pasó a la segunda página y lo que leyó ahí le atravesó como un cuchillo.

HISTORIA PERSONAL:

Jeon Jungkook nació en Busan, hijo único. Padre alcohólico con historial de violencia doméstica. Madre trabajando de maestra de jardín de niños, incapaz de protegerlo realmente. Servicios sociales intentaron intervenir cuando Jungkook tenía once años, pero el sistema falló como siempre falla con los que no tienen recursos para defenderlo. Jungkook huyó tres veces de los centros de acogida antes de que lo dejaran volver con su familia bajo supervisión.

Trabajos ilegales para menores desde los quince años. Instituto público mientras trabajaba de noche.

A los dieciséis años comenzó una relación con una compañera de clase, Jung Jieun. A los diecisiete, ella quedó embarazada.

Ambas familias los expulsaron. Sin apoyo, sin recursos, sin red de seguridad. Vivieron juntos en un goshiwon durante el embarazo mientras Jungkook trabajaba tres empleos simultáneos para mantenerlos a flote.

Jieun entró en labor de parto prematura a las treinta y seis semanas.

Complicaciones: hemorragia masiva post-parto. Necesitaban transfusión urgente de un tipo de sangre raro, el hospital público no tenía suficientes reservas. El traslado a un hospital privado requería pago anticipado de quince millones de wones.

Jungkook no pudo reunir el dinero.

Jung Jieun falleció por hemorragia a las 11:47 PM del 23 de marzo de 2017.

Tenía diecisiete años.

El bebé sobrevivió.

Jimin tuvo que detenerse. Cerró los ojos y respiró hondo tres veces, pero no sirvió de nada porque cuando los abrió las lágrimas ya estaban ahí, calientes y rabiosas, rodando por sus mejillas sin permiso.

Diecisiete años.

Jungkook había perdido a la madre de su hijo a los diecisiete años porque no había podido reunir el dinero suficientemente rápido. Porque el sistema había decidido que su vida valía menos que quince millones de wones.

Continuó leyendo con visión borrosa:

SITUACIÓN ACTUAL:

Reside en Goshiwon Hanbit. Habitación individual, trescientos cincuenta mil wones de alquiler mensual. Baño compartido, cocina compartida,, comparte el espacio con su hijo Jun.

Jun asiste a la Escuela Primaria Pública Dongil. Uniforme de segunda mano, mochila remendada múltiples veces.

Los gastos mensuales estaban detallados con una precisión brutal: alquiler, alimentos, transporte público, materiales escolares, medicamentos para la bronquitis crónica de Jun. Todo sumado dejaba un margen de ahorro que oscilaba entre mínimo e inexistente.

Las páginas siguientes incluían fotocopias de documentos que Jimin no quería saber cómo habían conseguido. Recibos de alquiler con sellos de "PAGADO CON RETRASO", facturas médicas del Hospital Infantil Dongil.

Y fotografías. Dios, las fotografías.

Jungkook saliendo de una obra de construcción, cubierto de polvo y cemento, con esa expresión exhausta que Jimin nunca había visto en su rostro durante las noches en Mapo.

Jungkook y Jun en la entrada del goshiwon, un edificio de cuatro pisos con pintura descascarada y ventanas rotas en el tercer piso.

Jun en la puerta de su escuela, con un uniforme azul marino dos tallas demasiado grande colgando de sus hombros pequeños, mochila verde con parches de diferentes colores claramente cosidos a mano. Pero sonriendo. Sonriendo con esa sonrisa enorme y brillante que no tenía ningún derecho a existir dadas las circunstancias.

Jimin leyó todo dos veces completas, de pie junto a la encimera de mármol de su cocina que probablemente había costado más que todo lo que Jungkook ganaba en un año.

Cuando terminó la segunda lectura, dejó el sobre abierto sobre la superficie fría y simplemente se quedó ahí, mirando la pared blanca frente a él mientras el cielo visible a través de la ventana del salón transitaba lentamente de negro a gris oscuro, a gris claro, a ese azul pálido que anuncia el amanecer.

No se movió en toda la noche, si no sólo procesó, intentó entender, y falló miserablemente.

Otra vez.

"*La vida es una mierda...*", pensó, la injusticia que les tocaba a algunos vivir por simple destino. Maldito destino.

oo

En la oficina, los días siguientes fueron un desastre apenas sostenido por la inercia de la rutina. El lunes por la tarde, Seunwoo y Hyunjin lo acorralaron en la sala de descanso del piso veintisiete mientras intentaba preparar su cuarto café del día.

—Jimin, hermano, llevas semanas como zombie andante —dijo Hyunjin, y había preocupación real en su voz, aunque también frustración—. ¿Sigues deprimido por lo de Soomin? Ya pasaron cuatro meses del divorcio, loco. Necesitas salir, conocer gente nueva, moverte.

Seunwoo soltó una risa y le dio una palmada en la espalda que Jimin apenas sintió.

—Minji ya se dio oficialmente por vencida contigo. Me lo dijo la semana pasada. "Tu amigo es un caso perdido" —Negó con la cabeza—. Medio raro de tu parte, honestamente. Era una opción perfecta, guapa, inteligente, buen trabajo. Todo.

Jimin forzó una sonrisa que no llegó ni remotamente a sentir.

—No es por Soomin. Ya superé eso hace tiempo.

Hyunjin alzó una ceja.

—¿Entonces qué mierda te pasa? ¿Problemas en la empresa? ¿Malos números?

—Algo personal. Ya pasará, chicos.

Seunwoo le dio otra palmada, esta vez en el hombro.

—Pues arréglalo pronto, lo que sea. Pareces literalmente un muerto viviente, ojeras hasta el piso, has perdido peso, tu asistente nos dijo que te olvidas de reuniones. No, no es normal.

—Lo sé. Estoy trabajando en ello.

Hyunjin y Seunwoo intercambiaron miradas preocupadas pero no presionaron más, y Jimin aprovechó para escapar de vuelta a su oficina. Cerró la puerta, pasó el pestillo, abrió el cajón inferior derecho de su escritorio y sacó el sobre manila que ahora guardaba ahí como si fuera algo sagrado o maldito, no estaba seguro de cuál de las dos.

Hojeó las páginas hasta llegar a la fotografía de Jun en la puerta de la Escuela Primaria Dongil. Uniforme grande, mochila remendada, zapatillas que ya mostraban desgaste. .

Y esa sonrisa. Esa malditamente inocente sonrisa que no tenía sentido en un mundo tan brutal.

Jimin cerró los ojos con fuerza hasta que le dolieron, apretándolos como si pudiera exprimir la confusión y el dolor que lo estaban destrozando por dentro. Se quedó así durante varios minutos largos, respirando despacio, intentando controlar la emoción que amenazaba con desbordarse.

No sabía qué hacer, pero sí sabía que tenía que hacer algo real, ya basta de trabas. Debía hacer algo que importara. Pero maldición, no sabía cómo hacerlo sin destrozar el poco orgullo que le quedaba a Jungkook. Sin convertirse en exactamente lo que él le había acusado de ser aquella noche.

"Un rico jugando al salvador con complejo de culpa."

¿Cómo ayudas a alguien que no quiere tu ayuda? ¿Cómo demuestras que tus intenciones son genuinas cuando todo el contexto sugiere lo contrario? ¿Cómo cruzas el abismo entre dos mundos completamente diferentes?

No tenía respuestas.

Solo más, más y más preguntas multiplicándose como fractales en su cabeza. Y semana tras semana, eran más, más y más.

"Estoy harto...", harto de tratar de hacer las cosas bien y fallar, sólo fallar.

Tres golpes firmes en la puerta.

—¿Señor Park? —La voz de Soojin—. La reunión de las once está esperando.

Jimin abrió los ojos, guardó el sobre de vuelta en el cajón y cerró con llave. Se levantó con piernas que apenas le respondían, se alisó la camisa arrugada, se pasó las manos por el cabello despeinado y salió de su oficina.

En el pasillo, pasó frente a una ventana de vidrio reflectante y se detuvo sin pensarlo realmente. Se miró, llevaba ojeras buscando marcarse más, la expresión de alguien que no ha dormido apropiadamente en semanas.

Y por primera vez en su vida adulta, por primera vez desde que se había convertido en el Park Jimin, CEO exitoso hombre de negocios respetado, no tenía absolutamente ninguna idea de qué rayos hacer con el hombre que lo miraba de vuelta desde el reflejo.

Y no era como aquella vez antes de redescubrirse... era peor.



19

Nota de autora: Hola, amores. Espero estén disfrutando como suele ser, las cosas locas que se me ocurren 💙

Y bienvenida/o, a éste capítulo que narra un poco de la vida de Ian... bueno, no. Jungkook, nuestro querido Jungkook. Inicia luego de la discusión del capítulo:

💧 17 💧

Gracias por tu dulce atención 🍷



Jungkook dobló la esquina del callejón caminando tan rápido que casi corría, con la bolsa de tela golpeándose contra su muslo en cada zancada mientras el corazón le latía tan fuerte que podía sentirlo en la garganta. No se permitió mirar atrás, no podía. Si lo hacía, si veía ese maldito Porsche negro todavía parado ahí o peor aún, a Jimin de pie junto al contenedor de basura mirándolo alejarse, algo dentro de él se quebraría definitivamente.

Siguió caminando hasta que llegó a la calle principal donde los letreros de neón todavía brillaban con su resplandor artificial que convertía la noche en algo casi diurno, donde la gente normal transitaba sin prestarle atención. Un hombre más con una bolsa de compras volviendo a casa, nada extraordinario, ni que mereciera una segunda mirada.

Solo cuando estuvo lo suficientemente lejos, cuando el mercado mayorista quedó varias cuadras atrás y la posibilidad de que Jimin lo hubiera seguido se redujo a cero, se detuvo junto a una parada de autobús vacía y se apoyó contra el panel de material rayado que mostraba publicidad de algún drama nuevo que nunca vería.

Y respiró.

Inhaló profundo, exhaló despacio, pero el aire no llegaba a sus pulmones correctamente. Algo lo estaba oprimiendo desde dentro, apretándole el pecho hasta que dolía físicamente.

Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

"No, jeon. No aquí, no ahora... aguanta".

Pero la rabia que había mantenido en su lugar durante toda la confrontación comenzó a disolverse, convirtiéndose en algo peor, algo que no podía controlar tan fácilmente. La vergüenza llegó primero, caliente y visceral, recorriéndolo desde la coronilla hasta los pies. Jimin lo había visto, y lo había visto rebuscando descarte de verduras en la basura como un perro callejero. Lo había visto en su momento más bajo, más patético, más desesperado.

Las manos le temblaban. Cerró los puños intentando detenerse pero solo empeoró, extendiéndose por sus brazos hasta que tuvo que apretar la bolsa contra su pecho para ocultar cuánto se estaba desmoronando.

—Mierda... —susurró para sí mismo, y su voz sonó quebrada incluso a sus propios oídos—. Mierda, mierda, y mierda.

Sintió el ardor detrás de los ojos. Y se negó nuevamente, sacudiendo su cabeza a cada lado. La gente pasaba caminando, el autobús podía llegar en cualquier momento, no podía permitirse el lujo de desmoronarse en público.

Se obligó a moverse de nuevo, caminando sin rumbo claro al principio hasta que sus pies tomaron el camino familiar de vuelta al goshiwon. Cuarenta minutos a pie porque finalmente no iba a desperdiciar dinero en transporte público cuando sus piernas funcionaban perfectamente bien.

Cuarenta minutos que normalmente usaba para ordenar sus pensamientos, para prepararse mentalmente para lo que fuera que viniera después.

Pero esta noche sus pensamientos eran un desastre, fragmentos de la conversación reproduciéndose sin orden ni control.

"Jun no debería verte haciendo esto."

Eso le hizo hervir la sangre como nunca. Y había lanzado palabras como cuchillos, esperando que cortaran tan profundo como se sentía cortado él.

Y habían funcionado. Había visto la expresión en el rostro de Jimin, ese shock absoluto, ese dolor genuino que había aparecido en sus ojos cuando las palabras aterrizaron. Bien... que doliera. Que sintiera aunque fuera una fracción de lo que Jungkook sentía cada día tratando de mantener a Jun con vida y feliz en un mundo que parecía diseñado específicamente para aplastarlos.

Pero ahora, caminando solo por calles apenas iluminadas con la bolsa de verduras rescatadas golpeándose contra su cadera, la satisfacción de haberlo herido se disolvía dejando solo un vacío enorme.

Porque la verdad era más complicada que la rabia. La verdad era que una parte pequeña y estúpida de él había querido aceptar la ayuda de Jimin, había querido decir que sí, que por favor comprara comida, que por favor hiciera algo para aliviar aunque fuera por un momento la presión constante e implacable de nunca tener suficiente.

Pero no podía, mierda, no podía permitirse depender de la caridad de un hombre rico que probablemente se aburriría de este intento de buena conciencia en una semana y desaparecería dejándolo en peor situación que antes, porque su pequeño Jun se habría acostumbrado a tener más, a no sufrir tanto.

No podía arriesgarse.

Llegó al goshiwon cerca de la medianoche. El edificio se alzaba frente a él como siempre, cuatro pisos de concreto gris con pintura desgastada y ventanas que no cerraban bien. Subió las escaleras hasta el segundo piso intentando hacer el menor ruido posible debido al horario.

La puerta de su habitación estaba cerrada con el candado barato que había instalado él mismo. La abrió con cuidado, entrando al espacio de tres metros y medio cuadrados y un

pequeño lavadero que era su hogar.

Jun dormía en su colchón casi pegado a la esquina, acurrucado bajo la manta delgada con su cojín pequeño y desgastado de dinosaurios después de años de uso. Su respiración era suave y constante, sin el silbido que a veces aparecía cuando la bronquitis empeoraba.

Jungkook cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó ahí parado un momento largo, simplemente mirándolo dormir. Su hijo... su pequeño y su razón para seguir levantándose cada mañana. Su razón para rebuscar en basura sin sentir vergüenza... bueno, sin sentir demasiada vergüenza hasta que alguien lo veía haciéndolo.

Dejó la bolsa junto a la pequeña cocina de una hornilla. Sacó las verduras una por una, examinándolas bajo la luz del foco desnudo que colgaba del techo, lechugas que podría limpiar y usar para bibimbap barato, zanahorias que cocinaría hasta que se ablandaran, tomates que podría cortar para salsa o simplemente darle a Jun en el almuerzo escolar que preparaba cada mañana.

Suficiente para tres o cuatro días si lo estiraba bien, si era creativo con las porciones.

Se lavó las manos en el lavabo minúsculo que compartía con otras seis habitaciones en el pasillo, frotándose con el jabón barato hasta que la piel le quedó roja. De vuelta en la habitación, se cambió a pantalones de chándal viejos que usaba para dormir, doblando cuidadosamente su ropa del día porque no podía permitirse el lujo de arrugarla. Necesitaba verse presentable cuando buscaba trabajo, cuando iba a recoger a Jun de la escuela, cuando hacía cualquier cosa que requiriera interactuar con el mundo exterior.

Sin intención de llevarlo a su pequeña habitación, Jungkook simplemente se acostó en el colchón junto a Jun, dejando apenas el espacio suficiente para que ambos cupieran sin caerse. El cuerpo pequeño de su hijo se acomodó instintivamente contra él, buscando calor incluso dormido. Jungkook pasó un brazo alrededor de él, sintiendo los latidos constantes de su corazón contra su pecho.

Y ahí, en la oscuridad de la habitación, con solo el sonido de la respiración de Jun llenando el silencio, finalmente se permitió quebrarse.

Las lágrimas llegaron silenciosas al principio, rodando por sus sienes hasta empapar la almohada delgada. Apretó los labios hasta que le dolieron, mordiéndose el interior de la mejilla para no hacer ruido, porque despertar a Jun era lo último que necesitaba en este momento.

Lloró por la humillación de haber sido visto así, lloró por la rabia que todavía ardía en su pecho sin encontrar salida, lloró por lo cansado que estaba de luchar cada día solo para mantenerse en el mismo lugar miserable sin poder avanzar nunca.

Lloró porque una parte de él, esa parte pequeña y patética que odiaba admitir que existía, extrañaba la calidez en la voz de Jimin cuando le había hablado esa noche en Mapo. Extrañaba sentirse visto de una manera que no fuera transaccional o degradante, y por un momento breve haber sentido que tal vez importaba como persona y no solo como un servicio que alguien compraba.

Pero eso era estúpido, peligroso. No podía permitirse ese tipo de pensamientos porque solo llevaban a decepciones inevitables.

Se limpió la cara con el dorso de la mano, respirando profundo hasta que las lágrimas se detuvieron y solo quedó el vacío familiar. Jun se movió ligeramente en sueños, su pequeño

puño cerrándose sobre la camiseta de Jungkook como si incluso inconsciente necesitara asegurarse de que su padre seguía ahí.

—Te amo, hijo —susurró Jungkook contra su cabello—. Te juro que vamos a salir de esto.

Promesas que había hecho cientos de veces y que todavía no había cumplido, pero que seguía haciendo de todas formas porque la alternativa era rendirse, y eso simplemente no era una opción.

Se quedó despierto durante horas después de eso, mirando el techo agrietado mientras su mente reproducía la escena en el callejón una y otra vez hasta que cada palabra, cada expresión, cada segundo estaba grabado permanentemente en su memoria.

Cuando finalmente se durmió cerca del amanecer, fue un sueño inquieto lleno de imágenes fragmentadas que no tenían sentido al despertar.

El martes comenzó como todos los días entre semana.

Jungkook se levantó a las cinco y media de la mañana cuando el despertador del teléfono público del pasillo comenzó a sonar, un timbre estridente que el encargado del goshiwon había instalado para los residentes que no podían permitirse celulares propios. Se vistió en silencio con los jeans menos desgastados y una camiseta limpia de manga corta.

Jun seguía dormido, respirando suave. Lo dejaría dormir otros veinte minutos antes de despertarlo para la escuela.

Fue al baño compartido llevando su bolsa de aseo con un cepillo de dientes básico, pasta dental casi terminada y una barra de jabón envuelta en una toalla delgada. Se lavó la cara con agua fría porque el calentador nunca funcionaba a esta hora, se cepilló los dientes mirando su reflejo en el espejo oxidado.

Las ojeras eran notorias. No había dormido lo suficiente, nunca dormía lo suficiente.

De vuelta en la habitación, preparó el almuerzo escolar de Jun con lo que tenía disponible, el arroz blanco del día anterior recalentado en la cocina eléctrica, los tomates cortados en cuartos quitándoles las partes demasiado blandas, un huevo cocido que había preparado la noche anterior y dos galletas baratas de paquete que había comprado en el minimercado.

No era mucho, nunca era mucho. Pero era lo mejor que podía hacer.

Despertó a Jun con suavidad, sacudiéndole el hombro hasta que los ojos se abrieron lentamente.

—Buenos días, campeón.

Jun le sonrió con ese brillo que hacía que todo valiera la pena.

—Buenos días, papá.

Lo ayudó a vestirse con el uniforme escolar que había lavado a mano la tarde anterior, colgándolo en la única ventana que tenían para que se secara con el aire nocturno. Todavía estaba ligeramente húmedo pero se secaría en el camino a la escuela. Le cepilló el cabello con cuidado, peinándolo hacia un lado como a Jun le gustaba.

—¿Comiste, papá? —preguntó Jun mientras se ponía los zapatos, con una preocupación en su voz, que ningún niño de ocho años debería tener.

—Por supuesto —mintió Jungkook con facilidad practicada—. Comí antes de que despertaras. Ahora vamos o llegaremos tarde.

Salieron del goshiwon a las seis cuarenta, caminando juntos por las calles que comenzaban a llenarse de gente dirigiéndose a trabajos y escuelas. Jun charlaba sobre su clase de matemáticas, sobre un examen que había tenido el día anterior, sobre su amigo Soobin que le había prestado un cómic.

Jungkook escuchaba y asentía en los momentos apropiados, pero su mente estaba en otra parte, calculando. Hoy tenía trabajo en una obra de construcción en Yeongdeungpo. Ochenta mil wones si lograba completar las ocho horas sin que lo despidieran temprano como a veces pasaba cuando contrataban más jornaleros de los necesarios. Eso más lo que quedaba de la semana pasada significaba que podría pagar el alquiler a tiempo este mes.

Tal vez.

Si no surgían gastos inesperados.

Si Jun no se enfermaba otra vez.

Dejó al pequeño en la puerta de la Escuela Primaria Dongil a las siete menos diez. Se agachó para ajustarle el uniforme, asegurándose de que la mochila estuviera bien cerrada.

—Te amo, Jun. Pórtate bien, estudia mucho.

—Te amo, papi. Nos vemos después.

Jun corrió hacia el patio donde otros niños ya estaban jugando, y Jungkook se quedó un momento viéndolo integrarse al grupo con esa facilidad que solo niños tenían. No parecía notar que su uniforme era más viejo que el de los demás, que su mochila estaba remendada. O tal vez sí lo notaba pero había aprendido a no mencionarlo.

Jungkook se dio la vuelta y comenzó el largo trayecto hasta Yeongdeungpo. Hora y media en metro porque era más barato que el autobús, apretado entre cuerpos de trabajadores matutinos que olían a café, desodorante y cansancio.

Llegó a la obra de construcción a las ocho cuarenta y cinco. El capataz, un hombre corpulento de cincuenta y tantos años con casco amarillo permanente, asintió al verlo.

—Jeon. Necesito que cargues escombros al camión, todo el día. Cien mil wones si no te quejas.

Cien mil, veinte mil más de lo esperado. Jungkook asintió inmediatamente.

—Sin problemas.

Le dieron un casco, guantes con agujeros en los dedos y una pala. El trabajo era exactamente lo que sonaba: cargar escombros de concreto roto, ladrillos partidos, metal retorcido y madera astillada en la parte trasera de un camión industrial. Repetir durante ocho horas, no pensar, solo mover el cuerpo hasta que los músculos gritaran.

Jungkook lo hacía en silencio mientras el sol ascendía y el calor se volvía opresivo incluso a principios de primavera. Sudaba a través de la camiseta, los hombros comenzaban a arder después de la primera hora, las manos le dolían a pesar de los guantes. Pero no se quejó... nunca se quejaba.

Almorzó sentado en el bordillo junto a otros tres jornaleros, compartiendo un paquete de galletas saladas y una botella de agua. Ellos hablaban de fútbol, de sus familias, de trabajos futuros. Jungkook escuchaba sin participar mucho, respondiendo cuando le hablaban directamente pero sin ofrecer información adicional.

No hacía amigos en estos trabajos. La gente iba y venía demasiado rápido.

A las seis de la tarde el capataz le entregó los cien mil wones en efectivo arrugado. Jungkook los dobló y los guardó en el bolsillo delantero de sus jeans, el más seguro.

—Buen trabajo. Si necesitas más horas, vuelve el jueves.

—Gracias.

Tomó el metro de vuelta, pasó por el minimercado para comprar arroz, huevos y leche en polvo porque Jun necesitaba calcio. Gastó veintitrés mil wones que inmediatamente restó mentalmente del total del día.

Recogió a Jun del programa extracurricular gratuito que la escuela ofrecía hasta las siete, donde los niños cuyos padres trabajaban tarde podían quedarse haciendo tareas supervisados. Jun salió corriendo hacia él con la mochila rebotando en su espalda.

—¡Paaa! Mira, saqué cien en el examen de inglés.

Le mostró el papel con la gran estrella dorada pegada en la esquina superior. Jungkook sintió que el pecho se le expandía con orgullo genuino.

—Eres tan inteligente, Jun. Estoy tan orgulloso de ti.

Cocinó la cena en la cocina eléctrica mientras Jun hacía su tarea en el colchón. Arroz, huevos revueltos con las verduras rescatadas cortadas en trozos pequeños, todo mezclado en dos platos desiguales. Le sirvió a Jun la porción más grande.

—¿No vas a comer más, papá?

—Ya comí mucho en el almuerzo —otra mentira suave—. Estoy lleno.

Jun lo miró con esos ojos grandes que veían demasiado para su edad, pero no discutió. Comió su cena con apetito mientras Jungkook picaba la suya lentamente, haciendo que durara.

Después de la cena, ayudó a Jun a bañarse en el baño compartido del pasillo, secándolo con la toalla delgada que tenían y vistiéndolo con el pijama limpio. Leyeron juntos un libro de la biblioteca escolar que Jun había traído a casa, sobre un niño que soñaba con ser astronauta.

—¿Crees que yo podría ser astronauta algún día, pa?

—Podrías ser lo que quisieras, Jun. Eres lo suficientemente inteligente y valiente.

Jun se durmió poco después de las nueve, acurrucándose contra Jungkook como siempre hacía. Jungkook se quedó despierto un rato más, contando el dinero mentalmente.

"Cien mil hoy, otros ochenta mil probablemente el jueves si el trabajo seguía disponible. El viernes por la noche tenía que trabajar en Mapo... el viernes"

El pensamiento le revolvió el estómago pero lo empujó lejos. No podía pensar en eso todavía, no podía pensar en tener que volver a esa esquina, a esa calle, donde existía la posibilidad de que Jimin apareciera de nuevo a pesar de haberle dicho explícitamente que no lo hiciera.

Se durmió finalmente cerca de la medianoche, con el cuerpo dolorido del trabajo físico y la mente demasiado cansada para seguir dándole vueltas a todo.

El viernes llegó demasiado rápido y demasiado lento al mismo tiempo.

Jungkook dejó a Jun en casa de la señora Kim del tercer piso, una mujer mayor que cuidaba a varios niños del edificio, especialmente a Jun los viernes por la noche a cambio de dinero que Jungkook apenas podía permitirse, pero que era necesario porque no había otra opción. Cincuenta mil wones por noche, dinero que recuperaría con creces si la noche era buena.

Se duchó en el baño compartido, se afeitó con cuidado, se puso los jeans negros ajustados una camiseta negra ajustada. Se puso la chaqueta negra que Jun no conocía. Y la gorra negra.

Llegó a su esquina en Mapo a las diez y media. La calle ya estaba despertando con esa energía particular que solo existía después del anochecer, letreros de neón parpadeando, música filtrándose desde bares y clubes, gente transitando con propósitos variados.

Se apoyó contra su poste habitual, encendió un cigarrillo armado que había pedido a una mujer mayor que siempre compartía allí con él sin problema.

Los primeros acercamientos siempre eran los peores. Hombres evaluándolo con miradas que lo recorrían de arriba abajo como si fuera carne en un mercado, algunos pasaban de largo, y otros se detenían.

El primero de la noche fue un hombre de treinta y tantos años, traje de oficina, aliento a soju.

—¿Cuánto?

—Depende de qué quieras.

Negociaron rápido. Fueron a un motel a dos cuadras de distancia, otro de esos lugares por horas donde nadie hacía preguntas.

El hombre era rudo pero no violento, lo que ya era algo. Jungkook dejó que su mente se fuera a otro lugar mientras su cuerpo hacía lo necesario, mientras gemía en los momentos apropiados y actuaba como si lo disfrutara porque eso era parte del servicio.

Cincuenta y cinco minutos después estaba de vuelta en la calle con doscientos mil wones en efectivo en su bolsillo, y el sabor a látex en la boca a pesar de haberse enjuagado tres veces en el lavabo del motel.

Dos horas más tarde, otro cliente. Este era más joven, veintitantos años, nervioso como si fuera la primera vez que hacía esto. Ciento cincuenta mil wones por media hora, más

suave, casi torpe, pero al menos terminó rápido.

Eran las dos de la madrugada cuando apareció la tercera.

Mujer, cuarenta años aproximadamente, vestida con ropa de diseñador que gritaba dinero. Se acercó con esa confianza que solo viene de saber que puedes comprar lo que quieras.

—¿Estás disponible?

—Sí.

—Trescientos mil por dos horas. Quiero completo.

Jungkook vaciló apenas un segundo antes de asentir porque la mujer era demasiado ansiosa, algo errática. Pero era bastante dinero para rechazarlo incluso si significaba riesgo adicional.

Fueron a un hotel mejor esta vez, uno de esos con lobby y recepcionista que tampoco hizo preguntas porque había visto esta escena mil veces antes.

La habitación tenía cama king size con sábanas que olían a suavizante industrial. La mujer se desnudó con eficiencia, sin preámbulos ni seducción, y le dio instrucciones específicas.

—Quiero que me hagas olvidar que tengo esposo e hijos esperándome en casa. Quiero que me hagas sentir deseada. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

Y lo hizo, porque ese era el trabajo. No se trataba realmente de sexo, ni de conexión, sino de actuar, de darle a la gente lo que necesitaban para llenar cualquier vacío que tuvieran en sus vidas ordenadas.

La besó con una pasión que no sentía, le dijo que era hermosa con una voz que había perfeccionado a través de la práctica, la tocó en todos los lugares correctos con manos que sabían exactamente qué hacer después de dos años de experiencia.

Ella se vino dos veces. La segunda vez con lágrimas rodando por sus mejillas, sollozando contra el hombro de Jungkook mientras él la sostenía porque aparentemente eso también era parte del servicio.

—Gracias —susurró después, vistiéndose rápidamente como si la realidad estuviera regresando demasiado rápido—. Realmente necesitaba esto.

Le dio cuatrocientos mil wones en lugar de trescientos antes de irse, dejando a Jungkook solo en la habitación del hotel con dinero en efectivo sobre la mesita de noche y el cuerpo dolorido de formas que había aprendido a ignorar.

Se duchó durante veinte minutos bajo agua tan caliente que le enrojeció la piel, frotó hasta que dolió, hasta que sintió que había eliminado cada rastro de contacto ajeno, se vistió despacio, contó el dinero tres veces para asegurarse.

Setecientos cincuenta mil wones en una noche. Suficiente para el alquiler completo del mes más comida más medicinas si Jun las necesitaba.

Debería sentirse aliviado, victorioso incluso. Pero en cambio, solo se sentía vacío.

Salió del hotel a las cuatro y media de la madrugada cuando el cielo comenzaba a aclararse con ese gris previo al amanecer. La calle estaba casi desierta ahora, solo los rezagados de la noche y los madrugadores del día cruzándose en ese limbo temporal.

Caminó de vuelta al goshiwon con las manos en los bolsillos y la gorra calada. Pasó por una tienda de conveniencia abierta veinticuatro horas y compró un triángulo de kimbap y una botella de té verde porque finalmente podía permitirse comer algo sin sentir culpa por gastar el dinero.

Se lo comió sentado en las escaleras frente al goshiwon viendo el amanecer pintar el cielo de rosa pálido y naranja suave. Hermoso de una forma que no podía apreciar completamente porque estaba demasiado cansado, demasiado usado.

Pensó en Jimin sin querer hacerlo, e inmediatamente se preguntó si era real o sólo una intrusión luego de tanto acoso.

Probablemente... no, no lo sabía con certeza.

O temía aceptar esa misma certeza.

Pero no debía pensar en un tipo rico de forma errónea. Para él es un entretenimiento pasajero, un proyecto de caridad que los hacía sentir mejor como ricos, hasta que se aburrían y pasaban al siguiente.

Jungkook terminó su kimbap, arrugó el envoltorio de plástico en su puño, lo lanzó al bote disponible, y subió las escaleras hasta la habitación. Asomó su cabeza al abrir la puerta del lavadero, donde Jun seguía durmiendo, ahora en su pequeño pero cómodo colchón, porque la señora Kim lo había traído de vuelta mientras él estaba trabajando.

Se quitó la ropa que olía a sexo y perfume ajeno, se puso el chandal, y se acostó en su propio colchón.

Y allí, en la oscuridad de la habitación sin ventanas con el dinero de la noche guardado, Jungkook cerró los ojos y se permitió finalmente descansar.

Mañana sería otro día... otro día de sobrevivir, de hacer lo necesario.



Dos semanas después de enterarse de todo sobre Jeon Jungkook, después de dejar que el shock se asentara y que la información dejara de sentirse como un puño apretándole las entrañas cada vez que la recordaba, Jimin salió de la oficina exactamente a las 7:00 PM del viernes.

No avisó a Soojin. Simplemente apagó su computadora en medio de una hoja de cálculo sin terminar, cerró documentos pendientes que llevarían horas completar y que tendría que retomar el lunes con la inevitable mirada de desaprobación de su asistente. Dejó su teléfono móvil en modo avión dentro del cajón de su escritorio porque no quería distracciones, no quería excusas para dar marcha atrás. Colgó el saco de su traje en el respaldo de la silla ejecutiva y se aflojó la corbata de seda hasta que colgaba torcida alrededor de su cuello, desabrochó el botón superior de su camisa blanca porque de repente el nudo perfecto que se había hecho esa mañana lo estaba asfixiando.

Y condujo hacia Mapo con el estómago hecho un desastre y las manos sudando contra el volante de cuero.

Llegó a la esquina que ya conocía de memoria a las 8:17 PM. La misma farola con su luz amarillenta enfermiza cayendo sobre el mismo tramo de acera agrietada, los mismos contenedores de basura apilados contra la pared del callejón lateral, los mismos letreros de neón de moteles baratos parpadeando en rosas y azules que prometían discreción por horas.

Y ahí estaba Jungkook.

Apoyado contra la pared de cemento descolorido como si fuera parte del paisaje nocturno. La chaqueta negra que había visto antes, manos metidas en los bolsillos delanteros de sus jeans desgastados, gorra negra calada baja sobre sus ojos ocultando la mitad superior de su rostro. La postura aparentemente relajada, pero Jimin ya podía leer las señales como nunca antes, la tensión en sus hombros, la forma en que su peso se distribuía sobre ambos pies como si estuviera listo para moverse rápidamente si era necesario.

Cuando el Porsche negro se detuvo directamente frente a él y Jungkook levantó la vista reconociendo el auto, sus hombros se tensaron aún más, inmediato, imposible de disimular.

Suspiró tan fuerte que Jimin pudo verlo incluso desde dentro del auto, el pecho expandiéndose y colapsando con frustración evidente.

Se acercó a la ventanilla del conductor con pasos deliberadamente lentos, como si le costara esfuerzo, como si estuviera considerando dar media vuelta en cada uno que daba, pero algo lo obligaba a seguir adelante de todas formas.

Cuando llegó al lado del auto se agachó ligeramente para mirar dentro, y su expresión no era de rabia como la última vez sino de algo más cansado, más resignado.

—¿Otra vez aquí? —preguntó, y su tono carecía de la furia que había tenido en el callejón detrás del mercado—. ¿No has tenido suficiente ya? ¿Cuántas veces te tengo que decir que me dejes en paz? No voy atender tus deseos luego de todo lo que hiciste.

Jimin bajó el cristal completamente y el aire frío nocturno entró al interior calefaccionado del vehículo haciéndolo temblar ligeramente.

—Solo quiero hablar, cinco minutos de tu tiempo. Eso es todo, por favor. Nada de sexo.

Jungkook soltó una risa corta, áspera, desprovista de humor real.

—Claro... hablar. Eso es lo que todos dicen al principio antes de que sus manos empiecen a moverse.

—Te lo juro —insistió Jimin, y se obligó a mantener contacto visual aunque todo en él quería apartar la mirada—. Solo hablar, te pago el tiempo completo si hace falta porque éste es tu horario de trabajo y no quiero quitarte tiempo de forma injusta. Lo que cobrarías normalmente por una hora, pero solo necesito un momento de conversación... por favor.

Jungkook lo miró durante un silencio largo que se extendió hasta volverse incómodo. Estaba evaluando, buscando mentiras, buscando las intenciones ocultas que había aprendido a detectar después años trabajando en estas calles, donde las buenas intenciones eran tan raras que cuando aparecían, parecían sospechosas.

Finalmente suspiró de nuevo, más suave esta vez, casi como una rendición.

—Todo es transaccional para gente como tú, ¿verdad? —dijo mientras rodeaba el auto hacia el lado del copiloto—. Todo se puede arreglar con dinero. Todo tiene un precio fijo que puedes pagar y listo, problema resuelto.

Abrió la puerta y se dejó caer en el asiento de cuero con un movimiento que era parte agotamiento y parte desafío, como si estuviera diciendo *"aquí estoy pero no significa que confíe en ti"*.

Jimin no respondió a la acusación porque no había respuesta adecuada que no sonara defensiva, condescendiente o exactamente como lo que Jungkook acababa de describir.

Arrancó el motor y comenzó a conducir, pero en lugar de tomar la dirección habitual hacia las colinas donde estaban los resorts, giró en la dirección completamente opuesta hacia el centro de la ciudad.

Jungkook lo notó inmediatamente. Su cuerpo se tensó otra vez y su mano se movió instintivamente hacia la manija de la puerta aunque el auto estaba en movimiento.

—¿A dónde vamos? —preguntó con sospecha renovada atravesando cada palabra—. Esto no es el camino a ningún lugar que conozca.

—A comer algo, y nada más. Te lo prometo.

—No tengo hambre —respondió Jungkook demasiado rápido, demasiado defensivo, y Jimin supo inmediatamente que era mentira.

—Yo sí —mintió Jimin a su vez—. Y prefiero no comer solo, acompáñame al menos. Por favor.

Jungkook no respondió pero tampoco insistió en bajarse del auto, así que Jimin tomó eso como un 'sí' silencioso y siguió conduciendo.

Diez minutos después entraron al estacionamiento de un local genérico que operaba veinticuatro horas. Una cadena de comida rápida que Jimin normalmente nunca pisaba, el

tipo de lugar que existía en su periferia visual pero nunca como destino real. Nada elegante, nada intimidante, nada que pudiera hacer que Jungkook se sintiera más fuera de lugar de lo que probablemente ya se sentía.

Entraron al local y el contraste con cualquier restaurante al que Jimin normalmente iba era brutal. Mesas de plástico naranja atornilladas al suelo, luces fluorescentes blancas que no dejaban ninguna sombra, el ruido constante de la freidora industrial chisporroteando en la cocina abierta detrás del mostrador, música pop coreana sonando desde altavoces.

Había otras cuatro o cinco personas dispersas, un grupo de universitarios riendo ruidosamente en una esquina sobre algo en sus teléfonos, un trabajador de construcción comiendo solo con el uniforme todavía puesto y manchado de cemento, una mujer mayor con bolsas de compra apiladas a sus pies mientras comía nuggets metódicamente.

Jimin se acercó al mostrador. La cajera una adolescente con uniforme reglamentario y gorra que lo miraba con expresión de aburrimiento profesional que solo se adquiere después de meses trabajando servicio al cliente.

—Dos menús deluxe con todo —pidió Jimin mirando el menú iluminado sobre el mostrador aunque en realidad no estaba procesando lo que decía—. Papas grandes para compartir, dos vasos de agua, grandes. Nuggets extra, porción de veinte, y una caja completa de alitas...

La cajera tecleó todo en su pantalla táctil rayada sin cambiar su expresión.

~~₩~~52,300 en total.

Jimin pagó con tarjeta sin mirar el precio porque honestamente no importaba, podría haber sido el doble y no habría hecho diferencia en su cuenta bancaria. Esperó mientras preparaban la orden sintiéndose incómodo bajo las luces brillantes, consciente de que su camisa probablemente costaba más que el salario mensual de la cajera. Tres minutos que se sintieron como treinta, y finalmente recogió la bandeja enorme que apenas cabía en sus manos y la llevó hacia la mesa más apartada del local, junto a la ventana que daba a la calle, donde los autos pasaban ocasionalmente con sus luces atravesando la oscuridad.

Se sentaron uno frente al otro.

Jungkook miró la cantidad absurda de comida que Jimin había pedido y algo pasó por su rostro, algo que intentó ocultar pero que Jimin captó de todas formas. Hambre. No el tipo de hambre de "*no he comido en unas horas*", sino el tipo de hambre que viene de días de raciones insuficientes, de comidas saltadas, de nunca estar realmente satisfecho.

Pero no tocó nada. Se quedó sentado con las manos en su regazo, mirando la comida como si fuera una trampa.

—Come —dijo Jimin suavemente empujando una de las bandejas hacia él—. Por favor, no pedí todo esto para mí solo.

—No tienes que hacer ésto, Jimin —respondió Jungkook con ese tono defensivo que Jimin ya estaba empezando a reconocer como uno que usaba contra cualquier cosa que pudiera interpretarse como lástima.

—¿Ésto? Ésto es comida. Comida que va a desperdiciarse si no la comes porque yo definitivamente no puedo terminar todo esto solo.

Jungkook lo miró durante un momento largo, buscando el truco, buscando algo oculto. Cuando aparentemente no lo encontró, finalmente, sólo bajó sus ojos negros a la comida, tragando duro, su cuerpo hablando por sí sólo de su hambre.

Extendió la mano con movimientos cautelosos como si todavía esperara que Jimin la retirara en el último segundo.

Tomó la hamburguesa deluxe con ambas manos, le quitó el papel con cuidado excesivo como si fuera algo valioso en lugar de comida rápida barata.

Y finalmente dió un mordisco.

Ahí fue cuando Jimin vio la máscara caer completamente.

Jungkook frunció el ceño, y sus dedos temblaron momentáneamente alrededor del pan, y el siguiente mordisco fue casi la mitad de la hamburguesa de una vez.

Comió como alguien que genuinamente necesitaba las calorías, que no había comido apropiadamente en todo el día o tal vez más tiempo. No había vergüenza en la forma en que devoraba la hamburguesa en siete mordidas grandes, ni en cómo mojaba puñados de papas fritas en ketchup y se las metía a la boca sin preocuparse por modales. Bebió medio vaso de su bebida de un solo trago largo que hizo que su garganta se moviera visiblemente mientras tragaba.

Jimin comía su propia comida muy despacio, apenas tocando la hamburguesa, mayormente observándolo y sintiendo que algo se retorció dolorosamente en su pecho con cada mordida que Jungkook daba.

Cuando comenzó con los nuggets metiéndolos en salsa dulce, Jimin finalmente reunió el coraje para hablar.

—¿Cómo está Jun?

Jungkook frunció nuevamente el ceño, como si le molestara la pregunta. Pero luego masticó más, tragó, bebió más de su bebida antes de responder. Cuando levantó la vista por primera vez desde que había empezado a comer, la guardia defensiva bajó de pronto, como para que Jimin pudiera ver más allá, como un pragmatismo.

—Bien... creciendo rápido, demasiado rápido —respondió, y había algo en su tono que era más suave cuando hablaba de su hijo—. Ya me llega aquí. —Señaló un poco más abajo de la mitad de su pecho—. Pregunta mucho sobre todo, por qué el cielo es azul, por qué la gente tiene que trabajar, por qué algunos niños tienen más juguetes que otros.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro al hablar de Jun, involuntaria y genuina de una forma que Jimin no había visto antes.

—Y... ¿Qué le dices cuando pregunta por qué trabajas de noche?

La sonrisa de Jungkook se marchitó inmediatamente, luego miró a Jimin directamente a los ojos, alzando una ceja involuntaria.

—No hace falta que lo digas, lo siento —se adelantó Jimin.

Jungkook negó neutralizando su expresión, transformándose en algo triste y cansado.

—No, es que... nada, sólo le digo que soy guardia de seguridad. Que es un trabajo muy importante y por eso me pagan bien —respondió con tono monótono como si hubiera repetido estas palabras cientos de veces hasta que se volvieron automáticas—. Le encanta esa idea, dice que soy como un superhéroe protegiendo a la ciudad. Me dibuja con capa a veces en sus tareas de arte.

Jimin sintió que se le cerraba la garganta. Sonrió sin poder evitarlo a pesar del dolor que sentía.

—Eso es... dulce.

—Es mentira —corrigió Jungkook con tono completamente plano—. Una mentira que le digo todos los días mirándolo directo a los ojos mientras me cree, porque confía en mí completamente, pero es mejor que la verdad.

Comió tres nuggets más en silencio masticando mecánicamente como si de repente la comida hubiera perdido su sabor.

Jimin lo dejó comer sin presionar, esperando, dándole espacio para procesar lo que quisiera decir a continuación si es que quería decir algo.

Finalmente Jungkook habló de nuevo, sin previo aviso, sin mirar directamente a Jimin sino a sus propias manos alrededor del vaso de plástico de su bebida.

—Jun es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. La única cosa realmente buena en un mundo que ha sido mayormente una mierda desde que tengo memoria —dijo con tono bajo pero firme—. Todo lo que hago, cada decisión que tomo, cada vez que salgo a esa esquina y dejo que extraños me toquen de formas que... —Se detuvo, tragó con dificultad—. Es por él, para él. Porque merece algo mejor que lo que yo tuve, merece más de lo que este mundo parece dispuesto a darle solo por haber nacido pobre.

Jimin asintió despacio sin interrumpir porque sabía que Jungkook necesitaba decir esto, necesitaba que alguien lo escuchara realmente.

—Sé lo de Jieun —dijo Jimin después de un momento con extremo cuidado, probando las palabras en su boca antes de dejarlas salir—. Sé lo que pasó cuando Jun nació.

La reacción fue inmediata. Jungkook frunció nuevamente el ceño, más que antes, tensó la mandíbula tan fuerte que los músculos saltaron visiblemente en sus mejillas, sus dedos se apretaron alrededor del vaso.

—No... no sabes una mierda —replicó con dureza renovada, esa pared defensiva volviendo a subir en un segundo.

—Sé que murió durante el parto.

Jungkook dejó caer su mirada hacia la mesa, hacia los restos de comida y papeles arrugados.

—Sé que no pudieron pagar el tratamiento que ella necesitaba —continuó Jimin suavemente pero sin detenerse porque necesitaba que Jungkook supiera que entendía, que había hecho el esfuerzo de entender.

Los dedos de Jungkook comenzaron a apretar una servilleta de papel hasta convertirla en una bola apretada, mientras sus nudillos se ponían blancos por la presión.

—Ella era... —Su voz se quebró ligeramente y tuvo que detenerse, respirar, intentar de nuevo—. Era la mujer perfecta. Éramos dos críos estúpidos y enamorados que no sabíamos una mierda sobre cómo funcionaba la vida real, que pensábamos que el amor era suficiente para sobrevivir.

Hizo una pausa larga durante la cual solo se escuchó el ruido de fondo del restaurante, desde la freidora, alguien gritando un número de pedido, risas distantes de la mesa de estudiantes.

—Y cuando se fue... me quedé solo con un bebé que no paraba de llorar día y noche, que necesitaba leche, pañales, ropa y calor. Sin un puto won en el bolsillo, sin familia, sin nadie que contestara mis llamadas —continuó, y ahora su voz era apenas un susurro áspero—. Diecisiete años y padre soltero. Me prometí a mí mismo ese día, mientras firmaba el alta del hospital con Jun envuelto en una manta que me habían regalado porque no tenía dinero ni para eso, que él nunca iba a pasar por lo que yo pasé. Que nunca le iba a faltar un padre, que haría lo que fuera necesario para mantenerlo vivo, sano, seguro. Lo que fuera.

Jimin sintió que las lágrimas amenazaban con formarse y las parpadeó violentamente porque lo último que necesitaba era llorar frente a Jungkook cuando él estaba siendo valiente compartiendo esto.

—Lo estás haciendo increíblemente bien —dijo, y su propia voz salió apenas como un susurro quebrado—. Jun es un niño feliz. Educado, amado, y eso es obvio para cualquiera que lo vea cinco segundos. Has hecho un trabajo increíble a pesar de todo.

Jungkook negó con la cabeza lentamente, tercamente.

—No, no lo estoy haciendo bien. Rebusco en la basura para alimentarlo, vendo mi cuerpo para pagar un cuarto donde apenas podemos vivir normalmente los dos. Le miento sobre dónde voy por las noches porque tengo miedo de que entienda demasiado pronto —dijo, y había autorecriminación pura en cada palabra—. Pero lo intento. Todos los putos días me levanto y lo intento otra vez aunque sienta que me estoy ahogando.

Otro silencio pesado cayó entre ellos, pero esta vez era diferente. No era hostil sino compartido, dos personas sentadas en la vulnerabilidad mutua.

Jimin respiró hondo tres veces preparándose mentalmente antes de hablar.

—Yo me divorcié hace cuatro meses. Después de cinco años casado con una mujer buena, una "mujer perfecta", que no merecía ni una sola de las mentiras que le di todos los días durante esos cinco años.

Jungkook levantó la vista lentamente, mirándolo directamente sin la desconfianza automática de antes sino con algo parecido a curiosidad genuina atravesada por confusión.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver tu divorcio con nada de esto? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Porque durante años, desde que tenía diecisiete igual que tú, pensé que podía seguir fingiendo. Que podía ser exactamente lo que todos esperaban de mí —explicó Jimin sintiendo que cada palabra le costaba esfuerzo físico—. Aunque no lucho por sobrevivir, lucho desde entonces conmigo mismo. Contra el hijo perfecto que heredaría la empresa familiar, el esposo perfecto que daría nietos, el heterosexual perfecto que nunca cuestionaría lo que se suponía que debía ser, y finalmente no pude más. Me estaba destruyendo por dentro día tras día. Destruyéndola a ella también aunque ella no entendiera por qué su esposo parecía cada vez más distante.

Tomó un sorbo de su bebida aunque su garganta estaba tan cerrada que apenas podía tragar.

—Así que nos separamos. Y perdí mi matrimonio, probablemente perderé el respeto de la mitad de mis conocidos si se enteran algún día de la verdad. Pero gané algo más importante, y es honestidad, conmigo mismo, por primera vez en mi puta vida desde que los diecisiete años, pero igual sigo peleando por lo que construí.

Jungkook se quedó callado durante un tiempo largo, procesando esta información, evaluando si era manipulación calculada o verdad genuina compartida.

—¿Y ahora qué? —preguntó finalmente—. ¿Ahora que eres "honesto"? ¿Qué cambió realmente en tu vida aparte de tu estado civil?

—Ahora no sé quién soy —admitió Jimin con honestidad que dolía decir en voz alta—. No tengo idea. Pasé tanto tiempo siendo quien otros necesitaban que fuera, actuando el papel que me habían asignado desde que nací, que nunca descubrí quién era yo realmente debajo de todo eso. Todas las capas de expectativas.

Hizo una pausa reuniendo coraje para lo que venía a continuación.

—Pero sé una cosa con absoluta certeza... cuando estoy cerca de ti, cuando pienso en Jun, siento algo que nunca había sentido en toda mi vida. Y es algo real que he tratado de negarlo, de aceptar que era sólo algo físico. Pero sé, lo sé, es algo que importa de una forma que nada más ha importado nunca —continuó, y ahora estaba mirando directamente a Jungkook sin apartar la mirada aunque le daba terror lo que pudiera ver reflejado ahí—. Y quiero pedirte mil perdones por mi forma de actuar. Por aparecer en tu trabajo, por seguirte, por comportarme como un acosador obsesivo. Es que... es la primera vez en mi vida que tengo un sentimiento así, que me siento así de conectado con alguien, y no sé cómo manejarlo. Así que actúo como un completo idiota.

Jungkook bajó la mirada hacia la bandeja ahora casi vacía con solo migas y papeles arrugados de hamburguesas, su expresión imposible de leer.

—¿Por qué te importo? —preguntó, y su tono era más bajo, más vulnerable de lo que Jimin había escuchado antes—. Soy solo un trabajador sexual para ti. Una transacción de una o dos noches pagadas, nada más que eso. No me conoces realmente.

—No lo sé completamente todavía, pero sé incluso desde antes de volver a Mapo que no sentía lo mismo si no eras tú —admitió Jimin con honestidad que probablemente era estúpida pero que era lo único que tenía para ofrecer—. No puedo explicarlo racionalmente de una forma que tenga sentido. Pero sí me importas tú, Jun, ambos sin excepción. Mucho más de lo que debería o de lo que es conveniente o de lo que tiene algún sentido lógico.

Jungkook miró por la ventana durante un rato largo mientras la luz blanca del restaurante se reflejaba en sus ojos oscuros haciéndolos brillar de una forma que podría haber sido lágrimas contenidas o solo el reflejo. Estaba procesando, decidiendo algo importante.

Jimin esperó sin presionar, sin llenar el silencio con palabras innecesarias, solo dejando que Jungkook tomara el tiempo que necesitara.

Finalmente Jungkook volvió a hablar, todavía sin mirarlo.

—Yo... no estoy seguro con nadie como tú —dijo con tono directo y sin adornos—. Quiero que eso quede absolutamente claro desde el principio. No confío del todo en ti, no confío

en tus intenciones, y tómallo de la peor forma si tienes malas intenciones porque haré que te arrepientas si juegas con mi hijo.

Las palabras dolieron pero Jimin asintió porque eran justas, porque Jungkook tenía todo el derecho del mundo a no confiar.

—Entiendo. No he hecho nada para ganarme esa confianza.

—Pero... —Jungkook hizo una pausa larga como si estuviera luchando consigo mismo sobre si continuar o no—. No sé. Simplemente aquí estoy, cenando comida rápida con un cliente regular... —Se detuvo de nuevo, claramente incómodo con su propia vulnerabilidad—. Y eso es algo que no habría hecho jamás —admitió finalmente, mirando a Jimin directamente—. No puedo permitirme ésto, no puedo permitirme pensar que alguien como tú podría realmente importarle alguien como yo de una forma genuina. Porque si lo creo y estoy equivocado... no sé si podría recuperarme de esa desilusión.

Jimin sintió que el corazón se le apretaba tan fuerte que dolía físicamente.

—No quiero desilusionarte. No quiero ser otra persona más que te falla —dijo con intensidad que lo sorprendió a él mismo—. Solo quiero... estar ahí para tí, para Jun. Y lo quiero hacer de la forma correcta. No apareciendo en tu trabajo, no comprando tu tiempo, no haciendo que te sientas obligado, ni consiguiendo palabras sueltas mientras te vistes en una habitación de hotel. Solo... como dos personas que se conocen, despacio. Si tú quieres... o te dejaré en paz definitivamente.

Jungkook finalmente lo miró con unos ojos muchísimo más suaves de lo que jamás Jimin pudo ver, pero también veía el conflicto en su rostro, la guerra entre el deseo de creer y el miedo aprendido a través de años de decepciones.

—No sé si puedo hacer eso —dijo Jungkook honestamente—. Ha pasado mucho tiempo. Y tengo demasiado que perder si me equivoco, tengo a Jun, lo tengo que proteger.

—Lo entiendo. Y respeto eso completamente.

El silencio se extendió entre ellos otra vez mientras Jungkook claramente debatía consigo mismo. Sus dedos tamborileaban contra la mesa con un patrón nervioso que revelaba cuánto le costaba esta decisión.

Jungkook sólo exhaló una vez, como si hubiera decidido, como si estuviera sellando un trato consigo mismo tanto como con Jimin. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta negra con movimientos lentos y sacó un bolígrafo gastado. Tomó una servilleta blanca limpia del dispensador de la mesa y escribió números con letra clara y cuidadosa.

02-XXXX-XXXX.

- Jungkook.

Deslizó la servilleta a través de la mesa hacia Jimin con el mismo cuidado con que alguien podría pasar un arma cargada.

—Es un teléfono público —explicó sin mirarlo directamente, enfocándose en sus propias manos—. Está instalado en el primer piso del edificio donde vivo. El dueño lo puso ahí para los residentes que no podemos permitirnos celulares propios. Me deja recibir mensajes ahí, puedes llamar y dejar mensajes con tu nombre. Reviso todos los días cuando paso por ahí, usualmente en la mañana cuando salgo o en la tarde cuando vuelvo.

Jimin tomó la servilleta con extremo cuidado, como si fuera hecha de algo precioso y frágil que pudiera desintegrarse con el contacto.

—Gracias —dijo, inadecuado, insuficiente, pero sincero.

—No te prometo que conteste rápido —advirtió Jungkook con firmeza—. No te prometo que responda en absoluto si decides que esto es muy complicado. Pero los escucharé, eventualmente, cuando pueda, y si quiero.

Jimin dobló la servilleta con el mismo cuidado y la guardó en el bolsillo interior de su camisa, justo sobre el lado izquierdo de su pecho.

Fue entonces cuando Jimin recordó algo y sacó su billetera del bolsillo trasero de sus pantalones. Extrajo varios billetes, contándolos mentalmente mientras Jungkook lo observaba con expresión que se volvía cada vez más tensa.

—Son quinientos mil wones —dijo Jimin extendiendo el dinero a través de la mesa—. Lo que acordamos al principio. Por tu tiempo.

Jungkook miró el dinero durante un segundo largo y después empujó la mano de Jimin de vuelta hacia él con un movimiento brusco.

—No.

—Pero quedamos en que...

—No, dije que no —repitió Jungkook más firmemente, interrumpiéndolo—. No puedes convertir esto en una transacción, ya no.

Su mirada era intensa, desafiante, esperando que Jimin argumentara o insistiera de la forma en que los clientes siempre insistían cuando querían mantener la dinámica de poder que el dinero les daba.

Jimin vaciló solo un segundo antes de asentir y guardar el dinero de vuelta en su billetera.

—Tienes razón, lo siento. No volveré a ofrecerte dinero.

Algo en la expresión de Jungkook se suavizó apenas un poco al ver que Jimin cedía sin pelear.

—¿Al menos quieres comida para llevar? —preguntó Jimin con expresión apacible—. Para el pequeño.

Jungkook lo miró un momento, y se trataba de comida, no de dinero. Tal como la señora Kim les daba en el café.

—Bueno, está bien.

Ambos fueron a pedir un nuevo combo, estuvo listo pronto, y una vez que pagó, Jimin le alcanzó la bolsa de papel a Jungkook.

—Muchas gracias. Le diré a Jun que fue de tu parte.

—No tienes que hacerlo, está bien.

Caminaron hacia la salida sin hablar más, rodeados por el ruido ambiental del local que seguía con su vida normal ajena completamente al cambio sísmico que acababa de ocurrir entre dos de sus clientes.

En la puerta, bajo la luz roja brillante del letrero del mismo, que convertía todo en tonos carmesí, Jungkook se detuvo abruptamente. Giró hacia Jimin y había determinación en su rostro que no había estado ahí antes.

—No vuelvas a la esquina —dijo con tono que no admitía negociación ni excepciones—. Por favor. Si quieres hablar conmigo, comunicarte, lo que sea, usa ese número. Pero no aparezcas más en mi lugar de trabajo, incluso en Mapo. En éste punto es peligroso, para los dos, de formas diferentes.

Hizo una pausa y su mandíbula se tensó como si estuviera considerando decir algo más y debatiendo si debía o no.

—Hay gente ahí que no toma bien que los trabajadores tengamos... clientes regulares. Especialmente clientes que parecen querer algo más que el servicio estándar... se pone feo. —explicó, y había algo en su tono que sugería que hablaba por experiencia—. Y tú... tú destacas demasiado. Tu auto, tu ropa, la forma en que te comportas, eres demasiado visible no tienes idea de dónde te has estado metiendo, Jimin. Alguien podría pensar que representas una oportunidad, robo, extorsión, hasta un grupo mafioso, lo que sea.

Jimin sintió que algo frío le recorría la espalda al procesar las implicaciones de lo que Jungkook estaba diciendo. No había pensado en eso, en los riesgos que su presencia podría crear más allá de la incomodidad obvia.

—Entendido, no volveré. Lo prometo, te doy mi palabra.

Jungkook lo estudió un momento más con esos ojos que habían aprendido a leer mentiras antes de que él mismo pudiera leer correctamente. Aparentemente encontró lo que buscaba porque asintió una vez, satisfecho.

—Bien —dijo simplemente, apretando más la bolsa de comida en sus manos.

Pero no se movió todavía.

Se quedó parado ahí bajo la luz roja del neón mientras sus manos volvían a sus bolsillos en ese gesto que Jimin estaba empezando a reconocer como su postura defensiva predeterminada.

—La comida... gracias nuevamente por la comida —dijo finalmente, y las palabras salieron con dificultad—. Hacía mucho que no comía así. Que no comía hasta sentirme realmente lleno.

Algo en la forma en que lo dijo, con esa honestidad que no intentaba generar lástima, sino solo declaraba un hecho, hizo que Jimin sintiera que se le cerraba la garganta otra vez.

—Cuando quieras —respondió Jimin intentando mantener su voz estable—. Y te mandaré mensaje. Cuando tengas mi número, llámame cuando quieras. Sin condiciones, sin expectativas.

Jungkook asintió pero no dijo nada más. En lugar de eso giró sobre y comenzó a caminar hacia la parada de autobús que estaba visible a media cuadra, con la comida para Jun, a un puesto donde ya había tres o cuatro personas esperando con esa paciencia practicada de quien está acostumbrado a que el transporte público llegue cuando le dé la gana.

Jimin se quedó parado bajo el letrero rojo, observándolo alejarse, observándolo desaparecer entre la pequeña multitud de personas esperando en la parada.

Jungkook no miró atrás ni una sola vez, y Jimin no esperaba que lo hiciera.

Solo cuando Jungkook se convirtió en solo una figura más entre otras figuras similares bajo la luz tenue de la parada, solo entonces Jimin se permitió moverse.

Se dirigió de vuelta al Porsche que estaba estacionado en el lote casi vacío del restaurante. Abrió la puerta, se deslizó dentro, y cerró con un golpe que resonó en el interior silencioso del vehículo. El contraste entre el ruido del mundo exterior y el silencio acolchado del auto era casi desorientador.

Se quedó sentado ahí durante un momento largo sin encender el motor, solo respirando, procesando todo lo que acababa de pasar. Su mano se movió inconscientemente hacia el bolsillo de su camisa donde había guardado la servilleta con el número telefónico, presionándola suavemente contra su pecho como para asegurarse de que seguía ahí, de que no había sido un sueño.

Finalmente apoyó su frente contra el volante de cuero durante varios segundos largos mientras algo que había estado apretado en su pecho durante semanas comenzaba a aflojarse muy despacio.

Respiró profundo, tembloroso, y exhaló igual de tembloroso.

Por primera vez en semanas, tal vez meses si era completamente honesto consigo mismo.

Sintió que finalmente, después de tantos pasos en falso y errores y metidas de pata, había dado un paso en la dirección correcta.

Un paso hacia algo real, algo que importaba, y que tal vez valía la pena perseguir.

Encendió el motor.

Condujo de vuelta a Gangnam con algo parecido a paz asentándose lentamente en su pecho.



21

Jungkook caminó hacia la parada de autobús con la bolsa de comida apretada contra su pecho. El peso del papel era reconfortante, real, de una forma que la conversación que acababa de tener con Jimin todavía no se sentía completamente.

Las luces de la calle parpadeaban sobre él mientras caminaba, proyectando sombras alargadas que se movían con cada paso. Había tres personas ya esperando en la parada, Jungkook se unió a ellos manteniendo distancia apropiada, apoyándose contra el poste metálico que sostenía el letrero de la ruta mientras sus pensamientos seguían dando vueltas sin control.

"¿Qué mierda acaba de pasar?"

Había ido esperando lo de siempre, rápido, treinta minutos en un motel, quinientos mil wones en efectivo, otra noche más marcada en el calendario mental de supervivencia. En cambio había terminado sentado en un restaurante de comida rápida compartiendo cosas sobre Jun, sobre Jieun, sobre toda esa mierda que normalmente mantenía enterrada tan profundo que a veces podía fingir que no existía.

Y lo peor, lo absolutamente aterrador, era que no se había sentido forzado. Jimin no lo había presionado ni manipulado, solo había escuchado con esa atención completa que hacía que se sintiera visto de una forma que no sabía cómo procesar.

El autobús llegó quince minutos después con un chirrido de frenos que sonó demasiado fuerte en la noche tranquila. Subió, pasó su tarjeta de transporte que tenía exactamente el saldo suficiente para tres viajes más antes de que tuviera que recargarla, y se sentó en la parte trasera junto a la ventana.

El viaje de vuelta al goshiwon normalmente le tomaba cuarenta minutos con dos transbordos, pero esta noche cada minuto se sentía más largo de lo normal. Miraba por la ventana sin realmente ver nada, solo procesando, intentando entender qué significaba esto, qué había cambiado y qué seguía exactamente igual.

Había dado su número. Bueno, el número del teléfono público del edificio, pero era lo mismo. Le había dado a Jimin una forma de contactarlo que no involucraba aparecer en su esquina de trabajo donde cualquiera podía verlos, donde las cosas se podían poner peligrosas rápidamente.

¿Por qué había hecho eso? ¿Qué parte estúpida de su cerebro había decidido que era buena idea darle esperanza a alguien como él cuando Jungkook sabía mejor que nadie, que la esperanza era lo más peligroso que podías permitirte cuando vivías al borde del colapso constante?

Pero cuando Jimin había hablado sobre su vida, sobre fingir ser alguien que no era durante años hasta que no pudo más, algo en eso había resonado de una forma que Jungkook no quería admitir. Porque él también fingía todos los días. Fingía para Jun, que todo estaba bien, que papá tenía un trabajo respetable y estable, lo hacía para la señora Lim y los vecinos que podía pagar el alquiler sin problemas, para sus clientes que disfrutaba lo que hacían, que sus manos en su cuerpo eran bienvenidas.

Todos fingían algo. La diferencia era que Jimin había podido dejar de fingir porque tenía el privilegio de permitírselo.

Jungkook no tenía ese lujo.

El autobús se detuvo en su parada cerca de las once de la noche. Bajó con la bolsa todavía apretada contra su pecho y caminó las tres cuadras hasta el goshiwon con paso rápido porque esta zona no era exactamente segura a esta hora y él sabía exactamente qué tipo de peligros acechaban en callejones oscuros.

El edificio apareció frente a él como siempre.

Subió las escaleras hasta el segundo piso donde Jun estaba siendo cuidado por la señora Lim. Podía escuchar el televisor encendido en su habitación, el volumen bajo pero audible, algún drama nocturno que ella siempre veía.

Tocó la puerta tres veces en el patrón que habían acordado para que ella supiera que era él y no algún otro residente borracho golpeando la puerta equivocada.

La señora Lim abrió después de unos segundos. Una mujer de sesenta y tantos años con el cabello completamente gris recogido en un moño bajo, arrugas profundas alrededor de sus ojos que hablaban de una vida que no había sido fácil pero que había sobrevivido de todas formas, usaba un suéter gastado y pantuflas.

—Jungkook, llegas temprano —dijo con sorpresa genuina mirando el reloj de pared detrás de ella que marcaba las 11:13 PM—. Pensé que no vendrías hasta las tres o cuatro de la mañana como siempre.

—Hubo complicaciones con los turnos de guardia —mintió—. Me enviaron a casa temprano esta noche. ¿Cómo estuvo Jun?

La señora sonrió con ese afecto real que tenía por el niño que había visto crecer durante los últimos cuatro años desde que Jungkook se había mudado a este edificio.

—Un ángel, como siempre. Hizo su tarea sin que tuviera que pedírselo, comió el arroz y kimchi que le dejaste, se bañó solo. Está viendo caricaturas ahora, se emocionará cuando te vea —respondió mientras se hacía a un lado para dejarlo entrar—. Pero está cansado, sus ojitos se están cerrando solos.

Jungkook entró a la habitación que era idéntica a la suya, tres metros y medio cuadrados con un futón en el suelo, una pequeña televisión en una caja de plástico invertida, ropa colgada en ganchos adheridos a la pared.

Jun estaba acostado en el futón de la mujer con los ojos medio cerrados mirando la pantalla donde unos personajes animados corrían en círculos persiguiéndose. Cuando escuchó la voz de su padre sus ojos se abrieron completamente y una sonrisa enorme apareció en su rostro.

—¡Papá! —gritó levantándose de un salto y corriendo hacia él con los brazos extendidos.

Jungkook dejó la bolsa en el suelo un segundo para poder agacharse y atrapar a Jun en un abrazo que lo levantó del suelo. El niño envolvió sus brazos alrededor de su cuello y sus piernas alrededor de su cintura con esa confianza y amor absolutos.

—Hola, campeón —dijo Jungkook contra su cabello, inhalando ese olor a champú barato y niño limpio que era lo mejor del mundo—. ¿Te portaste bien?

—Sí, hice toda mi tarea y la señora Lim dice que soy muy inteligente porque terminé los problemas de matemáticas más rápido que ella —respondió Jun con orgullo mientras se

separaba lo suficiente para mirar a su padre a los ojos—. Pero pa, ¿por qué llegaste temprano? Pensé que trabajabas hasta muy tarde los viernes.

—Cambiaron algunos turnos de guardia en el último momento —explicó Jungkook bajándolo de vuelta al suelo—. A veces pasa. Pero está bien, significa que puedo pasar más tiempo contigo esta noche.

Jun sonrió aún más grande si eso era posible. Separándose un momento de su padre y buscar su mochila.

Jungkook se enderezó y sacó su billetera del bolsillo trasero de sus jeans. Extrajo los cincuenta mil wones que le debía a la señora, billetes arrugados que había guardado específicamente para esto porque sabía que no podía permitirse el lujo de olvidar pagarle cuando ella dependía de este ingreso tanto como él dependía de su ayuda.

—Gracias por cuidarlo, señora Lim —dijo extendiéndole el dinero—. Como siempre.

Ella tomó los billetes y los guardó en el bolsillo de su suéter sin contarlos porque confiaba en él así como él confiaba en ella, un entendimiento mutuo que venía de ser gente que vivía en los márgenes donde la confianza era lo único que podías permitirte dar libremente, y el joven tomó de la manita a su pequeño ya listo, para caminar con él hacía la puerta.

—Siempre es un placer, Jungkook. Jun es un niño maravilloso —dijo ella mientras los acompañaba—. Que descansen bien.

—Usted también, señora Lim —concluyó ya afuera, emprendiendo a su propia habitación.

Ella cerró la puerta suavemente detrás de él, y Jungkook finalmente pudo respirar completamente por primera vez desde que había salido del restaurante con Jimin.

Jun estaba mirando la bolsa de papel que Jungkook llevaba en sus manos con curiosidad evidente, sus ojos moviéndose entre la bolsa y su padre como si estuviera debatiendo si preguntar o no.

—¿Qué es eso, papi? —preguntó finalmente sin poder contenerse más.

Jungkook sonrió, tan real que le dolió un poco en los músculos de la cara porque no sonreía así tan seguido.

—Es una sorpresa para ti —respondió—. Vamos a nuestra habitación y te muestro.

Caminaron tres puertas más abajo hasta la suya. Jungkook abrió el candado con la llave que siempre llevaba atada a una cuerda alrededor de su cuello porque no podía arriesgarse a perderla, y entraron a su propio espacio diminuto.

Jun se sentó inmediatamente en colchón de su papá con las piernas cruzadas, rebotando ligeramente con emoción mientras Jungkook cerraba la puerta y encendía el único foco que colgaba del techo.

—Cierra los ojos —instruyó.

Jun obedeció inmediatamente cubriéndose los ojos con ambas manos aunque Jungkook podía ver que hacía trampa mirando entre los dedos.

Se arrodilló frente al pequeño con la bolsa y la abrió lentamente, preparándose para sacar la comida que sabía que haría feliz a Jun de una forma que le rompería el corazón y se lo

llenaría al mismo tiempo.

Pero cuando miró dentro de la bolsa, se quedó completamente inmóvil.

Ahí, envuelto cuidadosamente en varias servilletas blancas del restaurante, había algo que definitivamente no había estado ahí cuando Jimin le había entregado la bolsa.

Dinero.

Billetes doblados tan cuidadosamente que formaban un paquete pequeño y compacto.

Jungkook lo sacó con manos que de repente temblaban, desenvolviéndolo despacio como si pudiera explotar en cualquier momento. Las servilletas cayeron revelando lo que había dentro.

Setecientos mil wones.

Más de la cantidad que Jimin había intentado pagarle en el restaurante. Cantidad que Jungkook obviamente había rechazado y más.

Pero ahí estaba de todas formas, escondido en la bolsa de comida donde no lo vería hasta llegar a casa, donde no podría devolverlo, y donde no tendría otra opción más que aceptarlo.

"Hijo de puta."

Jungkook sintió que algo se quebraba en su pecho, que era parte rabia y parte algo mucho más complicado que no quería nombrar. Jimin lo había hecho de todas formas, había encontrado una forma de darle el dinero sin que pudiera rechazarlo en el momento, sin que se convirtiera en esa cosa transaccional que habían estado tratando de evitar.

Era manipulación en cierta forma, pero también era... consideración. Porque Jimin claramente entendía que Jungkook necesitaba el dinero aunque su orgullo no le permitiera aceptarlo directamente. Así que había encontrado una forma de dárselo, que le permitía a Jungkook mantener algo de dignidad mientras todavía recibía lo que desesperadamente necesitaba.

No sabía si quería gritar o llorar o reír ante lo absurdo de todo esto.

—¿Papá? ¿Puedo abrir los ojos ya? —preguntó Jun con impaciencia evidente en su voz.

Jungkook parpadeó rápidamente limpiándose los ojos con el dorso de la mano antes de que Jun pudiera verlo. Dobló los billetes de nuevo y los metió rápidamente en su bolsillo trasero donde estarían seguros hasta que pudiera procesarlos adecuadamente.

—Sí, campeón. Abre los ojos.

Jun los abrió y Jungkook sacó la comida de la bolsa, una hamburguesa que todavía estaba tibia envuelta en su papel, una porción de nuggets, papas fritas que probablemente ya estaban un poco frías pero que seguían siendo papas fritas, y un helado pequeño que milagrosamente todavía no se había derretido completamente.

Los ojos de Jun se abrieron tan grandes que parecían ocupar la mitad de su cara. Su boca formó una O perfecta de sorpresa absoluta.

—¡Papá! —gritó con una alegría tan pura que hizo que todo valiera la pena, cada noche horrible en esa esquina, cada momento de degradación, cada segundo de odio propio—.

¿De dónde sacaste esto? ¿De verdad es para mí?

—Sí, es todo tuyo —respondió Jungkook con la garganta apretada mientras desenvolvía la hamburguesa y se la pasaba—. Come antes de que se enfríe más.

Jun tomó la hamburguesa con ambas manos como si fuera un tesoro invaluable y le dio un mordisco enorme, sus mejillas llenándose hasta que parecía una ardilla guardando comida. Masticó con los ojos cerrados, saboreando cada segundo.

—Está tan rica, papá —dijo con la boca todavía medio llena, completamente olvidándose de los modales que Jungkook normalmente le enseñaba—. Es la mejor hamburguesa que he comido en toda mi vida.

Probablemente era la única hamburguesa que había comido en toda su vida, pero Jungkook no lo corrigió.

—¿Cómo la conseguiste? —preguntó Jun después de tragar, mirando a su padre con curiosidad mientras alcanzaba una papa frita—. ¿Te la dieron en el trabajo?

Jungkook vaciló solo un segundo antes de responder.

—No exactamente. ¿Te acuerdas del señor amable del café? ¿El que te dio dinero para tus zapatillas nuevas?

Los ojos de Jun se iluminaron con reconocimiento inmediato.

—¡Sí, sí, sí! —respondió con entusiasmo—. ¿Él te dio esto?

—Sí. Me lo encontré hoy y... quería que tuvieras algo especial —explicó Jungkook, lo cual técnicamente no era mentira aunque definitivamente estaba omitiendo la mayoría de los detalles—. Así que me compró esto para ti.

—¿No dijiste que era un desconocido? Le hablaste mal, papá. Eso no se hace.

Jungkook tragó duro, presionando sus labios brevemente. Luego asintió.

—Estuvo mal, sí. Pero tú eres pequeño y la primera vez que debe verte y hablar contigo debe ser en mi presencia, ¿Sí? Él también hizo mal, y tú también.

Jun se quedó quieto por un momento, procesando esta información con esa seriedad que a veces mostraba que era demasiado madura para su edad.

—El señor es muy bueno, papá —dijo finalmente—. Deberías ser su amigo. Los buenos amigos son importantes.

Algo en la simplicidad de esa declaración hizo que Jungkook sintiera que se le cerraba la garganta otra vez.

—Tienes razón. Pero ahora sólo es un conocido.

—¿Cómo la señora Lim?

Jungkook negó.

—Más lejano...

Jun asintió, encogiéndose de hombros y siguió comiendo con ese apetito, devorando la hamburguesa, los nuggets y las papas mientras Jungkook lo observaba sentado a su lado en el colchón. Cuando Jun llegó al helado que ya se había derretido parcialmente en el vaso de plástico, lo comió algo cremoso con la cuchara descartable, haciendo ruidos de satisfacción que hicieron que Jungkook sonriera a pesar de todo.

—Gracias, papi, ¡Buen provecho! —dijo Jun cuando terminó, limpiándose la boca con el dorso de su mano dejando una mancha de chocolate—. ¡Me encantó!

—De nada, Jun. Me alegro que te gustara... —dijo con voz suave. Con miedo a que su pequeño se acostumbre, pero no podía decirle a su niño explícitamente que "no se acostumbre".

Lo ayudó a lavarse las manos y la cara en el lavabo compartido del pasillo, lo cambió a su pijama, y lo acostó en su pequeña habitación mientras le leía el mismo libro de la biblioteca escolar que habían estado leyendo durante la última semana sobre dinosaurios porque Jun estaba obsesionado con ellos últimamente.

Jun se quedó dormido antes de que terminaran el tercer capítulo, su respiración volviéndose suave y constante, su pequeño cuerpo completamente relajado.

Jungkook cerró el libro y lo dejó a un lado. Se quedó sentado ahí durante un rato largo simplemente mirando a su hijo dormir, memorizando cada detalle de su rostro porque a veces cuando las cosas se ponían muy difíciles, esto era lo único que lo mantenía funcionando.

Finalmente se levantó con cuidado de no despertarlo y fue hacia su pequeña cocina eléctrica. Sacó los quinientos mil wones de su bolsillo y los extendió sobre la mesa plegable.

Setecientos mil wones.

Suficiente para pagar el alquiler del próximo mes completo con sobra, para comprar comida decente, para comprarle ropa a Jun, y suficiente para comprar medicinas si la bronquitis volvía a empeorar.

Suficiente para que Jungkook no tuviera que volver a esa esquina durante al menos dos semanas si administraba el dinero correctamente.

Y eso era lo que más lo asustaba.

Porque esta noche había planeado trabajar. Había planeado pararse en esa esquina hasta las tres o cuatro de la mañana, tomar dos o tres clientes más, juntar el dinero suficiente para sobrevivir otra semana. En cambio estaba en casa a las once y media de la noche con su hijo dormido a salvo, alimentado y quinientos mil wones con los que no había tenido que vender su cuerpo para ganar.

Jimin acababa de salvarle de una noche más de degradación sin siquiera saberlo. O tal vez sí lo sabía, tal vez había sabido exactamente lo que estaba haciendo cuando había escondido ese dinero en la bolsa.

Jungkook se sentó en su silla de plástico con la espalda casi encorvándose, mirando los billetes extendidos frente a él mientras su cerebro intentaba procesar lo que esto significaba.

No podía permitirse depender de esto.

Pero al mismo tiempo...

"Ya basta..."

¿Y si Jimin era diferente?

Jungkook cerro los ojos, presionando fuertemente los párpados.

¿Y si realmente quería intentarlo sin expectativas transaccionales? ¿Y si esto podía ser algo real?

Jungkook se pasó ambas manos por el rostro con frustración, frotando hasta que su piel se enrojeció.

No lo sabía.

No tenía forma de saberlo sin arriesgarse a creer, y el riesgo le aterraba más que casi cualquier otra cosa porque no era solo él quien saldría lastimado si estaba equivocado.

Era Jun también.

Pensó en su pequeño, acurrucado bajo la manta delgada con esa sonrisa pequeña todavía en sus labios probablemente sonrisa luego de una cena perfecta gracias a "el señor amable del café."

Y Jungkook tomó una decisión.

Le daría una oportunidad. Una oportunidad pequeña, cautelosa, con todas sus defensas todavía en su lugar y listas para activarse al primer signo de peligro.

Pero una oportunidad al fin.

Porque Jun merecía ver que su padre podía tener cosas buenas también. Merecía ver que no todo el mundo era cruel o indiferente, merecía creer que la bondad existía incluso si Jungkook había dejado de creer en eso hace mucho tiempo.

Y tal vez, solo tal vez, él también merecía eso.

Se levantó de la silla y guardó cuidadosamente los quinientos mil wones en el único lugar seguro que tenía, enrollados dentro de una lata de leche en polvo vacía que mantenía en la esquina más alejada de la habitación debajo de una pila de ropa limpia. No era el escondite más creativo pero había funcionado durante años y nadie se había molestado en robarle porque francamente no tenía nada que valiera la pena robar.

Se cambió a su chándal viejo para dormir, se lavó la cara en el lavabo compartido con agua fría, y se acostó en su sillón... temprano pese a ser viernes.

Se quedó despierto durante horas, mirando el techo agrietado mientras su mente reproducía la conversación con Jimin una y otra vez. Las cosas que habían dicho, las cosas que no habían dicho, la forma en que Jimin lo había mirado... como si realmente fuera especial.

Y no lo entendía, no soportaba que un hombre adinerado, impecable, de traje, guapo e inteligente lo viera... cuando sólo es un pobre tipo, padre soltero y trabajador sexual.

La servilleta con el número telefónico que le había dado. Jimin podía llamar ahora, dejar mensajes. Y Jungkook tendría que decidir si los escuchaba, si respondía, si se permitía

tomar este riesgo aterrador.

Suspiró tratando de relajarse y disfrutar de su noche libre finalmente.

No tuvo que vender su cuerpo, comió bien, su hijo también, le pagó a la señora Lim, tenía para pagar el alquiler y comprar más comida, y sobre todo, Jun había cenado como todo niño merecía.

Por ahora eso era suficiente.

Se durmió finalmente cerca de las dos de la madrugada con el rostro de Jimin grabado detrás de sus párpados, la forma en que sus ojos se habían suavizado cuando había hablado de Jun, la vulnerabilidad cuando había confesado su divorcio, la esperanza cuidadosa cuando él le había dado el número telefónico.





El lunes siguiente, Jimin salió de la oficina exactamente a las 6:32 PM con el teléfono ya en la mano antes de llegar al Porsche. Se sentó en el asiento del conductor sin siquiera encender el motor, mirando la pantalla por un momento largo antes de marcar el número que ya se sabía de memoria sin necesidad de mirar la servilleta doblada que todavía llevaba en su billetera como un talismán.

El teléfono sonó tres veces, cuatro, cinco veces mientras Jimin contenía la respiración sin darse cuenta.

Luego el tono mecánico indicando que podía dejar mensaje.

—Soy Jimin —dijo, y su voz sonó más vacilante de lo que pretendía—. Solo quería saber cómo están, cómo está Jun. Si necesitan algo, cualquier cosa, aquí estoy. Siempre.

Colgó sintiendo que había dicho demasiado y a la vez nada suficiente. Se quedó sentado ahí mirando la pantalla apagada como si pudiera cobrar vida mágicamente y responderle de inmediato, como si la fuerza de su deseo fuera suficiente para hacer que Jungkook estuviera del otro lado en este momento.

No pasó nada, por supuesto.

Suspiró, guardó el teléfono y encendió el auto. Condujo a casa escuchando el silencio del interior del vehículo porque la radio se sentía demasiado intrusiva. Se acostó esa noche con el teléfono en la mesita de noche, revisándolo compulsivamente cada diez minutos aunque sabía que era inútil, que Jungkook no tenía su número y no había forma de que lo tuviera.

El martes fue igual. Salió a las 6:34 PM esta vez porque una reunión se había extendido y lo había dejado con la ansiedad trepándole por la espalda durante los últimos quince minutos mientras fingía prestar atención a proyecciones financieras. Se sentó en el estacionamiento del edificio donde el Porsche destacaba entre los otros autos ejecutivos y marcó otra vez.

—Soy yo otra vez —dijo después del tono, sintiéndose idiota por decirlo así—. Pasé por el parque esta tarde durante mi hora de almuerzo. Jun no estaba. Espero que todo esté bien, que no esté enfermo, su bronquitis... espero que no haya vuelto con este clima frío que está empezando.

Hizo una pausa respirando despacio para controlar el temblor en su voz.

—En fin, cuídense. Ambos.

Colgó y apoyó la frente contra el volante durante un minuto completo antes de poder reunir la energía para conducir a casa.

El miércoles salió a las 6:29 PM y esta vez tenía algo concreto que decir además de preocupaciones vagas.

—Hola. Jimin de nuevo —dijo, y se sintió ridículo aclarándolo como si hubiera otro Jimin dejando mensajes en este teléfono público—. Compré algo hoy. Un cuaderno de dibujo, de esos con papel grueso bueno para lápices de colores y marcadores. Y una caja de setenta y dos lápices de colores con todos los tonos que pude encontrar.

Vaciló porque de repente esto sonaba como demasiado, como si estuviera tratando de comprar algo que no se podía comprar.

—Pensé que tal vez a Jun le gustarían. Para sus dibujos, si quiere, si está bien para ti, puedo dejárselos a la señora del café. Sin presión, solo si quieres.

Colgó sintiéndose exactamente como un adolescente nervioso tratando de impresionar a alguien y fallando miserablemente.

El jueves había llovido todo el día, una de esas lluvias frías de principios de otoño que presagiaban el invierno que venía. Salió a las 6:40 PM empapado porque había olvidado su paraguas y el tramo entre la entrada del edificio y el estacionamiento exterior era lo suficientemente largo como para dejarlo mojado.

—Sé que no contestas —dijo presionando el teléfono contra su oreja mientras el agua de su cabello goteaba sobre su camisa—. Pero igual pregunto. ¿Cómo estuvo la semana? ¿Conseguiste suficiente trabajo? ¿Jun está comiendo bien?

Hizo una pausa tan larga que casi cuelga, pero algo lo detuvo y las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—A veces pienso que estoy molestando. Que debería parar, que estoy siendo exactamente el tipo de acosador obsesivo que me dijiste que no fuera. Pero luego no puedo, no puedo simplemente seguir con mi vida como si no supiera, como si no me importara lo que les pasa a ustedes. Porque sí me importa... demasiado probablemente.

Colgó rápidamente antes de decir algo aún más patético y se quedó sentado en el auto viendo cómo la lluvia golpeaba el parabrisas en patrones que se deslizaban hacia abajo como lágrimas.

El viernes salió a las 6:25 PM con el estómago hecho un nudo porque era fin de semana y no tendría la rutina del trabajo para distraerlo durante dos días completos.

—Jun cumplió ocho años y medio hace poco, ¿verdad? —dijo después del tono, tratando de sonar casual y probablemente fallando—. Felicítalo de mi parte. Dile que espero que tenga un gran año por delante, lleno de cosas buenas.

Colgó y se quedó mirando el teléfono con esa sensación hueca que había empezado a reconocer como el resultado inevitable de hablarle al vacío.

Y entonces el teléfono sonó.

Realmente sonó con ese timbre estándar que de repente era la cosa más hermosa que había escuchado en su vida, haciéndolo saltar tan violentamente que casi lo deja caer antes de poder contestar.

—¿Hola? —dijo demasiado rápido, demasiado ansioso.

Silencio al otro lado. Solo respiración que podía ser de cualquiera pero que Jimin sabía exactamente de quién era.

Luego esa voz que había estado esperando escuchar.

—*Soy Jungkook.*

El corazón de Jimin literalmente se detuvo por un segundo completo antes de comenzar a latir tan fuerte que podía sentirlo en su garganta.

—Jungkook —repitió como un idiota completo, su cerebro aparentemente incapaz de formar pensamientos coherentes más allá de ese nombre.

—*Jun está bien* —dijo Jungkook rápidamente con tono neutro y práctico como si estuviera leyendo una lista de compras—. *Por si te estabas preguntando de verdad o si solo era alguna excusa para llamar. Jun está bien, comiendo, durmiendo, yendo a la escuela todos los días. Gracias por preguntar.*

Y colgó antes de que Jimin pudiera responder, dejándolo con el teléfono muerto contra su oreja y una sensación en el pecho que era parte alivio y parte algo mucho más complicado.

Se quedó ahí durante dos minutos completos sin moverse, solo procesando el hecho de que Jungkook había llamado, que había usado su tiempo y energía para responder aunque fuera brevemente.

Luego comenzó a sonreír. No pudo evitarlo, la sonrisa creciendo hasta que le dolieron las mejillas y probablemente se veía completamente loco sentado solo en su auto caro sonriendo como idiota a la nada.

Pero no le importó en absoluto.

El sábado por la mañana decidió cambiar su estrategia y llamó a las 10:47 AM en lugar de su horario habitual de después del trabajo, pensando que tal vez tendría más suerte si Jungkook estaba en casa con Jun.

—Me alegró mucho escucharte ayer —dijo después del tono, y las palabras salieron más intensas de lo que pretendía—. Tu voz.

Se detuvo porque eso sonaba demasiado revelador, demasiado honesto. Se aclaró la garganta.

—Quiero decir, me alegró saber que Jun está bien. ¿Pasarás por la cafetería un día de estos? Yo suelo ir entre el mediodía y las tres de la tarde la mayoría de los días cuando puedo escaparme del trabajo. Por si quieres que bebamos un café, o comida, lo que prefieras. Sin presión.

El domingo por la tarde a las 2:15 PM no dejó mensaje. Solo llamó, esperó el tono, y colgó antes de que la grabación pudiera comenzar. Llamó de nuevo cinco minutos después con el mismo resultado. No sabía qué decir que no hubiera dicho ya, qué palabras podrían ser suficientes para cerrar la distancia que todavía existía entre ellos.

El lunes siguiente cuando llegó a su teléfono después de otra reunión interminable, había un mensaje de texto esperándolo. Las palabras en la pantalla lo golpearon con

una fuerza física que lo dejó sin aliento.

"Conseguí trabajo extra esta semana. Jun comió pollo dos días seguidos. Le encantó."

Jimin sostuvo el teléfono con dedos que temblaban ligeramente mientras leía el mensaje tres veces, cuatro, cinco, memorizando cada palabra como si fuera poesía. La sonrisa que apareció en su rostro era tan grande que le dolieron los músculos de la mandíbula, todo su rostro, pero no podía detenerla.

Durante los siguientes diez días, las llamadas y mensajes ocasionales se volvieron rutina diaria, algo que Jimin esperaba con una anticipación que bordeaba lo patético pero que no le importaba admitir.

El martes dejó un mensaje sobre cómo había llovido sin parar todo el día, preguntando si tenían paraguas decente porque los que vendían en las tiendas de conveniencia se rompían con el primer viento fuerte.

El miércoles recibió respuesta.

"Jun tiene uno con dinosaurios verdes. Dice que lo protege mejor porque los dinosaurios eran fuertes."

El jueves preguntó qué tanto le gustaban los dinosaurios a Jun, si tenía algún favorito.

El viernes su teléfono sonó mientras todavía estaba en la oficina terminando de revisar unos contratos. Corrió hasta el estacionamiento para poder hablar sin que Soojin escuchara.

—¿Hola? —contestó jadeando ligeramente.

—Está obsesionado con ellos —dijo Jungkook sin preámbulos ni saludos, su voz sonando casi divertida—. No para de hablar de dinosaurios, su favorito cambia cada semana. Ahora es el Ankylosaurus porque tiene armadura natural que lo protege de depredadores. La semana pasada era el Velociraptor porque son inteligentes y cazan en grupo como un equipo.

—Suenas como un niño muy inteligente —comentó Jimin sintiéndose ridículamente feliz solo de estar teniendo esta conversación casual sobre dinosaurios.

—Lo es —respondió Jungkook, y había orgullo genuino en su tono que hizo que algo se derritiera en el pecho de Jimin—. Demasiado inteligente a veces para su propio bien. Hace preguntas que no sé cómo responder sin mentirle o sin decirle verdades que es demasiado joven para procesar.

—¿Como qué? —preguntó Jimin suavemente.

Jungkook hizo una pausa antes de responder con voz más baja, más cansada.

—Como por qué vivimos en una habitación cuando otros niños de su clase tienen casas enteras con jardines, como por qué su mamá tuvo que irse al cielo si ella lo amaba tanto como él dice que la extraña, como por qué no tenemos más familia como sus compañeros que hablan de abuelos y tíos y primos.

El silencio que siguió era pesado con todo lo que no estaban diciendo.

—Lo estás haciendo increíble —dijo Jimin con una intensidad que lo sorprendió a él mismo—. De verdad, Jungkook. Jun tiene lo más importante del mundo. Te tiene a ti, un padre que lo ama más que nada y que haría cualquier cosa por él. Eso vale más que todas las casas grandes y familias extendidas del mundo.

Jungkook no respondió inmediatamente y Jimin pudo escuchar algo en el fondo que sonaba como un televisor o radio tocando suavemente.

—*Tengo que irme* —dijo finalmente Jungkook—. *Jun me está esperando para que juguemos antes de que se duerma.*

—Espera —habló Jimin rápidamente antes de que pudiera colgar—. Compré algo. Un libro grande con ilustraciones a color de dinosaurios, información real y científica pero escrita para que los niños puedan entenderla. Pensé que tal vez le gustaría y... ¿puedo dejárselo a la señora del café?

El silencio completo que siguió duró exactamente cinco segundos eternos durante los cuales Jimin estuvo seguro de que había arruinado todo.

—*Solo el libro* —dijo Jungkook finalmente con advertencia clara en su tono—. *Nada más, Jimin.*

—Solo el libro —prometió Jimin inmediatamente—. Te lo juro. Nada más.

El clic de la línea cortándose fue abrupto pero Jimin prácticamente flotó de vuelta a la oficina para recoger sus cosas.

El sábado por la tarde fue al café con el libro cuidadosamente envuelto en papel de regalo discreto. La señora del café estaba detrás del mostrador limpiando tazas cuando él entró, y la reconoció inmediatamente levantando una ceja con expresión que era mitad curiosidad y mitad cautela.

—Señora —dijo Jimin en voz baja acercándose cuando no había otros clientes cerca—. ¿Puedo pedirle un favor?

Ella lo miró con esa expresión que sugería que había visto demasiadas cosas en su vida como para sorprenderse fácilmente.

—Depende del favor, joven.

Jimin sacó el libro de la bolsa que llevaba. Era el mejor que había encontrado después de visitar tres librerías diferentes en Seúl, tapa dura, ilustraciones increíbles hechas por artistas científicos, más de doscientas páginas de información detallada pero accesible.

—Es para Jun —explicó sosteniéndolo para que ella pudiera verlo—. ¿Podría dárselo la próxima vez que vengan? Jungkook ya sabe que lo dejaría aquí.

La señora Kim tomó el libro con manos que habían preparado miles de cafés y lo examinó cuidadosamente. Era obvio que era caro incluso sin ver el precio.

—¿Solo esto? —preguntó con sospecha evidente.

Jimin asintió pero luego vaciló porque había algo más y sabía que esto era arriesgado pero no podía no hacerlo. Sacó un sobre grueso del bolsillo interior de su chaqueta. Lo

había preparado esa mañana con quinientos mil wones en billetes cuidadosamente doblados.

—Esto es diferente —comenzó sintiendo cómo sus mejillas se calentaban con algo que era parte vergüenza y parte determinación—. Esto es solo para Jun. Para ropa de invierno porque el clima está empeorando y necesita un abrigo grueso que realmente lo proteja del frío. No es caridad. Es solo...

No pudo terminar esa frase porque no sabía cómo sin sonar exactamente como lo que Jungkook lo había acusado de ser.

La señora tomó el sobre y lo sopesó en su mano con expresión indescifrable antes de guardarlo debajo del mostrador junto con el libro.

—Se lo daré —dijo finalmente con tono que no admitía discusión—. Y me aseguraré de que lo reciba. Algunos hombres como Jeon tienen demasiado orgullo, especialmente los que han tenido que luchar por cada cosa que tienen.

—Gracias —dijo Jimin sintiendo que algo se aflojaba en su pecho—. Le agradezco mucho que haga esto.

La señora Kim asintió una vez antes de volverse hacia la cafetera para preparar un pedido que acababa de llegar, y Jimin salió del café sintiéndose como si acabara de completar la negociación más importante de toda su vida.

Dos días después, el lunes por la tarde cuando Jungkook pasó por el café con Jun después de recogerlo de la escuela, la señora Kim los llamó antes de que pudieran ordenar.

—Jungkook-ah —dijo con ese tono maternal que no admitía discusión—. Alguien dejó esto para Jun.

Le entregó primero el libro y los ojos de Jun se iluminaron como si acabara de recibir el mejor regalo de Navidad de toda su vida.

—¡DINOSAURIOS! —gritó tomando el libro con ambas manos como si fuera un tesoro invaluable—. ¡Papá, mira! ¡Es ENORME! ¡Tiene todas las páginas llenas de dinosaurios!

Jungkook miró el libro en las manos de su pequeño, examinándolo con expresión que se volvía más tensa con cada segundo que pasaba mientras claramente calculaba cuánto había costado esto.

—¿Lo dejó...? —preguntó con tono completamente plano.

La señora Kim asintió y le entregó el sobre sin responder verbalmente, solo sosteniéndolo hasta que Jungkook lo tomó con movimientos rígidos.

Lo abrió ahí mismo viendo el dinero adentro. Su rostro se endureció inmediatamente con esa expresión que Jimin había visto antes cuando se sentía acorralado.

—No puedo aceptar esto —dijo empujando el sobre de vuelta a través del mostrador con más fuerza de la necesaria—. Le dije específicamente que no hiciera esto.

Se giró para irse tomando la mano de Jun con movimientos bruscos que hicieron que el niño lo mirara con confusión.

La señora Kim golpeó el mostrador dos veces.

Fuerte.

El sonido resonó en el café pequeño haciendo que varios clientes levantaran la vista.

—Jeon Jungkook —dijo con tono que había perfeccionado criando tres hijos propios hasta la adultez—. No me importa tu orgullo en este momento. Me importa ese niño.

Señaló a Jun quien sostenía el libro de dinosaurios contra su pecho mirando entre su padre y la señora con ojos grandes que comenzaban a llenarse de preocupación.

—No es para ti —continuó ella sin piedad—. Es para él. Para que tenga un abrigo que realmente lo mantenga caliente cuando llegue el invierno de verdad en un mes, para que sus pies no se mojen y se congelen cuando nieve porque sabemos que va a nevar.

Jungkook se quedó completamente inmóvil con la espalda hacia ella y los hombros tan tensos que parecían a punto de quebrarse.

—Toma el maldito sobre —dijo ella con menos paciencia ahora—. Úsalo solo para Jun si eso hace que te sientas mejor, compra lo que necesite y nada para ti si eso es lo que te permite dormir por las noches. Pero deja tu orgullo en la puerta porque créeme que los niños no comen, no se visten con orgullo, y no se calientan con orgullo.

Jun miró hacia arriba tirando ligeramente de la mano de su padre.

—¿Papá? ¿Puedo quedarme el libro de dinosaurios?

Jungkook cerró los ojos respirando profundo tres veces mientras claramente luchaba consigo mismo sobre qué hacer. Finalmente se giró caminando de vuelta al mostrador con pasos lentos y tomó el sobre con mano que temblaba apenas visiblemente.

—Gracias —dijo con voz apenas audible mirando a la señora Kim en lugar del sobre, como si verlo lo haría más real de lo que podía manejar.

Ella asintió con expresión que se había suavizado considerablemente.

—Ese hombre que lo dejó no creo que tenga malas intenciones —dijo más suave—. Creo que genuinamente se preocupa por ustedes. Pero tú decides qué hacer con esa información, nadie más puede decidir eso por ti.

Jungkook no respondió. Solo se fue con Jun caminando a su lado, hojeando el libro con fascinación completa, ajeno a la tensión que acababa de ocurrir.

00

Esa noche a las 9:47 PM cuando Jimin ya estaba en casa preparándose para acostarse sin mucha esperanza de escuchar nada, su teléfono sonó.

—¿Hola? —contestó con el corazón acelerándose instantáneamente.

—*Te pedí que no lo hicieras, Jimin* —dijo sin saludos ni preámbulos. Sonaba cansado y frustrado pero no furioso como Jimin había temido.

—Lo siento —respondió inmediatamente sentándose en el borde de su cama—. Pero es para que Jun tenga para usar al menos dos pares de zapatos un invierno completo, que tenga un abrigo que lo abrigue bien cuando la temperatura baje. Para que no pase frío mientras espera el autobús a la escuela o...

—*Ya entendí el punto* —lo interrumpió Jungkook con menos dureza de la que sus palabras sugerían.

Hubo un silencio largo durante el cual Jimin pudo escuchar ruido de fondo que sonaba como una caricatura o programa infantil tocando suavemente.

—*Esto no cambia nada* —dijo Jungkook finalmente pero había algo en su tono que sugería que tal vez sí cambiaba algo aunque ninguno de los dos quisiera admitirlo—. *Entre nosotros, quiero decir.*

—Solo quiero que esté bien —insistió Jimin con honestidad que dolía expresar—. Ambos, que estén seguros y calientes y alimentados. Eso es todo lo que quiero, no espero nada a cambio.

Otro silencio más largo durante el cual Jimin pudo escuchar a Jungkook respirar al otro lado de la línea.

—*El libro* —comenzó Jungkook con voz que se había suavizado considerablemente—. *Jun no lo ha soltado en tres horas desde que llegamos a casa. Lo leyó dos veces completo ya y ahora sabe más sobre dinosaurios que yo he sabido en toda mi vida. No para de darme datos sobre períodos Triásico y Jurásico como si yo supiera de qué está hablando.*

Jimin sonrió ampliamente.

—Me alegro muchísimo de que le guste.

—*Gracias* —dijo Jungkook casi inaudiblemente como si las palabras le costaran físicamente salir—. *Por el libro, por el dinero para Jun. Pero no lo hagas costumbre. No puedo acostumbrarme a esto, no puedo permitirme depender de que aparezcas y soluciones cosas sin más... no puedo.*

—Entiendo —mintió Jimin porque no entendía en absoluto, pero sabía que era lo que Jungkook necesitaba escuchar.

—*Tengo que irme. Jun quiere que le lea sobre el Triceratops antes de dormir y aparentemente es muy importante que sepa que tienen tres cuernos defensivos y un collar óseo.*

—Jungkook, espera un segundo.

—¿Qué?

—Gracias por llamar. Por simplemente no ignorar esto, hablar conmigo aunque sea brevemente. Significa más de lo que probablemente crees.

Hubo una pausa durante la cual Jimin pudo imaginar a Jungkook debatiendo qué decir.

—Igual no te ilusiones demasiado —advirtió Jungkook finalmente pero su tono había perdido ese filo defensivo.

Y colgó dejando a Jimin mirando su teléfono durante diez minutos completos antes de que pudiera moverse.

Luego llamó a Taehyung.

—Habló conmigo —dijo en cuanto su amigo contestó—. Jungkook. Me llamó.

—¿Y? —preguntó Taehyung con interés obvio—. *¿Qué dijo?*

—Que no me ilucione.

Taehyung rió.

—Pero llamó. Eso es enorme, Jimin. Enorme.

Durante las siguientes dos semanas algo cambió gradualmente entre ellos de una forma que era casi imperceptible día a día pero obvia cuando Jimin miraba hacia atrás, al principio. Los mensajes se volvieron más frecuentes y más largos, menos guardados y más honestos.

Comenzó a dejar mensajes sobre su día sin editarse tanto, reuniones que lo habían aburrido hasta casi dormirse, clientes difíciles que lo habían hecho querer gritar, el clima cambiante que traía el otoño completo.

Jungkook comenzó a responder con detalles pequeños que construían una imagen de su vida, Jun había aprendido finalmente a atarse los zapatos solo después de semanas de práctica frustrante. Había conseguido dos días extra de trabajo en una obra de construcción que le había dejado los hombros tan adoloridos que apenas podía levantar los brazos. Había encontrado cinco mil wones olvidados en el bolsillo de un pantalón viejo y los había usado para comprar helado para ambos como celebración.

Un viernes por la noche, tres semanas después de ese primer mensaje, Jungkook incluso llamó sin razón específica. Solo para hablar, y lo hicieron durante diecisiete minutos sobre absolutamente nada importante, como el clima que seguía empeorando, las noticias sobre algún escándalo político que a ninguno realmente le importaba, una película vieja que Jungkook había visto en el televisor comunal del goshiwon.

Era normal, casi como si fueran amigos normales teniendo una conversación normal.

El sábado, Jimin decidió arriesgarse de una forma diferente. Fue al parque, ese parque pequeño y descuidado donde había visto a Jun por primera vez hace lo que parecían años aunque habían sido solo semanas.

Había estado yendo ocasionalmente desde entonces, siempre alrededor de las cuatro de la tarde, esperando sin admitírselo completamente a sí mismo que tal vez los vería.

Y ese sábado cuando llegó a las 4:00 PM exactas, Jun estaba ahí.

En los columpios oxidados balanceándose alto con risa pura, completamente absorto en el simple placer de volar a través del juego. Cuando giró en el columpio y vio a Jimin parado junto a la cerca, sus ojos se agrandaron enormemente con reconocimiento instantáneo.

—¡SEÑOR JIMIN! —gritó tan fuerte que varios adultos cercanos giraron a mirar con curiosidad.

Saltó del columpio en pleno movimiento de una forma que hizo que el corazón de Jimin se detuviera brevemente con pánico, pero Jun aterrizó perfectamente en sus pies como si hubiera hecho esta maniobra mil veces antes. Corrió directamente hacia él sin vacilación ni timidez, solo alegría pura en su rostro.

Jimin se agachó abriendo los brazos instintivamente y Jun se estrelló contra él con suficiente fuerza como para casi tirarlo hacia atrás. Brazos pequeños se envolvieron alrededor de su cuello apretando fuerte mientras el peso completo del niño se apoyaba contra él.

—¡Te extrañé! —dijo Jun contra su hombro con voz ligeramente amortiguada—. ¡No te había visto en mucho mucho tiempo!

Jimin sintió que los ojos le ardían peligrosamente y tuvo que parpadear rápidamente varias veces antes de poder responder.

—Yo también te extrañé, pequeño —logró decir con voz que apenas controlaba—. Muchísimo.

Se separaron después de un momento y Jun prácticamente rebotaba con emoción contenida que necesitaba salir.

—¡Mira! ¡Mira mis zapatos nuevos! —levantó un pie balanceándose en el otro con equilibrio sorprendente.

Eran tenis nuevos completamente inmaculados, negros con rayas verde fluorescente en los lados que probablemente brillaban en la oscuridad. Perfectos sin un solo rasguño o marca de uso todavía.

—Son increíbles —dijo Jimin con sinceridad absoluta mirando los zapatos como si fueran la cosa más importante del mundo—. ¿Te gustan?

—¡MUCHO! —Jun prácticamente gritó bajando su pie—. ¡Son los mejores zapatos del mundo entero! ¡Ahora tengo éstos y también los que tienen lucecitas que se prenden cuando camino!

—¡Eso está genial! —dijo Jimin genuinamente feliz de ver al niño tan emocionado—. Entonces estás empezando una colección de zapatos especiales.

—Papá dijo que eran un regalo de alguien muy amable —explicó Jun con renovada seriedad bajando su voz como si estuviera compartiendo un secreto importante. Luego hizo algo completamente inesperado, se inclinó en una pequeña reverencia formal de gratitud que alguien claramente le había enseñado—. Muchas gracias por mis zapatos y mi abrigo nuevo —dijo con esa formalidad adorable que solo los niños pueden lograr.

Jimin sintió que la garganta se le cerraba completamente haciendo imposible hablar durante varios segundos.

—Te lo mereces, Jun —logró decir finalmente—. Te mereces todas las cosas buenas del mundo.

—¿Quieres jugar conmigo? —preguntó Jun tomando su mano sin esperar respuesta—. ¡Ven! ¡Te tengo que mostrar el dibujo nuevo que hice en la escuela!

Lo arrastró hacia el área de césped que estaba ligeramente húmedo del rocío que todavía no se había secado completamente. Se sentaron en el pasto y Jimin arruinó completamente su pantalón de traje caro sin importarle en absoluto.

Jun sacó papeles cuidadosamente doblados del bolsillo de su chaqueta que Jimin notó también era nueva, azul oscuro y claramente su talla correcta en lugar de ser demasiado grande o pequeña.

—Este es el sistema solar completo —explicó Jun desplegando un dibujo hecho con los lápices de colores que Jimin le había regalado. Cada planeta estaba meticulosamente coloreado con tonos que Jun claramente había elegido con cuidado—. Este es Saturno. Tiene anillos porque hace mucho mucho tiempo chocó con otro planeta o tal vez con lunas y todos los pedazos se quedaron orbitando alrededor en círculos. Como un cinturón gigante de rocas espaciales, así lo llaman.

—Eres todo un experto en el espacio —dijo Jimin con admiración mientras pasaba su dedo suavemente por los anillos dibujados con líneas precisas—. ¿Esto lo aprendiste en la escuela?

—Algo en la escuela pero más del libro de dinosaurios que me diste —agregó Jun con entusiasmo—. Al final tiene páginas sobre el espacio y sobre cómo los dinosaurios se extinguieron por un asteroide gigante que cayó del cielo. Así que después busqué más información sobre asteroides y planetas y el espacio en la biblioteca de la escuela.

Hablaron durante veinte minutos que se sintieron como dos. Jun mostrándole tres dibujos más con explicaciones detalladas sobre extinción masiva, trayectorias de asteroides, órbitas planetarias, y por qué Plutón ya no era considerado planeta oficialmente pero él pensaba que eso era injusto porque "no puedes simplemente cambiar las reglas cuando ya todos conocían nueve planetas".

Jimin escuchaba cada palabra como si fuera la cosa más fascinante que había oído en su vida, haciendo preguntas cuando Jun pausaba para respirar, sonriendo cuando el niño se emocionaba tanto que las palabras salían atropelladas.

—¿Sabes qué, señor Jimin? —dijo Jun de repente mirándolo con esos ojos que eran tan parecidos a los de Jungkook que a veces dolía mirarlos.

—¿Qué pasa, Jun?

—Deberías venir a nuestra casa —dijo mordiendo el labio inferior con nerviosismo que no había mostrado hasta ahora—. No es muy grande como las casas de mis amigos de la escuela pero papá hace fideos realmente buenos cuando tiene tiempo. Y puedo mostrarte mi colección de rocas especiales que he encontrado. Por favor.

Jimin abrió la boca pero no salió ningún sonido. Su cerebro se había detenido completamente al procesar lo que Jun acababa de decir, la invitación casual que significaba mucho más de lo que el niño probablemente entendía.

Luego escuchó pasos aproximándose detrás de él sobre el pasto.

Se giró con el corazón acelerándose instantáneamente.

Jungkook venía caminando desde la entrada del parque con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta negra que Jimin notó también era nueva, más gruesa que la anterior, apropiada para el clima que seguía enfriándose. Llevaba su gorra negra habitual calada baja sobre sus ojos pero su postura era diferente de lo que había sido antes, menos defensiva, menos como si estuviera listo para pelear o huir en cualquier momento.

Se detuvo a unos tres metros de distancia observándolos. A Jimin sentado en el pasto con su traje caro completamente arruinado y manchado de verde, y Jun con papeles esparcidos alrededor.

Sus ojos oscuros e indescifrables pero sin esa dureza que solían tener se encontraron con los de Jimin y algo pasó entre ellos en ese momento de contacto visual. Algo sin palabras pero entendido de todas formas.

Jimin se puso de pie lentamente limpiándose el pasto de sus pantalones en un gesto automático.

Jun corrió hacia su padre inmediatamente tomando su mano y tirando de ella con urgencia.

—¡Papá! ¡El señor Jimin está aquí! ¡Le estaba mostrando mis dibujos del sistema solar! ¡Y le dije que podía venir a casa a comer fideos! ¿Puede venir? ¿Por favor?

Las palabras salían atropelladas con esa forma demasiado emocionada para preocuparse por respirar apropiadamente entre frases.

Jungkook miró a su hijo con expresión que suavizó considerablemente. Luego miró a Jimin durante un momento largo que se extendió hasta volverse casi incómodo.

Algo pasó por su rostro tan rápido que Jimin casi lo perdió, una expresión que parecía ser parte rendición, parte aceptación, parte decisión que había estado considerando durante mucho tiempo pero solo ahora se permitía actuar.

—Está bien —dijo finalmente con voz baja pero clara.

Jun gritó de alegría saltando literalmente del suelo.

Jungkook levantó una mano deteniéndolo antes de que pudiera seguir celebrando.

—Pero Jun, nuestra casa no es como las casas de tus amigos de la escuela. Es muy pequeña, solo una habitación. Y no tenemos muchas cosas bonitas o...

—No me importa —interrumpió Jimin, tal vez demasiado rápido, demasiado ansioso—. Me encantaría ir. Si realmente está bien contigo, si no es imposición o si no te hace sentir incómodo o...

—Está bien —repitió Jungkook cortando su balbuceo nervioso—. Vamos entonces antes de que cambie de opinión.

Extendió su mano hacia Jun y el niño la tomó inmediatamente con confianza absoluta.

Y entonces Jun extendió su otra mano hacia Jimin sin vacilación ni duda, ofreciéndola con esa generosidad simple que solo los niños poseen.

Jimin la miró durante un segundo completo. Pequeña con restos de tierra de tanto jugar en el parque. Ofrecida sin ninguna de las complicaciones que los adultos ponían en cada interacción.

La tomó con cuidado, como si fuera hecha de cristal precioso, sintiendo el calor pequeño de esa mano contra la suya.

Los tres comenzaron a caminar juntos hacia la salida del parque en una línea conectada.

Jun iba en el medio balanceando ambos brazos dramáticamente hacia adelante y hacia atrás, hablando sin parar sobre dinosaurios y planetas y por qué los gatos pueden caer de lugares altos sin lastimarse pero los humanos necesitarían paracaídas para hacer lo mismo.

Jimin caminaba a su lado derecho sosteniendo esa mano pequeña con el tipo de cuidado que normalmente reservaba para los contratos más importantes de su empresa, sintiendo algo en su pecho que era demasiado grande para nombrarlo.

Jungkook caminaba al lado izquierdo mirando ocasionalmente hacia Jimin de reojo. Sus expresiones todavía eran cautelosas y guardadas pero más suaves que nunca antes, sin esos bordes afilados que siempre había usado como defensa.

El sol comenzaba a ponerse pintando el cielo con naranjas profundos y rosas suaves que se mezclaban en el horizonte de una forma que habría sido hermosa si Jimin hubiera podido apartar la vista de las dos personas caminando a su lado.

Jun apretó ambas manos simultáneamente, la de su padre y la de Jimin, y los jaló hacia adelante con impaciencia.

—¡Vamos más rápido! ¡Tengo hambre! ¡Y tengo que mostrarle a Jimin-ssi mi colección completa de rocas especiales que encontré! ¡Tengo como veinte!

Jimin rio y fue risa verdadera, profunda y real, que salió de algún lugar en su pecho que había estado cerrado durante mucho tiempo.



Hola, hermosa lectora del Kookmin.

Espero te encuentres excelente.

Leo cada comentario sin excepción, y quiero manifestarte como tú a mí, el cariño y el tiempo que nos estamos dedicando mutuamente en éste intercambio.

Estoy trabajando muy intensamente para que tengas de uno a dos capítulos por día y terminemos. A veces ocurren capítulos nuevos e inesperados entre medio del beat sheet que he planeado, así que se me suele complicar. Además de que tengo otras cosas que hacer en el día, ¿Verdad?

Sólo espero que con la misma paciencia que te he escrito y compartido ésta historia, la leas y sigas disfrutando de cada momento.

Nos seguiremos leyendo.

Muchísimas gracias  

La caminata desde el parque hasta el edificio duró menos de diez minutos, pero a Jimin le pareció que cruzaba hacia un mundo completamente diferente al suyo, uno que existía en los márgenes de la ciudad que conocía solo desde la ventana de su auto.

Las calles se volvieron más estrechas con cada cuadra, tan angostas que su Porsche nunca podría navegarlas sin raspar los espejos contra las paredes descoloridas. Tendederos colgaban desde los balcones cargados con ropa que se movía con el viento frío de la tarde, niños jugaban fútbol en medio de la calle usando una botella de plástico aplastada, gritándose instrucciones y celebraciones, un hombre mayor fumaba en su balcón viendo pasar el mundo sin prisa, una mujer subía las escaleras de un edificio vecino arrastrando bolsas pesadas del mercado.

Vida real, sin filtros ni ediciones, cruda y honesta de formas que Jimin nunca había experimentado realmente.

Jun iba adelante saltando cada dos pasos sobre las grietas del pavimento siguiendo algún juego personal que solo él entendía, contando en voz alta los dinosaurios que había visto en un documental la noche anterior.

—¡Y el Diplodocus tenía el cuello TAN largo que podía alcanzar las hojas de los árboles más altos sin siquiera pararse en dos patas! —explicaba gesticulando exageradamente con ambas manos—. ¡Y comía TODO EL DÍA porque era tan grande que necesitaba muchísima comida solo para sobrevivir!

Jungkook caminaba al lado de Jimin manteniendo como medio metro de distancia entre ellos, sin tocarlo pero tampoco alejándose más. Sus hombros casi se rozaban ocasionalmente cuando el camino se estrechaba forzándolos a acercarse, y cada vez que pasaba Jimin sentía una chispa eléctrica recorrerle la piel.

El edificio apareció después de doblar una esquina, cuatro pisos de altura con fachada gris cubierta de grietas, manchas de humedad oscureciendo el cemento.

Subieron por escaleras de cemento, el pasamanos metálico estaba frío contra la palma de su mano cuando lo tocó brevemente para mantener el equilibrio. Diversos aromas flotaban desde las puertas cerradas que pasaban, kimchi, aceite usado para freír, algo especiado que no pudo identificar pero que le hizo recordar que no había comido nada sustancial desde el desayuno.

Segundo piso, tercero. Pasillo estrecho con cinco puertas de metal pintadas en diferentes tonos descoloridos. La habitación 203 estaba al final del corredor.

Jungkook sacó la llave que llevaba colgada al cuello con un cordón gastado y la insertó en la cerradura que se resistió un momento antes de ceder con un clic que resonó más fuerte de lo que debería en el silencio del pasillo.

—Pasen —dijo simplemente apartándose para dejar entrar a Jun y luego a Jimin con un gesto que era parte cortesía y parte nerviosismo apenas contenido.

—Permiso... —Jimin entró y se detuvo completamente después de dos pasos.

La habitación era pequeña sin dudas. Tal vez tres metros y medio por cuatro si era generoso con las mediciones. Pero lo que más lo golpeó no fue el tamaño sino cómo habían maximizado cada centímetro cuadrado disponible con un ingenio de necesidad y creatividad juntas.

Lo primero que notó fue que habían convertido lo que claramente había sido un antiguo lavadero, probablemente metro y medio por dos metros, en el dormitorio de Jun. Tenía su propia puerta delgada, pero puerta al fin, algo que ofrecía al niño su propio espacio privado, y a través de ella parcialmente abierta, Jimin podía ver un colchón individual directamente sobre el suelo de baldosas, una almohada con funda estampada de dinosaurio verde, una manta doblada cuidadosamente al pie, una lámpara proporcionaba luz tenue. Las paredes estaban cubiertas de dibujos pegados con cinta adhesiva formando un mural caótico pero hermoso de dinosaurios de todos los tamaños y colores, planetas, cohetes despegando hacia estrellas, y dibujos de su familia representados como figuras de palo tomadas de la mano bajo un sol amarillo brillante.

El resto de la habitación principal contenía todo lo demás que constituía su vida, un colchón doble contra la pared opuesta cubierto con sábanas limpias pero claramente viejas, lavadas tantas veces que el estampado original era apenas visible bajo el desgaste. Una hornilla eléctrica de dos fuegos descansaba sobre una superficie de madera improvisada apoyada en bloques de cemento, un fregadero pequeño empotrado en una esquina con solo un grifo, ausencia notable del segundo grifo que significaba que solo había agua fría disponible. Cuerdas de tender ropa cruzaban el techo de esquina a esquina con ropa colgando ordenadamente, calcetines, camisetas pequeñas de Jun, los jeans de Jungkook. Una mesa plegable cerrada y apoyada contra la pared para ahorrar el espacio precioso que ocuparía desplegada. Una nevera pequeña del tamaño de las que se encuentran en habitaciones de hotel zumbaba constantemente con ese sonido eléctrico de motor viejo que probablemente consumía más electricidad de la que debería.

Cajas de madera apiladas hacían de estanterías con platos y tazas visibles a través de los lados cortados, todo organizado meticulosamente por tamaño y función.

Y a pesar de lo pequeño, lo improvisado, lo claramente precario de todo el arreglo, cada superficie estaba impecable. Ni una mota de polvo visible en ninguna parte, cada objeto tenía su lugar exacto y propósito claro, los platos estaban limpios y ordenados por tamaño, el suelo había sido barrido recientemente. Las superficies limpias con cuidado orgulloso y dignidad mantenidos ferozmente contra las circunstancias.

Era pobreza innegable. Pero era pobreza con dignidad absoluta, con esfuerzo evidente en cada detalle, con amor palpable en cómo todo estaba cuidado y organizado.

Jun entró corriendo directamente a su cuarto-lavadero sin quitarse siquiera los zapatos nuevos.

—¡Espera aquí! ¡Te voy a mostrar mi colección completa de piedras especiales! —gritó desde adentro con el sonido amortiguado por la puerta delgada.

Jimin se quedó parado en el centro de la habitación girando lentamente en su lugar, absorbiendo cada detalle con una atención que bordeaba lo obsesivo. El calendario colgado en la pared con fechas marcadas en tinta roja, un taburete bajo de madera hacía de mesa de noche junto al colchón de Jungkook con un vaso de agua medio lleno y un libro de bolsillo con las esquinas dobladas y el lomo agrietado por lecturas repetidas.

Y aún así nada fuera de lugar o abandonado al azar. Todo tenía su función clara, su propósito específico, su lugar designado en este sistema cuidadosamente equilibrado

donde cada centímetro importaba.

Jungkook colgó su chaqueta en un gancho detrás de la puerta que ya sostenía otra chaqueta más delgada, probablemente su única otra opción para el clima que seguía enfriándose.

—No es mucho —dijo con tono neutro sin mirarlo directamente, sin disculparse tampoco porque había decidido hace mucho tiempo que no se disculparía por las circunstancias que no había elegido—. Pero es lo que tenemos.

Jimin se giró hacia él sintiendo algo apretarse en su garganta.

—Es suficiente —respondió con absoluta sinceridad—. Es un hogar real. Más de lo que muchas personas tienen incluso viviendo en mansiones.

Algo pasó por el rostro de Jungkook demasiado rápido para identificarlo completamente. Tal vez sorpresa de que Jimin realmente lo entendiera, alivio de no tener que defenderse, algo... indescifrable.

Jun salió de su cuarto arrastrando una caja de zapatos llena hasta el borde con sus tesoros acumulados, piedras de diferentes tamaños y colores que había seleccionado cuidadosamente durante meses, caracoles encontrados en algún parque con estanque, trozos de vidrio pulido por el tiempo hasta volverse suaves, una tuerca oxidada, un botón grande y brillante que reflejaba la luz.

—¡Mira esta! —exclamó sacando una piedra gris con vetas blancas que se entrecruzaban formando patrones—. ¡Es de río! ¡La encontré cuando papá me llevó al parque grande el mes pasado! ¡Brilla diferente cuando le da el sol directamente!

Se sentaron en el suelo los tres formando un pequeño círculo. Jun en el medio vaciando su caja completamente con ese abandono alegre, explicando el origen y las propiedades especiales de cada tesoro con lujo de detalles.

—Esta es súper especial porque tiene forma casi de corazón, ¿ves? —dijo sosteniéndola contra la luz—. Papá dice que las piedras con formas especiales son muy raras de encontrar y que tengo suerte.

—Este caracol ya no tiene el animalito viviendo dentro pero papá me explicó que antes era su casa completa que llevaba en la espalda a todas partes como si fuera una mochila.

—Este vidrio verde era de una botella rota pero el río lo hizo completamente suave después de mucho tiempo rodando con el agua.

Jimin escuchaba cada palabra con atención real que no tenía que fingir, haciendo preguntas cuando Jun pausaba para respirar, maravillándose apropiadamente cuando el niño señalaba detalles particulares que consideraba importantes.

Jungkook se había movido hacia la hornilla mientras ellos hablaban. Había sacado verduras de la nevera pequeña, todo guardado en bolsas plásticas reutilizadas. Las lavaba cuidadosamente en el fregadero, cortaba en una tabla de plástico con un cuchillo que claramente necesitaba afilarse pronto. Movimientos eficientes y practicados que hablaban de años haciéndolo sin problems.

Puso arroz en una olla pequeña sobre uno de los fuegos ajustando la temperatura. En una sartén sobre el otro fuego saltó las verduras con un poco de aceite, agregando después trozos muy pequeños de pollo claramente cortados así para que rindieran más.

El aroma llenó la habitación pequeña gradualmente, simple, casero y delicioso.

Cuando la comida estuvo lista Jungkook sacó la mesa plegable de su lugar contra la pared y la desplegó con movimientos practicados, aunque claramente era algo que hacía rara vez.

Colocó los cuatro platos disponibles, los cubiertos, tres vasos llenos con agua del grifo.

Se sentaron alrededor, Jun en una caja de madera volteada que hacía de silla improvisada, Jungkook en su taburete traído desde junto a la cama, y Jimin en la única silla plástica real que tenían.

Comieron.

Arroz blanco cocido perfectamente. Calabacín y zanahoria salteados con la cantidad justa de aceite. Trozos de pollo distribuidos equitativamente entre los tres platos. Simple y humilde pero preparado con cuidado evidente en cada detalle.

Al principio comieron en relativo silencio, roto solo por el sonido de cubiertos raspando contra platos, masticación tranquila, Jun bebiendo agua con ruido exagerado sin darse cuenta.

Luego Jun comenzó a hablar porque siempre hablaba eventualmente, incapaz de mantener silencio por mucho tiempo cuando había cosas emocionantes que compartir. Contó sobre cómo había sacado cien en su examen de matemáticas esa semana y cómo había ayudado a un compañero a entender las fracciones porque el otro niño no entendía cómo dividir pizzas imaginarias en pedazos iguales, y cómo la maestra los había felicitado a ambos frente a toda la clase haciendo que se sintiera orgulloso e importante.

Jungkook escuchaba con esa pequeña sonrisa que aparecía solo cuando Jun hablaba de sus logros. Jimin también escuchaba haciendo preguntas apropiadas, celebrando este logro que para Jun era enorme e importante como cualquier negocio multimillonario que Jimin había cerrado alguna vez.

Cuando terminaron, Jungkook recogió los platos. Pero en lugar de lavarlos en el fregadero pequeño sin agua caliente, los apiló cuidadosamente y los tomó en sus manos.

—Voy al fregadero compartido del pasillo —explicó—. Tienen agua caliente ahí, vuelvo en cinco minutos. Y Jun, compórtate.

—¡Siempre me comporto! —protestó Jun con indignación genuina.

Jungkook salió dejando la puerta entreabierta detrás de él.

Jun miró a Jimin con una pregunta lista para salir.

—¿Puedo ver Pororo? —preguntó con esos ojos enormes que eran imposibles de resistir para cualquier ser humano con corazón—. Por favor.

—Claro que sí, pequeño. Adelante.

Jun inmediatamente se levantó.

—Permiso —pidió y tomó el teléfono de Jimin que estaba sobre el colchón donde lo había dejado al sentarse a comer.

Jun se acomodó en el regazo de Jimin como si fuera lo más natural del mundo, como si lo hubiera hecho mil veces antes. Su cabeza se apoyó contra el pecho de Jimin, su cuerpo pequeño y cálido y completamente confiado sin ninguna reserva o duda.

Jimin llevó sus brazos alrededor de él automáticamente sosteniendo el teléfono entre sus manos para que Jun pudiera ver la pantalla cómodamente. Y sintió algo explotar en su pecho, algo enorme, aterrador y absolutamente perfecto que no tenía nombre pero que reconoció de todas formas lo mucho que lo destrozaba allí mismo de cariño.

Jun no llegó ni a la mitad del episodio antes de quedarse completamente dormido. Su respiración se volvió profunda, regular, su peso transformándose en ese peso profundamente dormido, completamente relajado contra Jimin en confianza absoluta.

Jungkook volvió diez minutos después con los platos limpios y todavía tibios en sus manos. Se detuvo completamente en la entrada cuando vio la escena frente a él.

Jun dormido profundamente. Jimin sosteniéndolo con cuidado extremo, mirando la pantalla del teléfono sin realmente procesar lo que mostraba.

Sus ojos se encontraron por encima de la cabeza del niño dormido y algo pasó entre ellos sin palabras.

Jungkook dejó los platos en su lugar designado con cuidado de no hacer más ruido. Se acercó despacio y levantó a Jun con movimientos que eran obvio que lo había hecho millones de veces, una mano bajo sus piernas, otra apoyando su espalda, levantándolo en un movimiento fluido. El niño ni siquiera se despertó, solo se acomodó instintivamente contra el hombro de su padre, buscando calor.

Lo llevó a su cuarto-lavadero. Jimin escuchó sonidos amortiguados a través de la puerta delgada, Jun siendo acostado cuidadosamente, la manta siendo extendida sobre él, un beso suave presionado contra su frente probablemente acompañado de palabras susurradas que Jimin no pudo escuchar.

Jungkook salió después de un minuto cerrando la puerta del cuarto de Jun con extremo cuidado para no hacer el más mínimo ruido que pudiera despertarlo.

Se giró hacia Jimin y se quedaron mirándose durante un momento que se extendió hasta volverse casi insostenible por la intensidad de todo lo que no estaban diciendo.

—Ven... —dijo finalmente Jungkook, con voz apenas audible.

Salieron al balcón compartido que era apenas una franja estrecha de cemento de metro y medio de ancho que corría a lo largo del edificio. La vista daba al patio interior: un cuadrado de cemento rodeado por cuatro edificios idénticos, lleno de tendederos con más ropa moviéndose con el viento nocturno, bicicletas oxidadas encadenadas a barandales, cajas apiladas que nadie había reclamado en meses.

Jungkook sacó sus cigarrillos liados a mano del bolsillo de sus jeans y encendió uno con un encendedor de plástico transparente donde podía verse el nivel de fluido casi agotado.

Fumó en silencio durante casi un minuto completo.

Jimin esperaba a su lado sin presionar, simplemente estando ahí mirando las mismas luces de los edificios vecinos, ventanas iluminadas donde otras vidas se desarrollaban en sus propios dramas privados.

Jungkook se aclaró de garganta.

—Quiero que Jun estudie en la universidad —dijo sin mirar a Jimin, manteniendo sus ojos fijos en el cigarrillo entre sus dedos—. No me importa qué carrera elija. Sea medicina, ingeniería, arte, literatura, historia. Lo que sea que él quiera hacer con su vida, solo quiero que tenga la opción real de elegir su propio camino. Que no esté limitado por esto.

Gesticuló vagamente con la mano que sostenía el cigarrillo hacia el edificio, el barrio, toda la situación precaria que los rodeaba.

—Por lo que yo no pude darle materialmente. Quiero que tenga opciones verdaderas.

Jimin se apoyó en el barandal metálico a su lado con el hombro casi tocando el de Jungkook, cerca pero sin invadir su espacio personal todavía.

—Lo hará —dijo con convicción absoluta—. Porque esto que le estás dando ahora mismo no es condicional. Porque alguien puede tenerlo todo, todo el dinero del mundo, todas las oportunidades imaginables, y aún así vivir toda su vida sin tener realmente opción de elegir nada. —Hizo una pausa respirando el aire frío de la noche—. Universidad prestigiosa siguiendo los pasos esperados de un padre exitoso, carrera en negocios porque la empresa familiar lo requería y no había alternativa real. Matrimonio con una mujer apropiada de buena familia porque es lo que se esperaba socialmente. Hijos eventualmente porque es lo que hacen los hombres exitosos para continuar el legado.

Su voz se volvió más baja, más amarga.

—Todo eso predeterminado desde antes de nacer. Y nunca elegir nada de verdad, nunca tomar una sola decisión basada en lo que realmente quería en lugar de lo que se esperaba. Nunca ser yo mismo ni un solo día de mi vida hasta hace muy poco.

Jungkook dio una calada larga y profunda.

Soltó el humo despacio viendo cómo se dispersaba en el aire nocturno.

—¿Y qué elegirías ahora? —preguntó con curiosidad—. Si pudieras elegir absolutamente cualquier cosa sin consecuencias ni limitaciones. ¿Qué querrías?

Jimin giró la cabeza mirándolo directamente con una intensidad que hizo que Jungkook finalmente apartara la vista del cigarrillo para encontrarse con sus ojos.

—A ti —dijo con simplicidad absoluta que era más poderosa que cualquier declaración elaborada—. A ustedes dos. Esto que estamos haciendo, sea lo que sea que esto pueda llegar a ser eventualmente.

Jungkook se quedó completamente inmóvil. El cigarrillo olvidado entre sus dedos con el humo subiendo en una línea recta sin que le prestara ninguna atención.

—No sabes lo que estás diciendo realmente, Jimin —dijo finalmente con voz tensa—. No sabes lo que significa en la práctica, la realidad cotidiana de esto, de nosotros. De todo lo que viene con elegir esto en lugar de la vida que ya tienes.

—Entonces enséñame —lo interrumpió Jimin sin vacilar—. Muéstrame. Dame la oportunidad de aprender, porque nadie aprende a correr en terreno difícil sin caerse unas cuantas veces primero. Y estoy dispuesto a caerme tantas veces como sea necesario.

Se quedaron en silencio durante un rato largo.

Solo el sonido distante de tráfico en alguna avenida principal, televisión tocando desde algún apartamento cercano, risa de niños jugando en algún lugar invisible.

Jungkook apagó el cigarrillo contra el barandal metálico dejando una pequeña marca negra que se unía a docenas de otras marcas idénticas. Lo tiró con cuidado en un pequeño cenicero improvisado hecho de una lata de atún vacía. Se giró hacia Jimin completamente enfrentándolo por primera vez desde que habían salido al balcón.

Se miraron directamente sin las barreras usuales, sin las defensas que normalmente mantenían en su lugar.

Jimin tragó saliva sintiendo su corazón acelerarse mientras observaba la expresión de Jungkook, más abierta y vulnerable de lo que la había visto nunca. Levantó la mano despacio dándole todo el tiempo del mundo para apartarse si quería, le rozó la mejilla con las yemas de sus dedos en un toque que era apenas perceptible, más sugerencia que contacto real.

Una pluma, una pregunta sin palabras.

Jungkook cerró los ojos durante un segundo largo permitiéndose sentir ese toque simple, permitiéndose querer más sin castigarse inmediatamente por ello.

Cuando los abrió Jimin estaba más cerca. Mucho más cerca de lo que había estado un momento antes.

—O... puedo irme ahora mismo si quieres —susurró Jimin con voz rasposa—. Podemos fingir que esto fue solo cena, solo amabilidad. Solo dos personas siendo civiles. Respetaré completamente tu decisión sin...

Jungkook lo besó antes de que pudiera terminar la frase. Interrumpiendo, respondiendo, y decidiendo sin más lo que las palabras no podían expresar adecuadamente.

Jimin inhaló intensamente por sus fosas. Y respondió de inmediato, con añoro.

Empezó lento y tentativo como si ninguno de los dos estuviera completamente seguro de cómo hacer esto correctamente. Labios contra labios separados milímetros para volver a tocarse, suaves y cálidos, probando, preguntando, esperando confirmación. Jungkook sabía a tabaco mezclado con la menta barata que masticaba.

Jimin abrió la boca primero en una invitación silenciosa, profundizando el beso gradualmente.

Jungkook aceptó, deslizando su lengua contra la de Jimin, cauteloso que rápidamente se volvió más urgente. Una de sus manos subió a la nuca de Jimin, dedos enredándose en su cabello tirando ligeramente, la otra mano encontró su cintura, tirando, acercando hasta que no había absolutamente ningún espacio entre sus cuerpos. Jimin sintió como Jungkook respiró tembloroso y con dificultad durante aquél beso, casi como un sollozo.

El beso se intensificó transformándose en algo más profundo y desesperado. Jimin presionó a Jungkook contra el barandal del balcón, usando su cuerpo para crear una barrera contra el mundo exterior. Sus manos encontraron las caderas de Jungkook sosteniéndolas con firmeza, sintiendo los huesos bajo sus palmas, recordándole cuán delgado era realmente bajo la ropa y músculos trabajados por esfuerzo que ocultaban esa realidad.

Jungkook hizo un sonido bajo de sorpresa en su garganta. Sus manos se movieron desde el cabello de Jimin hacia sus hombros, aferrándose con fuerza, usando a Jimin como ancla

mientras el mundo giraba.

Se separaron cuando el aire se volvió necesario, ambos jadeando ligeramente con las frentes presionadas juntas, respiraciones mezclándose en el espacio minúsculo entre sus bocas.

—D-deberíamos entrar —murmuró Jungkook contra los labios de Jimin, con un tono más vulnerable que nunca—. No aquí afuera donde cualquiera puede vernos. Ya sabes.

Jimin asintió, pensando que en realidad no habrían sido disimulados al comerse la boca de esa manera que aún le dejó el corazón aún latiendo frenéticamente.

Volvieron a entrar a la habitación cerrando la puerta con cuidado de no hacer ruido que pudiera despertar a Jun. El espacio se sentía aún más pequeño ahora, más íntimo con las luces tenues.

Se sentaron en el borde del colchón, ambos con ese aire entre ellos, uno nuevo aunque conocían los labios ajenos. Algo nuevo que ambos procesaron entre latidos erráticos.

Jimin levantó la mano tocando la mandíbula de Jungkook con la punta de sus dedos, trazando la línea de su rostro hasta el borde del mentón con una reverencia que hizo que Jungkook cerrara los ojos. Se inclinó besándolo de nuevo, pero esta vez era más lento y deliberado como si tuvieran todo el tiempo del mundo en lugar de horas robadas antes del amanecer.

Jungkook respondió al beso con una suavidad que Jimin nunca había experimentado de él antes. En el motel todo había sido falso y profesional, y esto era completamente diferente.

Era Jungkook besándolo porque quería hacerlo, porque había elegido esto, porque en este momento al menos no había dinero, transacciones ni obligaciones más allá de lo que ambos querían compartir.

Se recostaron gradualmente sobre el colchón moviéndose con cuidado para no hacer ruido que pudiera despertar al niño dormido a solo metros de distancia al otro lado de una puerta delgada. Jungkook se giró de costado enfrentando a Jimin se acercó más, presionando su cuerpo contra el contrario, sintiendo cada línea y ángulo de él a través de las capas de ropa que todavía los separaban.

Se besaron durante lo que podrían haber sido minutos o horas, perdidos completamente en la sensación de labios, lenguas y manos explorando territorios que técnicamente ya conocían pero que se sentían completamente nuevos bajo estas circunstancias diferentes. Como dos adolescentes que encuentran ese platónico con quién practicar sus primeros besos, explorándose.

Se separaron nuevamente, ambos creyendo muy poco lo que estaba sucediendo.

—Jungkook —murmuró Jimin con voz ronca que apenas reconocía como suya, saboreando el nombre real del pelinegro en aquél momento tan dulce—. Jungkook...

—Estoy aquí —respondió Jungkook contra su cuello, su aliento cálido contra la piel sensible—. Y te siento, por primera vez en mucho tiempo esto es real para mí también.

Las manos de Jimin encontraron la espalda de Jungkook, presionando contra los músculos tensos bajo la tela, sintiendo cada vértebra de su columna demasiado prominente. Lo acercó más todavía aunque ya no había espacio real entre ellos, necesitando eliminar incluso el aire que los separaba.

Se miraron en la luz tenue que apenas alcanzaba desde la única lámpara que habían dejado encendida, ojos ajustándose a la hasta que pudieron ver cada detalle del rostro del otro con claridad suficiente.

—Dilo —susurró Jimin inclinándose para besar la línea de su mandíbula, bajando por su cuello con atención meticulosa a cada punto que hacía que Jungkook respirara más rápido—. En cualquier momento. Lo juro.

—No voy a pedirte que pares —respondió Jungkook con voz temblorosa mientras sus manos se movían por la cintura de Jimin, sintiendo los músculos moverse bajo sus palmas—. No quiero. Depende de tí que te alejes y me dejes aquí...

Jimin levantó la cabeza mirándolo.

Y Jungkook lo observó con expresión que era vulnerable de formas que Jimin nunca había visto, sin ninguna de las máscaras protectoras que normalmente usaba como armadura contra el mundo.

—Tengo miedo —admitió Jungkook con honestidad brutal—. Tengo miedo de que esto signifique algo diferente para ti. Temo que mañana te despiertes y te des cuenta de que cometiste un error viniendo aquí, metiéndote en mi vida, en la vida de Jun.

Jimin levantó una mano tocando su mejilla con ternura.

—Esto significa todo para mí —dijo con convicción absoluta—. Todo, Jungkook. No es un error, ni un capricho ni una fase. Es la primera cosa real que he elegido en toda mi vida adulta, la primera decisión que he tomado basada en lo que realmente quiero en lugar de lo que debería querer.

Jungkook cerró los ojos respirando temblorosamente antes de inclinarse y besarlo de nuevo, pero más suave, casi reverente, como si estuviera tratando de creer a través del contacto físico lo que las palabras le prometían.

Se besaron hasta que los labios se hincharon sensibles, hasta que los pulmones quemaban por falta de aire, hasta que el mundo exterior dejó de existir completamente y solo quedó ese espacio diminuto donde dos personas que no tenían ninguna razón lógica para encajar, de alguna forma lo hacían perfectamente.

Jungkook se permitió relajarse completamente contra él, su peso acomodándose sobre Jimin de una forma que era reconfortante en lugar de restrictiva. Presionó su rostro contra el cuello de Jimin respirando profundamente como si quisiera memorizar incluso ese detalle.

Se quedaron así por largo rato, solo respirando juntos mientras el mundo exterior continuaba sin ellos. Las manos de Jimin se movían lentamente arriba y abajo por la espalda de Jungkook en caricias dulces que buscaban simplemente conectar, tocar, confirmar que esto era real y estaba pasando.

—Deberías irte antes del amanecer —susurró Jungkook finalmente contra su cuello, su aliento tibio contra la piel—. Jun se despierta muy temprano y si te ve aquí va a hacer preguntas que no sé cómo responder todavía. No sé qué decirle sobre lo que eres para nosotros cuando yo mismo no lo entiendo completamente.

Jimin asintió entendiendo la lógica incluso cuando cada parte de él protestaba por quedarse.

—¿Qué hora es mejor para que me vaya?

—Cinco y media como muy tarde. Seis es arriesgado porque a veces se despierta antes de su alarma.

—Está bien —prometió Jimin besando su frente suavemente—. Lo haré. Me iré antes de que despierte, no quiero complicar las cosas con Jun.

Jungkook levantó la cabeza mirándolo con ojos que brillaban en la oscuridad.

—Gracias por entender —dijo simplemente—. Por no presionar, por no exigir más de lo que puedo dar ahora mismo.

—Nunca te voy a presionar —respondió Jimin con firmeza—. A tu ritmo. Siempre.

Se acomodaron de lado enfrentándose mutuamente con piernas entrelazadas y brazos alrededor del otro, creando una burbuja de calor compartido en el colchón que había visto mejores días pero que en este momento se sentía más cómodo que cualquier cama de sábanas de seda que Jimin había tenido.

Se besaron una vez más, lento y profundo, sin la urgencia pero con algo que se sentía más importante, como una promesa, esperanza, posibilidad de algo real.

Jimin comenzó a acariciar el cabello de Jungkook con dedos suaves, masajeando ligeramente su cuero cabelludo en círculos lentos. Su otra mano se movía arriba y abajo por su espalda, tocando con la presión justa para relajar los músculos permanentemente tensos de años cargando demasiado peso físico y emocional.

Gradualmente sintió cómo el cuerpo de Jungkook se aflojaba contra el suyo, cómo la tensión que siempre parecía mantener incluso en momentos tranquilos comenzaba a disolverse bajo sus caricias. La respiración se volvió más lenta y profunda, su peso asentándose más completamente contra él mientras se rendía al cansancio que probablemente había estado ignorando durante días.

—Descansa —murmuró Jimin contra su frente besándola suavemente.

Jungkook murmuró algo que podría haber sido acuerdo o protesta pero que se perdió cuando finalmente se dejó llevar por el sueño que su cuerpo había estado demandando. Sus rasgos se suavizaron en el sueño, las líneas de preocupación que normalmente marcaban su frente desapareciendo temporalmente, haciéndolo ver más suave, recordándole a Jimin cuán joven era realmente para haber vivido todo lo que había vivido.

Jimin se permitió quedarse despierto por treinta minutos más, memorizando este momento. La forma en que se sentía sostener a Jungkook dormido y completamente relajado contra él por primera vez, peso agradable de su cuerpo confiando, lo suficiente para rendirse al sueño vulnerable, el calor de su piel a través de las capas delgadas de ropa, y el sonido de su respiración profunda, constante.

Memorizó la forma en que su cabello se sentía entre sus dedos, la curva de su columna bajo su palma, el peso exacto de su brazo descansando sobre su propia cintura. Cada detalle grabado cuidadosamente en su memoria porque no sabía cuándo tendría otra oportunidad de sostenerlo así.

Finalmente, con extremo cuidado para no despertarlo, se deslizó fuera del abrazo, moviéndose con la lentitud de alguien desarmando una bomba. Jungkook murmuró algo en

sueños, moviéndose ligeramente cuando el calor del cuerpo de Jimin desapareció, pero se acomodó de nuevo contra la almohada sin despertar completamente.

Se levantó del colchón con movimientos silenciosos, cuidadosamente para evitar las tablas del suelo que podrían crujir. Encontró su chaqueta donde la había dejado colgada detrás de la puerta, la tomó sin hacer ruido metálico con la cremallera.

Se quedó parado ahí durante un minuto largo simplemente mirando a Jungkook dormir. Vulnerable y hermoso en la luz tenue que apenas alcanzaba desde la lámpara en el cuarto de Jun, cabello despeinado sobre la almohada, una mano descansando donde él mismo había estado momentos antes como si inconscientemente buscara el calor que ya no estaba.

Caminó hacia la puerta con pasos que apenas tocaban el suelo. Levantó el pestillo tan lentamente que el metal no hizo ningún sonido al moverse.

Abrió la puerta milímetro a milímetro. Crujió apenas perceptiblemente haciendo que se congelara completamente esperando ver si había despertado a alguien.

Silencio continuó.

Respiró aliviado.

—Jimin.

Se congeló con la puerta medio abierta. Se giró lentamente.

Jungkook estaba despierto apoyado en un codo mirándolo a través de la penumbra con ojos que brillaban reflejando la luz mínima disponible.

—¿Sí? —respondió Jimin en susurro.

—No sé lo que pasó hoy exactamente —dijo Jungkook con voz rasposa de sueño—. No sé cómo nombrarlo o qué significa para mañana. Pero espero que regreses. Espero que seas diferente.

Jimin sintió algo apretarse en su garganta.

—¿Quieres que vuelva?

—Sí —respondió Jungkook sin vacilar esta vez, sin las dudas que normalmente plagaban cada una de sus decisiones.

—Entonces volveré —prometió Jimin con convicción absoluta—. Todos los días que me dejes, tantas veces como me permitas. Hasta que ya no quieras que venga más, y aún así probablemente seguiré preguntando.

Jungkook asintió con algo que podría haber sido alivio o satisfacción, tal vez ambos. Se dejó caer de vuelta al colchón acurrucándose bajo la manta delgada.

—Envía mensaje al teléfono cuando puedas venir —dijo con voz ya arrastrándose de vuelta al sueño—. Para que Jun no se decepcione si llegas más tarde de lo que espera. Ya pregunta por ti cada día.

—Lo haré —prometió Jimin sintiendo su corazón expandirse al escuchar que Jun preguntaba por él—. Siempre avisaré.

—Y Jimin...

—¿Sí?

—Gracias —dijo con voz apenas audible—. Por escuchar a Jun hablar de piedras durante una hora, y por no juzgar esto.

Gesticuló vagamente a su alrededor abarcando la habitación pequeña, su vida, todo lo que era.

—Por quedarte cuando podrías haberte ido. O si quiera aceptado venir.

Jimin sonrió en la oscuridad, sintiendo lágrimas amenazar con formarse aunque no podría explicar exactamente por qué.

—Gracias a ti, Jungkook —respondió con voz emocionada—. Por dejarme entrar, y por compartir tu hogar conmigo. Confiar aunque sea solo un poco. Por permitirme acercarme a Jun... por este espacio que me diste, que es tu vida. Es más de lo que merezco y más valioso que cualquier cosa que el dinero pueda comprar.

Jungkook no respondió con palabras, pero Jimin vio cómo sus hombros se relajaban finalmente, cómo su respiración se profundizaba otra vez rindiéndose al sueño que había estado luchando.

Jimin salió cerrando la puerta suavemente detrás de él con un clic casi inaudible. Bajó las escaleras de cemento, y salió al aire frío de la madrugada que todavía estaba oscuro con solo las primeras insinuaciones rosadas del amanecer tocando el borde del horizonte.

Caminó los diez minutos hasta donde había estacionado su Porsche, pasando edificios idénticos llenos de vidas que continuaban invisibles detrás de ventanas cerradas. Subió al auto cerrando la puerta con un sonido que resonó demasiado fuerte en el silencio de la calle vacía.

Se quedó sentado ahí durante cinco minutos completos sin encender el motor, solo procesando todo lo que había pasado en las últimas horas. Las manos sobre el volante de cuero que se sentía extrañamente frío después de haber sostenido a Jungkook.

Su corazón latía firme y constante sin el pánico o la duda que había esperado sentir al alejarse. Sin el arrepentimiento del comprador que tantas veces había experimentado después de tomar decisiones importantes en su vida.

Solo certeza clara y absoluta.

Había tenido una noche real con quién era Ian.

Era real y verdadero de formas que nada más en su vida había sido. Esto importaba más que cualquier contrato firmado o aprobación recibida o meta alcanzada. Y volvería tantas veces como le permitieran, encontraría una forma de hacer que esto funcionara a largo plazo porque la alternativa de no intentarlo era impensable.

Encendió el motor sintiendo la vibración familiar del auto caro bajo sus manos. Condujo de vuelta a Gangnam mientras el sol comenzaba a salir, pintando el cielo con el amanecer, transformando la ciudad de sombras grises a colores vívidos gradualmente.

Y por primera vez en toda su vida adulta conducía no hacia algo que debía hacer o que se esperaba que hiciera o que le ganaría aprobación de alguien más.

Conducía hacia su futuro con el conocimiento de que había dejado una parte de sí mismo en esa habitación pequeña con ese hombre que había elegido dejarlo entrar a pesar de todos sus miedos justificados.

Y no podía esperar para volver.



Hola de nuevo, divinura lectora 💙

Finalmente me hice el tiempo de darle su captura de escena a cada capítulo 🤔

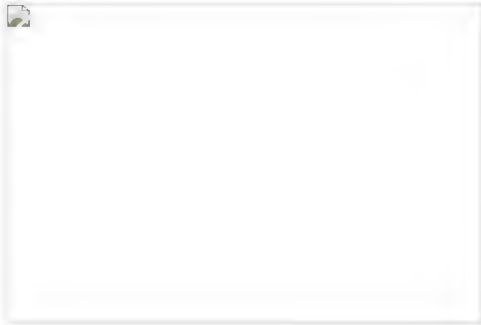
¿Qué trato de decir? Pues exactamente lo mismo que acabo de hacer aquí; una imagen/caption de lo que sería visto.

Ahora todos los capítulos anteriores tienen su propia caption. Te invito a que las veas si ya te leíste los capítulos antes de que lo agregue, allí aparecen muchas escenas, e incluído el pequeño Jun 🥰

Muchísimas gracias, siempre.

Toma, hermosa lectora 🍰🌹

Por tu linda presencia en cada capítulo, y tus lindos comentarios.



El miércoles por la tarde, Jimin entró al café con una bolsa de papel manila doblada cuidadosamente bajo el brazo. El local estaba casi vacío a esa hora intermedia entre el almuerzo y la cena, solo dos estudiantes universitarios en una esquina con sus laptops abiertas y una mujer mayor leyendo el periódico junto a la ventana.

La señora Kim lo reconoció inmediatamente desde detrás del mostrador, levantando una ceja con esa expresión que había perfeccionado durante décadas de observar las vidas de otros desarrollarse frente a ella.

—Señora Kim —saludó Jimin acercándose con la bolsa extendida—. ¿Podría hacerme un favor?

Ella tomó la bolsa sintiendo el peso y la textura de tela dentro.

—Es para Jungkook —explicó Jimin innecesariamente porque era obvio—. Sin presión.

La señora Kim lo miró durante un momento largo antes de asentir guardando la bolsa debajo del mostrador junto a la caja registradora.

—Se lo daré cuando venga —dijo simplemente.

—Le agradezco mucho este favor —respondió Jimin con una pequeña sonrisa—. Espero lo acepte.

Salió del café sintiéndose más ligero de lo que había entrado y condujo de vuelta a su oficina donde Soojin lo esperaba con una pila de documentos que requerían su firma inmediata y tres reuniones consecutivas que consumirían el resto de su tarde.

ss

Dos horas después, en medio de una presentación particularmente aburrida sobre proyecciones de mercado para el siguiente trimestre, su teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón. Lo ignoró durante cinco minutos completos hasta que la vibración se repitió indicando un segundo mensaje. Esperó otros diez minutos tortuosos hasta que la reunión terminó y pudo excusarse al baño para revisar.

Dos mensajes de Jungkook. El número del edificio.

Jungkook: *"¿Por qué me dejaste un conjunto completo de ropa? Es demasiado, Jimin."*

Y luego, tres minutos después:

Jungkook: *"La señora Kim dice que no te devolverá la ropa porque ya pasó su tiempo como mensajera. Dice que si no lo uso yo se lo quedará ella para su nieto. No sé si me está mintiendo."*

Jimin sonrió mirando la pantalla como un idiota completo en el baño. Escribió su respuesta cuidadosamente, borrando y reescribiendo tres veces antes de enviar.

Jimin: *"No es demasiado. Es mi invitación, pensé que tal vez podrías usarlo el viernes por la noche cuando pase por ti. Si quieres, para salir a algún lugar, una cena tal vez."*

La respuesta tardó casi veinte minutos en llegar durante los cuales Jimin revisó su teléfono compulsivamente cada treinta segundos.

Jungkook: *"Trabajo los viernes por la noche, ya lo sabes. No puedo faltar así porque sí."*

Jimin sintió la decepción pero la empujó lejos antes de responder:

Jimin: *"Lo entiendo completamente. Solo piénsalo, Jungkook. Una noche, la invitación está ahí para cuando quieras aceptarla. No hay apuro. Puede ser esta semana, la próxima, cuando sea"*

No hubo respuesta después de eso y Jimin guardó su teléfono tratando de no sentirse demasiado desilusionado mientras regresaba a su oficina para enfrentar otras tres horas de trabajo que se sentían infinitamente más largas de lo normal.

El jueves transcurrió en su rutina habitual, reuniones interminables, decisiones que tomar sobre contratos y expansiones, llamadas con inversores que requerían toda su atención cuando lo único que realmente quería era pensar en Jungkook y en si había sido demasiado atrevido al sugerir la cena formal.

El viernes por la mañana llegó a su oficina a las siete y media como siempre, saludando a Soojin quien ya estaba en su escritorio con café humeante y esa expresión de eficiencia absoluta que la caracterizaba.

—Buenos días, señor Park. Tiene reunión con el equipo de finanzas a las nueve, almuerzo con el señor Choi a la una, y videoconferencia con los inversores japoneses a las cuatro — recitó sin mirar sus notas porque las tenía memorizadas.

—Buenos días. Gracias, Soojin.

Se instaló en su oficina revisando emails que se habían acumulado durante la noche cuando su teléfono vibró sobre el escritorio de vidrio. Lo tomó esperando algún mensaje de trabajo.

Era de Jungkook.

Jungkook: *"Está bien, acepto la cena. Pero solo si prometes que no es nada demasiado elegante porque no sé cómo comportarme en esos lugares. ¿A qué hora pasas?"*

Jimin dejó caer el teléfono sobre el escritorio con un golpe más fuerte de lo que pretendía haciendo que Soojin asomara la cabeza por la puerta con expresión preocupada.

—¿Todo bien, señor Park?

—Sí, perfectamente bien —respondió tratando de controlar la sonrisa enorme que amenazaba con partir su rostro en dos—. Todo está perfecto.

Ella lo miró con sospecha evidente pero no comentó nada antes de cerrar la puerta dejándolo solo con su teléfono y su corazón latiendo ridículamente rápido.

Escribió su respuesta con dedos que temblaban apenas:

Jimin: *"Te prometo que no es nada intimidante. Solo un lugar tranquilo y familiar. ¿Te parece bien si paso por ti a las nueve? Podemos cenar con calma, los dos solos."*

La respuesta llegó casi inmediatamente esta vez:

Jungkook: *"Está bien. Nos vemos a las nueve entonces."*

Jimin pasó el resto del día completamente embobado para cualquier tarea. En la reunión de finanzas asintió y afirmó como si no existiera otra respuesta que no fuera positiva, en el almuerzo con el señor Choi sonrió e hizo comentarios vagos mientras su mente estaba completamente en otra parte, y en la videoconferencia con los inversores japoneses, Soojin tuvo que darle un codazo discreto dos veces cuando le hicieron preguntas directas que no había escuchado.

A las seis de la tarde salió de la oficina ignorando la mirada sorprendida de Soojin porque nunca salía tan temprano un viernes. Condujo a casa más rápido de lo que debería en el tráfico de hora pico, se duchó con agua tan caliente que le enrojeció la piel, se afeitó cuidadosamente, se puso loción que raramente usaba.

Se paró frente a su armario durante diez minutos completos debatiendo qué usar antes de decidirse por algo casual pero cuidado que combinara con Jungkook; jeans oscuros de buen corte, camisa blanca con los puños doblados hasta los codos, y un suéter beige sobre los hombros. Se peinó el cabello hacia atrás dejando que se acomodara naturalmente sin demasiado producto.

Se miró en el espejo sintiendo ridículamente nervioso como si tuviera diecisiete años otra vez en lugar de veintiocho. Pero esta vez el nerviosismo era diferente, era anticipación pura sin el peso de expectativas ajenas o roles que cumplir.

Finalmente salió de su apartamento a las ocho y cuarto.

Jungkook dejó a Jun con la señora Lim a las siete y media de la noche.

—Regreso antes de las cuatro como siempre —dijo Jungkook mientras Jun ya corría dentro del apartamento diminuto de la señora donde podía ver una televisión encendida mostrando caricaturas—. Tiene que tomar su medicina para la bronquitis a las diez. Solo media cucharada con agua.

—Lo sé, Jungkook-ah —respondió la señora Lim con paciencia practicada porque le había dado estas mismas instrucciones docenas de veces—. Siempre cuido bien de él. Ve a trabajar tranquilo.

Trabajar, eso era lo que Jun pensaba que hacía los viernes por la noche. Su trabajo importante como guardia de seguridad protegiendo edificios mientras la gente dormía.

—Gracias, señora Lim.

Besó la cabeza de Jun rápidamente antes de que el niño se distrajera completamente con la televisión y salió cerrando la puerta suavemente detrás de él.

De vuelta en su propia habitación se quedó parado durante un momento largo simplemente mirando la bolsa que la señora Kim le había entregado dos días antes. Había evitado abrirla completamente hasta ahora, solo había mirado lo suficiente para confirmar que sí, Jimin realmente le había comprado un conjunto completo de ropa que probablemente costaba más que todo lo que Jungkook poseía combinado.

Su primer instinto había sido rechazarlo inmediatamente, devolverlo. Explicarle a Jimin que esto era demasiado, que cruzaba líneas que no deberían cruzarse, que no podía seguir aceptando cosas sin sentir que estaba vendiendo algo más que solo su tiempo.

Pero luego había llegado la invitación para la cena, y Jungkook se había dado cuenta con claridad horrible que no tenía absolutamente nada apropiado para usar en una cena real, en un restaurante que no fuera un puesto de comida callejera o una cadena de comida rápida.

Sus mejores jeans tenían alguna que otra mancha que no daba a la altura, las mejores camisetas las usa para trabajar y son muy ajustadas o cortas. Su única chaqueta decente era la negra de jean y que también estaba tan asociada con esa parte de su vida que la idea de usarla en una cita con Jimin se sentía como una profanación de algo que estaba tratando de construir.

Así que había aceptado la ropa, había aceptado la invitación, y ahora estaba aquí parado a las ocho de la noche mirando la bolsa como si contuviera una bomba en lugar de ropa.

Respiró profundo y finalmente la vació completamente sobre su colchón.

Camisa blanca de botones, la tela era suave bajo sus dedos de una forma que su ropa nunca era, probablemente algún algodón de alta calidad que no se arrugaba fácilmente. Pantalón negro de vestir con etiqueta todavía puesta que mostraba una marca que Jungkook reconocía vagamente de haber visto en escaparates de tiendas por las que pasaba pero nunca entraba. Chaleco de punto negro que se veía casual pero caro simultáneamente, y en el fondo, zapatos de cuero negro que todavía olían a nuevo.

Todo en su talla exacta.

Jimin había prestado atención a esos detalles de una forma que hizo que algo se retorciera incómodamente en su pecho.

Se duchó en el baño compartido del pasillo usando el agua tibia que solo estaba disponible entre las siete y las nueve de la noche cuando el calentador comunal funcionaba. Se afeitó cuidadosamente frente al espejo manchado, se cepilló los dientes dos veces, se peinó el cabello todavía húmedo tratando de decidir qué hacer con él, normalmente lo dejaba suelto o lo escondía bajo una gorra. Pero esta noche se sentía diferente y requería algo diferente. Buscó una liga y recogió su cabello en un moño bajo dejando que algunos mechones cayeran sueltos enmarcando su rostro porque el moño perfecto estaba más allá de sus habilidades.

De vuelta en la habitación se vistió con movimientos lentos, casi ceremoniales. La camisa blanca primero, abotonándola hasta el cuello antes de decidir que se veía demasiado rígido y desabrochar los dos botones superiores. El pantalón negro que se ajustaba perfectamente a sus caderas y piernas de una forma que su ropa normal nunca hacía. Y el chaleco negro sobre la camisa añadiendo una capa de estructura que lo hacía sentir más adulto, más serio, más como alguien que merecía estar en un restaurante real.

Los zapatos fueron lo más extraño.

Estaba tan acostumbrado a sus zapatillas desgastadas o las botas de trabajo que estos zapatos de cuero que no apretaban ni rozaban se sentían casi alienígenas en sus pies.

Se miró en el pequeño espejo que tenía colgado en la pared, el único que poseía y que solo mostraba su rostro y parte de su torso superior. Se veía... diferente, y no mejor necesariamente, solo diferente de una forma que lo hacía sentir como si estuviera usando un disfraz para una obra de teatro que no había ensayado completamente.

—No te ves bien... —murmuró para sí mismo tirando del chaleco—. Te ves completamente ridículo.

Pero no se cambió. Sólo salió de su habitación cerrando con llave detrás de él.

Eran las ocho y cuarenta. Llegaría unos minutos temprano pero eso era mejor que llegar tarde y hacer esperar a Jimin.

Caminó por las calles de su barrio con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, consciente de cada persona que pasaba y se giraba para mirarlo dos veces. La ropa nueva lo hacía destacar en este vecindario donde la mayoría usaba ropa práctica y desgastada por necesidad en lugar de elección.

Una mujer mayor que reconocía vagamente de ver en el mercado lo miró de arriba abajo con expresión aprobatoria antes de sonreír y asentir como si él hubiera logrado algo importante simplemente por estar bien vestido.

Un grupo de hombres jóvenes fumando en una esquina silbaron burlonamente cuando pasó.

—¡Miren al príncipe! —gritó uno—. ¿Vas a una boda o qué?

Jungkook aceleró el paso sintiendo sus mejillas calentarse con vergüenza, manteniendo la cabeza baja hasta que dejó atrás sus risas.

Llegó a la parada de autobús a las ocho y cincuenta y tres. Siete minutos temprano.

Se paró bajo la farola más cercana porque la iluminación ahí era mejor y no quería que Jimin tuviera que buscarlo en las sombras.

Esperó tratando de controlar los nervios que amenazaban con convertirse en pánico completo.

Esto era estúpido, esto era una mala idea.

¿Qué estaba haciendo yendo a una cena elegante con un hombre que vivía en un mundo completamente diferente al suyo? ¿Qué pasaría cuando Jimin finalmente se diera cuenta de que Jungkook no encajaba en su vida real y decidiera que esto había sido un error desde el principio?

Estaba a punto de convencerse de ir a enviar un mensaje cancelando cuando vio a Jimin doblando la esquina.

Se quedó completamente inmóvil.

Jimin caminaba hacia él con las manos en los bolsillos de sus jeans oscuros, un suéter beige sobre una camisa blanca, su cabello peinado hacia atrás de una forma que se veía casual pero que probablemente había tomado esfuerzo lograr. Se veía relajado y hermoso de esa forma sin esfuerzo que algunas personas simplemente tienen, como si hubiera nacido sabiendo exactamente cómo moverse por el mundo con confianza.

Jimin frenó en seco al ver a Jungkook allí parado bajo la farola, claramente esperándolo, y cuando se encontraron cerca, ambos se quedaron completamente inmóviles durante varios segundos que se sintieron como horas.

Jimin sintió que todo el aire abandonaba sus pulmones de golpe.

Jungkook con el conjunto que le había dejado, el chaleco negro sobre la camisa que había dejado desabrochada en el cuello, pantalón negro que le moldeaba perfectamente sus

piernas largas, los zapatos de cuero que había incluido. Su cabello estaba recogido en ese moño que dejaba caer mechones sueltos enmarcando su rostro a cada lado, suave y ondulado de esa forma que Jimin adoraba en silencio.

Se veía diferente. No mejor o peor que como normalmente se veía, solo diferente de una forma que hizo que algo se retorciera dolorosamente en el pecho de Jimin. Se veía como alguien que existía fuera del contexto de supervivencia constante. Como alguien que podría ser solo Jungkook en lugar de Ian o trabajador jornalero o cualquiera de los otros roles que jugaba para sobrevivir.

Se acercaron el uno al otro con pasos lentos hasta quedar a menos de un metro de distancia bajo la luz amarillenta de la farola más cercana.

—Hola —dijo Jimin con voz que salió más ronca de lo que pretendía.

—Hola —respondió Jungkook y había algo tímido en su expresión que Jimin nunca había visto antes, algo vulnerable que no tenía nada que ver con necesidad económica o transacciones.

Se miraron durante otro momento antes de que ambos se inclinaran simultáneamente besándose en la mejilla en un saludo que era extrañamente formal dadas las circunstancias de todo lo que ya habían compartido. Cuando se separaron ambos parecían ligeramente confundidos sobre por qué habían hecho eso exactamente, pero ninguno lo mencionó.

—Estás... —comenzó Jimin pero no pudo terminar la frase porque no había palabras adecuadas.

—¿Ridículo? —ofreció Jungkook con una sonrisa pequeña tirando ligeramente del chaleco hacía abajo.

—No —dijo Jimin con firmeza—. Te ves increíble, perfecto, encantador.

Jungkook bajó la mirada con las mejillas ligeramente sonrojadas de una forma que era absolutamente adorable.

—¿A dónde vamos? —preguntó cambiando de tema.

—Reservé mesa en un restaurante italiano en Itaewon —explicó Jimin—. Es familiar y tranquilo, nada pretencioso. Te prometo que te sentirás cómodo.

Jungkook asintió con expresión que todavía mostraba algo de nerviosismo pero también determinación de intentarlo de todas formas.

—Está bien. Confío en ti.

Esas tres últimas palabras golpearon a Jimin con un peso que no esperaba.

"*Confío en ti*", dichas tan simplemente pero significando tanto viniendo de alguien que había aprendido a no confiar en casi nadie.

Comenzaron a caminar lado a lado manteniendo una distancia pequeña entre ellos mientras navegaban las calles estrechas. Jimin los guió hacia la avenida principal donde había más tráfico y donde podrían tomar transporte público más fácilmente.

Cuando llegaron a la parada de autobús y Jimin se detuvo allí, Jungkook lo miró con expresión confundida.

—¿Dónde está tu auto? —preguntó mirando alrededor como si el Porsche pudiera estar escondido en algún lugar cercano.

Jimin lo miró con simplicidad, encogiéndose de hombros de una forma que pretendía ser casual.

—No vine en auto. Vine en autobús.

Jungkook parpadeó procesando esto.

—¿Viniste... en autobús? ¿Desde Gangnam?

—Sí.

—¿Por qué?

Jimin metió las manos en sus bolsillos sintiéndose extrañamente expuesto bajo el escrutinio directo.

—Porque quería que esto fuera diferente de todo lo demás. Porque lo nuestro es diferente a cualquier cosa que haya vivido antes.

Jungkook lo miró durante un momento largo sin expresión legible antes de que apareciera lentamente una sonrisa pequeña pero genuina.

—Eres ridículo —dijo pero su tono era suave, casi cariñoso—. Completamente ridículo.

—¿Ridículo bueno o ridículo malo?

—Todavía estoy decidiendo —respondió Jungkook pero su sonrisa se amplió ligeramente.

El autobús llegó diez minutos después. Subieron juntos y esta vez cuando el vehículo dio una curva cerrada haciendo que los pasajeros se balancearan, Jungkook extendió una mano estabilizando a Jimin con dedos que se cerraron alrededor de su codo brevemente antes de soltarlo cuando recuperó el equilibrio.

El restaurante estaba en una calle lateral tranquila de Itaewon, alejado del bullicio de las zonas turísticas principales. Desde afuera se veía acogedor con luces cálidas filtrándose a través de ventanas, mesas de madera oscura visibles dentro.

Entraron y una anfitriona joven los recibió con sonrisa profesional.

—Buenas noches. Reservación a nombre de Park —dijo Jimin.

Ella revisó su lista y asintió antes de guiarlos hacia una mesa en la esquina más apartada del comedor principal, alejada de las otras mesas ocupadas lo suficiente para ofrecer privacidad pero no tan aislada como para sentirse incómoda.

Se sentaron uno frente al otro. Jungkook miró alrededor tomando todo con ojos que absorbían cada detalle, desde el mantel blanco limpio, los cubiertos de plata, las copas de cristal que reflejaban las velas en el centro de cada mesa, los cuadros en las paredes que parecían originales en lugar de reproducciones baratas.

—Tranquilo —dijo Jimin suavemente cuando notó cómo los hombros de Jungkook estaban tensos—. Es solo comida en un lugar bonito, nadie aquí está juzgándote. Y aunque lo hicieran no importaría porque estás aquí conmigo y eso es lo único que importa.

Jungkook respiró profundo, dejando salir el aire lentamente mientras sus hombros bajaban apenas perceptibles.

Un mesero se acercó con menús y una botella de agua que sirvió en sus copas.

—¿Les gustaría comenzar con algo de beber? —preguntó con voz profesional.

Jimin miró a Jungkook quien claramente no tenía idea de qué pedir.

—Una botella de vino tinto, por favor —dijo Jimin—. Algo suave. Chianti tal vez.

El mesero asintió y desapareció dejándolos solos con los menús.

Jungkook abrió su menú y Jimin vio el momento exacto en que sus ojos encontraron los precios. Se congeló completamente antes de cerrarlo con movimientos cuidadosos.

—Jimin, esto es... no puedo dejar que pagues esto. Es demasiado.

—Ya está pago —mintió Jimin aunque técnicamente pagaría al final pero la intención era la misma—. Reservé y pagé por adelantado como parte del paquete. Así que por favor solo elige lo que te suene bien sin preocuparte por el precio.

Jungkook lo miró con expresión que claramente indicaba que no le creía completamente pero que estaba decidiendo si valía la pena discutir.

—Por favor —añadió Jimin—. Déjame hacer esto. Déjame darte una noche donde no tienes que calcular costos o preocuparte por presupuestos, solo una noche. ¿Está bien?

Jungkook finalmente asintió reabriendo el menú con manos que temblaban apenas visiblemente.

El mesero regresó con la botella de vino, la mostró a Jimin quien asintió, y sirvió una cantidad pequeña en su copa para que probara. Jimin hizo el ritual apropiado de oler y probar aunque honestamente no podía distinguir un Chianti de cualquier otro vino tinto más allá de lo más básico.

—Perfecto —dijo y el mesero sirvió ambas copas antes de tomar sus órdenes.

Jimin pidió pasta carbonara y Jungkook pidió risotto de hongos después de vacilar durante casi un minuto completo sobre varias opciones.

Cuando el mesero se fue, quedaron solos con sus copas de vino y el silencio que se extendía de una forma que no era exactamente incómoda pero tampoco completamente cómoda.

Jimin exhaló con decisión relajada, y levantó su copa.

—Por las primeras citas —dijo con sonrisa pequeña.

Jungkook levantó la suya encontrándose con la de Jimin en un toque suave de cristal contra cristal que resonó delicadamente.

—Por las primeras citas —repitió antes de beber un sorbo que se convirtió en varios sorbos cuando descubrió que le gustaba el sabor.

—¿Cuándo fue tu última cita real? —preguntó Jimin con curiosidad genuina—. Antes de... todo.

Jungkook dejó su copa sobre la mesa trazando el borde con un dedo mientras consideraba la pregunta.

—Con Jieun —respondió finalmente—. Cuando teníamos dieciséis. Fuimos al cine porque había una película de acción que ambos queríamos ver, compartimos palomitas de maíz porque solo teníamos dinero suficiente para una bolsa grande entre los dos. Fue perfecto de esa forma simple en que las cosas son perfectas cuando tienes dieciséis años y estás enamorado por primera vez, y definitivamente no sabes todavía cuán complicada se va a volver tu vida.

Su expresión se volvió distante, perdida en memorias que claramente eran agridulces.

—Después de que Jun nació, nunca hubo tiempo ni dinero para citas. Y después... después fue solo sobrevivir, no quedó espacio para nada más. —Hizo una pausa bebiendo más vino—. Esta es la primera cita que tengo desde que tengo memoria de ser adulto. La primera vez que me siento en un restaurante con alguien sin calcular constantemente si el dinero que estoy gastando aquí significa que Jun tendrá menos comida la próxima semana.

Algo se apretó dolorosamente en el pecho de Jimin al escuchar eso.

—¿Y tú? —preguntó Jungkook—. ¿Cuándo fue tu última cita real?

Jimin consideró la pregunta más profundamente de lo que Jungkook probablemente pretendía.

—Técnicamente tuve muchas citas durante mi matrimonio con Soomin —admitió—. Cenas elegantes en restaurantes caros, eventos sociales donde éramos la pareja perfecta, vacaciones en resorts de lujo. Pero ninguna de ellas se sintió real porque yo no era real en ninguna de ellas. Era una versión de mí mismo que había construido para cumplir expectativas, un personaje que interpretaba tan bien que a veces casi me convencía a mí mismo de que era genuino.

Bebió de su vino sintiendo el calor bajar por su garganta.

—Esta es la primera cita en toda mi vida donde me siento nervioso genuinamente. Soy yo, sin máscaras ni roles que cumplir, solo Jimin tratando torpemente de impresionar a alguien que realmente le importa.

Jungkook lo miró con expresión que era difícil de descifrar en la luz tenue de las velas.

—¿Y crees que estás logrando impresionarme?

—No lo sé —admitió Jimin con honestidad—. ¿Lo estoy?

—Llegaste en autobús —dijo Jungkook con esa sonrisa pequeña apareciendo otra vez—. Eso definitivamente cuenta como puntos a tu favor.

La comida llegó eventualmente servida en platos que parecían obras de arte. El risotto de Jungkook cremoso y aromático, la pasta de Jimin perfectamente al dente con la cantidad justa de queso y panceta.

Comieron, hablaron sobre cosas que nunca habían tenido oportunidad de discutir antes. Jungkook contó sobre cómo había aprendido a cocinar viendo videos en teléfonos de bibliotecas públicas cuando Jun era bebé y él no tenía idea de cómo mantener vivo a un ser humano diminuto. Jimin habló sobre su relación complicada con su padre quien nunca había dicho explícitamente que estaba decepcionado pero cuya decepción era palpable en cada interacción desde el divorcio.

Compartieron una segunda botella de vino que ninguno de los dos necesitaba realmente pero que bajó las defensas lo suficiente como para que las palabras fluyeran más fácilmente, más honestamente.

—¿Alguna vez piensas en el futuro? —preguntó Jimin cuando estaban terminando el postre que habían decidido compartir, un tiramisú que era ridículamente rico—. No solo sobrevivir el día a día sino realmente construir algo a largo plazo.

Jungkook fue silencioso durante un momento antes de responder.

—Solía hacerlo cuando Jun era más pequeño —admitió—. Solía fantasear sobre cómo sería tener un apartamento real con dos habitaciones separadas, un trabajo estable con sueldo fijo, poder llevarlo a lugares sin tener que calcular cada won gastado. Pero eventualmente dejé de hacerlo porque dolía demasiado querer cosas que parecían imposibles de alcanzar.

Miró a Jimin directamente.

—Pero últimamente he estado pensando en ello otra vez. Y me asusta cuánto empiezo a creer que tal vez no es completamente imposible.

El mesero trajo la cuenta en una carpeta de cuero discretamente. Jimin la tomó antes de que Jungkook pudiera siquiera pensar en alcanzarla, deslizando su tarjeta dentro sin mirar el total porque honestamente no importaba.

Salieron del restaurante cerca de las once y media de la noche. El aire afuera era frío y Jimin vio a Jungkook estremecerse ligeramente en su chaleco que no era suficientemente grueso para las temperaturas nocturnas de octubre.

—Todavía es temprano —dijo Jimin antes de poder detener las palabras—. Tienes tiempo hasta las cuatro como siempre, ¿verdad?

Jungkook asintió con expresión curiosa.

—¿Quieres venir a mi apartamento? —Las palabras salieron rápidas y nerviosas—. Solo para tomar algo más, ver una película si quieres, o simplemente hablar. Sin otra intención ni expectativas, solo... no estoy listo para que esta noche termine todavía. Adoro tú y yo en éste momento.

Sintió que se arriesgaba enormemente con esta invitación, que tal vez estaba empujando demasiado rápido, que Jungkook diría que no y el rechazo dolería más de lo que debería.

Pero Jungkook lo sorprendió asintiendo después de solo un momento de vacilación.

—Está bien —dijo con timidez evidente pero con determinación debajo—. Me gustaría visitarte... quiero decir, ver tu mundo de la misma forma en que tú has visto el mío.

Caminaron hasta la parada de autobús más cercana y esperaron quince minutos hasta que llegó el que los llevaría de vuelta hacia Gangnam. El viaje fue silencioso pero no incómodo,

ambos perdidos en sus propios pensamientos mientras las luces de la ciudad pasaban por la ventana.

Se bajaron en la parada más cercana al edificio de Jimin y caminaron las dos cuadras restantes lado a lado. Jungkook se quedó cada vez más silencioso mientras se acercaban, sus ojos tomando los edificios que se volvían progresivamente más altos y más modernos con cada calle que cruzaban.

El edificio de Jimin se alzaba frente a ellos, treinta pisos de vidrio y acero con iluminación arquitectónica que lo hacía brillar contra el cielo nocturno. El lobby visible a través de las puertas de vidrio, todo mármol y candelabros, con un portero uniformado detrás de un escritorio pulido.

Jungkook se detuvo completamente en la acera mirando hacia arriba con expresión que era asombro y algo tal vez más intimidado.

—Jungkook —dijo Jimin suavemente tocando su codo—. Es solo un edificio, tranquilo...

—Es completamente diferente a cualquier edificio que haya tenido el placer de ingresar — corrigió Jungkook pero siguió caminando cuando Jimin lo guió suavemente hacia la entrada.

El portero los saludó con inclinación de cabeza profesional.

Subieron en el ascensor privado que requería tarjeta de acceso. Jimin presionó el botón para el piso veintidós y las puertas se cerraron con un susurro hidráulico dejándolos solos en el espacio pequeño con espejos que reflejaban sus imágenes infinitamente.

Jungkook miraba fijamente los números ascendiendo sin decir nada, pero Jimin podía ver la tensión en sus hombros aumentando con cada piso que pasaban.

Las puertas se abrieron directamente en el vestíbulo privado de su apartamento porque ese piso completo era solo suyo. Jimin sacó sus llaves y abrió la puerta, encendiendo luces mientras entraban.

El apartamento era exactamente lo que sería esperar de alguien en su posición, espacio abierto con techos altos, ventanas del piso al techo que ofrecían vistas panorámicas de Seúl brillando en la noche, muebles de diseñador en tonos neutros, cocina con electrodomésticos de acero inoxidable que probablemente nunca usaba, arte original en las paredes.

Era hermoso de esa forma impersonal en que los espacios costosos son hermosos. Como un hotel de cinco estrellas, perfecto pero sin alma real.

Jungkook entró lentamente girando en círculo para tomar todo.

—Es... como una película, cuánto lujo —dijo finalmente.

—Lo sé —respondió Jimin simplemente porque no tenía sentido negarlo—. Y honestamente nunca me había sentido más solo en mi vida que cuando viví aquí solo después del divorcio. Todo este espacio y nada que llenara el vacío real.

Caminó hacia la cocina abriendo un gabinete donde guardaba su colección de vinos y licores.

—¿Vino tinto otra vez? ¿O prefieres algo más fuerte?

—Vino está bien —respondió Jungkook todavía parado en el centro de la sala mirando alrededor como si no supiera dónde era seguro sentarse.

Jimin sirvió dos copas generosas de un Malbec que había comprado hace meses y que probablemente era demasiado bueno para beber casualmente pero esta noche no era casual. Llevó ambas copas a la sala donde Jungkook finalmente se había sentado en el borde del sofá de cuero italiano como si estuviera listo para salir corriendo en cualquier momento.

Le entregó una copa y se sentó a su lado manteniendo distancia respetuosa entre ellos aunque cada parte de él quería eliminar ese espacio inmediatamente.

—Jungkook —dijo Jimin suavemente—. Por favor. Estás aquí porque quiero que estés aquí, no porque tengas que impresionarme o comportarte de cierta manera. Solo sé tú mismo.

Jungkook asintió y bebió un sorbo largo de su vino antes de recostarse finalmente contra el respaldo del sofá con un suspiro que sonó como rendición. Su cuerpo se aflojó gradualmente, las piernas extendiéndose frente a él, la cabeza cayendo hacia atrás contra el cuero suave.

—Es surreal estar aquí —admitió mirando el techo—. Siento que soy un impostor, honestamente. Pero trataré de calmarme.

—Eres Jungkook —respondió Jimin—. Sigues siendo Jungkook aquí así como yo sigo siendo Jimin cuando estoy en tu habitación.

Bebieron en silencio durante varios minutos. Jimin buscó el control remoto de la televisión con intención de ofrecer poner algo para llenar el silencio que comenzaba a sentirse pesado, pero cuando giró para preguntarle a Jungkook qué quería ver, las palabras murieron en su garganta.

Jungkook lo estaba mirando directamente con esos ojos que lo habían destruido desde la primer noche, su expresión completamente abierta y vulnerable de formas que nunca había visto incluso en sus momentos más íntimos. Su cuerpo estaba relajado contra el sofá, cabeza todavía apoyada contra el respaldo, pero mirada fija en Jimin, con intensidad que lo atravesaba.

Había algo diferente. No era la cautela calculada del trabajador sexual evaluando a un cliente, no era la dulzura protectora del padre mirando a su hijo. Era completamente nuevo, algo que hacía que Jimin sintiera que se estaba ahogando en el mejor sentido posible.

—¿Jungkook? —preguntó con voz que salió apenas como susurro reverente, casi temeroso de romper lo que fuera que estaba pasando en este momento.

Jungkook tragó saliva visiblemente, su garganta moviéndose con el esfuerzo. Dejó su copa de vino sobre la mesa de centro sin apartar la mirada de Jimin.

—Jimin...

—¿Jungkook?

—Bésame —dijo con voz baja y firme, sin vacilación esta vez—. Por favor. Bésame ahora mismo.

Jimin no necesitó que se lo pidiera dos veces.

Dejó su propia copa junto a la de Jungkook y se acercó cerrando la distancia entre ellos en el sofá hasta que sus muslos se tocaban. Levantó una mano hacia el rostro de Jungkook, ahuecando su mejilla con una ternura chocante con la urgencia que sentía creciendo dentro de él.

Se inclinó despacio dándole todo el tiempo del mundo para cambiar de opinión, pero Jungkook solo cerró los ojos en anticipación, inclinándose hacia adelante para encontrarlo a mitad de camino.

Sus labios se encontraron en un beso que comenzó suave, casi casto en su gentileza. Pero rápidamente se profundizó cuando Jungkook abrió la boca contra la de Jimin con un sonido pequeño que era mitad suspiro y mitad algo más desesperado.

Era diferente de todos los besos que habían compartido antes. No tenía la urgencia de encuentros en el motel donde cada toque había estado calculado para lograr un resultado específico, no tenía la cautela nerviosa de su primer beso real en el balcón del goshiwon, cuando ambos todavía estaban probando si esto podía ser algo verdadero.

Este beso era pura necesidad honesta. Era Jungkook besándolo porque en este momento no había barreras, defensas, ni roles que mantener.

Solo dos personas que se deseaban con una intensidad que ya no podían o querían negar.

Jimin deslizó su mano desde la mejilla de Jungkook hacia su nuca, dedos enredándose en los mechones sueltos que habían escapado del moño, tirando suavemente para inclinar su cabeza en el ángulo perfecto profundizar el beso aún más.

Jungkook hizo un sonido bajo en su garganta que envió electricidad directamente a través de la columna de Jimin. Sus manos encontraron la cintura contraria, dedos cerrándose sobre la tela de su camisa, antes de deslizarse debajo para tocar piel cálida, explorando con una urgencia que contrastaba con la suavidad de sus labios.

Se besaron hasta que el aire se volvió necesario, separándose apenas lo suficiente para jadear contra las bocas del otro antes de volver a conectar como si no pudieran soportar estar separados ni siquiera esos segundos.

Jimin movió sus manos bajando por el cuello de la camisa de Jungkook, sobre sus hombros, sintiendo los músculos tensos bajo el chaleco y la camisa. Quería tocar piel directamente, quería eliminar todas las barreras entre ellos, pero se obligó a ir despacio porque esto era diferente y merecía ser tratado diferentemente.

Jungkook aparentemente no tenía la misma paciencia. Tiró de los botones de su camisa, desabrochándolos uno por uno con dedos que temblaban apenas pero que se movían con determinación.

—Jungkook... ¿Estás seguro? —preguntó con voz ronca cuando el pelinegro había desabrochado el tercer botón—. Podemos parar. No tienes que hacer nada que no quieras.

—N-no —respondió Jungkook, desabrochando el cuarto botón—. Te deseo, te deseo de verdad. Solo necesito que seamos tú y yo. ¿Está bien?

—Sí... Más que bien —logró decir Jimin antes de que Jungkook lo besara de nuevo con renovada intensidad que no dejaba espacio para más preguntas.

Terminó de desabrochar la camisa de Jimin y la empujó fuera de sus hombros dejándola caer al suelo. Sus manos inmediatamente exploraron el torso expuesto, trazando líneas de

músculo y hueso con atención meticulosa. Cada centímetro de piel bajo sus dedos se sentía cálido, vibrante, y tuvo que cerrar los ojos por un momento para asimilar la intensidad de simplemente tocarlo así, sin reloj corriendo, sin papel que interpretar.

Jimin hizo lo mismo con el chaleco de Jungkook, deslizándolo por sus brazos antes de atacar los botones de su camisa con manos menos coordinadas de lo normal porque el vino y el deseo estaban haciendo que sus dedos no cooperaran completamente. Cada botón que liberaba aceleraba su pulso un poco más, anticipación mezclándose con algo más profundo, más aterrador, era la certeza de que esto lo cambiaría todo.

Cuando finalmente logró abrir la camisa revelando el torso de Jungkook debajo, tuvo que detenerse un momento solo para mirar. Ya había visto este cuerpo antes, lo había tocado tantas veces, pero esto era diferente. Ahora Jungkook estaba aquí por elección, ofreciéndose no por necesidad económica sino por deseo real, y esa diferencia lo cambiaba todo.

—Ven —murmuró Jimin tomando la mano de Jungkook y poniéndose de pie—. La cama será más cómoda.

Jungkook se levantó sin soltar su mano, entrelazando sus dedos mientras dejaba que Jimin lo guiara a través del apartamento hacia su dormitorio. El simple acto de sostener su mano así, caminando juntos, hizo que se le formara un nudo en la garganta. Era tan íntimo de formas que ir a la habitación nunca había sido.

La habitación era grande con la cama king size dominando el espacio, más ventanas del piso al techo que mostraban las luces de la ciudad extendiéndose hasta el horizonte, decoración minimalista en tonos grises y blancos.

Se detuvieron junto a la cama mirándose en la luz tenue que entraba desde la sala. Jungkook se veía nervioso de repente, mordiendo su labio inferior con expresión que era vulnerable de formas que partía el corazón.

—Jimin, perdóname por frenar ahora —dijo con voz temblorosa—. No sé cómo... no sé cómo ser bueno cuando realmente importa. Ya sé lo que te gusta y lo que no, ¿Qué hago con eso?

Jimin tomó su rostro entre ambas manos obligándolo a mantener contacto visual, sintiendo cómo Jungkook temblaba ligeramente bajo su toque, tan real y presente que dolía respirar.

—No tienes que ser bueno en nada, ni hacer nada con ninguna información —dijo con intensidad—. Solo tienes que estar aquí conmigo, solo tienes que ser real. Eso es todo lo que necesito, es todo lo que quiero.

Besó a Jungkook suavemente, dulcemente, sin la urgencia de momentos antes. Este beso era promesa y consuelo simultáneamente, diciéndole sin palabras que estaba seguro, que era deseado no por lo que podía hacer sino por quien era. Sintió el suspiro de alivio contra sus labios y tragó ese sonido como si fuera oxígeno.

Jungkook respondió luego, derritiéndose contra él, los últimos restos de tensión abandonando su cuerpo mientras sus brazos se envolvían alrededor del cuello de Jimin sosteniéndolo cerca. Por primera vez en tanto tiempo, se permitió simplemente sentir sin analizar, sin prepararse para lo que vendría después.

Se movieron hacia la cama torpemente, riéndose contra las bocas del otro cuando casi tropezaron con sus propios pies. Cayeron sobre el colchón que era ridículamente suave comparado con cualquier cosa en la que Jungkook normalmente dormía, las sábanas de

algodón egipcio deslizándose contra su piel mientras se acomodaban. La risa se sintió liberadora, disolviendo las últimas defensas.

Jimin se posicionó sobre Jungkook sosteniéndose en sus brazos para no aplastar su peso completamente, mirándolo desde arriba. El cabello de Jungkook estaba completamente suelto ahora, el moño deshecho en algún punto, extendiéndose sobre la almohada blanca como tinta negra. Sus labios estaban hinchados de besos, mejillas sonrojadas, ojos brillantes con deseo que ya no trataba de ocultar.

Era la cosa más hermosa que Jimin había visto en su vida, y el pensamiento lo golpeó con tanta fuerza que tuvo que parpadear contra el ardor repentino en sus ojos.

—Eres tan perfecto —susurró inclinándose para besar su frente, sus mejillas, la punta de su nariz—. Tan increíblemente perfecto que a veces duele mirarte.

—No soy perfecto —protestó Jungkook pero su voz carecía de convicción real, especialmente cuando Jimin lo miraba así—. Estoy tan lejos de ser perfecto que es ridículo.

—Perfecto para mí entonces —corrigió Jimin besando la comisura de su boca—. Eso es lo único que importa.

Se besaron más mientras las manos exploraban piel expuesta, dedos trazando líneas y curvas que se sentían completamente nuevas bajo estas circunstancias. Cada toque era revelación, descubriendo no solo piel sino emociones que ninguno sabía cómo nombrar. Jimin besó su camino bajando por el cuello de Jungkook, sintiendo el pulso acelerado bajo sus labios antes de morder suavemente el punto donde latía visiblemente.

Jungkook arqueó su espalda contra el colchón con un jadeo que era música para los oídos de Jimin, un sonido tan genuino que le erizó la piel. Sus manos se aferraron a los hombros blancos y suaves del castaño, dedos apretándose contra los músculos mientras oleadas de placer recorrían su columna vertebral.

—Jimin —dijo con voz que era pura necesidad, sintiendo cómo el calor se expandía desde donde lo tocaba hasta cada terminación nerviosa de su cuerpo—. Necesito... necesito más.

Jimin no necesitó más explicación. El tono roto de Jungkook le atravesó directo al pecho, haciendo que su propio deseo se intensificara hasta volverse casi doloroso.

Continuó besando su camino hacia abajo, deteniéndose en cada lugar que hacía que Jungkook hiciera esos sonidos pequeños en su garganta, memorizando cada reacción como si fuera sagrada. Desabrochó el pantalón con dedos que ahora se movían con más coordinación, deslizándolo por sus piernas junto con su ropa interior hasta que estaba completamente desnudo sobre las sábanas caras.

Se tomó un momento solo para mirar, memorizando cada detalle de Jungkook así, vulnerable, deseoso, y completamente presente de formas que nunca había sido. La belleza de verlo tan expuesto no sólo física si no emocionalmente, le robó el aliento.

—Tú también —dijo Jungkook con timidez reapareciendo brevemente, necesitando verlo completamente, necesitando esa igualdad entre ellos—. Quiero verte.

Jimin se levantó de la cama solo lo suficiente para quitarse el resto de su ropa, sintiendo los ojos de Jungkook siguiendo cada movimiento con una intensidad que lo hacía sentir adorado. Cuando estaba completamente desnudo volvió a la cama acomodándose entre las piernas de Jungkook que se abrieron para acomodarlo sin vacilación.

—Hay algo que necesito que sepas —dijo Jimin antes de que pudieran continuar, necesitando decir esto mientras todavía tenía algo de control sobre sus pensamientos—. Esta es la primera vez que hago esto con alguien que realmente me importa de esta forma. La primera vez que no es solo físico sino algo más, siento miles de cosas que me marean. Así que si soy torpe o si hago algo mal...

—No vas a hacerlo mal —lo interrumpió Jungkook suavemente tocando su mejilla, sintiendo cómo temblaba ligeramente bajo su palma—. Solo bésame otra vez y el resto se resolverá solo.

Y tenía razón.

Cuando sus labios se encontraron de nuevo todo lo demás simplemente cayó en su lugar. Las manos sabían dónde tocar, los cuerpos sabían cómo moverse juntos, cada beso y caricia construyendo sobre la anterior hasta que ambos estaban jadeando y necesitándose de formas que iban más allá de lo puramente físico. Era como si sus cuerpos estuvieran manteniendo una conversación que sus bocas no podían articular, hablándose a través del tacto, del calor compartido.

Jimin alcanzó la mesita de noche sacando lubricante y preservativos del cajón superior. Jungkook lo observaba con ojos oscurecidos por deseo mientras preparaba todo lo necesario con manos que temblaban ligeramente de anticipación, su propia respiración acelerada haciéndole saber que no estaba solo en su nerviosismo.

—¿Quieres...? —comenzó Jimin pero Jungkook lo interrumpió colocando una mano sobre su pecho empujándolo suavemente hasta que Jimin estaba de espaldas contra el colchón.

Había entendido antes de que siguiera.

—Sí —dijo Jungkook, moviéndose sobre él con expresión que era determinación que brillaba en sus ojos como promesa—. Lo haré... Quiero verte mientras te hago el amor.

Algo en el uso de esas palabras específicas, "*hacer el amor*" en lugar de cualquier término más crudo, hizo que el pecho de Jimin se apretara dolorosamente. Asintió sin poder formar palabras porque su garganta estaba demasiado cerrada con emoción, lágrimas amenazando con escapar de las esquinas de sus ojos.

Jungkook tomó su tiempo preparándolo con dedos que eran suaves y firmes, estirándolo cuidadosamente mientras besaba cada centímetro de piel que podía alcanzar. Cada movimiento de sus dedos arrancaba pequeños sonidos de Jimin, cada beso dejaba una marca invisible que Jungkook podía sentir grabándose en su propia alma. La vulnerabilidad de Jimin bajo sus manos lo llenaba de una ternura tan abrumadora que apenas podía respirar.

Cuando Jimin estaba listo, cuando estaba rogando prácticamente con palabras incoherentes, y su cuerpo temblando de necesidad, Jungkook se posicionó entre sus piernas.

Miró a los ojos mientras se deslizaba dentro, despacio, tan despacio que cada centímetro era una tortura exquisita que los hacía jadear simultáneamente. El calor que lo envolvió era indescriptible, no solo físico sino emocional, como si estuvieran fundiéndose en algo único.

—Dios... —susurró Jimin cuando Jungkook estaba completamente dentro, sus cuerpos conectados de la forma más íntima posible, sintiéndose tan lleno que pensó que se rompería—. Jungkook... Jungkook.

—Te tengo —respondió Jungkook inclinándose para besarlo profundamente mientras comenzaba a moverse con embestidas que eran lentas y deliberadas, sintiendo cómo cada movimiento enviaba chispas de placer por su columna vertebral—. Te tengo, Jimin.

Y realmente lo hacía.

Se movía con un cuidado que chocaba con la eficiencia de sus encuentros previos. Cada embestida era suave, dulce y perfectamente hecha para dar en ese punto en Jimin que hacía que viera estrellas, con ojos cerrados suavemente, su boca semi abierta constantemente, cejas arqueadas, expresión que hablaba por sí sola. El placer que recorría su propio cuerpo con cada movimiento era casi demasiado, mezclándose con algo más profundo que lo hacía sentir expuesto de formas que nunca había experimentado.

Esto era Jungkook ofreciéndole algo que nunca había ofrecido a nadie más, algo que no tenía precio porque no podía ser comprado.

—Jimin... —susurró Jungkook, aguantando jadeos, aun entrando y saliendo suavemente, sintiendo cómo su propio placer construía con cada embestida, no solo en su cuerpo sino en algún lugar más profundo de su ser.

Se miraron directamente a los ojos, brillosos de placer, de intimidad y muchísimo más. En ese momento Jungkook pudo ver todo lo que Jimin sentía reflejado en su mirada, y supo que su propia alma estaba igualmente expuesta.

—¿Dime...? —murmuró Jimin con voz queda, necesitando escuchar su voz, necesitando anclar este momento en palabras antes de que se perdiera en puro sentimiento.

Jungkook suspiró con un temblor imposible de disimular, el placer recorriendo cada terminación nerviosa mientras luchaba por formar pensamientos coherentes.

—Siempre... siempre quise decirlo antes —comenzó suavemente, admirando el rostro debajo suyo, la forma en que los labios de Jimin se separaban con cada jadeo, cómo sus mejillas se teñían de ese color que lo volvía loco—. Cada vez que lo hacemos, pero especialmente hoy... te sonrojas de una forma tan...

Jimin subió sus manos a la nuca de Jungkook, acariciando suavemente, sintiendo cómo temblaba bajo su toque, cómo cada caricia parecía intensificar el placer que ambos experimentaban.

—Dime, dime, Jungkook.

—Me recuerdes a los pétalos de una magnolia —murmuró, escondiendo su propio sonrojo entre el pecho y cuello del hombre debajo suyo, ofreciéndole su más sincera e íntima demostración de afecto físico mientras continuaba moviéndose, cada embestida lenta y profunda ahora con el peso de esa confesión—. Es... eres divino.

Jimin gimió suavemente como respuesta, el sonido vibrando entre sus cuerpos. Envolvió sus piernas alrededor de la cintura contraria, tirándolo más profundo, más cerca, necesitando eliminar incluso el aire entre ellos. El ángulo cambió y ambos jadearon al unísono, el placer intensificándose hasta volverse casi insoportable. Sus manos se movieron por la espalda ancha, sintiendo los músculos trabajando bajo su piel con cada movimiento, arañando suavemente mientras oleadas de éxtasis recorrían su cuerpo.

Los sonidos que llenaban la habitación eran completamente diferentes de lo que había sido en el motel. No había gemidos exagerados o palabras sucias dichas porque se suponía que debían excitar. Solo jadeos genuinos, suspiros entrecortados y pequeños sonidos

placenteros que eran arrancados de ellos sin actuación ni performance. Cada gemido de Jimin alimentaba el deseo de Jungkook, haciéndolo querer darle más, sentir más, ser más para él.

—Más rápido —rogó Jimin cuando la presión construyéndose dentro de él se volvió casi insoportable, cada nervio de su cuerpo cantando con necesidad—. Jungkook, por favor.

Jungkook obedeció incrementando el ritmo hasta que estaba embistiendo con fuerza suficiente para hacer que el colchón se moviera, pero incluso así había suavidad en la forma en que lo hacía. Cada embestida era amor expresado a través de movimiento, cada beso robado entre jadeos era ese sentimiento renovado. El placer que recorría su propio cuerpo era tan intenso que tenía que morder su labio para no gritar, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en su columna, extendiéndose por sus piernas, haciéndolo temblar.

—Estoy cerca —advirtió Jimin en un gemido casi agudo, sintiendo su cuerpo tensarse preparándose para el clímax, cada músculo apretándose mientras el placer alcanzaba un punto crítico—. Tan cerca...

—Yo también —respondió Jungkook con voz quebrada por el esfuerzo y el placer, sintiendo cómo su propio orgasmo se aproximaba como una ola imparable—. Dios...

Jimin deslizó una mano entre sus cuerpos envolviendo los dedos alrededor suyo, moviéndolos en sincronía con las embestidas de su Jungkook, hasta que de pronto una carga eléctrica subió, haciéndolo arquear completamente fuera de la cama junto un grito que era el nombre del único hombre en su vida, saliendo de su garganta sin control, puro y desgarrado.

El orgasmo golpeó con fuerza que lo dejó temblando, ondas de placer recorriendo cada terminación nerviosa mientras se vaciaba entre sus cuerpos. No solo era físico, era algo que lo sacudía desde dentro, haciéndolo sentir como si estuviera deshaciéndose y recomponiéndose simultáneamente.

Jungkook lo siguió segundos después, hundiéndose profundo una última vez mientras se estremecía sobre él, el orgasmo atravesándolo con una intensidad que nunca había experimentado, rostro enterrado contra el cuello de Jimin mientras gemía bajo intensamente contra su piel, su nombre una oración que no sabía que conocía.

Se quedaron así por largo rato después, Jungkook todavía dentro de él, ambos respirando pesadamente tratando de recuperar el control sobre sus cuerpos. El corazón de Jimin latía tan fuerte que estaba seguro de que Jungkook podía sentirlo contra su propio pecho, como si estuvieran compartiendo el mismo pulso. Lágrimas que no había notado escaparon por las comisuras de sus ojos, de algo tan abrumador que su cuerpo no sabía cómo procesarlo de otra forma.

Finalmente, Jungkook se deslizó fuera con cuidado, haciendo que ambos jadearan ante la sensibilidad, la pérdida de conexión física casi dolorosa después de tanta intimidad. Se dejó caer al lado de Jimin en el colchón, girándose de costado para mirarlo con expresión que era completamente abierta y vulnerable, sus propios ojos brillantes con lágrimas no derramadas.

—Jimin... —comenzó, pero las palabras fallaron, su garganta cerrada con todo lo que sentía y no podía nombrar—. Se sintió...

—Diferente —terminó por él, su voz apenas un susurro mientras pasaba sus dedos por el rostro de Jungkook, limpiando el sudor de su frente con ternura infinita—. Completamente

diferente.

—Sí —acordó Jungkook con sonrisa pequeña que temblaba en las esquinas, vulnerable y hermosa—. Muy diferente.

Se besaron suavemente, lánguidamente, sin urgencia ahora que la necesidad inmediata había sido saciada. Solo saboreándose mutuamente mientras sus respiraciones gradualmente se normalizaban, sintiendo cómo algo fundamental había cambiado entre ellos, algo que ninguno de los dos podría deshacer aunque quisiera. Y ninguno quería.

—Deberíamos lavarnos —dijo Jimin eventualmente aunque ninguna parte de él quería moverse de donde estaba.

—Creo que sí —acordó Jungkook, pero tampoco se movió inmediatamente.

Pasaron unos minutos.

Y finalmente se obligaron a levantarse de la cama con piernas que todavía temblaban ligeramente. Jimin guió a Jungkook hacia el baño que era todo mármol y vidrio con una ducha lo suficientemente grande para cuatro personas cómodamente.

Abrió el agua, ajustándola a temperatura perfecta antes de que ambos entraran bajo la lluvia. El agua caliente se sentía increíble contra músculos usados, relajando la tensión residual mientras se limpiaban con movimientos que eran tan íntimos que lo que acababan de hacer en la cama.

Jungkook masajeó la espalda de Jimin con dedos que hacían que prácticamente ronroneara de placer. Jimin hizo lo mismo después, solo se colocó frente a él, acariciando hombros y trapecio con intención de relajar mientras el agua arrastraba la espuma formando ríos blancos que desaparecían por el desagüe.

Se besaron bajo la ducha, gotas corriendo por sus rostros haciéndolos reír cuando se metían en sus bocas. Era juguetón y dulce sin segundas intenciones, solo dos hombres disfrutando la proximidad del otro sin la presión de lo que vendría después.

Cuando finalmente salieron envueltos en toallas esponjosas, ambos estaban completamente relajados de formas que ninguno había estado en mucho tiempo.

Se secaron y volvieron a la cama desnudos, porque ninguno tenía energía para buscar ropa. Se deslizaron bajo las sábanas que Jimin había cambiado rápidamente mientras Jungkook terminaba de secarse, acurrucándose juntos con cuerpos entrelazados de formas que maximizaban el contacto piel contra piel.

—¿Qué hora es? —preguntó Jungkook con voz arrastrada de sueño.

Jimin alcanzó su teléfono de la mesita de noche, revisando la pantalla.

—Las dos diecisiete de la mañana.

Jungkook hizo un sonido que podría haber sido reconocimiento o protesta, era difícil decir cuando ya estaba claramente medio dormido.

—Pon alarma a las tres cuarenta por favor —murmuró con ojos ya cerrados—. Necesito llegar a casa a tiempo antes de que Jun despierte.

—¿Estás seguro? —preguntó Jimin, aunque ya estaba configurando la alarma—. Es menos de hora y media de sueño. Puedo llevarte ahora si prefieres descansar más en casa.

—No —respondió Jungkook acurrucándose más cerca, su cabeza encontrando el hueco perfecto contra el hombro de Jimin—. Quiero quedarme aquí contigo el tiempo que sea posible.

Algo en el pecho de Jimin se expandió hasta que sintió que podría explotar con la emoción. Besó la coronilla de Jungkook suavemente, envolviendo sus brazos alrededor de él, sosteniéndolo cerca.

—Duerme entonces —susurró—. Te despertaré cuando sea hora.

La respiración de Jungkook se profundizó casi inmediatamente, su cuerpo completamente relajado con la confianza absoluta de alguien que se sentía seguro. Jimin se permitió quedarse despierto solo unos minutos más, memorizando la sensación de sostener a Jungkook dormido, desnudo en su cama, en su espacio, sin barreras ni defensas entre ellos.

Esto era real, era suyo, y haría lo que fuera necesario para protegerlo.

Se durmió con esa determinación asentándose en su pecho como promesa.

oo

La alarma sonó lo que pareció segundos después aunque habían pasado hora y media completa.

Jimin la apagó inmediatamente antes de que pudiera despertar a Jungkook bruscamente. Y luego lo despertó con besos suaves en su frente, sus mejillas, sus labios hasta que los ojos se abrieron lentamente.

—Es hora —susurró contra su cabello—. Te llevaré.

Jungkook gruñó en protesta pero se obligó a sentarse frotándose los ojos con el dorso de la mano. Se vistieron en silencio semi dormido, abrochando botones con dedos torpes que no querían cooperar apropiadamente.

Cuando estuvieron vestidos Jimin guió a Jungkook hasta el estacionamiento subterráneo. Y subieron juntos de forma automática al Porsche cuando éste se destrabó.

Jungkook y se acomodó en el asiento copiloto, sus manos sobre sus rodillas, los dedos moviéndose en un movimiento inconsciente.

El viaje fue silencioso pero nada incómodo, ambos perdidos en sus propios pensamientos mientras las calles vacías de Seúl a las cuatro de la mañana pasaban por las ventanas.

Llegaron con unas cuadras alejadas del barrio oficial de Jungkook con diez minutos de sobra.

Se quedaron sentados durante un momento sin moverse, sin querer que la noche terminara oficialmente aunque ambos sabían que tenía que hacerlo.

—Gracias —dijo Jungkook finalmente girándose para mirarlo—. Por esta noche, la cena, por todo. Y fue... fue perfecto.

—No tienes que agradecerme —respondió Jimin, acercándose a tomar la mano de Jungkook y apretar suavemente—. Yo también la pasé increíble. La mejor noche que he tenido en... tal vez en toda mi vida.

Se besaron una última vez, suave y dulce, antes de que Jungkook tuviera que irse. Salió del auto cerrando la puerta suavemente, luego se inclinó por la ventana abierta.

—¿Hablamos más tarde? —preguntó con timidez reapareciendo ahora que la burbuja de la noche se había roto.

—Por favor —respondió Jimin con sonrisa—. Cuando quieras. Siempre.

Jungkook asintió antes de enderezarse y caminar hacia dentro del vecindario humilde. Jimin observó hasta que desapareció entre las casas antes de acelerar nuevamente a su propio edificio.

En el viaje de vuelta a Gangnam miró la ciudad comenzar a despertar con los primeros rayos de luz coloreando el horizonte. Se sentía diferente de alguna forma única, como si algo dentro de él se hubiera reconfigurado durante la noche.

Pero sabía una cosa con certeza absoluta, y es que no había vuelta atrás desde aquí. Lo que fuera que había entre él y Jungkook había cruzado una línea definitiva esa noche, transformándose en algo más, real.



Las semanas siguientes se transformaron en un ejercicio de equilibrio imposible, una cuerda floja tensada sobre el abismo que separaba dos realidades incompatibles. Jimin vivía fracturado, respirando dos aires distintos que nunca debían tocarse.

De lunes a viernes, a las siete y veinticinco de la mañana era una estatua de hielo envuelta en lana italiana y seda fría. Traje negro, gris, azul cortado a medida, corbata anudada con precisión de quien ha repetido el gesto mil veces sin pensar, y mantenía esa sonrisa profesional poco real, una mueca ensayada que marcaba distancias infranqueables.

Soportaba reuniones de cuatro horas con inversores japoneses de rostros impasibles, atendía llamadas a las tres de la madrugada con socios en Nueva York mientras el resto de la ciudad dormía. Firmaba reportes trimestrales sin leerlos del todo, la caligrafía automática, los ojos apenas miraban los números impresos.

Soojin entraba con el café solo a las ocho en punto, y le recitaba la agenda del día como si fuera una sentencia judicial. Todo funcionaba con precisión, sin margen de error.

Pero cuando el reloj marcaba las seis, el mecanismo se rompía.

Cerraba el portátil con un golpe seco que resonaba en la oficina vacía. El descenso en el ascensor era una transformación, se arrancaba la corbata mientras las puertas se cerraban, desabrochaba el primer botón de la camisa sintiendo cómo el aire finalmente entraba en sus pulmones, el saco quedaba arrugado en el asiento trasero del Porsche, olvidado hasta el día siguiente.

Conducir hacia los suburbios no era solo un trayecto.

Era una huida deliberada.

Al cruzar la frontera invisible hacia el barrio de Jungkook, el mundo cambiaba de textura. El asfalto perfecto daba paso a esas calles agrietadas donde las alcantarillas desbordadas dejaban charcos permanentes, el olor a aire acondicionado y limpiador industrial se sustituía por algo más, entre aceite frito, humedad, ropa tendida, y vida humana sin filtros.

Allí, Jimin dejaba de ser el CEO.

Bajaba del coche con bolsas de ingredientes frescos que había comprado en un mercado al otro lado de la ciudad. Verduras de primera que nunca entraban en ese barrio, cortes de carne que costaban más que el alquiler semanal de la habitación 203.

Jungkook lo recibía en la puerta. A veces con el torso desnudo y brillante de sudor porque apenas llegaba de cargar cemento en alguna construcción, y otras veces recién bañado, con una camiseta gastada que se le pegaba al cuerpo todavía húmedo.

Verlo cocinar era un espectáculo que Jimin nunca se cansaba de observar. Jungkook manejaba el cuchillo con una destreza intimidante, cortando verduras con movimientos rápidos, seguros, concentrado y eficiente, como si su vida dependiera de cada tajada.

Jimin se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, ayudando a Jun con las restas y multiplicaciones que el niño prefería terminar rápido para estar libre. Inventaba historias

elaboradas de dinosaurios carnívoros y héroes improbables hasta que los párpados de Jun cedían al sueño.

A menudo, el niño terminaba dormido atravesado entre los dos adultos, con su cabeza sobre el pecho de Jimin y los pies metidos bajo los muslos de Jungkook, creando un puente físico entre dos mundos.

Los fines de semana, la inmersión era total.

Jimin se vestía exageradamente casual. Y salían al mercado temprano, cuando el sol apenas empezaba a calentar el pavimento. Esquivaban charcos de agua sucia mientras Jun saltaba entre ellos como si fueran obstáculos de videojuego. En la lavandería compartida del edificio, bajo la luz blanca de tubos zumbando como si tuviera insectos atrapados, Jungkook separaba la ropa blanca de la de color con una meticulosidad obsesiva. Cuidaba cada prenda, y la nueva como si fuera un tesoro frágil.

Comían fideos instantáneos sentados en el suelo, viendo películas en la pantalla del celular de Jimin apoyado contra una caja de zapatos. Si Jun estaba distraído con sus dinosaurios de plástico en la esquina, Jungkook aprovechaba para cocinar con una mano mientras la otra, grande y callosa, se aferraba a la cintura de Jimin. Apretaba la tela cara de su camisa, marcaba territorio, le recordaba que allí, en ese cuarto pequeño, ya no era intocable.

Pero esa burbuja tenía espinas. La realidad económica, traumática y personal de Jungkook era un animal feroz que siempre estaba presente en la habitación, respirando en las esquinas, ahuyentando la calma.

Un martes por la noche, el aire se sentía más pesado de lo normal. Después de que la respiración de Jun se volviera profunda y regular al otro lado de la puerta cerrada, Jimin metió la mano en el bolsillo de su abrigo colgado en la silla.

Sacó una caja pequeña, blanca, y compacta. La dejó sobre la mesa plegable con un sonido suave.

Jungkook, que estaba secando un vaso con un trapo viejo, se detuvo. Miró la caja inmaculada sobre la madera desgastada. No hizo ningún movimiento para tocarla.

—¿Qué es? —preguntó. El tono bordeaba la desconfianza.

—Tómalo.

—¿Qué es, Jimin?

—Un teléfono.

Jungkook negó con la cabeza de inmediato. Un movimiento brusco, e instintivo.

—Ya está configurado. Tiene saldo y datos ilimitados por un año.

—No. Llévatelo de vuelta.

—Es solo un teléfono, Jungkook.

—No es solo un teléfono —replicó, dejando el vaso con fuerza sobre la mesa. Se cruzó de brazos, los músculos se marcaron bajo la camiseta delgada—. Sé lo que cuestan esos aparatos, es más de lo que gano en tres meses cargando cajas. Acepto comida porque Jun

necesita comer, acepto que le compres ropa porque la suya está destruida. Pero esto es demasiado.

Jimin suspiró. La frustración comenzaba a trepar por su garganta.

—Necesito poder hablarte a diario, Jungkook —dijo, intentando mantener la calma aunque la terquedad del otro le raspaba los nervios—. Necesito saber que estás bien en ese preciso momento. Que Jun lo esté, si pasa algo urgente, si se enferma en la escuela, si tú tienes un accidente trabajando... necesito que puedas llamarme sin tener que correr hacia un teléfono compartido.

Jungkook miró la caja como si contuviera veneno. Después clavó sus ojos oscuros en Jimin.

—Me las he arreglado toda mi vida sin depender de nadie.

—No es dependencia —Jimin se inclinó hacia adelante, invadiendo su espacio personal—. Es comunicación, es seguridad. Me paso el día entero en una oficina de pensando si comieron, si están a salvo, si Jun tiene fiebre otra vez, o que simplemente quieras que no se quede solo en el parque mientras haces las compras y tú no tienes forma de avisarme.

Hizo una pausa. Respiró hondo.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mí. O hazlo por Jun.

El nombre del niño fue la llave que abrió la cerradura. El rostro duro de Jungkook se agrietó levemente, y el silencio se estiró entre ellos, denso como el humo.

Finalmente, exhaló con fuerza por la nariz. Derrotado por la lógica implacable de la paternidad.

Extendió una mano y tomó la caja. La abrió despacio, como si dentro pudiera haber algo que explotara.

—Está bien —dijo con la garganta apretada—. Pero solo porque tiene sentido, para emergencias. Y para Jun.

Jimin sintió que la tensión en sus hombros cedía un poco. Sonrió, apenas una curva en los labios.

—Para Jun también.

Esa fue la siguiente grieta en el muro de orgullo de Jungkook. Pero no la última.

Jimin comenzó a llevar más cosas. Ropa nueva para Jun en lugar de dinero para comprarla, una mochila resistente para la escuela cuando la vieja se descosió por completo y perdió el cierre. Carne de primera calidad escondida entre las verduras para que Jungkook no pudiera rechazarla sin revisar toda la bolsa.

Jungkook protestaba cada vez, con el cuerpo tenso. Incómodo con la idea de recibir sin poder dar nada equivalente a cambio.

—Ya basta, Jimin —soltó una noche mientras el otro sacaba paquetes de comida de las bolsas—. Llevas tres días seguidos trayendo esto.

—No es negociable —respondió Jimin, girándose para verlo directamente. Sostuvo su mirada sin parpadear—. Quiero hacerlo. Puedo hacerlo.

—No digas que es o no negociable en mi hogar —Jungkook dio un paso hacia él, amenazante pero no violento.

Jimin no retrocedió ni un centímetro.

—Hago esto porque me importas. Me importa Jun —se detuvo un segundo. Tragó saliva—. Porque no estoy eligiendo esta familia al azar. Estoy dispuesto a poner parte de mi esfuerzo de cada día, de mi carrera, de mi dinero, de mí.

Jungkook apretó la mandíbula. Los ojos fijos en los de Jimin.

—Yo trabajo más horas que tú y no llego a aportar ni la mitad de lo que tú traes. ¿Entiendes eso? Una relación es cincuenta y cincuenta.

—¿Quieres ganar más por menos horas?

Jungkook negó de inmediato.

—No me harás entrar en un puesto lleno de ricachones que compiten y se tratan como mierda entre ellos.

—Te equivocas, cariño.

—No yo... —Jungkook se congeló en su lugar ante el apodo. Miró a Jimin con una vulnerabilidad nueva, expuesta—. ¿Qué rayos?

Jimin rió ligeramente. Se encogió de hombros.

—Nada. Es que parece una discusión tonta de pareja, quedaba bien para el momento —continuó, volviendo a vaciar los víveres en la mesada desgastada.

Jungkook tragó con dificultad. Miró las bolsas llenas, después miró a Jimin de nuevo, con una intensidad que quemaba la piel.

—Bueno, la comida no se rechaza —dijo finalmente. La resistencia se doblaba como metal caliente—. Es un pecado desperdiciar. Pero no voy a pedirte nada, si traes cosas, es tu decisión y tu responsabilidad.

—Es mi decisión, tonto —confirmó Jimin. Mantuvo la sonrisa, el tono seguía siendo dulce.

—Tonto tú —respondió Jungkook en un tono mucho más ligero. Casi jugando.

Y así se estableció el pacto silencioso entre ellos. Jungkook nunca pedía nada, pero aceptaba con esa dignidad callada, preparaba comida para los tres con lo que Jimin traía, permitiendo que el otro cuidara de ellos en lo material mientras él cuidaba de Jimin en todo lo demás.

Las semanas pasaron en esa rutina extraña.

Jungkook seguía trabajando en construcciones por elección propia. Turnos de ocho horas que lo dejaban con la espalda molida y las manos llenas de callos nuevos, pero con dinero suficiente para sentir que todavía tenía el control de su propia vida.

Una noche, cenando en el suelo con los palillos chocando contra los cuencos de cerámica barata, Jungkook rompió el silencio habitual.

—Dejé el otro trabajo —dijo. La vista fija en su arroz como si estuviera leyendo algo escrito en los granos—. De los fines de semana.

Jimin detuvo su mano a medio camino de la boca. Miró a Jungkook con sorpresa genuina.

—¿Cuál? ¿El de...?

Jungkook asintió. Tenía un rubor leve en las mejillas, evitaba mirar directamente a Jimin.

—Sí. Hace dos semanas.

Jun masticaba ruidosamente a su lado, completamente ajeno a la gravedad de la conversación de los adultos.

—¿Estás bien? —preguntó Jimin con cautela, bajando los palillos—. ¿Te alcanza el dinero con lo demás?

Jungkook asintió despacio.

—Con los trabajos entre semana cubro lo básico del alquiler y servicios. Y tú... —se detuvo, y respiró hondo—. Tú ayudas más de lo que debería aceptar. Con la comida que traes, ya no gasto tanto en el mercado, me sobra un poco cada mes. Y... ya no puedo fingir, porque estás tú.

Jimin sintió un nudo apretarse en su garganta. Sabía lo que le costaba a Jungkook admitir eso.

No dijo nada, solo extendió la mano y la apoyó sobre la de Jungkook que descansaba en su rodilla. Apretó brevemente, sintiendo el calor y la aspereza de su piel, antes de que Jun levantara la vista pidiendo agua con esa insistencia infantil que no admitía demoras.

Más tarde esa noche, cuando Jun ya dormía profundamente y la pequeña sala estaba sumida en penumbra, Jimin habló de lo que le quemaba la lengua desde hacía días.

—Estoy terminando con el divorcio —soltó, palabras cayendo pesadas en el espacio reducido—. Ya casi todo está listo. Solo faltan las firmas finales, los abogados tienen todo redactado.

Jungkook, sentado en el otro extremo del colchón con las piernas estiradas, giró la cabeza lentamente. Lo miró con esos ojos oscuros que parecían ver más de lo que Jimin mostraba.

—¿Y después? —preguntó. La calma en su tono no coincidía con la tensión visible en sus hombros.

—Después... estaba pensando en buscar un apartamento. Uno de verdad.

Jungkook frunció el ceño.

—¿Para ti?

—Para los tres —Jimin se giró completamente hacia él—. Ya es hora de que dejen este lugar, ¿no crees?

El silencio que siguió fue denso, casi sólido. Se escuchaba el zumbido de la nevera vieja y la respiración de ambos llenando el espacio entre las palabras no dichas.

—Jimin... —Jungkook se pasó una mano por el cabello, frustrado—. Piensa en lo que estás diciendo.

—No hago otra cosa que pensar en eso —interrumpió Jimin, girando el cuerpo completo hacia él—. No quiero tener que irme cada noche, no quiero dejar a Jun aquí cuando hace frío. Quiero que estemos juntos. Tú, Jun y yo. En un lugar donde no falte nada, agua caliente siempre, luz suficiente. Una habitación apropiada para Jun donde pueda tener su cama con acolchado de todos los dinosaurios que quiera.

Hizo una pausa. Respiró hondo.

—Y tú podrás buscar un trabajo decente. Con mis contactos, puedo conseguirte algo donde no tengas que destrozarte la espalda por migajas.

—Es arriesgado —dijo Jungkook, mirándolo con esa seriedad brutal que la pobreza le había tatuado en el alma—. Para ti, para tu reputación. Un hombre como tú viviendo con alguien como yo... ¿con mi pasado?, con lo que he hecho, lo que he sido. No encajo en tu mundo, Jimin.

—Si vamos a hablar de riesgos —dijo Jimin, sonriendo apenas, triste pero decidido—, ambos nos estamos arriesgando a cada paso desde que decidimos que esto significara algo. Y estoy feliz de hacerlo, porque si no encajamos en el mundo del otro, ¿por qué nos llevamos tan bien? ¿Por qué nos gustamos?

—Tengo miedo, Jimin.

—Yo también tengo miedo.

—No quiero que pierdas lo que has construido por mi culpa —Jungkook bajó la vista a sus manos—. No quiero ser la razón por la que tu vida se desmorone.

—No estoy perdiendo nada que valga la pena —respondió con una vehemencia que sorprendió incluso a él mismo—. Estoy ganando algo que nunca tuve, algo real, que me hace sentir vivo por primera vez en años.

Jungkook lo miró largo rato, escrutando su rostro en la oscuridad. Después asintió apenas, sin palabras. Sus ojos brillaban con algo que Jimin reconoció como esperanza mezclada con ese miedo constante que nunca terminaba de irse. Y sólo se besaron con calma, sellando la seguridad propia en brazos del otro.

Jimin seguía viendo a Taehyung regularmente. Era su ancla en medio del caos, el amigo que más lo había ayudado a redescubrirse. El único que conocía las dos caras de la moneda y no lo juzgaba por ninguna.

Almuerzos rápidos entre reuniones, cafés cargados después del trabajo, conversaciones en clave que no necesitaban explicaciones elaboradas porque Taehyung entendía cada matiz sin que Jimin tuviera que deletrearlo.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Taehyung una tarde lluviosa, mientras compartían una botella de soju y carne a la parrilla en un restaurante pequeño y discreto donde nadie los conocía.

—Bien. Creciendo demasiado rápido —Jimin sonrió mirando las brasas que chisporroteaban—. Ayer me llamó "papá" sin querer y se puso rojo como un tomate.

Taehyung sonrió de oreja a oreja mientras llenaba los vasos pequeños.

—Por favor... dime que te disculpaste tú con él.

—No seas tonto —Jimin negó con la cabeza—. Le dije que no me molestó, hasta casi se me salen las lágrimas ahí mismo, te lo juro.

—Te estás enamorando, ¿verdad? —Taehyung lo observó por encima del borde de su vaso—. No solo de él. De la idea completa de familia.

Jimin no respondió de inmediato. Bebió un trago largo, sintiendo el ardor del alcohol bajar por su garganta y calentar su estómago. Miró por la ventana empañada hacia la calle iluminada por los neones difusos y borrosos.

—Ya me enamoré —dijo finalmente, soltando el aire que había estado conteniendo—. Hace tiempo. Tuve mucho miedo de admitir la verdad, incluso ante mí mismo. Pero ya no hay vuelta atrás, Tae.

Taehyung asintió. Llenó los vasos de nuevo con ese gesto familiar y reconfortante.

—Entonces cuida lo que tienes ahora. Cuídalos —dijo con seriedad—. Porque esas cosas son frágiles. Más frágiles de lo que parecen, aunque sean las que más asusten.

—Lo intento cada día.

Pero Jimin se estaba volviendo descuidado. La felicidad era una droga potente que lo hacía sentirse invulnerable, como si nada malo pudiera tocarlos mientras existiera ese refugio al otro lado de la ciudad.

Contestaba mensajes de Jungkook desde su escritorio, sonriendo a la pantalla como un adolescente enamorado. A veces con Soojin todavía ordenando papeles en la oficina, podía ver perfectamente su expresión idiota, dejaba el Porsche en el estacionamiento del edificio y no regresaba hasta hora de la madrugada o al siguiente día, esa mancha negra de lujo obscuro, estacionado, visto durante toda la noche pero sin su dueño merodeando las oficinas. Era imposible de ignorar.

Y si iba en el coche, lo hacía saliendo de la torre corporativa sin mirar atrás, sin revisar los espejos retrovisores, sin preocuparse por quién pudiera estar observando hacia dónde iba o con quién pasaba sus noches.

Estaba demasiado feliz para ser cauteloso, demasiado enamorado para pensar en las consecuencias.

Alguien lo estaba observando con mucha atención.

El jueves por la tarde, el cielo estaba gris oscuro, amenazaba con lluvia. Jimin salió de la oficina a las cinco y media, más temprano de lo habitual, había quedado con Taehyung para un café rápido en la esquina de siempre, apenas quince minutos para desahogarse antes de volver al refugio del suburbio.

Hablaron de pie junto a la barra, tomando un americano caliente y rápido que quemaba la lengua. Riendo de alguna tontería del trabajo que ya no importaba, cinco minutos después de salir del edificio.

Cuando se despidieron en la acera, Taehyung lo abrazó, fue un abrazo fuerte, de amigos. Al separarse, Taehyung le dio un beso rápido en la mejilla, natural, gesto que habían repetido cientos de veces sin pensar en cómo se veía.

Pero al otro lado de la calle, oculta tras el paradero de autobuses, Minji esperaba un taxi que no había pedido. Tenía el teléfono en la mano, la cámara ya estaba abierta, vio el beso desde su perspectiva perfectamente calculada.

Sus dedos se movieron rápidos. El dispositivo capturó el momento con un clic silencioso que selló el destino de esa semana.

Esa misma noche, la imagen estalló en el grupo de WhatsApp "no oficial" del piso 17. La foto estaba tomada desde un ángulo perfecto para sembrar malicia. Ya no parecía un beso amistoso ni aunque se viera con el detalle necesario. La perspectiva sugería intimidad, secreto, romance oculto.

El mensaje que la acompañaba era veneno puro: *"El jefe tiene sus secretos. ¿Quién es el afortunado?"*

Para la mañana del viernes, no había un solo empleado en el edificio que no hubiera visto la foto. La atmósfera en el piso 17 era irrespirable, tóxica como gas mostaza invisible pero letal.

Las conversaciones se cortaban abruptamente cuando Jimin entraba a una sala, había grupos de empleados cuchicheando junto a las máquinas de café que se dispersaban como cucarachas al encender una luz, las miradas ya no eran de respeto o miedo profesional, si no que eran de curiosidad morbosa, de burla apenas contenida.

Alguien tosió exageradamente fuerte y con tono afeminado al pasar junto a su oficina, risas ahogadas resonaron en el pasillo.

—Buenos días, señor Park —saludó Soojin cuando entró, su secretaria extendió los papeles del día como siempre. Siempre profesional, siempre impecable.

—Buenos días —respondió Jimin, tomando los documentos para encerrarse en su oficina.

Trabajó durante horas. Revisó reportes, firmó autorizaciones, respondió correos con una frialdad mecánica que lo protegía de pensar demasiado. Mantuvo la máscara de hierro perfectamente colocada en su rostro, aunque por dentro le hervía la sangre.

A las seis de la tarde, Seunwoo y Hyunjin lo esperaban bloqueando la entrada del ascensor. Plantados ahí como centinelas.

—Vamos a tomar algo —dijo Seunwoo. No era una invitación, era una citación urgente—. Los tres, como antes.

Fueron al bar de siempre en Gangnam. Lugar de luces bajas y cuero oscuro donde habían celebrado ascensos, divorcios anunciados con alivio y contratos millonarios firmados con champán caro. Pidieron cerveza en jarras grandes, nadie habló durante los primeros diez minutos interminables, el silencio pesaba toneladas.

Después de la segunda cerveza, Seunwoo sacó su teléfono y lo deslizó sobre la mesa de madera pulida.

La pantalla brillaba con la foto maldita.

—¿Es verdad? —preguntó directo, mirándolo a los ojos con una mezcla de confusión y algo que parecía asco apenas disimulado—. ¿Eres gay?

Jimin miró la pantalla, luego miró a sus amigos. Dos hombres con los que había compartido años de su vida, que conocían sus manías laborales, sus ambiciones profesionales, algunos de sus miedos más superficiales.

—Ese es un amigo —respondió, mirándolos directamente sin parpadear.

—No te hice esa pregunta —insistió Seunwoo—. ¿Eres gay, sí o no?

Jimin no dijo que sí, no dijo que no. Negarlo era insultar a Jungkook, traicionar lo que estaban construyendo juntos, y aceptarlo abiertamente era darles armas cargadas.

El silencio fue la respuesta más ruidosa posible, llenó el espacio entre ellos como humo denso.

Hyunjin se frotó la cara con ambas manos. Exhaló largo y sonoro, como si acabara de correr una maratón.

—No lo entiendo —dijo despacio, todavía evitando mirar directamente a Jimin—. Mi cabeza no funciona así. Eres mi amigo desde la universidad, mierda. Pensar que tú... con un hombre... —hizo una mueca de incomodidad—. Necesito tiempo para procesarlo. No sé qué más decirte ahora mismo.

Seunwoo no dijo absolutamente nada. Miró su cerveza como si quisiera ahogarse en ella, bebió un trago largo, agresivo, que le dejó espuma en el labio superior. Su mandíbula estaba tensa, ojos fijos en un punto muerto de la pared. La decepción en su rostro era más dolorosa que cualquier insulto directo.

Jimin sintió una frialdad absoluta invadir su pecho, como si alguien hubiera abierto una ventana en pleno invierno. Sacó su billetera, dejó suficientes billetes sobre la mesa para cubrir la cuenta completa y propina generosa, y se levantó sin prisa.

—Tómense el tiempo que necesiten, o absolutamente nada —dijo con una calma helada que sorprendió incluso a él mismo—. Pero no esperen que me disculpe por quién soy, ni que les pida permiso para vivir mi vida.

Salió del bar sin mirar atrás, dejando a sus "amigos" de años sumidos en su propia intolerancia incómoda.

El lunes por la mañana, Minji lo interceptó en el pasillo desierto del piso 17. Llevaba sus típicos tacones de aguja que repiqueteaban como disparos contra el suelo de mármol, un traje ajustado color borgoña, y una sonrisa falsa con ojos fríos y calculadores.

Jimin frenó en seco al verla bloqueando su camino. Ella se plantó ahí, desafiante.

—Jimin —comenzó con tono falsamente dulce.

—Minji-ssi —respondió él sin expresión.

—Tienes hasta el viernes —dijo en voz baja, acercándose lo suficiente para invadir su espacio personal. Jimin pudo oler su perfume caro—. Renuncias voluntariamente alegando motivos personales, o esta foto... —ella levantó su teléfono celular con la foto, y Jimin entrecerró los ojos, aunque inmutable—, va a Twitter, a los foros de chismes corporativos, a Naver, a todos los portales de noticias que pueda encontrar, tu carrera termina de todas formas, Park. Pero al menos así te vas con algo de dignidad y sin el escándalo público que te perseguirá el resto de tu vida.

Jimin se detuvo completamente. Giró lentamente hacia ella, no retrocedió ni un centímetro, no bajó la mirada, la mantuvo con la superioridad fría de quien sabe exactamente quién es y ya no tiene nada que perder.

—No —dijo. Una palabra simple, y en lo posible, cortante.

Minji parpadeó. La sonrisa vaciló por primera vez.

—¿Perdón?

—Te dije que no. No voy a renunciar, ni voy a dejar que me manipules con amenazas baratas. Y definitivamente no voy a negociar con alguien que tiene que recurrir a la extorsión porque está dolida por un rechazo.

El rostro de Minji se endureció. Se transformó en una máscara de odio puro.

—Vas a arrepentirte de esto. Te voy a destruir.

—Inténtalo —dijo Jimin, y pasó junto a ella rozándole el hombro deliberadamente, sin ceder ni un centímetro de espacio.

Jimin salió del encuentro sintiendo cómo la adrenalina todavía le recorría las venas. Las manos le temblaban ligeramente cuando cerró la puerta de su oficina y se recostó contra ella.

No podía quedarse ahí encerrado. Las paredes de cristal de repente le parecían demasiado transparentes, demasiado expuestas.

Y sólo había una persona en ese edificio que podría escucharlo en aquél preciso instante.

Tomó su teléfono y escribió rápido: "*¿Estás libre? Necesito hablar. Ahora.*"

La respuesta de Taemin llegó en menos de un minuto: "*Cafetería del piso 12. Dame cinco minutos.*"

Jimin bajó por las escaleras en lugar de tomar el ascensor, necesitando el movimiento físico para quemar algo de la energía nerviosa que le vibraba bajo la piel. Cuando llegó a la cafetería pequeña del piso 12, el lugar estaba casi vacío.

Hora extraña entre el desayuno y el almuerzo.

Taemin ya estaba ahí, sentado en una mesa del rincón más alejado, tenía dos tazas de café humeante frente a él. Levantó la vista cuando Jimin se acercó y su expresión se endureció de inmediato.

—Te ves como la mierda —dijo sin rodeos.

—Gracias. Tú también —respondió Jimin, dejándose caer en la silla frente a él.

Taemin empujó una de las tazas hacia él.

—Americano, solo.

Jimin tomó la taza entre las manos, sintiendo el calor quemar sus palmas. No bebió todavía.

—Vi la foto —dijo Taemin después de un momento, ajustándose los lentes con gesto nervioso—. Todo el edificio la vio. Es una mierda, Jimin.

—Lo sé.

—¿Quién la tomó?

—Minji. Del departamento de contabilidad.

Taemin silbó bajo, un sonido que expresaba exactamente lo que pensaba de esa situación.

—La que no aceptaba tus rechazos.

—Esa misma.

—¿Y qué vas a hacer?

Jimin finalmente bebió un sorbo de café. Estaba tan caliente que le quemó la lengua, pero no le importó. El dolor físico era curiosamente reconfortante comparado con todo lo demás.

—Acaba de amenazarme en el pasillo —dijo con voz plana—. Me dio hasta el viernes para renunciar voluntariamente o publica la foto en todos los medios que pueda encontrar.

Taemin se quedó completamente inmóvil. Luego dejó su taza con un golpe seco que hizo que el café salpicara sobre la mesa.

—Esa perra hija de puta.

—Le dije que no.

—¿Qué?

—Le dije que no voy a renunciar. Que no voy a negociar con ella. Que puede intentar destruirme si quiere.

Taemin lo miró durante un largo momento, los ojos entrecerrados detrás de los lentes.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Porque una vez que esto explote públicamente, no hay vuelta atrás.

—Ya cambió —dijo Jimin—. Ya cambió todo... y sólo seguirá cambiando.

Taemin se quitó los lentes y se frotó los ojos con cansancio.

—¿Y la empresa? ¿Ya hablaste con alguien de Recursos Humanos?

—En eso pensé cuando te escribí. Tengo todo documentado, correos, mensajes, registros de llamadas. Todo el patrón de acoso de Minji durante meses.

—Bien. Eso es lo que necesitas, hombre —Taemin volvió a ponerse los lentes—. La empresa tiene políticas claras. No pueden despedirte por ser gay, y el acoso laboral es causa de despido inmediato para ella. Usa tu inteligencia y dale el golpe doble.

—Lo sé.

—Pero saber las políticas y vivir las consecuencias sociales son dos cosas completamente diferentes —Taemin se inclinó hacia adelante, bajando la voz aunque no había nadie cerca

—. ¿Recuerdas cuando te conté sobre mi situación? ¿Sobre cómo manejo ser bisexual aquí?
Jimin asintió.

—Por supuesto, mantienes las cosas separadas. Vida profesional por un lado, vida personal por otro.

—Exacto. Y funciona porque soy discreto, porque no hago olas. Técnicamente nadie puede confirmar nada aunque algunos sospechen —Taemin hizo una pausa—. Pero tú... tú ya no vas a tener esa opción. Una vez que esto se haga público, vas a ser "el CEO gay".

—Lo sé.

—¿Y...?

Jimin pensó en Jungkook, en Jun. En la sensación de estar en ese apartamento diminuto y sentir más paz que en toda su vida.

—No lo sé —admitió con honestidad—. Pero la alternativa es seguir mintiendo, seguir escondiéndome. Y ya no puedo hacer eso, no después de finalmente encontrar algo real.

Taemin lo estudió con atención, como si estuviera viendo algo nuevo en él.

—¿Te enamoraste, Jimin?

—Sí.

—¿Están juntos?

—Más que nunca.

—¿Y él sabe lo que esto significa para ti? ¿Lo que estás arriesgando?

—Sabe algunas cosas, está aterrado de que lo arruine todo por él. Sigue pensando que eventualmente voy a darme cuenta de que mi vida real está en Gangnam y voy a desaparecer.

—Creo que es la primera vez que te enamoras.

—Lo es —dijo Jimin sin un segundo de duda—. Y yo quiero todo, ser una familia. Él es padre soltero.

Taemin silbó de nuevo, esta vez con algo que sonaba a respeto mezclado con incredulidad.

—Mierda, Jimin. Es real.

—Por supuesto —Jimin sonrió apenas—. Tú fuiste el primero que me dijo que era posible vivir siendo honesto. Que la empresa no era el monstruo que yo pensaba.

—Sí, bueno, yo también tengo privilegios que tú no tienes —Taemin se recostó en la silla—. No soy CEO, no tengo apellido famoso, no estoy en la mira constante. Es más fácil para mí pasar desapercibido.

—Pero me mostraste que era posible. Eso fue suficiente.

Taemin asintió despacio, aceptando el agradecimiento implícito.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó directamente—. Porque vine aquí a ayudarte, no solo a tomar café y filosofar.

Jimin lo miró con gratitud genuina.

—Necesito que me digas si estoy siendo un idiota. Si voy a Recursos Humanos con esto, si presento la queja formal contra Minji, esto va a escalar, va a ser oficial. Ya no va a ser solo rumores de pasillo.

—Ya no son solo rumores de pasillo, Jimin. La foto existe, ella la tiene. Y si no la publicas tú primero en tus términos, ella va a controlar la narrativa.

—No quiero publicar nada. No quiero hacer declaraciones públicas ni ser el poster boy de la diversidad corporativa.

—Entonces no lo hagas —dijo Taemin con firmeza—. Pero sí presenta la queja. Porque lo que ella está haciendo es ilegal, es extorsión. Y si no la paras ahora, va a seguir teniendo poder sobre ti.

Jimin bebió más café, procesando las palabras.

—¿Y si todo explota de todas formas?

—Que lo haga sería publicar la maldita foto. Entonces la empresa la demanda y tú quedas protegido legalmente. No es perfecto, pero es mejor que no hacer nada.

—¿Tú qué harías en mi lugar?

Taemin se quedó en silencio durante un momento largo, considerando la pregunta con seriedad.

—Honestamente, no lo sé. Porque nunca he estado enamorado de alguien lo suficiente como para arriesgar todo por él —dijo finalmente—. He tenido relaciones, algunas buenas. Pero nada que me hiciera querer cambiar completamente mi vida.

Hizo una pausa.

—Pero viéndote ahora, viendo cómo hablas de él y de su hijo... creo que harías lo correcto. Presentas la queja, proteges tu posición. Y luego vives tu vida como quieras vivirla, con quien quieras vivirla.

Jimin sintió que algo en su pecho se asentaba. Una decisión tomándose forma sólida.

—Gracias, Tae. De verdad.

—No me agradezcas todavía —Taemin sonrió un poco—. Espera a ver cómo sale todo esto primero.

Se quedaron sentados en silencio cómodo durante unos minutos más, terminando el café mientras el mundo seguía girando afuera de esa burbuja temporal.

—Una cosa más —dijo Taemin cuando Jimin se levantó para irse—. Cuando todo esto se calme, cuando las cosas se acomoden... me gustaría conocerlos. A él y a su hijo, si estás construyendo una familia, quiero conocer a las personas que te hacen feliz.

Jimin sintió una calidez inesperada expandirse en su pecho.

—Me encantaría eso. Jun te va a bombardear con datos sobre dinosaurios durante horas.

—Perfecto. Me encantan los dinosaurios.

Jimin salió de la cafetería con una sonrisa suave, sintiéndose más centrado, más seguro de lo que tenía que hacer.

Era hora de pelear.

Y esta vez, tenía razones reales por las cuales hacerlo.

Esa misma tarde, Jimin entró al departamento de Recursos Humanos sin cita previa. Caminando a paso firme que resonaba en los pasillos vacíos.

Llevaba una carpeta gruesa bajo el brazo, contenía capturas de pantalla de correos electrónicos donde había rechazado invitaciones de Minji durante los últimos ocho meses, registros detallados de llamadas a deshoras que ella hacía a su extensión, los mensajes de texto donde ella insistía incluso después de que él le dijera explícitamente que no estaba interesado, y la evidencia fotográfica de la imagen tomada sin consentimiento, invadiendo su privacidad.

—Quiero presentar una queja formal por acoso laboral, acoso sexual y extorsión —dijo, dejando la carpeta sobre el escritorio de la directora de Recursos Humanos con un golpe seco que resonó en la oficina silenciosa.

La mujer abrió la carpeta con movimientos cautelosos. Leyó la primera página, su rostro palideció visiblemente. Pasó a la segunda, luego a la tercera, sus ojos se abrieron más con cada documento. Levantó la vista hacia Jimin, alarmada.

—Señor Park, esto es extremadamente grave —dijo, ajustándose las gafas—. Iniciamos una investigación inmediata bajo protocolo rojo. ¿Tiene respaldo digital de todo esto?

—Todo lo que necesitan está ahí y en mi servidor corporativo —respondió Jimin con calma absoluta—. Y estoy dispuesto a testificar formalmente ante cualquier instancia que sea necesaria. Incluyendo llevar esto a las autoridades si la empresa lo requiere.

La directora cerró la carpeta con cuidado, asintiendo.

—Le agradezco que haya venido directamente con nosotros, vamos a actuar de inmediato. La empleada Kim Minji será suspendida sin goce de sueldo hasta que concluya la investigación. Y le pido que evite cualquier contacto con ella durante el proceso.

—No será problema —respondió Jimin—. No tengo ningún interés en volver a verla.

ss

El miércoles por la mañana lo citaron a la sala de juntas del piso 25. El olimpo de la empresa, donde se tomaban las decisiones que afectaban a miles de empleados.

Jimin entró pensando que era el final del camino, que su petición de defensa sería archivada discretamente. Imaginó el despido disfrazado de renuncia voluntaria, el cheque de indemnización generoso para comprar su silencio, la salida por la puerta de servicio para no causar más escándalo.

En la mesa ovalada estaban los cinco miembros senior de la junta directiva y el presidente de la compañía. Todos con trajes oscuros idénticos, expresiones serias e impenetrables.

El presidente habló primero, entrelazando los dedos sobre la mesa con gesto solemne.

—Señor Park, estamos completamente al tanto de la fotografía que circuló por los canales internos, y de la situación de extorsión con la señorita Kim. Quiero que sepa que esta empresa tiene políticas de tolerancia cero hacia el acoso y la discriminación desde hace tres años. Si la empleada publica cualquier contenido difamatorio o material privado en redes sociales o medios externos, la corporación la demandará personalmente por violación de confidencialidad, difamación y extorsión. Usted está completamente protegido por nuestro equipo legal.

Jimin parpadeó, genuinamente sorprendido. No esperaba un escudo, esperaba una espada clavándose en su espalda. Pero ahí recordó las conversaciones previas con Taemin y Taehyung. *"No pueden despedirte por tu orientación sexual. Está en las políticas corporativas."*

Otro directivo continuó. Un hombre mayor con lentes de marco grueso y cabello completamente gris.

—De hecho, analizando la situación desde un punto de vista estratégico... vemos esto como una oportunidad única. Un CEO joven, exitoso y abiertamente LGBT sería excelente para nuestra imagen de diversidad corporativa a nivel internacional. Estamos buscando activamente modernizar la marca, si usted quisiera hacer una declaración pública controlada, la empresa financiaría completamente la campaña de relaciones públicas y lo apoyaría en todos los medios necesarios.

Jimin sintió una náusea repentina trepar por su garganta. De paria a trofeo de marketing en menos de cinco minutos. De amenaza corporativa a poster boy de la diversidad.

Negó con la cabeza de inmediato, el movimiento brusco y definitivo.

—No. Agradezco profundamente la protección legal, pero no —dijo con firmeza—. No quiero ser el símbolo de inclusión de nadie. Mi vida personal es exactamente eso, personal. Y quiero mantenerla así. No voy a vender mi intimidad ni mis relaciones para mejorar métricas de imagen de marca. Vine aquí por la situación con la señorita Kim, eso es todo lo que me concierne profesionalmente.

Hubo asentimientos alrededor de la mesa. Respeto silencioso ante su firmeza inesperada.

—Muy bien —concedió el presidente con tono de aprobación genuino—. Respetamos completamente su decisión. Pero quiero que quede absolutamente claro, el apoyo de la empresa sigue completamente en pie. Su posición no está en riesgo, su desempeño ha sido ejemplar, y la señorita Kim será suspendida de inmediato, pendiente de despido tras la revisión legal completa.

Minji fue escoltada fuera del edificio por dos guardias de seguridad esa misma tarde.

Todo el piso 17 lo presenció. Dos hombres uniformados flanqueándola, una caja de cartón con sus pertenencias personales en las manos, cara roja de humillación absoluta y rabia apenas contenida. Caminaba con la cabeza alta, pero todos podían ver cómo le temblaban las manos.

Jimin la vio pasar desde la ventana de su oficina en el piso 17. Se cruzaron miradas por un segundo cuando ella levantó la vista.

Ella lo miró con odio puro, concentrado, letal.

Jimin no apartó la mirada. Simplemente la sostuvo hasta que los guardias la metieron en el ascensor y las puertas se cerraron.

Salió de la sala con una sensación extraña instalada en el pecho. No era alivio exactamente, sino que era la certeza de que el mundo había cambiado bajo sus pies de formas que todavía no terminaba de entender. Seguía de pie, eso sí, pero en un terreno completamente diferente al que había conocido durante años.

Esa misma noche, Jimin conducía sin rumbo fijo por las calles de Seúl. Había salido del edificio sintiéndose extrañamente vacío, como si hubiera ganado una batalla pero perdido algo más en el proceso.

No quería ir al apartamento temporal.

Tampoco quería ir al suburbio todavía. Jungkook y Jun ya estarían cenando, y Jimin no quería llevar toda esta energía tóxica a ese espacio sagrado.

Sacó su teléfono y llamó a Taehyung por el bluetooth del coche.

—*Jimin...*

—*Tae... qué alegría oírte.*

—*¿Dónde estás?*

—*Conduciendo.*

—*¿Hacia dónde?*

—*Ningún lado específico.*

—*Perfecto. Ven a mi apartamento. Necesitamos hablar.*

—*Taehyung, yo te llamaba para...*

—*Para vernos, Jimin. Te vi en las noticias corporativas, sé lo que pasó con la perra esa. Ven ahora.*

La línea se cortó.

Jimin suspiró pero cambió de dirección. Veinte minutos después estaba estacionando frente al edificio de Taehyung.

Subió al tercer piso y tocó la puerta del estudio. Taehyung abrió de inmediato, llevaba ropa cómoda, pantalones de mezclilla desgastados y un hoodie oversize. El cabello ondulado y despeinado como si se hubiera estado jalando mientras trabajaba, como siempre.

—*Oh... ese rostro habla por sí sólo* —dijo a modo de saludo.

—*Todos me dicen lo mismo hoy* —respondió Jimin, entrando al loft.

El espacio era exactamente como lo recordaba de las últimas visitas, caótico pero organizado según la lógica particular de Taehyung.

Su amigo le empujó una taza de batido en las manos y lo arrastró hacia el sofá.

—*Toma algo dulce, y siéntate. Cuéntame todo.*

—¿No dijiste que leíste las noticias?

—Leí la versión amarillista. Quiero escuchar tu versión.

Jimin se dejó caer en el sofá. El batido era de banana y estaba dulce sin dudas, algo que no acostumbraba pero lo bebió de todas formas.

—Minji tomó esa foto, de nosotros y la circuló por toda la empresa. Y luego me amenazó con publicarla en medios externos si no renunciaba, yo presenté la queja por acoso y extorsión. La empresa me respaldó, ella fue suspendida y... fin de la historia.

Taehyung se sentó a su lado, estudiándolo con esos ojos perspicaces que siempre veían demasiado.

—Esa es la versión más resumida y emocionalmente reprimida que he escuchado en mi vida. Ahora dime cómo te sientes realmente.

Jimin cerró los ojos. Recostó la cabeza contra el respaldo del sofá.

—No lo sé, Tae. Honestamente no lo sé.

—¿Asustado?

—Sí.

—¿Enojado?

—También.

—¿Aliviado?

Jimin abrió los ojos y miró al techo.

—Extrañamente sí. Una parte de mí está... aliviada de que finalmente salió algo de lo que soy realmente.

—Pero imagino otra parte está aterrada de lo que viene después —completó Taehyung.

—Exacto —asintió Jimin, mirándolo con ojos cansados—. La empresa me ofreció hacer una declaración pública, convertirme en el CEO abiertamente gay. Campaña de diversidad completa, relaciones públicas manejando todo.

—¿Y qué dijiste?

—Que no. Que mi vida privada es privada, punto.

Taehyung sonrió con aprobación.

—Bien. Porque esa mierda es trampa, te convierten en símbolo y dejas de ser persona.

—Eso pensé yo también.

—¿Pero?

Jimin lo miró.

—¿Cómo sabes que hay un pero?

—Porque te conozco. Siempre hay un pero contigo.

Jimin suspiró, derrotado por la precisión.

—Tal vez debería haberlo aceptado. Tal vez debería controlar la narrativa antes de que otros lo hagan por mí, y tal vez...

—No, tal vez nada —lo interrumpió Taehyung con firmeza—. No empieces con los "tal vez". Tomaste una decisión basada en lo que necesitas ahora mismo, respeta esa decisión.

—¿Y si fue la decisión equivocada?

—Entonces aprenderás y ajustarás. Pero lo dudo, no puedes vivir tu vida tomando decisiones basadas en el miedo a equivocarte, en temer a sentir demasiado y sea por nada. Siempre se tropieza.

Jimin asintió suavemente, para después suspirar y volver a acomodarse sobre el sofá.

—¿Y Jungkook? —preguntó su amigo—. ¿Él sabe todo esto?

Jimin bebió más batido.

—Sabe algunas cosas. Pero no quiero agobiarlo con todo. Ya tiene suficientes preocupaciones.

Taehyung dejó su propio batido con un golpe seco sobre la mesa.

—Eso es una estupidez.

Jimin lo miró sorprendido.

—¿Qué?

—Que es una estupidez no decirle todo —repitió Taehyung—. ¿Crees que le estás haciendo un favor ocultándole lo que estás pasando? ¿Crees que eso es protegerlo?

—Yo...

—Es tu pareja, Jimin. Las parejas se cuentan las cosas, se apoyan mutuamente. No puedes construir una relación real si te guardas la mitad de tu vida.

—Pero él ya tiene tanto con qué lidiar. Jun, el trabajo, el dinero...

—Y ahora tiene un compañero —lo interrumpió Taehyung—. Alguien con quien compartir esas cargas. Pero solo si tú le dejas hacerlo, solo si tú también confías en él lo suficiente para ser vulnerable.

Jimin se quedó en silencio, procesando las palabras.

—Tienes miedo —continuó Taehyung con más suavidad—. Miedo a que tu posición fuerte se desmorone por un poco de vulnerabilidad.

—Sí —admitió Jimin con la garganta apretada—. Exacto.

—Pero al no decirle, estas haciendo mal. Porque ambos pueden ser vulnerables el uno con el otro al mismo tiempo. No siempre hay un salvador en el mismo espacio, a veces muchas

flores marchitas deben ceder su lugar para volver a nacer. Y fuera de metáforas, le estás quitando la oportunidad de demostrarte que puede estar ahí para ti también.

Jimin sintió que algo en su pecho se aflojaba. Una verdad incómoda que había estado evitando.

—No sé cómo hacerlo —dijo finalmente—. Toda mi vida he sido el que resuelve problemas, el que tiene las respuestas, el que está en control. No sé cómo... no sé cómo ser el que necesita apoyo.

—Se llama ser humano, idiota —Taehyung sonrió con afecto—. Y se aprende haciéndolo, simplemente deja a ese niño interno que tienes, ser, llorar, consentir. Eventualmente será natural.

—¿Y si no puedo? ¿Y si estoy demasiado roto para esto?

—Todos estamos rotos de alguna forma —dijo Taehyung encogiéndose de hombros—. La cuestión es encontrar a alguien cuyas piezas rotas encajen con las tuyas.

Bebieron en silencio durante un rato. Jimin sentía que los pensamientos en su cabeza comenzaban a asentarse un poco, a ordenarse.

—¿Cómo lo haces tú? —preguntó finalmente—. ¿Cómo manejas ser abiertamente gay en esta sociedad? No te veo colapsando constantemente.

Taehyung rió, un sonido genuino.

—¿Quién dice que no colapso? Simplemente lo hago en privado y luego me recompongo.

—Pero te ves tan... seguro. Tan cómodo contigo mismo.

—Me tomó años llegar aquí, Jimin. Años de terapia, de errores, de relaciones fallidas, de peleas con mi familia, de construir una comunidad que me aceptara. No pasó de la noche a la mañana.

Hizo una pausa.

—Y tú recién estás empezando ese camino. Hace cuatro meses ni siquiera podías decir la palabra "gay" en voz alta. Ahora presentaste una queja formal en tu empresa defendiendo tu derecho a existir, y eso es un progreso enorme.

—No se siente como progreso. Se siente como caos.

—El progreso siempre es caótico. Es desordenado, aterrador y duele como el demonio. Pero del otro lado hay algo mejor.

—¿Cómo se está tan seguro de que hay algo mejor del otro lado?

Taehyung lo miró directamente a los ojos.

—Porque yo llegué al otro lado. Y no sólo hablo de a quién prefiera amar, si no, tener absolutamente la vida que amo, un trabajo que me apasiona, amigos reales, la libertad de ser quien soy sin disculpas. No es perfecto, pero es mío. Y vale cada segundo de mierda que tuve que atravesar para llegar aquí.

Jimin sintió lágrimas picando en sus ojos pero las contuvo.

—Gracias, Tae. Por todo... por ser mi amigo incluso cuando no tengo idea de lo que estoy haciendo.

—Siempre voy a ser tu amigo, tonto. Eso ya lo hablamos y me alegra que me hayas escuchado tú a mí y cuentes conmigo. Incluso cuando tomes decisiones estúpidas. Que, por cierto, tomas frecuentemente.

Jimin rió ligeramente.

—¿Cuándo puedo conocerlos? —preguntó Taehyung—. A Jungkook y a Jun. Has hablado tanto de ellos que siento que ya los conozco, pero quiero verlos con mis propios ojos.

—¿De verdad quieres conocerlos? Ya contigo tengo dos amigos que los quieren conocer.

—Obvio. Necesito verificar que este hombre sea lo suficientemente bueno para ti. Y necesito conocer al niño que aparentemente te tiene completamente envuelto, como jamás imaginé, señor "no me agradan los niños".

Jimin sonrió, pensando en Jun y en cómo había dibujado dinosaurios en su última visita.

—Jun te va a encantar. Es brillante e increíblemente dulce, y tiene más conocimiento sobre dinosaurios que la mayoría de los paleontólogos.

—Perfecto. Me encantan los niños nerds.

—¿Y Jungkook?

—Jungkook me va a odiar probablemente —dijo Taehyung con una sonrisa—. ¿Él sabe lo que tuvimos?

—No tienes que preocuparte por eso. Creo que sin palabras ya sabemos todo, simplemente ya no lo hago, ni él ya trabaja los fines de semana en Mapo...

—¿Ah, sí? Eso es ridículamente maduro.

Jimin rió nuevamente, sus ojos como dulces medialunas.

—Lo es, ¿No? Es increíble lo que hemos construido en poco tiempo.

Taehyung asintió con satisfacción.

—Entonces definitivamente necesito conocerlo.

Jimin rió de nuevo.

—Eres ridículo.

—Soy un buen amigo. Hay diferencia.

ss

El viernes por la noche, cuando Jimin ya estaba en su apartamento temporal preparando algunas cosas para llevarse al suburbio, el teléfono personal sonó con un nombre que no esperaba ver.

Soomin.

Jimin miró la pantalla durante tres timbres completos antes de contestar. Sintiendo el peso del aparato en su mano como si pesara kilos.

—Soomin...

—¿Es verdad? —preguntó ella sin saludar. Su voz estaba rota, despojada del tono altivo y controlado que siempre la caracterizaba. Sonaba pequeña, vulnerable—. Lo que están diciendo en internet. Los rumores que están circulando en todos lados.

—Sí —respondió él sin dudarlo. No había más mentiras que contar, ya no quedaba energía para seguir fingiendo.

Hubo un silencio largo y doloroso. Lleno de estática y respiraciones entrecortadas que llenaban el espacio entre ellos.

—Ahí está... solo ahora te atreves a decirlo —dijo ella finalmente. Jimin pudo escuchar el llanto contenido en su garganta, la forma en que las palabras se quebraban—. Cuando todo el mundo ya se enteró. Cuando ya no puedes seguir escondiéndote.

Hizo una pausa. Respiró tembloroso.

—Eso es lo que no te perdono, Jimin. No que te gusten los hombres, eso... eso puedo entenderlo eventualmente, pude haberte entendido si me lo hubieras dicho. Pero me hiciste creer que me amabas cuando nunca pudiste hacerlo de verdad. Me robaste años, me robaste la oportunidad de estar con alguien que me deseara realmente, que me quisiera completa, que me viera como algo más que una pantalla conveniente.

Cada palabra era una pedrada directa al pecho. Jimin las sintió todas.

—No tengo excusa —dijo, cerrando los ojos con fuerza—. Lo siento, Soomin. Lo siento muchísimo, de verdad. No lo merecías, nunca mereciste nada de lo que te hice pasar.

—No. No lo merecía —respondió ella con voz firme a pesar del llanto—. Pero al menos ahora sé la verdad. Al menos ahora puedo seguir adelante sabiendo que el problema nunca fui yo.

La llamada se cortó con un clic seco que resonó en el silencio del apartamento.

Jimin se quedó ahí parado, todavía con el teléfono celular contra el oído. Escuchando el tono de línea muerta.

—No... —susurró al vacío.

Dos semanas después firmaron el acuerdo de divorcio definitivo en la oficina del abogado. Fue un trámite rápido y frío. Papeles sobre escritorio de madera, firmas en líneas punteadas, sellos oficiales que certificaban el final legal de cinco años de mentiras.

Jimin no peleó por nada. Le parecía obsceno discutir por muebles y cuentas bancarias después de todo el daño causado. Soomin se quedó con el apartamento completo de Gangnam, todos los muebles que habían elegido juntos, el coche secundario que ella usaba. Jimin le transfirió una cantidad generosa de sus ahorros personales sin negociar ni un won. Era el precio de su culpa, y le parecía ridículamente barato considerando todo.

Cuando salió de la oficina del abogado con los papeles firmados doblados en el bolsillo interior de su saco, el aire de la calle le pareció más ligero. Como si hubiera estado respirando bajo el agua durante años y finalmente hubiera salido a la superficie.

Era oficialmente soltero, libre de ataduras legales, un hombre sin compromisos matrimoniales.

Lo primero que hizo fue buscar apartamentos nuevos.

Encontró uno en tres días de búsqueda intensiva. No tenía los lujos exagerados e innecesarios del apartamento anterior que compartía con Soomin. No había mármol italiano en el baño ni electrodomésticos importados de Alemania. Pero tenía eso y más sin alarde. Era espacioso y luminoso, con ventanales grandes del suelo al techo por donde entraba el sol de la mañana, tres habitaciones con baño y dos con vestidor. Una cocina espaciosa y una sala amplia donde cabían todos los muebles que quisieran.

Firmó el contrato sin consultarle a Jungkook primero. Pagó seis meses completos por adelantado sin pensarlo dos veces.

Era una apuesta al vacío, lo sabía perfectamente.

Jungkook no le había confirmado nada todavía. No había dicho "*sí, nos mudamos contigo*", no había aceptado explícitamente construir esa vida juntos.

Pero Jimin decidió saltar sin red de seguridad.

El sábado por la mañana, cuando todavía estaba en su apartamento temporal empacando las últimas cosas personales, el teléfono sonó otra vez.

El nombre de su madre brillaba en la pantalla con luz azul.

Pero fue la voz de su padre la que tronó al otro lado de la línea cuando contestó.

—Has avergonzado el apellido Park hasta la raíz —dijo el hombre con voz dura y fría como piedra. No había ira explosiva, solo desprecio absoluto, concentrado, letal—. Eres una aberración, una mancha en tres generaciones de honor familiar. A partir de este momento quedas completamente fuera de la herencia. No quiero verte nunca más, ya no eres más mi hijo.

La línea murió antes de que Jimin pudiera articular una sola palabra.

Se quedó mirando el teléfono en su mano, sentado en el borde del sofá de su apartamento temporal. No sintió sorpresa, solo un vacío sordo y pesado. Una confirmación de algo que siempre había sabido en algún rincón oscuro de su mente pero nunca había querido admitir completamente.

Cinco minutos después, su madre volvió a llamar. Lloraba desconsoladamente del otro lado.

—Jimin-ah... hijo mío... no sé qué hacer —sollozaba entre palabras entrecortadas—. Tu padre... está tan furioso, no quiere escuchar razones —no pudo terminar la frase.

—Está bien, mamá —dijo Jimin con voz extrañamente calmada, consolándola a ella cuando él era el que estaba siendo desterrado—. Lo entiendo.

—No está bien —sollozó ella con más fuerza—. Eres mi hijo, mi bebé. Te llevé en mi vientre, te crié, y te amo.

—Siempre lo seré —respondió él, sintiendo finalmente una lágrima correr por su propia mejilla—. Tu hijo, y eso no cambia nunca, mamá. Cuando quieras hablar, cuando puedas

verme sin que él lo sepa, aquí voy a estar, esperándote. Eso nunca va a cambiar.

—Tu padre dice que si te veo, si te ayudo, si siquiera menciono tu nombre... —no pudo continuar.

—Lo sé —interrumpió Jimin suavemente, limpiándose la cara con el dorso de la mano—. Entiendo completamente la situación. Tómame el tiempo que necesites, mamá. No te voy a presionar.

Colgó antes de que ella pudiera seguir llorando, antes de romperse él también completamente y no poder recomponerse.

Se quedó sentado en el silencio absoluto del apartamento vacío durante casi una hora. Su cuenta bancaria seguía llena de ceros, su posición en la empresa estaba completamente segura, su vida profesional era un éxito rotundo por cualquier métrica objetiva.

Pero había perdido a su esposa, a su familia de sangre, y a sus amigos de toda la vida.

Y extrañamente, increíblemente, no se sentía devastado por completo. Se sentía... extraño. Como si una tormenta hubiera arrasado con todo el paisaje conocido, dejando solo los cimientos reales y sólidos que podían soportar cualquier cosa.

Se levantó finalmente, tomó las llaves del Porsche. Y condujo hacia el único lugar donde la verdad existía sin máscaras ni condiciones.

Jimin llegó al pequeño apartamento del suburbio pasadas las ocho de la noche. Golpeó la madera gastada de la puerta con los nudillos. Jungkook abrió casi de inmediato, tenía a Jun colgado del cuello como un koala, el niño medio dormido y completamente despeinado.

—¿Todo bien? —preguntó Jungkook de inmediato, leyendo la tormenta completa en los ojos de Jimin antes de que este pudiera decir una palabra.

Jimin negó con la cabeza despacio. Incapaz de mentirle incluso si quisiera.

—No. Pero aquí sí.

Entraron en silencio. Jungkook acostó a Jun en su cuarto pequeño casi al instante, el niño apenas se despertó. Preparó té caliente en la hornilla mientras Jimin se sentaba en el suelo con la espalda contra la pared. Se unió a él después, hombro con hombro, compartiendo el calor corporal en el espacio reducido.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —preguntó Jungkook en voz baja, pasándole una taza caliente entre las manos.

—No ahora —dijo Jimin, agarrando la taza que le ofrecía—. Solo quiero estar aquí. Contigo, con Jun al otro lado de esa puerta. Eso es suficiente por hoy.

Jungkook asintió sin presionar. Bebieron en silencio absoluto, escuchando los ruidos familiares del edificio. Una televisión lejana transmitiendo algún drama, alguna discusión amortiguada dos pisos más arriba, el tráfico constante de la calle.

Después de un rato largo, Jungkook dejó caer su cabeza sobre el hombro de Jimin. Un peso reconfortante y sólido que lo anclaba a la realidad.

—Quédate esta noche —dijo simplemente—. Y mañana también si quieres. Todos los días que necesites.

Jimin cerró los ojos. Podía oler el shampoo barato en el cabello de Jungkook. Ese aroma simple y limpio que ya asociaba completamente con seguridad y hogar.

—Me voy a quedar —susurró contra su cabeza—. Todo el tiempo que me dejes.

Y esa noche no volvió a salir del apartamento hasta el lunes por la mañana.

ss

Los días siguientes fueron una neblina gris y pesada. Jimin funcionaba en piloto automático perfecto. Llegaba a la oficina a la hora exacta, era el CEO impecable de siempre. Firmaba, aprobaba, rechazaba, decidía. Y se iba en punto a las seis sin quedarse ni un minuto extra.

Por dentro estaba completamente anestesiado, flotando en un limbo emocional donde nada parecía real del todo.

Y tras la suspensión de Minji, nadie en la empresa lo trataba diferente en la superficie, respetando al CEO como la figura de poder que era. Pero el aire había cambiado de forma fundamental. Los que lo odiaban activamente ahora lo evitaban por completo, cruzaban al otro lado del pasillo cuando lo veían venir. Los que supuestamente lo apoyaban no sabían cómo acercarse, qué decir, cómo actuar.

Jimin se sentía cada vez más hueco por dentro. Le faltaba algo vital que no podía nombrar pero sentía constantemente.

Una tarde de martes, mientras revisaba correos sin realmente leerlos, su teléfono vibró contra el escritorio de cristal.

Un mensaje de Jungkook: "*¿Puedes venir temprano esta noche? Jun preguntó por ti tres veces hoy. Y yo también te extraño.*"

Jimin respondió de inmediato, sus dedos temblando levemente sobre la pantalla: "*Voy en camino ahora mismo.*"

Salió de la oficina a las cinco en punto exacto, dejando el saco y la corbata colgados en el perchero, se puso un chaleco de lana suave sobre la camisa, y no tomó el Porsche llamativo. Tomó el autobús público, mezclándose con la gente cansada que volvía a casa después de jornadas largas, necesitando sentirse uno más en la multitud anónima.

El viaje le tomó una hora completa con el tráfico pesado. Cuando finalmente llegó al edificio de cuatro pisos, subió las escaleras de cemento con una urgencia que le quemaba las piernas y los pulmones.

Tocó la puerta con los nudillos. Jun abrió de inmediato, una explosión pura de energía infantil.

—¡Jimin-ssi! ¡Llegaste!

Jimin lo levantó en brazos sin pensarlo, enterrando la cara en el cuello del niño. Aspirando su olor a jabón barato y leche cuando lo abrazó con todo su cuerpo pequeño, piernas envolviendo su cintura.

—Hola, pequeño. ¿Me extrañaste mucho?

—¡Muchísimo! —dijo él mientras era dejado en el suelo—. Mira, dibujé un T-Rex nuevo. Este tiene dientes más grandes.

Jun lo arrastró adentro, parloteando sin parar sobre dinosaurios y lo que había aprendido en la escuela. Jimin se quitó los zapatos, sonriendo de verdad por primera vez en días.

Cuando levantó la vista después de dejar a Jun en el suelo, Jungkook estaba de pie junto a la pequeña mesa de la cocina. Tenía las manos escondidas detrás de la espalda, y parecía realmente nervioso, mordiéndose el labio inferior, cambiando el peso de un pie a otro repetidamente.

—Hola —dijo Jungkook en voz baja.

—Hola —respondió Jimin, sintiendo que algo en el aire había cambiado.

Jungkook sacó las manos lentamente.

Jimin se quedó completamente clavado en el sitio. El mundo entero se detuvo.

El joven sostenía un ramo de flores. No eran rosas perfectas de invernadero costoso. Eran magnolias rosas, envueltas en papel decorativo de color beige con un lazo anudado con cuidado evidente.

Jungkook dio un paso tímido hacia adelante, extendiendo el ramo con una vulnerabilidad completamente expuesta.

—Yo... conseguí una jornada extra esta semana —dijo, bajando la voz hasta casi un susurro. Casi avergonzado—. En la construcción. Y aunque no puedo darte los lujos que ya tienes, aunque nunca voy a poder competir con tu mundo... al menos ya no necesito contar cada centavo como si fuera oro. Y esto... esto para mí sí es un lujo.

Jimin miró las flores. No podía apartar los ojos de ellas.

—Son magnolias —susurró con la garganta completamente cerrada.

—Sí. La señora del puesto de flores dijo que significan perseverancia y nobleza. Me parecieron... apropiadas para ti. Son como tú.

Jimin tomó el ramo con manos temblorosas. Sus dedos rozaron los de Jungkook, ásperos, cálidos... reales. Las flores olían a fresco, a primavera, a vida nueva. Jungkook había gastado dinero precioso, dinero ganado con dolor de espalda, manos destrozadas y sudor bajo el sol brutal, en flores para él.

Algo se rompió completamente dentro del pecho de Jimin. La presa que había estado conteniendo, todo se desbordó sin control.

Las lágrimas brotaron sin ningún aviso, calientes, rápidas e imparables. Jimin soltó un sollozo ahogado, llevándose una mano temblorosa a la boca para intentar contenerlo.

—Ey, ey, no... —Jungkook se alarmó de inmediato, acortando la distancia en un segundo—. ¿No te gustan? Soy un idiota, debí preguntar primero qué flores te gustaban, debí...

Jimin negó con la cabeza violentamente, dejando el ramo con cuidado en la mesa y lanzándose directamente a los brazos de Jungkook. Lo abrazó con desesperación absoluta, hundiendo la cara en su hombro y cuello, llorando todo lo que no había llorado, con amenazas, con su padre, con Soomin, con sus amigos perdidos, con su madre atrapada.

—Son perfectas —logró decir entre sollozos entrecortados—. Son lo más hermoso que me han dado en toda mi vida... Gracias, gracias, gracias...

Jungkook lo envolvió completamente con sus brazos, sosteniéndolo contra su pecho, acariciándole la espalda con una ternura infinita.

—Tranquilo, estoy aquí —murmuró Jungkook contra su cabello, sintiendo el temblor y sollozo bajo suyo—. Estoy aquí contigo.

Jun los miraba desde el suelo con los ojos muy abiertos, genuinamente preocupado por la escena.

—¿Por qué llora Jimin-ssi? ¿Le duele algo? ¿Está enfermo?

—No le duele nada, pequeño —dijo Jungkook suavemente sin soltar a Jimin ni un segundo—. Solo está muy, muy feliz. A veces la gente llora cuando está feliz.

Y era completamente verdad. Era un dolor que sanaba mientras dolía.

Esa noche cenaron los tres en el suelo como una familia extraña, perfecta y real. Jimin dejó las magnolias sobre la mesa plegable, incapaz de dejar de mirarlas cada pocos segundos.

Después, cuando Jun finalmente cayó rendido por el sueño y la habitación quedó sumida en silencio, Jimin y Jungkook se sentaron juntos en el colchón.

—Ya soy oficialmente soltero. Firmamos todo, dividimos bienes, cerramos cuentas conjuntas... todo —dijo Jimin, rompiendo el silencio que los envolvía—. Y mi padre me desheredó formalmente, me dijo que no soy más su hijo. No tengo a mi familia de sangre, Jungkook. Solo los tengo a ustedes dos.

Jungkook tomó su mano, entrelazando los dedos con firmeza.

—Nos tienes a nosotros. Siempre.

—Y... ya compré el apartamento nuevo —soltó Jimin de golpe, mirándolo directamente a los ojos—. Tiene tres habitaciones amplias, mucha luz natural. Está en una zona céntrica pero tranquila, lejos del ruido de Gangnam. Ya pagué los primeros seis meses completos, las llaves ya están en mi poder. Es nuestro si tú quieres que lo sea.

Jungkook abrió los ojos con sorpresa genuina.

—Jimin...

—No me digas que no ahora mismo —le pidió Jimin, apretando su mano con más fuerza—. Solo... piénsalo bien. Quiero despertar contigo cada mañana, quiero llevemos a Jun juntos a la escuela, que cocines en una cocina de verdad con todos los utensilios que necesitas. Quiero que ese lugar sea nuestro hogar real, para los tres.

Jungkook miró las magnolias en la mesa al otro lado de la habitación. Luego miró a Jimin de nuevo, directamente a esa vulnerabilidad completa y desnuda en sus ojos. Vio al hombre real, no al CEO exitoso, vio el amor puro y aterrador.

Sonrió despacio. Una sonrisa que iluminó completamente su cara cansada.

—Pregúntame mañana otra vez.

—¿Mañana? —Jimin sintió el corazón latirle violentamente en la garganta.

—Mañana por la mañana —repitió Jungkook, acercándose hasta que sus frentes casi se tocaban—. Déjame dormir una noche completa con la idea de tener un hogar de verdad.

De despertar en un lugar donde Jun tenga su propia habitación, donde no tengamos que contar monedas para la comida. Donde podamos simplemente... vivir.

Jimin asintió, entendiendo perfectamente lo que no se estaba diciendo en voz alta. Pero cuando Jungkook lo besó un momento después, fue lento, dulce y deliberado. Un beso que respondía la pregunta sin necesidad de palabras.

Jimin supo la respuesta con absoluta certeza.





Jimin se quedó en la habitación pequeña durante casi una hora más. Sentado en el colchón junto a Jungkook, hablando de cosas sin importancia que de alguna manera lo eran todo. Jun dormía profundamente al otro lado de la puerta cerrada, su respiración en un ritmo constante y reconfortante.

Jimin finalmente se levantó. Y Jungkook lo observaba desde el suelo donde seguía sentado con las piernas cruzadas, la espalda apoyada contra la pared. Había algo diferente en su expresión, una suavidad que no había estado ahí antes, como si algo dentro de él hubiera cedido completamente.

—¿Te vas? —preguntó, aunque la respuesta era obvia.

—Sí —Jimin se pasó una mano por el cabello, acomodándose la ropa—. Mañana tengo reunión temprano.

—Deberías quedarte —dijo Jungkook, con ojos suplicantes—. Es tarde ya.

—No es tan tarde —respondió Jimin, mirando su reloj—. Apenas son las once. Todavía hay buses.

—Puedes ir desde aquí. ¿O no puedes llevar eso que tienes puesto?

Jimin sonrió.

—Sería toda una declaración de principios, pero no. Además necesito pasar por el apartamento, recoger algunas cosas, preparar documentos para mañana.

Jungkook asintió, levantándose del colchón con decisión, aunque la decepción era visible en sus ojos.

—Está bien. Pero ten cuidado, ¿sí?

—Como siempre, voy a tomar el bus. Estaré bien.

Jimin tomó el ramo con cuidado, sintiendo nuevamente esa opresión en el pecho que había sentido cuando Jungkook se las había dado por primera vez. Algo tan simple como flores compradas con dinero ganado duramente, significaban más que cualquier regalo caro que hubiera recibido en su vida.

Caminaron juntos hacia la puerta. Jimin se puso los zapatos mientras Jungkook se recargaba contra el marco, observándolo con esa intensidad callada que siempre lo hacía sentir completamente visto.

—Entnces... —empezó Jimin, enderezándose—. ¿Mañana hablamos? Sobre... nosotros.

Jungkook asintió sonriendo. Entendiendo, sabiendo a lo que se refería.

—Claro, probablemente ya tengo la respuesta—respondió en voz baja.

—¿Sí?

—Así es...

Se miraron durante un momento largo. El pasillo afuera estaba en silencio, todos los vecinos ya dormían o al menos fingían hacerlo detrás de puertas cerradas.

Jungkook dio un paso adelante, levantó una mano y la puso en la nuca de Jimin, jalándolo suavemente hacia él. El beso fue lento y deliberado, sin urgencia de deseo físico, sino cariño puro.

Cuando se separaron, Jungkook mantuvo su frente presionada contra la de Jimin por un segundo más.

—Ve con cuidado —dijo en voz baja.

—Siempre.

—No, en serio... Ve con cuidado, Jimin.

Había algo en su tono que hizo que Jimin lo mirara más atentamente. Pero Jungkook solo sonrió y abrió la puerta.

Un último beso rápido. Luego Jimin salió al pasillo con las magnolias sosteniéndolas como si fueran algo sagrado.

Jungkook se quedó en la puerta hasta que Jimin desapareció por las escaleras. Luego cerró con cuidado, pasando el pestillo endeble.

La habitación se sentía extrañamente vacía sin la presencia de Jimin. Miró alrededor, desde el colchón todavía tibio donde habían estado sentados, la taza de té a medio terminar en el suelo, la puerta cerrada del cuarto de Jun donde el niño dormía profundamente.

Comenzó su rutina nocturna en piloto automático. Lavó las tazas en el fregadero de agua fría, las secó y las guardó en su lugar en la caja que servía de estantería, dobló la ropa limpia que había dejado secando sobre una silla, revisó que la hornilla estuviera completamente apagada aunque sabía que lo estaba.

Mientras hacía todo esto, su mente no paraba de girar.

Un apartamento nuevo, tres habitaciones, luz natural, agua caliente cuando la necesitaran, no solo cuando el calentador del edificio decidiera funcionar. Una cocina de verdad donde pudiera preparar comidas decentes para Jun. Un cuarto propio para su hijo donde el niño pudiera tener sus cosas sin que estuvieran todas apiladas en cajas de cartón.

Y Jimin. Despertar con Jimin cada mañana... No tener que despedirse en la puerta tarde en la noche, construir algo juntos, los tres, una familia improvisada pero real.

El miedo seguía ahí, por supuesto que seguía ahí. Era un animal vivo en su pecho que nunca se dormía completamente.

Pero era un miedo diferente ahora. Ya no era el terror paralizante de ser abandonado, de ser usado y descartado cuando Jimin se cansara de jugar a la pobreza. Ya no era la certeza de que esto terminaría mal porque todo siempre terminaba mal para gente como él.

Era el miedo a algo nuevo, a lo desconocido, a la posibilidad de que algo bueno pudiera durar.

Y ese miedo, decidió Jungkook mientras se cepillaba los dientes con agua fría, era algo con lo que podía vivir.

Se metió en el cuarto de Jun por un momento. El niño dormía de lado, la boca ligeramente abierta, un dinosaurio de plástico apretado contra su pecho. Jungkook ajustó la manta sobre sus hombros y le besó la frente suavemente.

—Vamos a estar bien, pequeño —susurró—. Los tres vamos a estar bien.

De vuelta en el espacio principal, Jungkook apagó todas las luces excepto la pequeña luz de emergencia que siempre dejaba encendida por si Jun se despertaba en la noche. Se acostó en su colchón en el suelo, jalando la sábana delgada sobre su cuerpo.

El teléfono que Jimin le había regalado estaba en su mano. Lo miró durante un momento, la pantalla brillante y nueva, tan fuera de lugar en esta habitación de paredes manchadas y techo agrietado. Luego lo deslizó bajo la almohada donde podría escucharlo si sonaba.

Se quedó ahí tendido, mirando al techo. Las sombras de los autos que pasaban afuera se movían a través de las paredes como fantasmas silenciosos.

Jungkook cerró los ojos e hizo exactamente lo que le había prometido a Jimin. Se permitió soñar despierto.

Se imaginó despertando en una habitación con ventanas grandes donde entrara el sol de la mañana. A Jun corriendo por un pasillo de verdad hacia su propio cuarto lleno de libros y juguetes. Imaginó cocinar en una cocina espaciosa mientras Jimin hacía su trabajo de casa en una mesa de verdad, no una plegable que se guardaba contra la pared.

Imaginó normalidad, estabilidad y paz.

Las imágenes eran tan vívidas que casi podía tocarlas, podía oler el café recién hecho y escuchar la risa de Jun resonando en espacios más amplios que este cuarto claustrofóbico.

Media hora después, Jungkook flotaba en ese limbo extraño entre la vigilia y el sueño. Su cuerpo estaba relajado, su respiración profunda y regular, los pensamientos comenzaban a volverse difusos y sin forma, la consciencia disolviéndose gradualmente.

Estaba a segundos de caer completamente dormido cuando el teléfono vibró violentamente bajo su almohada.

Jungkook se sobresaltó al instante, su corazón le latía frenético mientras su mano buscaba automáticamente bajo la almohada, agarrando el teléfono con dedos torpes por el sueño.

La pantalla brillaba en la oscuridad. El nombre de Jimin con la llamada entrante.

El miedo le atravesó como electricidad. Jimin acababa de irse, no había pasado ni una hora, no había razón para que llamara a menos que algo estuviera mal.

Jungkook presionó el botón de contestar antes de estar completamente despierto, sentándose en el colchón y apartando la sábana de sus piernas.

—¿Jimin? —su propia voz salió ronca, preocupada—. ¿Estás bien?

Lo que escuchó del otro lado le heló la sangre completamente.

Un gemido bajo, rasposo, doloroso. El sonido de alguien tratando de hablar pero sin poder formar las palabras correctamente.

—Jungkook... —la voz de Jimin era irreconocible. Débil y quebrada—. Ayuda... callejón cerca de... por favor no puedo...

—¿Dónde, Jimin!? —Jungkook ya estaba de pie, buscando sus pantalones en la oscuridad —. ¿DÓNDE ESTÁS!?

Pero la línea se cortó con un clic muerto que sonó como una sentencia.

—¡MIERDA! —Jungkook marcó de vuelta inmediatamente.

Sonó y sonó y sonó sin respuesta.

Sus manos temblaban tanto que casi deja caer el teléfono. El pánico era una criatura viva devorándolo desde adentro. Jimin estaba herido, necesitaba ayuda. Y Jungkook no tenía idea de dónde estaba exactamente.

Callejón cerca de... ¿cerca de qué? ¿Del edificio? ¿De la parada de bus? ¿Cerca de dónde exactamente en este laberinto de calles retorcidas?

Se vistió en segundos, pantalones, camiseta, chaqueta. Sus manos se movían en automático mientras su cerebro gritaba con posibilidades horribles. Un asalto, un accidente, o algo peor.

Jun, mierda. No podía dejar a Jun solo.

Corrió hacia el cuarto del pequeño, abrió la puerta con demasiada fuerza. Envolvió rápidamente a su hijo dormido en una manta, levantándolo del colchón. Jun murmuró medio dormido pero no despertó completamente, su cabeza cayendo pesada contra el hombro de Jungkook.

Bajó las escaleras de dos en dos, casi tropezando en su prisa. Tocó insistentemente en la puerta 201.

La señora Lim abrió después de un momento, el cabello gris despeinado, envuelta en una bata vieja.

—¿Jungkook-ah? ¿Qué pasa?

—Señora Lim, por favor —Jungkook extendió a Jun hacia ella—. Es una emergencia, necesito que lo cuide, no sé cuánto tiempo. Por favor le suplico.

La mujer tomó al niño sin hacer preguntas, leyendo la urgencia desesperada en el rostro de Jungkook.

—Ve. Yo lo cuido.

Jungkook ya estaba corriendo antes de que ella terminara de hablar.

00

Minutos antes, Jimin caminaba por las calles cercanas a los suburbios con las magnolias apretadas cuidadosamente contra su pecho.

La noche era clara, fría pero no desagradable. Las calles estaban mayormente vacías a esa hora, solo algunas personas caminando con prisa hacia sus casas.

Jimin se sentía... bien. Genuinamente bien de una forma que no había experimentado en años. Tal vez en toda su vida.

Su padre lo había desheredado, su madre no podía hablarle, su ex esposa lo odiaba con razón, sus amigos de años lo habían abandonado. Su vida anterior se había desmoronado completamente, sólo por ser gay.

"¿Cuánto más puede la vida castigarme por ser yo?"

Y sin embargo, sosteniendo estas flores que Jungkook había comprado con dinero ganado rompiendo su espalda, Jimin era más feliz que en cualquier punto de sus veintiocho años anteriores.

Tal vez porque finalmente no estaba llevando el peso de una mentira aplastante. Tal vez porque por primera vez en su vida adulta estaba construyendo algo basado en verdad en lugar de apariencias.

Era irónico de una forma que casi le daba risa.

Había perdido todo lo que se suponía que importaba. Y en el proceso había encontrado lo único que realmente lo hacía.

Miraba las magnolias mientras caminaba, sonriendo como un idiota. Jungkook había gastado dinero precioso en flores para él, lo había mirado con esa ternura devastadora que hacía que el pecho de Jimin se sintiera demasiado pequeño para contener todo lo que sentía.

Estaba tan absorto en estos pensamientos, tan perdido en procesar cómo su vida había cambiado tan dramáticamente en tan poco tiempo, que no notó al grupo de hombres hasta que fue demasiado tarde.

Emergieron de un callejón lateral. Cuatro de ellos, jóvenes, tal vez veintipocos, que caminaban con esa agresividad borracha inconfundible, empujándose entre ellos, riendo demasiado fuerte.

El olor a alcohol era fuerte incluso a distancia.

Jimin los registró periféricamente pero no les prestó atención real. Mantuvo su camino, dándoles espacio en la acera.

Entonces uno de ellos, el más alto del grupo, se detuvo.

—Ey —dijo, la voz arrastrando las palabras—. Ey, espera.

Jimin no se detuvo. Aceleró el paso ligeramente.

—¡Ey! ¡Te estoy hablando!

Los pasos se acercaron. Jimin apretó el ramo contra su pecho, preparándose para correr si era necesario.

—¿No eres ese CEO maricón?

La palabra salió de su boca como escupitajo. Los otros tres se rieron, un sonido que hizo que el estómago de Jimin se hundiera.

Se detuvo, y giró despacio. Los cuatro hombres lo habían rodeado ahora, bloqueando su camino en ambas direcciones.

—No sé de qué hablas —dijo Jimin, manteniendo su voz firme aunque el corazón comenzaba a latir más rápido—. Déjenme pasar.

—Oh, definitivamente eres tú —otro de los hombres sacó su teléfono, comparando algo en la pantalla con el rostro de Jimin—. Saliste en las noticias. El empresario que le gusta follar con hombres.

Los otros se acercaron más, formando un círculo más apretado.

Más risas. Cruelles y anticipatorias.

—Gente como tú me da asco —dijo el primero—. Caminando por aquí como si fuera normal. Como si tuvieran derecho a existir.

—Les dije que me dejen pasar.

—¿O qué? —se burló otro—. ¿Vas a llorar con tu noviecito?

—Apártense —dijo Jimin con más firmeza—. No quiero problemas.

—Pero nosotros sí queremos —respondió el tipo, y empujó a Jimin con ambas manos.

Jimin retrocedió pero mantuvo el balance. Empujó de vuelta, usando su hombro para intentar abrirse paso.

—¡Déjenme en paz! —dijo, la voz elevándose.

—No tan rápido, maricón —lo jaló hacia atrás, hacia la boca oscura del callejón.

—Suéltense —Jimin trató de zafarse, jalando su brazo—. ¡Suéltense!

Entonces vino el primer puñetazo real. Directo a su estómago. Todo el aire salió de sus pulmones en un segundo, se dobló sobre sí mismo, el ramo de magnolias cayendo de sus manos al suelo sucio, pétalos rosas esparciéndose por el suelo sucio.

—Esto es lo que merecen —siseó el tipo en su oído—. Tú y todos los enfermos como ustedes.

Lo empujaron contra la pared de concreto con fuerza suficiente para que el aire saliera nuevamente de sus pulmones. El lado de su cara raspó contra la superficie áspera.

—¡DÉJENME! —gritó, empujando con todas sus fuerzas.

Logró bloquear el siguiente golpe con su antebrazo, el impacto enviando dolor agudo hasta su hombro. Lanzó un puñetazo consiguiendo conectar contra la mandíbula de uno de ellos. El tipo retrocedió con un grito de sorpresa y dolor.

—¡Hijo de puta! —gritó el tipo, y entonces todos se lanzaron sobre él.

Fueron cuatro contra uno. No había competencia posible.

Los insultos llovían junto con los golpes. Cada palabra diseñada para degradar, para deshumanizar, para recordarle que había gente que lo veía como menos que humano simplemente por existir.

"Maricón de mierda."

"Asqueroso."

"Enfermo."

"Antinatural."

"Deberían matarlos a todos."

Jimin intentó defenderse. Bloqueó algunos golpes con los antebrazos, devolvió algunos puñetazos cuando pudo, gritó insultos de vuelta, negándose a darles la satisfacción de verlo suplicar.

—¡Váyanse a la mierda! —escupió sangre—. ¡Hijos de puta! ¡Cobardes hijos de puta!

Eso solo los enfureció más.

Uno de ellos lo golpeó en las costillas. Jimin sintió algo crujir, el dolor fue cegador.

Sus piernas cedieron. Cayó al suelo de rodillas primero, luego completamente.

Entonces vinieron las patadas.

En las costillas, el estómago, la espalda.

Logró agarrar el tobillo de uno de sus atacantes, sosteniéndolo desesperadamente para evitar otro golpe. El hombre se tambaleó, maldiciendo, luego se zafó rápidamente, furioso.

Y pateó a Jimin directamente en la cara.

El dolor explotó en su nariz. Sintió la sangre inmediatamente, caliente y espesa, corriendo por su rostro y su boca. Jimin se acurrucó instintivamente, manos temblando contra su cara.

—¡¡HIJO DE PUTA!! —gritó Jimin con toda la fuerza que le quedaba, aunque su cuerpo temblaba incontrolablemente. Cubriendo la nariz con ambas manos, sintiendo cómo la sangre se filtraba entre sus dedos.

El ataque duró tal vez tres minutos, probablemente menos. Pero cada segundo se estiraba hasta contener eternidades de dolor.

Cada golpe era una confirmación de todos sus miedos más profundos. Esto era lo que pasaba cuando el mundo sabía quién eras realmente, era el precio de la honestidad, eso se supone era lo que merecías por atreverte a existir abiertamente.

Finalmente, desde algún lugar arriba, alguien gritó.

—¡OYE! ¡¿QUÉ ESTÁN HACIENDO?! —una voz gritó desde alguna ventana arriba—. ¡VOY A LLAMAR A LA POLICÍA!

Los atacantes se detuvieron. Miraron hacia arriba, luego miraron a Jimin sangrando en el suelo.

—Vámonos —dijo uno.

—Basura —escupió otro, literalmente sobre Jimin antes de alejarse.

Los atacantes huyeron inmediatamente. Jimin oyó sus pasos alejándose, dejándolo sangrando en el suelo como basura descartada.

Jimin yacía ahí incapaz de moverse. Cada respiración enviaba oleadas de dolor a través de su cuerpo, sangre en su boca, sangre en su nariz, cuerpo entumecido.

Quería gritar pero no tenía aire suficiente, quería llorar pero incluso eso dolía demasiado.

Yació ahí, sin poder moverse, mientras los segundos se convertían en minutos.

Su teléfono estaba en su bolsillo. Lo sintió presionando contra su cadera, milagrosamente no robado.

Con movimientos que parecían tomar horas, logró meter la mano en su bolsillo. Sacó el teléfono.

La pantalla estaba agrietada. Pero cuando la encendió, funcionó.

Con dedos temblorosos y visión borrosa, encontró el contacto de Jungkook.

Presionó llamar.

Escuchó los tonos. Uno, dos... tres.

"Por favor, por favor, por favor"

Entonces la voz de Jungkook, preocupada de inmediato.

—¿Jimin? ¿Estás bien?

Y algo en Jimin se rompió completamente al escuchar esa voz. Comenzó a llorar, sollozos que le desgarraba de dolor, pero que no podía contener.

Intentó hablar. Las palabras salieron como susurros roncós, interrumpidas por el llanto y el dolor.

—Jungkook... ayuda... callejón cerca de... por favor no puedo...

Escuchó a Jungkook gritando algo pero las palabras ya no tenían sentido. El teléfono se resbaló de sus dedos, golpeó el suelo con un sonido apagado.

La oscuridad comenzó a tragarse los bordes de su visión. Bienvenida, misericordiosa, llevándose el dolor.

Lo último que vio fueron pétalos rosas esparcidos en el suelo sucio.

"Qué desperdicio", pensó vagamente. "Qué desperdicio de algo tan hermoso".

Jimin cerró los ojos y dejó que la inconsciencia lo reclamara.

Jungkook corrió por las calles como si su vida dependiera de ello, tal vez la vida de Jimin dependía de ello.

Gritaba el nombre de Jimin mientras corría por las calles, revisando cada callejón, cada espacio oscuro entre edificios. Su voz se volvió ronca pero siguió gritando.

—¡JIMIN! ¡¿DÓNDE ESTÁS?! ¡JIMIN!

Las calles estaban mayormente vacías. Las pocas personas que vio lo miraron como si estuviera loco, pero no le importó.

Su mente trabajaba frenéticamente mientras sus piernas lo impulsaban hacia adelante.

"*Callejón cerca de...*" Cerca de dónde. Cerca del apartamento de Jungkook, cerca del apartamento de Jimin, o cerca de la parada de bus o de algún otro punto de referencia que Jimin no había alcanzado a mencionar.

Jungkook conocía estas calles. Había caminado cada una de ellas durante años, sabía qué rutas Jimin probablemente tomaría desde su edificio hacia la parada de bus principal.

Comenzó con los callejones más cercanos a su edificio.

—¡JIMIN! —gritó al primer callejón oscuro. Nada.

Corrió al siguiente.

—¡JIMIN!

Nada.

Al tercero, al cuarto. Gritando el nombre hasta que su garganta se sentía en carne viva.

Sexto callejón.

Séptimo.

Entonces, en el octavo, vio algo.

Un destello de color claro en el suelo oscuro.

Se acercó corriendo.

Era un pétalo, rosa pálido, de magnolia.

Jungkook sintió que todo su cuerpo se helaba y ardía al mismo tiempo.

Siguió la dirección de los pétalos. Más adentro en el callejón, más oscuro, más sucio.

Y entonces lo vio.

Una figura acurrucada en el suelo, ropa oscura, inmóvil.

Jimin.

La camisa borgoña oscurecida por manchas, el chaleco negro desaliñado. El rostro...

El rostro de Jimin estaba hinchado, sangriento, un ojo completamente cerrado por la hinchazón, sangre seca cayendo de su nariz. Las magnolias estaban destrozadas alrededor de él, pétalos pisoteados, tallos rotos, la belleza destruida completamente.

Por un momento terrible, Jungkook pensó que estaba muerto.

Las lágrimas brotaron inmediatamente, calientes y rápidas, nublando su visión mientras corría los últimos metros.

—No, no, no, no —repetía como un mantra, cayendo de rodillas junto a Jimin—. Por favor no, por favor. Jimin. JIMIN.

Presionó dedos temblorosos contra el cuello de Jimin, buscando pulso.

"Por favor que haya pulso. Por favor."

Lo sintió, débil pero presente. El pecho de Jimin subía y bajaba con respiración superficial.

Jungkook soltó un sollozo de alivio que le desgarró la garganta.

—Jimin —dijo, sin atreverse a tocarlo más allá de poner una mano en su hombro—. Jimin, soy yo. Soy Jungkook, estoy aquí.

Los ojos de Jimin parpadearon, el que todavía podía abrirse. Se enfocó lentamente en Jungkook.

—Jung... kook... —la voz era apenas un susurro rasposo.

—Estoy aquí. Estoy contigo Jimin, vas a estar bien.

—Duele... —Jimin intentó moverse y gimió de dolor.

—No te muevas, no te muevas, cariño. Voy a llamar una ambulancia.

Jungkook sacó su teléfono con manos que temblaban tanto que apenas podía mantenerlo firme. Marcó el número de emergencias.

—Necesito una ambulancia —dijo apenas el operador contestó—. Alguien fue atacado, está sangrando, no sé qué tan grave. Callejón en la calle Dongilro, cerca de la parada de bus setecientos cuarenta y dos.

El operador hizo preguntas. Jungkook respondió lo mejor que pudo mientras sostenía la mano de Jimin con su propia mano libre.

—Están en camino —dijo finalmente el operador—. Diez minutos máximo, manténgalo despierto si puede, y no lo mueva.

Jungkook colgó y se enfocó completamente en Jimin.

—Mírame —dijo, apretando su mano—. Mírame, Jimin. Mantén los ojos abiertos.

—Cansado... —murmuró Jimin.

—Lo sé. Lo sé, cariño. Pero necesito que te quedes despierto, solo un poco más. La ambulancia ya viene.

—Las flores... —Jimin movió los ojos llorosos hacia los pétalos destrozados—. Tu regalo...

Jungkook sintió un nuevo sollozo subir por su garganta.

—No importan las malditas flores. Tú importas, solo tú.

—Lo siento...

—No —Jungkook se inclinó más cerca, limpiando sangre de la frente de Jimin con su manga—. No tienes nada de qué disculparte, de nada. Esto no es tu culpa.

—No debí... caminar solo...

—No, Jimin no fue tu culpa. Fue de los malditos animales que te hicieron esto.

Jimin tosió y gimió de dolor.

—Mierda... cómo duele.

—No hables. Guarda tu energía.

Pasaron los minutos más largos de la vida de Jungkook ahí arrodillado en ese callejón sucio, sosteniendo la mano de Jimin, viéndolo quejarse de dolor, sintiendo su propia impotencia como un peso físico.

Finalmente escuchó las sirenas.

—Ya vienen —dijo con alivio—. Ya vienen, Jimin.

Los paramédicos llegaron con camilla y equipo. Se movieron eficientemente, evaluando el daño mientras hacían preguntas que Jungkook no podía responder.

—¿Qué pasó?

—Fue atacado. No lo vi. Lo encontré así.

—¿Sabe si perdió consciencia?

—Sí. Estaba inconsciente cuando llegué.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Diez minutos tal vez, quince.

Le pusieron un collarín, y lo movieron cuidadosamente a la camilla. Jimin gimió de dolor con cada movimiento.

—Vamos al Hospital Universitario de Seúl —dijo uno de los paramédicos—. ¿Viene con nosotros?

—Sí —respondió Jungkook sin dudar.

Subieron la camilla a la ambulancia. Jungkook subió y se sentó junto a Jimin mientras los paramédicos conectaban monitores y vías intravenosas.

La ambulancia arrancó con sirenas aullando.

Jungkook sostuvo la mano de Jimin durante todo el trayecto, observando los monitores sin entender los números pero aliviado de verlos moverse, confirmando que Jimin estaba bien.

—Vamos a estar bien —le dijo, aunque no sabía si era verdad—. Vas a estar bien. Y vamos a atrapar a los hijos de puta que te hicieron esto. Puedes con ésto, ¿Sí?

Jimin apretó su mano. Sus labios se movieron formando una palabra que Jungkook apenas pudo escuchar sobre el ruido de la ambulancia.

"Juntos."

Jungkook asintió, las lágrimas corriendo libremente por su rostro.

—Juntos. Te lo prometo.

La sala de emergencias del hospital era movimiento constante, un caos controlado de luces fluorescentes y voces superpuestas. Jungkook apenas registraba nada más allá de la camilla donde llevaban a Jimin, siguiéndola como si estuviera atado a ella por un hilo invisible. Sus piernas se movían mecánicamente, una detrás de la otra, mientras su cerebro se negaba a procesar completamente lo que estaba pasando.

—Señor, necesito que espere aquí —una enfermera le bloqueó el paso cuando intentó seguir a Jimin más allá de las puertas dobles marcadas con "SOLO PERSONAL MÉDICO". Puso una mano firme en su pecho.

—No, yo... —Jungkook intentó moverse alrededor de ella, sus ojos fijos en la camilla que se alejaba—. Necesito estar con él.

—Aquí —repitió la enfermera con firmeza pero no sin amabilidad, empujándolo suavemente hacia atrás—. Los doctores necesitan espacio para trabajar. Le avisaremos en cuanto sepamos algo.

Jungkook vio cómo las puertas se cerraban con un silbido neumático, separándolo de Jimin. Se quedó parado ahí, concentrado en la puerta como si pudiera atravesarla con solo quererlo lo suficiente. Sus manos todavía tenían sangre de Jimin, seca bajo las uñas, manchas oscuras en los nudillos. Su ropa también estaba manchada, la camiseta pegada a su pecho con humedad que no quería identificar, no sabía qué hacer con sus manos, las miraba como si pertenecieran a otra persona.

—Señor —otra enfermera se acercó con una tableta y una expresión profesional y compasiva—. Necesito información del paciente. ¿Es usted familiar?

Jungkook vaciló. La palabra "familiar" rebotó en su cabeza, técnicamente no. No legalmente, de ninguna forma que importara en formularios oficiales o en salas de espera de hospitales.

—Soy... —se le quebró la voz. Se aclaró la garganta—. Soy su pareja.

Las palabras salieron temblorosas, probándolas en voz alta por primera vez en un contexto tan oficial, tan real. Esperaba rechazo, confusión, tal vez disgusto.

La enfermera simplemente asintió sin ninguna reacción visible, haciendo una marca en su tableta como si él hubiera dicho "hermano" o "esposo".

—Nombre completo del paciente.

—Park Jimin —respondió automáticamente.

—Edad.

—Veintiocho años.

—¿Sabe su fecha de nacimiento exacta?

Jungkook pensó en aquella cena, en la primera y última cita que pudieron tener a solas en un restaurante de verdad. Jimin le había contado tantas cosas esa noche. Detalles pequeños que ahora parecían monumentales.

—Trece de octubre —dijo con más seguridad.

—¿Alérgico a algún medicamento?

El pánico golpeó a Jungkook como un puño en el estómago. Se dio cuenta con un horror nauseabundo de que no lo sabía. Conocía detalles íntimos sobre Jimin, sabía cómo le gustaba el café, conocía el sonido exacto de su risa cuando algo realmente lo hacía feliz, sabía cómo se veía cuando se corría. Pero no tenía idea de su tipo de sangre, no sabía si era alérgico a la penicilina o a cualquier otro medicamento.

—No sé —admitió, sintiendo la garganta cerrarse dolorosamente—. No sé nada médico importante. Yo... —se pasó una mano por la cara, dejando una mancha de sangre seca en su mejilla sin darse cuenta—. Dios, debería saber eso, ¿verdad? Debería...

—Está bien —lo interrumpió la enfermera, su voz suavizándose—. Podemos obtener esa información de su identificación y de registros médicos. ¿Tiene seguro médico?

—Sí —Jungkook asintió rápidamente, aferrándose a algo que sí sabía—. Es CEO de una empresa grande, debe tener buen seguro.

—Vamos a verificarlo. ¿Puede decirme qué pasó exactamente?

—Fue atacado —las palabras salieron ásperas—. En un callejón cerca de Dongilro. No vi quién, cuando lo encontré ya se habían ido.

Su voz se quebró en la última palabra. La imagen de Jimin tirado en ese callejón sucio volvió a él con una claridad brutal, la sangre, los gemidos de dolor, su ojo hinchados que apenas podía abrirse.

La enfermera anotaba rápidamente, su pluma moviéndose con eficiencia por el papel.

—¿Sabe cuántas personas lo atacaron?

—Un grupo —Jungkook cerró los ojos, tratando de pensar—. Cuatro, tal vez, cuatro o cinco. No lo sé, no estoy seguro.

—¿Usaron armas?

—No lo sé, realmente, no vi ninguna —abrió los ojos, mirándola directamente—. Pero usaron sus puños, sus pies tal vez, estaba en el suelo.

La furia tembló en su voz. Sus manos se cerraron en puños involuntariamente.

—¿Fue robo?

Jungkook pensó. El teléfono de Jimin seguía en su bolsillo cuando lo encontró, su billetera también.

—No creo —se detuvo, las palabras atascándose en su garganta como vidrio—. Seguro fue...

—¿Qué? —la enfermera levantó la vista de su tableta.

—Creo que fue por odio —dijo finalmente, cada palabra pesando toneladas—. Crimen de odio. Porque es... porque somos...

No pudo terminar la frase.

La enfermera lo miró directamente por primera vez, realmente lo miró. Algo en su expresión se suavizó, una compasión genuina reemplazando la profesionalidad mecánica.

—Voy a poner eso en el reporte —dijo en voz baja—. La policía va a querer hablar con ustedes.

—Por favor —Jungkook casi suplicó—. Por favor, encuéntralos. No pueden... no pueden simplemente salirse con la suya.

—Lo haremos todo lo posible —prometió ella—. Por ahora siéntese, le avisaremos en cuanto podamos.

Jungkook se dejó caer en una de las sillas de plástico de la sala de espera, su cuerpo finalmente cedió, las piernas temblando tanto que no podían sostenerlo más. Puso los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, respirando profundamente, tratando de no vomitar.

Miró el reloj en la pared, las manecillas se movían con lentitud insultante, pasaban de las dos de la madrugada.

"Jun", el pensamiento golpeó como un rayo. Jun estaba con la señora Lim y probablemente despertaría en unas pocas horas, confundido y asustado, buscando a su padre.

Sacó su teléfono con manos que todavía temblaban, tenía mensajes de la señora Lim.

"Jun sigue dormido. No te preocupes."

"¿Está todo bien? ¿Necesitas algo?"

Jungkook escribió con dedos torpes, teniendo que borrar y reescribir varias veces:

"En el hospital, Jimin fue atacado. Está muy golpeado y lastimado, voy a estar aquí un rato. ¿Puede quedarse con Jun hasta que yo vuelva? Le pagaré lo que necesite."

La respuesta llegó casi inmediatamente, como si ella hubiera estado esperando despierta:

"No te preocupes, Jungkook. No necesitas pagarme nada. Solo cuida a ese muchacho. Jun está seguro aquí. Mándame noticias cuando puedas."

Jungkook sintió una gratitud tan intensa que casi lo hizo llorar de nuevo. Ya había llorado en el callejón, sosteniendo a Jimin, pensó que se le habían acabado las lágrimas, pero ahí estaban otra vez, quemándole los ojos.

Escribió con manos temblorosas:

"Le agradezco mucho. Definitivamente le pagaré por su ayuda."

Guardó el teléfono y se quedó mirando las puertas por donde había desaparecido Jimin. Sus ojos ardían de tanto mirarlas sin parpadear, esperando que se abrieran, esperando noticias, esperando cualquier cosa.

Los minutos se arrastraban con una lentitud cruel. Cada segundo se sentía como una hora completa.

Otras personas iban y venían en la sala de emergencias. Un niño pequeño con fiebre alta, llorando en brazos de su madre, un anciano con dolor de pecho, su esposa sosteniéndole la mano con fuerza, una mujer joven que se había cortado la mano cocinando, con una toalla

empapada de sangre envuelta alrededor. Vidas en crisis, cada una en su propia burbuja de miedo y dolor.

Pero Jungkook no podía concentrarse en ninguna de ellas.

Solo podía pensar en Jimin tirado en ese callejón oscuro, en lo solo que debió haberse sentido, en el terror de ser atacado por simplemente existir, por simplemente ser quien era.

Y Jungkook no había estado ahí para protegerlo.

Debería haber insistido más en que se quedara esa noche, debería haber ido con él hasta la parada del autobús, haber llamado un taxi. Debería haber...

"Debería haber, debería haber, debería haber".

Las palabras giraban en su cabeza como un disco rayado.

No. No podía hacer esto. No podía culparse por algo que animales cobardes y llenos de odio habían decidido hacer.

Pero el sentimiento de culpa seguía ahí de todos modos, pesado y constante, asentándose en su pecho como una piedra.

Jungkook se levantó, se sentó, se levantó otra vez. Caminó hasta la máquina expendedora pero no compró nada, volvió a sentarse, revisó su teléfono aunque acababa de hacerlo treinta segundos antes.

El reloj marcaba las tres de la madrugada.

Luego las tres y diez.

Tres y veinte.

Cada minuto era una tortura.

Finalmente, después de lo que parecieron años pero fueron probablemente cuarenta y cinco minutos, un doctor joven con bata blanca manchada y expresión cansada se acercó a la sala de espera.

—¿Familiar de Park Jimin? —llamó, mirando alrededor.

Jungkook se levantó tan rápido que casi se mareó, la sangre bajando de golpe de su cabeza.

—Yo —dijo, casi tropezando al acercarse—. Soy yo. ¿Cómo está? ¿Está bien? Por favor dígame que está bien.

El doctor sonrió levemente, y fue la primera señal positiva que Jungkook había tenido en horas. Su corazón dio un salto violento.

—Afortunado —dijo el doctor—. Jimin es muy, muy afortunado. Tiene contusiones severas por todo el cuerpo, un ojo morado bastante impresionante, labios partidos, costillas magulladas. Va a doler como el demonio por varios días, tal vez semanas.

Jungkook esperó, conteniendo la respiración, esperando el "pero".

—Pero —continuó el doctor— no hay fracturas. Ni en las costillas donde recibió golpes fuertes, ni en la nariz que sangraba profusamente, ni en ningún otro lado. Nada está roto internamente, no hay sangrado interno. La tomografía salió completamente limpia, no hay conmoción cerebral.

Jungkook sintió que las piernas casi se le doblaban del puro alivio. Se agarró del respaldo de una silla para mantenerse de pie.

—¿Entonces... entonces va a estar bien? —su voz sonó estrangulada.

—Completamente —confirmó el doctor con más firmeza—. Va a doler, los moretones van a cambiar de color durante días, pero todo es superficial. Nada que no sane con tiempo y descanso adecuado.

—Gracias —Jungkook susurró, sintiendo las lágrimas volver—. ¿Puedo verlo? —preguntó desesperadamente—. Por favor, necesito verlo.

—Está despierto y ha estado preguntando por usted constantemente —sonrió el doctor—. Habitación de observación tres, al final del pasillo a la derecha.

Jungkook casi corrió. Sus pies golpeaban el linóleo con fuerza mientras recorría el pasillo, buscando el número 3 en las puertas.

Cuando la encontró, se detuvo un segundo con la mano en la manija. Respiró profundo, preparándose.

Empujó la puerta.

Jimin estaba sentado medio reclinado en una camilla de hospital, con una bata azul pálido que le quedaba demasiado grande y se deslizaba de un hombro. Tenía vendajes en varias partes del cuerpo, compresas de hielo envueltas en toallas sobre su ojo derecho que estaba completamente cerrado por la hinchazón, su rostro era un mapa de moretones oscuros en tonos púrpura y negro, raspones que la enfermera había limpiado pero que aún se veían crudos y rojos. Su labio inferior estaba partido en dos lugares, hinchado.

Pero estaba despierto, estaba alerta, estaba vivo.

Cuando vio a Jungkook entrar, intentó sonreír. Solo la mitad izquierda de su boca cooperó.

—Oh... hola, mi héroe —dijo con voz ronca, como si hubiera estado gritando durante horas. Probablemente había gritado durante el ataque.

Jungkook sintió que la garganta se le cerraba completamente. Negó con la cabeza rápidamente, casi violentamente.

—Nada de eso —dijo, acercándose con pasos rápidos pero deteniéndose justo antes de tocar la cama, con miedo súbito de lastimarlo, de hacer algo mal—. No soy ningún héroe.

—Claro que lo eres —insistió Jimin, su ojo bueno brillando con algo que podría ser lágrimas o podría ser solo el efecto de los analgésicos—. Me encontraste, me salvaste.

—¿Cómo te sientes? —Jungkook cambió el tema abruptamente, no pudiendo manejar ese tipo de gratitud ahora mismo.

—Me siento como si me hubiera pateado un equipo de fútbol completo —Jimin hizo una mueca que podría haber sido una sonrisa—. Específicamente, como si cada jugador

hubiera tenido su turno, dos veces.

—Eso no es gracioso —pero Jungkook sintió sus labios tironeando en algo que casi era una sonrisa.

—Un poco sí —Jimin ajustó su posición y tuvo que contener un gemido de dolor—. Mierda... Está bien, no es gracioso en absoluto.

—El doctor dice que vas a estar bien —Jungkook finalmente se acercó lo suficiente para tocar, poniendo su mano suavemente sobre la de Jimin en la cama—. Gracias a dios. Pensé que... cuando te vi ahí en ese callejón...

No pudo terminar. Las imágenes volvieron demasiado vívidamente, la sangre, el cuerpo inmóvil. El momento horrible en que pensó que había llegado demasiado tarde.

—Lo imagino —Jimin volteó su mano para entrelazar sus dedos con los de Jungkook, apretando con más fuerza de la que probablemente debería—. Yo también pensé cosas terribles mientras pasaba. Pensé que no volvería a verte, que no volvería a ver a Jun.

Su voz se quebró en el nombre del niño.

—Pero estás aquí —dijo Jungkook ferozmente—. Estás aquí y estás bien y...

—Ya no me veo como una magnolia, ¿verdad? —interrumpió Jimin con una risita amarga—. Más bien parezco... qué sé yo, una berenjena podrida.

—Lo más bello —Jungkook corrigió inmediatamente, con tanta intensidad que Jimin parpadeó sorprendido—. Eres lo más bello que he visto en mi vida.

Jimin hizo un sonido entre risa y sollozo.

—Estás mintiendo.

—Nunca —Jungkook se inclinó, acercando su rostro—. Jamás te mentaría sobre eso.

Se quedaron así un momento, frente a frente, respirando el mismo aire.

Entonces las lágrimas de Jungkook finalmente se derramaron, calientes y rápidas, cayendo sobre sus manos entrelazadas.

—Lo siento —dijo, las palabras saliendo en un torrente incontrolable—. Lo siento tanto, Jimin. Debí insistir en que te quedaras, debí ir contigo, debí llamarte un taxi, debí...

—No —Jimin lo interrumpió con toda la firmeza que pudo reunir en su voz ronca—. No, Jungkook. No te disculpes por algo que decidieron hacer unos violentos descerebrados llenos de odio. Esto no es tu culpa.

—Pero si yo...

—No —repitió Jimin, más fuerte esta vez, apretando la mano de Jungkook casi dolorosamente—. Escúchame. Mírame.

Jungkook levantó la vista, sus ojos rojos encontrando el ojo bueno de Jimin.

—Esto pasó porque hay gente llena de odio en el mundo —dijo Jimin con claridad deliberada—. No porque tú hicieras algo mal, no porque yo hiciera algo mal. Simplemente

porque existe gente horrible que no puede soportar que otros sean felices. Tú sabes bien que existe mierda así, lo has vivido.

Jungkook asintió, aunque la culpa seguía royéndolo por dentro como un animal con dientes afilados.

—Quiero denunciar —dijo Jimin después de un momento, su voz tomando un tono de acero—. A todos ellos. Quiero que los encuentren y paguen por esto. Por cada golpe, por cada insulto, por cada segundo de terror.

Jungkook asintió vigorosamente, totalmente de acuerdo, sintiendo su propia rabia burbujeando bajo la superficie.

—Sí. Sí, Jimin. Lo haremos. La policía ya está investigando.

—Bien —Jimin cerró su ojo bueno por un momento, exhausto pero determinado—. Porque no voy a dejar que se salgan con la suya. No voy a ser otra víctima silenciosa.

Se quedaron en silencio durante un momento. Jungkook no podía dejar de mirar el rostro destrozado de Jimin, catalogando cada herida, cada moretón, procesando lo cerca que había estado de perderlo, unos minutos más, tal vez, unos metros más lejos. Y podría haber sido diferente.

En ese momento, algo en Jungkook se solidificó. Una decisión que había estado posponiendo, dudando, temiendo. Ya no.

—Jimin —dijo, su voz temblando pero llena de determinación. Tomó la otra mano de Jimin, sosteniéndolas ambas con reverencia, acercándolas a sus labios para besar los nudillos con extremo cuidado, con todo el amor que tenía.

—¿Qué? —Jimin lo miró con su ojo bueno, confundido por el cambio en el tono.

—Necesito decirte algo —Jungkook respiró profundo—. Y necesito que me escuches hasta el final.

—Está bien —dijo Jimin suavemente, apretando sus manos—. Te escucho.

—Nos vamos a vivir juntos —dijo Jungkook sin preámbulos—. Apenas salgas de aquí, apenas soluciones todo esto, ya lo decidí. Lo supe siempre en el fondo, lo supe desde que me propusiste esto, pero siempre dejé ganar a la duda, siempre encontraba razones para esperar, para postergar. Ya no, Jimin. No después de esta noche, no después de toda la mierda que has aguantado por mí, por Jun.

Hizo una pausa, reuniendo las palabras correctas, las que había estado guardando durante semanas.

—Sí quiero mudarme contigo —continuó, su voz ganando fuerza—. Sí quiero que vivamos juntos en ese apartamento que compraste sin siquiera preguntarme primero porque confiaste en que yo diría que sí. Quiero salir de estos malditos suburbios donde nada sale bien, donde todo es siempre difícil, donde la violencia te puede encontrar en cualquier esquina oscura solo por existir.

Jimin abrió la boca para hablar pero Jungkook continuó, necesitando decirlo todo antes de perder el valor, antes de que las dudas volvieran a arrastrarse.

—Y sé que te hice esperar —dijo, lágrimas cayendo libremente ahora—. Sé que fui duro contigo al principio, que puse tantas barreras estúpidas, que dudé cuando no debería haber dudado ni un segundo. Pero fue porque tenía miedo, Jimin. Miedo de que esto fuera temporal, de que te cansaras de mí, de Jun, de nuestra vida complicada y jodida. Miedo de que nos vieras realmente, todo el desastre que somos, y decidieras que no valía la pena.

Su voz se quebró pero siguió hablando.

—Pero esta noche me di cuenta de algo —apretó las manos de Jimin con más fuerza—. Me di cuenta de que el único miedo que realmente importa es perderte. No tener la oportunidad de construir esta vida contigo. Y ese miedo es peor que cualquier otra cosa, peor que cualquier duda o inseguridad. No quiero volver a perder a la persona que amo. Ya lo viví una vez y casi me destruye, no podría sobrevivir a perder de nuevo.

Jungkook se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Así que sí. Vamos a mudarnos juntos, los tres. Voy a buscar un trabajo de verdad, algo estable donde no tenga que romperme la espalda por migajas que apenas alcanzan. Voy a poner tanto esfuerzo en esto como tú, a arriesgarme tanto como tú lo has hecho. Porque tú, mi Jimin, merecías eso desde el principio. Merecías que yo confiara en ti, en nosotros, sin todas estas dudas y miedos idiotas.

Se inclinó para besar suavemente la frente de Jimin, el único lugar que no parecía magullado.

—Y voy a demostrarte cada día que fue la decisión correcta —susurró contra su piel—. Que apostaste bien, que elegiste bien. Voy a demostrarte que valió la pena toda la espera, toda la paciencia que tuviste conmigo.

Jungkook se apartó apenas para mirarlo a los ojos.

—Porque estamos construyendo algo real aquí. Una familia de verdad, tú, yo y Jun. Y nadie, ningún hijo de puta lleno de odio, ninguna circunstancia de mierda, nadie va a quitárnoslo.

Jimin no dijo nada durante un momento largo. Solo miraba a Jungkook con su ojo bueno, lágrimas corriendo silenciosamente por su rostro magullado.

Entonces sonrió. Una sonrisa real, genuina, que iluminó incluso su rostro destrozado, que llegó a su ojo y lo hizo brillar con algo puro y perfecto.

—Jungkook... —dijo, su voz apenas un susurro roto.

Jungkook acarició el dorso de su mano con el pulgar, suavemente, repetitivamente, como un mantra.

—Te amo —dijo Jimin simplemente, dejando caer las palabras entre ellos como piedras preciosas—. No sé si es demasiado pronto para decirlo, no me importa. Te amo, amo a Jun. Amo lo que estamos construyendo juntos, esta cosa frágil y preciosa y completamente inesperada.

Jungkook sintió que algo en su pecho explotaba, abriéndose como una flor, llenándose de una felicidad tan pura que casi dolía.

—Yo también —respondió, su voz quebrándose completamente—. Te amo. Dios, Jimin, te amo tanto que me asusta.

Se inclinó para besarlo, con extremo cuidado, apenas rozando sus labios partidos, consciente de cada herida, cada punto sensible. Jimin hizo un sonido pequeño, mitad dolor mitad placer, y profundizó el beso de todas formas.

Cuando se separaron, Jungkook presionó su frente contra la de Jimin, respirando juntos.

—Te amo tanto —repitió en un susurro—. No sabía que podía sentir así por alguien.

—Bien —dijo Jimin suavemente, con una sonrisa en su voz—. Porque yo también estoy asustado. Así que vamos a estar asustados juntos, vamos a construir esto juntos, vamos a cometer errores, aprender y crecer juntos.

—Juntos —repitió Jungkook como un juramento, como una promesa—. Siempre juntos.

Un golpe seco en la puerta interrumpió el momento. Jungkook se apartó rápidamente, limpiándose la cara.

Un oficial de policía apareció en la entrada, un hombre de mediana edad con expresión seria y un bloc de notas en la mano.

—¿Señor Park Jimin? —preguntó formalmente.

—Soy yo —respondió Jimin, componiendo su expresión, preparándose.

—Soy el oficial Kim. Necesito tomar su declaración sobre el ataque. ¿Se siente lo suficientemente bien para hablar? Puedo volver más tarde si necesita descansar.

—No —Jimin negó con la cabeza, apretando la mano de Jungkook una última vez antes de soltarla—. Ahora, quiero hacerlo ahora mientras está fresco.

—Entendido —el oficial entró completamente, sacando una grabadora pequeña de su bolsillo—. Voy a grabar esto si no tiene objeción.

—Ninguna.

Jungkook se hizo a un lado, dándoles espacio, pero no se fue. Se apoyó contra la pared cerca de la ventana, observando.

El oficial colocó la grabadora en la mesa junto a la cama y la encendió.

Jimin contó todo con una claridad impresionante considerando lo que había pasado. Describió a los atacantes lo mejor que pudo, los insultos que gritaron, la violencia de los golpes, el cómo huyeron cuando alguien gritó desde una ventana.

El oficial sacó una cámara y comenzó a fotografiar meticulosamente cada moretón, cada corte, cada evidencia del ataque. Jimin se mantuvo quieto, su rostro inexpresivo, pero Jungkook podía ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se aferraban a la sábana.

Cuando terminó, el oficial guardó la cámara.

—Vamos a revisar cámaras de seguridad en la zona, hablar con residentes, especialmente con la mujer que gritó. Esto está clasificado como crimen de odio, lo que nos da más recursos para investigar y penas más severas si los encontramos.

—Cuando los encuentren —corrigió Jimin con una intensidad férrea—. Cuando, no si. Porque quiero que paguen, cada uno de ellos. Por cada golpe, por cada insulto, por cada

segundo de terror.

El oficial asintió con algo que parecía aprobación.

—Haremos todo lo posible, se lo prometo. Voy a mantenerlos informados del progreso de la investigación —extendió una tarjeta de presentación—. Este es mi número directo. Llámeme si recuerdan cualquier detalle adicional, por pequeño que parezca.

—Lo haré —Jimin tomó la tarjeta con mano temblorosa.

—Descanse, señor Park. Y usted también —miró a Jungkook—. Ambos.

Después de que el oficial se fuera, cerrando la puerta suavemente detrás de él, Jimin dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Su cuerpo entero pareció desplomarse, como si hubiera estado manteniéndose erguido solo por fuerza de voluntad.

—Dios —susurró—. Eso fue más difícil de lo que pensé.

Jungkook volvió inmediatamente a su lado, tomando su mano.

—Lo hiciste increíble. Fuiste tan claro, tan específico.

—No me siento increíble —admitió Jimin, su voz pequeña de repente—. Me siento... asustado, incluso ahora, incluso aquí. Esto me hizo recordar todo.

—Lo sé —Jungkook acarició su cabello con extremo cuidado—. Pero estás a salvo ahora, yo estoy aquí. No voy a dejarte solo.

—¿Cuándo puedo irme a casa? —preguntó Jimin con una nota casi desesperada—. Odio los hospitales, odio el olor, las luces, todo.

—El doctor dijo que quieren mantenerte en observación hasta mañana por la mañana. Solo para asegurarse de que no haya complicaciones.

Jimin hizo una mueca de disgusto.

—Es solo una noche —continuó Jungkook suavemente—. Puedes soportar una noche.

—¿Te vas a quedar? —la pregunta salió casi infantil, vulnerable de una manera que Jimin rara vez mostraba.

—¿Quieres que me quede?

—Por favor —Jimin lo miró con su ojo bueno, tan abierto y necesitado que el corazón de Jungkook se apretó dolorosamente—. No quiero estar solo. No esta noche.

—Entonces me quedo —prometió Jungkook—. No me voy a ningún lado. Ni esta noche ni nunca.

—Dramático —murmuró Jimin, pero sonrió levemente.

—Ya aprendí del mejor.

Las horas pasaron con lentitud tortuosa. Trasladaron a Jimin a una habitación privada alrededor de las cinco de la mañana, una más cómoda con una cama real en lugar de una camilla y una silla reclinable para acompañantes.

Jungkook se instaló en la silla, decidido a mantenerse despierto. Pero el agotamiento finalmente lo venció alrededor de las seis, su cabeza cayendo hacia adelante, su mano aún sosteniendo la de Jimin.

Se despertó sobresaltado a las nueve cuando el teléfono de Jimin sonó con fuerza en la mesa junto a la cama.

Jimin seguía dormido, su respiración profunda y regular, probablemente gracias a los analgésicos que le habían dado.

Jungkook miró la pantalla. "*Taehyung*" parpadeaba insistentemente.

No quería despertar a Jimin. Necesitaba descansar. Contestó rápidamente, manteniéndose en voz baja.

—¿Hola?

Hubo una pausa sorprendida.

—¿*Jimin*?

—No, soy Jungkook —la palabra salió más fácil esta vez—. ¿Quién habla?

—*Soy Taehyung. Amigo de Jimin* —otra pausa—. *Un gusto, Jungkook.*

—Eh... claro, mucho gusto también —Jungkook se frotó la cara con la mano libre—. Mire, Jimin no está disponible ahora mismo. Está durmiendo y necesita descansar.

—*Yo sé quién eres* —dijo Taehyung, su tono cambiando a algo más serio—. *Jimin me habló de ti, de tu pequeño también.*

Jungkook se enderezó en la silla, sorprendido.

—¿En serio?

—*Todo el tiempo* —hubo un suspiro pesado del otro lado—. *¿Es verdad que fue atacado anoche? Vi algo en las noticias sobre un ataque en Dongilro y Jimin no contestaba ningún mensaje. Eso lo hacía antes, cuando todo estaba mal, entonces. Até cabos.*

—Sí —confirmó Jungkook, su garganta apretándose otra vez con solo decirlo en voz alta—. Fue atacado, pero está bien. Golpeado, adolorido, pero va a estar bien.

—¿*Dónde están?*

—Hospital Universitario de Seúl, habitación cuatrocientos doce.

—*Voy para allá ahora mismo* —dijo Taehyung sin vacilar—. *Veinte minutos aprox.*

La línea se cortó antes de que Jungkook pudiera responder.

Se levantó de la silla, estirándose. Sus músculos protestaron, rígidos por haber dormido en esa posición incómoda. Se acercó a Jimin, tocando suavemente su hombro.

—Jimin —llamó suavemente—. Despierta un momento.

Jimin gruñó, intentando darse vuelta y haciendo una mueca de dolor cuando su cuerpo le recordó por qué no debía moverse tan rápido.

—¿Qué? —murmuró, su voz espesa de sueño.

—Tu amigo Taehyung llamó. Viene hacia acá.

Los ojos de Jimin se abrieron, bueno, el ojo que podía abrirse.

—¿Taehyung? ¿Cómo supo?

—Vio las noticias. Dijo que es raro que no respondas mensajes.

—Mierda —Jimin intentó sentarse, moviéndose dolorosamente despacio—. Debe estar preocupado.

—Lo está —confirmó Jungkook, ayudándolo a incorporarse con almohadas detrás de su espalda—. Pero le dije que estás bien.

—¿Le dijiste que eres tú?

Jungkook sintió calor subir a su rostro.

—Sí. ¿Está bien? ¿Es demasiado pronto para...?

—No —Jimin lo interrumpió, tomando su mano—. Es perfecto.

Treinta minutos después, la puerta se abrió bruscamente y un hombre de aproximadamente la edad de Jimin entró como un torbellino.

Cabello castaño despeinado como si se hubiera vestido con prisa, ropa claramente cara pero puesta sin cuidado, lentes de diseñador torcidos en su nariz. Se movía con esa confianza natural de alguien completamente cómodo en su propia piel.

—Mierda, Jimin —dijo al ver su rostro, deteniéndose en seco—. Te ves absolutamente terrible.

—Gracias, Tae —respondió Jimin con una sonrisa torcida que claramente le dolió—. Tú también te ves como si hubieras dormido en tu ropa.

—Porque lo hice —admitió Taehyung sin vergüenza, acercándose a la cama—. Me quedé dormido revisando contratos y desperté con tu cara en las noticias. Bueno, no tu cara específicamente, pero "ataque violento en Dongilro" y tú sin contestar. No soy idiota.

Se inclinó y abrazó a Jimin con un cuidado sorprendente considerando su entrada dramática, sosteniéndolo suavemente como si supiera exactamente dónde no tocar.

—Amigo —murmuró contra su hombro—. Me asustaste.

—Lo siento —Jimin correspondió el abrazo lo mejor que pudo—. No fue exactamente planeado.

—Más te vale —Taehyung se apartó, limpiándose disimuladamente los ojos—. Desde luego que esos desgraciados van a pagar. Voy a contratar al mejor abogado, voy a...

—Ya hay una investigación —lo interrumpió Jimin—. La policía lo está manejando.

—La policía —Taehyung resopló—. Por favor. Yo puedo acelerar las cosas, puedo poner presión, puedo...

—Tae.

—¿Qué?

—Respira.

Taehyung respiró profundamente, visiblemente forzándose a calmarse. Entonces pareció recordar que había otra persona en la habitación.

Se giró hacia Jungkook, estudiándolo con una intensidad que lo hizo sentirse como un espécimen bajo microscopio.

—Tú eres Jungkook.

Jungkook asintió, sintiéndose repentinamente cohibido bajo el escrutinio de este hombre claramente exitoso, claramente de un mundo completamente diferente al suyo.

—Soy yo —dijo, odiando cómo su voz sonó pequeña.

—Taehyung —extendió la mano con un movimiento fluido—. El amigo de este idiota.

Jungkook estrechó su mano. El apretón fue firme, evaluador, durando un segundo más de lo normal. Como si Taehyung estuviera tomando su medida, decidiendo si aprobaba.

—Escuché mucho sobre ti —dijo Taehyung finalmente, soltando su mano—. Jimin no para de hablar de ti y de tu hijo. Es casi enfermizo, honestamente.

—Oye —protestó Jimin débilmente.

—Es verdad —Taehyung le lanzó una mirada—. "Jungkook hizo esto", "Jun dibujó aquello", "deberías haber visto cómo Jungkook cocinó". Es adorable y nunca lo ví así.

Jungkook sintió calor subir a su rostro otra vez.

—Espero que cosas buenas —dijo, intentando sonar más seguro de lo que se sentía.

—Solo cosas buenas —confirmó Taehyung, su expresión suavizándose genuinamente—. De hecho, escuché tanto que empecé a pensar que eras demasiado perfecto para ser real. Como uno de esos personajes de kdrama que no existen en la vida real.

—No soy perfecto para nada —respondió Jungkook honestamente, pensando en todas sus fallas, todos sus errores, todas las veces que casi arruinó esto.

—Bien —Taehyung sonrió, y fue genuino esta vez—. Perfecto es aburrido, eres real.

Se giró de vuelta hacia Jimin, su expresión volviéndose seria otra vez.

—¿Qué dijeron exactamente los doctores? Dame todos los detalles.

—Nada roto —Jimin repitió la misma información—. Solo magullado como el demonio. Me dejan hoy si todo sigue estable.

—¿Y la policía? ¿Qué están haciendo?

—Tomaron mi declaración, fotografías, están revisando cámaras de seguridad. Lo clasificaron como crimen de odio.

Taehyung asintió con satisfacción, su mandíbula apretándose.

—Bien. Esos hijos de puta merecen pudrirse en prisión por el resto de sus vidas miserables.

Se dejó caer en la otra silla de la habitación, pasándose las manos por el cabello.

—¿Necesitas algo? ¿Ropa limpia? ¿Comida que no sea basura de hospital? ¿Un abogado? ¿Guardaespaldas?

—Tae, no necesito guardaespaldas.

—Claramente sí lo necesita —argumentó Taehyung—. Mira dónde terminaste.

—Fue mala suerte, estar en el lugar equivocado... Y esos imbéciles.

—No fue mala suerte —lo interrumpió Taehyung con firmeza—. Fue odio dirigido. Mierda.

Jimin suspiró, claramente demasiado cansado para discutir.

—Está bien. Lo que digas.

Taehyung se quedó durante casi una hora, llenando el silencio con historias deliberadamente ridículas sobre un cliente imposible que quería renovar su casa entera en dos semanas, sobre un restaurante nuevo que había probado y que era "criminalmente delicioso", sobre cualquier cosa excepto lo que realmente había pasado.

Jungkook los observaba, viendo la dinámica entre ellos. La facilidad absoluta, la forma en que Taehyung sabía exactamente cuándo empujar y cuándo retroceder, cómo hacer que Jimin riera incluso cuando claramente dolía. Era el tipo de amistad profunda y duradera que Jungkook nunca había tenido, demasiado ocupado sobreviviendo día a día para construir conexiones reales.

En algún punto, Taehyung hizo un esfuerzo visible de incluir a Jungkook en la conversación, haciéndole preguntas sobre Jun, sobre su trabajo, genuinamente interesado. Pero Jungkook se sentía fuera de lugar, consciente de la diferencia entre su vida y la de estos dos hombres exitosos y educados.

—¿Y Jun? —preguntó Taehyung—. ¿Cómo está manejando todo esto?

—Todavía no lo sabe —admitió Jungkook—. Está con una vecina, planeo traerlo a ver a Jimin más tarde, pero... —miró a Jimin con preocupación— no quiero asustarlo.

—Los niños son más resistentes de lo que pensamos —dijo Taehyung—. Y es mejor que vea a Jimin y sepa que está bien que dejar que su imaginación llene los espacios en blanco.

—Eso pensé también —asintió Jungkook.

Taehyung se quedó en silencio un momento, estudiando a Jungkook con esa mirada penetrante otra vez.

—Jimin tuvo suerte de que lo encontraras —dijo finalmente—. Si hubieras tardado más...

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo.

—Lo sé —dijo Jungkook en voz baja.

—Entonces necesitas saber algo —Taehyung se inclinó hacia adelante, sus codos en las rodillas, mirando a Jungkook directamente—. Jimin es una gran persona, lo supe desde el primer instante en el que intercambie palabras con él. Espero que no te aproveches de lo que él está hecho, él merece lo mejor y haber llegado a este punto por amor es muchísimo, ¿Sabes?

Oh. Esto era "la charla". Jungkook se enderezó, preparándose.

—Lo entiendo.

—Bien. Me alegra.

—Tae —Jimin lo interrumpió con voz cansada—. Ya basta.

—Lo siento.

—Ya lo entendió. Míralo, está tenso.

Taehyung miró a Jungkook, quien efectivamente se veía un poco nervioso.

—Está bien —suspiró—. Perdóname, Jungkook.

—Me cuida bien —intervino Jimin suavemente—. Mejor de lo que nadie me ha cuidado antes. Confía en él, Tae.

Algo en la expresión de Taehyung se suavizó completamente.

—Claro, muy bien —dijo finalmente, sentándose hacia atrás—. Se ve que sí.

Se puso de pie, estirándose.

—Necesito ir a trabajar. Tengo una reunión a las once que no puedo cancelar. Pero volveré esta tarde cuando te den de alta y los llevaré a casa, a los dos —miró a Jungkook—. No se discute.

—No iba a discutir —dijo Jimin con una pequeña sonrisa.

—Y Jungkook... —Taehyung se giró hacia él en la puerta.

—¿Sí?

—Cuídalo bien. Es un desastre emocional con tendencias autodestructivas, pero es mi desastre favorito.

—Oye, cierra la boca —protestó Jimin otra vez, pero estaba sonriendo.

—Lo haré —prometió Jungkook solemnemente—. Con mi vida si es necesario.

Taehyung lo estudió un momento más aunque sonreía, entonces asintió con aprobación.

—Impeccable. Vamos a llevarnos súper bien.

Y se fue, dejando un silencio extraño en su ausencia.

—Es... intenso —dijo Jungkook después de un momento.

—Es un tipo genial —corrigió Jimin—. Tiene buen corazón, y es súper seguro de sí mismo, cree tener razón en todo. Pero claramente le agradas, o no te hubiera dado solo una

amenaza velada.

Jungkook se rió a pesar de todo.

—Me siento honrado, creo.

El resto del día pasó en una nebulosa de revisiones médicas, enfermeras entrando y saliendo, comidas de hospital que Jimin apenas tocaba, largas horas donde Jungkook simplemente se sentaba junto a él, sosteniendo su mano, agradecido de que estuviera vivo y relativamente entero.

A las tres de la tarde, Jungkook finalmente cedió a la insistencia de Jimin de que fuera a buscar a Jun.

—Necesita verte —dijo Jimin con firmeza—. Y necesita ver que estoy bien. Si sigues posponiéndolo, va a imaginar cosas peores.

—¿Estás seguro? —Jungkook dudaba—. Te ves...

—Terrible, lo sé. Pero soy yo. Y Jun necesita verlo con sus propios ojos.

Jungkook suspiró, sabiendo que tenía razón.

—Está bien, pero voy a prepararlo primero. Voy a explicarle exactamente cómo te ves para que no se asuste.

—Haz lo que necesites hacer —Jimin apretó su mano—. Solo tráelo.

Jungkook tomó un taxi de vuelta al suburbio, su estómago anudándose más con cada kilómetro. ¿Cómo explicarle esto a un niño de ocho años? ¿Cómo explicar que alguien lastimó a Jimin solo por quien era?

La señora Lim lo recibió en la puerta con expresión preocupada.

—¿Cómo está?

—Va a estar bien —respondió Jungkook—. Está herido pero bien. Gracias por cuidar a Jun.

—Por supuesto, Jungkook-ah. Jun está dibujando adentro, ha estado preguntando por ti toda la mañana.

Jungkook entró y encontró a Jun sentado en el suelo del pequeño apartamento de la señora Lim, rodeado de papeles y crayones.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó al verlo, corriendo a abrazarlo—. ¿Dónde estabas? ¿Dónde está Jimin-ssi? ¡Te extrañé!

Jungkook se arrodilló, poniendo sus manos en los hombros de Jun.

—Jun, hijo. También te extrañé. Y necesito hablarte sobre algo importante —dijo seriamente.

La sonrisa de Jun se desvaneció, sus ojitos preocupándose.

—¿Qué pasó?

—Jimin-ssi tuvo un accidente anoche —explicó Jungkook cuidadosamente—. Unos hombres muy malos lo lastimaron.

Los ojos de Jun se abrieron enormes.

—¿Está muerto?

—No, no, no —Jungkook lo abrazó rápidamente—. Está bien, los doctores lo curaron y va a estar completamente bien. Pero se ve un poco... asustador ahora mismo.

—¿Qué tan asustador?

—Tiene moretones en la cara. Como cuando te caíste del columpio y te salió ese moretón grande en la rodilla, ¿recuerdas? Pero en su cara. Y tiene un ojo hinchado que no puede abrir, y vendajes.

Jun procesó esto solemnemente.

—¿Le duele?

—Sí, le duele. Pero va a mejorar.

—¿Puedo verlo?

—Por eso vine a buscarte. ¿Quieres ir al hospital a verlo?

Jun asintió vigorosamente.

—Sí. Quiero ver a Jimin-ssi.

—Pero necesitas prometerme algo —dijo Jungkook seriamente—. No te asustes cuando lo veas, ¿está bien? Sigue siendo él. Solo se ve diferente temporalmente.

—Lo prometo —dijo Jun con toda la seriedad que un niño podía reunir.

Jungkook le agradeció profusamente a la señora Lim, ignorando sus protestas de que no necesitaba pagarle, y tomó un autobús con Jun de vuelta al hospital.

Durante el viaje, Jun hizo mil preguntas.

—¿Por qué esos hombres lastimaron a Jimin-ssi?

—Porque son personas malas que lastiman a otros sin razón.

—¿La policía los va a atrapar?

—Están trabajando en ello.

—¿Jimin-ssi va a volver a casa con nosotros?

—Sí, hoy mismo.

—¿Y nos vamos a mudar juntos?

Jungkook sonrió, su corazón hinchándose.

—Quizás... Pregúntale.

Jun sonrió enormemente, luego se puso serio otra vez.

—¿Los hombres malos pueden lastimarnos a nosotros también?

La pregunta golpeó a Jungkook como un puño. Jun nunca había preguntado algo así antes.

—No voy a dejar que nadie te lastime —prometió ferozmente—. Nunca. ¿Me entiendes?

Jun asintió, pero Jungkook podía ver el miedo en sus ojos. Un miedo que no debería estar ahí, que ningún niño de ocho años debería tener que sentir.

Otro recordatorio de por qué necesitaban salir de ese vecindario.

En el hospital, Jungkook se detuvo fuera de la habitación de Jimin, arrodillándose para estar a la altura de Jun.

—¿Recuerdas lo que te dije? Se ve diferente pero sigue siendo él, ¿está bien? No vayas a llorar, no vayas a asustarte por que él está bien, Jun. Por favor.

Jun asintió, apretando la mano de su padre con fuerza.

—Sí, sí. Papá.

Jungkook suspiró levantándose con un asentimiento lento, y abrió la puerta.

Jimin estaba sentado más erguido ahora, habían ajustado la cama para que estuviera casi en posición sentada. Todavía tenía el ojo hinchado, los moretones parecían de hecho peores ahora, oscureciéndose a púrpuras y negros profundos.

Cuando Jun lo vio, se quedó completamente congelado en la entrada, sus ojitos abriéndose enormes, su boca formando una pequeña "O" de sorpresa y horror.

—Jimin-ssi —susurró, su voz apenas audible.

—Hola, pequeño —dijo Jimin suavemente, extendiendo una mano hacia él con una sonrisa que claramente le costó—. Ven aquí.

Jun no se movió por un segundo. Solo miraba, procesando lo que veía, comparándolo con el Jimin que conocía.

Entonces, como si un hechizo se rompiera, corrió hacia la cama. Jungkook lo ayudó a subirse a la silla junto a Jimin, acercándolo con cuidado.

—Te ves mal —dijo Jun con esa honestidad brutal y directa que solo los niños pequeños tienen.

Jimin se rió, y aunque le dolió, el sonido fue genuino.

—Me siento mal también —admitió—. Pero voy a mejorar. Los doctores me arreglaron.

Jun extendió una mano pequeña, tocando uno de los moretones en el brazo de Jimin con un dedo extremadamente suave, como si temiera romperlo.

—Los hombres malos que te hicieron esto son muy, muy malos —dijo con convicción absoluta.

—Sí —concordó Jimin—. Lo son.

—Papá dice que la policía los va a atrapar.

—Eso esperamos, pequeño.

Jun se quedó en silencio durante un momento, sus ojos pequeños moviéndose sobre las heridas de Jimin, catalogando cada una.

—¿Te van a salir cicatrices? —preguntó finalmente.

—No lo creo. El doctor dice que todo va a sanar sin cicatrices.

—Está bien. Porque eres muy guapo y no quiero que las cicatrices te hagan menos guapo.

Jimin hizo un sonido entre risa y sollozo, sus ojos llenándose de lágrimas repentinas.

—Gracias, Jun. Eres muy amable.

Jun lo miró seriamente.

—Jimin-ssi, ¿vas a volver a nuestra casa cuando salgas del hospital?

Jimin miró a Jungkook por encima de la cabeza de Jun. Jungkook asintió, su garganta demasiado apretada para hablar.

—Mejor que eso —dijo Jimin, volviendo su atención a Jun—. Vamos a mudarnos todos juntos a una casa nueva. Tu papá, tú y yo. Los tres, como una familia de verdad. ¿Te gustaría eso?

La cara de Jun literalmente se iluminó, sus ojos brillando con una felicidad tan pura que hizo doler el corazón de Jungkook.

—¿De verdad? —casi gritó, con voz aguda—. ¿Los tres juntos? ¿Como una familia?

—De verdad —confirmó Jimin, sonriendo a pesar del dolor—. Una familia de verdad.

—¿Y voy a tener mi propio cuarto? ¿Con espacio para todos mis dinosaurios?

—Tu propio cuarto con espacio para todos tus dinosaurios, tus dibujos, tus juguetes. Todo lo que quieras.

Jun prácticamente vibró de emoción, saltando en la silla.

—¡Papá! —se giró hacia Jungkook con ojos enormes—. ¡Escuchaste! ¡Vamos a vivir con Jimin-ssi! ¡Vamos a ser una familia!

Jungkook se acercó a la cama, su corazón tan lleno que pensó que podría explotar.

—Sí, escuché —dijo, su voz rota de emoción—. Vamos a ser una familia de verdad.

Jun extendió sus brazos, envolviendo a Jimin en un abrazo sorprendentemente cuidadoso, consciente instintivamente de no apretar demasiado fuerte.

Jimin correspondió el abrazo lo mejor que pudo, envolviendo sus brazos alrededor del pequeño cuerpo, enterrando su rostro en el cabello suave de Jun.

—Cuanto necesitaba verte, pequeño —murmuró.

—Yo también a ti —respondió Jun, su voz amortiguada contra el hombro de Jimin—. Mucho mucho mucho.

Cuando se separaron, Jun se giró y extendió un brazo hacia Jungkook, tirando de él.

—Papá, ven. Abrazo de familia.

Jungkook se inclinó sobre la cama del hospital, envolviendo sus brazos alrededor de ambos, creando un círculo cerrado de los tres. Jun en el medio, riendo con esa risa pura e inocente, Jimin con lágrimas corriendo por su rostro magullado pero sonriendo de verdad, y Jungkook sosteniéndolos a ambos como si pudiera mantenerlos a salvo del mundo entero con solo la fuerza de sus brazos.

Se quedaron así durante largo rato, unidos en esa cama de hospital, en ese lugar estéril y frío que de repente se sentía cálido y perfecto.

—Los amo —susurró Jimin en el abrazo—. A los dos. Tanto.

—Nosotros también te amamos —respondió Jun inmediatamente, con facilidad natural.

Jungkook no pudo hablar. Solo apretó más fuerte, sus lágrimas cayendo silenciosamente en el cabello de su hijo.

Cuando finalmente se separaron, Jun se acomodó en la cama junto a Jimin, con cuidado de no tocar ninguna parte que se viera lastimada, y comenzó a contarle sobre todo lo que había hecho en las últimas horas. Los dibujos que había hecho, el desayuno que la señora Lim le preparó, un pájaro que vio en la ventana.

Jimin escuchaba con atención, haciendo preguntas, riendo en los momentos apropiados, completamente presente para el niño a pesar de su propio dolor.

Jungkook los observaba desde su silla, su corazón tan lleno que pensó que podría romperse.

Esto. Esto era lo que había estado buscando toda su vida sin saberlo.

No el dinero, ni la seguridad material, ni incluso un apartamento lujoso o ropa cara.

Sino esto. Esta conexión, amor simple y puro, esa sensación de pertenencia, de ser parte de algo más grande que él mismo.

Una familia.

Su familia.



Buenas noches, días o tardes.

Publicar este capítulo me costó mucho. Nada grave, sólo estuve tan ocupada que podía corregir cada hora, hora y media. Mi Dios, ¡y es un capítulo muy extenso!

En fin, perdonen por eso que le pasó a Jimin. Yo comencé esta novela con esto en mente desde un inicio.

¿Qué hago? ¿O sea por qué? ¿Qué necesidad?

Porque es una realidad. Yo uso muchísimas realidades en mis historias. Y bueno, quizás me la haya imaginado. Pero casos tales, los puede haber.

Pero sólo manejo finales felices. Me salen brotes en todo el cuerpo cuando hay finales tristes. Sí, soy alergica (no literal aunque podría serlo metafóricamente). Por eso en las historias de mi perfil, solo hay procesos rudos. Pero la posibilidad de que sí se puede superar al final de cada una.

En fin, si les sigo hablando, no voy a publicar más éste capítulo.

Mejor no me doy más cuerda (ya borré tres párrafos de palabras innecesarias).

Muchísimas gracias nuevamente por tu hermosa presencia ♥ 🍷 🌹.

Ya CASI terminamos.

Te me cuidas y tengas bonito día, semana, mes, y si me permites; un excelente año.

Atte: Sere ✨

Durante una semana completa, Jimin se recuperó en la habitación pequeña de Jungkook. No en un hospital caro, no en su apartamento temporal, sino ahí, en ese espacio reducido que olía a detergente barato y a hogar verdadero.

Jungkook faltó al trabajo sin pensarlo dos veces. Dejó plantadas tres jornadas de construcción que en otro momento necesitaría desesperadamente, rechazó turnos que le hubieran dado dinero extra. No le importó, cuidar a Jimin era lo único que importaba.

Los primeros días fueron los peores. Jimin apenas podía moverse sin gemir de dolor, cada respiración le recordaba las costillas magulladas, y cada vez que cerraba los ojos veía puños acercándose, resonando contra su piel, escuchaba insultos resonando en su cabeza.

Jungkook estaba ahí para todo. Le llevaba comida, sopa caliente que preparaba con las pocas verduras que tenían. Lo ayudaba a levantarse cuando necesitaba ir al baño, sosteniéndolo con brazos firmes mientras Jimin maldecía su propia debilidad, le cambiaba las compresas de hielo cuando se calentaban, le daba los analgésicos que el hospital había recetado exactamente a tiempo.

Jun, con esa adaptabilidad particular, aceptó la nueva rutina sin mucha queja. Dibujaba en el suelo junto donde Jimin descansaba, mostrándole cada dibujo nuevo con orgullo evidente.

—Mira, Jimin-ssi. Este es un Stegosaurus. ¿Ves las placas en su espalda? Las hice muy grandes porque en el libro dice que podían ser así.

Jimin sonreía, estudiando cada dibujo con atención genuina.

—Es perfecto, Jun. Deberías ser artista cuando crezcas.

—O paleontólogo. Todavía no decido.

Por las noches, cuando Jun finalmente se quedaba dormido en su cuarto pequeño, Jungkook se acostaba junto a Jimin en el colchón, hablaban en susurros para no despertar al niño.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntaba Jungkook, acariciando el cabello de Jimin con dedos gentiles.

—Mejor que ayer. Peor de lo que espero sentirme mañana.

—Es progreso.

—Supongo que sí.

Jimin continuaba con la denuncia incluso desde la cama, llamadas con su abogado, revisando documentos en su laptop cuando tenía energía suficiente. El abogado que había contratado era uno de los mejores penalistas de Seúl, especializado en crímenes de odio, caro como el demonio, pero Jimin tenía los recursos.

—Señor Park, tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad del bar cercano —le informó el abogado durante una videollamada—. La calidad no es perfecta, pero es suficiente para identificación preliminar.

—¿Qué tan suficiente?

—Podemos ver claramente a cuatro individuos siguiéndolo al callejón. Tenemos ángulos parciales de sus rostros. Ya estamos trabajando con la policía en reconocimiento facial.

—Bien. Quiero que paguen, todos ellos.

—Lo entiendo, señor Park. Y vamos a hacer todo lo posible para asegurar que enfrenten las consecuencias completas de sus acciones.

Una tarde, mientras Jimin descansaba con los ojos cerrados y Jun dibujaba en silencio, el niño soltó una pregunta sin previo aviso.

—¿Mi papá y tú se aman?

Jimin abrió los ojos, sorprendido. Jungkook estaba en la pequeña cocina preparando la cena, lo suficientemente lejos para no haber escuchado.

—¿Por qué preguntas eso, campeón? —dijo Jimin cuidadosamente.

Jun no levantó la vista de su dibujo. Seguía coloreando con concentración intensa.

—Porque mi amigo Homin de la escuela dice que cuando dos personas viven juntas y se cuidan, significa que se aman, como sus papás. Y ustedes viven juntos ahora y se cuidan.

Jimin se incorporó un poco, ignorando la protesta de sus costillas.

—Ven aquí, Jun.

El niño dejó sus crayones y trepó cuidadosamente a la cama, sentándose con las piernas cruzadas junto a Jimin.

—Tu amigo Homin tiene razón en algo —comenzó Jimin—. Cuando las personas se aman, se cuidan mutuamente. Pero el amor tiene muchas formas diferentes.

—¿Cómo?

—Bueno, está el amor entre padres e hijos, como el amor que tu papá tiene por ti. Eso es un tipo de amor.

Jun asintió, eso lo entendía perfectamente.

—Luego está el amor entre amigos, como el amor que tú tienes por Homin. Eso es otro tipo.

—Oh, claro.

—Y luego está el amor romántico. Ese es el tipo de amor que tienen los papás de Homin entre ellos. Donde dos personas deciden compartir sus vidas juntas de una manera especial.

—¿Como novios?

—Exacto. Como novios.

Jun lo miró con esos ojos grandes y serios que se parecían tanto a los de Jungkook.

—Entonces, ¿tú y mi papá son novios?

Jimin sonrió, sintiendo que algo cálido se expandía en su pecho.

—Sí. Tu papá y yo somos novios, nos amamos de esa manera especial.

—¡Sí! —Jun pareció procesar esto durante un momento—. Ah, ¿Y tú me amas a mí?

—Te amo muchísimo.

—¿Como un papá ama a su hijo?

La pregunta le quitó el aire a Jimin. Miró hacia la cocina donde Jungkook ahora estaba congelado, claramente habiendo escuchado la última parte de la conversación.

—Sí —respondió Jimin con voz que apenas mantenía estable—. Exactamente así.

Jun sonrió enorme.

—Bien. Porque yo también te amo, Jimin-ssi. Y está bien si amas a mi papá como novio y a mí como hijo, el amor no se acaba solo porque lo compartes con más personas. Eso es lo que dice la maestra en la escuela.

—Tu maestra es muy sabia.

—Lo sé. Ahora voy a terminar mi dibujo. Es para ti, para cuando te sientas mejor.

Jun bajó de la cama y volvió a su estación de dibujo en el suelo. Como si acabara de tener la conversación más casual del mundo en lugar de algo que hizo que el corazón de Jimin se sintiera tres veces más grande de lo normal.

Jungkook se acercó momentos después, sentándose en el borde de la cama. Tenía los ojos brillantes.

—¿Escuchaste? —dijo Jimin.

—Escuché.

—¿Estás bien con lo que dije?

Jungkook tomó su mano, entrelazando sus dedos.

—Más que bien. Perfecto.

Al final de la primera semana, Jimin pudo levantarse y caminar por la habitación sin ayuda. Los moretones comenzaban a cambiar de color, pasando de púrpuras oscuros a amarillos enfermizos. Su ojo hinchado finalmente se abrió, aunque seguía sensible.

La investigación policial avanzaba, tres de los cuatro atacantes fueron identificados y arrestados en el transcurso de dos semanas. Jimin tuvo que ir a la estación para identificarlos en una rueda de reconocimiento.

Jungkook insistió en acompañarlo. Se sentaron en esa sala pequeña detrás del vidrio unidireccional mientras traían a los sospechosos uno por uno.

Cuando Jimin vio al primero, el más alto del grupo, el que había dicho "gente como tú me da asco", sintió que todo su cuerpo se tensaba. Las manos comenzaron a temblar

incontrolablemente.

Jungkook las tomó entre las suyas, sosteniéndolas firmes.

—Estoy aquí —susurró—. Estás a salvo, solo señalalos.

Jimin señaló a los cuatro. Su voz era firme cuando confirmó.

"Esos cuatro. Estoy seguro."

El proceso judicial comenzó lento y agotador, pero era justicia en movimiento, no perfecta, no instantánea, pero sucediendo.

Mientras tanto, en su empresa, la investigación contra Minji concluyó. Recursos Humanos presentó un informe detallado, de meses de comportamiento inapropiado documentado, acoso persistente ignorando advertencias repetidas, y finalmente la extorsión que fue la gota final.

Minji fue despedida formalmente.

El abogado de Jimin le recomendó demandarla civilmente.

—Podría ganar una cantidad significativa, señor Park. Daño emocional, daño a su reputación, estrés.

Jimin consideró la opción durante días.

Finalmente decidió.

—No. Ya perdió su trabajo, enfrentó consecuencias. Eso es suficiente para mí.

—¿Está seguro?

—Completamente, no busco venganza. Solo quiero cerrar ese capítulo y seguir adelante.

Durante su recuperación, recibió una llamada inesperada de la junta directiva. Los cinco miembros senior en conferencia.

—Jimin, ¿cuándo planeas regresar al trabajo? —preguntó el presidente con tono que sonaba genuinamente preocupado—. No hay presión, tómate el tiempo que necesites. Pero queremos que sepas que tu posición te espera.

—¿Cuándo planeas tu regreso? —presionó otro.

—Pronto —respondió Jimin—. Tal vez en una semana más, necesito recuperarme completamente.

—Por supuesto. Y si necesitas seguridad privada...

—No será necesario.

—Jimin —el presidente se inclinó más cerca de la cámara—, quiero que esto quede absolutamente claro. Eres un activo valioso para esta empresa, y no solo por tus números, sino por quién eres. Queremos que te sientas seguro aquí, completamente seguro.

—Lo aprecio. De verdad.

—Bien. Te esperamos cuando estés listo.

Después de colgar, Jimin se quedó sentado durante largo rato, procesando. Técnicamente, nunca perdió nada profesionalmente, su empresa lo apoyó. Las políticas funcionaron como debían, su carrera estaba intacta.

Pero mientras más pensaba en eso, más se daba cuenta de algo fundamental, sí, quería volver. Mantener su vida, su posición, su carrera, no porque la necesitara para validación, sino porque la había ganado. Era bueno en lo que hacía, y ahora podía hacerlo siendo completamente él mismo.

Dos semanas después del ataque, comenzaron oficialmente con la mudanza.

Taehyung apareció un sábado por la mañana con su coche lleno de cajas que había comprado.

—Okay, equipo —anunció entrando a la habitación pequeña—. Hora de sacar todo esto de aquí y llevarlo a un lugar donde realmente puedan vivir.

No había mucho que empacar. La vida de Jungkook y Jun cabía en ocho cajas y tres maletas, ropa, algunos libros, los dibujos preciosos de Jun, los dinosaurios de plástico, ollas y sartenes básicos.

—¿Esto es todo? —preguntó Taehyung, mirando las cajas apiladas.

—Esto es todo —confirmó Jungkook sin vergüenza—. Nunca tuvimos espacio para acumular cosas.

—Bueno, ahora tienen todo el espacio del mundo.

El apartamento nuevo estaba en un edificio moderno en una zona tranquila pero céntrica. Tres habitaciones, dos baños completos, cocina amplia con electrodomésticos nuevos, sala espaciosa con ventanales enormes que dejaban entrar luz natural todo el día.

Cuando Jun entró por primera vez, se quedó completamente inmóvil en la entrada.

—¿Todo esto es nuestro? —preguntó con asombro absoluto.

—Todo esto es nuestro —confirmó Jimin.

Jun corrió por el apartamento, explorando cada rincón, gritando descubrimientos.

—¡Papá! ¡Hay dos baños! ¡DOS!

—¡Y mira esta cocina! ¡Es enorme!

—¡Mi cuarto tiene un closet entero solo para mí!

Jungkook caminaba más despacio, tocando superficies como si no pudiera creer que eran reales. Se detuvo en la cocina, pasando las manos por los mostradores de granito, abriendo el horno nuevo, el refrigerador grande.

—Podría cocinar cualquier cosa aquí —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

—Entonces cocina lo que desees, cariño —dijo Jimin, acercándose por detrás y envolviendo sus brazos alrededor de la cintura de Jungkook—. Todo lo que siempre quisiste pero no pudiste.

Jungkook se giró entre sus brazos, con lágrimas corriendo por su rostro.

—Nunca pensé... nunca me imaginé algo así.

—Pues acostúmbrate, porque esto es nuestro ahora. De los tres.

Pasaron el resto del día desempacando, organizando, convirtiendo espacio vacío en hogar. Taehyung ayudó ensamblando muebles nuevos que Jimin había comprado, una cama king size para la habitación principal, una cama individual con diseño de dinosaurios para Jun, un sofá cómodo para la sala, una mesa de comedor real con sillas.

Para la noche, el lugar ya se sentía vívido, Jun había pegado sus dibujos favoritos en las paredes de su cuarto, Jungkook había organizado la cocina exactamente como quería, y Jimin había instalado su pequeña oficina en la esquina de la habitación principal.

Ordenaron comida china para cenar, sentándose en el suelo de la sala porque todavía no habían desempacado completamente todos los platos.

—Brindo —dijo Taehyung, levantando su lata de cerveza—, por nuevos comienzos, por familias elegidas, y por ustedes definitivamente.

Todos rieron y chocaron sus bebidas.

—¿Y tú, Tae? —preguntó Jimin viéndolo por encima de su propia lata.

—¿Yo? —preguntó con ojos grandes, bajando la suya.

Jimin asintió.

—Sí, tú —le dijo como una obviedad—. ¿No hay nadie ahí? ¿No me harás tío?

Taehyung bufo y rodó los ojos, negando.

—No estoy para aguantar esas cosas por el momento, demasiado tengo con clientes que no saben ni lo que ellos quieren. Sólo me alegra verte feliz, amigo. Ésto necesitabas desde el momento en el que te conocí.

Jungkook observó a Jimin con un cariño nuevo al oír esas palabras.

Jimin necesitaba una familia, sí. Una familia que acorde a sus deseos, a amor verdadero, a ser él mismo.

Esa noche, después de que Jun se durmió en su cuarto nuevo, Jungkook y Jimin se quedaron en el balcón de su apartamento. Era mediano en tamaño, pero tenía vista a la ciudad iluminada.

—No puedo creer que esto sea real —dijo Jungkook, mirando las luces—. Sigo esperando despertar en esa habitación pequeña, dándome cuenta de que todo fue un sueño.

—Es real —Jimin tomó su mano—. Tan real como tú y yo.

—Te amo —dijo Jungkook, girándose para mirarlo—. No creo que te lo diga suficiente. Te amo tanto que a veces no sé qué hacer, me enamoré y no lo pude evitar.

—Yo también te amo —Jimin lo besó suavemente—. Y tenemos todo el tiempo del mundo para demostrárnoslo mutuamente. Me enamoré también sin siquiera notarlo.

Los meses siguientes fueron un periodo de ajuste y crecimiento. Jimin volvió al trabajo después de tres semanas, encontrando que su reputación no solo estaba intacta sino fortalecida.

Jungkook, por su parte, seguía trabajando en construcción mientras buscaba algo mejor. Las noches llegaba agotado, con las manos llenas de callos nuevos, pero había algo diferente en él. Ya no era esa fatiga desesperada de alguien apenas sobreviviendo, era cansancio honesto de trabajo honesto.

Jun florecía ante sus ojos. Con estabilidad financiera nueva, podía participar en actividades escolares que antes eran imposibles, se unió al equipo de fútbol, tomó clases de arte los sábados, hizo amigos que venían a casa para jugar, algo que nunca había podido hacer antes por el espacio reducido.

Una tarde, casi cuatro meses después de mudarse, Jimin salió de la oficina y se encontró con Jungkook en un café céntrico, Jun estaba en la escuela. Era solo ellos dos, sentados frente a frente con tazas de café humeantes.

—Quiero proponerte algo —comenzó Jimin—. Y necesito que me escuches completamente antes de rechazarlo.

Jungkook lo miró con suspicacia inmediata, cruzando los brazos.

—Esa es exactamente la forma de empezar que me hace querer rechazar lo que sea que vas a decir.

—Escucha primero, luego rechaza si quieres.

—Está bien. Te escucho.

Jimin respiró hondo, organizando sus pensamientos.

—Quiero ayudarte financieramente. Pero no de la manera que piensas, no es solo dar dinero porque lo tengo —levantó una mano cuando vio que Jungkook estaba a punto de interrumpir—. Déjame terminar. Quiero invertir en ti, en tu futuro, en tu potencial.

—No entiendo qué significa eso.

—Significa que he estado observándote cocinar durante meses. He probado tu comida, he visto cómo te iluminas cuando hablas sobre técnicas culinarias o ingredientes nuevos, y he visto cómo sufres trabajando en construcción cuando claramente tu pasión está en otra parte.

Jimin se inclinó hacia adelante, con intensidad en su mirada.

—Quiero que abras tu propio restaurante, o café, lo que quieras. Un lugar tuyo donde puedas cocinar lo que amas, crear menús, construir algo desde cero.

Jungkook lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Jimin, eso cuesta... no tengo idea cuánto cuesta, pero sé que es mucho, cientos de millones de wones.

—Trabquilo, no estoy ofreciendo regalarte el dinero. Estoy ofreciendo invertir en un negocio, tú serías el dueño principal, yo sería inversionista, haríamos contrato legal, todo formal.

—Pero...

—Te capacitas primero —continuó Jimin—. Cursos culinarios profesionales, certificaciones, lo que necesites. Yo cubro tus gastos durante ese tiempo, seis meses, tal vez un año. Luego buscamos un local, diseñamos el concepto juntos, contratamos personal, abrimos.

Hizo una pausa.

—Considéralo un préstamo si eso te hace sentir mejor, una inversión en nuestro futuro. Cuando el negocio genere ganancias, me pagas de vuelta, con interés si insistes, aunque preferiría que no.

Jungkook frunció el ceño, procesando. Una sonrisa tímida y casi incrédula comenzó a formarse.

—Hablas como si esto fuera simple. Como si fuera obvio.

—Para mí lo es. Eres brillante en la cocina, Jungkook. Tienes talento natural, solo necesitas oportunidad real y entrenamiento formal. El resto ya está ahí.

—¿Y si fallo? —la pregunta salió en apenas un susurro—. ¿Qué pasa si tomo tu dinero, hago todo el entrenamiento, abrimos el lugar, y nadie viene? ¿O la comida no es lo suficientemente buena? ¿O simplemente no funciona?

—Entonces no funciona —respondió Jimin simplemente—. Aprendemos de eso y lo intentamos diferente, pero no creo que vayas a fallar. Y honestamente, el riesgo financiero es completamente manejable para mí.

—No es sobre el dinero —dijo Jungkook con frustración evidente—. Es sobre... sobre no querer decepcionarte, sobre tener tanto miedo de desperdiciar esta oportunidad que casi prefiero no tomarla.

—Entiendo ese miedo. Pero ¿sabes qué me decepcionaría realmente? Verte seguir rompiendo tu espalda en trabajos que odias cuando tienes tanto que ofrecer en otra área. Eso me rompería el corazón.

Jimin tomó las manos de Jungkook sobre la mesa.

—Hazlo, cariño. Imagina poder decirle a Jun que su papá tiene su propio restaurante, que construiste algo desde cero, que tomaste un riesgo y funcionó. ¿Qué mejor ejemplo puedes darle?

Jungkook cerró los ojos, lágrimas escapando por las esquinas.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me das tanto?

—Porque puedo. Porque tengo los recursos y sería egoísta no usarlos para ayudar a alguien que amo. Porque Jun merece ver a su padre construir una vida mejor, porque tú mereces esto, Jungkook. Y también porque... —Jimin sonrió con un poco de culpa—, porque sigues sin aceptar que vayamos a Japón para navidad y necesito que mi dinero signifique algo más que solo números en una cuenta.

Jungkook soltó una risa húmeda.

—Eres imposible.

—¿Eso es un sí?

Jungkook no respondió inmediatamente. Se quedó sentado, mirando sus manos entrelazadas con las de Jimin, procesando la magnitud de lo que se estaba ofreciendo.

—Necesito pensarlo —dijo finalmente—. No puedo tomar una decisión así ahora mismo.

—Está bien. Tómame el tiempo que necesites.

Tardó tres días, tres días de conversaciones nocturnas susurradas después de que Jun se durmiera, días de Jungkook haciendo listas de pros y contras, investigando cursos culinarios, calculando números en papel.

Finalmente, un jueves por la noche, mientras lavaban los platos juntos después de cenar, Jungkook lo dijo.

—Está bien, lo hago. Acepto tu oferta.

Jimin casi dejó caer el plato que estaba secando.

—¿En serio?

—En serio, pero con condiciones.

—Las que quieras.

—Primero, definitivamente es un préstamo formal, con contrato. Te voy a pagar cada won de vuelta, con interés razonable.

—De acuerdo.

—Segundo, yo tomo las decisiones finales sobre el concepto del restaurante. Puedes aconsejar, pero la visión es mía.

—Completamente de acuerdo, así debe ser.

—Tercero, si en algún punto siento que no estoy listo o que no está funcionando, puedo detenerlo sin culpa o presión.

—Por supuesto.

Jungkook respiró hondo.

—Y cuarto... vamos a Japón para navidad, los tres. Como familia.

Jimin sonrió enorme.

—Ahora estás hablando mi idioma.

Se besaron sobre el fregadero lleno de platos, con las manos mojadas y jabonosas, riendo contra los labios del otro.

Los siguientes meses fueron un torbellino de actividad, Jungkook se inscribió en un programa culinario intensivo en una de las escuelas mejor reputadas de Seúl. Seis meses, de lunes a viernes, ocho horas diarias de entrenamiento práctico y teórico.

Jimin nunca lo había visto tan animado, llegaba a casa agotado pero brillando, compartiendo todo lo que había aprendido ese día.

—Hoy hicimos cinco salsas madre diferentes. ¿Sabías que casi todas las salsas occidentales derivan de solo cinco bases? Es fascinante.

—Aprendimos técnicas de emplatado. Presentación visual, cómo hacer que la comida se vea tan buena que la gente quiera tomar foto antes de comer.

—El instructor dijo que tengo instinto natural para combinaciones de sabor. Que es algo que no se puede enseñar realmente, o lo tienes o no lo tienes.

Jun estaba igualmente fascinado, Jungkook practicaba recetas en casa y Jun era su asistente oficial y catador. El niño tomaba su rol muy seriamente, probando cada plato con expresión pensativa antes de dar su veredicto.

—Este necesita más sal, papá.

—Este está perfecto. Diez de diez.

—Este es interesante pero no sé si me gusta. Tal vez otras personas sí.

Mientras Jungkook estudiaba, Jimin usaba sus conexiones y experiencia corporativa para empezar a buscar locales potenciales.

Visitaba propiedades, evaluaba ubicaciones, analizaba tráfico peatonal y demografía del área.

También investigaba sobre permisos, licencias sanitarias, requisitos legales para abrir un restaurante. Todo el lado burocrático que Jungkook no tenía experiencia manejando.

Trabajaban en el proyecto juntos por las noches después de que Jun se dormía, laptops abiertas en la mesa del comedor, papeles esparcidos, discutiendo ideas.

—¿Qué tipo de cocina quieres hacer? —preguntó Jimin durante una de estas sesiones—. ¿Coreana tradicional? ¿Fusión? ¿Occidental?

Jungkook consideró la pregunta seriamente.

—Fusión coreana moderna. Tomar ingredientes y técnicas tradicionales pero presentarlos de formas nuevas, accesible pero elevado. Algo que se sienta especial sin ser pretencioso.

—Me encanta. ¿Y el ambiente?

—Cálido, acogedor, como comer en la casa de alguien en lugar de un restaurante formal. Quiero que la gente se sienta cómoda.

Jimin anotaba todo, ya visualizando el concepto completo.

—¿Nombre?

Jungkook sonrió, un poco tímido.

—He estado pensando en eso. ¿Qué te parece 'Gyeong Mongnyeon'?

Jimin frenó sus dedos sobre las teclas, levantando la mirada lentamente hacía su chico.

—¿Qué? —soltó Jungkook, fingiendo incredulidad—. Todo lo que amo y sólo lo entiendo yo.

—Es perfecto... Qué lindo eres.

Jungkook soltó otra risita, y se acercó a besar rápidamente los labios de Jimin.

Mientras tanto, la vida continuaba en sus otros aspectos. El caso judicial contra los atacantes de Jimin finalmente fue a juicio ocho meses después del ataque.

Jimin tuvo que testificar, y fue una de las experiencias más difíciles de su vida. Estar en esa sala fría, frente a los hombres que lo golpearon, describiendo cada detalle del ataque mientras ellos lo miraban con odio apenas contenido.

Pero no mostró debilidad, testificó con voz clara y firme, presentando los hechos sin embellecimiento ni omisión. Cada golpe, cada insulto, cada momento de terror.

Su abogado fue brutal dismantelando la defensa, que intentaba sugerir que Jimin "provocó" el ataque por su "comportamiento".

—¿Qué comportamiento específicamente? —preguntó el abogado de Jimin con sarcasmo frío—. ¿Caminar por una calle pública? ¿Existir? ¿Ser gay? ¿Cuál de esos constituye provocación según su cliente?

El jurado deliberó durante dos días. Cuando volvieron con el veredicto, Jimin sostenía la mano de Jungkook tan fuerte que probablemente le cortaba circulación.

Culpable en todos los cargos. Los cuatro acusados adultos fueron condenados a cinco años de prisión cada uno. El cuarto, el más joven que los videos mostraban participó menos activamente, recibió dos años de libertad condicional y doscientas horas de servicio comunitario en una organización LGBT+.

No era justicia perfecta, Jimin hubiera querido condenas más largas. Pero era justicia real, tangible, que establecía precedente. Los crímenes de odio tenían consecuencias, los agresores no se salían con la suya.

Después del veredicto, afuera de la corte, Jungkook abrazó a Jimin fuerte.

—Lo hiciste —le dijo—. Peleaste y ganaste.

Jimin no se sentía como ganador, el ataque todavía lo perseguía en pesadillas. Todavía se tensaba cuando caminaba solo por calles oscuras.

Pero asintió.

—Hice lo que pude. Usé todo lo que tenía, y algo cambió, aunque sea pequeño.

Tres meses después, Jungkook completó su certificación culinaria con calificaciones excelentes. Sus instructores le escribieron cartas de recomendación brillantes, uno incluso ofreciéndole trabajo en su restaurante.

Pero Jungkook declinó educadamente, ya tenía sus propios planes.

Encontraron el local perfecto en un barrio en transición, gentrificándose pero todavía accesible. Espacio suficiente para treinta mesas, cocina amplia con equipo profesional, ubicación cerca de oficinas corporativas y áreas residenciales.

Pasaron dos meses renovando. Jimin contrató arquitectos y diseñadores, pero Jungkook tomó todas las decisiones finales, sea paleta de colores cálidos, madera natural, iluminación suave, plantas reales en cada esquina.

La cocina era el orgullo de Jungkook. Equipada con todo lo que necesitaba, desde estufas profesionales, hornos de convección, refrigeradores industriales, y toda la tecnología moderna pero sin perder el toque humano.

Contrataron staff cuidadosamente, dos cocineros asistentes, tres meseros, un gerente. Jungkook entrenó personalmente a cada uno, transmitiéndoles su visión del servicio cálido y comida excepcional.

La noche antes de la gran apertura, los tres estaban en el restaurante vacío, Jun corría entre las mesas, emocionado de ver el lugar terminado, Jungkook y Jimin se sentaron en una mesa junto a la ventana, mirando el espacio que habían creado juntos.

—No puedo creer que esto sea real —dijo Jungkook—. Mi propio restaurante. Hace dos años estaba viviendo en una habitación del tamaño de un closet, preguntándome cómo iba a alimentar a Jun al día siguiente.

—Y ahora mira dónde estás —Jimin tomó su mano sobre la mesa—. Construiste esto, Jungkook. Sí, yo puse el dinero inicial, pero tú hiciste todo lo demás, la visión, el concepto, el entrenamiento, el trabajo. Esto es tuyo.

Jungkook negó con la cabeza, apretando la mano de Jimin.

—Es nuestro, de los tres. Nada de esto existiría sin ti, sin tu fé en mí cuando ni siquiera yo tenía fé en mí mismo.

Jun se acercó corriendo, interrumpiendo el momento.

—¡Papá! ¡Jimin-ssi! ¿Puedo ser el primer cliente mañana? Por favor, por favor.

Jungkook rió, jalando a Jun hacia él.

—Serás nuestro invitado de honor, campeón. Te voy a preparar lo que quieras.

—¿Incluso pizza de dinosaurios?

—No hacemos pizza aquí, pero puedo hacer algo especial solo para ti. ¿Qué te parece arroz frito con forma de dinosaurio?

—¡Sí!

La apertura fue un éxito mayor de lo que cualquiera anticipó. Las primeras semanas fueron caóticas, aprendiendo sobre la marcha, ajustando menús, perfeccionando servicio.

Pero las reseñas empezaron a llegar, todas brillantes.

"Gyeongju Mongnyeon es una joya escondida. La comida es excepcional, fusionando tradición coreana con técnicas modernas de forma que se siente natural. Pero lo que realmente destaca es el ambiente. Te sientes como si estuvieras cenando en la casa de un amigo, no en un restaurante."

"El chef claramente ama lo que hace. Cada plato está preparado con cuidado evidente, probé su plato estrella, bulgogi reinterpretado con salsa de vino tinto y servido sobre puré de batata coreana. Fue sublime."

"No esperaba encontrar un lugar así en este barrio. Gyeongju Mongnyeon es prueba de que comida excepcional no necesita ser pretenciosa o inaccesible. Precios razonables, porciones generosas, sabores increíbles."

El restaurante se llenaba casi todas las noches. Jungkook trabajaba largas horas pero llegaba a casa con esa energía específica que viene de hacer lo que amas. Incluso cuando estaba exhausto, estaba feliz.

Tres meses después de la apertura, Jungkook le entregó a Jimin un sobre grueso durante el desayuno un domingo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jimin, tomándolo con curiosidad.

—Ábrelo.

Jimin lo abrió, estaba lleno de efectivo. Contó rápidamente, quince millones de wones.

—Jungkook...

—Es parte del préstamo —dijo Jungkook con orgullo evidente brillando en sus ojos—. No es todo, obviamente, pero es más de la mitad del inicial que me diste. El restaurante está generando ganancias consistentes ahora, puedo empezar a pagarte de vuelta.

Jimin miró el sobre, luego a Jungkook, y entendía perfectamente lo que representaba. No era sobre el dinero en sí, era sobre dignidad, sobre reciprocidad, sobre dos personas construyendo algo juntos en lugar de una rescatando a la otra.

—No tenías que apurarte con esto —dijo suavemente—. Podías tomarte más tiempo.

—Lo sé, pero quería hacerlo. Necesitaba hacerlo —Jungkook se inclinó sobre la mesa—. Durante tanto tiempo, solo recibí, de ti, de otros. Y sé que lo hiciste por amor, no por obligación, pero necesitaba probarme a mí mismo que puedo contribuir equitativamente. Que no soy solo el proyecto de caridad de alguien.

—Nunca fuiste eso.

—Lo sé. Pero mi cerebro necesitaba esta confirmación física.

Jimin tomó el sobre y lo guardó con reverencia.

—Gracias. Por confiar en mí lo suficiente para aceptar ayuda, y por trabajar tan duro para construir algo increíble.

Jun eligió ese momento para entrar a la cocina, todavía en pijama, con el cabello completamente despeinado.

—¿Por qué están tan serios? Es domingo. Los domingos son para panqueques —anunció con la autoridad de alguien que claramente tenía sus prioridades en orden.

Jungkook y Jimin intercambiaron miradas y rieron.

—Tienes razón, campeón —dijo Jungkook, levantándose—. Los domingos son para panqueques. ¿Con qué los quieres? ¿Arándanos? ¿Chocolate?

—¡Ambos! Y crema batida, jarabe, fresas si tenemos.

—Eso es mucho azúcar para un niño tan pequeño.

—¡No soy pequeño! ¡Ya tengo nueve años!

Mientras Jungkook preparaba el desayuno elaborado que Jun había ordenado, Jimin observaba a su familia. Porque eso es lo que eran ahora, no por sangre, no por ley todavía, sino por elección, por amor, por el esfuerzo diario de aparecer y elegirse mutuamente una y otra vez.

Durante esos meses de transición y crecimiento, Jimin y Jungkook también trabajaban conscientemente en construir su relación sobre bases más sólidas. Ya no era sobre necesidad o desesperación o el impulso de rescatar a alguien. Era sobre respeto mutuo, apoyo genuino, amor que crecía más profundo con cada día que pasaban juntos.

Los cambios eran visibles para cualquiera que los conociera. Jimin ya no usaba trajes y corbatas los fines de semana, sus armarios estaban llenos de jeans cómodos, suéteres suaves, camisetas simples, solo se vestía formalmente para la oficina, e incluso ahí había relajado su estilo. Ya no peinaba su cabello hacia atrás con gel excesivo, si no que lo dejaba natural.

Jungkook también había cambiado. Su cabello, que antes llegaba casi hasta los hombros por falta de dinero para cortarlo regularmente, ahora estaba estilizado profesionalmente. Se vestía con ropa de calidad que le quedaba bien, ya no solo lo que era más barato o lo que encontraba en segunda mano, ya no se veía demacrado y exhausto constantemente. Había ganado peso saludable, sus mejillas ya no estaban hundidas, sus ojos ya no tenían esas ojeras permanentes de alguien viviendo en modo supervivencia.

Jun era quien más había florecido. Seguía siendo el mismo niño dulce y considerado, pero ahora también era saludable, tenía medicinas adecuadas para su bronquitis crónica, recibía tratamientos preventivos que significaban menos hospitalizaciones. Comía tres comidas nutritivas al día más snacks, tomaba vitaminas, crecía a un ritmo apropiado para su edad.

Y aunque ahora podía tener casi cualquier cosa que quisiera, Jun seguía siendo increíblemente agradecido por todo. Un juguete nuevo lo emocionaba durante meses, no pedía constantemente más, más, más como muchos niños con recursos. Disfrutaba profundamente lo que tenía, cuidaba sus cosas con ternura evidente.

Tenían citas reales ahora, no solo encuentros furtivos o tiempo robado. Citas planificadas donde se vestían bien, iban a restaurantes, al cine, a caminar por parques.

A veces Jun los acompañaba, convirtiendo las citas en salidas familiares. Iban al museo de ciencias donde Jun podía pasar horas mirando esqueletos de dinosaurios, al acuario donde presionaba su cara contra el vidrio observando pulpos, a parques de diversiones donde gritaba en cada juego mecánico.

Otras veces conseguían que la señora Lim, su vecina de confianza y aun con cariño inmenso del antiguo edificio, cuidara a Jun por algunas horas. Entonces tenían tiempo solo para ellos dos, cenas tranquilas con vino y conversación adulta, películas que no eran apropiadas para niños, largas caminatas por la ciudad sin tener que preocuparse por piernas cansadas de un niño de nueve años.

Aprendían más sobre el otro constantemente, esas pequeñas cosas que solo descubres viviendo con alguien día tras día.

Jimin descubrió que Jungkook amaba leer tanto como él, pero nunca había tenido dinero para comprar libros. Así que le regaló una membresía de biblioteca y suscripción a una librería digital, pasaban tardes enteras recomendándose títulos, debatiendo sobre finales de novelas, compartiendo pasajes favoritos.

Jungkook descubrió que Jimin era absolutamente terrible cocinando a pesar de toda su educación cara y su inteligencia evidente. El hombre podía cerrar deals multimillonarios pero no podía hervir pasta sin quemarla, así que Jungkook le enseñaba recetas básicas, riéndose cuando Jimin quemaba la salsa por tercera vez consecutiva.

—¿Cómo es posible que alguien tan inteligente sea tan malo en esto? —preguntaba Jungkook entre risas mientras rescataba otra olla.

—Es un misterio. Incluso para mí.

Construir una vida juntos no fue siempre fácil o simple. Había ajustes constantes, discusiones sobre cómo dividir responsabilidades domésticas, sobre cómo criar a Jun entre dos padres con estilos diferentes, sobre dinero, expectativas y límites.

Jimin tuvo que desaprender años de privilegio, momentos donde sugería soluciones caras a problemas simples sin pensar. "¿Jun necesita útiles escolares nuevos? Compremos de todo en la tienda más cara." Y Jungkook tenía que recordarle pacientemente que no todos tenían esa opción, que era importante enseñarle a Jun sobre valor y presupuesto, no solo comprar lo más caro porque podían.

Jungkook tuvo que desaprender años de hiperindependencia. Momentos donde se negaba a pedir ayuda incluso cuando claramente la necesitaba porque estaba tan acostumbrado a hacer todo solo. "No, puedo cargar todas estas cajas de suministros yo mismo." Y Jimin tenía que recordarle que pedir ayuda no era debilidad, que estaban juntos en esto, que esa era la definición completa de pareja.

Peleaban a veces, discusiones reales sobre cosas importantes y también sobre tonterías. Sobre quién olvidó comprar leche, sobre si Jun debería tener más o menos tiempo de pantalla, sobre horarios conflictivos, sobre pequeños resentimientos que se acumulaban si no se hablaban.

Pero también aprendían a pelear productivamente. A escuchar realmente en lugar de solo esperar su turno para hablar, a disculparse cuando se equivocaban, a perdonar cuando el otro se equivocaba, a recordar que estar en desacuerdo sobre algo no significaba que el amor desapareciera.

Y había tanta alegría. Mucha más alegría que conflicto.

Mañanas donde los tres desayunaban juntos antes de que Jun fuera a la escuela y ellos al trabajo, Jun contando sus sueños elaborados sobre dinosaurios espaciales, Jungkook robando bocados del plato de Jimin, y Jimin robando sorbos del café de Jungkook.

Noches donde cocinaban juntos, una sinfonía coordinada de movimientos en la cocina. Jun mezclando ensalada, Jungkook preparando el plato principal, Jimin intentando hacer guarniciones simples, riendo cuando todo salía mal, celebrando cuando salía bien.

Fines de semana explorando la ciudad juntos, haciendo picnics con comida que preparaba Jungkook. Descubriendo cafés pequeños y librerías escondidas, cosas que no costaban mucho pero que se sentían invaluableles porque las hacían juntos.

Y también lujos que ahora podían permitirse. Viajes a la playa, cenas en restaurantes caros para ocasiones especiales, entradas para conciertos y obras de teatro. Jun teniendo su propia tablet para juegos educativos, Jungkook comprando ese juego de cuchillos profesionales que siempre había visto sólo en escaparates, Jimin actualizando su oficina en casa con equipo nuevo.

Tenían opciones ahora. Esa era la diferencia fundamental, no estaban limitados por necesidad absoluta, podían elegir.

Jun comenzó a llamar a Jimin "papá Jimin" naturalmente, sin una gran conversación ceremonial sobre títulos o roles.

Simplemente sucedió un día durante el desayuno cuando tenía nueve años.

—Papá Jimin, ¿puedes pasarme la leche? —dijo mientras se servía cereal.

Jimin se congeló completamente, la taza de café a medio camino de su boca, el tiempo pareció detenerse.

Jungkook también se detuvo, la cuchara suspendida sobre su tazón, mirando a su hijo con ojos muy abiertos.

Jun parecía completamente ajeno a la magnitud de lo que acababa de decir. Simplemente esperaba su leche, tarareando una canción de la escuela.

Jimin intercambió una mirada con Jungkook por encima de la cabeza de Jun. Jungkook tenía lágrimas acumulándose en sus ojos pero asintió, con un pequeño movimiento de cabeza que comunicaba todo.

"Está bien, es correcto. Eres su padre también."

Jimin pasó la leche con manos ligeramente temblorosas.

—Aquí tienes, pequeño —su voz se quebró un poco en la última palabra pero Jun no lo notó, demasiado ocupado vertiendo leche en su cereal y cantando sobre algo de la escuela.

Esa noche, después de que Jun se durmiera, Jimin y Jungkook salieron al balcón de su apartamento. El aire nocturno era fresco, la ciudad brillaba con miles de luces abajo.

Se quedaron parados uno junto al otro en silencio durante varios minutos, solo existiendo juntos en ese espacio.

Finalmente, Jungkook habló.

—¿Te arrepientes? —la pregunta salió suave pero cargada de peso real—. De todo. De haberme elegido, de haber elegido esta vida, de haber perdido tu familia, tus amigos, la facilidad de tu vida anterior.

Jimin se giró para mirarlo directamente, con expresión casi ofendida.

—¿Arrepentirme? Jungkook, mírame. Mírame realmente.

Jungkook lo miró.

—Jamás me arrepiento —dijo Jimin con fiereza absoluta—. Ni un solo día, ni un solo segundo. Tengo lo que siempre evité por miedo. Una familia real, tengo amor verdadero, un propósito que va más allá de números en hojas de cálculo. Soy feliz, Jungkook, genuinamente, profundamente feliz.

Hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado.

—No extraño nada de lo que tenía antes. Aquella vida era fácil, sí. Cómoda, predecible, pero estaba vacía. Era como vivir en una fotografía hermosa pero bidimensional, se veía bien desde afuera pero no había sustancia real.

Jimin tomó las manos de Jungkook entre las suyas.

—Y ahora tengo esto. Tengo profundidad, conexión real, un niño que me llama papá sin que nadie le dijera que tenía que hacerlo. Tengo un hombre que me ama no por mi dinero o mi posición sino por quién soy cuando no estoy fingiendo ser nadie más.

Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Por primera vez en años, cuando me despierto en la mañana, realmente quiero estar despierto. Quiero ver qué trae el día, quiero experimentar cada momento. Antes solo existía, sobrevivía, iba a través de los movimientos. Ahora realmente vivo.

Jungkook no dijo nada. Solo jaló a Jimin hacia él y lo besó, profundo, duradero y lleno de todo lo que las palabras no podían expresar completamente.

Cuando se separaron, ambos tenían lágrimas corriendo por sus rostros.

—Te amo —dijo Jungkook—. Te amo tanto que a veces me asusta. Porque nunca tuve algo tan bueno que perder.

—No vas a perderme —prometió Jimin—. Tendríamos que perderlo juntos, y no voy a dejar que eso pase.

Los meses se convirtieron en un año.

Luego en dos.

El aniversario de su primer encuentro en aquella esquina pasó sin que lo celebraran, porque ninguno recordaba la fecha exacta. Pero celebraban otras cosas, como el primer aniversario de Gyeoul Mongnyeon, el cumpleaños número diez de Jun, que lo celebraron con una fiesta grande donde invitaron a toda su clase, el día en que Jimin cerró el deal más grande de su carrera, el día en que la madre de Jimin finalmente reunió el valor para preguntar si podía conocer a Jungkook y a Jun.

Esa última reunión fue tensa pero crucial. La madre de Jimin llegó con un pastel caro de una pastelería francesa, claramente sin saber qué más traer. Sus manos temblaban ligeramente mientras lo ponía sobre la mesa.

Jun la miró con curiosidad directa.

—¿Tú eres la mamá de papá Jimin? —preguntó sin rodeos.

Ella se congeló completamente ante el título. Sus ojos se llenaron inmediatamente de lágrimas, miró a Jimin, luego a Jun, luego de vuelta a Jimin.

—Sí —dijo con voz temblorosa—. Soy su madre.

—Genial. ¿Quieres ver mis dibujos? Soy muy bueno dibujando dinosaurios.

Y así, con la simplicidad característica de un niño de diez años, la tensión se rompió.

La madre de Jimin pasó la tarde conociéndolo de una manera que nunca lo había hecho realmente antes. Lo vio reír genuinamente por primera vez en años, lo vio interactuar con

Jun con paciencia infinita, respondiendo preguntas interminables sobre dinosaurios, lo vio ayudar a Jungkook en la cocina, los dos moviéndose alrededor del otro con facilidad practicada.

Antes de irse, abrazó a Jimin en la puerta.

—Nunca te vi feliz antes —susurró contra su hombro—. Ni siquiera sabía cómo se veía tu felicidad real hasta hoy. Y es... es hermosa, hijo, tú eres hermoso así.

Jimin la abrazó de vuelta, sintiendo años de distancia comenzar a sanar.

—Gracias, mamá... por venir, por intentar.

—¿Puedo... puedo volver? ¿Conocer más a tu familia?

—Siempre serás bienvenida aquí.

No fue una reconciliación completa e instantánea. Su padre seguía sin hablarle, probablemente nunca lo haría. Ese puente estaba quemado más allá de reparación. Pero su madre comenzó a visitarlos una vez al mes, a veces dos, traía siempre algo innecesario pero apreciado, ropa cara para Jun que él usaba dos veces antes de crecer, vino caro para Jungkook y Jimin, libros para todos.

Aprendió los nombres de los dinosaurios favoritos de Jun. Preguntaba a Jungkook sobre el restaurante con interés genuino, hacía el esfuerzo de construir puentes donde antes solo había muros.

Eventualmente, Jun comenzó a llamarla "abuela". Y ella lloraba cada vez.

Seunwoo y Hyunjin desaparecieron mayormente de la vida de Jimin. La amistad que habían compartido durante años simplemente se evaporó, incapaz de sobrevivir la honestidad.

Hyunjin envió un mensaje casi seis meses después del ataque:

"Fui un idiota, lo siento. He estado pensando mucho sobre cómo reaccioné y me avergüenzo. No tienes que perdonarme, pero quería que supieras que estoy tratando activamente de ser mejor, de entender mejor. Lamento no haberlo notado en su momento."

Jimin respondió después de pensarlo durante dos días.

"Gracias por disculparte. Aprecio que estés haciendo el esfuerzo de educarte, y te deseo genuinamente lo mejor."

No volvieron a ser amigos cercanos. Ese puente estaba dañado permanentemente. Pero había cierre, y eso era suficiente.

Seunwoo tardó mucho más. Casi un año completo después de todo, Jimin recibió un mensaje corto.

"Escuché que abriste un restaurante. Bueno, que tu pareja abrió uno. No entiendo tu vida, probablemente nunca la voy a entender, pero espero que estés bien. Eso es todo."

Jimin leyó el mensaje tres veces, luego lo archivó sin responder. Algunas relaciones no se podían reparar, y también estaba bien. No todos tenían que entender, no todos merecían espacio en su vida nueva.

La vida no era perfecta. Jimin todavía tenía días donde la depresión lo alcanzaba como ola inesperada, días donde el trauma del ataque regresaba en pesadillas vívidas, despertaba sudando, respirando pesado.

Jungkook aprendió a reconocer las señales. Se despertaba con él, lo sostenía hasta que el pánico pasaba, le recordaba que estaba a salvo.

—Estoy aquí, mi amor. Estás a salvo, fue solo un sueño... respira conmigo.

Jimin buscó terapia, algo que debería haber hecho años atrás, décadas tal vez. Encontró una terapeuta especializada en trauma y en temas LGBT. Se sentaba en ese consultorio cada semana, desenredando capas y capas de shame internalizada, represión, trauma de años fingiendo ser alguien que no era.

Era doloroso, intento a veces, pero necesario.

Jungkook también iba a terapia. Procesando sus propios demonios, desde la pérdida de Jieun, años de supervivencia en modo crisis constante, vender su cuerpo, luego aprender a aceptar ayuda y estabilidad sin esperar que desapareciera en cualquier momento.

Su terapeuta lo ayudó a entender que merecía cosas buenas. Que aceptar ayuda no lo hacía débil o menos valioso, que su valor como persona no estaba atado a cuánto podía soportar solo.

Se sostenían mutuamente a través de los días difíciles. Cuando Jimin tenía una pesadilla particularmente mala, Jungkook lo sostenía hasta que su respiración se calmaba, luego le preparaba té caliente y se sentaban en el sofá viendo programas tontos hasta que el sol salía. Y cuando Jungkook tenía un día terrible en el restaurante, llegando a casa frustrado y agotado, Jimin cocinaba, o intentaba cocinar su comida favorita y lo dejaba desahogarse o simplemente sentarse en silencio, lo que necesitara.

Jun crecía ante sus ojos. A sus diez años, ya no dibujaba solo dinosaurios, ahora diseñaba edificios elaborados, casas con jardines, rascacielos con detalles arquitectónicos.

—Quiero ser arquitecto cuando sea grande —anunció un día durante la cena—. Para diseñar casas bonitas para familias como la nuestra. Casas donde la gente sea feliz.

Jimin y Jungkook intercambiaron miradas sobre su cabeza.

—Vas a ser un arquitecto increíble —dijo Jimin.

—El mejor —agregó Jungkook.

Lo inscribieron en clases de arte los sábados, luego en un programa de diseño básico para niños. Ver a Jun florecer, seguro y feliz y lleno de sueños para el futuro, era el recordatorio constante de que cada decisión difícil había valido completamente la pena.

Una tarde, casi dos años después de su primera noche juntos, Jimin estaba trabajando en la mesa del comedor que ahora servía como su oficina improvisada cuando no estaba en la oficina real. Jun estaba en el suelo de la sala, rodeado de libros y lápices de colores, trabajando en su tarea de matemáticas con concentración intensa. Jungkook llegaría del restaurante en una hora.

La escena era completamente ordinaria, nada especial, solo un martes cualquiera en marzo.

Y de repente, Jimin se detuvo.

Cerró su laptop y solo observó.

Observó a Jun mordiendo el labio mientras resolvía un problema difícil, su lengua asomándose ligeramente como siempre hacía cuando se concentraba mucho. Observó el apartamento que ahora estaba completamente vivo, con dibujos de Jun cubriendo la puerta del refrigerador, los zapatos de Jungkook junto a la entrada, plantas que Taehyung les había regalado y que milagrosamente seguían vivas, libros apilados en cada superficie porque todos eran lectores voraces.

Este apartamento, con todo su desorden organizado y sus espacios vividos, se sentía más como hogar que cualquier lugar en el que Jimin había vivido antes.

Pensó en la persona que era hace dos años. El CEO en su torre de cristal, escondiéndose detrás de trajes perfectos y una vida heterosexual que nunca le quedó bien ni por un segundo. Esa persona le parecía un extraño ahora, alguien que había conocido en otra vida, en otra realidad.

Perdió cosas en estos dos años. Su matrimonio con Soomin, la relación con su padre que probablemente nunca recuperaría, amistades de años que no pudieron sobrevivir su honestidad, la comodidad de una vida predecible donde nunca tenía que confrontar quién realmente era.

Pero ganó tanto más. Ganó autenticidad, la capacidad de mirarse en el espejo y reconocer completamente a la persona que le devolvía la mirada, ganó amor real, el tipo que viene de ser completamente conocido, completamente visto, y aún así completamente elegido. Ganó una familia que construyó activamente en lugar de una que simplemente heredó, ganó propósito más allá de ganancias corporativas.

¿El camino fue fácil? Absolutamente no.

Hubo discriminación, hubo violencia que casi lo mata, hubo pérdidas que todavía dolían cuando las tocaba, pero también hubo justicia. Hubo apoyo de lugares inesperados, también hubo la posibilidad real de pelear, de usar su privilegio para algo más grande que él mismo, de establecer precedentes para otros que vendrían después.

Jun levantó la vista de su tarea.

—Papá Jimin, ¿me ayudas con esta división? Es super difícil.

Jimin sonrió, cerrando su laptop completamente.

—Claro, hijo. ¿Qué tienes?

Se sentó en el suelo junto a Jun, sus rodillas protestando un poco, y revisó el problema de matemáticas. Trabajaron juntos, Jun siguiendo la lógica de Jimin con concentración intensa.

Cuando lo resolvieron correctamente, Jun levantó su mano para chocar los cinco.

—¡Lo hicimos! Gracias, papá Jimin.

—De nada, Jun. ¿Tienes más tarea?

—Solo leer un capítulo de mi libro para mañana. Pero es un libro bueno, así que no cuenta como tarea realmente.

Jimin rió.

—Voy a empezar algo para cenar antes de que tu papá llegue.

Fue a la cocina y evaluó opciones, decidieron que harían algo simple esa noche. Pasta con vegetales tal vez. Sacó ingredientes, comenzando a picar cebolla con la técnica imperfecta que Jungkook le había enseñado y que todavía no dominaba completamente.

La puerta se abrió más temprano de lo esperado. Jungkook entró, todavía en su ropa de trabajo del restaurante, se veía cansado pero sonrió ampliamente cuando vio a Jimin en la cocina intentando cocinar.

—Salí temprano hoy. Mi encargado, Seokmin, el muchacho que estuvo desde que abrimos, está manejando el cierre. Es super responsable.

—Perfecto. Estoy comenzando la cena.

Jungkook se acercó, besando a Jimin rápidamente en los labios antes de ir a saludar a Jun, quien saltó inmediatamente para abrazarlo.

—¡Papá! Terminé mi tarea de matemáticas. Fue super difícil pero papá Jimin me ayudó y la resolví toda bien.

—Eso es genial, campeón. Muy orgulloso de ti. Voy a ducharme rápido y luego cenamos juntos, ¿sí?

Mientras Jungkook se duchaba, Jimin continuaba cocinando. Escuchaba a Jun en la sala, ahora leyendo su libro en voz alta para practicar como hacía a veces, escuchaba el agua de la ducha corriendo, los sonidos distantes de la ciudad viviendo su vida nocturna afuera.

Todo era tan increíblemente, maravillosamente normal.

Jungkook salió veinte minutos después, con ropa limpia y cabello húmedo goteando ligeramente. Se unió a Jimin en la cocina, comenzando a preparar ensalada sin que nadie se lo pidiera. Trabajaban juntos en silencio cómodo, moviéndose alrededor del otro con facilidad que solo viene de meses y meses de práctica.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó Jungkook mientras cortaba tomates con precisión profesional.

—Bien, productivo. Tuve reunión con un cliente potencial, una empresa mediana que necesita reestructuración completa. Parece un proyecto interesante.

—¿Vas a aceptarlo?

—Probablemente. Si ellos aceptan mis términos, ya envié la propuesta. Veremos qué responden.

—Suena bien. Confío en tu criterio.

Otro silencio cómodo mientras trabajaban. El sonido de cuchillos contra tablas, agua hirviendo, Jun tarareando en la sala.

Entonces Jungkook dijo, casi casualmente pero con algo en su tono que hizo que Jimin prestara atención inmediata.

—Estoy considerando abrir una segunda sucursal.

Jimin volteó completamente, con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? Jungkook, eso es increíble. ¿Dónde estabas pensando?

—Hay un local disponible en Gangnam. Tráfico alto durante almuerzo y después de oficina, diferente demografía que la primera sucursal pero creo que funcionaría bien.

Jungkook siguió cortando, no mirando a Jimin directamente.

—Sería más supervisión que cocinar directamente. Contrataría un chef ejecutivo para el día a día, y yo iría entre ambas sucursales, asegurando calidad, desarrollando menús. Más administración, mejor paga, beneficios completos.

—¿Y quieres hacerlo? —preguntó Jimin cuidadosamente—. Quiero decir... No por el dinero o el prestigio, sino porque realmente lo quieres.

—Sí —Jungkook finalmente lo miró, sonriendo con esa timidez que todavía aparecía cuando hablaba de sus logros—. Nunca pensé que llegaría aquí, ¿sabes? A tener un negocio exitoso, considerar expandir. A tener opciones reales sobre mi futuro.

—Te lo mereces. Has trabajado increíblemente duro.

—Tuve ayuda. Mucha ayuda.

—Pero hiciste el trabajo —insistió Jimin—. Yo solo removí barreras financieras. Tú construiste todo lo demás, la visión, la ejecución, la reputación. Eso fue todo tu trabajo y dedicación.

Jungkook dejó el cuchillo, secándose las manos en un trapo.

—Para llegar a la segunda sucursal necesito hacer algunos cursos extra. Administración avanzada, gerencia de múltiples locaciones, algunas certificaciones más. Tal vez seis meses de estudio.

—Entonces lo haces.

—¿Así de simple?

—Así de simple —Jimin se acercó, poniendo sus manos en la cintura de Jungkook—. Si crees que necesitas mi permiso. No la necesitas. Pero si quieres mi opinión, creo que deberías hacerlo, creo que vas a ser increíble manejando múltiples locaciones. Y voy a apoyarte en cada paso.

Jungkook lo besó, profundo y agradecido.

—Bien... Voy a hacerlo entonces, voy a inscribirme en los cursos la próxima semana.

Terminaron de cocinar juntos y pusieron la mesa. Jun apareció cuando olió la comida, como siempre hacía, y se sentaron los tres a cenar.

Jun dominaba la conversación como usualmente hacía, contando historias elaboradas sobre drama en su clase de cuarto grado. Aparentemente Homin y Jihoon estaban peleados porque Jihoon había dicho en clases de naturales que los carnívoros eran mejores que los herbívoros, y Homin, quien obviamente sabía que los herbívoros eran superiores, había tomado ofensa personal.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Jungkook, claramente divertido—. ¿Carnívoros o herbívoros?

Jun lo consideró seriamente.

—Ambos son importantes para el ecosistema. Los carnívoros controlaban la población de herbívoros, y los herbívoros controlaban la vegetación, se necesitaban mutuamente para balance. Eso es lo que dice mi libro.

—Muy sabio —dijo Jimin—. Tal vez deberías explicarle eso a Homin y Jihoon.

—Ya lo intenté, y no me escucharon. Estaban muy ocupados siendo dramáticos.

Los tres rieron.

Después de cenar, Jungkook lavó los platos mientras Jimin ayudaba a Jun a prepararse para dormir, una rutina nocturna familiar, pijama, cepillarse dientes, elegir qué libro leer.

Esa noche Jun eligió un libro sobre el sistema solar. Jimin leyó un capítulo sobre Saturno y sus anillos, respondiendo preguntas interminables sobre composición de gases y gravedad.

Cuando terminó el capítulo, Jun bostezó ampliamente.

—¿Un capítulo más? —preguntó con esperanza como siempre.

—Mañana. Ya es hora de dormir.

—Está bien —Jun se acomodó bajo sus cobijas con diseño de dinosaurios—. Papá Jimin, ¿puedo preguntarte algo?

—Siempre, pequeño.

—¿Tú y papá se van a casar?

Jimin sintió que su corazón se detenía por completo. No era la primera vez que Jun preguntaba esto, pero cada vez lo tomaba desprevenido.

—¿Por qué preguntas eso, Jun?

—Porque Jihoon dice que sus papás se casaron porque se amaban y querían estar juntos para siempre. Y ustedes se aman y viven juntos. Entonces pensé que tal vez se iban a casar también.

Jun lo dijo con esa lógica simple e irrefutable de los niños.

—Eso es algo que tu papá y yo tenemos que discutir —respondió Jimin cuidadosamente—. El matrimonio es... complicado, e importante. Requiere conversaciones serias.

—Pero si se casan, entonces serías oficialmente mi papá. Legalmente, ¿eh? No solo papá Jimin sino papá en todos los papeles. ¿Cierto?

La garganta de Jimin se cerró completamente.

—Sí. Eso es cierto.

—Entonces creo que deberían hacerlo. Sería genial tenerte como papá oficial —Jun bostezó de nuevo—. Pero está bien si no quieren también, eres mi papá de todas formas. Los

papeles son solo papeles.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

—Siempre supe, papá. Solo que ahora soy más alto, así que la gente me escucha más.

Jimin rió, besando su frente.

—Buenas noches, Jun. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero. Hasta el espacio y de vuelta.

Jimin apagó la luz y salió, cerrando la puerta suavemente. Encontró a Jungkook esperándolo en el pasillo, claramente habiendo escuchado parte de la conversación.

—Entonces —dijo Jungkook—, matrimonio.

—Entonces, matrimonio —repitió Jimin.

Se movieron a su habitación, cerrando la puerta para tener privacidad. Se sentaron en la cama, uno frente al otro.

—No es la primera vez que Jun pregunta —comenzó Jimin.

—Lo sé, me pregunta a mí también. Últimamente más frecuentemente.

—¿Qué le dices tú?

—Lo mismo que tú. Que es algo que tenemos que discutir, que es complicado.

Silencio entre ellos. No incómodo, pero pesado con la importancia del tema.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Jimin finalmente—. Sobre casarnos... honestamente.

Jungkook se quedó callado durante largo rato, considerando su respuesta cuidadosamente.

—Honestamente, el matrimonio me asusta —admitió—. No la parte de comprometerme contigo, eso ya lo hice en mi cabeza hace mucho. Sino todo lo demás que viene con matrimonio, la formalidad legal, las expectativas sociales, la forma en que cambia las cosas a veces.

Hizo una pausa.

—Jieun y yo nunca nos casamos. Éramos demasiado jóvenes, sin recursos, sin apoyo de nadie, el matrimonio parecía irrelevante cuando apenas podíamos sobrevivir día a día. Y después, cuando ella murió, juré que nunca volvería a arriesgar mi corazón así. Era más seguro mantener todo casual, sin ataduras legales que pudieran doler más si se rompían.

—Pero esto no es casual —dijo Jimin suavemente.

—No. Definitivamente no es casual —Jungkook lo miró directamente—. Te amo... Más de lo que pensé que podría amar a alguien de nuevo, y quiero estar contigo. Pero el matrimonio... no sé. ¿Realmente necesitamos un papel del gobierno para validar lo que ya tenemos?

—No necesariamente —respondió Jimin—. Pero hay beneficios prácticos, legales. Especialmente con Jun... si algo te pasara a ti, yo no tendría derechos automáticos sobre él

sin matrimonio o adopción formal.

—Eso es verdad.

—Y siendo egoísta —continuó Jimin—, quiero poder llamarte mi esposo. Quiero que el mundo sepa sin ninguna ambigüedad que elegí estar contigo, que tú me elegiste, que esto es permanente y real.

Jungkook sonrió un poco.

—¿Mi esposo? Suena raro todavía.

—Todo suena raro hasta que no lo hace.

—También es verdad. Cariño.

Jungkook tomó las manos de Jimin entre las suyas, asintiendo con una sonrisa.

—Cariño... ¿Qué tal si hacemos esto? —propuso—. No nos apresuramos, pero empezamos a hablar seriamente sobre eso. Sobre qué significaría para nosotros, qué querríamos en una boda si la tuviéramos. Cómo manejaríamos todos los aspectos legales, y cuando ambos nos sintamos completamente listos, sin presión, lo hacemos.

—Me parece perfecto —dijo Jimin—. No hay prisa. Ya vivimos juntos, somos una familia. El matrimonio puede esperar hasta que sea el momento correcto para ambos.

—Exacto.

Se besaron, sellando ese compromiso. Luego se prepararon para dormir con su rutina familiar, Jimin revisando que todas las puertas estuvieran cerradas, Jungkook preparando la cafetera para la mañana siguiente, ambos cepillándose dientes en el baño de su habitación.

Se metieron a la cama juntos, Jungkook acurrucándose contra el pecho de Jimin como hacía todas las noches.

—Hey —dijo Jungkook en la oscuridad.

—¿Qué?

—Soy feliz. En caso de que no lo haya mencionado recientemente. Soy realmente, muy, muy feliz.

Jimin sonrió en la oscuridad, abrazándolo más cerca.

—Yo también. Más feliz de lo que alguna vez imaginé que podría ser.

—Mi hermoso como una magnolia —murmuró Jungkook, ya medio dormido.

—Mi dulce lluvia que me ayudó a florecer —respondió Jimin, besando su cabeza.

Ambos rieron endulzados ante las palabras.

Se quedaron dormidos así, enredados entre sí, seguros y cálidos en su hogar construido con amor, con esfuerzo y elección diaria.

Afuera, Seúl continuaba su vida nocturna incansable. Millones de personas viviendo sus propias historias de amor, pérdida, lucha, supervivencia, alegría.

Cada una navegando sus propios caminos a través de un mundo que podía ser brutal e injusto pero también sorprendentemente hermoso.

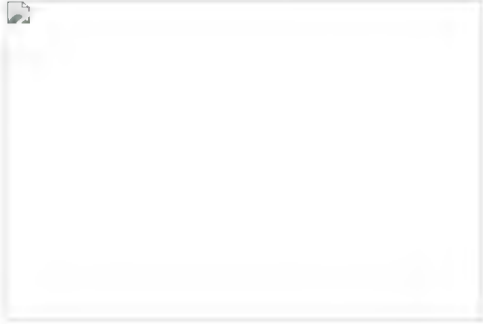
Y allí, en ese apartamento en el piso doce, tres personas habían encontrado su camino hacia algo real. Algo que valía cada riesgo, cada momento difícil, cada decisión valiente.

No era perfecto. Y es que nada lo era. Pero era suyo... completamente, irrevocablemente suyo.

Y eso era más que suficiente.

Eso era todo.





e p í l o g o

Seúl, Corea del Sur — Tres años después.

La luz del amanecer se filtra entre las cortinas del apartamento, pintando líneas doradas sobre las paredes blancas. Jimin despierta al sonido familiar de pequeños pasos corriendo por el pasillo, seguidos por la voz de Jungkook intentando sin mucho éxito mantener el volumen bajo.

—Jun, tu papá Jimin está durmiendo todavía. Ya sabes que trabajó hasta tarde anoche.

—¡Pero hoy es sábado! ¡Dijiste que podíamos ir al parque! ¡Necesito practicar más con mi bicicleta!

Jimin sonríe contra la almohada. Tiene treinta y tres años ahora, y hay mañanas donde su cuerpo le recuerda cada uno de esos años, especialmente después de quedarse hasta las dos de la madrugada terminando una propuesta para un cliente importante. Pero incluso con el cansancio, incluso con la espalda adolorida y los ojos pidiendo cinco minutos más, hay algo en este despertar que lo llena de una paz que nunca supo que existía.

Se levanta, se pone una camiseta arrugada del suelo, una de Jungkook que le queda un poco grande, y sale al pasillo descalzo. Jun, ahora de trece años y definitivamente más alto que hace un año, casi alcanzando el hombro de Jungkook, lo ve y corre a abrazarlo.

—¡Papá Jimin! ¿Ya despertaste? Papá dice que podemos ir al parque si terminamos el desayuno rápido. Quiero practicar ese truco que vi en internet.

—Buenos días a ti también, hijo —Jimin le revuelve el cabello, que Jun ahora usa un poco más largo porque dice que "se ve más cool así"—. ¿Qué hay de desayuno?

Jungkook aparece en la entrada de la cocina, secándose las manos en un trapo de cocina con estampado de dinosaurios que Jun le regaló hace dos navidades. A sus treinta y un años, se ve completamente diferente al hombre que Jimin conoció bajo aquella farola. Ya no está delgado por hambre sino por genética y ejercicio regular, hay músculos ganados honestamente en trabajo que ama, no en supervivencia desesperada. Sus ojos ya no tienen esa sombra constante de alguien esperando que todo se derrumbe en cualquier momento.

Ahora brillan con algo que da fé a la felicidad genuina.

—Panqueques —dice Jungkook, y hay algo en su tono que hace que Jimin sepa inmediatamente que hoy es un buen día—. Tus favoritos, con esas chispas de chocolate importadas caras que insistes en comprar cada semana.

—Son para Jun —protesta Jimin sin ninguna convicción.

—Claro que sí —Jungkook le lanza una mirada cómplice que todavía hace que el estómago de Jimin se revuelva un poco—. Por eso te comiste la mitad del paquete anoche cuando creías que nadie te veía.

Jun se ríe, ese sonido que ha madurado un poco pero que todavía puede hacer que el pecho de Jimin se apriete de amor puro. El niño corre de vuelta a la cocina, dejándolos solos por un momento en el pasillo.

Jungkook se acerca, poniendo una mano en la cintura de Jimin, y lo besa. Es un beso matutino, simple, que sabe a café recién hecho y a rutina de casi seis años, y a hogar construido ladrillo por ladrillo.

—Buenos días, esposo —murmura Jungkook contra sus labios.

—Buenos días, esposo —responde Jimin, y la palabra todavía le causa ese escalofrío de felicidad incluso después de seis meses de matrimonio.

Porque sí, finalmente lo hicieron. Seis meses atrás, en una ceremonia pequeña en el jardín del restaurante de Jungkook, ahora con dos sucursales exitosas, rodeados solo por las personas que realmente importaban. Taehyung como padrino de Jimin, llorando más que nadie, la madre de Jimin en primera fila, sosteniendo la mano de Jun, Taemin con su hermana, ambos sonriendo orgullosos. Amigos del trabajo de ambos, staff del restaurante, la señora Lim, su antigua vecina, con un pañuelo empapado.

No fue una boda cara o elaborada, pero fue perfecta.

No dicen "te amo" todos los días, ya no necesitan hacerlo. Está en los panqueques con chispas de chocolate caras, está en quedarse despierto hasta tarde terminando propuestas mientras Jungkook le trae té caliente sin que lo pida. Está en los dibujos de Jun pegados en el refrigerador con imanes, en la chaqueta de chef de Jungkook colgada junto a los sacos de Jimin, en la bicicleta nueva de Jun en el balcón, en las zapatillas deportivas junto a la puerta.

Mientras desayunan juntos, Jungkook tenía razón, Jun debe comer rápido si quieren llegar al parque antes de que se llene de familias, Jimin observa esta escena tan común y tan extraordinaria.

Hace cinco años y medio, era el CEO de una empresa de tecnología financiera, divorciado y miserable, viviendo en un apartamento que costaba más que lo que algunas familias ganaban en una década, y era profundamente, devastadoramente infeliz. Escondido, reprimido, muriendo lentamente bajo el peso de una mentira que había vivido durante veintiocho años.

Hace cinco años y medio, Jungkook vendía su cuerpo en una esquina bajo una farola, revisaba contenedores de basura buscando comida que todavía sirviera, y se preguntaba cada noche si podría mantener a su hijo un mes más. Sobreviviendo, penas, sin esperanza de algo mejor.

Hace cinco años y medio, ninguno de ellos sabía que el otro existía.

Y ahora están aquí. En un apartamento espacioso, lleno de vida, amor y desorden familiar, comiendo panqueques un sábado por la mañana. Planeando ir al parque para que Jun practique con su bicicleta nueva, regalo de cumpleaños de hace dos meses que adora con pasión. Siendo una familia, legal, oficial, completamente real.

—Papá Jimin —Jun lo saca de sus pensamientos—. Te quedaste mirando tu plato otra vez. ¿Estás pensando en trabajo?

—No, pequeño —Jimin sonríe, y es completamente genuino—. Solo estaba pensando en lo increíblemente afortunado que soy.

Jungkook le toma la mano por encima de la mesa, sus dedos callosos por años de trabajo entrelazándose con los de Jimin. No dice nada, no necesita hacerlo, esa pequeña sonrisa en la esquina de su boca dice todo.

Jun hace una mueca exagerada, dramática.

—Ugh, se están poniendo cursis otra vez. Literalmente hacen esto todos los días. ¿Podemos irnos ya o van a seguir siendo románticos toda la mañana?

Se ríen, terminan el desayuno, lavan los platos juntos en la cocina amplia pero acogedora donde ahora sí caben dos personas trabajando cómodamente. Jimin ayuda a Jun a encontrar su casco, obligatorio desde que casi se cae la semana pasada intentando un truco demasiado ambicioso, y sus rodilleras.

—¿Estás seguro de que no quieres que vaya con ustedes? —pregunta Jungkook mientras guarda los platos limpios—. Puedo cancelar la reunión con el arquitecto para la tercera sucursal.

—No, mi amor —Jimin niega con la cabeza—. Esa reunión es importante. Jun y yo estaremos bien, ya hemos ido al parque como cincuenta veces este mes.

—Sesenta y tres —corrige Jun con precisión—. He estado contando.

—Bueno, sesenta y tres entonces —Jimin sonríe—. Una más no nos va a matar.

Jungkook se acerca y besa a Jimin de nuevo, esta vez más profundo, con más intención.

—Te amo —dice, porque a veces sí necesita decirlo en voz alta.

—Yo también te amo.

Luego se agacha para abrazar a Jun.

—Ten cuidado con esos trucos. Y escucha a tu papá.

—Siempre tengo cuidado. Y siempre escucho.

—Mentiroso —dice Jungkook con cariño, revolviendo su cabello.

Mientras caminan hacia el parque, Jun empujando su bicicleta porque Jimin insiste en que las aceras están muy llenas para andar. Jimin toma la mano de su hijo, lo hace sin pensar, aunque Jun ahora protesta a veces porque "ya es grande", pero hoy no dice nada. Solo entrelaza sus dedos con los de Jimin y sigue caminando.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo? —dice Jun después de un rato.

—Siempre.

—¿Eres feliz? Como, realmente feliz. No solo diciendo que lo eres.

Jimin se detiene completamente en medio de la acera. Mira a Jun, este niño casi adolescente que ha crecido tanto en esos años que a veces Jimin tiene que recordarse

que sigue siendo su hijo.

—¿Por qué preguntas eso?

Jun se encoge de hombros, un gesto que ha adoptado recientemente y que usa cuando está siendo vulnerable pero no quiere admitirlo.

—No sé, a veces me acuerdo de antes. De cómo era cuando éramos solo papá y yo. Y sé que tú también tenías una vida antes, y solo... quiero asegurarme de que yo y mi papá somos buenos como tú siempre lo fuiste.

Jimin se agacha, tiene que agacharse menos ahora que Jun es más alto, y pone ambas manos en los hombros de su hijo.

—Escúchame bien, Jun. Y quiero que realmente escuches lo que voy a decir.

Jun asiente, sus ojos, tan parecidos a los de Jungkook, completamente enfocados en Jimin.

—Estos últimos años han sido los mejores de mi vida. Punto, sin debate. Antes de conocer a tu papá, antes de conocerte a ti, estaba viviendo una mentira. Tenía dinero, tenía éxito, tenía todo lo que se supone que debe hacerte feliz. Y era miserable.

Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Ahora tengo algo real. Tengo una familia que elegí y que me eligió, tengo amor verdadero. Tengo propósito más allá de ganar dinero. Y sí, Jun, soy feliz, tan feliz que a veces me asusto de lo feliz que soy.

—¿Por qué te asusta?

—Porque cuando finalmente tienes algo tan bueno, da miedo perderlo. Pero ese miedo no significa que me arrepienta, significa que valoro lo que tenemos. Que no lo doy por sentado ni un segundo.

Jun lo abraza entonces, fuerte, el tipo de abrazo que da cuando está sintiendo cosas que todavía no sabe expresar con palabras.

—Yo también soy feliz —murmura contra el hombro de Jimin—. Más feliz que nunca, papá... Incluso cuando te pones intenso con las reglas de la bicicleta.

Jimin ríe, abrazándolo de vuelta.

—Las reglas de la bicicleta existen porque te quiero vivo y sin huesos rotos.

—Lo sé.

Continúan caminando, y cuando llegan al parque, Jun inmediatamente va hacia el área abierta donde practica. Jimin se sienta en una banca cercana, observando mientras su hijo monta su bicicleta con esa confianza creciente que solo viene de práctica constante.

Jimin saca su teléfono y le manda un mensaje a Jungkook.

"Todo bien aquí. Jun está practicando, me preguntó si soy feliz. Le dije la verdad."

La respuesta llega en segundos:

"¿Y cuál es la verdad?"

"Que estos años contigo, con él, han sido los mejores de mi vida. Que soy más feliz de lo que alguna vez pensé que era posible."

"Bien, porque yo también, mi amor. Te veo en la cena. Te amo."

"Te amo también."

Jimin guarda su teléfono y sigue observando a Jun. Piensa en todo el camino que recorrieron para llegar aquí, los momentos terribles, como el ataque, la violencia, las pérdidas. Pero también los momentos hermosos, cuando el "temo al amor" se convirtió en "te amo", la mudanza al apartamento nuevo, Jun llamándolo "papá" por primera vez, la boda pequeña y perfecta, cada desayuno ordinario que se siente extraordinario.

No fue fácil. Nunca prometieron que sería fácil... pero valió la pena. Cada segundo difícil valió la pena para llegar a estos momentos, estos sábados ordinarios en el parque, estas familias construidas con amor y elección y valentía.

—¡Papá Jimin! ¡Mira! —grita Jun, haciendo un truco que es básicamente solo levantar la rueda delantera un poco del suelo pero que él ejecuta con el orgullo de alguien que acaba de ganar las olimpiadas.

—¡Lo vi! ¡Fue increíble! —grita Jimin de vuelta, aplaudiendo—. ¡Cuidado!

Y en ese momento, en ese parque lleno de familias disfrutando del sábado, con su hijo practicando en su bicicleta y su esposo en una reunión construyendo su futuro, Park Jimin es completamente, irrevocablemente feliz.

Esta es su historia.

De cómo dos mundos colisionaron en una esquina bajo una farola, de cómo el privilegio y la pobreza se encontraron y tuvieron que aprender a construir algo juntos desde cero.

De cómo la discriminación y la violencia son reales y dolorosas, pero no definen el final de la historia.

De cómo, a veces, el amor es suficiente.

Pero solo cuando también hay valentía. Cuando hay justicia, cuando hay apoyo de lugares inesperados, cuando hay la voluntad de pelear por algo mejor, no solo para uno mismo, sino para todos los que vendrán después.

Esta es la historia de cómo dos hombres dejaron de temerle al amor.

De cómo un niño ganó dos padres que lo aman incondicionalmente.

De cómo una familia se construyó no por sangre o ley, sino por elección diaria y amor inquebrantable.

Y de cómo aprendieron, finalmente, a vivir.

De verdad... completamente, y sin disculpas.

Jun grita de nuevo desde su bicicleta, llamando a Jimin para que vea otro truco. Jimin se levanta de la banca y camina hacia él, con el sol en su rostro y amor en su corazón.

Esta es su vida ahora.

Y no la cambiaría por nada en el mundo.

FIN



En verdad muchísimas gracias por leer ésta historia.

¡No creí que te fuera a gustar! La verdad la pensé durante una noche luego de dialogar con una amiga sobre una escena que ví durante un viaje (la escena del pequeño niño de bajos recursos entrando a un café a buscar comida y su interacción con un hombre vestido de traje). Y dije; "la haré aunque me cueste y aunque no le va interesar a nadie". ¡Hey! Me dejaron muda...

A mí solo me queda agradecerte nuevamente. Y seguir corrigiendo cada dos por tres, porque siempre algo falta...

Espero hayas disfrutado cada capítulo y cada momento. Y sobre todo un final digno (al menos para mí) para los chicos, su hermosa familia.

Te me cuidas mucho, espero que nos sigamos leyendo en otras historias y las disfrutes mucho también ♥

Atte: Sere ✨

Probablemente haré algo extra, no lo sé. Aún no lo sé.

extra 1 / ?



Si la vida me dió la esperanza en tus ojos, el oxígeno en tu sonrisa, la fé en tu dulce voz...

¿Cómo podría temerle al amor?

Cada minuto de mi día es un latido de tu corazón.

Si tú me enseñaste ésto...

¿Cómo podría temerle al amor?

Si cuando hay sed y hambre, me lloras. Y aún sabiendo que es salado, logras quitarme todo el malestar.

Si es por ti...

¿Cómo...?

¿Cómo puedo temerle tanto al amor?

Porque no importa el día y la hora.

le TEmo al AMOr.

Aquella noche, Jungkook no tenía un presagio. Nunca los tenía. Simplemente era una noche más, sin nada esperanzador más que el deseo de conseguir suficientes clientes con pretensiones que lo llevaran a conseguir un precio que salvara la renta del goshiwon.

El baño compartido del tercer piso estaba ocupado cuando llegó con Jun de la mano. Esperaron cinco minutos afuera mientras el pequeño se balanceaba sobre los talones, cantando bajito una canción que había aprendido en la escuela, hasta que salió un vecino con su toalla raída al hombro, asintiendo en silencio antes de desaparecer por el pasillo estrecho.

Jungkook cerró la puerta detrás de ellos.

—Levanta los brazos —indicó a Jun mientras abría la llave del agua.

El niño obedeció, dejando que su padre le quitara la camiseta, pantalones, ropa interior. Todo iba a un montón en el suelo.

El agua salió fría primero, como siempre. Jungkook metió la mano bajo el chorro, esperando, contando mentalmente los segundos hasta que la temperatura subiera lo suficiente. Veinte segundos, treinta, cuarenta, y finalmente tibia.

—Entra, Jun —guiando al pequeño bajo el chorro débil.

Jun cerró los ojos cuando el agua le cayó en la cara, salpicando a los lados porque el chorro nunca salía recto, la regadera estaba rota desde hacía meses y el casero decía que la arreglaría "la próxima semana", la misma promesa de siempre.

Jungkook tomó el shampoo y vertió un poco en su mano. Lo distribuyó entre las palmas antes de masajear el cabello negro de Jun con cuidado, haciendo espuma, sus dedos masajeando con ternura mientras el niño tarareaba esa misma canción.

—¿Papi, mañana es sábado?

—Sí.

—¿Puedo quedarme despierto hasta tarde viendo la tele de la señora Lim?

Jungkook enjuagó el champú con la jarra de plástico, cubriendo con cuidado de que no le cayera en los ojos.

—Si ella te deja. Pero si dice que te duermas, te duermes. Sin quejas.

—Está bien.

Tomó el jabón y talló suavemente el cuerpo de su pequeño.

—¿Y papá? —llamó Jun con los ojos todavía cerrados.

—¿Mm?

—¿Hoy vas a trabajar de guardián otra vez?

La pregunta se clavó en el pecho de Jungkook, punzante. Realmente era algo que prefería no tocar, no mirar directamente. Pero era su pequeño quien preguntaba.

—Sí, hijo. Tengo guardia esta noche.

—¿Vas a cuidar gente mientras duermo?

—Así es.

—Como Batman.

Jungkook sonrió a pesar de todo.

—Como Batman.

Jun nunca se quejaba, nunca pedía juguetes cuando pasaban frente a las tiendas, nunca preguntaba por qué otros niños tenían cosas que él no, ni por qué llevaba una mochila vieja a la escuela con el cierre roto que Jungkook había cosido tres veces con paciencia inagotable.

Jun es un niño bueno. Demasiado bueno para la vida que le había tocado.

Terminó de bañarlo en silencio, y cerró el agua. Envolvió a Jun en la toalla que habían traído y lo secó con palmaditas suaves hasta que el niño dejó de tiritar.

—¿Ya te cepillaste los dientes esta mañana?

—Sí, papá.

—Hazlo otra vez.

El niño tomó su cepillo azul y se paró frente al espejo del baño envuelto en su toalla, cepillando con movimientos exagerados mientras Jungkook recogía la ropa.

—Vamos a cambiarte —avisó el padre cuando su pequeño concluyó su trabajo.

De regreso en la habitación, Jungkook sacó ropa limpia de una caja. Pijama de algodón azul con estampados de dinosaurios. Se lo puso a Jun con movimientos sencillos y acostumbrados, primero la camiseta, luego el pantalón, ajustando el elástico en la cintura.

—¿Puedo llevar mi dibujo nuevo? —preguntó Jun, señalando un papel sobre el colchón de Jungkook—. Lo hice hoy en la escuela. Es un Triceratops, se lo enseñé a la señora Lim.

—Claro que sí.

Jun tomó el dibujo con cuidado y lo dobló, guardado en el bolsillo de su pijama cual un tesoro.

Jungkook revisó la mochila pequeña que llevaba Jun a casa de la señora Lim. Su libro viejo de dinosaurios, cuaderno de dibujo, estuche con lápices de colores, botella de agua.

—Listo, Jun. ¿Vamos?

El pequeño asintió totalmente listo, alcanzando la mano de su padre.

Salieron al pasillo, y bajaron las escaleras, el edificio estaba en silencio a esa hora, ya las siete de la noche, cuando la mayoría de los residentes ya estaban en sus habitaciones o trabajando turnos nocturnos como él.

Llegaron a la habitación de la señora Lim.

Tocó tres veces.

La puerta se abrió inmediatamente, mostrando a la mujer canosa.

—Jun-ah —dijo con ternura genuina—. Pasa, pasa. Hoy tengo galletas de arroz.

—¡Buenas noches, señora Lim! —Jun entró saludándola con reverencia antes de quitarse los zapatos, como siempre hacía. Ya conocía la rutina.

Jungkook le pasó la mochila.

—Tiene su libro y sus cosas para dibujar, ya cenó. Solo necesita...

—Lo sé, lo sé —interrumpió la señora con voz suave—. Ve tranquilo. Aquí está seguro.

—Gracias —dijo Jungkook, y lo decía en serio Todas las veces.

Siempre era la mejor, la única niñera que trataba a Jun como si fuera su propio hijo o nieto.

Jun se asomó desde dentro.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Cuídate mucho.

Jungkook sonrió, y se agachó hasta quedar a la altura de Jun. Le revolvió el cabello húmedo.

—Siempre, hijo. Nos vemos luego.

—Hasta mañana —concluyó Jun.

La puerta se cerró.

Jungkook se quedó parado ahí durante tres segundos completos, respirando.

Preparándose para lo que venía.

Luego subió de nuevo a su habitación. Se duchó rápido, se afeitó frente al espejo, cuidando cada línea de su mandíbula.

Volvió a la habitación envuelto en su toalla y eligió la ropa con la misma precisión mecánica de siempre. Ropa interior limpia, jeans negros ajustados que resaltaban sus piernas, camiseta crop blanca que terminaba justo encima del ombligo, revelando un tramo de abdomen que había aprendido que atraía clientes dispuestos a pagar más. Chaqueta de jean negra que le llegaba a la cintura, zapatillas Converse negras gastadas pero todavía presentables. Preparo preservativos, lubricante, la llave de la habitación. Palmeó los bolsillos asegurándose que todo estaba en su lugar.

Se miró al espejo una última vez.

Veinticinco años, trabajador sexual, padre soltero.

Esta era su vida.

Y no conocía otra.

Salió de la habitación cerrando con llave, bajó las escaleras, caminó dos cuadras hasta la parada de autobús bajo las luces amarillentas de farolas.

El autobús llegó siete minutos después. Subió, pasó la tarjeta de transporte, y se sentó en la parte trasera, junto a la ventana, donde podía mirar la ciudad pasar sin que nadie lo mirara a él.

Cuarenta minutos de viaje. Edificios altos dando paso a calles más estrechas, luces brillantes volviéndose más tenues. Las calles transformándose en la conocida Mapo.

Se bajó tres cuadras antes de su esquina. Siempre se bajaba tres cuadras antes, no quería que ningún conductor de autobús regular comenzara a reconocerlo, a asociar su rostro con ese destino específico.

Caminó el resto con las manos en los bolsillos de la chaqueta, la gorra baja, pasos casuales.

La calle apareció frente a él como siempre lo hacía, con sus luces de neón naranjas y azules predominando sobre el rosado, moteles baratos en fila, uno tras otro con esos nombres que prometían discreción que nadie realmente creía, música oyendose desde algún bar cercano, mezclado al ruido del tráfico.

Los trabajadores ya estaban en sus posiciones.

Nadie saludaba, nadie hablaba si no era necesario o fueran conocidos de mucha confianza.

La mayoría tenía reconocimiento mudo y mutuo cuando Jungkook pasaba. Una mirada aquí, un asentimiento allá. Territorios establecidos hace tiempo, respeto par entre gente que compartía el mismo infierno cada noche.

Una mujer con falda de cuero rojo lo miró sin más mientras fumaba apoyada contra un poste, un chico joven con camiseta ajustada que marcaba músculos trabajados le asintió brevemente, otro hombre mayor, tal vez cuarenta años, simplemente apartó la vista.

Todos sabían por qué estaban ahí, nadie fingía otra cosa.

Jungkook siguió caminando hasta que llegó a la esquina donde siempre encontraba a Siamara.

Ella estaba en su lugar de siempre, bajo un toldo, sentada en un taburete plástico rojo, espalda apoyada contra la pared de un motel que se llamaba "Descanso Rosado", fumando un cigarrillo liado a mano con dedos que temblaban ligeramente por la edad y el frío. Usaba un vestido morado que había visto mejores días, su cabello teñido de rojo intenso que le llegaba a los hombros, maquillaje pesado que no lograba ocultar las arrugas profundas alrededor de sus ojos y boca. Casi sesenta años, la mujer había sido vendida a los trece años a una red de trata que la explotó durante dos décadas antes de que lograra escapar, solo para descubrir que no tenía nada más en esta vida, que no sabía hacer nada más, que no tenía ninguna otra habilidad vendible, que su cuerpo era lo único que el mundo le había enseñado a ofrecer.

Conocía a Jungkook desde que él había aparecido en esta calle por primera vez con un bebé de dos años esperándolo en casa y ninguna otra forma de pagar el alquiler.

Levantó la vista cuando lo vio acercarse. Una sonrisa cansada se dibujó en su rostro.

—Ilan —dijo simplemente. Su voz erosionada por décadas de tabaco y vida dura.

—Siam —respondió Jungkook, deteniéndose frente a ella.

—¿Cómo está todo?

—Bien. Igual.

—¿Cómo está el pequeño?

—Bien. Estudiando mucho... tiene muy buenas notas y ya está muy bien de salud como nunca. Últimamente dibuja mucho y lo hace excelente. Si él supiera de ti, tal vez hasta me enviaría con un dibujo de regalo.

Ella sonrió más ampliamente esta vez, algo genuino cruzando su expresión.

—Ese niño va a ser artista algún día. O científico. Lo que sea menos esto.

—Lo que sea menos esto —repitió Jungkook en voz baja.

Siamara sacó dos cigarrillos liados de su bolso pequeño y se los ofreció.

Jungkook los tomó. Guardó uno y el sobrante lo puso entre sus labios.

Ella encendió su propio cigarrillo primero con un encendedor de plástico rojo descolorido, llama pequeña y amarilla que parpadeaba con el viento.

Jungkook encendió el suyo con encendedor propio que siempre estaba guardado en esa chaqueta específica. Inhaló profundo, el humo le quemó la garganta de forma familiar, casi reconfortante. Exhaló despacio, dejando que se dispersara en el aire nocturno.

—¿Cómo está la noche? —preguntó.

—Lenta —respondió Siamara—. Los viernes suelen ser mejores, pero hoy... no sé. Algo en el aire, pocos autos, pocos clientes.

Jungkook asintió. Las noches lentas significaban menos dinero, y menos dinero significaba decisiones difíciles.

"¿Comida o alquiler? ¿Medicinas para Jun o electricidad?"

—Lee estuvo aquí hace una hora buscando su porcentaje pero ya le pagué esta mañana, así que se fue —continuó Siamara, devolviéndolo a la realidad, comentando sobre un cliente suyo—. Tu esquina está libre, como siempre.

—Gracias.

—No me agradezcas, niño. Es solo respeto. Llevas años ahí, y es tuya por derecho.

Jungkook asintió guardando su encendedor.

—¿Cuánto necesitas esta noche? —preguntó ella de repente.

La pregunta lo tomó desprevenido. Siamara rara vez preguntaba números específicos.

—El alquiler —admitió—. Me faltan ciento cincuenta mil para completar.

Ella silbó bajito.

—Entonces necesitas dos o tres buenos clientes. O uno muy bueno.

—Sí.

—Los encontrarás —afirmó con certeza que Jungkook no sentía—. Tienes buena cara, buen cuerpo, los clientes te eligen sobre otros.

No respondió a eso. No sabía qué decir.

Fumaron en silencio durante un minuto completo. El tráfico pasaba frente a ellos, desde autos viejos mezclados con algunos nuevos, motos ruidosas, autobuses que se detenían en la esquina siguiente.

—Ve a tu esquina —dijo finalmente Siamara—. La noche es larga. Algo va a salir.

Jungkook asintió. Dio una última calada a su cigarrillo, lo aplastó contra el poste metálico con dos golpes secos, lo tiró al suelo, pisó con la suela de su zapatilla hasta que se deshizo completamente.

—Cuídate.

—Tú también.

Caminó hacia su esquina, veinte metros más allá, junto a un poste de señalización que se inclinaba ligeramente hacia la izquierda, bajo una farola vieja.

Se apoyó, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta, ajustó la gorra.

Y esperó.

Los primeros treinta minutos fueron vacíos.

Autos pasaban, algunos reducían la velocidad, mirando, evaluando, pero ninguno se detenía.

Una mujer con minifalda plateada cruzó frente a él, tacones golpeando el pavimento agrietado.

Un hombre se detuvo frente a otro trabajador dos esquinas más allá. Negociaron brevemente, subió al auto y se fueron.

Jungkook esperó.

Luego, un auto viejo se detuvo frente a él. Ventana bajando, hombre de unos cincuenta años, aliento a alcohol desde adentro.

—¿Cuánto? —preguntó sin preámbulos.

—Depende de lo que quieras —respondió Jungkook, tono neutral, profesional.

—Oral. Yo recibiendo.

—Doscientos mil.

El hombre hizo una mueca.

—Muy caro. Te doy cien.

—Ciento cincuenta. Última oferta.

—Ciento veinticinco.

Jungkook calculó mentalmente. Ciento veinticinco. Necesitaba ciento cincuenta, significaba que podría trabajar un turno de día en algún puesto casual y cubrir el pago.

Pero ciento veinticinco eran mejores que nada.

—Está bien.

Comenzó a caminar hacia el auto.

El hombre negó con la cabeza.

—No, no. Espera, cambié de opinión.

Jungkook se detuvo, no dijo nada. Solo se alejó hacía atrás sin mostrar expresión.

El auto arrancó, el hombre chasqueó la lengua y se fue.

Jungkook regresó a su poste suspirando.

Esperó.

Cuarenta y cinco minutos totales ahora.

Todavía nada.

El pequeño necesitaba zapatos nuevos antes del invierno completo. Los actuales tenían las suelas tan gastadas que el agua se filtraba cuando llovía.

Comida, arroz, kimchi, ramyeon barato, huevos si sobraba dinero.

Comenzó a calcular. Si no conseguía nada en la próxima hora, tendría que quedarse hasta más tarde, hasta las tres, las cuatro de la mañana. Recogería a Jun de casa de la señora Lim, con suerte con suficiente dinero para pagarle a la señora, el alquiler y algo extra para la comida de la semana.

Si no... bueno. Ya había retrasado el alquiler antes, el casero le daría una semana más, tal vez.

Encendió el segundo cigarrillo liado que Siamara le había dado, calando a gusto, tratando de calmar la ansiedad que comenzaba a subir.

"Carajo... Hoy no puede ser así"

Un autobús pasó, tres taxis, una motocicleta.

Luego, el Porsche.

Jungkook lo vio antes de que se detuviera.

Brillaba incluso bajo las luces tenues de la calle, negro profundo, pulido hasta reflejar las luces como espejo líquido, de un modelo caro, muy caro. El tipo de auto que valía más que todo lo que Jungkook poseía multiplicado por cien.

Jungkook frunció el ceño y siguió fumando, sin mirar directamente. Ya sentía que la noche estaba perdida, era avaro pensar en que aquél auto buscara a un tipo como él con las mujeres y otros hombres jóvenes realmente atractivos que abundaban.

El auto avanzaba suave por la calle. Otros trabajadores se acercaron inmediatamente como moscas a la miel, gritando, llamando la atención, haciendo a Jungkook rodar los ojos bajo su visera.

Y el auto no se detuvo con ninguno de ellos.

Siguió avanzando lentamente, pasó frente a dos, tres, cuatro trabajadores que gritaban ofertas.

Y de pronto, se detuvo frente a Jungkook.

La ventana del copiloto bajó con un zumbido eléctrico suave.

Jungkook levantó sólo la mirada desde las sombras de su gorra, el cigarrillo suspendido cerca del rostro.

"En serio...?", realmente... ¿Realmente entre tantas ofertas?

No se movió todavía

Solo observó, analizó aún desde los pasos que los alejaban.

Adentro se dejó ver un hombre. Atractivo de la forma pulida que venía con dinero y tiempo para cuidarse, incluso más atractivo de lo que podría esperar que habría aquella noche. Su cabello castaño peinado perfectamente, rostro simétrico, ropa cara incluso siendo casual.

Con toda sinceridad, no solían ser los clientes los atractivos... no.

Jungkook no perdió detalle.

Sus ojos... había algo en esos ojos. Miedo, nervios, timidez y vulnerabilidad que intentaba ocultar, fallando completamente.

"Sí... Es contigo", se respondió a sí mismo ante la duda.

Jungkook suspiró inmediatamente. Sintiendo que tal vez estaba por ser participe de un acto no heroico, precisamente mucho menos heroico de lo que ya era.

Aplastó tiró el cigarrillo, y lo pisó.

Se acercó inclinándose hacia adelante, apoyando el antebrazo en el marco de la puerta.

Miró adentro.

Era joven, veintitantos, tal vez treinta como máximo.

—¿Buscas compañía? —preguntó con el tono que había perfeccionado durante años, profesional pero no frío, invitante pero no desesperado.

El hombre abrió la boca, y no salió nada. Volvió a cerrarla, tragando saliva con tanta fuerza que Jungkook vio su garganta moverse. Sus ojos brillaron con más miedo que antes.

"Paciencia... Vas a poder", se dió ánimos a sí mismo.

Y esperó, paciente, sabía no presionar con este tipo de clientes. Presionar lo haría huir.

—¿Es... esto es discreto? —la voz le salió ronca, quebrada, insegura.

"Ah...", Jungkook casi sonrió. Casi. *"Entonces sí"*, se confirmó a sí mismo, sintiendo algo de pena.

—Así que eres uno de esos, ¿eh? —había soltado aquello como un casual, nada extraño. Sólo una frase que no solía importar más allá de sólo ser la frase, una broma quizás para uno de éstos tipos que no les interesa más que satisfacerse a sí mismos.

Esperaba la reacción típica.

Pero en cambio, parece haber tocado algo en el hombre. Algo que Jungkook notó y lo hizo alzar una ceja.

El hombre se sonrojó.

Completo, profundo, rojo subiendo por su cuello hasta las mejillas y las orejas, un rosa brillante que era visible incluso bajo la luz tenue. Apretó el volante, y desvió la mirada como un adolescente atrapado haciendo algo prohibido. Parecía a punto de arrancar y huir.

Algo en la imagen tan tímida y en penitencia, hizo que algo en el pecho de Jungkook se aflojara ligeramente.

"Mierda. Lo siento..."

No era el tipo que pensaba. O tal vez sí lo era, pero había algo diferente en esta vergüenza, vulnerabilidad que la culpa calculada de los hombres casados, fríos y sin emoción no parecen tener.

O tal vez era bueno haciéndose la víctima.

"Ya basta", se regañó. Debía actuar.

Se enderezó, miró hacia ambos lados por hábito, luego se inclinó más cerca, ajustando su tono a algo más suave.

—Tranquilo. Mi nombre es Ian. Nadie sabe tu nombre, yo no pregunto, tú no preguntas, todo lo que pase queda aquí, cien por ciento anónimo. Nadie graba nada, nadie habla después, nadie te va a chantajear. Es negocio limpio.

Vio cómo los hombros del hombre bajaban ligeramente, como si esas palabras hubieran quitado un peso de encima. Él volteó a verlo nuevamente con ligereza, y lo miró fijamente. Como si intentara decidir si creerle o no.

Jungkook sostuvo la mirada con suavidad, manteniéndose conectado a esos ojos temerosos y brillantes con algo que podrían ser lágrimas. Dejándole ver que hablaba en serio.

—¿Cuánto cuesta?

Directo al punto. Jungkook lo apreciaba. Se enderezó ligeramente, y cruzó los brazos sobre el marco de la ventana.

—Depende de lo que quieras. Básico, solo oral, sin penetración, cien mil wones la hora. Completo, con penetración, tú arriba o yo arriba, doscientos mil wones una hora y media. Si quieres toda la noche, se negocia aparte. Uso condón siempre, no negociable. Si quieres algo especial, me lo dices antes y vemos.

El hombre asintió automáticamente, procesando, calculando quizá.

—Completo —dijo finalmente. Su voz apenas audible sobre el sonido suave del motor.

Jungkook lo estudió un momento más. Este hombre era nervioso, con su sonrojo que no parecía venir de ningún alcohol. Su voz de timbre miel temblaba, asustado incluso, pero había algo más. Algo... que le sabía extrañamente dulce más allá de esa voz y ojos asustados.

—Muy bien. Completo entonces —asintió Jungkook, exhalando suavemente.

Subió al auto, el interior olía a cuero nuevo y perfume caro, aire acondicionado perfecto, asientos que se ajustaban perfectamente al cuerpo, pantalla táctil en el tablero mostrando un GPS.

Cerró la puerta.

Se quitó la gorra y la dejó sobre sus rodillas, liberando el cabello que cayó desordenado.

El hombre entonces lo miró un momento, notó cómo lo hacía, con su expresión que aún era asustada, o confundida. No lo podía descifrar del todo.

Giró la cabeza para mirarlo directamente.

Cuando sus ojos se encontraron finalmente, Jungkook contuvo un suspiro.

Vio algo allí, en toda su presencia, algo que lo tomó desprevenido.

Éste hombre era guapo, pero muy guapo. Sus rasgos delicados pero masculinos, sus cejas ligeramente arqueadas con una expresión penosamente tierna, presionando sus labios de forma que resaltaba sus mejillas, con ojos que lo miraban con ese deseo y terror absoluto que parecía propio.

Jungkook había tenido clientes subjetivamente guapos antes. Esto no era nuevo.

Pero, subjetivamente... este hombre no era subjetivo, no era algo que consideraba un gusto general. Algo en él era diferente, y no sólo era un cliente que se le hacía personalmente guapo, era algo que lo hacía sentir a gusto en su situación porque le era atractivo.

"Mierda, cállate...", se regañó a sí mismo.

Tal vez sólo fue algo en lo que Jungkook no pudo evitar mirar o inconscientemente fluyó y ese flujo... lo absorbió demasiado.

Un desliz.

"Sólo un desliz"

Puede pasar.

Carraspeó internamente, desviando la mirada al frente antes de sentir demasiado lo que esos ojos transmitían. Manteniendo su fachada fría y distante.

Sin revelar ni una gota de lo que causó con su apariencia de niño lindo.

—Arranca —dijo simplemente—. Tú eliges.

El hombre asintió, parpadeó como saliendo de un trance, y puso el auto en marcha.

El Porsche avanzó por las calles con una suavidad que Jungkook extrañamente había experimentado. No había vibraciones, no había ruidos molestos del motor, solo ese grave agradable y continuo que se sentía más que se escuchaba. Los asientos de cuero cómodos de una forma casi obscena, calefacción activada automáticamente calentando su espalda baja sin que nadie hubiera tocado ningún botón.

Jungkook miraba por la ventana mientras dejaban atrás las luces de neón, los moteles baratos, los trabajadores en sus esquinas. El reflejo de su propio rostro en el cristal oscuro

lo observaba de vuelta, expresión neutral que había perfeccionado hasta convertirla en máscara impenetrable.

El hombre conducía con las manos firmes en el volante, no había dicho una palabra desde que arrancaron. El silencio llenaba el espacio entre ellos como un tercer pasajero, pesado y espectador.

Jungkook lo había roto antes en situaciones así, sabía exactamente qué decir para relajar a clientes nerviosos, pequeñas conversaciones sobre el clima o el tráfico que no significaban nada pero que llenaban el vacío incómodo. Pero algo en este lo hacía dudar, algo en la forma que apretaba la mandíbula y respiraba demasiado controlado le decía que el silencio era preferible, que cualquier palabra podría romper lo que sea que estuviera manteniéndolo en línea en lugar de dar media vuelta y huir.

Pasaron de las calles conocidas a otras que Jungkook reconocía vagamente, comercios cerrados con rejas metálicas, edificios residenciales de mediana altura, menos luz, menos gente.

Grabó en su mente el camino.

Luego, inevitablemente tragó saliva de forma imperceptible. Hojeando la ruta con ojos tal vez más grandes por inercia, dudando del destino.

“A dónde mierda vamos...”

—¿Siempre eliges tan lejos? —rompió el silencio finalmente, manteniendo su tono casual, sin juzgar, pero queriendo entender educadamente aunque algo así lo pusiera nervioso. Ya listo para poner un límite si hacía falta o había incongruencia en el destino.

El hombre tragó saliva antes de responder.

—Es solo por privacidad —la voz seguía siendo tensa pero había algo honesto en ella que Jungkook agradecía, lo calmaba.

No era la excusa típica, no venía envuelta en justificaciones elaboradas o mentiras obvias.

Solo una verdad simple.

—Entiendo —asintió apenas, relajándose.

El auto se alejó, tomando una carretera que se estrechaba entre árboles altos que bloqueaban la luna. Jungkook observó cómo las luces del tablero iluminaban el perfil del hombre, la línea de su nariz, la curva de sus labios, las pestañas largas que proyectaban sombras sobre sus mejillas.

Debía admitirlo de una vez. El tipo era como un modelo de revista.

“¿Qué rayos hago metido en su auto?”, la idea le parecía muy impresionante pese a lo obvio y fácil que era acabar en manos de alguien que tiene, no la belleza, si no el dinero.

Pero teniendo el dinero y belleza, ¿por qué follar con un trabajador sexual de medio pelo? Al menos así se sentía él mismo.

Las luces de un complejo aparecieron entre los árboles. El hombre redujo la velocidad frente a una puerta de acero que se abrió silenciosamente después de que pagara. No

había guardias, no había cámaras visibles, solo ese mecanismo automático que garantizaba privacidad absoluta.

El camino interno estaba iluminado por luces en el suelo elegante entre edificios bajos y modernos, separados por varios metros de jardines perfectamente podados.

El Porsche se detuvo frente a una suite marcada con el número veintitrés.

El motor se apagó y el silencio que cayó fue absoluto.

Cuando Jungkook vio que el motor dejó de vibrar, asintió internamente, listo.

Bajaron al mismo tiempo, la grava crujió bajo las suelas de las zapatillas, un sonido demasiado fuerte en la quietud nocturna. Miró aquellas piedras, y luego alzó la vista hacia la fachada, estudiando con fingido interés, ya que no deseaba poner más nervioso al hombre que efectivamente lo estaba. Sobre todo, notaba la mirada de él, su energía intensa rodeándolo.

—Primera vez que vengo a un sitio así —dejó la observación suspendida entre ambos, mirándolo de reojo.

El hombre se tensó ligeramente.

—Es un resort boutique. Nadie pregunta nombres, nadie guarda registros... nadie habla.

Jungkook asintió. Por supuesto, un lugar donde ricachones venían a hacer cosas que no querían que aparecieran en registros de tarjetas de crédito o historiales de navegación. Donde podían pagar en efectivo y desaparecer sin dejar rastro.

El hombre pasó la tarjeta de ingreso por un sensor junto a la puerta. Esta se abrió con un chasquido suave.

Empujó y entraron.

Calor inmediato los recibió, aire acondicionado perfectamente calibrado. Jungkook dejó que sus ojos se ajustaran mientras evaluaba el espacio con eficiencia de leer habitaciones en segundos, identificando salidas, midiendo distancias, notando detalles que podrían importar ante cualquier circunstancia.

Observó el tamaño... Grande, mucho más grande que la mayoría de los cuartos de motel donde usualmente trabajaba. Cama king en el centro con sábanas blancas, chimenea eléctrica proyectando llamas falsas que no daban calor real, sofá de cuero gris oscuro frente a una mesa ratona, puerta entreabierta mostrando un baño con ducha de lluvia y azulejos de mármol.

El hombre cerró la puerta detrás de ellos y pasó el pestillo. Jungkook desvió los ojos inmediatamente a la puerta, el clic había resonado más fuerte de lo necesario.

Desvió su mirada tan rápido como había escrutado, y con sencillez, dejó caer su gorra sobre la mesa ratona, se quitó la chaqueta con movimientos relajados, colgándola del respaldo de una silla con cuidado, estirando la tela para que no se arrugara.

Inhaló y exhaló imperceptible.

Se quedó en su crop y jeans, el aire acondicionado acariciando la piel expuesta de su abdomen.

"*Aquí vamos...*", motivó su hora laboral. Trabajo es trabajo.

Se giró para mirar al hombre que seguía parado junto a la puerta como estatua, sus manos en los bolsillos, respiraba pesadamente. Casi podía imaginar el peso en ese pecho para hacerlo de tal modo.

Y su expresión no cambiaba. Aun mantenía esas cejas arqueadas como si estuviera preocupado por algo que desconocía, como si alguien lo estuviera atrapando en el lugar equivocado, con las manos en la masa, como si simplemente no supiera que hacer.

Nervioso ya no era la palabra correcta.

Aterrado estaba más cerca.

Esos ojos tan intensos, en su dulzura sin esfuerzo lo denotaban.

Jungkook pensó que el hombre atacaría como suelen hacer. Que se acercaría, que se movería, que invitaría a sentarse, besaría, tocaría. No sabe qué, cualquier cosa que le diera renombre, cualquier cosa que sonara más segura como su maldito bolsillo lleno de dinero. Todo debería ser sencillo y no hacían falta palabras.

"*¿O no...?*"

No.

El hombre estaba ahí como niño en penitencia.

"*¿Qué es lo que le pasa...?*", se preguntó sintiendo algo revolverse en su estómago cuando vió un destello de lágrimas brillando en esos iris oscuros, como aún respiraba como si se estuviera ahogando.

—¿Estás bien? —la pregunta salió más suave de lo que Jungkook pretendía.

El hombre pareció salir de un trance, y respiró más relajado de pronto, soltando una risa que sonó rota.

—Parezco que voy a desmayarme en cualquier momento, ¿verdad?

Jungkook dejó que la esquina de su boca se curvara ligeramente, mordió su labio inferior interno, sintiendo como si algo se volcara en su estómago.

—Respiras como si acabaras de correr una maratón —lo dijo con intención de aligerar, de calmarlo como sea. Tal vez de tomar éste intercambio con más relajación para sentirla y transmitirla a aquél hombre.

Porque sólo estaba logrando provocarle el mismo sentimiento extrañamente íntimo.

El hombre se pasó una mano por el cabello castaño, despeinándose apenas.

—¿Gustas champán? —su voz salía forzada, demasiado formal, como si estuviera en una reunión de negocios en lugar de una habitación de motel con un trabajador sexual.

Jungkook lo miró aún allí parado. Parpadeó ante el cambio de tema pero asintió tan rápido como absorbió el mensaje.

—Tú pagas, así que... a tu gusto —realmente, ¿Por qué pregunta algo que era decisión suya?

"¿Será que es más joven que yo?", y podría serlo ante tanta apariencia inocente, tan perdida, pero no le daban los cálculos con tales riquezas.

Vio cómo los hombros le bajaban un centímetro, aliviado.

Jungkook se sintió mejor consigo mismo al poder calmar aunque sea un poco la obvia inquietud del hombre. Observó cómo con pasos casi desesperados y torpes se acercaba al teléfono junto a la cama, para encorvarse y marcar. Noto cómo se aferraba a ese teléfono, cómo sus dedos temblaban apenas alrededor del plástico, y él era observador nato, notando esa rigidez tímida en su postura, y como no podía controlar su ansiedad.

Sintió algo aflojarse cada vez más.

¿Qué rayos hace un hombre exitoso actuando como un niño desamparado?

Oyó cómo pidió champán con una voz que intentaba sonar segura pero que temblaba en los bordes. "*Dom Pérignon...*" Jungkook reconoció el nombre solo porque lo había escuchado antes, sabía que era caro, probablemente más caro que todo lo que tenía puesto en este momento.

El hombre bajó el teléfono cerrando la línea con un clic plástico tan rápido como había podido acabar de pedirlo, como si ahora huyera de esa situación.

Jungkook bufó con una risita contenida que no pudiera percibir el cliente.

"¿Y si es virgen...?", se preguntó con una leve inclinación de cabeza. Mirando como el cuello y orejas del hombre volvían a enrojecerse. Tal vez ni era casado, ni tenía hijos como solía ser con todos los clientes de ese calibre. En sus años de trabajo, éste hombre rompía cada ideal que había tratado antes. Siempre había algo nuevo por descubrir, pero inevitablemente, éste le causaba algo en su interior que no sabía si realmente eran esos nervios contagiados o qué más.

Dos minutos después tocaron la puerta. El hombre se acercó rápidamente luego de aquellos lentos segundos donde sólo se quedó golpeando la suela de su pie contra el suelo cual gesto nervioso. Éste abrió y regresó con una botella en cubeta de hielo, dos copas altas, fresas, almendras. Cada gesto y movimiento observado por Jungkook suavemente, sintiéndose inevitablemente curioso en cada acción que no salía automática, si no que muy cuidada.

Un papel de joven nervioso en su primera cita.

Se acercó al sofá, y dispuso todo sirviendo el champán con movimientos que temblaban apenas. Jungkook asintió agradeciendo, observando cómo el contrario rápidamente bebía media copa de un trago como si fuera agua, como si necesitara el alcohol para calmar los nervios.

Jungkook, aun observando suavemente, con una calidez extraña en el pecho, tomó la suya y bebió despacio, saboreando. Burbujas finas que estallaban en su lengua, sabor complejo, bueno, muy bueno.

El hombre se sentó en el sofá, dejando casi un metro de distancia entre ellos. Demasiado espacio para alguien que iba de pagar por sexo.

Jungkook lo observó por encima del borde de su copa, estudiando. Los dedos que tamborileaban nerviosos contra el muslo, la forma en que sus ojos miraban todo menos a Jungkook directamente.

"Maldición...", ésto parecía realmente una maldita novela. Los minutos estaban pasando lentos, las acciones se veían muy cuidadas, las respiraciones muy ruidosas, tras eso, su cuerpo lanzando chispazos en su pecho y abdomen cada dos por tres.

"Vamos, Jeon... Ayúdalo", se motivó a sí mismo. Éste cliente era sumamente amateur, tímido, dulce y difícil sin esfuerzo.

—¿Siempre eres así de nervioso las primeras veces?

El hombre lo miró finalmente, directo. Y en esos ojos, Jungkook notó algo que lo tomó completamente desprevenido.

Confirmaba definitivamente lo que por fuera sospechaba.

Vulnerabilidad absoluta, sin filtros, y sin defensas... Hasta algo más, algo que revolvió más su estómago, o tal vez era el champán a secas encima de su órgano vacío quejándose por comida de verdad.

—En realidad... esta es mi primera vez.

"¿Cómo...?", se preguntó Jungkook de inmediato, frunciendo el ceño apenas un segundo imperceptible. Nunca preguntaba a sus clientes, nunca indagaba, nunca atravesaba ningún límite, pero aquí algo cambió.

Interés real.

Jungkook dejó su copa en la mesa.

—¿Primera vez pagando o primera vez con un hombre?

"¿Realmente es virgen?", ¿Su pensamiento fue real? ¿Su intuición y teoría eran ciertos?

El hombre de inmediato desvió la mirada, fijándose en algún punto de la pared detrás de Jungkook. Evitando totalmente mostrarse desnudo de formas peores que físicas, muy obvio. En lugar de ocultarse sólo se desnudaba más y más de forma profunda.

¿O tal vez...?

—Primera vez pagando. Y hace once años que no estoy sexualmente con un hombre. Tenía diecisiete años, fue en el vestidor de la escuela, rápido, torpe... nos atraparon antes de terminar.

El silencio que siguió fue diferente al anterior. Más pesado, jodidamente denso, intenso.

"Oh, mierda...", no fué pena. Fue... ¿Qué rayos podría ser? Era ese niño de diecisiete años en el cuerpo de su yo adulto once años después. ¿Qué haría con tal confesión?

Espera...

"¿Entonces...?"

Sí, once años para decidir que era momento de volver a intentarlo. Quizás, once para probar con nadie más ni nadie menos que un trabajador sexual.

Jungkook realmente no sabía qué hacer con esa información. Los clientes no le contaban estas cosas, ellos le pagan, follan, y se van. No le daban pedazos de sus historias, no le mostraban sus heridas.

Pero este hombre acababa de hacerlo.

"Pero tú preguntaste..."

Sí, así es.

Algo en el pecho que había mantenido cuidadosamente enterrado durante años de hacer esto, se movió ligeramente, reemplazando esa presión en su estómago, ganándole a esa sensación extraña. E incluso era peor, mierda.

"¿Por qué mierda preguntas, Jeon?", regañarse era sencillo en esos momentos. Pero ya lo había hecho. Por eso era tan jodidamente malo preguntar y saber más de los clientes, son malditos clientes y no de una tienda de conveniencia. Se supone que es algo mecánico, carnal, sexual, falso y momentáneo.

¿Y por qué éste hombre tuvo tal efecto en él? Sin obviar su bella apariencia.

Éste cliente era tan diferente que le estaba dando sensaciones nuevas. Para empezar, le parecía genuina y personalmente atractivo, ya lo sabemos, ¿y luego esa forma de actuar y de abrirse? Sentía que su teoría de que ésto era una cita estaba siendo muy afirmativa.

"Aish. Ya basta de estupideces" Es hora de ser profesional, nada de ideas estúpidas. *"Ponte serio. Trabaja. Haz tu trabajo"*

Los clientes pueden confundir los sentimientos.

Pero él no.

Dejó las dudas, los pensamientos, sentimientos extraños de lado y volvió en sí.

Tomó una fresa del plato y la mordió para tener algo que hacer con las manos, algo que lo distrajera de la forma en que su cerebro estaba procesando esto, de forma diferente a como procesaba a otros clientes.

Y mierda, lo estaba haciendo involuntariamente.

El hombre habló de nuevo, las palabras saliendo en torrente como si una presa se hubiera roto dentro de él, arrancándolo inmediatamente de su reprimenda interna sobre lo que es o no correcto dentro de éste trabajo.

—No quiero que sea rápido. No quiero que sea... mecánico, no quiero sentir que solo soy un cliente más en tu lista de esta noche aunque sé que lo seré. Pero, ¿Entiendes? Quiero sentirlo todo, quiero que dure.

Jungkook frenó de pronto su masticar, imperceptible.

"¿Qué...?"

Jungkook lo miró, entero y sin filtros ante aquellas palabras. Aquella petición.

Vio a un hombre que probablemente había pasado toda su vida negándose esto, reprimiéndose hasta el punto de romperse. Vio a alguien que no estaba aquí por morbo, por aburrimiento, o porque su esposa no lo satisfacía.

Estaba aquí porque finalmente, después de once años, se había dado permiso de querer lo que realmente quería.

Eso... era diferente.

Jungkook sonrió sin poder contenerse más. No la sonrisa falsa que usaba con clientes, no la que había practicado frente al espejo. Esta era real porque salía sin permiso de su dueño, pequeña y genuina, de una forma que no se permitía, que no debía permitirse ante ningún cliente.

Pero... Mierda. Éste muchacho era diferente, y cada instante, cada movimiento que hacía lo confirmaba una y otra vez, haciéndolo tambalear nuevamente en su intento de mantenerse firme y profesional.

—Sin prisa, entonces —asintió internamente con una decisión aunque no lo demostró físicamente.

“Será fácil...”, porque es lindo, porque necesita que lo guíen y no guiar, porque está tan perdido como un adolescente en su primera vez. Y él podía enseñarle lo que había estado buscando e imaginando tal vez durante tantos años.

Se movió despacio, cerrando el metro de distancia entre ellos centímetro a centímetro. El sofá crujió apenas bajo su peso, y notó cómo el hombre se enderezaba atento, como un animal analizando las posibilidades. Al llegar a él, sus rodillas se tocaron, tela contra tela, y vio cómo el hombre contenía la respiración ante ese contacto tan mínimo.

Tan sensible, tan tímido pero a la vez tan hambriento de algo que probablemente ni siquiera sabía que necesitaba hasta este momento.

Era hora de darle lo que pedía.

Jungkook con decisión, levantó la mano, dándole todo el tiempo del mundo para apartarse si quería. La llevó al rostro del hombre, rozando la mejilla con las yemas de los dedos, sintiendo el tacto más allá de la intención de acercarse. Apreció la piel que era suave, cuidada, sin rastro de vello porque probablemente se afeitaba dos veces al día.

El hombre tembló bajo ese toque simple. Y Jungkook se sonrió internamente ante la recepción de aquél.

—¿Puedo besarte? —preguntó con suavidad.

Normalmente no lo hacía, no preguntaba. Los besos eran parte del servicio, algo que hacía sin pensar, mecánico como todo lo demás.

Pero este hombre merecía ser preguntado... Lo sabía de antemano. Merecía tener la opción.

Él lo observó con ese brillo en sus ojos que Jungkook ya no podía ignorar. A pesar de notar aún ese miedo e inseguridad, algo nuevo se abría. El hombre sólo asintió pausado en su respuesta, al parecer y definitivamente no tenía poder sobre sus palabras y voz en aquél momento.

“Es... Extraño”, pero lindo.

Jungkook exhaló suavemente por sus fosas nasales cuando tuvo esos labios carnosos frente suyo, práctica sólo perceptible para sí mismo. El hombre ya entrecerraba sus ojos mientras él mismo se acercaba cerrando la distancia final.

El primer beso se sintió suave, fue un roce de labios contra labios. Esperó, dándole la oportunidad de cambiar de opinión, de empujarlo lejos, de decidir que esto aún era demasiado.

Pero, el hombre respondió. Presionó aún más de regreso, un poco torpe, un poco desesperado, abriendo la boca en invitación tímida.

Jungkook inclinó su cabeza a un lado con satisfacción por su respuesta, y entró despacio, listo para irse a un mundo aparte si fuera posible, listo fingir que era un beso deseado, listo para actuar.

Pero...

Allí fue donde todo cambió.

Así se supone que era cuando normalmente besaba a clientes, su mente se iba a otro lado. Hacía listas mentales de compras, repasaba cuánto dinero llevaba esta semana, pensaba en si había dejado suficiente comida preparada para cuando regresara, si había revisado que la puerta del goshiwon estuviera bien cerrada.

Su cuerpo hacía los movimientos correctos mientras su cerebro estaba en cualquier otra parte.

Pero ahora...

Ahora estaba presente.

El champán sabía diferente en la boca del hombre que aún tenía un dejo de menta de pasta cara, era dulce y burbujeante mezclado con algo que era únicamente su esencia. Su lengua actuaba tímida, pero curiosa, explorando como si estuviera descubriendo un territorio nuevo que llevaba años queriendo conocer.

Jungkook frunció el ceño, prestando más atención, y hacerlo le ayudaba a apreciar mejor. La textura de esos labios suaves, tan carnosos bajo los suyos, la lengua contra la suya, y al calor que emanaba el cuerpo ajeno, diferente al frío calculado, tosco que usualmente sentía durante el trabajo.

Ese calor humano siempre existía.

Entonces, ¿por qué ahora lo apreciaba tanto?

De pronto un pequeño sonido escapó de la garganta del hombre cuando profundizó el beso ligeramente. Y aquél sonido tan encantador bajó un vigor inevitable a su entrepierna.

"Mierda", si así podía maldecirlo. Su cuerpo estaba respondiendo genuinamente. Su corazón latiendo más intenso al bombear sangre por su cuerpo.

La voz de éste hombre era un deleite. ¿Cómo rayos no tiene a nadie que se lo folle gratis?

"Al diablo...", no importa. Disfruta una vez que puedes hacerlo.

Se besaron durante minutos que se sintieron más largos que nunca, y Jungkook encantadoramente no estaba contando el tiempo en su cabeza, no estaba calculando cuánto más tenía que dar antes de que pudiera cobrar e irse.

Solo estaba... besando, saboreando, sintiendo y excitándose.

De pronto, las manos del hombre se movieron hacia su cintura con una vacilación adorable, como si no estuviera seguro de tener permiso aunque técnicamente estaba comprando el derecho a tocarlo de cualquier forma que quisiera. Lo atrajo más cerca con una necesidad desesperada que presionó sus cuerpos juntos hasta que no quedó espacio entre ellos.

"Muy bien... Así está mucho mejor..."

Jungkook, conforme con aquella reacción se dejó atraer. Tal vez ésto sería el detalle clave para que el cliente superara su faceta tímida y amateur.

Sus propias manos se movieron hacia los botones de la camisa del hombre con intención de avanzar, abriendo uno a uno mientras seguía besando y lamiendo el sabor tan rico como podía ser el de su cliente, la boca ocupada robándole suspiro tras suspiro, y jadeos involuntarios que cada vez ignoraba menos. Cuando el último botón salió, simplemente subió a los hombros tomando delantera, la tela se deslizó por los hombros. Jungkook observó lo revelado, un pecho pálido y bien definido.

Mierda, éste cliente estaba peligrosamente bueno.

Normalmente no miraba ni se saboreaba internamente. Normalmente quitaba ropa como quien pela una fruta, sin pensar mucho en lo que se escondía detrás. Pero ahora, mientras volvía a besarlo efusivamente, sus dedos tocaron ansiosos y sin permiso. Se demoraron sobre la piel expuesta, sintiendo la textura cuidadosamente, y aquél temblor fino que la recorría con cada toque.

Rozó un pezón casi sin pensar y el hombre gimió dentro del beso, sonido encantador que vibró entre sus bocas y fue directamente a la entrepierna de Jungkook como una nueva y más intensa descarga eléctrica.

"Mierda... qué bien", nunca pasaba, ¿Qué rayos hace deseando tanto a un cliente?

Eso no debía pasar. Había perfeccionado tanto la excitación controlada, el mantener las erecciones justas y necesarias sin involucrarse así de ansiado. Esto era trabajo, no placer personal, ni una fiesta ni un encuentro jugoso entre amantes.

Pero cuando pellizcó el pezón con más firmeza y el hombre se arqueó hacia él con ese jadeo roto, Jungkook sintió su propio miembro endureciendo si pudiera aún más dentro de sus jeans ajustados, respondiendo de formas que no había autorizado.

Lo sabemos. Eso se oyó tan bien...

Se separaron para respirar y Jungkook tomó la excusa para observar, para estudiar el rostro contrario. Y aquella sensación tan gratificante lejos de apartarse, se intensificó. Vió esos labios hinchados y húmedos, brillando, los ojos oscuros, las pupilas tan dilatadas que casi podría hallarse en un universo nuevo dentro de ellas, y... las mejillas sonrojadas de una forma que era completamente natural, sin artificio.

Pero Jungkook no pudo ignorar ese contraste entre piel tan suave y pálida contra aquél rosado durazno que le hizo latir más el corazón.

¿Se puede ser más encantador, tierno como excitante y obsceno por iguales partes?

Este tipo era hermoso de tal forma que Jungkook no se había permitido notar cuando lo recogió en la calle. Afuera solo veía clientes, billetes ambulantes, medios para un fin. Pero allí, bajo esa luz, con tal expresión vulnerable y necesitada, era difícil no ver al hombre

completo. Un sujeto que se convertía en un peligro encantador para su estabilidad emocional.

"Ca-ra-jo...", no hizo más que maldecir al universo por cruzarlo en el camino de tal belleza humana. De haber sabido que tendría que follarse un encanto, se habría abstenido pues sabía que no olvidaría ese rostro sonrojado y extasiado. Y lo odiaba como lo adoraba en silencio, fríamente por ser así.

¿Cuándo había sido la última vez que le gustó un cliente genuinamente? Tal vez nunca antes.

El cliente tomó las riendas y tiró de su camiseta con manos temblorosas. Jungkook reaccionó de inmediato al regresar a la realidad, y levantó los brazos obediente, dejándose desnudar mientras observaba cómo esos ojos lo absorbían todo como quien ve el mundo por primera vez.

Pero sólo estaba viendo su cuerpo, y eso era aún más encantador viniendo de un tipo que se supone estaba comprando su cuerpo por todo menos apreciar su propia belleza, la cuál cree inexistente a tales alturas de la vida.

Las manos del hombre se movieron sobre su pecho expuesto. Y Jungkook pudo sentir sus yemas perfectas y suaves sobre su piel. El hombre rozaba como un historiador descubriendo la verdad un libro escrito en jeroglíficos...

Eso era peligroso. Jungkook no entendía que rayos hacía éste tipo pasando el rato como si su propia existencia fuera la de un sueño real.

¿Pero qué podía hacer al respecto? El cliente quería ésto, real. No había mentido para nada, e iba a dárselo.

Le desabrochó el cinturón suspirando imperceptible. La cremallera bajó diente por diente y empujó los pantalones junto con los bóxers, rozando piel expuesta de manera inevitable.

El miembro del hombre saltó libre, completamente erecto, con necesidad evidente. Jungkook observó cómo ese miembro goteaba, brillante y húmedo, era algo ahora definitivamente obsceno en lo duro que estaba, en lo obviamente desesperado que su cuerpo estaba por esto. Totalmente grotesco en comparación con la cara tan suave, encantadora y dulce de su dueño.

Jungkook simplemente lo tomó en su mano tratando de no pensar demasiado, y lo acarició despacio, pulgar frotando la hendidura en la punta, esparciendo la humedad.

El hombre tembló entero, los músculos contrayéndose por completo a la vez, sus labios grandes separándose para dejar salir una exhalación.

Y Jungkook vio cada detalle de esa expresión en el rostro sonrojado, logrando excitarse él mismo sin necesidad de forzar pensamientos ni caricias.

No sabía definir si ésto iba bien o mal... Dependiendo del punto de vista, tal vez.

Se levantaron del sofá en silencio, entre besos y más caricias que buscaban complacer, buscando la cama de forma automática.

El hombre cayó sobre el colchón.

Y Jungkook, con real desespero de liberar su erección, de relajar ese calor, se quitó el resto de su ropa rápidamente, quedando desnudo bajo la mirada hambrienta del hombre que seguía cada movimiento con sus ojos destellando intensos bajo la luz tenue.

Su propio miembro estaba vergonzosamente duro ahora, no la semi-erección que mantenía normalmente. Estaba completamente excitado, lo sabía y se estaba desesperando por haberse dado el lujo de sentir tal intensidad.

Jungkook simplemente no perdió más tiempo y se colocó encima de aquél hombre expuesto ante él. Sus rodillas a ambos lados de esas caderas, y se inclinó para besarle otra vez porque aparentemente deseaba hacerlo, comerle la boca que portaba labios tan antojables.

"Mierda contigo..." renegó cazando ese beso. Perdiendo aun más el control sobre sus propias acciones.

Besó intenso, hambriento, desesperado. Y el hombre igualmente se alimentó con la misma pimienta que ardía en todo el cuerpo. Las manos tocaban por todas partes, explorando espalda, costados, agarrando caderas con tal necesidad que motivó a Jungkook a peor.

El joven bajó por el cuello ajeno, dejando un rastro de besos húmedos, mordiendo y lamiendo con sonidos sucios.

Llegó a los pezones, succionó hasta que el precioso cuerpo debajo suyo arqueó con un grito ahogado que sonó como música. Y Jungkook maldijo unas tres veces más en su mente, frunciendo el ceño. Quería escuchar cuanto más fuera posible, esa voz era destructiva.

Siguió bajando, besando el abdomen definido, la línea perfecta que desaparecía hacia su entrepierna.

Cuando llegó al miembro palpitante y necesitado, Jungkook se detuvo.

Normalmente no hacía esto. El sexo oral costaba extra, algo que negociaba por adelantado porque era más íntimo, más personal, más difícil de disociarse mientras lo hacía.

Pero mirando ese miembro duro, tan lampiño, suave y deseable frente a él. Subió su mirada un momento... la vulnerabilidad absoluta en la expresión de su amante de aquella noche.

"Amante..." meditó, el sudor cayendo de su sien, y el rubor subiendo a sus mejillas y orejas.

Relamió sus labios, y exhaló. El aroma a presemén subió, el de su piel también.

"Dios..."

Sacudió la cabeza en un sólo movimiento imperceptible.

Se inclinó y lo tomó en la boca sin advertencia, sin pedir nada extra, sin negociar términos.

El gemido que escapó fue exactamente lo que Jungkook había esperado. Gutural, roto, completamente sin control. Como si nunca nadie le hubieran hecho esto antes, o al menos nunca nadie que realmente quisiera hacerlo.

Frunció más el ceño, encantado. Hasta su propio miembro se tensó más con sólo esto.

Y siguió... Lo hizo porque quería. Quería escuchar qué otros sonidos haría, y éste tipo le estaba encantando como si fuera su cita erótica de aquella noche ni aunque supiera su maldito nombre.

"Menos mal...", pensó. Ya sabía que este cliente era una confirmación de que genuinamente le atraía algo tal cuál era éste perfecto improbable promedio de hombre.

Aunque quisiera hacerle de todo a la vez, recordó el pedido. Así que trabajó despacio, sin prisa, jugando con su lengua, generando ruidos, lamiendo, saboreando, succionando.

Y... en lugar de estar pensando en cuánto faltaba para terminar, se encontró disfrutando el peso en su boca, el sabor, los temblores que recorrían los muslos a cada lado de su cabeza.

Sin más, tragó completo, nariz presionando contra el pubis. Así escuchó ese grito ahogado que indicaba que había tocado justo el punto correcto. Subió despacio, lengua haciendo círculos alrededor de la cabeza sensible, saboreando el líquido que goteaba constantemente ahora.

El hombre temblaba tanto que Jungkook pensó que podría deshacerse directamente ahí mismo.

Adoraba cada sonido, cada temblor, cada lamento que exhalaba, el sonido de las sábanas apretadas contra sus puños, hasta rasguños en la tela.

Aumentó el movimiento y deleite. Aceptando que definitivamente estaba perdiendo la cabeza, y no se refería al cliente.

Entonces...

—¡Espera...! —gritó el hombre, trayéndolo de nuevo al momento—. Para... me voy a...

Se detuvo, dejando que el miembro saliera de su boca, y miró hacia arriba encontrando esos ojos oscuros y vidriosos mirando como si fuera algo precioso. Tragó saliva, sintiendo el sabor en su boca. Su excitación aún no paraba pese al pedido. La forma en que su cliente había exclamado, era digna de complacer por su poder de seducción.

—¿Quieres que pare? —preguntó con voz que vibró en su garganta.

—No. No pares nunca. Pero... quiero que me folles, por favor. Necesito sentirte dentro.

Y mierda... Así sencillamente. La forma en que había dicho aquello. Como una súplica desesperada, anhelando un favor, como si Jungkook tuviera el poder de darle o negarle algo que necesitaba más que el aire.

"Claro que sí... Por supuesto que sí", confirmó en su mente, complacido.

Se levantó, fue por el condón y lubricante, su corazón latiendo más rápido de lo que debería para algo que había hecho cientos de veces. Pero esto se sentía diferente de formas que no quería examinar demasiado.

Estaba jodidamente excitado, era real e innegable, así que no lo haría, no se pondría a pensar en otra cosa que no fuera follar a su cliente.

Volvió a la cama donde el hombre ya estaba abierto para él, piernas separadas sin vergüenza, sin duda, exponiendo todo de la manera más divina.

Jungkook tragó saliva por quién sabe qué tanta vez en esa noche, con la garganta seca del calor de su cuerpo entero.

—Relájate —indicó con voz suave, mirando el rostro perdido y luego hacia la entrega—. Respira hondo. Si no te sientes bien en cualquier momento, si duele, me lo dices y paro inmediatamente. ¿Entendido?

Normalmente decía estas cosas en automático, palabras para cubrir responsabilidades legales y calmar nervios. Pero esta vez realmente lo decía en serio, realmente necesitaba que el hombre entendiera que pararía si era necesario, que no deseaba lastimar por falta de aprendizaje.

Se untó lubricante en los dedos y los llevó hacia esa entrada rosada. Presionó el dedo medio despacio, sintiendo la resistencia inmediata, el cuerpo tensándose por instinto.

—Respira. Deja que entre.

El hombre obedeció, inhalando profundo, y Jungkook sintió cómo gradualmente se relajaba, cómo dejaba que el dedo entrara centímetro a centímetro hasta que estuvo completamente dentro.

Sintió esa calidez, ese anillo presionando y cediendo rápidamente en un gradual constante.

Su miembro dolía de excitación. Pero la prioridad era el hombre bajo su toque... Ya podría aliviar su 'problema' en unos minutos, si todo salía bien. Sí, si lo hacía, todo sería mejor que ninguna noche.

Movió el dedo buscando, presionando hasta la última falange. Así, sencillamente encontró la próstata, la cadera del hombre se elevó por completo, junto a un grito ahogado que hizo sonreír a Jungkook genuinamente. Ahí estaba... mierda. Esa reacción honesta de puro placer.

Añadió un segundo dedo, estirando despacio, preparando con cuidado. Porque sabía que si no lo hacía bien, esto dolería más de lo necesario. Y por alguna razón, la idea de lastimar a este hombre específicamente le parecía insoportable... ¿Habría otra oportunidad? No lo sabía, pero quería darle una buena experiencia y así mismo darse otra chance de ver ese rostro sonrojado y sonidos excelentes al menos una noche más.

Mordió su labio inferior, sintiendo el calor propio en su cuerpo y rostro elevarse.

El tercer dedo entró y el hombre jadeaba ahora, empujando hacia abajo buscando más profundidad, más de lo que Jungkook le estaba dando.

Unos minutos más bastaron para dejarlo balbuceando y casi chillando con sus ojos cerrados, boca siempre abierta, apretando la tela que se humedecía bajo el sudor del cuerpo excitado por demás.

Cuando finalmente sacó los dedos, Jungkook se permitió un momento para admirar cómo esa entrada palpitaba ahora, más abierta, preparada, lista para recibirlo.

“Carajo...”. ¿Podía un simple ser tan malditamente perfecto y excitante?

No, claro que no. Porque no es simple... Sólo es él entero, sin ningún detalle que lo regrese a la realidad. Ese tipo es un estándar personal.

Inspiró por sus fosas nasales abriendo el paquete del condón, exhaló por la boca levemente, colocándolo en su excitado miembro con movimientos rápidos, se untó más lubricante y se posicionó entre esas piernas que se abrieron aún más para darle espacio.

Y así de simple, su excitación aumentaba más.

Presionó la punta contra la entrada, sintiendo cómo cedía gradualmente hasta que la cabeza entró con un sonido casi audible.

“¡Mierda!”, se quejó Jungkook en el silencio de su mente, frunciendo el ceño, mordiendo su mejilla interna. Era innegable que era virgen. Frunció el ceño más y apretó los dientes, respirando por la nariz temblorosamente, y se quedó completamente quieto, dándole tiempo aunque su cuerpo gritaba por moverse, por empujar más profundo, por enterrarse completamente en ese calor apretado que lo estaba volviendo loco.

—Deja de apretar... Me estás apretando demasiado —pidió con toda la suavidad del mundo que pudo, rogando que el hombre supiera como dejar de estrujar tanto, así de fácil podía haberle hecho acabar en ese instante, y el trabajo hasta ahora quedar perdido.

A su suerte, el hombre obedeció, exhalando temblorosamente, y Jungkook sintió como dejaba de apretar. Y aprovechó aquello para empujar más, entrando la mitad de su longitud.

El gemido que escuchó no era completamente de placer todavía, había dolor mezclado ahí, pero el hombre no le pidió que parara así que Jungkook esperó otra vez, dándole más tiempo del que normalmente daría.

—¿Puedo seguir?

—Sí. Por favor. Todo.

Empujó el resto entonces, despacio y firme, hasta que estuvo completamente enterrado, completamente conectado.

Bajó su mirada a la unión tan excitante y perfecta, sintiendo el temblor propio de sus muslos, su propio pecho comenzando a perlar más junto a un subir y bajar más errático.

Jungkook entrecerró sus ojos, necesitando respirar de alguna forma que no fuera a matarlo de placer allí mismo.

Mierda, se sentía increíble. Mejor de lo que debería sentirse con un cliente.

Se quedó quieto, aún temblando con el esfuerzo de no moverse, esperando que el hombre se ajustara. Vio lágrimas resbalando por las sienes.

Se preocupó inmediatamente. Su expresión se relajó apenas. Tragó saliva otra vez antes de hablar, aún seca de tanto placer visual como corporal.

—¿Estás bien? —preguntó con voz que no supo de dónde sacó el poder de soltarla de forma clara. Estaba en el mismo infierno, y lo estaba disfrutando como un maldito hombre que tenía el derecho a hacerlo cuando sabía que no debía.

Pero no le importaba en ese preciso momento.

El hombre sólo asintió, la garganta trabajando mientras procesaba la invasión, el estiramiento, la plenitud.

—Muévete. Por favor, necesito que te muevas.

Y Jungkook obedeció...

Empezó a moverse despacio, saliendo casi completamente antes de volver a entrar hasta el fondo. Estableciendo un ritmo cuidadoso, atento a cada reacción en ese rostro expresivo que no escondía nada.

Y entonces, ya no hubo vuelta atrás.

Se supone que su mente flotaba hacia otro lugar de inmediato. Hacía los movimientos correctos, hacía los sonidos apropiados, pero no estaba realmente presente.

Pero ahora, nada de eso... ahora se encontró completamente presente, totalmente allí. Sintiendo cada apretón de esos músculos internos alrededor de él, escuchando cada gemido que escapaba de esos labios hinchados, viendo cada expresión que cruzaba ese rostro mientras el placer gradualmente reemplazaba al dolor, el crujir de la cama, el sonido de sus pieles y el chapoteo del lubricante.

Cerró sus ojos, comenzando respirar intenso. Comenzando a gemir.

"Mierda... Qué rico", pensó, pero no lo podía decir porque era muy genuino. *"Es..."*, muy delicioso para admitirlo si quiera en la íntima mente.

Motivado, cambió el ángulo, buscando ese punto que sabía haría que el hombre viera estrellas, y así también lo llevaría a él mismo consigo. Cuando lo encontró, la reacción fue instantánea, explosiva, el cuerpo completo arqueándose sobre la cama con un grito que definitivamente escucharon los vecinos.

—¡Ahí! Sí... no pares... más fuerte...

Y Jungkook se enloqueció con aquél grito, así se perdió a sí mismo completamente, ya no quedó rastros de razón. Aceleró golpeando, deseando y concediendo no solo a cliente, si no a su propio cuerpo. Así sencillamente comenzó a gemir sin pretensiones ni actuaciones junto al hombre, observando cómo aquellas mejillas nunca dejaban de ser encantadoramente rosas en contraste con aquella piel lechosa, con esos ojos que se perdían en curvas encantadoras, en esos labios, dejando asomar apenas su lengua húmeda, aquello que podría verse delicioso donde fuera y besarlo entero con ternura que ni se podría comparar a las obscenidades que haría.

El colchón crujía, la cabecera golpeaba la pared, y todo el cuarto olía a sexo y sudor. Sin mencionar que cualquiera podría afirmar que este era un encuentro de amantes de sólo oír el fuego que emanaba aquél remolino de sentidos.

Siguió... Siguió porque lo necesitaba. Siguió porque era delicioso, encantador. Porque no podía pensar en nada más que volver a entrar de forma grotesca dentro de aquella deliciosa entrada que arrancaba más delicias en gritos agudos y excitantes para cualquiera que los oyera.

Nunca supo cuando el hombre acabó.

Sólo oyó un grito ahogado y espasmos incontrolables mientras este se tensaba a su alrededor para después deshacerse una vez más.

Jungkook estaba en un ensueño de placer, con sus ojos entrecerrados y boca semiabierta, dejando salir la respiración agitada junto a sus gemidos. Siguió moviéndose a través de

todo el orgasmo, hasta que el hombre quedó flácido sobre las sábanas, roto, gimiendo con él todavía por la sobrestimulación.

Normalmente paraba ahí. Una vez que el cliente acababa, su trabajo estaba hecho técnicamente. Se retiraba, se limpiaba, se vestía y se iba con el dinero.

Pero quería todo esto. Lo quería entero.

Siguió empujando profundo, buscando su propio orgasmo de formas que no recordaba cuál fue la última vez que tuvo tal escalada a la neblina del placer pornográfico. Tal vez tanto tiempo que ya no existía en su mente. Estaba tan excitado, tan al borde, y su cuerpo demandaba liberación que no había planeado tomar.

Sintió el cosquilleo llegar como un latigazo eléctrico. Gimió desesperado.

"¡Sí! ¡Mierda, sí!", pensó rápidamente, casi gritándolo de verdad pero apretando los dientes para retenerlo.

Se tensó, cada músculo marcándose bajo la piel sudorosa. Empujó una última vez, enterrándose hasta el fondo, y se corrió dentro del condón con un gemido que salió desde lo profundo de su pecho, vibrando entre ellos.

Tan real que incluso así no lo podía creer.

"Mierda...". Sí, mierda. Se sintió increíblemente bien. Mejor de lo que había sentido en quizás años. Como si por un momento hubiera sido solo Jungkook, solo un hombre disfrutando sexo con otro hombre, y no lan el trabajador sexual cumpliendo un servicio.

Se quedó respirando agitado junto al hombre, el pecho subiendo y bajando mientras intentaba recuperar el oxígeno que parecía haberse esfumado completamente de sus pulmones. El sudor perlado la piel, tibio, pegajoso, mezclado con el del cuerpo debajo del suyo. Podía sentir cómo su propio corazón latía demasiado rápido, demasiado fuerte, bombeando sangre a través de sus venas y casi golpeando las costillas.

Su cuerpo ya se encontraba realmente cansado, y no sólo de forma desagradable, o drenado por el esfuerzo físico... Sí era así por tan intensa sesión. Porque ese buen sexo, ese increíble y perfecto sexo, lo había vaciado de tal manera que lo había dejado satisfecho de verdad.

Y eso estaba mal.

Eso estaba muy mal.

Poco a poco, la realidad regresó a través del humo de placer que todavía nublaba su cerebro.

Levantó la mirada hacia el cliente debajo de él, y así de sencillo, ese tipo era un crimen.

Las mejillas sonrojadas de ese tono rosado encantador que chocaba tan puro con la palidez del resto de su piel tersa, los ojos todavía brillantes de lágrimas que se mezclaban junto al sudor que corría por sus sienes hasta perderse en el cabello revuelto contra las almohadas blancas. Los labios hinchados y separados mientras trataba de recuperar el aire, el pecho subiendo y bajando de forma temblorosa, como si cada inhalación y exhalación costara un esfuerzo impresionante.

Se veía destrozado de la mejor manera posible. Completamente deshecho, vulnerable y hermoso.

Esa forma que hizo a Jungkook apartar la mirada, porque no podía permitirse pensar esas cosas.

Su mente hizo clic entonces, ese sonido mental de realidad golpeándolo en la cara como bofetada militar.

"Esto es trabajo, Jungkook. Esto no tuvo que haber sido así."

Nunca debería haber disfrutado tanto. Nunca debería haber perdido el control de esa forma. Nunca debería haberse corrido de verdad, tan intenso, tan dulce que todavía podía sentir los espasmos residuales recorriendo su cuerpo en oleadas cada vez más débiles.

Un suspiro tembloroso escapó de sus labios mientras salía lentamente del hombre, cuidando de no hacerlo demasiado rápido porque sabía que dolería después de la intensidad de lo que acababa de pasar. Aun así ambos sisearon cuando finalmente se separaron por completo, ese sonido húmedo y obsceno que parecía demasiado íntimo resonando en el silencio de la habitación.

Miró hacia abajo casi sin querer, el condón lleno de su propia liberación, todo mal porque usualmente no se corría en absoluto con clientes. Solo fingía, gemía en los momentos apropiados si estaba arriba, o se contraía alrededor de ellos cuando estaba debajo y esperaban que lo hiciera... Pero nunca realmente llegaba al orgasmo, porque su cuerpo había aprendido a no responder de esa forma durante el trabajo.

Pero, con este bendito hombre había sido diferente.

Desvió la mirada hacia otro lado, cualquier otro lado que no fuera el cuerpo desnudo y satisfecho en la cama. Se quitó el condón con movimientos mecánicos, lo anudó sin mirarlo realmente, y se levantó para tirarlo en el basurero junto a la mesita de noche.

Caminó hacia el baño todavía completamente desnudo, sin molestarse en cubrirse porque eso ya no importaba, ya habían visto, tocado y probado cada centímetro del cuerpo del otro.

Al entrar, se apoyó contra el lavabo con ambas manos, los dedos presionando contra la porcelana fría hasta que las puntas alrededor de sus uñas se pusieron blancas. Levantó la vista lentamente hacia el espejo, y se obligó a mirarse de verdad.

El reflejo devolvió la mirada con ojos que parecían demasiado brillantes, demasiado vulnerables. El cabello completamente revuelto cayendo en mechones húmedos de sudor, las mejillas sonrojadas en círculos perfectos bajo los ojos, como si hubieran sido pintadas allí en acuarelas. El pecho también estaba rojo, marcado con el calor del esfuerzo y del contacto continuo con otro cuerpo. Sudor le perlaba la piel, mezclado con otros fluidos que no quería identificar demasiado.

Cuando se miró directamente a los ojos, cuando se obligó a sostener esa mirada sin apartar la vista.

Sí...

"Te dejaste llevar...", pensó con claridad decepcionada.

Se regañó mentalmente, con la severidad que había aprendido a usar durante años de sobrevivir haciendo cosas que nunca había querido hacer.

“Eso no se hace, Jeon...”

Pero las palabras sonaban huecas incluso en su propia mente porque la verdad era que no se arrepentía completamente de haberse dejado llevar. Una parte pequeña y egoísta de él había disfrutado cada segundo, había guardado cada sensación en algún lugar profundo donde podría revisarlas cuando estuviera solo y quisiera recordar cómo se sentía tener sexo real con alguien que lo miraba como si fuera precioso en lugar de solo un servicio comprado.

Suspiró tembloroso y giró hacia la ducha, abrió el agua sin esperar a que se calentara completamente. Se metió bajo el chorro tibio y dejó que lavara el sudor pegajoso, los fluidos mezclados, todo lo que quedaba físicamente del encuentro. Mantuvo la cabeza inclinada hacia atrás para que el agua no le mojara completamente el cabello. Se frotó con las manos sin usar jabón porque no había tiempo ni ganas de buscar dónde estaba guardado.

Cerró el agua después de apenas dos minutos y salió alcanzando una toalla blanca y esponjosa. Comenzó a secarse con movimientos simples mientras su mente ya se adelantaba al siguiente paso, el cual simple como vestirse, cobrar, irse.

Pero mientras se secaba, mientras pasaba la toalla por su pecho, brazos y piernas, se asomó apenas por la puerta del baño inclinándose lo suficiente para ver hacia la cama.

El hombre seguía ahí exactamente como lo había dejado, desplomado contra las sábanas blancas que ahora se encontraban arrugadas y manchadas de lo que habían hecho. Seguía desnudo, las piernas todavía abiertas como si Jungkook todavía estuviera entre ellas, o como si le doliera demasiado cerrarlas completamente. Los labios seguían hinchados y separados mientras respiraba lentamente, buscando ese estado de relajación o cable a tierra después de haber sido llevado tan alto que probablemente todavía estaba procesando sensaciones que nunca había experimentado antes.

Jungkook pensó con preocupación genuina que tal vez dejarse llevar con un cliente tan evidentemente virgen e inocente no había sido lo mejor del mundo. Porque lo había dejado prácticamente destruido ahí en la cama, incapaz de moverse o probablemente de pensar coherentemente.

Presionó sus labios en una línea delgada mientras miraba la toalla en sus manos. Luego miró de vuelta hacia el hombre en la cama. Luego otra vez a la toalla.

Una decisión se formó en su mente antes de que pudiera analizarla demasiado, antes de que pudiera convencerse de que era mala idea.

Se dio la vuelta y fue hacia el lavabo, abrió el agua tibia, mojó la toalla bajo el chorro hasta que estuvo húmeda y caliente al tacto. La escurrió un poco para que no goteara demasiado.

Y entonces caminó de vuelta hacia la cama todavía completamente desnudo, todavía compartiendo una intimidad que nunca se habría permitido con ningún otro cliente. Porque las reglas eran claras, era cobrar, e irse, jamás crear conexiones emocionales que pudieran complicar las cosas.

Se acomodó en el borde de la cama junto al hombre y comenzó a limpiarlo con movimientos que eran casi mimosos, ese tipo de cuidado que había aprendido desde el

nacimiento de su hijo, cuando tuvo que convertirse en padre y madre a la vez. Limpió el abdomen donde el semen se había secado formando rastros pegajosos, bajó hacia la entrepierna con cuidado especial porque sabía que estaría sensible después de todo.

El hombre suspiró ante el contacto y Jungkook notó cómo todo su cuerpo se relajaba bajo sus manos, los músculos que todavía estaban tensos finalmente aflojándose como si ese simple gesto de cuidado fuera exactamente lo que necesitaba para volver completamente a la tierra.

Jungkook sintió satisfacción real ante esa reacción, algo... tan extraño y prohibida como la de un terapeuta sonriéndole con afecto sincero a su paciente después de una sesión particularmente intensa. Como si realmente le importara el bienestar de este hombre más allá de la transacción comercial que técnicamente era todo lo que había entre ellos.

Luego eliminó esas ideas de su cabeza con determinación férrea.

Una vez que terminó de limpiarlo, tomándolo como hospitalidad generosa y nada más, se levantó de la cama y regresó al baño. Enjuagó la toalla bajo el agua hasta que volvió a estar limpia y la dejó en la cesta de lavandería que había junto al lavabo.

Sin mirar atrás, con los ojos fijos en el suelo de mármol blanco, como si contuviera respuestas a preguntas invisibles, salió del baño y buscó la ropa que había quedado dispersa por el suelo de la suite.

Se vistió rápido, con la mente intencionalmente en blanco, forzándose a no pensar en nada mientras sus manos ejecutaban movimientos automáticos. Bóxers negros, jeans ajustados que tuvo que pelear un poco para subir por sus muslos todavía ligeramente húmedos, camiseta crop, chaqueta de jean, y finalmente, su gorra.

Todo el tiempo mantuvo la mirada en el suelo, en la pared, en cualquier parte que no fuera la cama donde el hombre probablemente todavía yacía desnudo y vulnerable. Preparándose mentalmente para desligarse de cualquier pretensión o sensación que hubiera experimentado durante la última hora.

Y entonces llegó el momento inevitable de cobrar.

Se sentó en el borde de la cama sin mirar directamente al hombre, enfocando su atención en la mesa de noche, en la pared detrás, en el suelo alfombrado, en una pata de la cama de madera oscura. Cualquier cosa menos el cuerpo desnudo a menos de un metro de distancia.

Finalmente lo miró apenas de reojo, solo lo suficiente para distinguir el pecho que seguía subiendo y bajando, el rostro que probablemente todavía estaba sonrojado.

—¿Estás bien? —su pregunta salió más suave de lo que pretendía, casi tierna, porque realmente necesitaba saber que no había dejado al pobre hombre con una experiencia traumática o dolores que lo enviarían al hospital por no haber tenido la confianza de decirle a tiempo que parara o que era demasiado.

El hombre asintió apenas, el movimiento tan ligero que casi podría haberlo imaginado, y soltó un suspiro que sonó satisfecho como exhausto a la vez.

—Nunca... Nunca había sido así. Nunca me había sentido tan... Tan increíble.

Jungkook notó la forma en que esa confesión salió con voz rota y honesta, esa misma que había gemido su nombre falso hacía minutos, pero que ahora sonaba dulce, vulnerable.

Esa voz, ese timbre de voz en especial que hacía algo vibrar en su pecho.

Sonrió involuntariamente, una curva pequeña apenas alzando las comisuras de sus labios.

Esa voz es tan...

"Cállate", se regañó internamente con fiereza, antes de formar un pensamiento inconsciente por completo.

—Me alegro de haber sido yo entonces —afirmó simple y neutro, sin revelar nada de lo que realmente estaba pensando. Sin saber cómo pedir directamente el dinero que el hombre le debía porque si fuera por él, antes de permitirse otro auto regaño mental, ya se habría ido de ahí sin mirar atrás.

Pero necesitaba ese dinero. Jun necesitaba ese dinero. La renta necesitaba ese dinero.

El cliente pareció entender lo que no estaba diciendo porque suspiró como si regresara completamente a la realidad desde donde fuera que su mente había estado flotando. Se incorporó lento y cauteloso. Probablemente le dolía, pensó Jungkook, pero no tanto como para arrepentirse si la expresión en su rostro era alguna indicación.

Jungkook siguió el movimiento de su mano hacia la billetera de reojo, sin atreverse a mirar directamente, como si eso hiciera todo esto menos transaccional de lo que obviamente era. Solo desde la periferia de su visión, fingiendo que no estaba prestando atención cuando cada célula de su cuerpo estaba hiperconsciente de lo que estaba pasando.

El hombre contó billetes y Jungkook notó inmediatamente que parecían muchos más de los doscientos mil wones que habían acordado en la calle bajo las luces de neón. Su corazón latió más fuerte en su pecho y tragó saliva con dificultad, evitando morder el interior de su mejilla porque sabía que eso podría causar infecciones si lo hacía demasiado fuerte.

Sin que nadie se lo pidiera, sin negociaciones adicionales, el hombre aparentemente estaba pagando extra por todo lo demás que había pasado. Por el sexo oral, por el cuidado después, por la paciencia, por hacer de su primera vez real algo memorable en lugar de solo funcional.

"Mierda...", pensó simplemente porque no sabía qué más pensar al respecto.

El hombre extendió el dinero hacia él y Jungkook lo tomó simplemente, evitando rozar los dedos ajenos y lo guardó rápidamente en el bolsillo trasero de sus jeans sin contarlos porque hacerlo ahí habría sido demasiado obvio, demasiado crudo, demasiado honesto sobre lo que realmente era esta situación.

Asintió apenas perceptible, más para sí mismo que para el hombre en la cama.

—Gracias. La salida es la misma, ¿verdad? —preguntó aunque ya sabía la respuesta, sin atreverse a consultar si podía llevarlo de regreso a Mapo en su auto caro ni de favor, porque lo mejor para ambos era dejar todo esto contenido entre estas cuatro paredes.

El hombre asintió y Jungkook podía sentir sin mirarlo directamente que todavía estaba en algún otro mundo, tal vez ese que habían creado juntos durante la última hora, ese espacio íntimo que se cerraba completamente en esta habitación y que no podía existir afuera.

Y Jungkook no podía habitar ese mundo. Allá afuera esperaban demasiadas cosas.

—Junto a la entrada de autos... solo abre hacia afuera.

Entendió el mensaje implícito, "no te olvides de nada", no podía volver a entrar si olvidaba alguna pertenencia. Pero la realidad era que no tenía nada que olvidar más allá de su ropa que ya llevaba puesta, su cuerpo que todavía sentía los ecos del placer, y el dinero que ahora descansaba seguro en su bolsillo.

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta sin permitirse una última mirada atrás, eso no era necesario aunque lo quisiera.

Alcanzó el seguro y lo destrabó al mismo tiempo que su mano libre se cerraba alrededor del picaporte. Ya listo, ya dispuesto, ya borrando activamente de su mente consciente lo que dejaba atrás como si solo hubiera sido un sueño particularmente vívido o una ilusión temporal.

Un trabajo bien hecho y nada más.

Mañana sería otro día.

El viernes que viene y el fin de semana, otros días y noches sin más importancia.

Pero justo cuando comenzaba a girar el picaporte, justo cuando estaba a segundos de cruzar ese umbral y volver a ser Ian que trabajaba en las calles de Mapo en lugar de Jungkook que acababa de tener el mejor sexo de su vida, las palabras lo detuvieron en seco.

—¿Estarás ahí el próximo sábado?

La desesperación en esa pregunta era palpable, casi como quien le ruega a un amigo que regrese después de haberle enseñado su debilidad más grande y vulnerable. Como alguien que acababa de probar algo que lo había cambiado fundamentalmente y que ya no podía imaginar volver a la vida que había tenido antes.

Jungkook tragó saliva mirando la madera blanca de la puerta durante un segundo que se estiró como eternidad. Dudó, cada instinto de supervivencia que había desarrollado durante años gritándole que dijera que no, que cortara esto ahora antes de que se volviera más complicado.

Pero finalmente giró la cabeza apenas lo suficiente para ver al hombre todavía en la cama, sus ojos conectando por un momento más antes de que el hilo que los unía se cortara definitivamente.

La mirada que lo recibió era tan desesperada e inocente que hizo que se formara una pequeña sonrisa involuntaria en sus labios. No sabía si era de pena por lo obvio que era todo esto, o de ternura por esa vulnerabilidad tan honesta, o simplemente porque su cuerpo había estado toda la noche reaccionando a su propia manera sin pedir permiso primero.

Tal vez era solo la magia de este tipo tan encantador, tan diferente de todos los demás que había conocido en estas calles.

Pero el trabajo era trabajo. Y este hombre claramente quería una segunda oportunidad, estaba dispuesto a pagar por ella, y Jungkook por un lado agradecía internamente haber hecho las cosas lo suficientemente bien como para tener otra oportunidad con alguien adinerado que no solo quería follar sino que también parecía querer hacerlo específicamente con él.

Y si era completamente honesto consigo mismo en la privacidad de sus propios pensamientos, él también había disfrutado follar con este hombre de tal forma que definitivamente quería repetir.

"Qué gracioso", se comentó a sí mismo con ironía amarga. Al fin y al cabo estaba aprovechándose de lo atractivo que era un cliente para disfrutar de un trabajo que definitivamente no debería disfrutarse. Pero ahí estaba, sonriendo internamente ante la posibilidad de que este hombre volviera a buscarlo, de que pudiera tener otra noche donde descargaría el estrés acumulado de toda la semana con un cliente probablemente exclusivo, con el que por primera vez en seis años conectaba no solo sexualmente sino también en un nivel de atracción genuina que hacía todo más fácil y más peligroso a la vez.

—Estaré. Mismo sitio. Misma hora —afirmó con un tono que intentaba sonar casual.

Finalmente abrió la puerta dejando que el aire frío del pasillo entrara a la suite caliente, y salió sin permitirse esa última mirada atrás que su cuerpo quería darle.

Cerró la puerta suavemente detrás de él y se quedó parado ahí en el pasillo vacío durante un momento demasiado largo, mirando el suelo brillante bajo las luces empotradas.

"Qué imbécil", se maldijo a sí mismo con fiereza que normalmente reservaba para los peores errores.

"Acabo de pactar con un cliente... Acabo de prometerle que estaré ahí esperándolo como si fuéramos amantes en lugar de una transacción comercial simple y limpia".

Había roto su única promesa inquebrantable desde que esto comenzó a ser un trabajo de necesidad absoluta y no algo que eligiera por placer. Porque sí, llevaba casi, casi seis. Años completos de clientes que iban y venían sin nombres ni rostros que recordara después, años de actuar, fingir y mantener esa pared infranqueable entre Ian y Jungkook, entre el trabajo y la vida real. Casi seis malditos años siguiendo sus propias reglas estrictas diseñadas específicamente para protegerse.

Eran reglas de oro hasta entonces... Nunca clientes regulares, nunca conexiones emocionales, nunca mezclar lo personal con lo profesional, nunca disfrutarlo realmente, nunca romper el molde que había creado para sobrevivir a esto con su cordura intacta.

Pero esa noche había fallado con orgullo. Manteniéndolo en un péndulo de "¡genial!" y "¡muy mal!" que no se mantenía ni tan genial ni tan mal.

"Carajo..."

Esto se sentía como una falta de respeto a ese yo que se había visto obligado a tomar estas riendas a los dieciocho años con un bebé en brazos y cero opciones. A su propio hijo que confiaba en él completamente sin saber nunca la verdad de cómo conseguían sobrevivir mes tras mes.

Chasqueó la lengua con irritación y sacudió la cabeza rápidamente como si pudiera sacudirse también estos pensamientos molestos. Caminó por el pasillo silencioso hacia donde sabía que estaba la salida.

Encontró la puerta de metal negro exactamente donde el hombre había dicho que estaría. La empujó y salió a la noche fría que lo recibió con aire que olía a pino y tierra húmeda, tan diferente del aire reciclado y con aroma a sexo de la suite que acababa de dejar.

No miró atrás hacia el edificio mientras caminaba hacia la carretera, teniendo al menos media hora de caminata, y otra media hora hasta encontrar la calle de un autobús de madrugada que lo llevara de vuelta a Mapo y desde ahí a casa.

El autobús se detuvo con un chirrido de frenos gastados y Jungkook levantó la vista del suelo donde la había mantenido clavada durante todo el trayecto. El reloj digital sobre el tablero del conductor marcaba las 2:47 AM en números rojos que parpadeaban intermitentes, como si también estuvieran cansados de existir a esta hora de la madrugada.

Se levantó del asiento sintiendo cada músculo de su cuerpo protestar con un dolor sordo, agotado a tales horas. Bajó los escalones del autobús con cuidado porque sus piernas temblaban ligeramente, y lo último que necesitaba era tropezar y caer como idiota frente al conductor que ya lo miraba con esa indiferencia y juicio silencioso que todos los conductores nocturnos parecían perfeccionar con los años.

El aire frío de Mapo golpeó en la cara apenas pisó la acera. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y caminó pocos metros.

Las calles estaban casi vacías. La mayoría de los trabajadores ya habían encontrado sus clientes de la noche o habían decidido cortar temprano y regresar a sus propias vidas, a sus propias camas, a sus propias mentiras sobre qué hacían para ganarse la vida. Algunos comercios nocturnos todavía tenían sus luces encendidas pero las cortinas metálicas a medio bajar indicaban que también estaban cerrando, que incluso Mapo necesitaba descansar eventualmente.

Al fondo de la calle, Jungkook distinguió la figura de Siamara en su taburete de plástico. Estaba conversando con un hombre que parecía rondar su misma edad, ambos fumando cigarrillos que brillaban como luciérnagas naranjas en la oscuridad cada vez que daban una calada. No parecía ser un cliente, la postura de ambos era demasiado relajada, demasiado familiar. Tal vez un conocido de hace años, tal vez otro sobreviviente de este mundo nocturno... quién sabía, a quién le importaba.

Jungkook suspiró dejando que el aire escapara lentamente de sus pulmones, observando cómo se convertía en vapor blanco frente a su rostro antes de desaparecer.

Su noche terminaba allí.

No necesitaba más clientes, ni quería más clientes. Tenía suficiente dinero en el bolsillo para cubrir lo que necesitaba y algo más... Además de que cada célula de su cuerpo le gritaba que se fuera a casa de una maldita vez.

Caminó hacia la siguiente parada de autobús con pasos lentos, contando mentalmente el tiempo que tomaría llegar al goshiwon, calcular la hora exacta para no levantar sospechas innecesarias aunque probablemente nadie estuviera despierto para notarlo, aunque probablemente a nadie le importara. Pero tenía un horario estricto que mantener, una rutina que no podía romper porque las rutinas eran lo único que mantenía todo esto funcionando sin desmoronarse completamente.

El autobús a Dongjak-gu llegó doce minutos después.

Subió.

Pagó.

Y se sentó en el mismo asiento de atrás junto a la ventana. Apoyó la cabeza contra el vidrio frío y cerró los ojos mientras el vehículo se ponía en marcha con ese balanceo familiar que normalmente lo ayudaba a desconectar su cerebro.

Pero esta vez su cerebro no cooperaba.

Seguía sintiendo cosas. Seguía pensando en cosas. En manos que temblaban... ojos vulnerables, gemidos con un timbre de voz en especial. En la forma en que su propio cuerpo había respondido sin permiso, sin control, sin las barreras que normalmente mantenía tan cuidadas y construidas.

En las mejillas sonrojadas cuál tinte espolvoreado en pétalos de una flor blanca.

Como una magnolia.

"Como una magnolia..."

Apretó los dientes. Abrió los ojos. Se obligó a mirar por la ventana las calles que pasaban borrosas, contando postes de luz para distraerse, para no pensar, para volver a ese estado de vacío mental que necesitaba para sobrevivir a esto.

Se bajó diez cuadras antes del goshiwon como siempre hacía. Nunca tomaba el autobús directo hasta su edificio, nunca dejaba que los conductores asociaran su rostro con esa dirección específica. Caminó las cuadras restantes con la gorra calada hasta las cejas, las manos enterradas en los bolsillos de su chaqueta, la cabeza gacha mirando el pavimento agrietado bajo sus pies.

El goshiwon apareció frente a él como lo hacía cada noche, feo, gris y completamente ordinario en su miseria. Jungkook empujó la puerta de entrada que chirriaba. El vestíbulo estaba vacío, el reloj de pared marcaba las 3:23 AM con un tic-tac que resonaba demasiado fuerte en el silencio.

Subió las escaleras lentamente, pasando por el segundo piso hasta llegar al balcón compartido que daba a la calle.

Se detuvo ahí.

No podía llegar todavía. Todavía faltaban minutos para completar el horario correcto, para que su ausencia pareciera una guardia de seguridad nocturna normal en lugar de lo que realmente era.

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la pared fría de cemento. Sacó los billetes de su bolsillo trasero donde los había guardado cuidadosamente doblados. Los extendió sobre su regazo. Los contó despacio, uno por uno, asegurándose de que todos estuvieran ahí, de que no hubiera sido una alucinación producto del cansancio.

Seiscientos mil wones.

El triple de lo acordado.

Suficiente para cubrir el alquiler del mes completo con algo extra para comida, para la escuela, para emergencias que siempre aparecían cuando menos podías permitirselas.

Debería sentirse aliviado, satisfecho. Un solo cliente había resuelto su problema de la semana en una sola noche.

Pero lo único que sentía era ese peso extraño, esa sensación de haber cruzado alguna línea invisible que no sabía que existía hasta que ya era demasiado tarde para retroceder.

Jungkook guardó el dinero en el bolsillo interior de su chaqueta, el más seguro, el que tenía zipper, donde guardaba condones, lubricante y a su pesar, la llave de lo que era su hogar.

Dejó caer la cabeza hacia atrás contra la pared. Miró el techo del balcón superior donde la pintura se descascaraba. Su expresión era neutral, casi resignada, como si acabara de completar cualquier trabajo ordinario en lugar de lo que realmente había hecho.

La ansiedad comenzó a trepar por su garganta como insecto con demasiadas patas.

Necesitaba un cigarrillo.

Necesitaba algo que hacer con sus manos, con su boca, algo que lo distrajera de pensar demasiado en cosas que no debería estar pensando.

Pero no tenía cigarrillos extras.

Así que solo cerró los ojos, respiró profundo, exhaló lento... Intentó relajarse, intentó vaciar su mente de todo excepto el conteo de minutos que faltaban.

Mente en blanco. Tiempo en blanco. Vida en blanco.

Y si comenzaba a pintarse un nuevo paisaje, iba a borrarlo. Las veces que fueran necesarias.

"Las veces que sean necesarias", se repitió mentalmente como mantra.

"Así es, Jeon. De otro modo terminarás peor que ayer."

Nunca mejor que hoy. Nunca mejor que hoy. Solo peor que ayer si no tenía cuidado.

Después de lo que parecieron horas pero probablemente fueron solo quince minutos más, abrió los ojos. Se levantó del suelo sintiendo sus articulaciones protestar.

Caminó hasta donde vivía la señora Lim.

Tocó la puerta tres veces suavemente, con los nudillos apenas rozando, lo suficiente para que ella escuchara pero no lo suficiente para despertar al pequeño si se había quedado dormido.

Esperó. Escuchó movimiento del otro lado, pasos lentos, el pestillo siendo removido.

La puerta se abrió revelando a la señora Lim con su bata de flores desteñidas y su cabello blanco despeinado. Le hizo un gesto con la cabeza indicándole que pasara, llevándose un dedo a los labios en señal de silencio. Jungkook entró cuidando no hacer ruido con sus pasos.

Antes de buscar a su hijo, sacó los cincuenta mil wones que le debía por cuidarlo esta noche. Se los extendió. Ella los tomó con una sonrisa agradecida, asintiendo mientras guardaba el dinero en el bolsillo de su bata, susurrando un "gracias" que apenas se escuchó.

Jungkook caminó hacia el pequeño colchón donde su hijo dormía acurrucado sobre su lado izquierdo, con las manos juntas bajo la mejilla como solía hacer desde que era bebé.

Se veía tan pequeño. Tan frágil, y tan ajeno a todo lo que su padre hacía para mantenerlo vivo.

Se arrodilló junto al colchón. Deslizó un brazo bajo las rodillas del niño y otro bajo su espalda. Lo levantó con la fluidez de años de práctica, con movimientos tan automáticos que su cuerpo sabía exactamente cómo acomodar el peso pequeño sin siquiera pensarlo.

Jun soltó un sonido adormilado mientras era levantado, algo entre suspiro y queja, pero sus ojos permanecieron cerrados. Su cabeza cayó naturalmente contra el hombro de su padre, encajando en ese hueco como si hubiera sido diseñado específicamente para eso. Sus brazos pequeños subieron instintivamente para rodear el cuello de Jungkook, aferrándose.

Jungkook ajustó su agarre. El cabello negro del niño le hacía cosquillas en la barbilla. Podía sentir cada respiración pequeña contra su cuello, cálida y constante.

Se despidió de la señora Lim con un asentimiento mientras ella abría la puerta para dejarlos salir. Intercambiaron susurros de buenas noches, de buen descanso, de agradecimientos mutuos que se repetían cada vez pero que nunca perdían sinceridad.

Subió las escaleras lentamente, más lento de lo normal porque llevaba peso extra y porque no quería despertar completamente al niño con movimientos bruscos. Una mano sostenía firmemente las piernas pequeñas, la otra acariciaba círculos lentos en la espalda delgada, sintiendo los omóplatos diminutos moverse bajo la tela del pijama de dinosaurios.

Llegó al tercer piso. A la puerta 203.

Tuvo que hacer malabarismos para sostener al niño con un brazo mientras sacaba la llave de su bolsillo con la mano libre. La cerradura del candado resistió un momento como siempre lo hacía antes de ceder. Empujó la puerta con el hombro, y entró.

Cerró detrás de él asegurándose de pasar la llave de nuevo.

Caminó directo al cuarto lavadero donde dormía su hijo. Se arrodilló junto al colchón pequeño. Comenzó a inclinarse para dejarlo en su cama, pero el peso en su cuello se intensificó mientras los brazos pequeños se apretaban negándose a soltar.

Jun soltó un quejido, frunciendo el ceño aunque sus ojos permanecieran cerrados.

—Jun... por favor. A dormir. —Pidió, intentando aflojar el agarre gentilmente. Pero los brazos se apretaron más, las manos pequeñas aferrándose a su nuca.

El niño frunció más el ceño. Otro quejido salió de su garganta, más fuerte esta vez.

—Jun...

—No... —la palabra salió arrastrada, caprichosa, con terquedad de no querer dejar ir la seguridad de los brazos de su padre.

Jungkook dejó de forcejear, y suspiró. Sintió algo aflojando en su pecho, esa presión que había estado apretando toda la noche... finalmente cediendo.

—Está bien.

Levantó de nuevo al pequeño que inmediatamente se aferró como koala, piernas rodeando su cintura, brazos alrededor de su cuello, rostro enterrado en su hombro. Lo llevó a la habitación principal donde estaba su propio colchón doble contra la pared.

Se arrodilló junto a él. Intentó acostar al niño con más cuidado esta vez. Los brazos finalmente aflojaron su agarre pero solo porque el cuerpo pequeño ya estaba tocando la superficie del colchón de su padre.

Jungkook se levantó rápido, quitándose la chaqueta, y crop, dejándolos guardados para la próxima jornada. Pantalones y calzado fuera, un pantalón de chándal, camiseta floja y ya estaba su pijama listo.

Caminó y se dejó caer a un lado de su pequeño en el colchón.

No pasaron ni cinco segundos antes de que el niño se enganchara de nuevo en él, buscando calor, seguridad, a su padre como lo había hecho cada noche de su corta vida. Un brazo pequeño cruzó sobre su pecho, una pierna se enredó con la suya. La cabeza encontró ese espacio perfecto entre su hombro y su cuello.

Jungkook levantó su brazo automáticamente, rodeando al niño, acariciando el brazo pequeño que lo abrazaba. Sus dedos trazaban patrones sin sentido sobre la tela del pijama, sintiendo los huesos delgados debajo, sintiendo cada respiración que se iba haciendo más profunda, más lenta, más regular.

Cerró los ojos. El cansancio cayó sobre él como ola inevitable... su cuerpo cedió contra el colchón delgado que conocía cada curva de su columna, cada punto de presión, cada forma de moldearse a su alrededor.

El sueño llegó más rápido de lo que esperaba. Morfeo lo reclamó sin resistencia, arrastrándolo hacia oscuridad sin sueños, sin pensamientos, sin imágenes de ojos vulnerables, gemidos genuinos o la sensación de haber sentido demasiado cuando se suponía que no debía sentir nada.

Solo oscuridad.

Solo silencio.

Solo el peso pequeño y cálido contra su pecho recordándole por qué hacía todo esto.

Por qué seguiría haciéndolo.

Las veces que fueran necesarias.

Al día siguiente, Jungkook despertó con la sensación de algo presionando insistentemente contra su brazo, empujando con una urgencia que no podía ignorar por más que lo intentara.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Papá! ¡Papá! —la voz aguda de Jun atravesó las capas de sueño profundo en las que todavía estaba hundido, arrastrándolo de vuelta a la conciencia muy a su pesar.

Jungkook se removió en el colchón, dejando escapar un jadeo involuntario cuando su cuerpo protestó ante el movimiento.

Abrió los ojos con dificultad, los párpados pesados y resistentes a ceder. La luz grisácea de la mañana se filtraba a través de la puerta del pasillo, apenas iluminando el espacio diminuto. Parpadeó varias veces tratando de enfocar la vista hasta que finalmente la imagen frente a él se volvió clara. Jun arrodillado a su lado en el colchón, todavía en su pijama de dinosaurios, el cabello revuelto en todas direcciones y esos ojos enormes

mirándolo con la urgencia particular de todo niño de ocho años que ya estaba completamente despierto, listo para comenzar el día.

—Qué pasa, Jun... —las palabras salieron arrastradas y pastosas, su voz todavía ronca del sueño. Volvió a cerrar los ojos inmediatamente porque todavía no estaba listo para enfrentar la mañana, para lidiar con la realidad que esperaba afuera de este momento de semi-inconsciencia donde todavía podía fingir que todo estaba bien—. Buenos días.

—¡Buenos días! —la respuesta de Jun fue tan entusiasta y llena de energía que hizo que Jungkook sintiera su propia fatiga de forma aún más aguda en comparación.

Dejó escapar un sonido que era parte gruñido y parte suspiro, quedándose completamente inmóvil sobre el colchón como si pudiera volver a dormirse si se quedaba lo suficientemente quieto.

Jun aparentemente no aceptaba esa posibilidad como respuesta válida porque inmediatamente comenzó a sacudirlo de nuevo, esta vez con más fuerza, con ambas manos pequeñas empujando contra su hombro en un ritmo frenético que habría sido cómico si Jungkook no estuviera tan absolutamente exhausto.

—¡No! ¡Papá! ¡No te duermas! Aish.

Jungkook sintió cómo el colchón se hundía y levantaba bajo él cuando Jun finalmente se rindió con la estrategia de sacudirlo y en su lugar se levantó. Los pasos pequeños resonaron contra el suelo de madera, el sonido familiar que Jungkook había aprendido a interpretar con los años, Jun caminando hacia la esquina donde guardaban los trastes en cajas de plástico apiladas.

Ese movimiento particular lo obligó a abrir un ojo a pesar de todo, inclinando apenas la cabeza en dirección al sonido para verificar que su hijo no estuviera a punto de hacer algo peligroso como intentar usar el hornillo por su cuenta.

—Estoy despierto —murmuró hacia Jun aunque era obviamente mentira, porque sus ojos ya se estaban cerrando de nuevo, su cuerpo hundiéndose más profundamente en el colchón como si pudiera fusionarse con él y desaparecer por completo.

Jun estaba parado frente a las cajas, ya sacando un plato y una taza. Lo hacía con determinación particular de cuando sabe exactamente lo que quiere y no va a aceptar un no como respuesta.

—Tengo hambre —lo dijo como si fuera una declaración de emergencia nacional, con toda la seriedad que su cuerpo pequeño podía transmitir.

Jungkook suspiró profundamente y finalmente aceptó la derrota, apartando las sábanas que cubrían su cuerpo. El aire frío de la habitación le golpeó la piel inmediatamente haciéndolo estremecerse mientras se incorporaba despacio. Se frotó los ojos con ambas manos, tratando de eliminar los últimos restos de sueño que se aferraban obstinadamente a sus párpados.

—¿Y...? ¿Qué vas a cocinar? —Preguntó mientras buscaba sus sandalias de estar en casa con los pies—. A mí se me antoja kimchi.

Jun se giró para mirarlo con una expresión que era pura incredulidad infantil mezclada con diversión, sus ojos brillando con ese humor inocente mientras una sonrisa sarcástica se formaba en su rostro.

—No sé cocinar —se defendió con tono burlón que habría sonado irrespetuoso viniendo de cualquier otro niño pero que de Jun solo sonaba adorable y gracioso porque ambos sabían que era verdad.

—No puedes, Jeon. Debes aprender. —Afirmó Jungkook ya con las sandalias puestas, levantándose finalmente del colchón en toda su gloria matutina, con esa camiseta holgada y pantalones de chándal desgastados.

Ambos parados y enfrentados era el show que toda persona aprecia y le saca una sonrisa divertida e impresionada por los genes y parecido entre ambos. Sobre todo en aquél particular que ambos compartían, que era casi exactamente el mismo mechón de cabello rebelde parado en el remolino trasero de sus cabezas.

—Tengo hambre, papá... —Jun se quejó una vez más, esta vez con un tono lastimero que estaba claramente diseñado para acelerar el proceso de conseguir comida.

Jungkook levantó la vista de donde había estado mirando sus propios pies y vio a su hijo parado ahí con el plato limpio en una mano y la taza vacía en la otra, mirándolo con esos ojos grandes, llenos de expectativa y hambre genuina que hacía que su pecho ardiera.

Y así de simple regresó a la maldita realidad como si le hubieran echado un balde de agua fría encima.

Esta era su vida. Este cuarto diminuto sin ventilación apropiada, este colchón delgado, estas cajas de plástico sirviendo como muebles, su hijo mirándolo con hambre que él tenía la responsabilidad de satisfacer sin importar qué.

Todo lo demás, la suite lujosa con sábanas de seda, el champán caro, el hombre de ojos vulnerables que lo había mirado como si fuera precioso, había sido solo un paréntesis temporal en esta realidad que era constante e ineludible.

Asintió con la cabeza más para sí mismo que para Jun, aceptando mentalmente lo que ya sabía, eso era que nada había cambiado realmente, que seguía siendo el mismo Jungkook en el mismo goshiwon con las mismas responsabilidades.

—Ya mismo te preparo algo, hijo. Luego iremos a comprar más víveres, ¿sí? —Comenzó mientras caminaba hacia Jun y tomaba gentilmente el plato y la taza de sus manos, sus dedos rozándose brevemente en el intercambio.

Ya estaba calculando mentalmente qué podía preparar con lo que tenían disponible, quedaba arroz del día anterior que podría recalentar, un poco de kimchi en el recipiente de plástico, tal vez un huevo si no lo habían usado ya.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Jun comenzó a saltar en puntillas en su lugar, golpeando contra el suelo de madera en un ritmo alegre que llenó el espacio pequeño con sonido puro de felicidad infantil. La perspectiva de ir al mercado aparentemente era suficiente para hacerlo increíblemente feliz a pesar de que era algo que hacían casi todas las semanas por necesidad.

Jungkook no pudo evitar que se formara una sonrisa genuina en su rostro mientras observaba a su hijo celebrar algo tan simple.

Comenzó a preparar el desayuno con los recursos limitados que tenían disponibles, sacó el arroz frío del recipiente de plástico donde lo guardaban, lo puso en dos platos desiguales dándole la porción más grande a Jun como siempre hacía. Calentó agua en la cocina eléctrica para hacer té. Dividió el kimchi que quedaba en porciones pequeñas.

El pago de su trabajo de la noche anterior, esos seiscientos mil wones, ya lo estaban salvando de tener que racionar demasiado estrictamente. Su pequeño no tendría que comer porciones miserables o el mismo quedarse con hambre enfermiza, y eso por sí solo hacía que todo valiese la pena. Podría comprar más comida en el mercado, cosas nutritivas que Jun necesitaba para crecer sano y fuerte.

Eso era lo gratificante de todo esto. Eso era lo que importaba.

De pronto una imagen se coló en su mente sin permiso...

Ojos brillantes con lágrimas, labios hinchados y rojos de tanto besar, mejillas sonrojadas con ese tono rosado perfecto...

—Papá, ¿hoy vamos con la señora Kim? —la voz de Jun irrumpió en sus pensamientos como un salvavidas lanzado justo a tiempo, arrastrándolo de vuelta al presente antes de que pudiera hundirse demasiado profundo en recuerdos que no debería estar teniendo mientras preparaba el desayuno de su hijo.

Jungkook parpadeó varias veces regresando completamente a la realidad de la cocina improvisada, del arroz recalentado, del té. Miró a Jun que lo observaba esperando una respuesta y meditó la pregunta durante un momento.

—Mmm... No, hoy es sábado. Pero podemos visitarla casualmente.

—¡Sí, a eso me refiero! —Exclamó Jun con entusiasmo renovado, sus manos gesticulando animadamente mientras explicaba su razonamiento con la lógica simple pero perfecta de un niño de ocho años—. Es que piensa. Ella es buena con nosotros, entonces si vamos al mercado, podemos visitarla de paso. Eso es lo correcto, papi.

La idea claramente ya estaba formada en su cabeza, y solo estaba compartiendo los detalles ahora que Jungkook había dado su aprobación implícita. Sin esperar más confirmación, Jun se dio la vuelta y caminó hacia el pequeño espacio donde guardaban su ropa, ya buscando ansiosamente qué ponerse para su aventura matutina al mercado que para él probablemente se sentía como una expedición emocionante.

Jungkook se quedó ahí parado en medio de su cocina improvisada observando a su hijo moverse con esa energía inagotable, completamente ajeno a todas las preocupaciones y complicaciones que ocupaban la mente de su padre.

Jun era feliz con tan poco. Una visita al mercado, ver a la señora Kim, tener comida en su plato aunque fuera simple. No pedía más... nunca. Solo quería tiempo con su padre y saber que estarían bien.

Sonrió encantado por haber recibido tal bendición entre toda su vida caótica... Vida que no encontraría estable de no ser por ese ángel.

Y pasado el rato, como había prometido Jungkook, llevó a Jun a comprar los víveres después del desayuno. Pero antes de eso lavó los trastes usados en el pequeño lavabo compartido del pasillo mientras Jun esperaba pacientemente sentado en el colchón revisando su tarea de ciencias, entretenido. Después anotó meticulosamente en un papel todo lo que hacía falta, tal que arroz, huevos, kimchi, leche en polvo porque la fresca era demasiado cara, verduras de las que estaban golpeadas y se vendían con descuento. Nada de extras innecesarios, solo lo esencial para que Jun comiera bien durante la semana.

Se duchó rápido bajo agua tibia que amenazaba en volverse fría cualquier momento, frotándose con el jabón hasta que la piel le quedó limpia aunque áspera. Después bañó a Jun con más cuidado, usando el champú con moderación porque tenía que durar al menos dos semanas más, enjabonándole el cabello negro que ya estaba creciendo demasiado y que pronto necesitaría cortar él mismo.

Jun había elegido su ropa con un entusiasmo desproporcionado para lo que era simplemente ir al mercado, sus jeans menos desgastados y una camiseta roja que le gustaba porque solo una vez, la señora Kim aseguró que se veía como modelo con ella puesta. Se veía adorable con el cabello todavía húmedo peinado hacia un lado, esos ojos grandes brillando con la emoción pura para quien una salida al mercado era una aventura digna de celebrarse.

Salieron del goshiwon tomados de la mano mientras el sol de media mañana ya calentaba las calles de Seúl. Caminaron tres cuadras hasta la parada de autobús que los llevaría al mercado mayorista. Jun no soltó su mano en ningún momento, ni siquiera cuando subieron al autobús lleno de gente y tuvieron que pararse agarrados de una barra metálica porque no había asientos disponibles.

El mercado era exactamente como siempre, muy ruidoso, lleno de gente empujándose entre pasillos estrechos, vendedores gritando ofertas con voces roncas de tanto uso, el olor a pescado fresco mezclándose con el de verduras y especias. Jungkook conocía cada rincón de este lugar después de años yendo allí todas las semanas, sabía exactamente qué puestos tenían los mejores precios, qué vendedores eran honestos, y cuáles intentarían engañarte si bajabas la guardia.

Compraron juntos, ambos de la mano entre la muchedumbre. Jun ayudaba a elegir las manzanas menos golpeadas de la caja de descuento, sostenía la bolsa de tela mientras Jungkook pesaba el arroz, contaba los huevos cuidadosamente para asegurarse de que ninguno estuviera roto.

Visitaron los lugares recurrentes donde los precios eran más convenientes que en cualquier otro lado. La mayoría de los dueños que atendían aquellos locales ya conocían a Jungkook y especialmente a Jun, ese niño increíblemente educado que siempre saludaba con una reverencia pequeña y una sonrisa enorme que derretía hasta a los vendedores más gruñones.

—¡Jungkook! ¡Pequeño Jun!

La señora Lee que vendía verduras en el puesto número diecisiete los saludó con entusiasmo en cuanto los vio acercarse, su rostro arrugado transformándose completamente cuando Jun le devolvió el saludo con toda su energía infantil.

—¡Buenos días, señora Lee!

—Qué niño tan educado tienes, Jungkook. Un tesoro.

Jungkook sonrió encantado sin mucho más que decir, la mujer le guiñó un ojo al pequeño mientras le daba una zanahoria extra sin cobrarla, metiéndola en su bolsa.

—Le agradezco mucho, señora Lee. —respondió Jungkook con gratitud muy sincera, porque cada pequeña cosa ayudaba, cada gesto de generosidad significaba un poco más de comida en el plato de Jun.

Siguieron recorriendo el mercado hasta que todas las cosas de la lista estuvieron marcadas y las bolsas llenas de lo esencial. Jungkook cargaba la más pesada y Jun insistía en llevar la

más liviana él mismo, caminando con pasos cuidadosos para no tropezarse mientras volvían a la parada de autobús.

Pero antes de regresar al goshiwon, cumplieron con la otra parte del plan de Jun, la cual era visitar a la señora Kim en su cafetería.

El Café Sora era pequeño y acogedor. Ese aroma permanente a café recién hecho y pan tostado, era realmente reconfortante, aroma que Jungkook había aprendido a asociar con seguridad y calidez.

La señora Kim levantó la vista cuando entraron, la campanilla sobre la puerta anunciando su llegada con un tintineo agudo. Su rostro se iluminó inmediatamente al ver a Jun.

—¡Jun-ah! ¡Qué alegría verte!

—¡Noona! —Jun corrió hacia ella soltando la bolsa de compras junto a una mesa y rodeó el mostrador para darle un abrazo que ella correspondió con el afecto de una abuela consintiendo a su nieto favorito. Porque eso era exactamente lo que era la señora Kim para ellos, la tía que nunca tuvieron, la abuela que Jun nunca conocería de otra forma, alguien que los cuidaba sin esperar nada a cambio excepto verlos bien.

—Siéntense, siéntense. Les preparo algo. —Insistió con tal tono que no admitía negativas, ya moviéndose detrás del mostrador con eficiencia practicada.

Jungkook se sentó en su mesa habitual junto a la barra para poder charlar con la señora si hacía falta, dejando las bolsas de compras en el suelo a sus pies. Jun se acomodó frente a él rebotando ligeramente en su asiento con anticipación porque sabía que la mujer siempre les preparaba algo especial.

Ella apareció minutos después con una bandeja, café con leche para Jungkook en una taza grande de cerámica desportillada en el borde, tostadas con mermelada de fresa untada generosamente, y para Jun, un tazón de arroz con leche todavía caliente espolvoreado con canela.

Demasiado para lo habitual.

—Ah... Pero, señora Kim, no tenía que... —comenzó Jungkook pero ella lo interrumpió con un gesto de su mano como espantando una mosca molesta.

—Tonterías. Déjame consentir un poco al pequeño Jun.

Le guiñó el ojo a Jun que ya estaba atacando su arroz con leche con una cuchara que parecía demasiado grande para su boca.

Dialogaron casualmente mientras la señora preparaba pedidos y atendía a los otros clientes que iban llegando con la regularidad del mediodía acercándose. Jun aprovechó para ver dibujos animados en el teléfono viejo de la señora Kim que ella le prestaba sin dudar, el volumen bajo pero suficiente para que pudiera escuchar mientras comía con concentración absoluta, disfrutando algo simple completamente.

Jungkook bebió su café lentamente saboreando cada sorbo porque era un lujo que raramente se permitía, observando a Jun reír con algo que pasaba en la pantalla, observando a la señora Kim moverse detrás del mostrador con familiaridad de quien ha hecho esto durante décadas. Estos momentos de normalidad simple eran los que más atesoraba, cuando podía fingir que su vida no era tan complicada como realmente lo era.

Cuando finalmente se fueron después de casi una hora ahí, la señora Kim les dio un paquete envuelto en papel madera.

—Galletas que horneé ayer. Para Jun.

Jungkook intentó protestar pero ella lo silenció con una mirada casi amenazadora que había perfeccionado durante años de ser madre, abuela y ahora figura maternal para un padre soltero que hacía lo mejor que podía.

—Gracias, señora Kim. De verdad.

Ella le apretó la mano de Jungkook sobre el mostrador con fuerza motivacional.

—Cuídense mucho, Jungkook. Y si necesitan algo, lo que sea, ya saben dónde encontrarme —la forma en que lo dijo... sugería saber más de lo que veía, que entendía que las cosas no eran fáciles para ellos aunque Jungkook nunca había compartido detalles específicos.

Pero ella sabía de todas formas porque había vivido lo suficiente para reconocer las señales de alguien luchando por mantenerse a flote.

Esa noche Jungkook trabajó nuevamente en Mapo después de dejar a Jun con la señora Lim. No esperaba al cliente del viernes anterior, ese hombre de ojos vulnerables que había despedido completamente deshecho en la madrugada del sábado. Ese con un encanto que no había encontrado en ningún otro cliente antes jamás, que lo había hecho sentir cosas que sabía que no debería sentir... Que lo había hecho romper sus propias reglas, de tales formas, que todavía se inquietaba cuando permitía que su mente se fuera por esos caminos.

Pero tampoco se ilusionaba con que apareciera, porque un tipo adinerado como ese debía tener miles de responsabilidades incluso un sábado por la noche. Reuniones, cenas importantes, compromisos sociales con gente de su mismo nivel económico. Probablemente ya se había olvidado completamente de Ian y de esa noche en la suite lujosa, probablemente había sido solo un capricho temporal que ya estaba satisfecho, y del cual había pasado a otras cosas más importantes.

“Un tipo adinerado con responsabilidades...”, pensó Jungkook mientras se apoyaba contra su poste habitual bajo la farola amarillenta.

Uno que probablemente no sabía el impacto de su belleza, de su encanto y vulnerabilidad que lo hacían peligrosamente atractivo de formas que iban más allá de lo físico o su maldito estatus.

“Su encanto...”, pensó de nuevo antes de forzarse a dejar de pensar en eso por completo.

Y así de sencillo, con la mente forzada en blanco, con sus ideas perdidas, tratando de no ir hacia esa persona en específico, había sido contratado por dos clientes rápidos esa noche. Servicio simple que atendió en una hora cada uno en el motel barato de siempre. Dos hombres de mediana edad que querían exactamente lo mismo, complacer algo básico, roces, oral rápido, nada de preliminares, sólo correrse y largarse.

Cien mil wones cada uno... Doscientos mil en total que guardó en su bolsillo junto al dinero que todavía le quedaba de la semana anterior.

El domingo pasó arrastrado en las tareas escolares de Jun que tenía que completar antes del lunes. Matemáticas que Jungkook le ayudaba a resolver perfectamente aunque él mismo apenas había terminado el instituto, lectura comprensiva de textos que Jun leía en

voz alta en concentración sería que ponía cuando quería hacerlo perfecto. Después fueron al parque pequeño cerca del goshiwon donde Jun jugó en los columpios mientras Jungkook lo observaba desde un banco pensando en lo rápido que estaba creciendo su pequeño, en cómo cada día parecía un poco más alto y un poco más independiente, en cómo el tiempo se escapaba entre sus dedos sin poder detenerlo.

Sin poder darle algo mejor que esto...

Hizo cuentas mentales mientras Jun se balanceaba cada vez más alto en el columpio, sus piernas bombeando con fuerza para ganar altura. Con el dinero de esas dos noches más lo que le quedaba de antes, tenía suficiente para cubrir la renta de este mes y todavía le sobraría un poco para emergencias.

Eso era bueno.

Eso significaba que podía respirar un poco más tranquilo al menos por unas semanas.

El lunes llegó rápido gracias al cansancio acumulado y al sueño reparador que lo despertó de inmediato listo para afrontar la rutina de siete días que se repetiría hasta el siguiente fin de semana.

—¡Papá! Yo quiero ir solo a buscar el almuerzo de hoy. —Aclamó Jun mientras Jungkook terminaba de subir el zipper de la chamarra del pequeño sobre dos capas de camisetas de manga larga, ajustándola bien para que el frío de la mañana no le calara demasiado.

—¿Solo? —Preguntó Jungkook mirando el rostro de su hijo, moviendo con los dedos el cabello negro que caía demasiado sobre sus ojos aunque sabía que volvería a caer ahí en cuestión de segundos porque ese mechón tenía vida propia.

Jun asintió rápidamente apartando por inercia la mano de su padre con un movimiento que era tanto impaciencia como deseo de demostrar que ya era lo suficientemente grande para estas cosas.

—Sí. Yo solo, tú espérame afuera.

Jungkook no pudo evitar reír ante el entusiasmo desbordante por algo tan aparentemente simple como entrar solo a la cafetería a recoger su almuerzo.

—Te espero afuera entonces. ¿Como la semana pasada?

Jun negó con la cabeza vigorosamente, sus ojos brillando con la emoción de revelar su plan modificado.

—No... ahora debes esperarme en la esquina de la otra calle... —lo anunció con tal tono, como si estuviera contando un suceso impresionante y digno de admiración, abriendo más sus ojos para enfatizar la importancia de esta nueva etapa de independencia, su sonrisa intrépida mostrando ese orgullo infantil que Jungkook encontraba absolutamente adorable.

Jungkook se dejó contagiar inmediatamente por esa emoción genuina y él mismo abrió más sus ojos y elevó sus cejas en una expresión exagerada de sorpresa, su boca formando un óvalo perfecto por un momento como si esto fuera efectivamente el acontecimiento más impresionante del año.

—Por dios... Qué niño tan independiente —comentó con orgullo real tiñendo cada palabra porque efectivamente estaba orgulloso de ver a Jun queriendo hacer cosas por sí mismo,

aprendiendo a navegar el mundo poco a poco con esa confianza que Jungkook trabajaba activamente para cultivar en él—. Vaya, y ya todo lo quiere hacer solo.

Jun asintió sonriendo con esa emoción contagiosa que iluminaba completamente su rostro, alejándose del cuerpo de su padre con pasos deliberados como si también esto fuera un acto grande de independencia que necesitaba ser ejecutado correctamente.

—¡Sí!

Jungkook se irguió levantándose del suelo donde se había agachado para estar a la altura de Jun, buscando con la mirada su propia chaqueta que había dejado colgada en uno de los ganchos adheridos a la pared y las llaves de la habitación que siempre guardaba en el mismo lugar para no perderlas.

—Muy bien, señor Jun. —Comenzó mientras se ponía el abrigo que ya mostraba signos de desgaste en las mangas, pero que todavía servía perfectamente para protegerlo del frío—. Agarra tu mochila y vamos al café.

—Señor Jeon Jun. —Corrigió el pequeño con tono serio mientras corría hacia donde su mochila escolar descansaba junto al colchón, esa mochila verde remendada que Jungkook había cosido tantas veces que ya había perdido la cuenta—. Jun hyung.

Jungkook dejó salir una risita genuina ante eso porque su pequeño definitivamente podría ser un buen hermano mayor si tuviera esa oportunidad, con esa personalidad protectora y ese sentido de responsabilidad que ya mostraba a sus ocho años.

Al llegar al Café Sora, Jungkook se dejó posicionar obedientemente por su hijo en la esquina opuesta a la cafetería, cruzando la calle hasta el punto exacto que Jun había determinado como apropiado para esta nueva fase de independencia. Con la mochila de Jun colgando de su hombro, esperó pacientemente apoyado contra la pared de un edificio, observando a su pequeño cruzar la calle con cuidado ejemplar mirando hacia ambos lados dos veces antes de pisar el asfalto.

Lo vio entrar al café a través de los cristales que reflejaban la luz del sol matutino haciendo difícil ver el interior con claridad. Pero alcanzó a notar las inclinaciones de cabeza de su pequeño cuando saludaba educadamente a la señora Kim y probablemente a los otros clientes que estuvieran ahí. Jun parecía un mini adulto así, solo en ese mundo tan grande, navegando con esa confianza que Jungkook había trabajado tan duro para inculcarle.

Eso era exactamente lo que quería lograr, a lo que quería llegar desde que su pequeño había llorado vivo en sus brazos por primera vez, en ese hospital público donde Jieun había muerto. Desde ese momento cuando había firmado el alta médica con manos temblorosas y un bebé envuelto en una manta donada, había sabido que tenía que criar a Jun de una forma que lo preparara para cualquier cosa que la vida le lanzara.

Jun no sería un niño desamparado sin educación ni saberes que lo sacaran del apuro cuando las cosas se pusieran difíciles. Mucho menos sería un adulto incompetente que no supiera cómo cuidarse a sí mismo o cómo navegar un mundo que podía ser increíblemente cruel con los que no tenían recursos. Sería independiente porque él decidiría cuándo era suficiente y cuánto merecía. Sin excesos innecesarios, pero sin falta de nada esencial tampoco.

Eso merecía su pequeño. Eso y mucho más.

Vio a su hijo salir por la puerta momentos después con una sonrisa enorme que prácticamente brillaba incluso desde la distancia, las dos bandejas de comida envueltas en

film transparente sostenidas con cuidado entre sus manos pequeñas. Y pese a la emoción que Jungkook podía ver vibrando en todo el cuerpo del pequeño, esa energía que probablemente lo haría querer correr sin mirar hacia donde iba, Jun se contuvo admirablemente. Se detuvo en la acera, miró hacia ambos lados verificando el tráfico aunque el semáforo ya estaba en rojo para los autos, esperó pacientemente hasta que la luz cambió a verde para los peatones antes de cruzar relajadamente entre la gente, terminando finalmente junto a su padre con esa sonrisa de logro absoluto iluminando su rostro.

—Ya lo ves, papá. Cuando tenga doce, podré venir a buscar la comida yo solo —afirmó el pequeño con tal orgullo que se transmitió directamente al pecho de Jungkook, haciéndole latir con ese amor tan hermoso que a veces lo abrumaba por su intensidad.

Jungkook se agachó hasta quedar a la altura de su hijo, mostrándose como par y con respeto hacia ese pequeño ser humano que estaba criando para ser mejor de lo que él mismo había sido.

—Eres todo un hombre, Jun. —Aseguró Jungkook con sinceridad absoluta, tomando en sus manos ambas bandejas de comida envuelta con cuidado para que Jun no tuviera que seguir cargándolas.

Le devolvió la mochila a su pequeño, quien se la colgó en los hombros con movimientos practicados.

Después del almuerzo que compartieron sentados en un banco del parque cercano porque el clima estaba agradable y Jun había insistido en que sería divertido comer afuera como si estuvieran de picnic, Jungkook dejó a Jun en la escuela con un beso en la frente y un recordatorio de portarse bien, y prestar atención en clase.

Y como era la rutina establecida durante años, fue en busca de cualquier puesto vacante como peón en donde fuera que lo aceptaran. Porque sin estudios completos, sin currículum estable que mostrara experiencia prolongada en ningún campo específico, sin referencias profesionales que pudieran avalar sus habilidades, era casi imposible si no directamente imposible ser contratado mes a mes en trabajos formales con contratos y beneficios.

Así que solo bastaba con conseguir horarios que fueran cómodos tanto para él como para Jun, que pagaran lo que fuera que estuvieran dispuestos a dar, y que terminaran a tiempo para que pudiera retirar a Jun del programa extracurricular de la escuela.

Ese día consiguió trabajo cargando cajas en un almacén de distribución por seis horas. Ochenta mil wones que le pagarían en efectivo al final del turno. Y... no era mucho, pero era suficiente para agregar al fondo que estaba acumulando lentamente.

Después retiró al pequeño del extracurricular, cenaron arroz con las verduras, Jun se dio un baño, insistiendo en su independencia de aquel día específico, mientras Jungkook lavaba la ropa a mano en el lavabo compartido.

Luego vinieron los extras, como ayudar a Jun con su tarea de ciencias donde tenía que dibujar el ciclo del agua, leer juntos un cuento sobre dinosaurios que Jun ya se sabía de memoria, pero que nunca se cansaba de escuchar, escribir en su cuaderno viejo donde Jungkook a veces anotaba pensamientos o ideas solo para distraerse cuando Jun ya estaba dormido. O cuando no le quedaba un cigarrillo.

Y finalmente, revisar el teléfono público del primer piso para estar seguro de que ningún trabajo inesperadamente haya llamado con ofertas que no podía permitirse perder.

El resto seguía exactamente igual día tras día.

Así pasó la semana completa, repetidamente, con pequeñas variaciones que no cambiaban fundamentalmente la estructura.

Diferentes trabajos en diferentes lugares pero siempre del mismo tipo, físico, temporal, pagado en efectivo.

Diferentes comidas pero siempre dentro del mismo presupuesto ajustado.

Diferentes conversaciones con Jun pero siempre llenas del mismo amor incondicional.

Pero el fin era siempre idéntico sin importar las variaciones del camino.

Sobrevivir.

Mantenerse estable aunque fuera una estabilidad tan fina y frágil como hoja de papel que podría romperse con el menor viento inesperado.

El jueves a las siete de la tarde cuando Jungkook fue a retirar a Jun del programa extracurricular, notó inmediatamente que algo estaba mal. Su pequeño caminaba más lento de lo normal hacia donde él esperaba en la entrada de la escuela, con la cabeza gacha, mirando el suelo en lugar de correr hacia él con su energía habitual. Las mejillas estaban infladas en la expresión particular que hacía cuando se enojaba o se sentía mal consigo mismo, presionando su boca pequeña en una línea de disconformidad que a Jungkook se le hacía imposiblemente adorable incluso cuando sabía que significaba que algo había pasado.

Jungkook pestañeó mirándolo con ojos más abiertos, inmediatamente preocupado, su mirada recorriendo el cuerpo de Jun buscando cualquier señal de daño visible.

—Jun, hijo... —Lo llamó con tono suave mientras se agachaba para sacarle la mochila de la espalda, y quitarle ese peso extra al pequeño, colocándola en su propio hombro—. ¿Qué te sucede?

Jun presionó las manos pequeñas en ambas rodillas de sus pantalones escolares grises, formando puños, como si la tela le molestara físicamente. Jungkook siguió la dirección de su mirada y se inclinó para ver mejor, entendiendo perfectamente la fuente de la molestia de su pequeño en cuanto vio el agujero irregular.

—Oh... —soltó simplemente porque no había mucho más que decir ante la evidencia tan obvia.

—Me caí en el receso de la última hora —se quejó Jun con tono lastimoso y pequeño que partía el corazón, esos ojos grandes mirando a su padre con tal vergüenza y culpa que no tenía ningún derecho a sentir por algo tan completamente normal como caerse mientras jugaba—. Perdóname, papá.

Jungkook negó con la cabeza inmediatamente, rechazando esa disculpa con fiereza mientras se inclinaba completamente hasta quedar a la altura exacta de su hijo, sus ojos al mismo nivel para que Jun supiera que esto era importante y que necesitaba escucharlo de verdad.

—¿Perdón? ¿De qué, campeón? Todos nos caemos —respondió con dulzura pero también con firmeza, comprensivo pero queriendo eliminar esa culpa innecesaria que veía

creciendo en los ojos de Jun—. Y veo que estás en tus dos pies y que no tienes raspones. Así que esa caída no fue nada más que un pantalón roto que se puede arreglar.

—Papá... —protestó Jun, aunque su tono ya era más animado, casi vergonzoso ahora en lugar de culpable, como si estuviera empezando a entender que esto realmente no era tan grave como había pensado.

—Ajá... Mi hijo se cae pero se levanta —continuó Jungkook con orgullo genuino resonando en cada palabra—. ¿Quién puede soportar eso? Solo Jun, no unos tontos pantalones que se pueden remendar.

Jun soltó una risa que le transformó el rostro completamente, esos ojos recuperando su brillo único mientras toda la culpa se disolvía bajo el calor del amor incondicional de su padre. La tensión que había estado cargando en sus hombros pequeños desapareció como si nunca hubiera existido.

—Vamos a casa, ese pantalón necesita arreglo. —Comentó Jungkook simplemente mientras se levantaba y ofrecía su mano libre al pequeño que la tomó inmediatamente ya sin vergüenza ni culpa por sus pantalones rotos, solo confianza absoluta en que su padre arreglaría esto como arreglaba todo lo demás.

Esa misma noche, al llegar al goshiwon después de cenar y bañar a Jun, Jungkook rebuscó en la caja donde guardaba ropa demasiado vieja para usar pero que nunca echaba a la basura porque nunca sabía cuándo podría necesitar la tela para algo. Encontró un pantalón gris que él mismo había usado años atrás, tan desgastado que ya no servía para nada excepto exactamente para esto.

Con habilidad aprendida no de ningún curso o enseñanza formal sino de pura necesidad de ser padre que debe aprenderlo todo para poder darlo todo, se sentó en el colchón bajo el foco más iluminado de la habitación. Jun ya estaba en su pijama haciendo su tarea de matemáticas en el otro extremo del colchón, la lengua asomando ligeramente entre los labios en esa concentración absoluta que ponía cuando los números se complicaban.

Jungkook sacó su kit de costura a mano que guardaba en una caja de lata oxidada, enhebró la aguja con hilo gris que no era exactamente del mismo tono que el pantalón pero que era lo suficientemente cercano. Recortó un pedazo de tela del pantalón viejo con tijeras que ya no cortaban tan bien como antes pero que todavía funcionaban si aplicabas suficiente presión. Emprolijó con cuidado tanto el recorte nuevo como los bordes irregulares de la rotura en el pantalón de Jun.

Y cosió con puntadas pequeñas y apretadas, cada una colocada con precisión, usando un hilo que pese a no ser del color exacto se veía sorprendentemente bien cuando estaba terminado. Hecho con amor en casa, con las manos de un padre que haría cualquier cosa por su hijo.

Jun reestrenó su pantalón al día siguiente sin vergüenza alguna, sin quejas sobre el remiendo visible que cualquier otro niño habría señalado inmediatamente. Porque su padre le había enseñado muy bien desde pequeño que hay cosas mucho más grandes de las que preocuparse en la vida, que algo es valioso si lo cuidas apropiadamente sin importar cuánto costó, que da orgullo tenerlo si lo aprecias de verdad por más pequeño o remendado que fuera.

Y Jungkook lo vio irse a la escuela ese día felizmente, y sintió que el amor crecía, que su corazón latía más intenso y orgulloso. Porque estaba criando a un niño que entendía valor más allá del dinero.

Eso era lo que realmente importaba al final del día.

Jungkook trabajó en una construcción hasta que el sol se puso, pintando el cielo de naranjas y rosas que no tuvo tiempo de apreciar. Sus manos estaban ásperas de cargar ladrillos durante ocho horas seguidas, la espalda le dolía de agacharse y levantarse repetidamente, pero tenía cien mil wones en el bolsillo que se sumarían al fondo que estaba acumulando lentamente.

Como cada día, fue directo desde la obra hacia la escuela para buscar a Jun del programa extracurricular. La normalidad de siempre, llegar unos minutos antes y esperar en la entrada, viendo a los niños jugar en el patio mientras los profesores supervisaban, buscando entre todas esas cabezas pequeñas la de su hijo hasta que lo encontraba, y Jun corría hacia él con su energía inagotable que parecía no disminuir nunca sin importar cuántas horas llevara despierto.

Pero esta vez fue diferente.

Al llegar, Jun estaba siendo acompañado por una de las profesoras hacia la salida en lugar de estar jugando con los otros niños como usualmente hacía hasta el último minuto posible. Jungkook se alarmó inmediatamente al ver tanto la expresión de preocupación en el rostro de la profesora como la de desánimo obvio en su pequeño que caminaba con pasos más lentos de lo normal, los hombros ligeramente caídos.

La maestra, una mujer joven de unos treinta años que siempre había sido amable con Jun, continuaba sobando suavemente la espalda pequeña de su hijo con movimientos reconfortantes mientras se acercaban. Le entregó la mochila a Jungkook con una mano mientras mantenía la otra sobre el hombro de Jun como si temiera que pudiera caerse si lo soltaba.

—Señor Jeon... Jun ha estado tosiendo bastante durante el día —comenzó a explicar con tono profesional, y también con preocupación maternal que probablemente extendía a todos los niños bajo su cuidado—. Al principio pensamos que solo era algo pasajero, pero fue empeorando progresivamente. Bajó su estado de ánimo en las últimas dos horas, se quedó sentado en lugar de jugar con los otros niños... y cuando le pregunté si se sentía bien me dijo que estaba cansado.

Jungkook sintió cómo el pecho se le volcaba bajo el peso repentino de la preocupación que se asentó sobre sus hombros. Conocía demasiado bien los problemas respiratorios de su pequeño, esas bronquitis recurrentes que lo habían llevado al hospital desde su nacimiento prematuro, los medicamentos caros que tenía que comprar cada vez que los síntomas aparecían, las noches sin dormir velando junto a él mientras luchaba por respirar correctamente.

Y también sabían sus profesores sobre esta condición, porque Jungkook había tenido que informarles desde el primer día de clases, había llenado formularios médicos detallando cada hospitalización, cada medicamento, cada señal de alerta que debían vigilar. Por eso le habían informado inmediatamente en lugar de esperar hasta que fuera algo más grave.

Jungkook se agachó inmediatamente hasta quedar a la altura de su hijo, la mochila todavía colgando de su mano mientras su otra mano se movía instintivamente hacia el rostro de Jun para verificar temperatura, a su suerte notando que no había fiebre.

—Jun, hijo, ¿cómo te sientes?

Jun levantó la mirada lentamente como si el simple acto de mover la cabeza le costara esfuerzo. Esos ojos grandes que normalmente brillaban con alegría ahora se veían apagados y cansados, de tal forma que a Jungkook de sólo ver ésto le dolió físicamente en el estómago.

—Solo me siento algo cansado, papá —respondió con honestidad simple, tratando de minimizar su molestia para no preocupar a su padre—. Y tengo tos.

Como para demostrar su punto, una tos seca escapó de su garganta haciéndolo encogerse ligeramente con el esfuerzo.

—Es una tos seca, sin flema todavía —agregó la profesora desde arriba.

Mientras, Jungkook asentía atentamente a la explicación, cada palabra registrándose en su cerebro mientras ya comenzaba a hacer cálculos mentales sobre qué medicamentos tenía en casa, y cuáles necesitaría comprar si esto empeoraba.

Jun no podía permitirse otra bronquitis, claro que no. No podía despertar un asma que requiriera tratamiento constante y medicamentos aún más caros de los que ya necesitaba ocasionalmente. No podían permitirse otra hospitalización con facturas que tardaría meses en pagar aún trabajando doble turnos.

Pero aun así, tenía que hacer algo. Tenía que actuar ahora, antes de que empeorara hasta el punto donde no tendría otra opción más que llevarlo a emergencias.

Se levantó con Jun todavía mirándolo desde abajo con esos ojos confiados que creían completamente que su padre arreglaría esto como arreglaba todo lo demás. Se despidieron de la profesora con agradecimientos sinceros por haberlo informado inmediatamente, y Jun intentó mostrar tal sonrisa y energía que claramente no sentía, pero que ofreció de todas formas porque era un niño educado que no quería que la maestra se preocupara más de lo necesario.

En el autobús de regreso al goshiwon, Jungkook sacó un cubrebocas negro de su bolsillo trasero, aún en su envoltorio. Siempre guardaba uno o dos por precaución. Lo desplegó con cuidado y se lo entregó a Jun quien lo tomó sin protestar.

Jungkook le ayudó a colocarlo correctamente sobre nariz y boca, doblando la tira de metal en el puente de la nariz para que sellara mejor, aunque quedaba notoriamente grande en la cara pequeña de Jun. Pero era lo único que tenía disponible y tendría que servir.

Al subir al autobús lleno de gente regresando del trabajo, a su suerte encontraron un asiento disponible junto a la ventana. Jungkook prácticamente empujó a Jun hacia él con suavidad hasta que estuviera sentado mientras él mismo se quedaba de pie a su lado, una mano aferrada a la barra metálica sobre sus cabezas y su cuerpo posicionado como un muro protector entre Jun y el resto de los pasajeros que se apretujaban en el pasillo estrecho.

Jun se acurrucó contra la ventana con los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra el vidrio que vibraba con el movimiento del autobús. Cada pocos minutos una tos seca lo sacudía haciéndolo encogerse, y cada vez que eso pasaba, Jungkook sentía que esa tos le atravesaba el pecho directamente, como si fuera él quien la sufría.

Cuando llegaron al goshiwon después de lo que fueron cuarenta minutos, los cuales se sintieron como horas, Jungkook preparó comida simple que fuera fácil de digerir, una sopa de arroz con vegetales blandos, nada muy condimentado que pudiera irritar más su garganta. Notó lo inusualmente callado que estaba su hijo, solo algunas toses escapando

de esa pequeña garganta irritada y algún comentario simple que compartían casualmente mientras comían juntos.

Normalmente Jun llenaba el espacio con charla imparable sobre su día en la escuela, sobre lo que había aprendido, con quién había jugado o qué había pasado en el recreo. Pero esta noche solo comía lentamente, masticando con cuidado como si incluso tragar le costara esfuerzo.

Jungkook sintió cada silencio prolongado como una herida en el pecho. No solo culpa por no poder protegerlo más de lo que estaba en sus manos limitadas, sino molestia profunda con absolutamente todo lo que llevara a su pequeño a éste estado.

Jun terminó de comer apenas la mitad de su plato antes de dejarlo a un lado con expresión de disculpa que Jungkook rechazó inmediatamente con un gesto de su mano indicándole que estaba bien, que no tenía que forzarse a comer más si no quería.

Cuando Jun pareció buscar automáticamente sus cosas en la mochila para sacar su tarea como hacía todas las noches, Jungkook lo detuvo con una mano suave en su hombro.

—No hace falta hacer tarea esta noche, Jun. Mejor descansa.

Jun lo miró con esos ojos grandes que parpadearon sorprendidos, porque su padre siempre le había dicho que hiciera la tarea, insistía en que la educación era importante y que tenía que completar todas sus asignaciones sin importar qué. Pero esta vez era diferente.

—¿De verdad, papá?

Jungkook asintió una vez de inmediato.

—De verdad. Tu salud es más importante que cualquier tarea.

Jun parecía entenderlo porque solo asintió con alivio obvio.

Y mientras Jungkook lo ayudaba a cambiarse al pijama, mientras extendía frazadas extras sobre el colchón, su hijo se dejó caer allí cerrando los ojos con un suspiro cansado que a Jungkook le pesó mil veces más que su propio agotamiento acumulado.

Jun quedó dormido casi inmediatamente, su respiración volviéndose más profunda y regular aunque ocasionalmente interrumpida por esas toses secas que sacudían su cuerpo pequeño incluso en sueños.

Jungkook se movió por la habitación con luz tenue del único foco que había dejado encendido, para permitirle a Jun dormir sin molestias. Lavó los platos en el lavabo compartido del pasillo con movimientos silenciosos, ordenó las pocas pertenencias que tenían, limpió el espacio pequeño pero indudablemente cuidado que había convertido en hogar para ambos, haciendo el menor ruido posible para no despertar al pequeño que tanto necesitaba descansar.

Después de terminar con todo, se cambió a su pijama improvisado de camiseta holgada gris y pantalones de chándal, agregando calcetines gruesos para no enfriar sus pies o piernas si Jun llegara a rozar su cuerpo pequeño con el suyo mientras dormían porque no quería transmitirle frío adicional cuando probablemente ya estaría luchando contra el propio malestar.

Se acostó cuidadosamente en el colchón junto a Jun, moviéndose despacio para no sacudirlo demasiado. Abrazó a su hijo por detrás de forma protectora, su pecho contra la

pequeña espalda que subía y bajaba con cada respiración, mientras Jun instintivamente se acomodaba en posición fetal entre el calor de su cuerpo, buscando confort incluso dormido.

Finalmente ambos durmieron, aunque el sueño de Jungkook fue ligero e interrumpido, despertándose cada vez que Jun tosía o se movía inquieto.

Esa misma madrugada que técnicamente ya era sábado, Jungkook se despertó con el sonido que había aprendido a temer más que cualquier otra cosa... El llanto de Jun.

No era un llanto de berrinche o frustración infantil.

—Papá... papá... —era un sollozo entrecortado mezclado con sonidos de sorber nariz, una voz ronca y pequeña quejándose entre las lágrimas, llamándolo repetidamente con tono lastimoso que partía el alma.

Jungkook despertó de inmediato, como si alguien hubiera prendido todas las luces y gritado su nombre, el sueño desapareciendo completamente en un segundo. Sus ojos se abrieron grandes y alarmados en la oscuridad de la habitación, girando su cuerpo para encontrar a Jun todavía acostado con la cabeza contra la almohada pero completamente despierto y llorando.

Los ojos del niño estaban rojizos e hinchados, lagrimeando constantemente, la nariz también goteando mientras más lágrimas rodaban por sus mejillas que estaban sonrojadas con ese color febril que Jungkook conocía demasiado bien. La expresión en ese rostro pequeño era de cansancio profundo mezclado con dolor evidente que no podía esconder ni aunque quisiera.

Jungkook se incorporó inmediatamente apoyándose en un codo sobre el colchón, todo su cuerpo en alerta máxima. El sueño no existía, no importaba, no era relevante cuando se trataba de esto.

—Jun... —lo llamó con tono que intentaba ser calmante a pesar de la alarma que sentía creciendo en su pecho como marea subiendo.

Se acercó más a él, su mano moviéndose automáticamente para correr un mechón de cabello negro del rostro humedecido en lágrimas y sudor de su hijo.

—¿Qué te duele, hijo? Dime dónde te duele.

Jun llevó su manita lentamente hacia su propia frente, el movimiento torpe y débil como si cada gesto le costara un esfuerzo consciente que no tenía energía para dar. Su mirada parecía algo perdida, desenfocada de fiebre abrumadora.

—La cabeza... —murmuró con un tono ronco que sonaba áspero y usado, diferente a su normalidad. Inmediatamente después una tos seca lo sacudió haciéndolo encogerse con expresión de dolor.

Jungkook llevó su propia mano hacia la frente de Jun sin esperar más, y sintió el calor radiando de esa piel demasiado caliente bajo su palma.

Fiebre alta, definitivamente más de treinta y ocho.

"Mierda...", maldijo internamente mientras apretaba los dientes con fuerza suficiente para que le doliera la mandíbula, molesto con esto y consigo mismo.

—Tienes fiebre, Jun... —murmuró intentando mantener su tono suave y tranquilizador aunque por dentro estaba en pánico completo—. Espérame aquí, campeón. Voy a traerte tus medicinas y te vas a sentir mejor, ¿sí?

Jun asintió débilmente, entrecerrando sus ojos, frunciendo el ceño como si ese gesto calmara aunque fuera un poco del malestar.

Se levantó del colchón con movimientos rápidos pero cuidadosos para no sacudir demasiado a Jun, caminando descalzo por el suelo frío de madera, hacia la caja de plástico donde guardaban todas las medicinas. Rezaba mentalmente porque hubiera lo necesario, porque no hubiera sido descuidado después de que Jun no se haya enfermado en casi cinco meses pensando que tal vez habían superado esta etapa de enfermarse de forma constante.

A su suerte inmensa que casi lo hizo querer llorar de alivio, rebuscando entre los pocos frascos y cajas que tenían, encontró el jarabe para bajar la fiebre que todavía tenía suficiente líquido para al menos tres dosis. Y también, parches hokunalin que ayudaban a abrir las vías respiratorias y prevenir que la tos se convirtiera en algo peor, en bronquitis o neumonía que requiriera hospitalización.

Preparó en inhalador en caso de que Jun tosiera intensamente y realmente fuera necesario por su costo, además de no querer abrumarlo de medicación o efectos secundarios como sabía que lo era la taquicardia.

Regresó hacia el futón encontrando a Jun todavía lloriqueando bajito pero evidentemente más relajado solo por el hecho de que su padre estaba allí poniendo atención completa en él, cuidándolo. En eso solamente Jun ya encontraba paz y sanación, en saber que no estaba solo enfrentando esto, que su papá estaría ahí sin importar qué.

Jungkook preparó la medicina con la dosis apropiada para Jun, medicina que había administrado y colocado tantas veces durante los últimos años que ya no necesitaba leer las instrucciones. Le dio toda la atención única de un padre que entregaría literalmente el alma en ese preciso instante si eso pudiera curar a su hijo inmediatamente de cualquier mal que lo aquejara.

—Ven acá, campeón. Vamos a sentarte para que tomes esto.

Ayudó a Jun a incorporarse, colocó el parche en la espalda pequeña, arrancando un suspiro tembloroso, y luego acomodó almohadas contra la pared para que estuviera más cómodo. Le dio el jarabe que Jun tomó haciendo muecas por el sabor amargo pero sin quejarse verbalmente porque sabía que era necesario.

—Muy bien, Jun. Lo hiciste muy bien. —Alabó Jungkook mientras limpiaba las comisuras de la boca de Jun con su pulgar.

Lo ayudó a acostarse nuevamente, y después guardó las medicinas de vuelta en su caja anotando mentalmente que tendría que comprar más en cuanto estas se terminaran porque el tratamiento probablemente duraría al menos una semana.

Preparó paños con agua fría que guardaba en una botella de plástico reutilizada en el pequeño refrigerador viejo. El agua estaba helada al tacto, haciéndole arder los dedos mientras mojaba varios paños de tela que había cortado de la ropa demasiado vieja para usar.

Se sentó de vuelta junto a Jun en el colchón, y comenzó a cambiar paños sobre su frente ardiente, esperando pacientemente hasta que el calor de la fiebre calentaba la tela fría y

entonces la reemplazaba con otra fresca del recipiente con agua helada que había traído.

Una y otra vez, cada minuto que hiciera falta, con paciencia infinita.

Jun temblaba a pesar de que su cuerpo estaba hirviendo por dentro, esos escalofríos característicos de la fiebre alta. Soltaba quejidos pequeños de disconformidad con su estado, con la imposibilidad de encontrar descanso real, con el dolor de cabeza que probablemente latía detrás de sus ojos cerrados.

Jungkook se quedó velando por él con la espalda apoyada contra la pared fría, el recipiente con agua helada a su lado, cambiando paños sin parar. Aguantaba el picor creciente del sueño y cansancio en sus propios ojos, parpadeando fuerte cada vez que sentía que se cerraban por más de un segundo, aguantando lo que fuera necesario por Jun.

El reloj digital barato que tenían marcaba las tres y cuarenta de la madrugada cuando Jun volvió a llorar, esta vez con más intensidad, desconsoladamente por puro cansancio acumulado y malestar que no disminuía sin importar cuántos paños fríos pusiera Jungkook sobre su frente.

Se movió torpemente desde donde estaba recostado hasta subirse completamente al regazo de Jungkook, buscando desesperadamente ese consuelo que solo el contacto físico con su padre podía darle. Apoyó su cabeza ardiente contra el pecho de Jungkook.

Jungkook no pudo hacer más que estar completamente ahí para él en ese momento. Arrullando, abrazándolo con cuidado de no apretarlo demasiado, protegiéndolo del mundo con su propio cuerpo aunque sabía que no podía protegerlo de esto, acariciando su espalda en círculos lentos y constantes, mimando cada centímetro de ese niño que era su mundo entero.

Comenzó a mecer su cuerpo suavemente de adelante hacia atrás en un movimiento instintivo para calmar, canturreando bajito una canción de cuna que solía tararear cuando Jun era bebé y que Jungkook había continuado usando durante todos estos años.

Jun siguió llorando contra su pecho durante varios minutos más que se sintieron eternos, empapando la camiseta de Jungkook. Pero eventualmente el llanto comenzó a disminuir en intensidad, los sollozos minimizados, la respiración ya se estaba regularizando aunque seguía interrumpida ocasionalmente por toses secas.

Y finalmente, después de lo que pareció una eternidad de mecerlo, acariciarlo, susurrarle y cambiar paños sin interrupción, para que todo estuviera bien, Jun se quedó dormido en su regazo. No era un sueño profundo y reparador, sino un descanso inquieto que iba y venía cada treinta minutos, interrumpido por fiebre y tos, pero era mejor que nada.

Jungkook lo sostuvo ahí en su regazo durante otra hora completa sin más, sin importarle que sus piernas se acalambraran bajo el peso o que su espalda protestara por la posición incómoda contra la pared. Solo continuó meciendo gentilmente ese cuerpo pequeño, cambiando el paño sobre su frente cuando se calentaba demasiado, monitoreando cada respiración para asegurarse de que no empeorara.

Mientras lo hacía, mientras velaba por su hijo en esa madrugada que parecía no tener fin, pensó en el trabajo que había planeado hacer esa noche del sábado.

Sabía que ese fin de semana, aunque necesitara con desesperación absoluta trabajar en Mapo y conseguir ese dinero en grandes cantidades que la gente pagaba sin pensarlo dos veces, no podría ir.

Y más importante aún, no lo haría aunque pudiera dejar a su hijo a cuidado seguro de la señora Lim. Ese trabajo existía para traer dinero que mantuviera a Jun con vida, sano, protegido. Jamás significaría que lo haría si en ese preciso momento su pequeño la estaba pasando mal y lo necesitaba aquí.

Su hijo lo necesitaba día y noche sin importar qué otras responsabilidades tuviera, sin importar cuánto dinero dejara de ganar, sin importar nada más que existiera en el mundo. Y ahí estaría para él hasta el sábado próximo, el siguiente o el que viniera después de ese.

No importaba cuántos trabajos perdiera en Mapo, cuántos clientes potenciales pasaran de largo buscando a alguien más.

No importaba el maldito trabajo cuando su hijo estaba así.

Solo quería que Jun no empeorara, que la fiebre bajara, que la tos no se convirtiera en algo que requiriera hospitales con facturas imposibles de pagar. Solo quería que dejara de llorar, que pudiera descansar de verdad, que volviera a ser ese niño alegre que corría hacia él después de la escuela con historias interminables sobre su día.

El resto podía esperar.

El resto siempre podría esperar cuando se trataba de Jun.



🚧 Estado de corrección 🚧

Hola, lindis. ¿Cómo se encuentran hoy día?

Comienzo con un extra que se me hizo bastante extenso. E igual sentí que me quedaba corta.

Contamos la primera semana crucial del primer encuentro al por qué Jimin no encontró a Jungkook en Mapo aquella noche de sábado.

Además, personajes que no eran redundantes para Jimin pero en la vida de Jungkook sí, y mucho.

¿Disfrutaron un día a día con el mini Jeon y su papá?

Ese Jun... Es todo un protagonista.

*¡En fin! Tengo planeado de 3 a 4 extras, por eso el signo "?" En la cantidad final calculada.
Pero vayan mirando algo así, ¿va?*

Y y y y no me quiero olvidar nada.

*Ah, sí. Vamos a contar como ahora empezamos ésto. Tres etapas, similares a las de Jimin.
Esta es la primera (claramente). Luego, en la segunda ya entramos a los encuentros
regulares, luego sanación, ¡y finalizo con actualidad! Sí, porque merecemos un extra de
amor candente, fuerte y familiar entre nuestros espositos.*

Muchísimas gracias por estar ahí ♥ Cuidense mucho y nos leemos siempre.

extra 2 / ?

*Gracias por estar nuevamente aquí ♥
Le andamos echando leña al fuego para terminar definitivamente.*



Jungkook abrió los ojos, todavía aturdido, el cuerpo pesado de cansancio en montones insoportables... y maldición, había dormido tal vez tres horas en total, fragmentadas en intervalos de veinte o treinta minutos entre cambiar el paño frío en la frente de Jun.

La luz gris del pasillo del goshiwon entraba por debajo de la puerta, pero el foco amarillento aún encendido ayudaba a ver al niño acurrucado contra su pecho, relajado, ya no temblando como durante la noche. El paño sobre su frente estaba tibio ahora, casi caliente, habiendo absorbido el calor de la fiebre que finalmente parecía estar cediendo.

Jungkook intentó moverse, apenas un cambio mínimo de posición, y el dolor estalló como corriente a través de todo su cuerpo.

Frunció el ceño, cerró los ojos inmediatamente y siseó, el sonido escapó entre sus dientes antes de poder contenerlo.

"¡Mierda...!", la queja salió dentro de su cabeza pero podría haberla gritado.

Su cuello había estado torcido en un ángulo totalmente incómodo mientras dormía, atrapado entre la pared y el peso del niño dormido. Tanto tiempo así, con la espalda presionada contra el cemento, piernas cruzadas ahora completamente entumecidas, brazos rodeando a Jun de tal forma que no había intentado aflojar de ninguna forma, ni un segundo durante toda la noche.

Enderezó el cuello despacio, cada milímetro que movía a su estado natural dolía como un carajo. Los músculos protestaban, tensados hasta el punto del espasmo.

Pero... ya qué. Jun ya no temblaba, él estaba mejor. Y al final o inicio de cada día, eso era lo más importante, era lo único realmente.

Su pequeño hijo, su amado hijo, ya no lloraba, ya no se quejaba que partía el alma, y respiraba más tranquilo, su pecho subiendo y bajando en un ritmo más regular. El calor que emanaba de su cuerpecito todavía era más alto de lo normal, pero ya no era ese fuego que lo quemaba horas atrás.

Jungkook movió los brazos con extremo cuidado, así sintió el hormigueo doloroso al momento en que la sangre regresaba a ellos.

Con movimientos lentos que le tomaron más de lo esperado, logró deslizarse a Jun hacia el colchón. El niño se removió ligeramente, frunciendo el ceño en sueños, pero no despertó, simplemente se acurrucó de lado, buscando naturalmente el calor seguro de su padre que acababa de perder, y Jungkook, simplemente le acomodó una manta sobre los hombros pequeños.

Miró el reloj digital... 8:07 AM.

Soltó un suspiro largo que salió más quebrado de lo que pretendía.

La normalidad era comenzar sus sábados temprano. Jun despertaría a las seis o siete, le preparaba el desayuno, lo preparaba con un baño y ropa limpia para el día, con ideas o actividades que planeaban juntos, o que simplemente Jun proponía.

Pero hoy no irían a ningún lado, ni él mismo ni su hijo.

Su cuerpo dolió al momento que intentó ponerse de pie. Las piernas inicialmente no quisieron responder, todavía dormidas, llenas de pinchazos que lo hacían morder su mejilla interna para no gritar. Exhaló intenso y se apoyó contra la pared, esperando que la sensación regresara gradualmente, que los músculos recordaran cómo funcionar después de horas de inmovilidad y falta de oxígeno... Simplemente sangre en sí.

Cuando finalmente pudo caminar sin tambalearse demasiado, agarró la llave, destrabó la puerta de la habitación y salió al baño compartido con sólo una misión clara además de sus necesidades, y esa fue exactamente el fregadero, mojarse el rostro en salpicadas heladas, casi castigadoras, tratando de despejarse, de sentirse aunque sea remotamente humano otra vez.

Al levantar la cabeza, el espejo roto sobre el fregadero devolvió ojeras, marcadas bajo los ojos, párpados caídos, piel pálida por el cansancio, y cabello revuelto.

Veinticinco años y parecía tener treinta y cinco en mañanas como esta.

Regresó a la habitación y revisó el tratamiento de Jun...

"Antibiótico tres veces al día con comida", leía en su cabeza, para estar seguro de que realmente lo estaba haciendo bien pese a tenerlo previsto. *"Inhalador para cuando la tos empeore, paracetamol infantil para la fiebre... muy bien"*

La caja de medicamentos le había costado ochenta mil wones en la farmacia, y estaba camino a acabarse.

Ya vería cómo volver a cubrirlo después junto a todo lo demás. Después de todo siempre lo hacía, siempre encontraba la forma.

"Todo tiene solución... Menos la muerte", se dijo con un dolo inadmisibles.

Jun tosió en sueños, un sonido húmedo que hizo que Jungkook se tensara al instante que lo emitió. Entonces sólo esperó, contando los segundos, listo para moverse si el niño empezaba a ahogarse. Pero la tos cedió después de tres, cuatro veces, y Jun se acomodó de nuevo en el colchón sin despertarse.

Jungkook exhaló despacio.

Sabía que no se movería de esa habitación en todo el día... ese, y probablemente tampoco el siguiente. Su responsabilidad estaba allí, en esa habitación, ese colchón, en ese niño que

dependía completamente de él para sobrevivir.

Se sentó en el borde del colchón, espalda contra la pared, y observó a su hijo dormir. La luz de la mañana que ingresaba por los bordes de la puerta se hacían cada vez más fuertes, llegando con tonos que en algún punto se volverían blancos.

De pronto...

Pensó, tal vez muy de pronto.

En el hombre del resort, el cliente que le había pagado el triple de lo acordado, que lo había observado intenso, con esos ojos tan vulnerables y desesperados... Que había gemido tan profundo y honesto bajo su propio cuerpo, que Jungkook todavía podía escucharlo si cerraba los ojos.

"*Dios...*", suspiró en su mente, entrecerrando los ojos, reviviendo la película inevitablemente. Qué peligro.

También pensó en cómo carajos había terminado prometiendo volver a verlo el próximo sábado...

Abrió sus ojos de golpe.

"*Mierda, mierda, mierda*", maldijo a tres padres nuestros sin siquiera mencionarlos.

Ya era sábado.

Y Jungkook no iría a ningún lado.

No sabía si el hombre aparecería en su esquina esperándolo. Pero piensa, Jungkook, lo más probable es que sí. Recordó como brotó algo tan único en su expresión, en la forma que preguntó si estaría ahí, que sugería que volvería sin falta.

Y no. No y no... Jungkook no estaría.

Algo en su pecho se detuvo y parecía latir en reversa de pronto, muy incómodamente con ese pensamiento. No era culpa, exactamente, y es que no le debía nada a ese cliente más allá de las horas que ya le había dado. Pero había algo... tan estúpidamente decepcionante en la idea de no cumplir la promesa, de dejar a alguien esperando.

A alguien que también te dejó con ganas de más.

¿Verdad?

Sacudió la cabeza, expulsando esos pensamientos.

"*¿Qué rayos te pasa, Jeon?*" Se reprendió como debía hacerlo cada vez que hacía, pensaba o se cuestionaba idioteces, ya que padre o madre que lo hicieran... que lo corrijan cuando se equivocaba o lo aconsejaban, no los tenía. No había consejos más allá de cálculos mentales y conclusiones matemáticas de por qué sí o por qué no.

Y así sencillamente concluyó que ya no podía permitirse pensar en clientes, o en ese cliente cuando Jun estaba enfermo. No podía permitirse sentir nada sobre un hombre que solo había visto una vez y probablemente nunca volvería a ver.

Definitivamente ese hombre no volvería.

Jun tosió otra vez, esta vez despertando a medias. Los ojos se le abrieron apenas, todavía vidriosos.

—Papá...

Jungkook se movió inmediatamente, arrodillándose junto al colchón, pasando la mano por el cabello húmedo del niño.

—Estoy aquí. ¿Cómo te sientes?

Jun parpadeó despacio, procesando la pregunta.

—Tengo sed.

—Voy por agua. No te muevas.

Se levantó, llenó el vaso plástico, regresó y ayudó a Jun a incorporarse apenas lo suficiente para beber sin ahogarse.

El niño bebió en sorbos pequeños, despacio, la garganta trabajando con dificultad. Y cuando terminó, dejó que Jungkook lo recostara de nuevo.

—Papá, me duele —susurró, la mano moviéndose hacia su pecho—. Aquí.

—Lo sé, es normal, Jun. Pero vas a mejorar. El antibiótico necesita tres días para funcionar bien...

—¿Puedo ir a la escuela el lunes?

—No. Te quedas en casa hasta que estés completamente bien.

Jun hizo un puchero pero no tenía energía para discutir. Así que solo asintió cerrando los ojos otra vez, dejándose llevar de vuelta al sueño.

Jungkook se quedó ahí, sentado junto a él, observándolo dormir.

Ese sábado sería tan casero que ya lo estaba digiriendo.

Y así fué.

Luego de ese día, un domingo casi repetido.

Jun despertó temprano sin fiebre pero con más tos, y su pequeño pecho, al respirar sonaba espeso, atascado, haciendo que cada respiración fuera un esfuerzo notorio con sólo oír.

Jungkook le dio el antibiótico con arroz simple. Le hizo usar el inhalador tres veces durante el día, mientras contaba las diez respiraciones profundas que el médico había indicado.

—Duele —se quejó Jun después de la segunda vez.

—Lo sé. Pero te ayuda a respirar mejor.

—No me gusta.

—A mí no me gusta que no te guste. Y te entiendo porque yo de niño detestaba estar así. Pero ahora mismo lo que más me disgusta es que tú te enfermes...

Jun lo miró con esos ojos grandes que siempre hacían que Jungkook quisiera darle el mundo entero.

—¿Y tú te enfermabas como yo?

—A veces, todos nos enfermamos, hijo. Y mi mamá me cuidaba igual que yo te cuido a ti.

Era mentira, por supuesto. Su madre era una persona que se la pasaba trabajando y al llegar a casa atendía cosas tales como la comida, limpieza, sin descanso porque de frenar, su padre era... peligroso. Él mismo nunca reclamó, sólo sentía lástima por ella, y las veces que se enfermó de adolescente, se cuidó solo, arrastrándose a clínicas públicas gratuitas cuando la fiebre era demasiado alta para ignorarla.

Pero Jun no necesitaba saber eso.

—¿Y te mejoraste?

—Siempre me mejoré. Igual que tú te vas a mejorar.

Jun asintió, satisfecho con esa respuesta. Se acurrucó de vuelta bajo la manta.

—Papá, ¿puedo dibujar?

—Claro. Espera.

Jungkook le acercó el cuaderno junto con los lápices de colores, y el niño se acomodó boca abajo en el colchón, comenzando a dibujar con concentración seria.

Jungkook aprovechó para lavar los platos del desayuno. Había cocinado arroz suficiente para tres comidas, guardando lo que sobró en la nevera para recalentarlo después. Kimchi que todavía servía y un huevo que dividió entre los dos porque era el último que quedaba.

El dinero se estaba acabando más rápido de lo que había calculado.

Normalmente los sábados trabajaba en Mapo hasta las tres o cuatro de la madrugada. Allí podía juntar entre trescientos y cuatrocientos mil wones en un buen fin de semana.

Este fin de semana: cero.

El lunes tendría que salir a buscar trabajo sí o sí. No podía permitirse perder más días.

Miró a Jun dibujando en el colchón, la lengua asomando apenas entre los labios mientras se concentraba en colorear.

Tendría que dejarlo con la señora Lim... Y eso eran unos cincuenta mil wones si eran tantas horas. Dinero que perdería otra vez y definitivamente tendría que sacar de algún lado.

Siempre lo mismo... Malabares constantes tratando de mantener todo funcionando con ingresos que nunca eran suficientes.

Pero lo hacía funcionar. Siempre, siempre lo hacía.

Jun levantó la vista del dibujo.

—Papá, mira. Es un Triceratops bebé con su mamá.

Jungkook se acercó, se sentó junto a él en el colchón. El dibujo mostraba las figuras, una grande y una pequeña, ambas con tres cuernos y colores brillantes que no correspondían a ningún dinosaurio real pero que hacían feliz a Jun.

—Está hermoso.

—¿Crees que los dinosaurios se enfermaban como yo?

—Probablemente. Todos los animales se enferman a veces.

—¿Y sus papás los cuidaban?

—Yo creo que sí.

Jun pareció meditar un momento, mirando a su padre simplemente. Luego acomodó mejor su cuerpo, sus codos sobre el colchón, como un profesor listo para dar una clase.

—En realidad no, papá. Los animales abandonan a sus hijos enfermos para que sus hermanos no mueran de esa enfermedad...

Jungkook elevó una ceja y miró a su hijo con una pequeña sorpresa difícil de ocultar.

—Lo leí —aclaró Jun ante la reacción de su padre.

—Eh... —comenzó Jungkook—. Pero no todos los animales hacen eso, Jun.

Jun asintió.

—Claro, papá. Los humanos, por ejemplo no hacemos eso. Por eso tú me cuidas mucho, ¿verdad?

Jungkook exhaló una risita entre nerviosa y aún impresionada.

—Exacto, campeón.

Jun sonrió, satisfecho. Volvió a su dibujo, agregando flores alrededor de los dinosaurios.

Y Jungkook se quedó ahí sentado, observándolo un rato más, sintiendo en el pecho que el amor incondicional, la responsabilidad y terror simultáneos. Pero estaba contento de que su pequeño fuera tan inteligente.

"*Mi pequeño...*", suspiró en su mente. Y era tan difícil admitir el pesar que ésto causaba, no deseaba preocupar a Jun que cada vez veía más, notaba más y entendía más. Y principalmente, si Jungkook fallaba, si no conseguía dinero suficiente, si no podía pagar las medicinas, el alquiler o la comida, Jun sufriría directamente las consecuencias. El cansancio insufrible, el odio a sí mismo, la tristeza que lo hacía llorar en silencio durante las noches más difíciles... Solo era colateral si eso traía lo mejor para su pequeño.

Esa presión nunca desaparecía. Ni un solo día, ni una sola hora.

Pero mirando a Jun dibujar con esa concentración, escuchándolo tararear bajito una canción que había aprendido en la escuela, Jungkook supo que lo haría todo otra vez sin dudar.

Cada sacrificio, cada noche en las calles, cada pedazo de dignidad que había vendido.

Todo valía la pena si significaba que Jun podía seguir siendo niño un poco más.

El lunes amaneció con una decisión que tomar.

Y para suerte de esa decisión, Jun despertó aún tosiendo pero estaba mucho mejor. El antibiótico estaba funcionando finalmente, atacando la infección que había estado asentada en sus pulmones.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jungkook mientras le preparaba el desayuno.

—Mejor. Pero todavía me duele cuando toso.

—Es normal, hijo. Vas a toser por varios días más. Los pulmones necesitan tiempo para limpiarse.

Jun hizo una mueca pero asintió. Ya conocía la rutina, había pasado por esto suficientes veces en sus ocho años de vida.

Después del desayuno y la dosis de antibiótico, Jungkook tocó la puerta del 201.

La señora Lim abrió después de unos segundos. Cabello gris recogido en moño, delantal floreado.

—Jungkook-ah. ¿Cómo estás? ¿Cómo está el niño?

—Señora Lim. Jun está mejor. Sólo que... quería pedirle un favor, ¿podría cuidarlo esta tarde? Cinco, tal vez seis horas. Le pagaré cincuenta mil o el precio que usted proponga.

La señora Lim miró por un momento, desviando su vista de los ojos de Jungkook, tal vez pensando en cómo tenía sus horarios disponibles. Luego asintió.

—Por supuesto, tráelo cuando necesites. No te preocupes por el dinero ahora, págame cuando puedas.

—Se lo voy a pagar hoy mismo.

—Como quieras, hijo.

Jungkook agradeció, volvió a su habitación, vistió a Jun con ropa limpia y lo llevó al 201 con instrucciones claras.

—Te portas bien, haces caso a la señora Lim. Si empiezas a sentirte mal, si te duele el pecho o no puedes respirar bien, le dices inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido, papá.

—Vuelvo antes de las seis. Come lo que te ofrezcan, y toma tu medicina a la una, la señora sabe.

—Está bien.

Jungkook se agachó, besó su frente, se forzó a soltarlo porque cada gramo de su ser le gritaba que se quedara.

—Te amo, hijo.

—Yo también te amo, papá.

Salió del edificio a las once y media de la mañana, caminando rápido hacia la zona de construcción a veinte minutos de distancia. Había varias obras en progreso ahí, siempre necesitaban peones para trabajos temporales.

Llegó al primero, preguntó al capataz. No había bacante.

Segundo, y tercero, lo mismo.

En el cuarto, finalmente tuvo suerte.

—¿Puedes cargar sacos de cemento?

—Sí.

—¿Todo el día?

—Todo el tiempo que necesiten.

El capataz lo miró, evaluándolo. Jungkook sabía qué veía, veinticinco años, delgado pero fibroso, manos callosas que demostraban que estaba acostumbrado al trabajo físico.

—Setenta mil por cinco horas, efectivo al terminar, sin contrato.

—Acepto.

—Empieza ahora.

Y así pasó la tarde. Cargando sacos de cincuenta kilos desde el camión hasta el tercer piso de una construcción sin ascensor, subiendo y bajando escaleras de metal tambaleante, sudando bajo el sol que todavía pegaba fuerte al mediodía.

Sus músculos ardían después de dos días sin usarlos, y la espalda le dolía desde la primera hora.

Pero no se detuvo, no podía darse tal lujo.

Terminó a las cinco y cuarto. El capataz le pagó setenta mil en billetes arrugados sin decir nada más. Jungkook los guardó en el bolsillo, agradeció con una inclinación de cabeza, y salió hacia la escuela de Jun.

Llegó sudoroso, algo de polvo del cemento, pero no tenía opción para ducharse, ni de ir y venir a cada rato sólo por una ducha. Se acercó a la oficina administrativa con el certificado médico previo por la enfermedad crónica de su hijo.

—Mi hijo, Jeon Jun, de segundo grado. Estuvo enfermo desde el viernes, aquí está el certificado. Necesito recoger su tarea de los días que faltó.

La secretaria revisó el certificado, lo anotó en el sistema, fue a buscar las hojas de trabajo.

—Aquí están... matemáticas, lectura y ciencias. Tiene hasta el viernes para entregarlas.

—Muchas gracias —agradeció con reverencia.

Guardó la tarea y corrió de vuelta al goshiwon. Llegó a las seis menos diez, tocó la puerta del 201.

La señora Lim abrió con Jun detrás de ella, sonriendo.

—Se portó perfectamente. Comió bien, tomó su medicina sin quejarse, dibujó toda la tarde.

—Gracias, señora Lim. —Jungkook sacó el dinero de su bolsillo comenzando a contar.

La señora levantó la mano y sacudió su cabeza en negación.

—Por favor, Jungkook. Déjalos.

Jungkook frenó y la observó con ojos grandes.

—Oiga, no. Por favor acéptelos.

La señora Lim negó nuevamente.

—No tenía nada que hacer ésta tarde, de verdad. Es un gusto tener a Jun acompañándome —ella le sonrió con ojos curvos y cariñosos—. La próxima será.

Jungkook la observó un momento más. Luego miró a su pequeño abajo, quien estaba observando a ambos adultos con esos ojos grandes y atentos.

Entonces solo suspiró, guardando el dinero nuevamente. Y se inclinó hacia la mujer brevemente, juntando sus palmas en un agradecimiento enorme.

—Le agradezco mucho, señora.

Ella sólo sonrió amplia y cariñosamente.

—Es un placer... si necesitas que lo cuide mañana también, solo dime.

—Se lo haré saber. Gracias.

Volvió a su habitación con Jun, cerró la puerta, y finalmente se permitió exhalar.

Setenta mil ganados. Y no había perdido cincuenta de esa poca cantidad.

Igual no era suficiente, nunca era suficiente realmente... Pero era algo. Y subiría la cantidad trabajando duro.

Llegó el martes.

Jun todavía tosía pero ya no había quejas por dolor.

Jungkook lo dejó otra vez con la señora Lim, trabajó cinco horas en una mudanza que le pagó cincuenta y cinco mil, recogió más tarea de la escuela, volvió a las seis.

Preparó cena simple con arroz recalentado y kimchi. Jun hizo su tarea en el suelo mientras Jungkook lavaba los platos.

—Papá, ¿mañana puedo ir a la escuela? —murmuró Jun la pregunta, con tono agotado, aburrido. Mirando a su padre guardar los trastes.

—Todavía no, Jun. Tal vez el jueves si sigues mejorando.

—Extraño a mis amigos.

—Lo sé. Pero es mejor que te mejores bien antes de volver.

Jun suspiró dramáticamente pero no discutió más.

A las nueve, cuando Jun estaba acostado leyendo uno de sus libros de dinosaurios, Jungkook preparó un abrigo para el pequeño, y le ayudó a recoger sus cosas.

—Voy a comprar comida para mañana. Es sólo un rato, hijo. Y vuelvo en una hora. Quédate con la señora Lim —había dicho suavemente.

—Está bien —Jun aceptaba sin protesta.

Tocó al 201 otra vez. La señora Lim aceptó cuidarlo esa hora sin cobrar extra.

Jungkook caminó rápido hacia el mercado mayorista a media hora de distancia. Las tiendas pequeñas cerca del edificio vendían todo más caro, y en el mayorista podía conseguir arroz, fideos y vegetales a mejor precio por cantidad.

Compró arroz, fideos, zanahorias y repollo.

Guardó todo en una bolsa de tela que llevaba doblada en el bolsillo.

Después esperó.

El mercado cerraba pasadas las nueve y media. Los comerciantes empezaban a tirar lo que no habían vendido, especialmente vegetales que ya no lucían lo suficientemente frescos para el día siguiente pero que todavía estaban perfectamente comestibles.

Jungkook conocía las rutas. Sabía qué puestos tiraban más, y exactamente cuándo acercarse sin que lo echaran.

Pasadas diez y cuarto, se acercó a los contenedores traseros.

Abrió las bolsas negras con cuidado, revisando rápido. Encontró zanahorias, más repollo, cebollas perfectamente buenas.

Separó lo que servía, lo guardó en otra bolsa que había traído específicamente para esto.

Nadie lo vio... O si lo vieron, no dijeron nada. No era el único que hacía esto, definitivamente había otros, principalmente ancianos y madres solteras, que venían a la misma hora por las mismas razones.

Llenó la segunda bolsa hasta que pesó casi lo mismo que la primera.

Caminó de vuelta al edificio con ambas bolsas, una en cada mano, los brazos temblando del esfuerzo después de un día completo cargando cosas pesadas.

Recogió a Jun, agradeció a la señora Lim, y fueron hacia su habitación.

Lavó todos los vegetales recuperados con cuidado, cortó las partes malas, guardó el resto en la nevera pequeña.

Esa noche se acostó en el colchón junto a Jun con los músculos adoloridos pero la conciencia tranquila.

Estaba alimentado a su hijo, y se estaba recuperando. Eso era lo único que importaba.

Llegó el miércoles y Jun amaneció de un humor excelente.

La tos había disminuido efectivamente, ya no sonaba húmeda y espesa, solo seca, residual, y su energía estaba volviendo.

—Papá, ¿puedo jugar afuera?

—No —dijo firme, pero luego se aclaró de garganta—. Todavía no. Un día más adentro para asegurarnos.

—Pero ya me siento bien.

—Me alegra, hijo. Pero el tratamiento dice siete días completos de antibiótico... solo dos días más y lo completas.

Jun hizo puchero pero lo aceptó.

Jungkook lo dejó con la señora Lim otra vez, trabajó en una obra diferente por cincuenta y dos mil, volvió a tiempo, y ésta vez le pagó a la señora sin falta.

Esa noche cocinó los vegetales que había recuperado del mercado.

Jun comió sin quejarse, sin sospechar nada, para él era solo cena normal.

Y Jungkook comió también, agradecido de tener algo caliente en el estómago después de días de comer lo mínimo para que Jun tuviera más.

—Está muy rico, papá —reconoció Jun entre bocados, con expresión indiscutible, haciendo a Jungkook sonreír y asentir—. ¿Mañana puedo ir a la escuela?

Jungkook negó muy a su pesar.

—Ya dijimos que no. El viernes a más tardar.

—¿El viernes?! Aish.

—Exacto. Dos días más de descanso y estarás completamente bien.

—¡Papá!

Jungkook sonrió, esa es la energía que necesitaba ver en su pequeño.

—Come, Jeon —pidió en tono serio, pero no dejó de sonreír—. Que se te va a enfriar.

Jun suspiró pero sonrió también, volviendo a comer.

El jueves, el pequeño pasó sin toser ni una sola vez durante toda la noche.

Jungkook lo revisó cuidadosamente. Sin fiebre, respiración clara, energía normal.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, papá. De verdad estoy bien. ¿Puedo ir a la escuela mañana? Por favor, por favor, papi. Es el último día antes del fin de semana, quiero ver a mis amigos.

El tratamiento no estaba completo todavía, pero Jun definitivamente estaba mucho mejor. Así que Jungkook asintió.

—Mañana vas, Jun. Pero solo si prometes que si empiezas a sentirte mal, le dices inmediatamente a la maestra.

—¡Lo prometo! —Jun prácticamente brincó de felicidad.

Jungkook sonrió enormemente. Ver a su hijo feliz hacía que todo valiera la pena.

Ese día trabajó más tranquilo sabiendo que Jun ya estaba bien. Cinco horas en construcción, sesenta y cinco mil, rutina establecida.

Esa noche preparó el uniforme de Jun para el día siguiente, buscó que el pantalón no tuviera algún hilo descosido, revisó los zapatos, que sus materiales estuvieran en orden.

Todo listo.

—Papá, ¿tú también vas a trabajar mañana?

—Sí. En la tarde, después de dejarte en la escuela.

—¿Y me vas a ir a buscar?

—Siempre te voy a buscar.

Jun sonrió, satisfecho. Se acurrucó bajo la manta.

—Te amo, papá.

—Yo también te amo... mucho, hijo.

Y Jungkook se quedó despierto un rato más después de que Jun se durmiera, haciendo cuentas mentales.

Se aproximaba el alquiler y debía tener nuevos antibióticos porque así era esto, además... servicios básicos.

Los números seguían sin ser suficientes, pero al menos estaba cerca. Solo necesitaba un par de buenas semanas más.

Y el sábado volvería a trabajar de noche. Eso ayudaría significativamente, mucho dinero en una hora de satisfacción ajena. Y él justamente necesitaba ese dinero sí o sí.

Suspiró cerrando los ojos.

Y la idea regresó sola como cada vez que cerraba los ojos y pensaba en Mapo.

El hombre del resort... Se preguntó si habría ido a buscarlo el sábado pasado.

¿Habría ido? ¿Se habrá decepcionado? ¿Volvería éste sábado? Tal vez ya no regresaría a verlo jamás, y todo había acabado realmente allí.

Jungkook sintió algo doler en su pecho con sólo abarcar ese pensamiento. No exactamente culpa, pero... tal vez algo parecido.

"¿Acaso lo extrañas?"

¿Qué rayos era ese pensamiento invasivo?

Sacudió la cabeza. No podía ni debía pensar en ese cliente específico que lo había hecho sentir cosas que definitivamente no debía sentir.

Mañana era viernes... Estaría con Jun. Pasado mañana, sábado.

Volvería a su esquina, y volvería a trabajar sin falta.

Y si el hombre aparecía otra vez... ya vería qué pasaba.

Finalmente, el viernes Jun despertó completamente emocionado.

Se levantó sacudiendo a su padre, se vistió solo, desayunó rápido, prácticamente rebotaba de emoción.

—¿Papi, estás seguro de que puedo ir?

—Estoy seguro. Pero lleva esto. —Jungkook le pasó un cubrebocas simple—. Úsalo.

Jun hizo una mueca mirando el cubrebocas como si fuera una sentencia de muerte.

—Pero... Papá. No me gusta, me van a ver raro.

—No me importa, y no te van a ver raro, hijo. Lo usas o no vas, ésto es respeto hacia los demás y por tu bien

Jun suspiró dramáticamente pero lo aceptó, guardándolo en su mochila.

Jungkook lo acompañó hasta la escuela, se despidieron en la entrada. Y Jun corrió hacia sus amigos que lo recibieron con gritos emocionados y miles de preguntas de por qué había tardado en regresar. Jungkook se quedó mirando un momento, asegurándose de que realmente estaba bien, antes de irse a buscar trabajo.

Consiguió buenas horas descargando productos en un local comercial. Cuarenta y cinco mil, fue directo a la escuela para recoger a Jun, deseando recibirlo enérgico y feliz, no como el último viernes.

Afortunadamente, su pequeño salió corriendo hacia él con una sonrisa enorme.

—¡Papá, papá! Mira lo que hice en arte.

Mostró un dibujo de un Stegosaurus con placas de colores imposibles. Jungkook sonrió dulcemente ante ésta escena tan suficiente, era verlo ser sano, enérgico y feliz.

—Está hermoso, precioso, Jun.

Su pequeño soltó una carcajada feliz y orgullosa, saltando mientras agarraba la mano de su padre.

—¡La maestra dijo que soy muy bueno dibujando!

—¡Lo eres! —aclamó Jungkook.

Caminaron tomados de la mano, Jun contándole absolutamente todo sobre su día. Quién dijo qué, quién jugó con quién, qué aprendieron en ciencias. Y Jungkook escuchaba todo, sonriendo, sintiendo en su pecho ese latido feliz que era amor sumamente intenso.

Y repetía... este niño era su mundo entero.

Esa noche preparó una cena mejor de lo normal. Había quedado dinero suficiente para comprar un poco de carne de cerdo barata, suficiente para que coma Jun, la cocinó con los vegetales, hizo un guiso simple que llenó la habitación de olor delicioso.

Jun comió sonriendo todo el tiempo.

—¡Aish! Estuvo delicioso, papá. ¡Gracias! —su voz pequeña resonando con alegría indiscutible.

Jungkook exhaló una risita, su propia expresión sonriente mostrando dientes y encorvando sus ojos. Fue un momento, pero éso era suficiente para sentirse completo.

—Me alegra, hijo. No hay de qué, te lo mereces.

Después de lavar los platos, mientras Jun hacía su tarea en el suelo, Jungkook se permitió pensar en el día de mañana...

Nuevamente sería sábado.

Volvería a su esquina en Mapo. Trabajaría la noche completa si podía, y con suerte traería doscientos, tal vez trescientos mil si tenía varios clientes. Sería un alivio enorme.

Y si el hombre del resort aparecía...

"*Ya basta...*", ¿quién sabe?

Era imposible no recordar esa experiencia, le guste o no.

Ese recuerdo estaba ahí, innegable, esperando revivir en algún rincón de su mente.

Sí... La posibilidad de volver a verlo.

Y finalmente llegó el sábado, con un sol apagado y un cielo espejado.

Jun ya podría decirse que es el niño de siempre excepto por alguna tos residual, solo un carraspeo ocasional que ya no derivaba a nada grave en absoluto.

—¡Papi! ¿Podemos ir a ver a la señora Kim hoy? —Jun preguntaba interceptando a su padre mientras sacaba las verduras del refrigerador, como siempre, amaba a esa mujer como si fuera su abuela, y ella amaba a Jun como un nieto y a Jungkook como un hijo. No cabía duda.

Jungkook asintió con una sonrisa suave, sacando zanahorias y repollo.

—Sí, podemos ir. Pero tienes que usar el cubrebocas.

Jun soltó una queja alargada, siguiendo a su padre cual imán hacía el lavabo exterior.

—¿Todo el tiempo?

Jungkook asintió con la cabeza, abriendo el grifo, colocando los vegetales dentro de un pote plástico que había llevado.

—Solo mientras estemos afuera y en lugares con mucha gente.

Jun hizo una mueca, inquieto junto a su padre lavando las verduras, pero asintió. Sabía que era inútil discutir cuando Jungkook usaba ese tono.

Desayunaron, Jungkook se duchó rápido, se puso ropa limpia, luego duchó a Jun y lo vistió con su mejor conjunto.

Fueron hasta el café de la señora Kim. Jun iba brincando cada dos pasos, feliz de estar afuera después de una semana encerrado.

La señora Kim los recibió con sonrisa enorme.

—¡Jungkook-ah! ¡Y mi Jun querido! Ven aquí, déjame verte, abrazarte pequeño científico.

—¡Noona! —Jun alargó la palabra y corrió hacia ella, chocando en un abrazo familiar.

La señora, después de soltar el abrazo se alejó a analizarlo con ojos expertos, notando inmediatamente el cubrebocas.

—¿Estuviste enfermo, cariño?

Jun asintió pausada y suavemente.

—Sí. Pero ya estoy mejor.

Ella sonrió dulce.

—Me alegra. —afirmó genuinamente mientras se incorporaba, miró a ambos Jeon, apuntando hacia las mesas de forma invitadora—. Por favor siéntense. Les traigo algo especial.

Volvió con café con leche, chocolate caliente y dos pedazos grandes de pastel de zanahoria que probablemente había horneado esa mañana.

—Señora Kim... Por favor cóbreme —pidió Jungkook mirando a la mujer con ojos suplicantes.

Ella hizo una expresión de negación, sacudiendo su mano.

—Shhh. Jovencito, deja eso.

Jungkook sacudió su cabeza a un lado con un siseo, aceptando que era así.

Jun comió su pastel feliz, contándole a la señora Kim sobre los dinosaurios, la escuela, y todo lo que una mente de ocho años consideraba importante. O su mente específica.

Jungkook bebía su café y leche despacio, observando a la señora y su hijo conversar como si fueran realmente familia, realmente nieto y abuela, sintiendo la calidez indiscutible expandirse en su pecho.

Estos momentos eran... algo raros si lo meditaba demasiado. Tales donde podía relajarse apenas, donde Jun podía ser solo un niño feliz comiendo pastel con la única figura materna además de la señora Lim.

Y vaya, ésto valía más que cualquier cantidad de dinero que pudiera ganar.

Se quedaron dos horas exactas. La señora Kim no los apuró ni una vez, aunque el café estaba lleno y claramente necesitaba la mesa. Y cuando finalmente se despidieron, ella acercó a Jun una bolsa con tres pasteles más.

—Para la semana. —le dijo dulcemente, entregando la bolsa de papel madera mientras el pequeño se inclinaba con un "gracias" enorme—. Y Jungkook-ah, cuídate... Te ves cansado.

Ella miro a Jungkook fijamente, obviamente notando ojeras y su cansancio. Pero Jungkook sólo asintió sin poder verla directamente a la cara.

—Estoy bien, señora Kim. Gracias por todo.

Caminaron de vuelta al edificio con Jun sosteniendo la bolsa de pasteles como si fuera tesoro invaluable.

—La señora Kim es muy buena, ¿verdad papá?

—Sí. Lo es.

—Cuando sea grande quiero ser tan bueno como la señora Kim. ¡Tú puedes cocinar pasteles como los que ella hace, papi!

Jungkook sonrió, le revolvió el cabello.

—Ya eres bueno, hijo. Y yo... —parecía pensarlo realmente, mirando a un lado, entrecerrando los ojos—. Tal vez, ¿no?

Pero definitivamente no lo decía en serio. Sólo miró a su hijo sonriente, con pequeño optimismo. Jun asintió efusivamente, ya que él creía en su padre ante todo pronóstico.

Pasaron la tarde tranquila en la habitación. Jun jugando con sus dinosaurios de plástico, Jungkook lavando ropa y limpiando.

—Papi, ¿vas a trabajar de guardián? —preguntó el pequeño.

Jungkook suspiró imperceptible para su hijo.

—Sí. Vuelvo entre noche y dormiremos juntos, ¿sí?

—¿Puedo quedarme despierto hasta que vuelvas?

Jungkook negó inmediatamente.

—No, hijo. Te duermes cuando la señora Lim te lo diga, le haces caso a ella.

Jun hizo un puchero momentáneo pero igual asintió, mirando a su padre con esos ojos grandes que amenazaban con aflojar la firmeza de cualquier regla impuesta.

—Está bien.

Jungkook, atraído por esa expresión tan intensa y vulnerabilizante, se agachó frente a él, tomó su carita pequeña entre las manos.

—Te portas bien. Si pasa cualquier cosa, te sientes mal, o absolutamente cualquier cosa, le dices a la señora Lim inmediatamente. Sin excepción... ¿Entendido?

Jun asintió nuevamente, calmando esa expresión de conejo asustado.

—Entendido.

Con eso, Jungkook pudo sonreír satisfecho.

—Te amo.

—Yo también te amo, papá.

Terminó de preparar lo demás, caminaron hacia la habitación de la señora Lim, y con un beso en la frente, un abrazo apretado, Jun era despedido estando ya en buenas manos.

Y después Jungkook se duchó otra vez, más cuidadosamente esa vez, se afeitó, y se vistió con la ropa que sabía funcionaba bien para llamar atención en las calles. Los jeans ligeramente anchos, su camiseta blanca crop, chaqueta de jean... y gorra negra.

Se miró al espejo calando perfectamente la gorra, y se miró un momento más, a sí mismo, a su reflejo... y suspiró.

"*Aquí vamos*", otra vez, de regreso al ruedo.

A Mapo.

Hacia su esquina.

Hacia una noche de trabajo que necesitaba sin importar qué.

Llegó a las nueve de la noche después de un trayecto en autobús que le había dado demasiado tiempo para pensar, lo cual era siempre peligroso cuando se trataba de este trabajo.

Las luces neón estaban extrañamente más vibrantes cuando bajó del autobús, o así las percibía él mismo. Caminó con las manos en los bolsillos de su chaqueta porque el clima estaba empezando a enfriarse.

Había otras personas, como siempre otros trabajadores ya posicionados en sus lugares habituales cuando pasó a sus lados, los mismos asentimientos breves que él devolvió sin palabras. Y al final del trayecto, como solía hacer casi ritual, era ir hacia la esquina de "Descanso Rosado" donde sabía que encontraría a Siamara.

Ahí estaba ella como siempre, sentada en su taburete bajo el toldo raído, llevaba una falda de cuero sintético que había visto mejores días, y una blusa transparente que mostraba el sostén de encaje negro debajo, maquillaje que no lograba ocultar las líneas alrededor de sus ojos. Tenía un cigarrillo liado colgando de sus labios pintados de rojo brillante, el humo subiendo en espirales perezosas hacia el toldo sucio.

Levantó la vista cuando lo vio acercarse y algo en su expresión se suavizó apenas perceptible, esa calidez reservada que solo mostraba con muy pocas personas en este mundo.

—Ilan. —Saludó mientras dejaba caer las cenizas de su cigarrillo al suelo con un golpe de sus dedos donde los anillos baratos brillaban—. Llegas puntual como siempre.

Jungkook se detuvo frente a ella manteniendo esa distancia respetuosa, conectados pero no invadiendo espacios personales que cada uno necesitaba mantener intactos.

—Siam... Buenas noches —respondió con ese tono que reservaba solo para ella, más suave que el profesional que usaba con clientes o el neutral que empleaba con otros trabajadores —. ¿Cómo estuvo la semana anterior?

Ella se encogió de hombros con un movimiento que hizo que la blusa transparente se deslizara ligeramente sobre su hombro revelando piel arrugada y un tatuaje descolorido que probablemente tenía décadas.

—La misma mierda de siempre, niño. Buenas y malas noches, a veces noches que prefiero olvidar. —Dio otra calada larga a su cigarrillo antes de exhalar el humo lentamente por la nariz—. ¿Y tú? ¿Cómo está el niño tuyo? Jun.

El simple hecho de que preguntara cuando probablemente tenía mil cosas más importantes en su mente, hizo a Jungkook exhalar con una pequeña sonrisa de aprecio.

—Uhm... estuvo enfermo, ya sabes, sus problemas respiratorios que a veces no lo dejan en paz. Pero ya está bien —aclaró no queriendo dar mucho detalle o traer a su hijo demasiado a éste lugar—. Por eso estoy aquí, ya puede quedarse con la niñera.

Siamara asintió oyendo atenta.

—Es un niño fuerte.

Jungkook sonrió involuntariamente ante el pensamiento, su hijo realmente es un niño fuerte.

—Es muy fuerte...

Siamara sonrió con genuino afecto maternal que probablemente nunca había podido expresar a ningún hijo, porque no existen, o tal vez lo hacían, pero Jungkook nunca había preguntado porque algunos temas eran demasiado dolorosos incluso para gente que se conocía durante años.

—Claramente como su padre —afirmó ella.

Jungkook pestañeó confundido y volteó a verla ante tales palabras.

Pero Siamara sólo estaba sonriendo hacía la calle húmeda mientras metía la mano en su bolso pequeño de lentes.

—Toma, para la noche. —Como costumbre sacó dos cigarrillos liados y se los extendió ambos a Jungkook.

Jungkook se inclinó un momento y los aceptó, había gratitud genuina en su mirada. Luego guardó uno en el bolsillo de su chaqueta y poniendo el otro entre sus labios, sacando su encendedor del otro bolsillo, y lo encendió con un clic, inhalando hasta que el tabaco prendió con su brillo naranja característico.

—Gracias, Siamara. Siempre tan generosa.

Ella hizo un gesto con su mano como espantando una mosca molesta, rechazando el agradecimiento aunque Jungkook sabía que lo apreciaba de todas formas.

—No actúes como si te hubiera dado oro, niño. Sabes que yo consigo ésto como agua... —murmuró en tono despectivo. Pero entonces su expresión cambió sutilmente, ahora más seria mientras volteaba a verlo directamente, con esos ojos cansados de haber visto

demasiado durante demasiados años—. Oye, hablando de cosas que debes saber... el tipo del Porsche negro pasó el sábado anterior tres veces por esta calle, buscándote.

Todo paró en la simpleza de Siamara apuntando con un dedo en un ir y venir a la calle frente a ambos, porque tales palabras cayeron como agua que erizó su piel.

"¿Qué... qué?", se preguntó Jungkook, frunciendo el ceño apenas ligeramente.

—Lo reconocí de inmediato —continuó Siamara—. Él miraba tu esquina como loco. Pero se terminó llevando a Minho.

Jungkook sintió cómo su corazón de repente latía más fuerte en su pecho, un tambor que podía escuchar en sus propios oídos, los ojos se abrieron ligeramente más sin que pudiera controlarlo, todo su cuerpo reaccionando de una forma que esperaba fuera imperceptible pero que probablemente Siamara notó de todas formas porque no se le escapaba nada.

—¿A Minho? —preguntó Jungkook con un hilo de voz. No porque le molestara o cualquier cosa, en realidad estaba hablando en automático porque no le interesaba en absoluto.

Siamara asintió lenta y alargadamente.

¿Lo estaba buscando?

"¿Me estaba... buscando?", pensó con el latido difícil de calmar. Ese pensamiento traía consigo una calidez estúpida que se extendió por su estómago como un shock eléctrico.

—Te estaba buscando a tí, pero se fue con él. Y Minho regresó antes. —siguió la mujer—. Creo que era más allá, Ian. ¿Qué arreglos tienes con él?

"Me estaba buscando..."

Había pasado la semana entera convenciéndose de que probablemente nunca volvería a ver al hombre del Porsche, que debía evitar pensarlo demasiado, que para él había sido solo una noche interesante, uno de los tantos lujos para alguien rico, un tipo cualquiera explorando el lado salvaje antes de regresar a su vida normal y olvidarse completamente de Ian.

Pero lo había buscado. Había venido tres veces.

—¿Jeon?

La voz de Siamara en su tono y llamándolo por su apellido lo trajo de vuelta. Jungkook tragó saliva intentando mantener su expresión neutral mientras daba una calada a su cigarrillo para tener algo que hacer con sus manos que de pronto querían temblar.

—¿Tres veces? —preguntó intentando sonar casual, probablemente fallando—. ¿Estás segura?

Siamara asintió con seriedad que no admitía dudas, sus ojos entrecerrados, estudiándolo con tal intensidad que hizo que Jungkook se sienta completamente transparente frente a ella.

—Completamente segura. Pasó tres veces por esta calle, buscando tu esquina, y cada vez más lento. Obviamente esperaba verte en tu esquina habitual... —Hizo esa pausa significativa, mirando a Jungkook quieto en su lugar, antes de continuar—. Si hiciste un arreglo, ten cuidado... Con los clientes regulares, Ian. Mucho cuidado.

Su tono había cambiado a algo más protector, de una forma que rara vez empleaba porque en este mundo el cuidado excesivo podía interpretarse como debilidad.

—No importa cuánto paguen o qué tan amables parezcan al principio... La regularidad siempre es sospechosa.

Jungkook la miró un momento más.

"¿Qué...? ¿Se refiere a que la regularidad crea expectativas? Ya lo sé", respondió en su mente. Pero discutir con alguien mayor o contradecirle estaba fuera de sus principios y cortesía. La mujer seguía siendo mayor.

Así que sólo asintió lentamente aunque una parte terca de él quería protestar en voz alta, quería defender al hombre del Porsche que había sido nada más que respetuoso, cuidadoso y hasta inocente durante su encuentro... Y no se atrevía a decir.

—No te preocupes, Siamara. No parece malo, fue muy... correcto la única vez que estuvimos juntos. Pagó bien, no cruzó límites, no pidió nada raro.

Siamara soltó una risa corta y áspera que sonaba como lija contra madera, completamente desprovista de humor real.

—Nada parece malo al principio, niño. Esa es exactamente la trampa, ¿ya no recuerdas al tipo del hotel Blue Sky?

Jungkook se tensó inmediatamente. Siamara le acababa de recordar un pequeño... más bien una maldita mala experiencia. Donde un tipo lo contrató, algo específico en ser activo y Jungkook pasivo. Pero cuando menos lo esperó, aquél trató de grabar el encuentro, y casi lo encierra en la habitación, todo en contra de su voluntad, ofreciendo dinero extra pero que definitivamente no entraba en absoluto en su trabajo. Y sólo habían pasado tres años de esa situación.

Jungkook exhaló el humo tembloroso.

—Eso fue en una sola noche —defendió.

Siamara chasqueó la lengua y tiró su cigarrillo al suelo, apagándolo con la suela de su zapato de tacón, retorciéndolo hasta que no quedó más que cenizas dispersas.

—Mira, niño. Sólo quiero que te cuides aquí porque cuando lo haces, cuidas a tu hijo de no quedarse sólo —explicó con voz más clara que antes—. Siempre hay un grano de arena negro entre toda la arena blanca... Siempre. Y cuando lo encuentras, usualmente ya es demasiado tarde para no salir dañado.

Jungkook tragó duro y guardó silencio un rato más... y es porque sabía que tenía razón, desde la experiencia que solo décadas en estas calles podían darle a la pobre mujer.

"Pero...", pero definitivamente algo en su interior se resistía a creer que el hombre del Porsche fuera ese grano de arena negro.

Él también había visto suficiente maldad en su vida como para reconocerla cuando la tenía frente a él, y lo que había visto en esos ojos vulnerables no había sido maldad, no, para nada... sino más bien había visto soledad y búsqueda de conexión genuina aunque sean pocas horas pagas.

Aunque sí, obviamente no podía decir eso en voz alta sin sonar como un idiota que de pronto viene a romantizar éste trabajo porque le gustó besar, abrazar, follar y cuidar a un cliente que parecía tan suave para ser verdad.

Así que sólo asintió.

—Tendré cuidado —prometió finalmente, porque era lo que Siamara necesitaba escuchar, y porque honestamente parte de él sabía que debería tenerlo—. Siempre lo tengo, Siam.

Ella lo miró durante un rato más, analizando con esos ojos que parecían ver a través de todas sus defensas cuidadosamente construidas, y entonces asintió, aparentemente satisfecha con su respuesta aunque probablemente sabía que era solo parcialmente verdad.

—Bien —sentenció en un asentimiento firme—. Ahora ve a trabajar antes de que te roben todos los buenos clientes.

Hizo un gesto con su mano de garras carmín hacia la calle donde las figuras ya estaban negociando con autos que se detenían.

—Y acuérdate de lo que te dije. Cuidado.

Jungkook asintió una última vez y se alejó, caminando hasta la esquina habitual bajo la farola amarillenta. Sólo se apoyó contra el poste mientras terminaba su cigarrillo, observando el movimiento de autos yendo y viniendo, algunos reduciendo la velocidad para mirar antes de continuar.

Y aunque intentó con todas sus fuerzas no hacerlo, aunque se regañó internamente por ser tan patético, no pudo evitar que sus ojos buscaran entre cada auto que pasaba... a ese Porsche negro específico.

"Mierda... Realmente lo hago" Sí, realmente y casi involuntariamente esperaba que el hombre volviera aunque no debería hacerlo, menos bajo la mirada de Siamara que ahora había notado un patrón que acababa de comenzar... eso daba vergüenza por más extraño que parezca.

¿Pero qué podía hacer? Era real, esperaba que ese hombre fuera su único cliente de la noche. Esperaba cosas que no tenía ningún derecho ni razón para esperar.

Pasaron los minutos demasiado lentos, en los que tres clientes diferentes se acercaron y él rechazó porque ofrecían demasiado poco por demasiado trabajo... ¿o estaba esperando algo mejor porque sabía que vendría?

Miró al suelo con el segundo cigarrillo que le había dado la mujer encendido, suspirando, soltando el humo con expresión apenas dolida. Sintiendo un vacío que no debía existir.

Y entonces, justo cuando estaba por caer en pensamientos tontos e innecesarios, lo vio por debajo de la visera de su gorra.

El Porsche negro avanzando por la calle como algo salido directamente de sus pensamientos no confesados, brillante bajo las luces neón, completamente fuera de lugar entre los autos viejos y maltrechos que normalmente transitaban por aquí.

Levantó la cabeza y se irguió inmediatamente, su corazón dio un salto violento en su pecho durante el pequeño proceso. Aquello lo llevó a inhalar profundamente del cigarrillo para

calmarse. Sus ojos se abrieron ligeramente mientras más se acercaba el auto, reduciendo la velocidad cuando el conductor aparentemente lo reconoció bajo la farola.

"*Mierda...*", ¿una profecía cumpliéndose en pleno Mapo? Pero debería regresar a tierra de inmediato. No debería sentirse así, no debería sentir esta emoción burbujeando en su estómago como si fuera algo bueno en lugar de simplemente otro trabajo, y mierda, no debería sonreír de esa forma idiota e involuntaria cuando el auto se detenía directamente frente a él. Así que mordió sus mejillas internas para frenar tal acción.

Pero, sonrió aunque fuera apenas perceptible, porque aparentemente su cuerpo había decidido traicionarlo completamente esta noche.

No debería ir... Pero iría de cabeza.

Apagó el cigarrillo con la suela de su zapatilla, empujándolo hacia un charco cercano. Se acercó al auto con el ritmo del bombeo de su corazón, metiéndose las manos en los bolsillos antes de que revelaran cuán nervioso estaba realmente.

Se inclinó hacia la ventanilla del copiloto sintiendo que se ahogaba... y el vidrio ya estaba bajándose completamente.

De pronto, ahí estaba él.

El hombre tan... de cabello castaño claro, con esos ojos que Jungkook había estado tratando de no recordar durante toda la semana, con esa expresión que era tanto alivio y anticipación, con esas cejas que arqueadas sugerían cierta preocupación o vulnerabilidad. Tan lindo que no parecía más que un ángel en el cielo equivocado...

Jungkook exhaló y tragó saliva imperceptible antes de hablar.

—Volviste —soltó Jungkook simplemente. Y mierda, era obvio y definitivamente no confiaba en su propia voz para decir algo más elaborado sin sonar abrumado.

—Así es —continuó el hombre, con un tono que intentaba sonar casual pero que Jungkook no podía evitar leer ahora, sobre todo después de haberlo escuchado gemir hace dos semanas—. Sube, por favor. Mismo servicio de antes.

Jungkook asintió y simplemente rodeó el auto sin permitirse pensar demasiado en lo que estaba haciendo, mirando al suelo sin analizar nada a su alrededor, ni por qué su pulso se había acelerado todavía más o por qué sentía esto tan jodidamente prohibido. Abrió la puerta del copiloto y se deslizó en el asiento de cuero que todavía olía a nuevo y a dinero como la primera vez, cerrando la puerta con un golpe que así simplemente sonaba caro.

El hombre arrancó sin más y Jungkook se acomodó en el asiento, quitándose la gorra porque ya no necesitaba esconderse.

El trayecto fue más corto de lo que recordaba, o tal vez solo se sintió así porque esta vez no había ninguna tensión nerviosa del desconocimiento. Ahora había una cercanía malditamente extraña, de estar sentado allí, en este auto específico, con nadie más que este hombre conduciendo hacia ese resort, como si esto fuera algo que habían hecho docenas de veces en lugar de solo una.

"*Se siente bien*", ese es el problema, se sentía bien, cómodo. Y eso lo relajaba demasiado, le hacía perder la guardia.

No hablaron durante el camino y Jungkook agradeció el silencio porque le daba tiempo para prepararse mentalmente y regañarse, recordarse a sí mismo que estaba trabajando y nada más.

Sin importar cómo su estúpido corazón insistiera en latir más rápido, como si ésto fuera una tonta cita.

Llegaron al resort, el hombre pidió la misma suite, recibió la tarjeta. Caminaron hacia la puerta, y cuando esta se abrió revelando el interior familiar, un enredo nuevo se estrujó dentro del estómago de Jungkook, emoción, ansiedad de lo que vendría.

Entraron, y la puerta se cerró detrás de ellos... ese clic tan definitivo que marcaba el comienzo de algo.

O la continuación.

Jungkook trató de calmar su respiración cuando se quitó la gorra, dejándola en la silla junto a la puerta, luego su chaqueta que colgó cuidadosamente del respaldo. Los movimientos eran rutina, pero ahora una excusa.

Luego de una exhalación nasal que sólo él mismo percibió, se giró lentamente, y sus ojos se encontraron a través del espacio que los separaba.

Jungkook analizó al hombre.

Hoy notó algo diferente en la forma que lo miraba. Sí, notó sólo eso en su energía y postura, y era más seguro, muchísimo menos nervioso... como si hubiera cruzado algún umbral interno durante la semana que habían estado separados.

"Como si... ¿Hubiera aprendido? Como si..."

Sus pensamientos se interrumpieron cuando el hombre cruzó el espacio en pasos largos que cerraron la distancia como si nada, y de pronto, Jungkook estaba siendo empujado contra la pared más cercana con manos firmes en su cintura y una boca caliente comiéndose la suya.

Jungkook frunció el ceño y cerró sus ojos, olvidando todo lo que se había prometido inmediatamente. Abrió la boca aceptando la lengua que entraba con desesperación que podía igualar, sus propias manos volando hacia la nuca del hombre y enredándose en ese cabello perfectamente peinado, jalando ligeramente.

"Mierda, mierda, mierda", era inevitable. Su corazón latía demasiado rápido, su respiración se aceleraba demasiado pronto, ya no podía parar y menos cuando el hombre presionó las caderas contra las suyas.

"Mierda", ¿otra vez? Y sí, porque no tenía ganas de darle lugar a ese pensamiento llamado "sensatez" o "control". Sintió cómo su propio miembro comenzaba a endurecerse de una forma que nunca pasaba durante el trabajo.

Siguieron besándose con esa urgencia que parecía alimentarse de sí misma, cada segundo volviéndose más intenso que el anterior, chasquidos, jadeos, lenguas enredadas, respiraciones entremezcladas, mordidas de labios. El hombre lo tocaba como si tuviera derecho a hacerlo, como si el dinero que pagaría más tarde le diera permiso para tomar lo que quisiera, y Jungkook se dejaba tocar porque eso era exactamente lo que quería más allá de todo.

Comenzaron a desnudarse mutuamente con manos torpes de prisa, pero también sorprendentemente coordinadas, parecía que por sí solos, sus cuerpos ya estuvieran aprendiendo el ritmo del otro. La camiseta de Jungkook voló hacia algún lugar que ninguno identificó, la camisa del hombre perdió botones que rodaron por el suelo hasta que simplemente la arrancó por encima de su cabeza porque era más rápido.

Cinturones desabrochados, jeans cayendo, bóxers siguiéndolos hasta que ambos estaban completamente desnudos, piel caliente contra piel caliente.

Regresaron a los besos hambrientos, cuerpos presionados frente a frente sin dejar lugar, y Jungkook sintió el miembro erecto del hombre duro contra su abdomen, y el propio respondiendo de una forma que definitivamente no era profesional, que era completamente inapropiada para lo que se suponía que era esta situación.

El mismo ya estaba entregado totalmente a lo que venía, imaginando la escena del primer encuentro nuevamente pasando. Ese rostro debajo suyo lloriqueando de placer, y él mismo enseñándole el idioma de ese placer con lo más sincero e involuntario que su cuerpo supo dar.

Y de pronto, el hombre se apartó de los besos, apenas unos centímetros suficientes como para hablar, sus labios todavía rozando los de Jungkook con cada palabra que enviaba pequeñas corrientes eléctricas a través de su columna.

—Esta vez quiero follarte yo.

Las palabras cayeron entre ellos y Jungkook sintió cómo algo en su estómago se contraía, en cómo su respiración había frenado por completo apenas un segundo suficiente para ahogarlo.

"Qué...", hubiera preguntado en voz alta. "*Entonces, él...*", afirmativo aunque fuera algo inesperado, no había nada entre líneas.

El hombre quería ser activo, y Jungkook debía ser el pasivo.

Jungkook sintió que su respiración volvía a ponerse incontrolable y su corazón a bombear más fuerte, pero no más rápido. Sólo más intenso.

Y es que... normalmente cuando tocaba ir abajo, cuando permitía que clientes lo penetraran, era un acto completamente clínico en su mente. En realidad como cada vez que trabajaba en lo que sea que requiera un dolor e incomodidad física, él mismo se iba a otro lugar mientras su cuerpo hacía lo necesario, pensando en cualquier cosa que lo mantuviera desconectado de lo que estaba físicamente experimentando.

Pero... Cometió el error extra a todos sus errores, y fue mirar esos ojos oscuros, brillantes que lo estudiaban con una intensidad que hacía que se sintiera completamente expuesto más allá de su desnudez.

No podría irse a otro lugar cuando este hombre específico estuviera dentro de él.

Pero necesitaba hacerlo por ese dinero, aunque después el dolor le recordaría con un vuelco al corazón que un hombre tan atractivo y destructivo en sólo aspectos que son hermosos lo había follado... Y le estaba pagando por follarlo.

"*Cómo podría éste tipo querer eso... Conmigo*"

Sólo apartó su cabeza hacia atrás apenas unos centímetros para poder mirarlo directamente, evaluando, buscando algo en esa expresión que justificara el riesgo que estaba a punto de tomar.

Pero no había más que la certeza total.

Entonces sólo asintió. Porque él mismo sentía tal certeza bombeando igual en su propio pecho, no habría error en ser tomado por ese hombre que deseaba este reencuentro tanto como él pese al pequeño cambio. Al fin y al cabo, lo importante era encontrarse de una buena vez.

—Sí —respondió cuando encontró su voz—. Me parece bien.

Para ambos fue suficiente.

Entre nuevos pero no menos intensos besos, se movieron hacia la cama, casi tropezando porque ninguno quería soltar al otro el tiempo suficiente, cayeron sobre las sábanas blancas, enredados entre extremidades desnudas que se entrelazaban de formas que hacía difícil distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

El hombre lo besaba por todas partes ahora, boca abierta contra su cuello succionando y mordiendo de formas que definitivamente Jungkook nunca permitiría. Bajaba por su pecho lamiendo cada músculo, mordisqueando sus pezones hasta que se endurecieron dolorosamente bajo su lengua.

"*Dios... Qué bien*", pensó, pero el jadeo que soltó entre dientes rezaba aquellas palabras.

Cuando el hombre llegó al miembro completamente erecto de Jungkook, lo tomó en su boca sin advertencia, de inmediato lo tragó entero.

Jungkook, sin haber esperado eso, gimió tanto con sorpresa como por placer inmenso. Sus ojos entrecerrados, la vibración de su gemido llenó su pecho, e instintivamente sus dedos se enredaron en el cabello del hombre sosteniendo sin empujar, solo necesitando algo que lo anclara mientras esa boca caliente lo envolvía de tal forma que su cerebro hiciera cortocircuito.

"*Mierda... Me gusta tanto*", otra noche más donde no había vuelta atrás. Otra que ya daba igual toda pretensión o actuación, eso no importa ya.

"*Eso no importa ya...*", gimió en su mente, pero la frase vibro en su garganta como un ronquido excitado.

El hombre trabajó su miembro de forma perfecta, como si estuviera esperando este momento específico para mostrarle a Jungkook lo que sabía hacer, lo que realmente guardaba detrás de la máscara de timidez de la primer noche. Subía, bajaba, lamía y provocaba sonidos que volvían loco al receptor de tal placer, quien solo podía maldecir y balbucear pero jamás pedir que pare, sólo terminando deshecho sobre el colchón, jadeando, las piernas temblando por la intensidad, por la fuerza contenida para no retorcerse de placer.

Y cuando el hombre lo soltó después de varios minutos que lo dejaron cerca del orgasmo. Jungkook, casi ciego aun de excitación, intentó moverse de su lugar para devolver el favor como la primera vez.

Pero el hombre lo detuvo con mano firme en su hombro empujándolo de vuelta contra las sábanas con tal posesión que Jungkook simplemente se dejó caer, mirando al castaño con

ojos entrecerrados y vidriosos.

Pudo ver que este negaba suave.

—No. Hoy no tienes que hacer eso. Hoy quiero esto exactamente como lo planeé —dijo el hombre, tales palabras deberían haberle molestado en otro contexto porque implicaban que el hombre pensaba que sabía mejor que Jungkook cómo debería funcionar esto.

Pero en cambio, sólo deseaba ceder, ver qué pasaba después de que esa voz tan cantarina le aclamara sus planes... y parecía ser que este hombre dueño de tal voz no quería el servicio estándar, más bien quería algo específico que involucraba darle placer a Jungkook en lugar de solo recibirlo.

Lo miró un segundo más.

No había duda. Quería tomar, ser él quien diera, quería a Jungkook vulnerable debajo de él.

Jungkook le dejó libre espacio, el hombre inmediatamente se posicionó entre sus piernas y él mismo sintió cómo su respiración se aceleraba involuntariamente mientras lo observaba sacar lubricante y condones.

"*Dios... Ahora*", se alentó a sí mismo a ahorrar cada paso, cada indicación que pudiera salir de la boca de ese hombre. Entonces eliminó cualquier pensamiento coherente y se abrió sin que se lo pidieran, levantando sus rodillas, abriendo las piernas en una invitación que era rendición genuina ante lo que estaba a punto de pasar.

Pero... mientras se exponía, sintió algo extraño abordarlo entero, tal cosa que no había sentido en mucho tiempo con un cliente.

Vergüenza.

Tal vergüenza que le atascaba el aire en la garganta y probablemente le dejaba la cara roja. Pero no totalmente la vergüenza de vender su cuerpo... esa había desaparecido hace años, desgastada por la necesidad y la supervivencia. Sino más bien la vergüenza de querer esto, de querer que este hombre específicamente lo viera así, abierto y necesitado de formas que no eran solo profesionales, y que él mismo necesitaba que supiera que quería entregarse.

Necesitaba que terminara por tomarlo, gastando las últimas energías de su sábado, y así el estrés. Para irse con su dinero directo a casa... Porque en el fondo también sabía que este cliente le daba la oportunidad de no regresar a Mapo por más trabajo.

El hombre lo apreció brevemente y luego sin más, vertió lubricante en sus dedos, calentándolo entre sus manos.

Jungkook observaba cada movimiento aún a través de sus párpados entrecerrados con una atención que normalmente reservaba para evaluar si un cliente sería peligroso o no.

Pero esto no era evaluación de riesgo.

Era...

Absolutamente nada grave.

El primer dedo presionó contra su entrada y Jungkook inhaló profundo, forzando su cuerpo a relajarse de la manera que había aprendido. El dedo entró despacio, estirando con

paciencia, totalmente cuidadoso y lo agradecía.

Cerró los ojos, porque era más fácil así. Porque no tenía que digerir esos ojos mirándolo de esa forma que lo desarmaba entero, y lo sabía, simplemente no tenía el valor de enfrentar la intensidad con la que este hombre lo observaba... como si cada reacción importara, que doliera era suficiente para frenar.

El dedo se movía en círculos, entrando y saliendo, estirando, y Jungkook respiraba lo más controlado posible, manteniéndose relajado, placentero.

"Sigue así, Jeon... Sigue así"

Pero entonces el segundo dedo entró y Jungkook sintió cómo su cuerpo se tensaba automáticamente.

"¡Mierda!", apretó los dientes involuntariamente, todo involuntario porque su cuerpo seguía traicionando, y es que no, no debería pasar. Estaba acostumbrado a esto, lo había hecho mil veces.

Exhaló tratando de relajarse y que ésto no termine mal.

"Relájate... Relájate, Jungkook", pudo hacerse arrullo, gimiendo apenas entre dolor y placer.

Los dedos buscaban, explorando... y cuando rozaron su próstata Jungkook no pudo contener la reacción.

Un gemido largo escapó de su garganta antes de que pudiera detenerlo, su espalda arqueándose involuntariamente sobre las sábanas, la cadera subiendo, las manos volando hacia las sábanas, apretándolas en puños con fuerza.

—Muy bien... sí... —murmuró quebrado, tratando de calmarse a sí mismo por aquella reacción tan malditamente desubicada para lo que acostumbraba a hacer.

Su cuerpo empujó hacia abajo buscando más presión sin su permiso, sin su control consciente, solo instinto puro persiguiendo placer, quería más.

"Dios, no...", se quejó frunciendo el ceño mientras no podía dejar de menear sus caderas. *"Qué estoy haciendo... Ésto esta mal"*, los auto regaños seguían sólo por deporte y nada realmente serio, porque no pararía ni aunque esté el triple de mal.

El tercer dedo entró, Jungkook sintió el estiramiento, la invasión, la forma en que su cuerpo cedía, cómo se abría para acomodarlo. Respiraba fuerte ahora, jadeos entrecortados escapando de sus labios entreabiertos, y podía sentir sudor formándose en su frente, en su pecho.

Los dedos se movían con precisión tan ideal como para matarlo allí mismo, golpeando ese punto una y otra vez hasta que lo dejó temblando, pequeños gemidos escapando con cada respiración que no podía contener sin importar cuánto lo intentara.

Y entonces los dedos salieron, dejándolo vacío, palpitando, necesitando más de tal forma que odiaba admitir.

Escuchó el sonido del condón abriéndose, el sonido de más lubricante siendo aplicado, y Jungkook mantuvo los ojos cerrados con fuerza... porque si los abría, si veía la expresión en el rostro de este hombre, algo dentro de él se rompería completamente.

Sintió la punta presionando contra su entrada, más grande que los dedos, y un escalofrío recorrió toda su espalda, arrancándole el aire.

Empujó despacio.

"¡Carajo...!" Jungkook apretó los dientes mientras la cabeza vencía la resistencia y entraba. "Mierda... Mierda", maldijo en su mente más veces, aguantando el quejido real que podría escapar de su garganta.

Y es que dolía.

En realidad no debería doler tanto. Estaba preparado, tres dedos deberían haber sido suficientes.

Pero... la realidad es que no podía relajarse completamente, no podía así, con ese hombre ahora dentro suyo. Ni cuando cada parte de su ser estaba hiperconsciente de cada punto de contacto, de cada centímetro que entraba gradualmente. Su cuerpo peleaba contra la intrusión a pesar de sus mejores esfuerzos, los músculos se tensaban involuntariamente cuando debían relajarse. Respiró profundo, forzándose a soltar el aire lentamente, a dejar que sucediera.

—Sigue... —su propia voz salió más vulnerable de lo que pretendía, más quebrada, pero necesitaba manifestarse, pedirle que no pare ya, si no que continuara porque detenerse ahora sería peor.

El hombre continuó presionando hacia adelante, centímetro a centímetro, podía sentir cada milímetro del camino, ese calor duro forzando a abrirlo, en realidad una presión que trazaba un cuadro abrumador mientras cerraba los ojos, viendo colores destellando en la oscuridad de tantas sensaciones electrizantes.

Hasta que finalmente estuvo dentro por completo, enterrado hasta el fondo, sintiendo la pelvis contra sus glúteos, la intimidad entera del hombre presionando contra él.

Entonces se quedó inmóvil.

Jungkook apretó los ojos con más fuerza, mandíbula aún ligeramente tensa, manos apretando las sábanas como si fueran lo único que lo mantenía conectado a la tierra. Notó como su corazón pedía escapar de su cuerpo, galopando hasta la garganta, abrumando más si fuera posible.

De pronto decidió que podía abrir los ojos. Lo hizo lento, exhalando imperceptible por sus fosas nasales, aguantando la maldita sensación tan, pero tan intensa que lo hacía casi llorar, pero con lágrimas secas.

Y se encontró directamente con el rostro del hombre ante él, en esas mejillas de magnolia, en ese destello en sus iris, en los labios rojos y húmedos de tantos besos. Pero lo más destructivo era cómo lo miraba él, entero, ojos recorriendo su propio rostro, con una expresión en verdad era digna de ser enmarcada.

"Qué maldito hombre...", maldijo sintiendo que se volvería loco ante éste pequeño instante que la vida le regalaba tan sólo un momento, un pecado, un vicio que podría volverse peligroso si es que ya no lo era.

—Puedes moverte —tembló su voz—. Estoy bien.

Mentira, no estaba bien. Estaba siendo destruido desde dentro pero no tenía que ver con ningún dolor físico.

El hombre comenzó a moverse, lento al principio, retirándose casi completamente antes de empujar de vuelta hasta el fondo. Y cada embestida arrancaba gemidos de la garganta de Jungkook que no sonaban fingidos porque no lo eran en absoluto.

Su cuerpo respondía porque le gustaba, caderas moviéndose al encuentro buscando más, aunque advertencias peligrosas le gritaban que mantuviera la distancia, que recordara que esto era trabajo.

"*Ya basta...*", habíamos dicho que ésto sería así. Ya no importaba si era trabajo o no.

"*Ya no importa...*", no porque era una gloria que anhelaba.

La velocidad aumentó gradualmente, su cliente lo tomaba firme, dulce con movimientos de cadera tan exactos, tan perfectos en su coordinación... tan bien que Jungkook acompañó aquel ritmo excelente llevando una mano a su propio miembro, vergonzosamente duro y húmedo, ahora tocándose al ritmo de las embestidas.

"*Mierda, sí... Mierda*", jadeó las palabras pero definitivamente serían incomprensibles para el hombre.

"*Más... Más*", gimió entre golpe y golpe humedo, totalmente hundido en el mar del placer.

—Más fuerte... —pudo soltar entre gemidos, honesto y desesperado.

Y el hombre obedeció, empujando más fuerte, más rápido.

"*¡Sí! Carajo, sí*", gimió intenso, mirando esa expresión que sabía era placer compartido.

—Sí... exactamente así... no pares... —le hizo saber, alentó. El hombre aumentó aún más con solo esas palabras, persiguiendo algo con una determinación que Jungkook podía sentir en cada embestida.

El sonido de su encuentro llenó la habitación, mezclándose con sus gemidos entremezclados en un eco ensordecedor de placer.

Jungkook seguía bombeando intenso su propio miembro enloquecido de placer, sintiendo cómo su respiración de agitaba como si corriera una maratón.

De pronto, el hombre cambió el ángulo ligeramente, allí fue que golpeó su punto exacto con precisión jodidamente devastadora.

"*¡Hijo de...!*", arqueó la espalda violentamente, un grito ahogado vibró en su garganta pero definitivamente lo pensó, ese movimiento fue de todo un maldito hijo de puta que estaba totalmente en lo correcto.

Otro golpe más en su punto.

—¡Ah! ¡Maldición! —el gemido escapó de una vez, ya sin poder contener esos gritos extasiados.

Y el hombre mantuvo ese ángulo exacto, empujando una, otra y otra vez contra ese punto hasta que Jungkook pensó que realmente se volvería loco, porque las estrellas detrás de sus párpados caídos parecían muy reales, pero también muy fantasiosas.

"Me gusta...", era innegable. ¿Cuándo le había gustado que un cliente lo folle?. "Me gusta mucho...", no, en realidad jamás de los jamases.

Cerró completamente sus ojos, dejándose tomar por completo, dejando su cuerpo reaccionar ya sea con movimientos, gritos y jadeos de todos los tonos.

Y éste hombre... quería rodearlo con brazos y piernas, quería jalarlo más cerca, quería besarlo mientras gemía su nombre que ni siquiera conocía. Quería todas esas cosas que eran demasiado íntimas, demasiado vulnerables, demasiado reales para lo que se suponía que era esto.

"Me gusta...", se repetía nuevamente en su cabeza mientras sus propios gemidos y los ajenos con el placer lo aturdían.

Quería abrazarlo, cómo quería... pero no podía.

No debía.

Así que solo apretó las sábanas debajo de él con más fuerza con la mano libre, nudillos blancos por la presión, ojos nuevamente cerrados con fuerza. Su mano ocupada aún se movía frenéticamente sobre su miembro, persiguiendo esa liberación que sabía estaba cerca, demasiado cerca.

Y entonces como si un latigazo eléctrico lo azotara, llegó, y lo hizo con un orgasmo cegador, su cuerpo entero tenso sin excluir ningún músculo. Se corrió con un grito ahogado que sonó roto incluso a sus propios oídos, semen salpicando su estómago y pecho en chorros que parecían no terminar, mucho menos con la mano propia que seguía sacudiendo, sacando cada gota de fluido y placer hacia afuera.

Los músculos internos se apretaron alrededor del miembro todavía moviéndose dentro de él, y escuchó el gruñido gutural del hombre mientras se corría también, empujando hasta el fondo una última vez antes de quedarse completamente inmóvil.

De pronto su mente se quedó en blanco.

Por ese momento, ninguno se movió.

Solo se mantenía existiendo en esa burbuja compartida, respirando pesado y entrecortado, cubiertos de sudor, completamente exhaustos, agitados, corazones desbocados.

Jungkook mantuvo los ojos cerrados incluso cuando sintió al hombre salir despacio, incluso cuando escuchó el condón siendo descartado, incluso cuando el colchón se hundió a su lado con el peso del hombre dejándose caer junto a él.

Finalmente los abrió, mirando el techo blanco porque era más seguro que mirar al hombre a su lado.

"Qué hice, qué hice, qué hice", se repetía. "Fuí un imbécil... Me dejé llevar".

Su corazón aún latía demasiado rápido mientras trataba de regularizar su respiración, el cuerpo todavía temblaba con los restos de ese buen orgasmo, y el peso cálido en su pecho se sentía más pesado aún, demasiado lleno y satisfecho.

"Qué imbécil, qué imbécil", pensaba Jungkook en la privacidad de su mente. Se sentía avergonzado de dejarse llevar por ese hombre tan... ¿único?

Casi podría llorar, podría explotar de sentimientos pero aún nadie lo notaría, lo disimulaba tan experto que su cliente no se enteraría del colapso que "Ian" estaba teniendo en esos pequeños minutos que miraba al techo fijamente.

Después de varios minutos que pasaron así, en silencio, el hombre se inclinó a un lado, extendiendo la mano hacia la mesita de noche.

—¿Fumas? —oyó la voz casi ronca del desgaste que causaron los gemidos.

Los pensamientos de Jungkook se esfumaron al instante que esa voz trajo luz en su sombrío repertorio de porqué la había cagado aquella noche una vez más. Y simplemente giró la cabeza sobre la almohada, para mirarlo.

El hombre sostenía una cajetilla de cigarrillos y un encendedor, ofreciéndole uno con gesto casual que contrastaba con la intensidad de lo que acababan de compartir y definitivamente con la tormenta que había empezado a correr por su mente.

"*Ya qué...*", se dijo sin más.

Asintió, tomando el cigarrillo con dedos que aún no estaban cien por cien bajo su control.

El hombre le dio fuego primero, acercando la llama hasta que prendió. Jungkook inhaló profundo, dejando que el humo llenara sus pulmones, que la nicotina calmara sus nervios destrozados.

Se quedaron así simplemente, fumando, mirando el techo, sin hablar.

Y ese momento eliminó el malestar en la mente de Jungkook, ahora siendo tan extrañamente cómodo precisamente porque no debería serlo. Él se había pactado siempre ducha inmediata e irse después de terminar con un cliente, jamás se quedaría acostado fumando como si fueran amantes en lugar de una transacción comercial.

"*Y acá estamos*", allí estaba, y era real.

Pero... ese momento se sentía demasiado frágil, fácil de romper con cualquier movimiento que se hiciera, o palabra que se dijera.

Entonces Jungkook escuchó al hombre exhalar antes de hablar.

—La semana pasada pasé por Mapo...

Un vidrio quebrándose resonó en la mente de Jungkook. El momento ahora estaba roto, así de sencillo.

—Un sábado como hoy —continuó el hombre—. Recorrí toda la calle dos veces buscándote. No estabas en tu esquina habitual.

Jungkook suspiró imperceptible, ese hombre no engañaba a nadie ahora. Tres veces, había dicho Siamara... que había pasado tres veces, buscándolo. Y aunque su mente ya estaba firme, su corazón contradecía latiendo vigoroso.

"*Realmente me había buscado, qué... qué mal*", ni él mismo sabía qué tan afirmativo o creíble sonaba si no salía de su boca.

—Tuve complicaciones —comenzó, pidiendo a Dios que el hombre no astille más el momento tan cómodo y vulnerable que habían compartido—. Trato de estar cada viernes y sábado por la noche, pero a veces la vida se interpone.

"Yo tampoco quiero ser distante"

—¿Qué tipo de complicaciones?

Y ahí estaba. La línea invisible siendo cruzada otra vez.

"Yo también quisiera que ésto no sea... ésto"

Jungkook sonrió leve y sin humor, sin alegría porque cada pregunta martilleaba el frágil cristal que era su relación, su vínculo tan delicado de trabajador y cliente.

"Ya basta", rezó.

—Nada que te interese, cliente —fue firme, tratando de poner límites que este hombre parecía determinado a ignorar.

—Pero... ¿todo en orden? ¿Tú estás bien?

La respiración de Jungkook frenó un segundo ante ésto. La preocupación en su voz sonaba genuina... como si a éste hombre realmente le importara quién era fuera de Mapo, en lugar de solo ser cortesía superficial.

Y eso era peligroso, si no era manipulación. Eso hacía que Jungkook quiera responder con total honestidad, que quisiera decirle sobre la enfermedad que afiebró a su pequeño hijo por el cuál se desvive, sobre el malestar, sobre las noches sin dormir, sobre el miedo constante de que algo le pasara a Jun, y que él no pueda hacer nada al respecto. Eso era tan personal que...

"No, no", no debía.

—No es de tu incumbencia —sentenció, pidiendo en el fondo y tal tono que frenara—. Solo responsabilidades que no tienen que ver con tus intereses como cliente.

—¿Familia?

Ahora, esa pregunta aterrizó como un golpe físico.

"Mierda contigo", maldijo frunciendo el ceño de forma imperceptible para el hombre. Sacudió cenizas de su cigarro con más fuerza de la necesaria, el vidrio del cenicero tintineando contra la madera.

Su cliente estaba confundiendo las cosas. Sí... él mismo se había dejado llevar, pero la sensatez era volver a los cabales. ¿No? Se supone.

"Hasta aquí llega", decidió poner el límite clave.

—No preguntes cosas que no voy a contestar. Este no es ese tipo de arreglo. Nunca lo será —las palabras le salieron tal vez más duras de lo que pretendía, pero mierda, necesitaba que este hombre entendiera. Necesitaba que dejara de mirar a Jungkook como si fuera algo más que un cuerpo alquilado por hora.

Porque se lo estaba llevando consigo, lo estaba contagiando porque su corazón se lo estaba creyendo.

El hombre asintió lentamente, apartando la mirada hacia el techo, y Jungkook pudo ver vergüenza cruzando su expresión.

"*Bien...*", se dijo. Aunque sintió culpa de dejarlo así. Pero realmente necesitaba eso, que se sienta avergonzado, que recordara qué era esto realmente.

Y que mierda, ya por favor no intente cruzar límites que ni debía haber tomado en cuenta cruzar.

Terminaron sus cigarrillos en silencio pesado que ya definitivamente no se sentía tan cómodo.

"*Pero es su culpa*"

Jungkook apagó su cigarrillo con un último golpe contra el cenicero y se levantó de la cama sin decir nada, sin quejarse del ardor, ni mostrando cómo sus piernas querían temblar.

Caminó hacia el baño, cerró la puerta detrás de él y finalmente se permitió exhalar.

Se apoyó contra la puerta fría durante un momento largo, ojos cerrados, tratando de procesar lo que acababa de pasar.

"*Por qué sigo haciendo las cosas mal...*", exhaló una respiración temblorosa.

¿Lo más castigador? Es que volvería a tirarse de cabeza, porque sólo pensar en volver a los brazos de éste cliente en especial era tentador para el fin de semana próximo pese ahora querer irse corriendo.

Había disfrutado, carajo, lo había hecho real, no había fingido ni un solo gemido, no había actuado ni una sola reacción, no había llevado su mente a ningún otro lado que no fuera ese hombre perfecto tomándolo...

Negó, suspirando con una expresión cansada y caminó hacia la ducha, abriendo el agua, dejando que esta recorriera su piel caliente con agua tibia por apenas pocos minutos.

Mente en blanco.

Cinco minutos después salió envuelto en una toalla, cabello goteando.

El hombre había dejado el dinero en un sobre blanco sobre la mesita de noche. No directamente en su mano, sino discretamente, como si quisiera pretender que esto era algo diferente de lo que era.

Jungkook hojeó ese sobre con expresión seria, entonces simplemente se vistió sin prisa. Cada prenda regresando a su lugar, reconstruyendo su armadura de trabajador sexual pieza por pieza.

Ian otra vez.

No Jungkook.

Nunca Jungkook cuando era aquí.

Caminó junto a la mesa y simplemente tomó el sobre, y lo abrió contando rápidamente.

Cuando terminó, frenó un momento, analizando.

"*Qué cara...*"

Cuatrocientos mil wones. El doble otra vez.

"¿Es en serio?"

Sus cejas se alzaron ligeramente, miró al hombre que todavía estaba acostado en la cama, observándolo vestirse. Entonces su corazón bombeó nuevamente, fuerte y traidor.

Tragó saliva antes de hablar.

—Gracias. Se aprecia de verdad —y ésto realmente, no quería que quede duda de que lo decía en serio. Ese dinero significaba que podría pagar el alquiler completo este mes, significaba que tal vez podría comprar un nuevo tubo de inhalador, medicamentos para su hijo.

Guardó el dinero cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta, asegurándose de que estuviera bien escondido.

Se giró hacia el hombre una última vez, asintiendo sin mirarlo ya directamente a los ojos, porque no podría sostenerse físicamente cuando emocionalmente lo desarmaba.

—Nos vemos... Suerte —Jungkook sentenció, caminando sin freno hacia la puerta, la abrió, salió al pasillo frío.

La puerta se cerró detrás de él con un clic definitivo.

Y el juego había comenzado.

Un juego bastante real y sincero.

Cuando su cliente apareció el viernes siguiente, Jungkook no supo qué esperar realmente... ¿Qué podía esperar después de haberle puesto un muro de hielo entre lo que es o no bueno saber de cliente a trabajador? Él simplemente se había parado bajo su farola habitual con esa incertidumbre molesta roéndole el estómago, fumando el cigarrillo que Siamara le había dado minutos antes, fingiendo que no estaba esperando que un Porsche negro específico apareciera doblando la esquina.

¿Qué esperaba si no esperaba nada?

Para su gracia, el maldito auto apareció a las once y cuarto, ese nudo de nerviosismo se apretó demasiado en su estómago. Entonces sólo apagó su cigarrillo contra el poste metálico, lo tiró al suelo y caminó hacia el auto intentando mostrarse casual pero por dentro sudaba con ese corazón latiendo más fuerte.

No hablaron en el trayecto, el silencio era tan extraño como cómodo, no hacía falta llenarlo... ¿Para qué? Si la bomba estallaría cuando el click de la habitación se cerrara.

Así fué.

Habitación veintitrés, el clic definitivo que separaba este mundo, esta burbuja del exterior.

Esta vez Jungkook tomó el control porque así lo deseaba, nadie le había pedido nada pero él se creía digno de reclamar. Quería follarlo, enseñarle que esta semana había sido estresante y que su cuerpo podría darle la terapia que estuvo buscando o esperando... Y mierda, eso era mutuo.

Lo empujó hasta la cama mientras lo tocaba, mientras adelantaba la ropa echarla al suelo. Besó lo que estaba descubierto sin esperar más, cuello, saboreó, inhaló la colonia cara que

emanaba esa piel blanca y tersa. Y su cliente respondía activamente, incitando a más.

—¿Puedo follarte? —preguntó seductor contra su oído. Quería hacerlo, ya lo estaba tomando como suyo pero necesitaba el consentimiento.

Jungkook sabía desde que la puerta se cerró que este hombre necesitaba exactamente eso como él mismo lo necesitaba dar.

—Sí —respondió inmediatamente, sin vacilar un segundo.

Palabras sencillas que a Jungkook lo enfermaron porque salían de esos labios, de esa voz, de ese hombre que sonrojado se transformaba automáticamente en su medicina.

Preparó su entrada con cuidado, buscando llegar al punto culmine, como también disfrutando de los sonidos y el calor resbaladizo de su interior bajo sus yemas. Su cliente gemía que mataba, siempre tan adictivo, se retorció porque no ocultaba que lo estaban tocando bien. Y Jungkook sólo tenía una misión cada vez que oía esos sonidos y reacciones... Y era tenerlas bajo su mando una vez que lo penetrara.

Y... Cuando finalmente pudo enterrarse en él, cuando ese calor y textura tan gratificante rodeó su miembro, Jungkook tuvo que morder su mejilla interna para no gritar obscenidades que no iban al punto, que no mostrara cuánto este cuerpo lo ponía loco. Porque ya era un hecho, éste tipo es el mal necesario, ¿qué rayos hace disfrutando este trabajo tan impuro? Mierda contigo... Bueno, eso ya no estaba en su cabeza, había olvidado regañarse.

Ahora es tarde, ya estaba ciego de placer.

Había arremetido contra ese divino cuerpo lo más profundo que nunca antes se permitía, encontrando puntos exactos, disfrutando los gritos tan gratificantes que salían cada vez que volvía a mover su cadera firmemente hacía delante, chocando contra ese trasero que resonaba contra su pelvis.

Una... dos... tres... cuatro, y siempre le regalaba un gemido cada vez más precioso. Observaba cada expresión del hombre, como siempre sintiéndose desfallecer con ese rubor, esos ojos vidriosos, esa lengua húmeda asomando entre labios rojos e hinchados de besos. Ya se estaba aprendiendo qué lo hacía gemir más fuerte, más dulce y qué ángulo acariciaba mejor, qué ritmo lo enloquecía más.

Y eso no importaba ni cuando "Ilan" tomara el crédito total, porque definitivamente este hombre que estaba follando como si estuviera bien, era exactamente nadie más que Ilan.

O de eso quería convencerse el mismo Jungkook.

Pero entonces, cuando más se convencía de que esto no era tan íntimo como lo era.

Que esto podía avanzar así, simplemente pasó.

Cuando Jungkook tenía ese perfecto cuerpo en cuatro, sus manos en las caderas firmes, follando, gimiendo y disfrutando... Fue que oyó algo que hizo que el corazón que bombeaba con fuerza cual tambor... Su propio corazón, frenara un segundo por completo.

—Jimin...

Jungkook pestañeó y exhaló aire pesado, las embestidas aminorando el ritmo apenas.

"¿Qué?"

—Mi nombre es Jimin... llámame Jimin...

Su cliente suplicaba su propio nombre entre gemidos, sumamente vulnerable y honesto, su voz amortiguada contra la almohada, aún lloriqueando de placer.

"*Jimin...*", pensó Jungkook, mirando ese cuerpo con párpados caídos, relacionando ese nombre con el cuerpo y gemidos.

Su cliente ya no quería ser anónimo, ya no quería ser un cliente, un cuerpo sin nombre... Quería ser él mismo, con su nombre, que fuera visto exactamente como Jungkook comenzaba a verlo con simplemente ese "Jimin" que tan bien le quedaba a esa divinura.

Jungkook gimió porque no podía contenerse, porque aunque fuera malo, era delicioso.

—Jimin... —saboreó Jungkook, soltando el nombre en tono muy ronco por su excitación, motivado a darle más.

"*Dios, qué delicia*"

—Así... mi Jimin... ¿te gusta así? —y es que Dios, la forma en que ese nombre se sentía en su boca. Propio y por eso MIO... Fue suficiente por la forma en que Jimin reaccionó al escucharlo, arqueándose y gimiendo como si esas pocas sílabas fueran lo que necesitaba para alcanzar ese punto más alto de placer.

Jungkook había aprendido fácilmente a usarlo cada vez que Jimin gritaba más, cada que debía alentarlos, cada vez que debía dirigilo suave o intenso. Cada vez era más y más profundo en intimidad, pero definitivamente no deseaba frenar, no deseaba que esto vuelva a ser sin nombre. Jimin era Jimin desde ahora y siempre.

Ambos acabaron gimiendo los nombres de cada uno, a gusto, sin fingir nada.

¿Por qué habría de fingir dentro de ésta burbuja tan deliciosa?

Aunque Jungkook sintiera esa energía peligrosa vibrando en su pecho, esa que aseguraba una conexión más allá del arreglo de exclusividad... Era como si su corazón asumiera conexión real que sólo compatibilidad física.

En un momento de post orgasmo donde calmaban respiraciones, y trataban de no caer dormidos, Jimin preguntó con tal vez una calma y casualidad muy poco fingida... O tal vez simplemente no engañaba a Jungkook.

—¿Puedo llamarte de otra forma además de Ian? ¿Tienes alguna preferencia?

Jungkook consideró la pregunta quizás más tiempo del necesario, mantuvo un debate interno de qué tanto debía mostrar en su respuesta.

—De cualquier forma, menos papi u oppa —respondió simplemente.

Y realmente eran nombres que no podían caber en ninguna otra boca que no fuera la de Jun, "papi" era sagrado y su hijo era dueño de toda la palabra y su significado, un diminutivo cariñoso en su pequeña voz. Y ¿"oppa"?, Jieun debía ser la primera y última persona o mujer que debía haberlo llamado así en su permiso.

Esas palabras estaban reservadas para esa parte de su vida que tenía que mantener completamente separada de esto.

Jimin aceptó sin más presiones o preguntas, y Jungkook sintió alivio de que no insistiera en preguntar más como la primera vez. Pero su corazón hipócrita se adelantaba a decepcionarlo porque ese lado estúpido e inocente quería que Jimin preguntara más, o que simplemente muestre curiosidad por su vida personal más allá de esa habitación.

"Estoy siendo tan bipolar y estúpido...", suspiró mientras pensaba en eso.

Las semanas siguientes siguieron el patrón de encuentros. Patrón que Jungkook no sabía si tomarlo como peligroso o casual cómodo.

Pero... definitivamente no lo iba a apartar.

Cada viernes, eran los definitivos viernes que Jimin aparecía a las, diez, once o cerca de esa hora, y cada viernes Jungkook lo esperaba bajo esa farola, fingiendo que era casual, que no estaba esperando realmente pararse bajo esa luz amarilla en las húmedas calles de Mapo.

Siamara había notado el cambio en la rutina de Jungkook inmediatamente. A ella no se le escapaba nada tras trabajar décadas en aquellas calles.

El viernes de la segunda semana, Jungkook rechazó a un cliente potencial que ofreció ciento cincuenta mil wones por el servicio completo... Pero eran las diez y media y Jimin iba a llegar en su horario habitual acordado de forma tácita entre ambos.

No era una cita.

¿O lo era?

No importaba eso cuando era mil veces mejor trabajar con Jimin.

Jungkook inhaló el cigarro con simpleza, mirando el auto alejarse. Entonces, Siamara se acercó, caminando lento, cruzada de brazos, los ojos entrecerrados.

Jungkook la vio llegar en su vista periférica, y disimuló mirando a un lado, soltando el humo como si nada pasara.

—¿Por qué ahora rechazas a tantos clientes, Ian? Ese auto lucía de buena pasta. — Comentó ella mientras encendía su propio cigarrillo, apoyándose contra la pared junto a él bajo la luz amarillenta de la farola.

—Lo sé... Pero no puedo irme ahora —respondió Jungkook sin mirarla, sus ojos escaneando la calle buscando ese auto negro que conocía de memoria ahora, volviendo a calar del cigarro.

Ella asintió lentamente, presionando los labios en fina línea.

—Ajá... estás esperando a alguien específico.

Jungkook se quedó quieto por un segundo, mirándola de reojo antes de volver a mirar la calle. Lo de Siamara no era una pregunta, solo una observación... Y el tono en ella demandaba que lo que veía no estaba muy aprobado.

—Es un buen cliente —afirmó Jungkook—. Lo prometo, Siam. Paga bien, es respetuoso, no es violento ni pide cosas raras. Ya te lo dije.

—Todos son buenos clientes hasta que no lo son —respondió ella con pragmatismo duro, haciendo a Jungkook exhalar profundo. Pero ésto a ella no la frenaba—. Y estás

desarrollando una costumbre peligrosa, niño. Cliente exclusivo es cliente que tiene poder sobre ti.

Jungkook finalmente la miró directamente, encontrando esos ojos cansados pero todavía afilados, mirándolo con preocupación genuina y exasperación.

Jungkook tragó saliva antes de hablar.

—No es exclusivo. Solo viene los viernes...

—Por ahora. ¿Y qué va a pasar cuando quiera más? ¿Cuando empiece a aparecer otros días también?

Jungkook no tenía respuesta para eso porque Siamara estaba articulando miedos que él mismo había estado empujando hacia abajo, negado a rebuscar en ellos.

—Solo estoy siendo inteligente con mi tiempo. ¿Por qué aceptaría ciento cincuenta mil cuando sé que él me dará seiscientos en esa misma hora?

—Porque algún día él no va a aparecer —soltó ella simplemente, mostrando un tono gentil pese a mostrar algo peligroso—. Y ese día vas a estar ahí parado, esperándolo en lugar de trabajar, y te vas a ir a casa sin nada porque pusiste todos tus huevos en una sola canasta.

Ella le estaba entregando verdades que Jungkook no quería guardarse ni aceptar, mucho menos reconocer a medias. Entonces simplemente asintió para calmar la preocupación en ella, y cambió de tema.

Logró que Siamara olvide el tema por esa noche. Pero sabía que ella seguiría observando su comportamiento extraño para ser una relación sencilla entre cliente y trabajador, repitiendo el imposible patrón de rechazar clientes porque esperaba a... Jimin.

Ese sábado regresó el tema sin que Jungkook lo buscara. Y es que la preocupación de Siamara crecía.

—Deberías cambiar aunque sea un día —le dijo mientras ambos fumaban antes de que comenzara oficialmente la noche—. ¿Y si trabajas los jueves también? No te hagas tan predecible con un solo cliente.

Jungkook negó.

—Los jueves no... —respondió automáticamente, pensando en Jun.

—Entonces los domingos. Lo que sea, solo no te vuelvas dependiente de una sola persona.

—No soy dependiente —defendió, obstinado—. Trabajo durante la semana también, sabes eso.

—Trabajos que pagan una mierda comparado con lo que él te da y prefieres eso —contraargumentó Siamara con esa lógica implacable—. Ojalá pudiera hacerte ver qué peligros acechan. Pero prefiero que no los vivas.

Y Jungkook sabía que la mujer tenía razón aunque él mismo no quisiera aceptarlo. Había problemas de todos los colores y tamaños... Y uno de los suyos que ya previó, fue que él mismo ya hacía cuentas mentales que incluían los seiscientos mil wones semanales que Jimin le pagaba sin falta, y si Jimin de pronto desaparecía, entonces... definitivamente lloraría más allá de haber perdido esa conexión.

Siamara tenía la razón aunque pudiera equivocarse sólo un pequeño gramo. Y es que los clientes no son para siempre... poco a poco y eventualmente se aburrían, conseguían parejas reales, conexiones reales o simplemente dejaban de llegar allí sin motivo alguno porque no los necesitaban. Si eso pasaba...

Mejor no pensarlo. ¿Verdad?

Así era.

A pesar de comprender que ésto era así, Jungkook no podía dejar de hacerlo, no quería, no lo aceptaba.

Y es que eso podría denominarse casi como una adicción. La forma en que Jimin lo mira, con unos ojos brillantes de afecto prácticamente real, era lo delicioso de tener ese cuerpo entre sus manos mientras podía llamarlo por su nombre y él respondía con gracia, sensualidad divina... Eran esos momentos post sexo que ya no se trataba de salir huyendo al próximo cliente o a casa, si no que ahora había un cigarrillo caro pero genuino compartido en el lado de la cama que cada uno ya había establecido sin palabras.

¿Acaso también era cómo lo trataba Jimin a él? Respecto a cómo lo hacía sentirse bello, deseado y valioso aunque pudiera ser sólo una ilusión. Para nada cuando ambos gemían extasiados contra la boca del otro y se regalaban el placer como si se merecieran toda la energía sexual acumulada en la semana que cada uno guardaba... Especialmente para cada encuentro.

Durante estas semanas, los encuentros con Jimin eran cada vez más intensos. Tanto y tanto que ninguno de los dos frenó a analizar esa intensidad.

Follaron en cada rincón de la suite veintitrés. Contra la pared, en la ducha, en el sofá... Y corto era decir esa pequeña cantidad.

Jimin había empezado a pedir cosas sin pelos en la lengua, explorando límites personales que Jungkook tomaba como un desafío encantador porque eran cosas que definitivamente Jimin jamás se había dado la oportunidad de explorar con nadie más... Había aprendido a adorar ser las primeras veces de Jimin dentro de esa habitación.

El perfecto hombre con su lindo nombre como su cuerpo rogó que lo trataran mal, había admitido que tuvo una semana intensa, estresante, y que necesitaba ésto como casi una terapia... Pidió nalgadas, que lo tratara mal, que jalara su cabello y que prácticamente lo usara, inmovilizando su cuerpo, dominado como si fuera todo un muñeco sexual.

Eso requería confianza absoluta... Requería confianza absoluta de que ésto estaba en buenas manos.

Jungkook dudó al inicio, porque ésto podía salir muy mal si no lo manejaban con cuidado, podía salir realmente mal y ser la última vez que tuvieran un encuentro. Pero, era la forma en que Jimin lo miraba, como lo pedía, como le rogaba ser tomado como sea que... así de fácil lo encendía, así de fácil las caderas de Jungkook ya amenazaban en embestir con ganas.

Así de sencillo cedía a los encantos de Jimin.

Entonces lo presionó contra la pared, apretando las muñecas en la espalda baja de Jimin con la fuerza que usaba para levantar sacos de cemento durante la semana mientras la mano restante preparaba con intensidad, demanda sin cuidado. No lo dejó ajustarse ni

moverse ni un segundo aunque Jimin gritara, jadeara y gimiera como loco, porque nunca le pidió que pare.

Jungkook también estaba entrando completamente en el juego más allá de ser un juego... Mierda, le estaba gustando. Sobre todo cuando finalmente entró con una embestida intensa y profunda, arrancando el grito más delicioso que jamás hubiera oído antes. Y no esperó que ese grito se calmara para comenzar a mover sus caderas firmes sin tregua a nada.

Fue fuerte, rudo, implacable como deseaba su propio cuerpo y el de Jimin.

Maltrató ese cuerpo, golpeó donde tenía el permiso de hacerlo, jaló cabello porque así podía ser, moldeó, mordió y apretó el cuerpo de Jimin hasta que fuera un manojo de gritos y éxtasis al que él arremetía salvajemente.

Y... Jimin había amado cada segundo de esto.

Lo sabía. Él había gritado su nombre ficticio entre gemidos entrecortados que sonaban casi como sollozos, rogó por más incluso cuando claramente ya estaba sobrepasado por las sensaciones.

Tal intensidad provocó en Jungkook un orgasmo intenso, corriéndose fuerte, más de lo que lo había hecho en años, llenando el condón con jadeos graves, gruñidos en nombre de Jimin contra su nuca, manteniendo esa posesividad agresiva.

Posterior a éste encuentro, cuando ambos estaban acostados, recuperándose, Jungkook observó al deshecho Jimin en su totalidad, analizando ese cuerpo que había maltratado sin cuidado habitual. Tragó duro cuando notó los moretones que comenzaban a formarse en las caderas, donde había clavado sus dedos como si sostuviera un costal de nada, las marcas rojas en los glúteos, y la forma en que se movía con cuidado, con dolor.

Sintió una punzada de culpa tan intensa como una pequeña satisfacción oscura que no quiso examinar.

—¿Estás bien...? —preguntó en murmullo suave, mientras pasaba los dedos suavemente sobre uno de los moretones que estaba oscureciéndose, buscando los ojos de Jimin—. ¿Fui demasiado rudo?

Jimin giró la cabeza para mirarlo directamente, sus ojos todavía vidriosos de la intensidad.

—Estoy perfecto —asintió suave, su voz algo rota—. Lo prometo... Fue exactamente lo que necesitaba.

Jimin le regaló una sonrisa satisfecha, perezosa, con ojos curvos y mejillas rosadas que hizo que su estómago se revolviera intenso, peligroso.

Momentos así... Momentos de peligro por su realidad, sentimiento que provocaba tan sólo esa belleza de ese hombre llamado Jimin. A veces se atrevía a fingir no que era trabajo, contrario a eso, fingía que eran amantes, que esas marcas intensas que le había dejado en la piel lechosa significaban muchísimo más que el sexo intenso pagado.

Que esa sonrisa y mirada que Jimin le regalaba era real.

Pero después... Sólo había dinero, lavar los restos de lo que fue, un gracias y hasta luego. Aunque a veces realmente podía llevarse una pequeña parte de la burbuja íntima y real que se sentía dentro de esa habitación.

Por parte de la vida general... Jun afortunadamente había seguido sano durante esas tres semanas después de aquella noche de fiebre que había aterrado a Jungkook hasta los huesos. Los medicamentos ya estaban guardados a un lado, la tos había desaparecido, y Jun había vuelto a ser completamente ese niño energético e imparable. Sus calificaciones seguían siendo excelentes, el dinero extra que Jungkook ganaba significaba que comían mejor, y había podido darse el lujo de comprar una caja nueva de lápices de colores que su hijo atesoraba inmensamente.

La señora Kim seguía consintiéndolos los martes y jueves cuando Jun insistía en ir solo a recoger el almuerzo, esperando a que su padre lo viera desde la esquina opuesta cruzar la calle con cuidado ejemplar. Cada vez que lo hacía, Jungkook sentía ese orgullo vibrando en su pecho, porque su hijo estaba creciendo tan bien a pesar de todo, y amaba mostrarle a su padre cuán independiente podía ser.

La señora Lim del goshiwon continuaba cuidando a Jun los viernes por la noche cuando Jungkook salía a "trabajar de guardia", y el niño siempre estaba allí cuando lo recogía en las primeras horas de la madrugada, dormido o medio dormido pero mostrándose felizmente cuando despertaba junto a su padre.

Jungkook había comenzado a bañarse y cambiarse completamente antes de ir a recoger a Jun a la habitación de la señora Lim, porque no deseaba seguir oliendo a Jimin aún después de ducharse en la suite. Podía sentir el fantasma de esas manos en su cuerpo, podía recordar cada sonido que habían hecho juntos, y no quería llevar nada de eso al espacio sagrado donde existía Jun.

Todo estaba funcionando.

Era extraño pero lo era, era real porque la vida estaba más estable de lo que había estado en años.

Debería haber estado agradecido, haber estado satisfecho por cómo estaban las cosas.

Pero entonces, llegó el último sábado de esa tercera semana, y todo cambió.

Jungkook había notado desde el viernes anterior que Minho no estaba en su zona habitual. Ese hombre era otro trabajador que había estado en Mapo casi tanto tiempo como Jungkook, un hombre de veintiocho tranquilo, profesional, incluso simpático con sus clientes y que nunca causaba problemas... Era de esos trabajadores que por su belleza natural como su encanto, conseguía fácilmente clientes que lo buscaban a él en específico.

No eran amigos exactamente, pero se saludaban con asentimientos cuando sus caminos se cruzaban.

Para el sábado siguiente, cuando Minho todavía no había aparecido, los rumores ya estaban circulando.

Jungkook los escuchó en fragmentos de conversaciones entre otros trabajadores, cada versión ligeramente diferente pero con el mismo tema central que hacía que su estómago se retorciera con ansiedad creciente, que le cerraba la garganta de temor.

Resulta que Minho había tenido un cliente regular durante casi todo ese año. Alguien que pagaba bien y que eventualmente había comenzado a llevarlo a cenas y eventos como acompañante en lugar de solo sexo... La línea entre profesional y personal se había difuminado gradualmente hasta que ya no existía realmente.

Y ese cliente se había enterado de algo que Minho había mantenido escondido cuidadosamente... tenía un sobrino de seis años que cuidaba como si fuera su propio hijo. El niño había perdido a sus padres, al hermano de Minho cuando era bebé, y él era su única familia. Otro caso más de necesidad, pobreza absoluta que implicaba a un menor desamparado.

Pero la verdad salió... para poder trabajar en Mapo los fines de semana, Minho dejaba al niño solo en su apartamento. Solo durante horas mientras vendía su cuerpo en las calles para poder alimentar a ese mismo niño.

Cuando el cliente regular lo descubrió, cuando supo que esto podía ser así, las condiciones en las que el niño vivía, había llamado a servicios sociales quienes se encargaron de investigar el caso.

Y ahora el niño estaba en el sistema, colocado con una familia de acogida temporal mientras determinaban si Minho era apto para mantener su custodia. Investigaciones, formularios, entrevistas con trabajadores sociales preguntando cómo ganaba su dinero, dónde estaba cuando su sobrino estaba solo, si podía proveer un ambiente estable.

Minho había desaparecido de Mapo por completo, probablemente luchando con el sistema legal, tratando de recuperar a su sobrino que amaba como un hijo mientras todo su mundo se desmoronaba alrededor.

Jungkook escuchó la historia completa el sábado por la noche de boca de otro trabajador que conocía a Minho mejor que la mayoría.

Cuando terminó de escuchar, sintió que no podía respirar correctamente, sus manos temblaban mientras encendía un cigarrillo, el humo raspándole la garganta de una forma que usualmente encontraba reconfortante pero que ahora solo lo hacía sentir enfermo.

Porque podría ser él... podría ser Jun.

Si alguien se enterara, si algún cliente curioso descubriera que tenía un hijo, que dejaba a ese hijo con vecinos mientras vendía su cuerpo. Si servicios sociales decidieran investigar sus condiciones de vida, ese cuarto diminuto sin ventilación apropiada, los problemas respiratorios de Jun, el baño compartido, el ingreso inestable que dependía de trabajos temporales y prostitución.

—Mierda... —murmuró con voz rota, sintiendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

Se había dado cuenta de que le quitarían a Jun sin pensarlo dos veces.

No importaría que Jun comiera todos los días ahora, que fuera a la escuela regularmente, que tuviera ropa limpia y atención médica cuando la necesitaba. No importaría que Jungkook lo amara más que a nada en el mundo y haría literalmente cualquier cosa por él.

Solo importaría que era un padre soltero trabajando como prostituto, viviendo en un goshiwon que apenas calificaba como vivienda adecuada, sin estabilidad financiera real que pudiera demostrar en papel.

Y Jun sería alejado de su vida, colocado con extraños que probablemente lo tratarían bien pero que nunca lo amarían como Jungkook lo amaba... Crecería sin su padre.

El pensamiento tan cruel hizo que Jungkook se doblara sobre sí mismo, cerró sus ojos, las lágrimas cayeron, sollozó presionando una mano contra su estómago mientras intentaba no vomitar ahí mismo.

Todas esas semanas sintiéndose bien sobre cómo estaban las cosas, sobre el dinero extra que Jimin le daba, sobre lo estable que todo parecía. Todo eso se sentía estúpido ahora, peligrosamente ingenuo.

Porque nada de esto era realmente estable.

Estaba construido sobre una fundación tan frágil que podría colapsar en cualquier momento, y cuando lo hiciera perdería lo único que realmente importaba.

Siamara lo encontró así, doblado contra el poste, tratando de controlar su respiración, y se acercó con esa expresión preocupada y resignada.

—Escuchaste sobre Minho... —la voz de la mujer no sugería una pregunta.

Jungkook la miró un momento, aún sintiendo náuseas, y solo asintió porque no confiaba en su propia voz en ese momento.

Ella se quedó parada junto a él en silencio durante un momento largo antes de hablar de nuevo.

—Yo te lo dije, Ian... —habló nuevamente, suave como pudo con su voz gastada—. Esto no es fácil. Nunca lo ha sido.

Y tenía razón.

"Mierda", siempre había tenido razón.

Pero eso no hacía que doliera menos, ni hacía que el miedo que se había asentado en su pecho desapareciera.

Solo lo hacía todo peor porque ahora sabía que no importaba cuánto se esforzara, no importaba cuánto amara a Jun, siempre habría peligros acechando que estaban completamente fuera de su control.

Y lo único que podía hacer era seguir adelante de todas formas, esperando que la suerte siguiera de su lado, porque rendirse simplemente no era una opción cuando Jun dependía completamente de él.

Y debía cortar con esa mala costumbre que se había asentado en las últimas tres semanas... O vería las consecuencias reales de su imprudencia.



Buen domingo ♥

Éste capítulo especial está dedicado para la bella: [UnrulitodeBri](#)

Ella leyó ésta historia antes de ser lo que fué en su publicación, y me ayudó a estar segura de que todo iba bien, de que se terminara a tiempo, rápido y sin pausa, sin bloqueos. En fin, ella sin dudas merece ésta dedicación. Gracias por tu lectura crítica y por cada "Serena borra esa mamada" que me dijiste en el borrador inicial. Jajajaja.

Éste extra lo corregí sólo 3 veces cuando los suelo revisar hasta 6 veces por errores... Así que lo siento porque definitivamente aquí seguro encontraron errores de dedo que yo no

pude ver. Pero igualmente muchísimas gracias por leerlo, estaré corrigiendo en la semana.
La cosa era que tuvieran su extra hoy, hermosis ✨

Nos leeremos en el próximo, mil gracias nuevamente

"p e l e a s"





Jungkook, el delantal puesto, se acercó a Jimin con su cara de padre listo para reprender. En sus manos, un pote de mayonesa vacío.

Jimin levantó la cabeza de su laptop desde donde estaba sentado en el sofá, ya había oído los pasos diferentes de su esposo llegar a él. Sus ojos de inocencia no aflojaron el reproche listo de Jungkook.

—¿Qué es ésto, Jimin? —preguntó con tono duro pero su voz no dejaba de ser suave. Sólo quien no entiende cómo su persona especial siga repitiendo un patrón que avisó ya dos veces.

Jungkook levantó el pote de mayonesa. Jimin miró el pote arriba y sus labios formaron un puchero inconsciente... O tal vez muy consciente, a ver si así era perdonado de antemano.

No había perdón en esa mirada.

—Ah, no —negó Jungkook, con una risita que dejaba entrever su exasperación tierna a su amor—. Claro que no, amor. Terminas la mayonesa y vuelves a avisarme que necesitamos, o simplemente la tiras a la basura.

—¡O reciclamos! —se oyó a Jun exclamar desde la mesa, aún sin quitar la mirada del dibujo que estaba haciendo.

Ambos adultos voltearon brevemente a verlo, luego unieron sus ojos otra vez.

—O reciclamos —acordó Jungkook.

Jimin siseó apenas y se encogió de hombros, realmente culpable por haber olvidado una vez más ese detalle que a Jungkook obviamente no se le iba a pasar de largo como a él mismo siempre se le pasó casado o soltero. Un pote podía durar vacío semanas hasta decidir echarlo a la basura.

Pero Jungkook no.

Jungkook tenía un buen control de cuánto había y cuando no. Y su receta de esa noche estaba interrumpida por que se supone que había mayonesa... se supone.

—Jungkook... —comenzó Jimin con voz culposa—. Lo siento, en serio. No va a volver a pasar.

Jungkook negó, no podía ceder aún.

—Cariño... Ésta es la tercera vez.

—La tercera es la vencida —se atajó Jimin, tratando de poner la mayor cara de pollito mojado.

Jungkook negó.

—Es la vencida para ti, amor —reprochó—. Esta vez no vas a cambiar mis planes.

Jimin alzó una ceja, sin entender.

—Vas ahora y compras un pote, como sea. Encuentra la primer tienda de conveniencia y me traes el mismo pote lleno.

Jungkook sentenció caminando de nuevo a la cocina. Y Jimin mordió su labio inferior con ese castigo, inclinándose a dejar su laptop sobre la mesa ratona.

—Jungkook...

—No importa que estés trabajando —interrumpió Jungkook, negando, sabiendo la excusa que vendría—. Son quince minutos, mientras más pronto mejor.

Jimin exhaló riéndose.

—Guk...

Pero no habría queja que funcionara.

—La última vez... —sentenció Jungkook, de espaldas, sacando una tabla de picar de un mueble junto a la mesada.

Jimin aceptó, asintiendo.

—¡Papá Jimin! ¡Te acompaño! —adelantó Jun, dejando su trabajo a un lado.

—Vamos —aceptó Jimin, luego miró a su esposo con una sonrisa—. Papá se está cobrando cuando lo regañe por perder la llave de la casa.

Jungkook rió en su lugar aún sin voltear, luego se encogió de hombros un segundo.

—Aquí todos colaboramos —dijo Jungkook simplemente—. Incluso cuando nos equivocamos.

Jimin rió en su lugar, ya ayudando a Jun a colocarse su abrigo. Así era ésto... la hermosa vida de casados tenía reglas que iban y venían.

Pero no había nada mejor, más bello y feliz que vivir cualquiera de estas reglas.



Oigaaan. ¡Presente, presente! Aproveché éste pequeño escenario para poder conectarme con ustedes a través de ésta historia. Y obviamente... No quede esa idea en comentarios y ya, jajaja. Bueh, y nada.

Debo decir que definitivamente ésto no se puede considerar "pelea", si no más bien una sencilla discusión de pareja que puede elevarse a tensa mínimamente. Y sí, ya me la había imaginado mucho antes de acabar con la historia. Jajajaja.

¿Y ustedes bien? ¿Stream? ¿Felices? ¿Loquillas? ¿A que son unos dioses en la tierra? No, no. Lo sabemos lo sabemos.

¡Espero te vaya todo excelente! Hey, pero si hoy no ha sido así lo suficiente, piensa que el mal y la disconformidad es también la herramienta, el escalón para motivarnos a subir mucho más desde donde estamos. Así es la felicidad, ¿quién no disfruta de una genuina carcajada cuando viene de lágrimas de tristeza?

En fin, te deseo lo mejor ♥

Gracias por la paciencia, espero compensarles pronto ✨